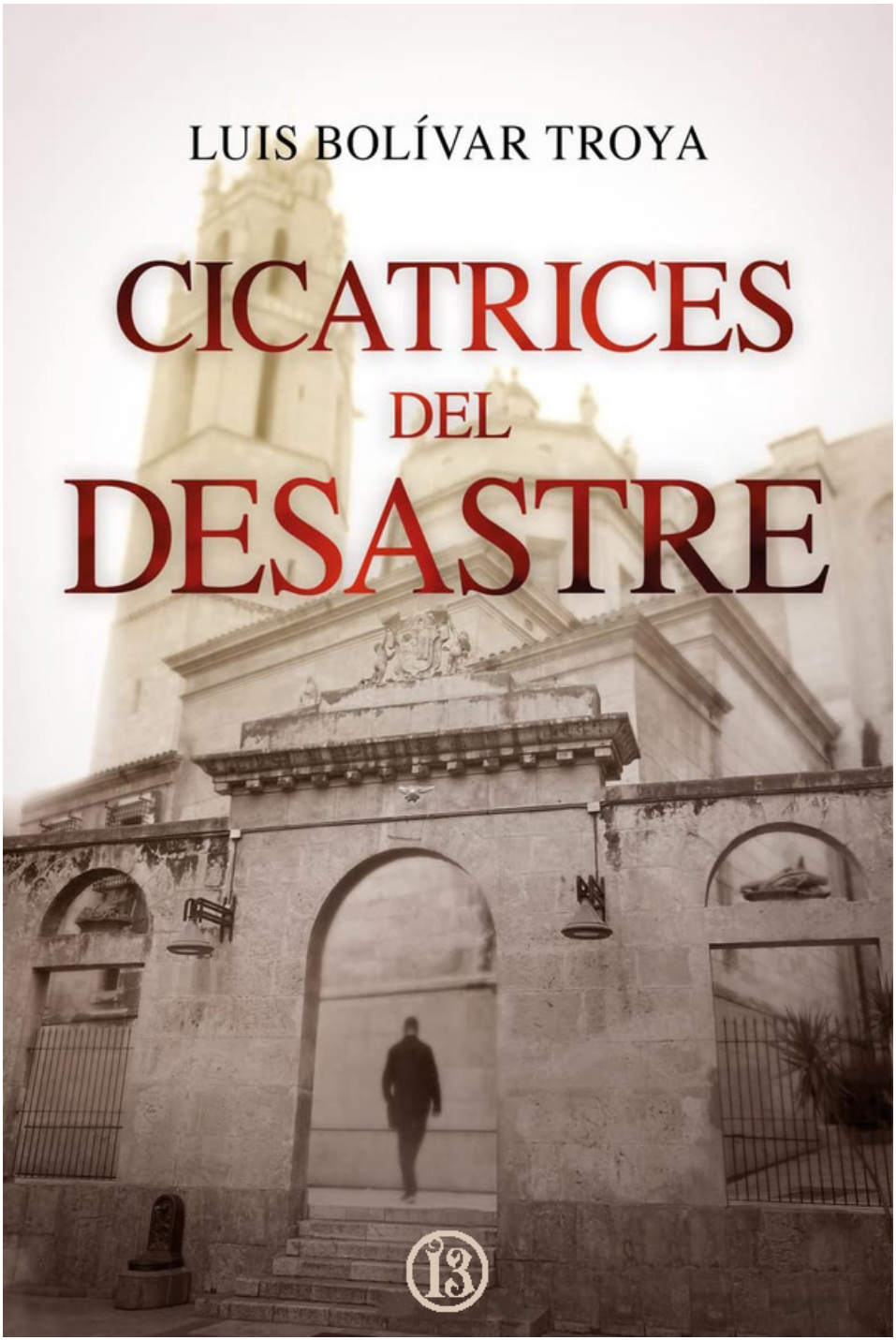
LUIS BOLÍVAR TROYA

CICATRICES DEL DESASTRE



Reus, junio de 1939. Un capitán del ejército nacional es secuestrado mientras vuelve al campo de concentración situado en el manicomio de Reus. Su cadáver aparece días después salvajemente torturado. Ernesto Delgado, un antiguo policía de Valladolid junto con Carles Gil, un joven capitán republicano prisionero, serán los encargados de realizar la investigación. A ellos se les unirá el misterioso Hamed que ejercerá las funciones de conductor y acompañante. Sus respectivos caracteres e ideologías tan diferentes no solo dificultarán la investigación, sino que pondrán en peligro sus propias vidas. Todas las pistas van conduciendo hacia hechos acaecidos 18 años antes, en el norte de África, cuando tuvo lugar el desastre de Annual. Los cadáveres se multiplican y salen a la luz antiguos crímenes sin resolver que parecen estar relacionados con este asesinato. Carles comprenderá, demasiado tarde, que todos los misterios esconden tras de sí unos amargos secretos que no siempre conviene destapar.

Luis Bolívar Troya

Cicatrices del desastre

Ernesto Delgado & Carles Gil

1

Título original: *Cicatrices del desastre*
Luis Bolívar Troya, 2022

Diseño de cubierta: Sandra Jiménez

-

Revisión: 1.0

19/04/2023

A mi mujer, Rosa, y a mis hijos,
Lluís, María y Núria

Cada guerra es una destrucción del espíritu humano

Henry Miller
(1891 - 1980)

DRAMATIS PERSONAE

REUS - BARCELONA – HUESCA

Carles Gil. Protagonista principal. Capitán republicano.

Ernesto Delgado. Capitán nacional. Policía de Valladolid.

Anna Ferré. Madre de Carles.

Dolors Queralt. Esposa de Carles Gil.

Ricard Queralt. Padre de Dolors.

Enric Queralt. Hermano de Dolors. Prisionero en Pere Mata.

Hamed. Rifeño, conductor habitual del coronel Villalba.

Arume. Mujer de Hamed.

Luis Orgaz. Capitán general de la IV Región Militar.

Doña Engracia. Dueña de la tienda de hilados de la calle Princesa.

Coronel Villalba. Coronel supervisor de la investigación.

Eusebio Buendía. Cabo destinado en Pere Mata.

Sostres. Falangista. Antiguo estibador del puerto.

Benita Maello. Criada de los policías. Originaria de Baza.

Eduardo Mercader. Empresario. Forma parte del club de los jueves.

Juan Puig. Militó en Monte Arruit. Forma parte del club de los jueves.

Jordi Solé. Militó en Afrau. Forma parte del club de los jueves.

Lucía. Maestra republicana. Amiga de Carles.

Javier. Padre de Lucía. Estuvo en Zoco El Telatza.

Josefa. Abuela visionaria de Lucía.

Arturo Romero. Capitán que participó en la batalla de Teruel. Prisionero en San Pedro de Cardeña.

Rick Wallace. Escocés. Espía amigo de Carles.

Gonzalo. Jefe del grupo de policías. Pertenece al SIPM.

José Redondo. Policía asesinado en Barcelona.

Clara Enríquez. Segunda mujer de Rodrigo Castellfosc.

Germán Entralgo. Abogado, amigo y posterior marido de Clara Enríquez.

Reinaldo Arnate. Topo del empresario de *La laboral* para investigar a los sindicalistas.

Pedro Arnate. Hijo de Reinaldo.

Aurora García. Ama de llaves de la casa originaria de los Castellfosc en Barbastro.

ANNUAL

Julià Gil. Padre de Carles Gil.

Alfredo Castellfosc. Prisionero de los rifeños. Aristócrata.

Martí Salvat. Sanitario en Melilla e Igueriben. Amigo del comandante Benítez.

Pedro García. Soldado, compañero de Martí en el Rif.

Alejandro Cortés. Soldado, compañero y amigo de Martí en el Rif.

Paco Zárate. Soldado y compañero de Martí en el Rif.

Javier Font. Soldado y compañero de Martí en el Rif.

Sergio Martínez. Soldado en el Rif y posteriormente legionario.

Saida López Benali. Amante de Martí.

Miguel López Benali. Hermano de Saida.

Alfonso López. Padre de Saida.

Bani. Rifeño enemigo de Martí.

Eheder. Compañero de Bani.

Ameqran. Jefe de la cabila donde permanece prisionero Martí.

Tafsit. Hijo de Ameqran.

Udad. Jefe de la cabila que mantiene prisionero a los españoles.

Idir. Ayudante de Martí en el aduar de Udad.

Vicente Ortiz. Soldado de Castellón. Lleva la carta de Julià.

Mapa del desastre de Annual (1921)
Itinerario de las tropas españolas

A LOS LECTORES

En la primavera de 2007, mi hija María, que estaba en sexto de primaria, realizaba un trabajo en grupo para presentarse a unos premios organizados por una fundación local. El trabajo consistía en un estudio del Modernismo de Lluís Domènech i Montaner y el Pere Mata, el psiquiátrico de Reus, una de sus obras arquitectónicas más importantes.

Uno de los libros que utilizaron para elaborar el trabajo me llamó la atención. Se trataba de una obra de Josep Poca Gaya que hacía una revisión histórica de la entidad. Dada mi debilidad por la historia, no pude menos que leer tan interesante texto. Me llamó mucho la atención saber que el Pere Mata había sido hospital de sangre durante la batalla del Ebro y campo de concentración para los soldados republicanos tras la entrada de los nacionales en Reus el quince de enero del treinta y nueve, función que ejerció hasta los últimos meses del mismo año. En él se especificaba que los prisioneros, para ahuyentar el frío de aquel atroz invierno, quemaban puertas y ventanas del edificio modernista.

Aquella imagen cogió fuerza en mi mente. Consideré que poseía un gran impacto y que sería fascinante verla reflejada en un libro. Sin darme cuenta, la idea de escribir una novela de intriga sobre la guerra civil fue tomando forma en mi

cabeza. Poco apoco fui recopilando información para, finalmente, decidirme a escribir la obra que tienes en tus manos.

Quise redactar un texto que hablara sobre la guerra civil, pero pronto me di cuenta de que plasmar ese conflicto tan importante resultaba imposible de encajar en una sola obra. Por eso, finalmente, el resultado ha sido una saga en la cual he tratado de manera transversal dicho enfrentamiento.

Tardé diez años en realizar el proceso que culminó con mi primera novela. Espero que el resultado sea de tu agrado. Nunca imaginé, tiempo atrás, que la fuerza de aquella imagen en mi mente generara una fuerza creativa que tuviera dos consecuencias inmediatas: la creación de una saga literaria y el comienzo de mi recorrido como escritor.

LUIS BOLÍVAR TROYA

LA CARTA

Julio, 1921

Amanecía sobre el paisaje desértico del Rif. El sol manifestaba su presencia con justificada fuerza. La vegetación, escasa, no osaba presentarse en el territorio desértico, aparentemente inanimado. Sin embargo, en el silencio del entorno, unos pasos acelerados resonaban provocando el movimiento de pequeñas piedras entre los cuerpos de un centenar de hombres que se hallaban esparcidos a lo largo del camino y parecían decorar el lugar. Un reguero de cadáveres indicaba la dirección que había tomado el desesperado ejército.

El hombre era un joven de unos veinte años, de piel morena tostada por el sol, cabello corto y rosado y unos ojos marrones llenos de terror. Un terror que le era desconocido hacía tan solo dos días. Por su boca abierta dejaba escapar quejidos y suspiros. Su respiración, dificultosa, mostraba el agotamiento físico y el esfuerzo extenuante que estaba realizando. La lengua, como una esponja inflamada, se le salía de la boca. Tenía sed, mucha sed. Ya hacía varios días que apenas bebía nada y el clima del mes de julio en el norte de África no ayudaba a contenerla.

El individuo llevaba el uniforme, o lo que quedaba de él,

del ejército de África. Nadie diría que aquellos andrajos raídos, sucios y polvorientos pertenecieron un día al atuendo del regimiento de Ceriñola. Su ropa estaba manchada de sangre, no sabía si suya o de otros. A él se le hacía difícil recordar los hechos de las últimas horas.

Su paso se tornaba entrecortado. Intentaba esquivar los cadáveres que yacían, en un eterno descanso, a lo largo de la carretera. Tropezó al pisar una cabeza, que apareció separada del cuerpo de un soldado. Eran restos humanos cubiertos con los harapos de un uniforme igual al de su regimiento. Sin embargo, en su mente no había lugar para la sorpresa. La capacidad de asombro se había agotado ante los hechos sucedidos anteriormente. Ahora, apenas le dirigía una mirada ausente, casi indiferente.

En ese momento se paró y prestó atención. Le pareció oír algún ruido que le hizo entrar en pánico y abandonar la carretera de forma precipitada. Bajó rápidamente la barrancada para ocultarse entre los matorrales. Allí observó varios cadáveres. Entre ellos, el de una mula que se desparramaba en mitad del camino.

Se acercó con precaución. Había visto ya demasiadas cosas como para esperar nada bueno. Aquel lugar le pareció bastante inquietante. La visibilidad no era muy buena. Hasta allí se extendían las sombras del estrecho terraplén y ello confería al lugar un aspecto un tanto siniestro. Parecía el sitio ideal para preparar una emboscada. Se aproximó al lugar donde yacían los cadáveres y, de repente, algo parecido a un susurro hizo que su percepción de peligro se agudizara aún más si cabe. Giró la cabeza intentando identificar el origen.

—¡Tírate al suelo! —Oyó que alguien le decía. El susurro se convirtió en un rumor algo más fuerte y él pudo distinguir las palabras. No parecía tanto una amenaza como la alerta de

un peligro inminente. El sonido parecía venir del suelo donde había varios cadáveres.

En aquel instante, un tiro rompió el silencio que hasta entonces dominaba el fondo del barranco. El hombre sintió un gran escozor en la cara y una dolencia, similar a un pinchazo, le dominó los sentidos. Sorprendido, se dejó caer al suelo.

—No te muevas —dijo otra vez la voz, ahora ya familiar. Intentó ser consciente de lo que había sucedido. Estaba paralizado por el miedo. Pensó que había recibido un tiro en la cara, ya que sentía una gran molestia junto al oído. Probablemente la bala solo le había rozado, gracias a que se había girado en el último instante intentando adivinar la procedencia de la voz.

Abrió los ojos y observó que uno de los hombres que había creído muerto no lo estaba. Era un soldado del regimiento África. Su aspecto era deplorable, como suponía que tenía que ser el suyo propio. El uniforme estaba rasgado, sucio y ensangrentado. Ignoraba si era debido a alguna herida. La cara presentaba un aspecto envejecido. Una cicatriz le cruzaba la frente, de la cual había debido manar sangre, ahora reseca en el rostro. Tenía el pelo enmarañado. La barba y el bigote le cubrían buena parte de la cara. De ella destacaban unos intensos ojos marrones. Vio cómo abría la boca y, en voz muy baja, intentaba decirle algo:

—Hay un *paco* a unos quinientos metros. Al final, junto a unos arbustos.

El joven entendió el concepto. Un *paco* era un rifeño armado de un fusil Remington. Se les llamaba así por el sonido que hacían las balas al salir del fúsil: *pa… co…* Los españoles, siempre tan chistosos, no tardaron en bautizarlo con ese nombre. Lo triste del asunto era que esos mismos

fusiles habían sido vendidos o regalados por los mismos soldados que luego caerían bajo sus balas.

El pánico que sintió el hombre en un primer momento se diluyó ante el hecho de encontrar un compañero con vida, aunque fuera en aquellas circunstancias tan penosas.

—¿Qué hacemos? —preguntó a su nuevo compañero.

—Quédate quieto. El querrá asegurarse de que estás muerto.

Efectivamente, el hombre sabía que en el repliegue de las fuerzas españolas, a medida que iban cayendo los diferentes puestos militares, los soldados españoles habían sido tiroteados sin piedad, incluso después de haberse producido la rendición. Para aquellos que habían sido heridos o que caían por agotamiento, les esperaba algo peor que la muerte. Los rifeños, en muchas ocasiones, lo primero que hacían era asegurarse de que el soldado estuviera muerto. Para ello pinchaban a los caídos con una gumía. Si todavía mostraban algún hálito de vida, eran rematados *in situ* o torturados hasta morir.

El recuerdo de aquellas escenas no presagiaba nada bueno para los dos desdichados que yacían en el fondo del barranco, junto al cadáver de una mula que ejercía de improvisado parapeto. Un olor penetrante y pútrido se esparcía en aquel espacio. Supuso que era debido a los cadáveres, que se descomponían con rapidez a causa de las altas temperaturas. Además, la mula yacía despanzurrada mostrando a los inmóviles soldados sus vísceras. Unas arcadas le vinieron a la garganta, pero se contuvo, ya que ello hubiera delatado su situación. El tiempo pasaba lentamente. El moro debía de desconfiar o esperar otras posibles víctimas; no hacía acto de presencia.

El joven sintió un dolor lacerante en el oído. Un dolor

que, a pesar de todo, podía controlar, por lo que supuso que el daño no era demasiado grave. Sin embargo, se sentía cansado, agotado de correr, de huir ante un enemigo terrible que era incapaz de mostrar piedad ante el adversario derrotado.

Recordaba su marcha de Ben Tieb y cómo habían llegado allí las noticias de la caída de Annual. Anteriormente, la caballería de Alcántara, al mando de Primo de Rivera, había partido para Yebel Ubdía, a taponar el boquete dejado por la caída de Igueriben. Poco imaginaban que iban a cubrir la retirada del ejército, o lo que quedaba de él. Las noticias eran confusas; se hablaba de derrota, del suicidio del general Silvestre… Sin embargo, la confirmación del desastre se pudo observar rápidamente: una marea humana formada por soldados agotados, destrozados, heridos y aterrorizados llegaba a Ben Tieb. Unos hombres que parecían espectros, que traían el infierno en su mirada. Contaban historias desgarradoras: hablaban de compañeros caídos, torturados y asesinados por los moros, de oficiales que no dudaban en arrancarse los galones para no ser destacados entre la tropa en caso de caer prisioneros, de soldados heridos que debían dejar atrás, agonizantes, en manos de hombres crueles que no tendrían piedad de ellos… Sobraban las especulaciones.

En aquel momento, algo cambió en el fondo del barranco. Notó algún tipo de variación difícil de percibir. Puso sus sentidos alerta. Alguna pequeña mutación en el entorno le había hecho volver a la realidad del momento. No sabía qué era, pero intuyó que una distorsión casi imperceptible, en su extraña situación, se había producido. Miró a su compañero y no supo discriminar si tenía los ojos abiertos. Permanecía en una inmovilidad total. Aparentemente, diríase que estaba muerto. Intentó mirar, sin moverse, por el rabillo del ojo. Todo parecía tranquilo. La sed, una sed insoportable,

dominaba su razón. ¡Lo que daría en aquel momento por un poco de agua!

De repente, un suave movimiento proveniente de los matorrales agrestes que le había indicado el compañero activó su percepción. Pudo distinguir una figura que se movía de manera silenciosa, atento a cualquier ruido. Se trataba de un rifeño con su ropaje característico. En la distancia y, por lo que podía ver el joven, parecía un hombre de mediana edad. Iba cargado con una gran bolsa de tela, fruto probablemente del saqueo de los cadáveres. Atravesado en la ropa llevaba el correaje de dos fusiles, seguramente entregados por compañeros que se habían rendido. El hombre parecía cauteloso y se desplazaba con bastante agilidad. Tanta precaución preocupó al soldado, que no sabía cómo reaccionar. De su compañero no podía esperar nada, ya que seguía totalmente inmóvil.

El rifeño se paró en seco, hizo unos curiosos movimientos y, de entre la ropa, sacó una gumía. El joven se asustó. Era consciente de que, por cautela, los rifeños primero se querían asegurar que el soldado al que habían disparado estuviera muerto. Sabía que algún compañero había sobrevivido haciéndose el muerto a pesar de haber recibido algún pinchazo con la daga. Ello era debido a que los acontecimientos se habían sucedido con mucha rapidez y había tal cantidad de cadáveres que los rebeldes apenas podían dedicarse a tan cruel tarea. Pero esto sería imposible ahora. Estaban solos y el moro disponía de todo el tiempo para hacer la comprobación. Su respiración se aceleró y comenzó a sudar. Intentó tranquilizarse, pero las circunstancias no ayudaban. Recordó que había perdido todo su armamento en el paso del Igan cuando toda la tropa, desesperada, huía hacia Batel. Habían salvado la vida gracias a la caballería del regimiento

Alcántara, que había cubierto la retirada realizando cargas suicidas contra los rifeños.

Lo único que conservaba para defenderse era una navaja que llevaba en el bolsillo del pantalón. Para utilizarla tendría que girarse y, evidentemente, esto le colocaría en inferioridad frente al rival. Además, su agotamiento le convertiría en una presa fácil.

El pánico comenzó a hacer presa en él. El rifeño se encontraba a unos cien metros. Ya podía distinguir un poco sus rasgos. Era de estatura media, un metro sesenta y cinco aproximadamente. Su cabello era oscuro, le caían unos mechones por debajo del turbante blanco. A pesar de que a esa distancia resultaba difícil de precisar, su mirada parecía penetrante y desconfiada. Llevaba una chilaba de lana hasta las rodillas, de color marrón. Las piernas las cubría con unos pantalones bombachos que le llegaban hasta las pantorrillas. Aquellos pantalones habían corrido mucho, pues eran de un color indefinido. Calzaba los pies con unas albarcas de esparto.

Mientras se acercaba, le vinieron a la cabeza recuerdos de sus familiares, sus padres y su hermana, que le esperaban en la ciudad de Castellón, donde tenían un pequeño negocio familiar. Probablemente no los volvería a ver. A sus amigos de convites y correrías les dedicó un breve pensamiento. ¡Qué lejos le parecían aquellos tiempos en que iban a las fiestas de los pueblos cercanos como Burriana o Nules! Allí había conocido a una chica, con la cual se escribía, y ella había quedado en esperarle hasta el final de su periodo en el ejército.

Todo esto pasó como un relámpago por su cabeza mientras el rifeño se acercaba. Ya debía estar a menos de treinta metros. Ahora ya oía sus pasos. Notaba cómo se desplazaban los guijarros por el irregular terreno. Temía que

cualquier movimiento le pudiera delatar. A aquella distancia, el enemigo lo notaría enseguida. Pensó que la única posibilidad de salvación consistía en revolverse en el mismo instante en que se agachara para intentar quitarle la gumía, pero sabía que disponía de escasas posibilidades.

El moro estaba prácticamente a su lado. Comenzó a rodear el cadáver de la mula y pasó junto al cuerpo de su compañero sin hacer caso. Evidentemente, él era la presa que había cazado y quería recoger su trofeo. El soldado estaba inmovilizado por el miedo. Un estado de terror, imposible de contener, lo dominó y se revolvió súbitamente. El rifeño, que no se lo esperaba, se paró sorprendido y dio un paso hacia atrás. Años más tarde, cuando el joven volviera a recordar aquel momento, explicaría cómo, de repente, el compañero que parecía muerto, se había incorporado a medias y, tirando hacia atrás con fuerza de la ropa al rival, había provocado su desequilibrio y posterior caída. La bolsa y los rifles que llevaba le habían perjudicado en su movilidad. Una vez en el suelo, lo remató clavándole varias veces una gumía en el corazón. El moro se revolvía y parecía que el espeso ropaje que llevaba impedía que la daga le atravesara el pecho. Finalmente, su accidentado compañero se echó encima del cuerpo del rifeño y se la clavó en la garganta. Después de varios espasmos, el cuerpo sin vida del cabileño pasó a formar parte del paisaje.

Observó cómo el vencedor, más ágilmente de lo que hubiera creído, comenzó a registrar el cadáver y a comprobar los objetos que llevaba en la bolsa. Al cabo de un momento, realizó una alegre exclamación:

—¡Aquí estás, preciosa! —dijo, sacando una cantimplora de la bolsa.

El agua era en aquel momento la necesidad más perentoria de cuantas tenían y, por ello, se convertía en objeto

codiciado por los soldados.

—¿Tiene agua? —preguntó.

—Parece que sí —dijo el soldado del regimiento África, mientras echaba un trago al coleto. Al cabo de un momento, paró y le pasó la cantimplora al muchacho—. Además, agua de verdad. Bebe, pero no demasiado, pues escasea y la necesitaremos.

El recién llegado sabía que, debido a la escasez de líquido y a las dificultades para hacer las aguadas, a menudo los soldados no habían tenido más remedio que beber sus propios orines para sobrevivir. Algunos los habían mezclado con azúcar, para darle un gusto más aceptable y soportarlo mejor.

Su nuevo compañero no parecía manifestar escrúpulos en seguir registrando el cadáver. Pudo recuperar un par de mendrugos de pan. Le pasó uno al joven mientras le preguntaba:

—¿De dónde vienes?

—De Ben Tieb. De allí marchamos a Dar Drius para salir disparados hacia Batel. Yo me quedé una vez pasado el Igan. Me hirieron en el brazo. Más tarde me golpeé y me desmayé. Cuando recuperé el conocimiento, todos habían marchado.

—Debió de ser tremendo el paso del Igan. Hallé muchos cadáveres.

—Y hubiéramos sido más si no llega a intervenir la caballería. Lucharon de manera suicida para que el ejército pudiera pasar el cauce seco del río.

El veterano continuaba sacando cosas de la bolsa del muerto. Iba ordenando los objetos: una gumía, dos navajas, los dos rifles con munición, dos pistolas, alguna lata de sardinas, los galones de un capitán y unas botas.

—Este espabilado —dijo— se ha cargado algunos de los nuestros. Su botín ha sido su perdición, pues le ha impedido

moverse con agilidad. Por cierto, me llamo Julià, Julià Gil, de Barcelona.

—Y yo Vicente Ortiz. Soy de Castellón.

—Bien, Vicente. Ahora que oscurece, creo que tendremos que seguir el camino de vuelta.

—Deberíamos ir hacia Batel. Allí debe de estar el ejército.

—¡Ni hablar! Allí estará el ejército y unos cuantos miles de moros. Antes de que lleguemos, nos habrán convertido en un colador.

—Entonces, ¿qué deberíamos hacer?

—Creo que lo mejor será seguir por otros caminos hacia Melilla. Tenemos que intentar evitar la carretera principal. Está transitada continuamente por enemigos.

—¿Tú crees que será seguro?

—Ahora no hay nada seguro. Ya viste a este listillo cómo esperaba emboscado en el barranco. Tuve la suerte de que iba por detrás de otros soldados —dijo señalando unos cuerpos que yacían unos metros más adelante—. El muy cabrón les disparó y los mató, pero a mí no me vio. Hice lo mismo que tú y me quedé quieto. Observé cómo los registraba y a uno de ellos, que todavía estaba vivo, lo degolló.

—Pero, nuestra marcha… ¿No será una huida?

—Escucha, chico. No sé si te has enterado, pero todo el ejército está huyendo desesperadamente para poder sobrevivir. Los oficiales fueron los primeros que lo hicieron. No sé tú, pero yo no estoy dispuesto a morir como un héroe. Además, la semana que viene me tenía que licenciar. ¡Ya llevo tres malditos años en este asqueroso territorio! ¡Y prometí que volvería vivo!

Aquella seguridad pareció conformar a Vicente. Se mantuvo unos momentos en silencio para preguntar después:

—¿Tú de dónde vienes?

—Del mismo Annual. Aquello fue un infierno.

—Dicen que el general se suicidó.

—Lo sé, pero no tuve tiempo de comprobarlo, ya que los enemigos se nos echaban encima. Tuvimos que salir disparados hacia Izzumar. Allí las tropas indígenas nos traicionaron. Asesinaban de manera indiscriminada. Yo estuve ayudando a un compañero médico que había conseguido llegar de Igueriben. Dudo que haya podido llegar a Ben Tieb.

—Muchos no llegaremos muy lejos.

—¡Yo sí pienso llegar! —El rostro de Julià se puso tenso repentinamente. Sus ojos miraban a un lugar incierto en el horizonte—. Tengo una promesa que cumplir.

Aquellas palabras parecieron hacer mella en Vicente quien, al cabo de unos instantes, preguntó:

—Oye, ¿te importaría hacerme un favor?

—¿De qué se trata?

—Verás… Si no vuelvo, me gustaría que pudieras llevar una carta a mis padres. La escribí en el campamento, pero no tuve tiempo de pasársela a un compañero.

—Por supuesto que lo haré, pero piensa que podemos llegar los dos juntos.

—Aun así, me gustaría que la llevaras —dijo, pasándole un sobre con una dirección escrita.

Julià guardó el sobre dentro de la ropa y se quedó pensativo un momento. Después, con una voz más baja pero no menos sentida, comentó:

—Yo no tuve tiempo de escribir una carta.

—Tengo papel, aunque no tengo nada para escribir —dijo Vicente, mientras sacaba una hoja de papel de uno de los bolsillos.

Julià miró el papel que le había pasado su compañero. Estaba doblado en cuatro. Lo desdobló mientras su cabeza

estaba muy lejos. Su mente se hallaba en Barcelona. Recordaba a su mujer y a su hijo, que ahora cumpliría ocho años. ¡Cómo habían luchado para disponer de un pequeño pisito en la zona del Borne! Le había dicho que nunca se separarían, pero el destino es caprichoso y se empeña en romper las promesas de los hombres. La última vez que la vio, Julià llevaba varios meses escondido y tenía que marchar a África. Le prometió que volvería, que no se quedaría en aquella tierra que no era la suya y que cuidaría a su hijo a la vuelta para que pudiera estudiar y no fuera un miserable como él. Todas aquellas promesas se habían evaporado como una gota de agua en el desierto. Cuando parecía que se superaban las dificultades, la mala suerte se cebaba en su persona. La vuelta a casa estaba muy cerca, pero ahora la rebelión había supuesto un obstáculo considerable para su regreso.

De entre sus pertenencias cogió la gumía con la que había matado al moro, la limpió en la tela del muerto y se hizo un corte en el brazo. De seguida empezó a manarle sangre.

—¿Qué haces? —preguntó un sorprendido Vicente.

—Necesito tinta para escribir y esta es la única que tengo a mano.

—Pero, si tenías que escribir con sangre, tienes la del hombre que has matado.

—No quiero que una carta que lea mi hijo esté escrita con la sangre de un desconocido. Quiero que sienta que es su padre quien le escribe.

Vicente calló. No quiso interrumpir a Julià quien, sentado en el suelo y de manera pausada, iba escribiendo la carta. Continuamente mojaba la navaja en el brazo. El silencio dominaba el fondo del barranco mientras el cielo adquiría unas tonalidades violáceas que anunciaban la noche. En la quietud del momento, se oía el rasgar de la navaja con el

papel. Parecía que su compañero estaba muy concentrado. Había percibido en él un sentimiento de melancolía y, posiblemente, de desesperanza. Observó que algunas lágrimas caían por su rostro mientras escribía. La situación que estaban pasando era muy incierta y también muy dura. Pero los recuerdos podían doler. ¡A saber qué situación había dejado en España Julià!

Cuando acabó de escribir, mantuvo la hoja en el aire un rato para que se secara. Después se la pasó a Vicente y le dijo:

—He puesto el nombre y la dirección al principio.

—¡De acuerdo! —dijo Vicente, doblando la hoja con cuidado y guardándosela entre la ropa—. No dudes que, si se da el caso, esta carta llegará a su destino.

Los dos hombres se dieron un abrazo, pues eran conscientes de lo precaria que era su situación. A continuación, Julià cortó un trozo de tela del muerto y se lo puso a modo de venda sobre la herida que se había infligido. Su nuevo compañero lo acabó de ayudar, dada la dificultad que representaba vendarse el corte con una mano.

—Déjame ver tu herida del brazo —le dijo Julià a un Vicente bastante cansado.

Este se dejó ayudar mientras le tocaba el brazo y observaba la profundidad del corte. La sangre reseca dificultaba el reconocimiento. Después, pasó a observar la herida en la cabeza, resultado del tiro recibido.

—Parece que has tenido suerte. Tanto una como otra parecen lesiones superficiales. La única pega es que te falta un trozo de oreja, pero creo que para lo que hay que oír…

—La verdad es que oigo bien, ¡pero me da unos pinchazos!

—Bueno. Si es solo eso… Creo que ya hemos descansado bastante, podemos continuar.

Cogieron todo aquello que creyeron necesario y emprendieron la marcha. Caminaron por barrancos y zonas desiertas. Evitaban la carretera todo lo que podían. Vieron algunas patrullas o grupos de rifeños, pero la prudencia con la que iban y la oscuridad les había evitado el encuentro con ellas.

Siguieron caminando toda la noche. Cuando amaneció, buscaron un lugar para esconderse. Debían enmascararse entre el paisaje para poder ser invisibles a ojos hostiles. Se ocultaron detrás de la maleza dominada por chumberas. Entre la vegetación y la pared de tierra, había un pequeño espacio que aprovecharon para pasar desapercibidos. El agotamiento que sentían les condujo a un estado de somnolencia interrumpido de tanto en tanto por movimientos bruscos, en un despertar repentino, fruto de la inseguridad en que se encontraban. Las reservas de agua se acabaron.

A lo largo del día, observaron una pareja de cabileños que pasaron a escasos veinte metros, alegres, seguramente comentando algún suceso acaecido y confiados de su victoria. Más tarde, un grupo de mujeres se dejó oír. Debían de ir hacia alguna aldea cercana. A lo largo del día, Julià cogió varios higos chumbos, les sacó las púas y los peló. Los comieron con fruición, sorbiendo su jugo y apagando la terrible sed de manera momentánea.

Al anochecer continuaron su viaje, al norte de Tistutín, por caminos y veredas de difícil paso para el hombre. No se arriesgaban a ir por la carretera. Los muertos que habían encontrado en ella hablaban de la peligrosidad de la intención. En algunos momentos se paraban y evaluaban la dificultad o inseguridad del tramo que debían realizar.

Fue en una de esas ocasiones cuando observaron que el camino propuesto corría cerca de la carretera y dificultaba la

invisibilidad de los soldados.

—Nos tenemos que separar —dijo Julià.

—¿Quieres decir…?

—Sí —respondió de forma convincente—. Esta zona es peligrosa. Cerca de aquí hay muchos rifeños y si vamos juntos, corremos el peligro de que nos capturen. En cambio, uno puede ir delante y otro unos metros más atrás. Será más difícil que nos descubran.

—¿Quién va delante?

—Mira, lo echaremos a suertes. Yo tengo una moneda. Si sale cara, iré yo. Si sale cruz, tú tirarás por delante.

Estuvieron de acuerdo y Julià lanzó la moneda. Antes de lanzarla, recordó otra situación similar, una situación cuyas consecuencias estaba pagando todavía. También en aquella ocasión se la había jugado con una moneda. La suerte, en aquel caso, no le acompañó. Cuando lanzó la moneda al aire y la atrapó sobre la palma de su mano, pudo ver la cara reflejada bajo la luz de la luna.

—Está bien, yo iré delante. Tú quédate a bastante distancia, pero no me pierdas de vista.

Julià se cruzó el rifle sobre su pecho, acomodó sus pertrechos y se puso en marcha, no sin antes lanzar una mirada a su compañero, que bien podría ser de despedida. Se dieron la mano y un sentido abrazo con fuerza, musitando una sola palabra.

—¡Suerte!

Siguió la estrecha vereda. A lo lejos se veían las luces de algún poblado. Caminó con precaución evitando ser descubierto.

Alguna vez giraba la vista y presentía que su compañero lo estaba siguiendo. En alguna ocasión se tuvo que esconder en la oscuridad ante la sospecha de ruidos extraños. Poco a poco

iba avanzando sobre aquella tierra seca y polvorienta. Cada paso lo acercaba más a Melilla y, por tanto, a su vuelta a casa. La imagen de su mujer y de su hijo se le aparecía de manera constante. No había día que no se acordara de ellos y que no se arrepintiera de haberse marchado, pero pensó que su suerte iba a cambiar.

Cuando más enfrascado estaba en sus pensamientos, un ruido metálico le hizo salir de su ensimismamiento. Lo conocía por experiencia. Había sonado muy cerca. Era un fusil cargándose. Intentó esconderse, pero oyó una voz que le dijo:

—Queda quieto. ¡Tú no muevas!

De las sombras aparecieron cuatro moros que le apuntaban con rifles. Intentó ofrecerles lo que llevaba para que le dejaran en paz, pero ellos le quitaron aquello que creyeron conveniente. Uno de ellos le quitó el fusil, otro el saco con los pertrechos. Los demás no dejaron de apuntarle y, con amenazas y empujones, le obligaron a acompañarlos. En aquel momento, Julià recordó la ocasión en que había tirado la moneda. Maldijo su suerte ya que, por segunda vez, había salido cara y, por segunda vez, la fortuna le había abandonado.

Vicente observó desde la oscuridad la escena sin posibilidad alguna de actuar. Le compadeció, pues creía que nada agradable le esperaba a su compañero de desventuras. Sabía que no lo volvería ver. En cierta manera, le debía la vida, pero esto ahora de nada servía, pues él no estaba a salvo ni mucho menos. Ahora debía fiarse de sí mismo y dar una oportunidad a su suerte. Permaneció una hora aproximadamente en el mismo sitio, sin moverse, hasta que decidió seguir el plan que habían trazado. Todavía quedaba mucho territorio ocupado que recorrer. Intentó desvanecerse en la noche y continuar.

Unas luminarias se observaban en los cerros. Los rifeños

se reunían alrededor del fuego dispuestos a realizar el ataque sobre Tistutín, un ataque que, si se convertía en victoria, dejaría el camino despejado hasta Melilla. ¿Quién sabe si también caería la vieja ciudad? Enfrascado en estos pensamientos y agudizando al máximo los sentidos, Vicente continuó su camino sabiendo que sus posibilidades eran escasas, debido a que la furia rifeña parecía imparable y devastadora. Los puestos militares iban cayendo con suma facilidad, uno detrás de otro, como un frágil castillo de naipes.

LA SOMBRA

Junio, 1939

La noche se había hecho dueña del entorno. Ya pasaban de tres las horas después de la medianoche. La oscuridad no era completa. El reflejo de una luna, en cuarto creciente, se dejaba ver sobre el paisaje. El silencio no era absoluto en el paseo de la Boca de la Mina de Reus. Las voces desacompasadas de dos hombres rompían la quietud habitual de la zona.

Sus pasos eran irregulares. Venían de beber en varios de los locales y tugurios que todavía permanecían abiertos a aquellas horas. Los hombres, con pasos inseguros, avanzaban a lo largo del paseo en dirección al campo de prisioneros del Pere Mata. La guerra había acabado hacía pocos meses y, a la tensión de la batalla, se contraponía ahora la euforia de los vencedores.

—Te digo que esa vieja echa agua al vino para alargar la cantidad —dijo con voz pastosa el primero.

—Sí, mi capitán. Tiene usted razón.

—¿Tú también te has dado cuenta?

—Por supuesto. Mañana volveremos y le diremos a la vieja que saque la garrafa entera.

Extraña amistad entre el capitán, don Pedro García Cifuentes, y el cabo Eusebio Buendía, cosa no habitual en el

ejército, pero la guerra creaba extrañas compañías con intereses comunes.

Se habían conocido en el frente de la batalla del Ebro, concretamente en Gandesa. Habían coincidido y, rápidamente, habían trabado amistad. La caza había sido uno de los motivos. El hecho de que tanto uno como otro habían practicado la cacería de especies de tamaño considerable como el ciervo o el jabalí había creado un clima de proximidad y confianza que se había ido transformando en amistad y necesidad, sobre todo cuando Eusebio se había convertido en un gran proveedor para el capitán.

Eusebio era una persona bastante despierta, ágil y hábil para los negocios. Era capaz de encontrar cualquier objeto que otro deseara. Se movía en ambientes, a menudo, inseguros y un tanto peligrosos. Sabía de los trapicheos del mercado negro y era capaz de obtener el objeto más preciado por difícil que pareciera.

La interesada amistad se la ganó de forma definitiva cuando, conocedor de que el capitán era un gran amante de las armas, le regaló una *Parabellum* P-08 en versión carabina, con culata separable y cañones de diferentes longitudes, objeto muy difícil de encontrar en el mercado y muy cotizado a la vez. Si hasta el momento Eusebio había sido un compañero a tener en cuenta por el capitán ante una necesidad o capricho determinado, a partir de ese instante se convertiría en lo más parecido a un compañero y amigo. No hacía falta decir que la habilidad y astucia del soldado le habían llevado a considerar el regalo como una inversión para poder sobrevivir a tan dura guerra. Y, en honor a la verdad, hasta el momento la cosa había funcionado bien. Se había generado una amistad basada en intereses particulares y Eusebio había salvado su vida y ocupado una posición privilegiada, que difícilmente hubiera

mantenido de no estar protegido por don Pedro.

A menudo hacían incursiones a los bares de las zonas que ocupaban. No siempre pagaban, pues la población, un tanto cohibida y atemorizada, no se atrevía a pedir cuentas a quien acababa de conquistar su territorio. La sensación de poder era evidente y no era infrecuente hacer abuso de él. Normalmente comenzaban tratando de manera correcta a los habitantes de la ciudad, pero cuando el alcohol inundaba sus venas, ya no se hacía distinción entre unos modales adecuados y el abuso de poder. Era entonces cuando las maneras del capitán cambiaban y los prejuicios se transformaban en desprecio hacia una población que había sido cómplice del enemigo. Evidentemente, Eusebio, cuyo objetivo en la vida era sobrevivir a costa de lo que fuera, seguía el ejemplo de su capitán creando una alianza que se veía cada vez más fuerte.

—Oye, Eusebio —dijo, con voz entrecortada debido a la bebida—, ¿serías capaz de conseguir caballos?

—Ya sabe que nada es imposible. ¿Cuántos caballos? —contestó, con la voz dominada por la cerveza ingerida.

—Unos veinte.

—¿Veinte? ¿Y qué quiere hacer con tantos caballos?

—Quiero criarlos… Mi padre tiene unas tierras en Málaga y me dedicaré a criar caballos cuando me retire —dijo, arrastrando las palabras como consecuencia de su embriaguez.

—Por supuesto. Si es así, se los podré conseguir. Tengo un amigo que entiende mucho de caballos.

—Tú siempre tienes amigos…

A Eusebio le costaba seguir la conversación pues no tenía la cabeza despejada debido a la bebida ingerida. Primero habían tomado unos vinos en una tasca. Habían pasado después a tomar unas tapas y unas cervezas. Posteriormente, perdió la cuenta de los locales que habían visitado en Reus.

En todos ellos habían bebido. Ahora volvían al campo de concentración haciendo eses y apoyándose mutuamente, dando algún traspié de vez en cuando.

De repente, todo el entorno cambió. La vista se le nubló y cayó de forma repentina al suelo. Intentó pensar qué es lo que había ocurrido, pero le costaba mucho concentrarse. No se podía mover. La cabeza le resonaba como si repicara una campana dentro de ella. No entendía lo que le había pasado. No creyó haber tropezado. Un golpe, seguramente había recibido un golpe, pero no había acabado de perder la consciencia. Intentó recordar. Alguien le debía de haber golpeado con un objeto contundente. Quiso mover las manos, pero no podía hacerlo. El cuerpo no le respondía. Sin embargo, era capaz de ver, aunque de manera poco concisa, una parte del paisaje que tenía delante gracias a los reflejos de la luna.

Al centrar la atención, pudo ver el cuerpo del capitán a su lado. Seguramente quien le había agredido a él, pues ahora no dudaba de que había sido una agresión, también había golpeado al capitán, que permanecía inconsciente en mitad del camino. Unos movimientos en las sombras le indicaron que algo se movía a su alrededor. No lo acababa de ver bien. Observó una figura que se paseaba de manera extraña y se encorvaba estudiando, con especial curiosidad, el cuerpo del capitán. No lo pudo distinguir bien. Sin embargo, vio que llevaba una capa que le tapaba parte del ropaje. Sus andares poseían un no sé qué característico, ya que no parecían equilibrados. Como una hiena que se dispone a lanzarse sobre una presa que no puede defenderse, daba vueltas alrededor del cuerpo de don Pedro.

El extraño giró la vista en su dirección. Eusebio observó que unos ojos profundos le miraban fijamente. El miedo le

atenazó. Notó que la bebida se le indigestaba rápidamente, pero hizo un esfuerzo por contenerse para que el alcohol no lo traicionara. El sujeto se le acercó y lo tocó con la punta del pie, como si fuera un tronco caído en medio del camino. Dio una vuelta alrededor de él. Parecía que quisiera olerlo. Realmente era una situación surrealista. Eusebio permaneció en absoluta quietud, como un objeto inanimado. Al finalizar la observación, aquel extraño ser se desentendió del cabo.

A continuación, el individuo volvió al lugar donde estaba su superior. Aunque ignoraba sus intenciones, su actitud le hizo creer que el objetivo que buscaba era su compañero. Probablemente sería un rojo que querría vengarse de un nacional. Pensó que la mejor manera de sobrevivir era no moverse. A pesar de ello, la postura en que había caído le permitía observar los acontecimientos.

El desconocido cogió el cuerpo inmóvil del capitán por las axilas y lo fue arrastrando a lo largo del paseo, en dirección contraria al campo de prisioneros. Al poco fueron tragados por la oscuridad. Durante un rato, el cabo seguía oyendo el movimiento que hacían los dos hombres: el jadear del sujeto mezclado con el sonido que se producía al arrastrar el cuerpo. A la cabeza del soldado le vinieron imágenes de una serpiente enorme que encontró en cierta ocasión en la montaña, cerca de Broto, de donde era oriundo. En aquella ocasión, quedó fascinado por el suave balanceo del animal y la agilidad con la que se movía por el terreno.

Eusebio continuaba sin moverse. La verdad es que tenía mucha dificultad para ello, pero en aquel momento no reunía, ni mucho menos, las condiciones para luchar con semejante individuo. Además del golpe, que ahora le dolía bastante, el miedo lo tenía inmovilizado. Pensó que no volvería a ver más con vida al capitán. Su seguro de vida y su promesa de futuro

criador de caballos se habían desvanecido en el tiempo que se tardaba en beber una caña. Por si acaso, decidió no moverse, no fuera a ser que el individuo volviera a por él.

EN LA PRISIÓN DE PILATOS

Junio, 1939

Aquello le parecía imposible de creer. Si no fuera por el hecho de que en su mano tenía la biblia con las tapas plateadas y las figuras repujadas que tanto le había gustado a Ricard, el padre de Dolors, no hubiera creído ni una palabra de lo que el capellán de Tona le había comentado. Todavía resonaban en su cabeza algunas de las palabras del jesuita: «Es para mí una triste obligación…». A continuación, observando la expresión del hombre que había venido a notificarle la noticia que menos hubiera deseado recibir, tuvo gran dificultad para ordenar las ideas que llegaban a su cerebro: «Fatal desenlace», «No se pudo hacer más», «Es todo lo que se pudo recuperar». Aquellas palabras le martilleaban el cráneo con fuerza para ocupar un sitio en su conciencia, pero esta, incapaz de asumir el inesperado golpe, no supo establecer la prioridad de ideas y la concatenación de causa-efecto de la cual presumía Carles en momentos de más lucidez.

Ahora se había marchado el capellán, un buen hombre que los había casado hacía pocos años y cuyo sufrimiento por el fatal desenlace de la pareja era sincero, de ello no había duda.

Fue a partir de ese momento, en que se quedó a solas con

sus pensamientos, cuando las palabras que había pronunciado el religioso y que parecían deslizarse por el entorno se fueron agrupando en estructuras reconocibles que dieron sentido al mensaje emitido anteriormente. Al parecer, su mujer, Dolors, había fallecido en enero, cuando paseaba cerca del puerto de Barcelona. Su presencia allí había sido una triste coincidencia, ya que esa zona había sido objetivo de los bombardeos fascistas. Siempre que llegaban noticias de ese tipo al frente, la preocupación se apoderaba de Carles, quien se preguntaba si ella estaría bien. Rápidamente, su optimismo vencía a los malos augurios. Había creído firmemente que, si le pasara algo a Dolors, él notaría una inquietud que se transmitiría por todo su cuerpo. Desgraciadamente, esta comunicación explicaría el hecho de que desde hacía meses no había recibido notificación alguna, ni de Dolors, ni de su familia política, ni de su propia madre. La ausencia de noticias era en sí una mala noticia, pero tampoco dejaba de sorprender dado el caos general que reinaba en el país.

Una cucaracha rojiza y negra paseaba por la pequeña estancia donde se encontraba. La sala era sucia y oscura. Le llamaban «la capilla» y era, a la sazón, una pequeña celda donde los hombres que iban a ser fusilados pasaban la última noche. Las paredes estaban desconchadas y, en algunos lugares, se podían apreciar las manchas de sangre, triste recuerdo del paso de otros reos tras haber sido torturados.

Se hallaba prisionero en la cárcel de Pilatos en Tarragona, un edificio de principios del imperio romano, el Pretorio de Augusto. Había sido olvidado hasta que fue convertido en cuartel y depósito de material bélico. Fue volado en gran parte en 1813, durante la retirada de las tropas francesas. Posteriormente, tras su reconstrucción, había pasado a ejercer la función de prisión.

Si la situación de los presos era ya de por sí desesperada, después de haber perdido la guerra, la prisión contribuía a que la desazón fuera mayor debido a las condiciones de la misma. Pilatos constaba de varias salas. En el sótano se hallaba la que acogía a presos en régimen de prevención o que estaban destinados a otras prisiones. Había otras habitaciones para presos preventivos o con diversas condenas. En la sala primera de la planta baja y en la tercera de la planta superior se hallaban los condenados a muerte. Desde hacía tres meses, la primera sala había sido el lugar donde Carles había intentado sobrevivir.

La estancia tenía un aspecto desolador. Consistía en un gran habitáculo, casi sin ventilación. Sus paredes tenían restos de yeso sobre los muros romanos. El color oscuro, fruto de la mugre y la podredumbre, dominaba la pared y el suelo. El techo consistía en una bóveda lúgubre. A un lado de la sala, un agujero ejercía las funciones de letrina. Se había de tener en cuenta que el habitáculo estaba a rebosar de presos y a los lados de la improvisada letrina también yacían prisioneros, con lo cual la incomodidad era patente para todos. De hecho, si en la noche un hombre cambiaba de posición, obligaba a moverse a todo un grupo por lo apretados que se encontraban. Las chinches se hallaban en su salsa, pues la suciedad era notoria en los presos.

En esta sala se hacinaban los cientos de personas que no podían tener ninguna esperanza. En la farsa de juicio que realizaba un tribunal militar, «el consejillo», como le llamaban los penados, habían sido condenados a la pena máxima; o sea, «la cantimplora», dicho en el argot de los allí forzosos residentes.

En su caso, era de esperar la condena. No en vano había sido capitán de las tropas republicanas, aquellas que defendían

el poder constituido de forma democrática. La desgracia era que, a veces, los hechos no estaban a la altura de los deseos y el destino jugaba de manera caprichosa con ellos.

Carles había sido herido en la batalla del Ebro a mediados de noviembre, en la retirada de la Fatarella, uno de los últimos reductos de aquella contienda. Recibió un tiro en la pierna que le dificultaba caminar. Sus compañeros pudieron ayudarle y, arrastrándolo y a empujones, consiguieron alejarlo del campo de batalla bajo una fuerte nevada y una lluvia de balas que, afortunadamente, no encontraron nuevo objetivo.

Fue llevado al hospital de campaña, que se estaba desmontando. Los heridos se hallaban a bordo de un camión y allí fue instalado. Una enfermera, curtida en múltiples batallas y, sin perder por ello la sonrisa, le aplicó un torniquete que fue, a la postre, lo que evitó que muriera desangrado.

El camión, junto con otros vehículos, había realizado una lenta huida hacia tierras más seguras. No por ello dejaron de estar en peligro. Fueron tiroteados por unos aviones italianos que volvían de realizar la *razzia* habitual en forma de descarga de bombas en poblaciones indefensas. Uno de los vehículos, que transportaba heridos, fue tocado y cayó dando vueltas por un terraplén. El incidente acabó con la explosión del camión, que segó la vida de varios heridos y militares. Los aviones se conformaron con el botín obtenido y regresaron a su guarida. Los heridos que habían caído del transporte fueron recogidos rápidamente y colocados en otros vehículos. Al cabo de varias horas de viaje accidentado pudieron llegar a Vallfogona de Riucorb, donde se encontraba el hospital militar. Allí pudo, finalmente, ser intervenido de la herida, pero las fiebres se habían apoderado de su cuerpo. Carles era consciente, pues lo había visto en el frente en multitud de ocasiones, de que la herida no era lo más peligroso, sino la infección que podía

provocar debido a la escasa higiene y a la falta de medicamentos que padecían los hospitales militares. Otros hombres habían muerto o se les había seccionado la pierna por heridas más insignificantes.

El avance de las tropas nacionales obligó a una retirada republicana y, con ella, al desalojo de los hospitales hacia otros más seguros, en la retaguardia. El delicado estado de salud de Carles desaconsejaba su traslado, por lo que quedó al cuidado de dos sanitarios junto con los hombres que no habían podido desplazarse.

Pasó las navidades en el hospital intentando recuperarse, pero las fiebres lo habían dejado muy debilitado y la mala alimentación que llevaba desde hacía meses no suponía una gran ayuda para la curación.

Fueron dos las ocasiones en que lo dieron por muerto, pero mientras su cuerpo no parecía desear seguir luchando por vivir, su espíritu, siempre de tendencia optimista, le decía que tenía que seguir adelante. En momentos de desolación, su mente se enfocaba en Dolors, recordando el mundo que habían imaginado.

Fue allí donde, tras la entrada de las tropas fascistas, Carles pasó de ser un paciente a prisionero de los nacionales. Fue llevado al campo de concentración de San Juan de Mozarrifar en Zaragoza. Allí permaneció un mes. La precaria salud de la que disponía se convirtió en alarmante, pues la mala alimentación y las peores condiciones higiénicas no auguraban una pronta recuperación.

Finalmente fue a parar a la prisión de Pilatos, en la cual se hallaba ya desde hacía más de tres meses y, al día siguiente, pondría punto y final al calvario que le había llevado hasta allí.

La cucaracha daba vueltas alrededor de una mancha. Probablemente sangre reseca. Carles la miró con curiosidad.

No sabía si aquellos animalejos tenían olfato como los perros o de qué manera se dejaban guiar para conseguir sus objetivos.

De manera inconsciente, acariciaba la tapa de la biblia. Abrió la primera página y, cuando vio la dedicatoria, las lágrimas acudieron a sus ojos.

«Al cabo del tiempo, no recordamos tanto las grandes hazañas sino las emociones que compartimos con aquellos a los que quisimos».

Recordaba el día que él lo había escrito. Fue el mismo día que enterraron a Ricard.

—Consérvala. En ella va el recuerdo de un hombre bueno —le dijo a Dolors.

—Eso me hará recordar a las personas que más he querido —continuó ella, haciendo referencia tanto a su padre como a Carles, mientras pasaba la mano suavemente por la tapa.

—No me tendrás que recordar. Nosotros no nos vamos a separar —le contestó Carles, tomándole la mano entre las suyas.

—Eso espero. Sin embargo, me asusta un poco lo que está sucediendo en todo el país. Enfrentamientos y revueltas por todos lados.

—No te preocupes —intentó animarla—. Hoy estás triste porque tu padre nos ha dejado y es normal que veas las cosas de otra manera, pero piensa que en poco tiempo todo estará arreglado y la gente podrá, finalmente, disfrutar de unas condiciones de vida mucho mejores.

Un mes más tarde comenzaba la rebelión del ejército contra la república. Posteriormente, Carles iría al frente y, durante tres años, apenas se vieron salvo en contados momentos. La última vez, en septiembre del año anterior, en su pequeño pisito del Borne. Los sueños que habían construido juntos pensando en el mañana se habían

desvanecido como un azucarillo. «Los sueños son ilusiones de grandes expectativas, pero de corto recorrido», pensó con una triste sonrisa.

La cucaracha seguía con su paseo por la celda. Ello le devolvió a la realidad. Le quedaban pocas horas de vida. Ya sabía que al amanecer lo llevarían, junto con otros cuatro prisioneros, a la montaña de la Oliva, al lado del cementerio. Estas ejecuciones eran, por desgracia, habituales en aquellas fechas. La prisión de Pilatos formaba parte de la represión de las tropas rebeldes y por todos era sabido que estos nuevos amos necesitaban la sangre de los vencidos para fortalecerse en el poder.

Llevaba todo el rato sentado en el suelo. Cuando se marchó el capellán, al cual fue prácticamente incapaz de contestar, se dejó caer, pues el cuerpo no le aguantaba. Intentó ponerse en pie, pero el dolor le dificultaba la intención. Los golpes que había recibido desde que llegó a la prisión eran un recordatorio constante del lugar en que se hallaba. Un dolor intenso en el hígado le hizo recordar a Sostres, uno de sus torturadores, pero probablemente quien más empeño ponía en dañar a los demás. Sostres era un psicópata, un asesino que se había servido de la república y de la guerra para dar rienda suelta a sus instintos.

Recordó el rostro del delincuente cuando llegó prisionero a la cárcel de Pilatos. La cara de sorpresa del asesino se transformó repentinamente en otra de satisfacción. El traje de preso había cambiado de amo y ahora, el criminal, llevaba un uniforme de la Falange.

«Resulta curioso cómo las ratas son las primeras en abandonar el barco para sobrevivir», pensó Carles, que ya imaginaba la suerte que le esperaba. Efectivamente, al poco tiempo, con la excusa de interrogar al preso, Sostres lo había

llevado a una de las habitaciones individuales, acompañado de dos sujetos, y le había dado una paliza. El prisionero, que no se había recuperado del todo de su decaído estado físico, había sido incapaz de defenderse. Aquella no fue la única paliza que recibió. En los tres meses que llevaba en esta prisión, rara era la semana que Sostres, junto con sus dos cómplices, no disfrutara sádicamente de esta cruel actividad. Eso sí, con nocturnidad y con una cierta discreción, pero con toda la intensidad, cosa que le recordaban las magulladuras cada vez que se movía.

Aquel día lo había visto. Le había sonreído de forma sardónica y le había dicho en voz baja: «Mañana te dan el paseo. Me he presentado voluntario». Ya sabía lo que le esperaba y, si por casualidad tenía alguna esperanza de salir bien de ello, sabía que Sostres tenía una bala preparada para él. Era una ocasión, que suponía, su enemigo había soñado más de una vez.

Rememoró cuando lo había conocido, cómo lo había perseguido y lo había capturado pues, en otra vida, una vida que ahora le parecía muy lejana, Carles había sido policía. Recordó cuando se produjeron en Barcelona una serie de asesinatos y violaciones de chicas, prácticamente niñas. Los crímenes habían comenzado con el calor, en el verano del treinta y cinco. Estos habían seguido durante el otoño hasta que, finalmente, pudieron asociar los asesinatos con el rostro del asesino: Sostres, un estibador del puerto, corpulento, con propensión a la gordura, cara de tendencia cuadrada dominada por unos ojos que parecían salirse de sus órbitas, una gruesa nariz y unas orejas que se despegaban más de lo normal. El pelo, estropajoso, le confería al conjunto un aire un tanto lunático, pero, bajo la apariencia de una persona ignorante y poco ambiciosa, se hallaba un asesino frío y

despiadado que no conocía los límites de la moral, muy taimado y con mucha sangre fría, capaz de acompañar el más cruel asesinato con una sonrisa desalmada.

Tras su detención, a finales de año y, en espera de juicio, la situación política se había complicado. Había ganado el Frente Popular y el ambiente se había enturbiado aún más, pues la derecha no admitía la derrota y la pérdida de privilegios que ello podría conllevar. Los ingredientes para un conflicto bélico se hallaban en el ambiente, pero nadie parecía percibirlo a pesar de la escalada de violencia generada. A la postre, Sostres salió en libertad. Supo ganarse la amistad de otras personas con influencia que sabrían utilizarlo para sus propios intereses y, a fin de cuentas, los expedientes se habían quemado, pues se consideraba a los presos víctimas de la lucha de clases.

Se habían vuelto a encontrar alguna vez. En esa ocasión, ejercía de pistolero para algunas facciones más extremistas del republicanismo que confundían la justicia con el ajuste de cuentas. Para el asesino todo formaba parte del mismo ritual; la obligación y el placer eran una misma cosa. En aquella oportunidad, Carles tuvo que enfrentarse con algunos personajes influyentes para hacerles ver que en nada podía ayudar a la causa republicana los asesinatos de Sostres. Consiguió que fuera expulsado del entorno más radical y ahí le perdió el rastro. Ahora lo había recuperado, pero con un traje azul de la Falange, un partido captador de sujetos que, bajo un enfoque de limpieza de elementos subversivos, se dedicaban a asesinar y maltratar a todos aquellos individuos que creían conveniente, como si de un juego se tratase. A muchos niños ricos, la muerte de aquellos hombres indefensos que consideraban indeseables les parecía la consecución de una gran aventura.

Se le hacía difícil dormir. De hecho, se había acostumbrado a dormir muy poco y a sobresaltarse y despertarse con cualquier variación en el ambiente. Su mente volvió a recordar a Dolors y su mirada se dirigió al libro que tenía en la mano. Acarició la tapa con dulzura. Una gran paz le reconfortó. Pensó que pronto se reuniría con su mujer, aunque no fuera en este mundo. Una leve sonrisa se dibujó en su cara. Se recostó contra la pared, tal como estaba sentado en el suelo, y la biblia se le cayó de las manos. Carles se había dormido esperando el amanecer.

EN LA CARRETERA

Junio, 1939

—Maldita sea —musitaba Ernesto, mientras observaba cómo Hamed cambiaba la rueda reventada del coche, en la Hispania 514, bajo la fina llovizna de finales de junio.

Circulaban por las curvas del Garraf. El viaje en sí era arriesgado. A la dificultad de la calzada se añadía la oscuridad de la noche y la fina y pertinaz lluvia que no dejaba de caer. Ernesto creía que Hamed, como chófer del automóvil, era un veterano de la conducción, pero pronto se dio cuenta de que estaba equivocado. La temeridad con que a veces se lanzaba sobre las curvas le dio a entender que, probablemente, lo más parecido a un vehículo que había pilotado era un camello.

A medida que avanzaban sobre el terreno, la inseguridad de Ernesto había aumentado de tal manera que tenía, a veces, los nudillos bien apretados, cogiéndose con fuerza al asidor de la puerta. No por inesperado fue una sorpresa que un vehículo, que venía en dirección contraria, los cegara con la luz. Hamed dio un golpe de volante que envió el coche sobre la pared de piedra. Pudo frenar a tiempo, pero la rueda delantera golpeó contra una roca y quedó destrozada. Afortunadamente para los ocupantes, ese fue todo el daño causado. Sin embargo, para el pasajero había un peligro

mayor: el tiempo perdido.

Sabía que no disponía de todo el tiempo del mundo. Aquel retraso le podía costar no conseguir su objetivo y, por tanto, su misión sería mucho más difícil de lo que le había parecido en principio.

Esa misma tarde había estado llamando a la prisión de Pilatos, pero no había habido buena comunicación. La llamada se cortaba o se distorsionaba el sonido. Si no fuera porque creía en la obediencia debida a un mando superior, hasta diría que alguien quería que no llegara a tiempo de salvar a la única persona que le podía ayudar.

Desde que había llegado a Barcelona, se había ocupado de incautar aquellos documentos que pudieran ser de interés para el ejército nacional. Su dedicación específica había sido recopilar informes policiales que luego serían utilizados de manera adecuada. La mayoría de aquellos informes habían sido quemados en el paseo San Juan. «Una de las muchas locuras de la república», pensó. Investigaba con atención y de forma metódica, pues sus intereses personales coincidían con su actividad militar. Finalmente, después de una búsqueda exhaustiva dos días atrás, había encontrado lo que estaba buscando. Era el informe policial de una desaparición y un asesinato. Estuvo leyendo las diligencias y las investigaciones realizadas. Leyó, al final del documento, el nombre del policía que había realizado la investigación. Su nombre era Carles, Carles Gil Ferré.

Aquellos días se había dedicado a investigar sobre el policía en cuestión y ahora sabía que cumplía prisión en Pilatos y que el tiempo se le escapaba entre las manos, pues sería fusilado al amanecer del día siguiente. En esa labor estaba cuando fue llamado a gritos por un cabo. La sorpresa fue mayúscula pues recibió una demanda inesperada. El

motorista que le entregó la notificación le anunció que se preparara. Aquella misma tarde, a las cuatro, le esperaba en Capitanía General nada menos que Luis Orgaz, nuevo capitán general de la Cuarta Región Militar. Ignoraba qué podían esperar de él, pero le faltó tiempo para irse al cuartel y asearse mientras las ideas se le acumulaban en la cabeza y se establecía una sorda lucha entre ellas.

No eran las cuatro cuando pasaba el umbral del edificio oficial. La historia del palacio le dio que pensar, ya que se había creado como iglesia de la Merced y convento de la orden de la Merced en 1765. La posterior desamortización de Mendizábal había hecho que el edificio pasara a manos del Estado para quedar, en 1846, en poder del Ejército, que lo utilizaría como sede de la Capitanía General. «Resulta cuanto menos curioso cómo evolucionan las cosas y cómo los edificios adquieren otras funciones diferentes a las que tenían cuando fueron creados», pensó.

En eso estaba cuando un ordenanza le preguntó su nombre y le acompañó hasta una habitación situada en el primer piso, no sin antes atravesar el hermoso claustro. Desconocía cuál había sido la causa del requerimiento de su presencia en aquel edificio. La habitación estaba desierta y suponía que debía esperar. Se paseó, dado que le costaba estar sentado. Miró por la ventana y pudo ver una parte del puerto de Barcelona. Oyó un ruido a sus espaldas, se giró y vio entrar a dos personas. Una de ellas era el nuevo capitán general. La otra era un coronel del ejército al que no tenía el gusto de conocer.

—Buenas tardes, capitán Ernesto Delgado, supongo —dijo Luis Orgaz.

—Así es, señor —intentó cuadrarse el visitante.

—Deje los formalismos. Quiero presentarle al coronel

Villalba, quien le expondrá el motivo por el que ha sido llamado. Pero antes, siéntese.

Ernesto se sentó. Aquello, más que un ruego, era una orden.

—Verá. Usted es un buen soldado. Fue policía antes de la guerra. Luego estuvo en el frente del Norte. Participó en las campañas de Bilbao, Santander y Asturias. Posteriormente pasó a formar parte del servicio de información y policía militar. También participó en la caída de Madrid. Sus méritos le han llevado a conseguir el grado de capitán. ¿Es correcto esto?

—Sí, mi coronel.

—Según sus superiores —dijo el coronel, mirando los informes—, dispone usted de una gran agudeza y sentido de observación que, unido a su gran capacidad de trabajo, precisa y metódica, le facilitan la resolución de casos que, para otros, sería prácticamente imposible solucionar.

Ernesto consideró mejor quedarse en silencio. Los halagos le aturdían. Para él, el trabajo formaba parte de su vida y no se cuestionaba si las cosas podrían ser o hacerse de otra manera. De todas formas, pensó que primero venía el halago y después el palo. Con los altos mandos no convenía pasarse de listo.

Dado que no decía nada, el coronel continuó hablando.

—Ahora tendrá la ocasión de demostrar ese gran olfato que me han asegurado. Como policía es muy competente. Hay quien cree que usted es la persona idónea para resolver un caso realmente complicado. Por otro lado, necesitamos que sea tratado con la máxima discreción posible. No nos interesa la publicidad del mismo en estos momentos.

—Haré todo lo posible para resolverlo —contestó Ernesto, aseveración un tanto inútil, ya que no cabía otra posibilidad de respuesta.

El coronel cogió la cartera que había traído. La abrió y sacó un portafolio en el cual había varias fotografías.

—Me alegra que diga eso. Y ahora, vamos al tema. Verá, aquí tengo varias imágenes bastante desagradables del cadáver de un capitán del ejército, Pedro García Cifuentes, asesinado en Reus hace ahora una semana. Según parece, estaba a las afueras de la ciudad junto con un cabo. Volvían de una noche de fiesta cuando ambos fueron atacados por un extraño. El cabo no perdió el sentido totalmente y pudo verlo. Al parecer, el asesino llevaba una capa y sus movimientos eran un tanto felinos. Dice que, más que una persona, parecía un animal. El caso es que cogió al capitán y se lo llevó arrastrando. Al día siguiente, se emprendió la búsqueda de forma discreta, pues no es buena publicidad para nuestro ejército evidenciar inseguridad en las calles y que puede haber comandos rojos en el territorio.

—¿Hace mucho que se encontró el cadáver? —Lo que resultaba evidente en las fotos era que se había encontrado el cuerpo y no con vida, precisamente. El asesino se había ensañado con él. En una imagen se veía al hombre desnudo, con la cabeza seccionada del tronco y unos cortes en el pecho en forma de cruz. Múltiples escarificaciones daban a su cuerpo el aspecto de una persona con profusión de tatuajes. En otras fotos se veía al hombre atado de brazos y piernas a un árbol. Así lo debieron de encontrar. También se le apreciaban los cortes en el pecho y la cabeza reposando sobre una roca.

—El cadáver se encontró hace dos días en una zona boscosa a las afueras de Reus, un lugar tranquilo donde el asesino pudo despacharse a sus anchas. ¿Qué piensa usted?

Una idea le rondaba por la cabeza a Ernesto. Sus pensamientos iban más rápidos que sus palabras. Sabía que, si quería conseguir su objetivo, tendría que arriesgar bastante.

—Creo que no fue asesinado donde le encontraron. —Sus interlocutores lo miraron con ojos interesados—. En la foto no se aprecia sangre a los pies del capitán y les aseguro que debió de sangrar lo suyo.

—¿Alguna cosa más? —preguntó el coronel entornando los ojos, con un interés que no había apreciado antes el invitado.

—Creo que todo esto es un montaje.

—¿Un montaje? ¿Con qué objetivo?

—Con el objetivo de dar un toque de atención, probablemente al Ejército. Uno no asesina y publicita el asesinato de esa manera si no es por un motivo en concreto. Es la manera que tiene el asesino, o los asesinos, de mostrar que no tienen miedo, incluso de que el asesinato no caiga en el secreto militar.

Ernesto calló. Esperó que el anzuelo que había lanzado fuera suficiente.

—Bien —dijo afirmativamente el coronel—. Comenzará la investigación cuanto antes. Quiero que vaya a Reus y descubra a ese criminal. No hace falta decir que, si necesita algo, lo tendrá a su disposición.

—La verdad es que sí que necesito algo…

—Dígalo y lo tendrá.

—Necesito la colaboración de otro policía. Un hombre que se ha destacado en la resolución de casos difíciles. Una persona con gran capacidad de deducción…

—¡Dígame el nombre, que le haremos venir inmediatamente! Y, si está lejos, lo enviaremos a Reus para que le dé apoyo.

—La verdad es que hay un problema…

—¿Un problema? ¿Qué tipo de problema? —inquirió el capitán general, que hasta el momento había estado callado.

—El hombre en cuestión se halla en la prisión de Pilatos y mañana será fusilado.

Se hizo el silencio en el despacho y los dos hombres se miraron con interrogación, mientras Ernesto intentaba pasar desapercibido. El mensaje estaba dado, solo había que esperar cuál sería el tipo de respuesta.

—¿Realmente es necesario ese hombre? ¿Cree que no tenemos personas suficientemente cualificadas?

—Verá. Sí que hay personas cualificadas, pero para un caso tan complejo, no basta con un buen policía, hay que tener al mejor. Y el mejor es este hombre.

—¿Y él querrá colaborar? —preguntó el coronel, después de unos momentos de silencio donde se oía hasta el aire que pasaba.

—Cuando uno es policía, el olor de la sangre te llena el cuerpo y deseas parar a este monstruo. Independientemente del uniforme que hayas vestido, siempre serás policía.

Esa respuesta pareció satisfacer a aquellos hombres, que firmaron unos documentos que permitían liberar a Carles Gil. Emitieron los necesarios permisos y salvoconductos. La prisa formaba parte de la reunión. A la urgencia de resolver el crimen, se añadía la de evitar un fusilamiento.

Cuando Ernesto sugirió que necesitaría un vehículo, no le pusieron pegas. El coronel puso a su disposición el suyo propio con conductor incluido. Ahora no sabía si aquello había sido un acto de generosidad o un enorme deseo de perder de vista a Hamed, visto lo temerario que resultaba.

Sus reflexiones fueron interrumpidas cuando el conductor acabó de cambiar la rueda. A pesar de estar chorreando, sus pensamientos fueron para el hombre que iba a morir.

—Espero que podamos llegar a tiempo —musitó, mientras Hamed retomaba la carretera en una alocada carrera.

Evidentemente, no había aprendido nada del incidente ocurrido.

EL ÚLTIMO PITILLO

Junio, 1939

Un aire fresco, unido a la llovizna que todavía caía, hacía que el día se presentara desapacible. No era el típico día de verano que él recordara, más parecía otoñal. Le vino a la memoria el día que enterraron al padre de Dolors. El funeral se había celebrado en Tona, en el mes de junio. Hacía mucho calor.

—Madre mía. Cuántos hemos caído y en qué poco tiempo —pensó Carles, mientras subían la montaña de la Oliva.

Sabía cuál sería el protocolo. Las noticias corrían raudas en Pilatos. Los presos que tenían más antigüedad ya le avisaron cuando llegó que, aquellos cuya condena fuera la pena de muerte, serían llevados a la montaña de la Oliva, donde serían fusilados al lado de la tapia del cementerio. Normalmente eran fusilados al amanecer, pero aquel día habían tenido una especial prisa por llevarlos. «Se nota que en eso de asesinar no se acaban las ganas», pensó.

Cinco eran los presos que iban a ser ejecutados. Les ataron las manos antes de salir y los subieron a un camión que los llevaría hasta la carretera que había al pie del cementerio. Los modales de los soldados no habían sido especialmente amables, pero Carles pensó que ello era debido a que Sostres y

uno de sus amigos formaban parte del pelotón. Evidentemente, se había tomado a pecho eso de ver morir al antiguo policía.

Mientras subían, todavía recibió algún empujón de aquellos truhanes. Percibió que aquellas algaradas no eran celebradas por todo el pelotón. De todas maneras, el oficial al mando, un sargento bastante joven, se mantenía indiferente al hecho del maltrato. «Para lo poco que le queda…», debía de pensar.

—¡Qué, poli! ¿Todavía te quedan ganas de joder a la gente?

Carles pensó que no valía la pena decir nada, pues lo único que conseguiría sería que ellos disfrutaran todavía más de su desgracia. De todas maneras, la situación le parecía tan irreal que dudaba de que él fuera el protagonista de aquellos sucesos. Hacía tiempo que el espíritu de lucha se había transformado en una dura aceptación de la realidad y, después de la noticia de la noche anterior, en una resignada claudicación. Ya no valía la pena seguir luchando. Había llegado el final.

Llegaron arriba y vieron que la zanja ya estaba hecha. Normalmente eran los prisioneros quienes la hacían, antes de ser fusilados. Había en el aire una sensación de precipitación, de querer hacer las cosas rápidamente, y no sabía por qué. Si el ahora falangista hubiera querido matarlo antes, había tenido tiempo y oportunidades.

Los soldados se pusieron a hablar entre ellos y a fumar. El sargento les preguntó si querían fumarse un último pitillo. Dos de los prisioneros así lo pidieron y les encendió sendos cigarrillos. Finalmente, Carles también decidió fumar uno. Con el olor del humo recordó una escena que había tenido lugar hacía una eternidad con Dolors. Hacía poco que vivían juntos y un día tuvieron una pequeña discusión respecto al

tabaco. A ella no le gustaba que fumara, ya que el olor era absorbido por la ropa y, realmente, todo el piso olía mal. Él se defendió diciendo que ya fumaba cuando eran novios y ella trabajaba en la granja.

Finalmente, Dolors le había hecho prometer que lo dejaría, que aquello no podía ser bueno para la salud. Mientras disfrutaba el que se suponía su último cigarrillo, Carles pensó que la salud, en ese momento, era algo secundario.

En el tiempo en que iba dándole caladas al cigarro, se dedicó a observar a Sostres y a su socio. No era fácil olvidarse de ellos. Su cuerpo dolorido era un continuo recuerdo de sus verdugos. Pensó que ya no tendría ocasión de aclarar cuentas con los falangistas ya que el tiempo se le iba de las manos. Concretamente, se fijó en el amigo del asesino. «Un buen elemento tiene que ser si es capaz de mantener una amistad con semejante individuo», pensó. El sujeto en cuestión tenía una figura un tanto rellenita, que congeniaba con la de Sostres. De repente, le vino a la cabeza la pareja de huevos que se habían encontrado con Alicia en el país de las maravillas. Su cerebro le había traicionado y, sin embargo, no pudo menos que esbozar una leve sonrisa. Ahí acababa todo parecido, pues poseía una cara redondeada cubierta por una escasa mata de pelo cobrizo. Tenía la nariz pequeña y los ojos porcinos, oscuros y pequeños. En cambio, los labios, probablemente la facción que más sobresalía de su cara, parecían hinchados. Las orejas eran más bien pequeñas. Sin embargo, en un mundo normal, hubiera pasado perfectamente por un funcionario o un secretario. Parecía un tanto nervioso. Era, probablemente, el hombre del pelotón que más se movía de un sitio para otro. Su mano se deslizaba suave y continuamente por el gatillo, mientras no dejaba de lanzarle esquivas miradas.

Tenía miedo. No podía negarlo, pero pensó que, probablemente, todo se acabaría de una vez. Quería creer que realmente, existía un cielo donde las almas se volvieran a encontrar, pero eso se le hacía muy difícil. Para un niño que a los ocho años tuvo que madurar y convertirse en el hombre de la casa, ante la muerte de su padre, la vida había resultado bastante dura. Tuvo que trabajar bien joven y, posteriormente, alternar los estudios con la faena. La supervivencia pasaba por la capacidad de trabajo y la habilidad para realizar alguna actividad remunerada.

En estos momentos se acordó de su madre. ¿Dónde estaría? No había podido ponerse en contacto con ella desde el mes de septiembre anterior. De ello hacía casi diez meses y ese silencio lo había tenido preocupado. Ahora sabía por qué Dolors no le había escrito ni al frente ni a la cárcel. Esperaba que el asunto que hubiera dificultado la correspondencia con su madre no fuera de la misma índole.

Un estremecimiento le recorrió el cuerpo ante aquellos pensamientos. A su madre le había costado aceptar la muerte de su padre. Durante un tiempo, se encerró en un mutismo que dificultaba cualquier contacto con ella. Volvió a trabajar en la tienda de hilados donde se había hecho grande. La dueña, doña Engracia, antigua costurera de la sastrería Pujades del paseo de Gracia, prácticamente la había criado. La había tenido ayudándola desde que Anna viniera del pueblo con dieciséis años, tras la muerte de sus padres. Doña Engracia, amiga de la familia, la había visto crecer y también la había visto sufrir con el noviazgo del padre de Carles.

—Ese chico no te conviene —le había reprendido más de una vez.

—Pero tía —le decía, pues así llamaba a la dueña—, ¿cómo puede decir eso? Usted no lo conoce. Julià es un chico

maravilloso. Tiene grandes proyectos. Verá como triunfará. Viajaremos y conoceremos lugares maravillosos.

—Niña, todo será muy maravilloso, pero primero hay que trabajar y ganarse el sueldo. Los chicos como ese novio tuyo tienen muchos humos en la cabeza, pero los pies de barro.

Y así había sido, según le había contado alguna vez su madre. Los sitios tan maravillosos se habían reducido al pequeño piso del Borne y aquellos grandes sueños se habían topado de repente con una realidad que no perdonaba y que la tenía atada de pies y manos.

Cuando supo de la muerte de su padre, fue doña Engracia quien vino a casa con el objetivo de que Anna volviera a trabajar con ella. Dándole la excusa de que se iba haciendo mayor, pues ya rozaba los sesenta, consiguió que la joven viuda saliera de casa y pudiera reducir su estado depresivo. Con el tiempo pareció superar la situación. Las ropas dejaron de ser totalmente negras, en una clara demostración del luto que sentía, para colorearse de manera discreta. Sin embargo, Carles, que había vivido sus momentos más difíciles, sabía que el dolor no había cesado, pues todavía oía sollozos ahogados en su habitación después de irse a dormir. Una noche, sin poder contenerse, entró sin llamar y la halló sentada en la cama observando una foto en que estaba la pareja, en tiempos mejores, delante de la iglesia del Mar, donde se habían casado.

—Mamá, no llores —le dijo mientras se acercaba a ella.

—Él me prometió que volvería, me lo prometió —dijo su madre, dirigiendo la mirada hacia un punto indefinido del espacio mientras lo abrazaba con un sentimiento de desconsuelo y las lágrimas le recorrían rápidamente los surcos de la cara.

—No llores. Yo siempre estaré contigo y te ayudaré —fue

lo que dijo el niño de forma inconsciente pensando, quizás, que podría dominar el torrente de acontecimientos que sucederían.

Unos acontecimientos que, sin ninguna duda, los había desbordado y arrastrado. En ese momento, se encontraba acabando su último pitillo ante un pelotón de ejecución. Miró la colilla del mismo y la lanzó al suelo mientras pensaba que las cosas no tenían que haber sucedido de esa manera. Supuso que, de la misma forma, ni su padre, ni su madre, ni Dolors habían podido controlar la situación.

Se acabó el tiempo. Los soldados procedieron a alinearlos uno junto a otro. Les comenzaron a vendar los ojos, cosa a la que Carles se negó. No quería darle a Sostres el gusto de pensar que tenía miedo. Esta podía ser su única victoria.

Los gritos del sargento ordenando el pelotón le llegaban desvirtuados, como si estuvieran en otro entorno. Probablemente, el tiempo desapacible, las nubes y la fina llovizna contribuían a ello.

—¡Preparados!

Todo se le antojaba extraño. De repente, otra voz diferente y también lejana se dejó oír.

—¡Alto!

Al fondo del camino distinguió a un hombre alto y delgado, vestido de militar, que gritaba mientras levantaba el brazo. Detrás de él corría otro hombre. Por su aspecto parecía moro, aunque también vestía uniforme.

—¡Apunten! —El sargento parecía no haberlos visto ni oído. Probablemente deseaba acabar con todo aquello.

Los soldados del pelotón apuntaron los fusiles hacia las personas indefensas que iban a ser ejecutadas y cuyo máximo delito había consistido en defender un gobierno legal y democrático frente al embate de un ejército rebelde. Carles

intentó que su último pensamiento fuera para Dolors. Sabía que ello le daría fuerza para soportar el momento. No pudo evitar ver como aquellos dos hombres venían corriendo y gritando, pero nadie parecía oírlos.

—¡Alto! ¡Paren la ejecución!

—¡Fuego!

Una descarga cerrada de fusilería se abatió sobre los prisioneros. Carles cayó al suelo y, de repente, nada.

EN LA OSCURIDAD

Junio, 1939

Dejó de oír gritos y palabras. La oscuridad lo había envuelto todo, pero, en cierta manera, sentía que todo había acabado. Una sensación de enorme paz fue lo que el republicano notó tras la caída. Poco a poco, las luces, colores y sonidos fueron volviendo, aunque de manera un tanto amortiguada. Aparecieron los cuerpos de los soldados desde un ángulo difícil de definir. Parecía como si se hallara flotando por encima de los hombres. Vio al capitán enfrentándose a los militares y, posteriormente, aproximándose hacia su cuerpo, buscando los rastros de la bala. En ese momento, todo le era un tanto indiferente. El odio, la rabia y la impotencia, emociones que había sentido con frecuencia en los últimos meses, parecían haber cedido, dejando paso a una calma que lo llenaba todo.

La curiosidad, que nunca lo había abandonado, le había permitido entrar en la policía. Primero ayudando cuando era bastante joven y luego resolviendo casos con la habilidad que se necesita para colocar en su sitio las múltiples piezas de un retorcido puzle. Era lo único que le inducía a observar a aquellas personas intentando encontrar algún sentido en sus acciones.

Sin embargo, algo parecía atraerlo lejos de allí. Su cuerpo flotaba en el aire sin ninguna resistencia, más bien su alma, pues el resto había caído bajo la descarga de la metralla. Notaba que algo tiraba de él, algo que lo atraía con una fuerza irresistible. Los sonidos derivados del grupo de personas que estaban al lado del cementerio de Tarragona desaparecieron y otros más lejanos vinieron a llenar el espacio.

El día se convertía en noche y la oscuridad ganaba terreno. Un suave rumor de fondo ocupaba sus sentidos. Conocía aquella sonoridad, ya que la había oído en otras ocasiones. La recordaba de la época en que, junto a sus amigos de la adolescencia, pasaban las tardes y alguna noche también en la playa de la Barceloneta. El vaivén de las olas era el único ruido que se percibía entonces cuando todos decidían reposar sobre la arena.

Otros sonidos se sobreponían a aquel que había recordado, un murmullo más sordo y variado. Susurros, voces y gritos, movimiento de gente en un reducido espacio. Diríase toda una población en el quehacer diario, pero había algo en aquella percepción sensorial que manifestaba un alto grado de descontento y frustración. No sabía cómo, pero notaba que era así. La sensación era la de una multitud que se encontraba en un terreno determinado en contra de su voluntad.

Los rumores sordos y apagados mostrados hasta el momento fueron interrumpidos repentinamente por un grito claro y fuerte. Un grito que buscaba la vida a bocados y que desesperaba por vivir. Una nueva vida que venía a luchar a este tremendo mundo.

Sorprendido por todo este alud de sensaciones incorpóreas, de repente todas estas percepciones se desvanecieron, dejando paso al silencio, pero el silencio no significaba soledad. De repente, sintió una gran oleada de paz,

una increíble sensación de amor, de un amor profundo que lo rodeó por completo. Conocía ese sentimiento pues lo había vivido con ella. Supo que, en ese momento, Dolors le estaba acompañando. Deseó quedarse allí para siempre. Tras una vida dura en la que había sido preciso luchar como un titán para poder mantenerse en pie, este estado era lo más parecido a la felicidad que podía encontrar. Sin embargo, aquel momento también pasó. Le pareció notar una voz que le decía:

—Tienes que volver.

Una indecible pena se apoderó de él. Intuía que no podrían estar juntos. De la misma manera que había notado la presencia de Dolors, ahora notaba que se alejaba de aquel espacio y que volvía. Desconocía si al mundo de los vivos, pero sabía que todavía no estaban destinados a encontrarse. Pasó de sentir unas emociones, que suponía irrepetibles, a sumergirse de nuevo en la nada. Volvió a oír el rumor sordo del mar y, confundiéndose con él, resonaban en su cabeza las palabras pronunciadas como si fuera el repique monótono de un tambor: «Tienes que volver… Tienes que volver…».

—¡Maldita sea! ¡He dicho que paren la ejecución! —afirmó Ernesto, que no había podido evitar el fusilamiento. Habían estado tan cerca y, sin embargo, tuvo que asistir al ajusticiamiento como un impotente espectador.

Una vez arreglada y cambiada la rueda, habían ido todo lo rápido que le estaba permitido, y eso era mucho en el lenguaje de Hamed, aún con riesgo de su vida. El hecho es que la salida de Barcelona ya había sido bastante tardía, pero los documentos que necesitaba, además de una ampliación de la información sobre el caso en concreto, habían hecho que la

reunión en Capitanía General se hubiera extendido mucho más allá de lo razonable. Aquella no era la única carpeta que llevaba el coronel Villalba. Lo que le enseñó le dejó asombrado y comenzó a percatarse de la gravedad del caso que le había sido encomendado.

En un primer momento, Ernesto había visto la investigación como un medio para conseguir un fin, una cerradura que le abriese las puertas del conocimiento, la respuesta a unas preguntas que se realizaba desde hacía tiempo. Pero ahora veía que el caso que tenía entre manos representaba en sí una amenaza. Esperaba que Carles Gil, por el cual había realizado su apuesta, fuera lo buen policía que su expediente anunciaba.

Una vez llegaron a Pilatos, la sorpresa fue mayúscula, pues nadie sabía del indulto recibido por el prisionero y anunciado vía telefónica por Ernesto horas antes. Además, les anunciaron que aquel día la ejecución se produciría más temprano. En ello habían insistido mucho unos falangistas que hacían de vigilantes. Eso sorprendió y preocupó al policía, pues no le hacía mucha gracia la intromisión de falangistas en el Ejército. De hecho, aborrecía todo aquel movimiento, pues le parecía más bien una representación teatral y un tanto histriónica de unos niñatos deseosos de violencia que se apuntaban, con toda ostentación posible, al carro ganador. Sabía que, en muchas ejecuciones y actos de furia protagonizados por este movimiento, se ocultaban antiguas rencillas y venganzas personales, así como un agudo y sentido sentimiento de clase.

Preguntó cómo llegar hasta él. De hecho, exigió un guía de forma inmediata y, rápidamente, un joven soldado que estaba de guardia se convirtió en su inesperado acompañante. El trayecto no era largo, pero ahora sabía que el tiempo se

contaba en minutos. Con el corazón en un puño, circulaban a toda velocidad por las calles de Tarragona mientras aguzaba el oído por si recibía la respuesta definitiva en forma de salva de fusilería.

Una vez llegados al pie del sendero, vieron el camión aparcado en la carretera, pero allí solo se hallaba el conductor quien, les indicó el camino por donde habían ido los hombres. Con el tiempo justo de coger los documentos y avisar a sus hombres de que lo siguieran, Ernesto subió corriendo, a tiempo de ver el fatal desenlace. Había estado cerca, muy cerca.

—¿Quién es usted? —le preguntó el joven sargento.

—¡Le dije que parara la ejecución! ¿Es que no me oyó? —le increpó en la cara con toda la rabia que arrastraba.

—Yo… Verá, mi capitán —contestó dubitativo el sargento, que comenzaba a percibir la magnitud de la tragedia. No era bueno tener a un superior cabreado. En estos tiempos inciertos, los juicios sumarísimos se resolvían rápidamente y de una sola manera.

Mientras los oficiales discutían, los soldados se habían apartado un poco y estaban a la expectativa de cómo acabaría la discusión. Manifestaban cierto asombro ante la escena que se representaba ante sus ojos. No era habitual que una ejecución se interrumpiera de aquella manera. De todas formas, el mal ya estaba hecho.

—Aquí traigo una orden del capitán general por la cual se indulta al prisionero Carlos Gil Ferré. ¿Es alguno de los que usted ha fusilado?

El sargento se dio cuenta de la gravedad de la situación. Su cara se tornó pálida y esbozó un intento de respuesta que no aclaraba nada.

—Verá… Me parece que…

—¿Sí o no? Conteste a mi pregunta. ¡Rápido!

De repente, se oyó un tiro que los sorprendió, pues fue como el detonante de aquella situación explosiva. Todos los presentes se giraron hacia el lugar donde había sonado. Pudieron ver que uno de los falangistas había disparado el tiro de gracia a uno de los hombres que habían sido fusilados. La ira de Ernesto aumentó ante lo que consideró un acto de insubordinación y un intento de rematar un ajuste de cuentas. Ahora ya no tenía dudas sobre la conversación telefónica del día anterior. Probablemente había cogido el teléfono aquel sujeto un tanto relleno y con aspecto desagradable, alguien que quería al policía mejor muerto que vivo y que no había avisado a los mandos del indulto que había recibido el prisionero.

—¿Qué hace ese hombre? ¿Está usted loco? —dijo, dirigiéndose al falangista.

—Les doy el tiro de gracia. Es lo que se hace cuando se les ha ejecutado. No vaya a ser que quede alguien con vida —dijo, mientras una sonrisa sardónica aparecía en la boca de Sostres.

—¡Escúchame imbécil! —dijo Ernesto apuntándole con la pistola a la cabeza, en un arranque de ira desesperado producido por la impotencia de la situación—. Si el hombre que estoy buscando está muerto, tú irás detrás de él.

El rostro de Sostres cambió. La sonrisa desapareció de su boca, pues la mirada decidida del capitán hacía pensar que era un hombre capaz de cualquier cosa. No era momento para bravuconerías. Tendría que mantener la calma, esperando que se le pasara la cólera. De todas maneras, su objetivo se había cumplido ya que Carles Gil, aquel policía que tanto lo había acosado anteriormente, había fallecido. De eso estaba seguro, pues había puesto especial empeño en enviarle una bala al corazón. Y él no acostumbraba a fallar.

—¡Sargento! Dígales a sus hombres que no se muevan y tú ¡Hamed! —le dijo al conductor—, si ves a alguien que haga movimientos sospechosos, le disparas.

Visto que la cosa todavía se podía complicar más, el sargento mandó que los hombres quedaran en posición de descanso. No quería ningún accidente, por muy casual que fuera. A los dos hombres de la Falange les hizo dejar las armas en el suelo con cuidado.

—¿Sabe usted quién es Carles Gil? —le preguntó al improvisado guía que los había acompañado.

El soldado afirmó con la cabeza y fue hasta la fila de hombres que habían sido ejecutados y que yacían en tierra. Señaló a uno de ellos que llevaba una chaqueta raída y deteriorada que, en tiempos mejores, había sido de color marrón. Unos pantalones de tela de ínfima calidad y unos zapatos muy gastados completaban el uniforme. Evidentemente, los tiempos no eran fáciles, pero para los prisioneros todavía eran peores. Se fijó en el rostro del hombre: un pelo rizado y una espesa barba tapaban parte del mismo. Con los ojos cerrados y una nariz bien formada recordaba un poco la figura del Cristo yacente que había presenciado en procesiones religiosas de semana santa en su Valladolid natal. El aspecto desnutrido contribuía a dar ese aspecto de mártir que parecía representar.

Ernesto lo observó con atención. El hombre parecía descansar en paz. «Tú tenías que haberme dado las respuestas que buscaba desde hace tiempo y ahora es demasiado tarde para ello», pensó, no sin cierta dosis de amargura. Una mancha de sangre ocupaba la parte posterior de la cabeza. Le extrañó un poco, pues no apreciaba el impacto de entrada de la bala por la frente, como debería ser, para poder explicar la sangre en ese sitio.

Los soldados observaban curiosos al capitán, que se había arrodillado ante aquel hombre y parecía que lo estuviera custodiando en un improvisado velatorio. Hamed tenía la pistola desenfundada y no perdía de vista a aquellos soldados, especialmente a aquellos dos falangistas. Percibía la potencialidad del peligro que representaban. De eso él entendía mucho.

Intrigado, el policía siguió observando el cuerpo del hombre que había venido a buscar. Intentó no moverlo. Le había parecido que todavía tenía pulso. Entonces vio el agujero que había dejado la bala. Halló un orificio en el pecho, a la altura del corazón. Levantó la chaqueta y la sorpresa fue mayúscula cuando vio que la camisa no estaba agujereada. Notó un objeto voluminoso en el bolsillo interior de la vieja casaca. Lo sacó y pudo apreciar en sus manos una biblia con las tapas repujadas en plata y con una bala en el centro, que la había taladrado sin llegar a atravesarla.

DESDE ÁFRICA

Octubre, 1918

Resulta difícil transcribir lo que uno siente en una hoja de papel, pensaba María mientras contemplaba la plana en blanco cubierta por una fina capa de polvo, producto fácil de encontrar en el paisaje africano. Apenas habían pasado dos meses desde la muerte de su madre, recordó, pero todo se había acelerado, como si aquel acontecimiento hubiera activado un mecanismo y puesto en marcha todo el engranaje que le había llevado directamente al lugar donde ahora se encontraba.

Su madre, una persona emocionalmente bastante estable, había sido su tabla de compensación en aquellos momentos en que la ausencia de su padre había sido marcadamente manifiesta. Ella lo acogía entre sus brazos y le cantaba alguna de aquellas canciones que sabía que lo tranquilizaban. Aquel abrazo se convertía en un refugio momentáneo donde evadía la frustración que le suponía la ausencia del progenitor.

En otros momentos, cuando su estado de ánimo se lo permitía, recordaba los instantes que había compartido junto a su padre, como aquel día que fueron al río a coger ranas y pudieron traer una bolsa llena con la intención de freír las ancas para realizar una modesta cena. Sin embargo, la

compasión fue superior al apetito y aprovechó un momento de descuido para devolverlas al campo. Sabía que con ello se ganaba una pequeña bronca y algún castigo que, poco después, nadie recordaría poner en práctica. Era por ello que, en el recuerdo, solo permanecían los aspectos positivos, dando a la evocación un carácter que se asemejaba mucho a su concepto de felicidad.

La dureza de la faena propia del campo no parecía desmoralizar a su padre que, a pesar de pasar grandes dificultades económicas, trabajaba de sol a sol para intentar alimentar a la familia. Los momentos en que Martí podía acompañarlo en el trabajo eran vividos con gran ilusión. Josep, su padre, también disfrutaba de aquellos momentos compartidos. Sin embargo, consciente de las dificultades que presentaba el trabajo en la agricultura, sabía que el futuro de su hijo pasaba por los libros y era por ello que, a las horas del obligado calendario escolar, se añadían las de un profesor particular que, a cambio de una cena, ofrecía a Martí la posibilidad de establecer contacto con el conocimiento del tipo más variado. La oferta iba desde la realización de una raíz cuadrada hasta la exposición del descubrimiento de las fuentes del Nilo, explicadas con tanta pasión que, durante un verano, Martí recorría los campos del vecino Balaguer convencido de que era el explorador Richard Burton en busca de las misteriosas aguas.

Aquel tiempo, que parecía invariable y eterno, finalizó de la manera más inesperada en el invierno más triste que recordara. Un día, después de recoger las ovejas que cuidaban, una extraña infección se apoderó de su padre. La fiebre y los escalofríos recorrían su cuerpo. Rápidamente lo acostaron y le pusieron un paño de agua fría para contener los temblores. Su madre pensó que las malas condiciones atmosféricas habían

propiciado la aparición de la enfermedad. La preocupación surgió cuando, al cabo de varios días, los estremecimientos no cesaban; por el contrario, se prodigaban con mayor generosidad. La falta de apetito provocó que, quien hasta hacía unos días había sido una persona sana y fuerte, quedara convertido en un hombre delgado, casi raquítico. Finalmente, el médico, que había sido llamado hacía dos días, le observó y analizó.

—Brucelosis. —Fue su diagnóstico.

—¿Qué significa eso? —preguntó angustiada su madre.

—Son las fiebres de Malta, de difícil cura. Ha de intentar bajar la fiebre con paños húmedos y baños fríos, así como procurar que no se complique la calentura.

Pero la fiebre se complicó, pasando a generar una infección del sistema nervioso central que provocó más espasmos sin disminuir los escalofríos. Fue un duro periodo en que los delirios se manifestaban de manera espontánea y continuada, alternado con momentos, cada vez más escasos, de lucidez. En uno de esos momentos, cuando su madre y él estaban a los pies de la cama, impasibles, asistiendo a la inevitable decadencia del padre, él murmuró:

—¡Roser!

—Aquí estoy —dijo su madre, casi en un susurro.

—Quiero que…

—¿Qué quieres?

—Quiero que… Cuando yo no esté, vendáis las tierras y la casa. —Se vio interrumpido por el llanto de la madre.

—Te pondrás bien, ya lo verás.

—No tengo tiempo —dijo, con la respiración entrecortada y arrastrando las palabras—. Quiero que lo vendáis todo y vayáis con mi hermana, a Barcelona. El niño ha de estudiar… —Cada vez le costaba más seguir el discurso pues el esfuerzo

lo estaba agotando—. No quiero que viva en la miseria, como nosotros. Él puede estudiar…

—Ya verás que te pondrás bien.

Pero él no oía ya y seguía con el discurso que había preparado, consciente de que podían ser sus últimas palabras.

—Quiero que estudie. ¡Martí! —Aumentó el tono de voz.

—¡Papá! —dijo Martí, abrazándolo.

—Prométeme que estudiarás…

—Sí, papá. —A cualquier cosa le hubiera dado la aprobación, visto el estado de su padre.

Poco después, Josep caería en un estado de coma del cual ya no se recuperaría. La familia solo podía ver cómo la vida se le escapaba y se iba consumiendo como un cirio encendido. Tras los funerales, Roser cumplió la palabra prometida y puso a la venta la casa y las tierras que poseían junto con el escaso ganado. Malvendidas, contaron con un pequeño capital con el cual se trasladaron a Barcelona.

En un principio pudieron convivir con la hermana del padre, que disponía de una modesta vivienda en Sants, en cuya parte inferior tenía una tienda de ultramarinos. La acogida fue, en principio, agradable. Roser, con resignación, pues entendía que la independencia y los días de felicidad que había gozado en la pequeña masía de Balaguer se habían acabado, ayudaba en lo que podía, tanto en la tienda como en el mantenimiento de la casa. Martí pudo continuar sus estudios, acabó la primaria y asistió a clases en el instituto, que debía compaginar con horas de trabajo en la tienda.

Al cabo de un tiempo, aquel primer trato agradable fue derivando en un estado más tenso. A la dificultad propia de la familia, que había de acoger a dos forasteros, se añadía la incomprensión del marido y padre de familia, que no entendía cómo sus hijos tenían que trabajar para mantener el negocio y

aportar un capital a la familia y, en cambio, el nuevo miembro familiar merecía un trato diferenciado que le asemejaba, a sus ojos, al de un señorito. Roser, percatándose de la situación, con la misma discreción con la que había llegado se marchó con su hijo. Apenas un pequeño hato de ropa era todo el capital acumulado en aquella temporada.

El hecho de poseer una buena parte del dinero que habían obtenido con la venta de las tierras les permitió el traslado a una barraca en Montjuic, donde empezaría una nueva vida para la singular pareja. Roser pudo conseguir trabajo de asistenta para una familia burguesa del Ensanche de Barcelona. De esta manera, Martí pudo continuar sus estudios, que compaginaba con trabajos ocasionales.

Una vez acabados sus cursos de bachillerato, comenzó sus estudios de medicina en la calle de Casanova. A medida que avanzaba en su formación, los ingresos iban descendiendo, poniendo en peligro la estabilidad familiar. Fue entonces cuando conoció a Clàudia, una chica que le dejó embelesado desde la primera vez que la vio. Su pelo negro, recogido en una cola, y sus ojos almendrados consiguieron finalmente distraerlo del que había sido su principal objetivo hasta el momento: intentar acabar la carrera de Medicina y poder ganarse la vida como uno de esos ciudadanos acaudalados que observaba tras los escaparates de las pastelerías los domingos por la tarde.

Lo que comenzó siendo un coqueteo acabó derivando en particular noviazgo en el que, a escondidas de los progenitores, hablaban, arreglaban el mundo, veían un brillante futuro compartido y se abrazaban y besaban en espacios harto discretos.

A pesar de la apariencia de felicidad que conllevaba la situación, un cierto misterio rodeaba la figura de Clàudia.

Martí no sabía a qué se dedicaba o quién era su familia, cosa que no le había preocupado hasta el momento, pero, cada vez más, se preguntaba por aquellos aspectos que desconocía de su pareja. Él le había explicado sus ideas, sus proyectos e ilusiones. Ahora se daba cuenta que ella le había apoyado en sus afirmaciones y en sus expectativas, pero no había manifestado ni su origen ni su pasado.

La conciencia de no conocer el pasado de Clàudia dio paso a la duda y, con ella, a los celos. Martí pasó a tener pensamientos confusos y perniciosos. Del cielo azul, pasó a la tarde gris y a la noche oscura. Negros propósitos venían a su mente, que eran rechazados con la misma facilidad con la que se aproximaban. Perdió el apetito y adelgazó, llegando a preocupar de tal manera a su madre que, en algún momento, temió que hubiera contraído las fiebres de Malta.

Finalmente, tras una dura discusión, Clàudia le anticipó lo que más temía. Era hija de burgueses con una posición económica desahogada. Sus padres se habían enterado del noviazgo con Martí y lo desaprobaban totalmente. No aceptaban que su hija se relacionara con individuos de la clase obrera por mucho que estudiaran Medicina. De tal manera se oponían, ya que contaban con encontrar un mejor partido para su hija, que la iban a enviar a un internado en París, lejos de la tentación mundana. Aquello fue lo que le dijo entre gritos y lágrimas y aquella fue la última vez que la vio, aunque más tarde llegaría a saber de ella.

Tras el disgusto y después de un duro periodo de duelo solo compartido consigo mismo, recordó aquellos momentos en que su padre le había hecho prometer que estudiaría y, aunque fuera una vana promesa, decidió que pondría todo el empeño en ello. Dedicando todo el interés, actitud y trabajo, pudo sacarse los cursos de Medicina hasta que acabó el

fatídico tercero. Absorto como había estado en los estudios y en los exámenes finales, no se había percatado de que la salud de su madre se había ido deteriorando. El sobre esfuerzo realizado para poder mantener el hogar y pagar los estudios de su hijo la habían ido minando. Sobrevivía en un cuerpo frágil incapaz de luchar contra peligrosas enfermedades.

Todo comenzó con unos accesos de tos esporádica, que fue convirtiéndose en crónica. La aparición de la fiebre fue lo que alarmó a Martí. A pesar de intentar ir al trabajo, su esfuerzo le costó al hijo convencerla de que no estaba para esos trotes. La preocupación por la salud de su madre hizo que el muchacho acudiera a varios doctores que, lejos de darle grandes soluciones, le aligeraron considerablemente la cartera. Finalmente supo que su madre padecía de tuberculosis. Sabía que había sanatorios en Alemania, pero ello estaba vedado a los pobres. Por otra parte, había oído decir que se estaban realizando experimentos en Francia con intención de encontrar una vacuna. Investigando en los laboratorios de la universidad, pudo hacerse con unas pruebas de un extracto de glicerina del bacilo del tubérculo que administró a su madre. Sin embargo, a pesar de darle más confianza que las dietas recomendadas por los médicos, tampoco obtuvo el efecto deseado.

Independientemente de los cursos realizados en Medicina, solo le quedaba una solución: intentar cuidar a su madre lo mejor posible y rezar para que aquella enfermedad no acabara devorando la poca salud que tenía. La pérdida de peso era desmedida y el cuerpo de Roser había encogido considerablemente. La fiebre no la abandonaba y esputos sanguinolentos se desprendían de su boca. A pesar de aquella angustiosa situación, la mayor preocupación que transmitía la madre era saber qué sería de su hijo cuando ella no estuviera.

Él siempre le respondía: «Verás que te pondrás bien», sin ser consciente de que esa cantinela había sido la misma que había acompañado a su padre en la hora de su muerte.

Tres semanas más tarde, la luz de la vida abandonaba los ojos de su madre. El entierro, muy discreto y al cual asistieron, además del hijo, la hermana de su padre con su marido, fue en el cementerio de Montjuic. Acabada la ceremonia, perdió de vista, de manera definitiva, lo que quedaba de la familia. Martí se retiró a su casa, que mantenían pagando un alquiler. La vida se le presentaba difícil, pues el dinero de su padre se había agotado. Mientras se dirigía a su eventual hogar, se preguntaba cómo sobreviviría a partir de ahora dado que no podría pagar la mensualidad. Tampoco sabía cómo podría proseguir sus estudios de Medicina.

Al abrir la puerta de su casa, pudo observar que tenía tres cartas. Tanto tiempo sin recibir ninguna y ahora había agotado el cupo. En la primera de ellas se le daba un plazo de un mes para abandonar la vivienda. La casa había sido expropiada por el ayuntamiento de Barcelona para realizar la Exposición Universal que se había retrasado y reconvertido. Anteriormente, se había proyectado para el 1917 una exposición de Industrias Eléctricas que no había llegado a materializarse.

Conoció la letra antes de abrir la segunda carta y el corazón le dio un vuelco. Creía haber enterrado sus sentimientos bajo una losa de piedra y no había sido consciente de lo que la añoraba. Era un mensaje de Clàudia, que le decía que se había casado con un financiero catalán que había conocido en París. Pronto vendrían a establecerse en Barcelona, en la zona de Sarrià, donde su marido disponía de un palacete.

Martí pensó que ya no podía haber nada peor. Tenía la

misma sensación que si el cielo hubiera caído de golpe arrastrándolo todo a su paso. Lo que no había aprendido todavía era que, si algo podía empeorar, acabaría haciéndolo. Abrió la tercera carta: era una orden de reclutamiento para el ejército de Marruecos en un periodo de dos meses.

Y aquí estaba, en una tienda de campaña, en el campamento de Cabrerizas Altas, en Melilla, intentando dar forma a un diario que pudiera reflejar sus sentimientos y emociones siendo consciente de la enorme dificultad que representaba pasarlas al papel.

EL PRIMER SALUDO

Junio, 1939

«Tienes que volver. Tienes que volver...»

Carles no supo si aquello era una orden o un deseo, pero lo cierto es que aquella monótona letanía todavía resonaba en su cabeza cuando abrió los ojos. Al principio le costó un poco adaptarse a la tenue luz que asomaba por la ventana. Estaba acostado en una cama, o eso le parecía. Miró a su alrededor y vio una habitación sencilla, apenas amueblada. Unos estantes, una silla, un escritorio y una jofaina con espejo conformaban todo el mobiliario de la estancia, además del camastro.

Notó una conmoción en la cabeza, la tenía resentida. Se tocó y apreció un vendaje que le cubría la parte superior del cráneo. Intentó recordar qué había pasado y, poco a poco, el recuerdo del fusilamiento vino a su mente. A su memoria vino una imagen de los soldados, el ambiente húmedo de la mañana, la sonrisa irónica de Sostres y, finalmente, los dos hombres que venían corriendo y gritando que pararan la ejecución.

Se alegró de haberlo recordado todo pues ello en sí era un buen síntoma, aunque no era consciente de que se hubiera parado la ejecución. No sabía qué era lo que había pasado exactamente. Enseguida le vinieron las imágenes que se

habían sucedido posteriormente. Recordó ver los soldados desde arriba, el ruido del mar, el grito de un niño y la sensación de paz y amor que había sentido. Al alivio de saberse vivo, pues aquello no se parecía en nada al paraíso predicado desde los altares, se añadió el disgusto de estar vivo y haber perdido aquella incomparable sensación de paz. No sabía si todavía sería prisionero o, si por casualidad, se había generado una nueva situación, desconocida para él.

Intentó levantarse, pero al dolor de cabeza se le añadía el de los huesos duramente golpeados en inclementes sesiones de tortura. Apreció que su estado físico era todavía muy débil. Con esfuerzo, pudo levantarse y ponerse en pie. Observó que estaba cubierto por una bata de hospital. Parecía que lo hubieran lavado pues se notó bastante aseado. Realmente estaba intrigado con el giro que había dado su situación.

Se acercó a la ventana y pudo ver que se hallaba dentro de un edificio que no tenía nada que ver con la torre de Pilatos. Las ventanas no estaban enrejadas y, a través de los cristales, pudo ver un patio interior en el cual había algunos vehículos militares. También se apreciaban diferentes personas, básicamente, soldados y personal sanitario. Dedujo que aquello era algún tipo de hospital militar.

Absorto como estaba en la contemplación de las vistas, no oyó cómo se abría la puerta tras él, de manera que la voz que oyó le sorprendió:

—¡Bienvenido al mundo de los vivos!

Rápidamente se giró y pudo ver a un individuo alto, de un metro ochenta aproximadamente, joven pero no excesivamente, le calculó unos 35 años, con una mata de pelo castaño en la que se apreciaban algunas canas, cosa que le hacía parecer algo mayor. Un tupido bigote le atravesaba el rostro y le daba un aire de cierta respetabilidad.

Evidentemente era una persona que cuidaba de su aspecto físico, ya que podría pasar revista en aquel mismo momento sin que se le pudiera achacar dejadez en su persona ni vestimenta. Observó que llevaba el uniforme del ejército nacional con los galones de capitán. Tanto las botas como las hebillas relucían y parecían indicar un alto sentido de la disciplina, produciendo una impresión de importancia y superioridad.

Carles, ante la presencia del sujeto, todavía se sintió más sucio y miserable. La estancia en el frente, el hospital militar y las cárceles franquistas no habían sido precisamente lugares donde exhibirse como parecía hacer aquel individuo.

—¿Quién es usted? —preguntó, al tiempo que pensó que aún debía de seguir prisionero pues aquel uniforme representaba, para él, suficiente acusación.

—Soy el capitán Ernesto Delgado y quería…

—Perdone —le interrumpió Carles—. ¿He sido fusilado?

—Verá… —contestó un sorprendido Ernesto, que no esperaba la interrupción—. Fue fusilado, pero le salvé la vida para poder hablar…

De la misma manera que cuando fue informado de la muerte de su mujer por el capellán de Tona, las palabras del capitán se desplazaban por la habitación y no conseguían formar un discurso coherente a oídos de Carles. De repente, toda la rabia acumulada por la cárcel, las palizas, los insultos y vejaciones a las que había sido sometido acudieron a su mente.

—¿Me salvó la vida para hablar?

—En efecto —volvió a sorprenderse Ernesto, que comenzaba a ver que el entendimiento con aquel oficial sería más difícil de lo pensado en un principio—. Pero el objetivo…

—¿Y quién le pidió que me salvara la vida? ¿Acaso le envié

una tarjeta pidiéndoselo? —Carles no podía evitar que la furia retenida hasta ahora surgiera de manera descontrolada.

—Oiga, ¡cálmese! —El militar no tuvo más remedio que alzar la voz—. ¡Le he salvado la vida!

Realmente, Ernesto no esperaba aquel tipo de respuesta. Lo habitual hubiera sido una señal de agradecimiento o de temor por parte del otro individuo. Se dio cuenta de que, debido a la gesticulación con la que Carles acompañaba sus palabras, se encontraba cada vez más arrinconado. Hubiera sido fácil para él reducirlo por la fuerza, pero no quería causarle más daño. Cuando había observado al prisionero caer bajo las balas, se había percatado de que estaba inconsciente debido a un golpe en la parte posterior del cráneo, que se había dado al caer. Ello le había producido un corte del cual había salido una copiosa cantidad de sangre. Le habían puesto una venda provisional y lo habían traído al hospital militar de Tarragona, donde le habían curado esa herida. Cuando lo asearon, Ernesto observó horrorizado los morados y heridas que tenía el prisionero y que convertían su cuerpo en un atlas de la derrota difícil de digerir. En aquel momento fue del todo consciente del martirio que había sufrido el preso. Lo realmente extraño es que todavía pudiera caminar y moverse. Probablemente, la reacción del momento la interpretaba como un intento de acabar con todo de una vez por todas. Sabía que a veces, y lo había comprobado en la guerra, un soldado que sufría mucho por las heridas recibidas lo único que deseaba era acabar con aquel martirio rápidamente, aunque ello implicara invocar a la misma muerte.

—¡Maldito sea! ¡Es usted un desgraciado! —gritó Carles, alzando los puños y abalanzándose contra el capitán.

Alertado por los gritos, había realizado su entrada un soldado quien, viendo la sorpresiva escena y, creyendo al

oficial en peligro y amenazado por el prisionero, alzó el fusil dispuesto a darle un culatazo.

—¡No! ¡Espere! —Intentó frenar la acción Ernesto, siendo consciente del delicado estado de salud del prisionero.

Sin embargo, ya era tarde. El golpe que recibió Carles sobre la cabeza hizo que se desplomara en el suelo inconsciente.

—¿Tú crees que hay otra vida? —le preguntó Dolors.

Carles la miró sorprendido, no tanto por la pregunta, pues sabía desde que la conoció que Dolors cumplía relativamente con las obligaciones propias de la fe cristiana debido a una formación religiosa a la que la había habituado su padre. Sin embargo, los preceptos religiosos que mantenía su novia consistían en asistir a misa los domingos y cumplir mínimamente con aquellos aspectos indispensables para el equilibrio entre la vida cotidiana y las obligaciones cristianas.

—¿Por qué me preguntas eso? —preguntó Carles, mientras rodaba sobre la hierba para mirar el cielo y, en él, las caprichosas formas que adquirían las nubes en aquella tarde de mayo.

—Es que ahora me estaba acordando de mi madre. ¿Tú crees que es posible que ella nos esté observando desde allá arriba?

Carles no llegó a conocer a la madre de Dolors. Ella había muerto en el parto, un parto que duró más de veinticuatro horas y que la había dejado agotada. Parecía que todo había ido bien, pero al día siguiente, Ricard se dio cuenta de que estaba fría como el hielo. Sus ojos, que siempre habían estado llenos de vida, no transmitían señal alguna. Habían atravesado la última frontera. Una hemorragia interna había acabado con

su vida. Ello le hizo comprender que tendría que afrontar los futuros contratiempos en soledad.

—Bastantes problemas tenemos en esta vida como para pensar en otra más allá —contestó con cierto desagrado Carles. Los temas de índole religiosa lo ponían un tanto nervioso. No entendía cómo la gente era capaz de mantener el fanatismo y las actitudes intransigentes de una institución arcaica y desfasada que perjudicaba el avance científico y social.

—Pero… De verdad, ¿no te has parado a pensar nunca si hay otra vida más allá? —preguntó, en cierta manera divertida, Dolors, que era consciente de la incomodidad que suponía para él aquel tipo de preguntas.

—Creo que uno se muere y ya está, se acabó todo.

—¿Así de simple? —preguntó Dolors—. No entiendo entonces para qué tanto estudio si al final no hace falta saber nada.

Ella hacía referencia a los estudios de Carles en la universidad. Concretamente, hacía Filosofía y Letras, centrándose en la Historia y en algunas asignaturas de Periodismo que le apasionaban. Él decía que algún día sería escritor. Ella, en cambio, había podido estudiar bachillerato, pero su acceso a la universidad para hacer Magisterio le había estado vedado y no le había quedado más remedio que ayudar a su padre en la granja. Su hermano mayor, Enric, tuvo que hacer el servicio militar, por lo que era irrenunciable la ayuda de Dolors en el trabajo familiar. A la avanzada edad de su padre, se añadía una pérdida de visión significativa, cosa que le volvía más torpe en los quehaceres domésticos.

De pronto, Carles entendió el porqué de la pregunta de Dolors. Cada día, a la hora de las comidas, ella leía, dado que su padre era incapaz de hacerlo con la escasa vista de la que

disponía, alguna historia de una biblia ajada que pertenecía al abuelo Joan. Las tapas estaban raídas, pero las hojas se mantenían bastante bien conservadas. Esta biblia había estado en el baúl de los recuerdos desde hacía más de veinte años, pero tras la muerte de Eulalia, la mujer de Ricard, creció en él la necesidad de acogerse a unas normas que le pudieran dar seguridad en sus actos y, así, la lectura de la biblia se había convertido en un hábito que parecía dar estabilidad y un cierto rumbo a aquel hogar roto. A mediodía, la lectura había versado sobre la resurrección de Lázaro y, seguramente, aquello había hecho recordar a Dolors a su fallecida madre.

La miró a la cara. Ella miraba hacia la granja. Carles pensó que era hermosísima. Además, la inconsciencia de su belleza la hacía todavía más deseable. Su pelo negro y ondulado rodeaba una cara redondeada donde relucían como dos luceros unos ojos que parecían absorber toda la belleza del entorno. Ricard le había dicho que conservaba la mirada de su madre, esa mirada que revalorizaba todo aquello que observaba pues, de manera inexplicable, los objetos que ella percibía adquirían un nuevo valor ante los ojos de los demás.

—Es probable que haya personas que sean llamadas porque ya hayan cumplido su misión en la Tierra. En cambio otros, probablemente, sean retenidos, incluso en contra de su voluntad, ¿no crees?

—Es probable —acertó a contestar Carles, a quien le desconcertaba aquel tipo de racionamiento tan poco científico, pero tan emotivo.

Dolors se levantó y se encaminó al hogar que se veía a lo lejos. Se dirigió a Carles quien, aprovechando las fiestas en la universidad, iba a visitarla a la granja de Muntanyola.

—Vamos a cenar, que pronto será de noche —dijo sonriendo, mientras se alejaba hacia la casa con paso ágil—.

¡Seguro que no me pillas!

Carles se sorprendía de lo temprano que cenaban en la granja. No serían ni las seis de la tarde, pero claro, no disponían de ningún sistema de iluminación moderno, por lo que se veían obligados a funcionar con la luz del día. Así que, de la misma manera que se acostaban temprano, también se levantaban con la primera luz del alba.

—¡Ya verás cómo sí! —contestó, mientras se levantaba rápidamente y la perseguía.

LA BIBLIA

Junio, 1939

—Parece que se está recuperando —dijo el médico mientras observaba al paciente que yacía atado sobre una cama.

—Es que ya son muchas horas sin recuperar el conocimiento —señaló el capitán Ernesto Delgado.

—Lógico. A tenor del golpe recibido, tuvimos que administrarle unos sedantes que nos han permitido hacer la intervención y evitar el dolor de las heridas.

El paciente lanzó un suave gemido mientras se movía ligeramente. Ernesto lo miró mientras se despertaba poco a poco. No había podido evitar que el soldado lo golpeara con la culata, aunque no podía culparlo por ello. Había temido por la vida del prisionero dado el grave estado en que se encontraba, pero al parecer Carles estaba hecho de buena madera, como se solía decir, y el golpe se había traducido en doce puntos de sutura que le habían tenido que dar en la cabeza, ya de por sí dañada. Ahora solo cabía esperar que recuperara el conocimiento y volver a comenzar de nuevo la presentación.

—¿Dónde estoy? —Fue lo primero que dijo—. ¿Qué ha pasado? —preguntó, intentando fijar la vista en los individuos que permanecían en la habitación. Distinguió a un capitán del

Ejército, a otro soldado más joven y a un sanitario.

—¿No recuerda lo que ha pasado? —preguntó preocupado Ernesto, pues lo último que necesitaba era que el paciente hubiera perdido la memoria.

—Creo que ya recuerdo algo —dijo Carles, intentando moverse—. ¿Por qué estoy atado? ¿Qué pretenden?

—Ahora se lo explicaré —comenzó Ernesto.

—¡Aaaah! —se quejó Carles, cuando hizo un movimiento un tanto brusco.

—Ha recibido usted un duro golpe en la cabeza y necesita descansar —dijo el doctor.

—Por favor, salgan de aquí. Necesito hablar con el prisionero.

—Pero, este hombre… —Intentó argumentar el doctor.

—¡He dicho que salgan! —Ernesto alzó la voz—. Es una orden.

Inmediatamente, salieron de la estancia tanto el soldado como el médico. Los dos individuos se quedaron a solas un momento en silencio. Se miraron a los ojos y Carles reconoció al hombre con el que había discutido anteriormente.

—¿Qué hago aquí? ¿Por qué me han atado?

—Respecto a la segunda pregunta, es una cuestión de seguridad, más la suya que la mía. No estábamos seguros de cuál sería su reacción al despertar y debimos asegurarnos de que no se alterara y realizara algún movimiento brusco que le perjudicara. En cuanto a la primera pregunta, necesito explicárselo tranquilamente.

—Entonces, ¿por qué no me suelta si me lo tiene que explicar tranquilamente?

—¿Me asegura que no actuará de manera violenta?

En aquel momento, Carles recordó dónde había visto a aquel oficial. Pudo asociar su imagen con la de aquel soldado

que subía corriendo por el camino del cementerio de Tarragona intentando evitar su fusilamiento. «Cuanto menos, este hombre merece que se le escuche», pensó.

—Lo intentaré.

Ernesto dedicó un momento a cortar las ligaduras con una navaja que sacó del bolsillo. Al poco rato y con cuidado, Carles se levantó y se frotó las manos donde tenía rozaduras debido a la inmovilización que había sufrido.

—Si no me equivoco, usted es Carlos Gil Ferré…

—Carles, si no le importa.

—Carles, Carlos… Es igual. No se enfadará por esto.

—¿Y el suyo es…?

—Ernesto.

—¡Ah! Ernest.

—He dicho Ernesto, no Ernest.

—Y yo Carles, no Carlos.

Los dos hombres se pararon un momento y se contemplaron. El militar observó al paciente y vio la decisión escrita en unos ojos grises que le miraban fijamente. La tensión había aumentado en la sala. Ernesto fue consciente de que sería difícil tener de compañero a aquel policía. Probablemente, en esa tozudez estribaba también la capacidad de solución de los diferentes casos que había resuelto.

—Está bien. —Bajó el tono de voz, que había aumentado peligrosamente hacía un momento—. Me presentaré: Ernesto Delgado, capitán del servicio de información —dijo, extendiendo la mano.

—Carles Gil Ferré, policía y capitán del ejército republicano. —Carles había decidido que ya no tenía nada que perder excepto la dignidad, así que decidió que, fuera lo que fuese lo que quería aquel sujeto, no se rebajaría, pues peor no le podían ir las cosas.

—Está bien, Carles. Necesito su habilidad como policía para resolver un caso.

—¿Un caso? —Carles se asombraba cada vez más. Él había sido un policía que había intentado resolver todos aquellos acontecimientos delictivos que surgían en el entorno, pero últimamente había sido testigo de matanzas, asesinatos indiscriminados, violaciones, robos y extorsiones sin que a nadie pareciera preocuparle. «Son los efectos de la guerra», decían los más conformistas, intentando justificar algo que no tenía ninguna justificación.

—Sí, el asesinato de un capitán del Ejército…

—Querrá decir de su ejército, porque del mío cada día asesinan a centenares de ellos y a nadie parece preocuparle —le interrumpió Carles.

—Escuche. Sé que es duro para usted, pero la guerra ya ha terminado. Tiene que pensar en el futuro, en su familia. Todo ha de volver a la normalidad y, con ella, los asesinos han de ser perseguidos y castigados. Se ha de hacer cargo de la nueva situación.

—¿La nueva situación? ¿Hay que aceptar sin más los miles y miles de muertos asesinados por su ejército? Meten a los prisioneros en campos de concentración. Muchos de ellos son fusilados. Exterminan a cualquier ciudadano que haya tenido algo que ver con el gobierno legítimo del país. Asesinan a mujeres, algunas de ellas embarazadas, por el simple hecho de haber sido comunistas, o maestras, o, sencillamente, la mujer de un político de izquierdas. ¿Esa es la situación a la que hay que adaptarse?

—¡Escúcheme! —le dijo Ernesto acercándose y cogiéndolo de los brazos—. Le estoy ofreciendo la posibilidad de salir de aquí y rehacer su vida. Además, haciendo algo que usted hacía anteriormente y, por lo que me han dicho, muy

bien. ¿Quiere ayudarme?

Carles meditó un momento. Realmente el capitán tenía razón. Él formaba parte de un ejército que había perdido la guerra y, si no le quedaba más remedio que continuar viviendo, tendría que valorar la situación que se le presentaba.

—¿Cuál es mi alternativa?

—Si me ayuda, usted quedará en libertad. Podrá desplazarse libremente, pero en primer lugar tendremos que resolver este caso.

—¿Y si no lo hiciera?

—Entonces no me quedaría más remedio que devolverlo al lugar de donde lo traje y ya sabe usted que allí no tendrá un gran futuro. Parece que no hizo grandes amigos.

Carles pensó en la cárcel de Pilatos. Allí le esperaba el pelotón de fusilamiento. También estaba aquel sujeto, Sostres, que disfrutaría viéndolo llegar como prisionero. En cambio, si permanecía en libertad, sería él quien le diera una sorpresa al falangista. También tendría oportunidad de buscar a su madre o intentar saber de ella. Realmente, se le ofrecía una oportunidad difícil de rechazar. En su contra se hallaba el hecho de colaborar con el enemigo, cosa que encontraba reprobable.

—Entiendo que necesita tiempo para decidirse, pero el tiempo va en contra nuestra. Usted sabe como yo que, en estos casos, las primeras impresiones son muy importantes.

En efecto, Carles era consciente de la importancia de las primeras horas en un caso de asesinato. Las posibles huellas del delito desaparecían a medida que avanzaba el tiempo. Ignoraba las causas por las que Ernesto le había buscado, pero ello no era óbice para no estudiar la oferta.

—Está bien. Le escucharé y, después, tomaré mi decisión. —No quería dar a entender a aquel tipo que su decisión

prácticamente ya estaba tomada.

—Entendido. Ahora descanse usted y mañana por la mañana comentaremos el asunto.

—Por cierto, ¿cuánto tiempo llevo inconsciente?

—Hoy hace dos días que lo trajimos.

Carles hizo un gesto afirmativo con la cabeza mientras interiorizaba el dato. Sin embargo, todavía le quedaba alguna duda respecto a lo sucedido en el cementerio y, antes de que marchara Ernesto, le preguntó:

—Una última pregunta. ¿Qué pasó en el cementerio? Creo recordar que el fusilamiento no se detuvo.

—Ahí encontrará la respuesta —dijo el militar, señalando un paquete que había sobre el escritorio. Dicho esto, se marchó, no sin antes cerrar la puerta.

Carles se dirigió lentamente hacia el paquete, que había pasado desapercibido hasta ese momento. Observó que estaba forrado con papel de periódico y tenía forma de prisma rectangular. Lo desempaquetó y, ante su sorpresa, apareció la biblia de su suegro, que había sido anteriormente del abuelo Joan, aquella cuyas tapas estaban destrozadas y Carles se había empeñado en restaurar para dar una sorpresa agradable a Ricard. Con el consentimiento de Dolors, que lo encubrió, secuestró la biblia una semana y la llevó a Barcelona. Con parte de sus ahorros, pagó a un artesano de la calle Tallers para que pudiera restaurar las tapas con unas finas láminas metálicas y, sobre ellas, en relieve, las figuras de la Anunciación, basada en una obra de Piero della Francesca. En la tapa se apreciaba al Arcángel Gabriel anunciando a la Virgen que pronto sería madre de un niño llamado Jesús. El resultado de la obra había sido exquisito, de tal manera que tanto Dolors como Ricard habían sabido apreciar y agradecer el bello gesto. Sin embargo, la biblia que tenía en la mano en

este momento difería de aquella que arregló en una bala que atravesaba la tapa en el espacio comprendido entre la Virgen y el Arcángel.

Pensó que aquel arreglo que mandara realizar en otra época probablemente le había salvado la vida. Abrió el libro con dificultad por la página donde se había frenado la bala. Correspondía a unos salmos del Nuevo Testamento, concretamente al Evangelio de san Juan:

> 38. Jesús, profundamente conmovido otra vez, vino al sepulcro. Era una cueva, y tenía una piedra puesta encima.
>
> 39. Dijo Jesús: «Quitad la piedra». Marta, la hermana del que había muerto, le dijo: «Señor, hiede ya, porque es de cuatro días».
>
> 40. Jesús le dijo: «¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?».
>
> 41. Entonces, quitaron la piedra de donde había sido puesto el muerto. Y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: «Padre, gracias te doy por haberme oído».
>
> 42. «Yo sabía que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú me has enviado».
>
> 43. Y, habiendo dicho esto, clamó a gran voz: «¡Lázaro, ven fuera!».
>
> 44. Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: «Desatadle y dejadle ir».

La sangre se le heló en las venas, pues aquellos salmos correspondían a la resurrección de Lázaro.

LA FOTOGRAFÍA

Abril, 1919

—¿A dónde vas?

—¿A dónde vas? ¿Vienes con nosotros?

—A dar una vuelta —le dijo el Rubio—. Conozco un sitio en que hay unas chicas estupendas.

—Preferiría pasear simplemente.

—Vaya chico más formal —apostilló Pedro—. Pero bueno, puedes venir a tomar algo y cuando quieras te vuelves.

—Creo que sí, que iré con vosotros —dijo Martí, recogiendo el diario que había ido escribiendo de manera constante.

«Apenas seis meses en Melilla y los acontecimientos se suceden con inusitada rapidez», pensó Martí. Un mes después de su llegada a África, fallecía el general jefe del ejército de África, Francisco Gómez Jordana. El cargo de alto comisario, a nivel político solamente, lo ocuparía el general Dámaso Berenguer. Las noticias se vivían de manera muy diferente aquí, cerca de la primera línea de batalla, que en la Península. La situación podía variar de un día para otro, dada la inestabilidad del frente y la volubilidad de los rebeldes. Aquellos en quienes confiabas tu amistad podían ser tus enemigos mañana.

—¡Escuchad! —volvió a decir el Rubio—. Esta mañana, en el cuartel estaban que echaban humo.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado? —preguntó Alejandro.

—Parece que El Raisuni se ha llevado un buen palo.

Aquí Martí puso todo su interés, pues no dejaban de intrigarle las historias que oía. A fin de cuentas, representaban para él ese mundo que dejó atrás cuando se imaginaba en el papel de Richard Burton en la búsqueda de las míticas fuentes del Nilo.

—Por lo visto —siguió el Rubio, satisfecho con el interés que suscitaban sus explicaciones—, el coronel Castro Girona lo había estado acorralando en Ben Carrich y, desde Larache, el general Barrera había salido con su ejército hacia Beni Aros, cerrándole el paso. Al parecer, hace dos días fue derrotado en Cudia Mahzen.

—¿Y lo han pillado? —volvió a preguntar Alejandro.

—Por la manera en que hablaban, creo que no.

—Maldita sea, el lagarto. Ese hombre es bien peligroso —sentenció Pedro que, como todos los demás, intentaba estar al tanto de las noticias, pues de ello podía depender su propia seguridad.

—Suerte que estamos en el Rift, mucho más tranquilo que la Yebala donde andan El Raisuni y sus secuaces —comentó Paco.

—Ya me gustaría a mí enfrentarme a esos moros. Son todos unos cobardes —sentenció Pedro.

—No te preocupes —le contestó Martí, haciendo referencia a su situación de voluntario—. Con el tiempo que estarás en África, seguro que lucharás contra ellos.

Martí observó a sus nuevos compañeros. Ya llevaban varios meses juntos con aquella rutina en la que se había convertido la vida militar. En cierta manera, para él, aquella

nueva situación había ejercido de bálsamo necesario para curar las cicatrices que le habían dejado la muerte de su madre y la noticia de la boda de Clàudia. El Ejército, con sus usanzas y quehaceres, había representado un amplio paraguas bajo el que guarecerse y sentirse protegido. Por otro lado, había tenido la posibilidad de ejercer de aquello para lo que se había estado preparando. Debido a sus estudios de medicina, le habían adjudicado un puesto de sanitario en la misma ciudad de Melilla, una ciudad que, poco a poco, se había ganado el corazón del soldado. La plaza estaba dominada por los cuarteles y un ejército español que la utilizaba como punto estratégico para iniciar la expansión por el territorio rifeño. Sin embargo, su parte antigua, sus callejones sucios y descuidados, los tugurios próximos al puerto, mostraban una decadencia que, lejos de desagradar a Martí, le hacían vibrar. Consideraba que en estos ambientes se mostraba la vida en estado puro, sin disimulos ni amagos.

Las batallas, que consistían básicamente en pequeñas escaramuzas, se vivían con cierta tranquilidad tras unos muros que rodeaban la ciudad y que se consideraban prácticamente infranqueables.

—Mirad, ¿qué os parece si nos hacemos una foto? —dijo Paco, señalando hacia un puesto ambulante donde hacían fotografías por el módico precio de una peseta.

—Me parece perfecto —dijo el Rubio—. Así recordaremos estos momentos cuando pase el tiempo.

Y, dicho y hecho, los seis hombres se hicieron una fotografía de grupo en cuyo fondo se podía apreciar el paseo del puerto y el mar. Pidieron una copia para cada uno y quedaron en volver a buscarla otro día.

Pasaron el resto de la tarde en diferentes bares. Bebieron, básicamente vino y cervezas. Dejaban pasar las horas con una

exagerada laxitud. El tiempo no parecía existir. El ayer ya no importaba y eran conscientes de que el mañana era incierto. Todos ellos vivían de unos momentos prestados. Por ello ahogaban en alcohol toda aquella inquietud, que no era otra cosa que inseguridad.

—Conozco un sitio donde organizan unas timbas estupendas —lanzó el Rubio.

—¿Y se puede apostar? —preguntó Pedro.

—Claro que se puede apostar, pero has de llevar dinero contante y sonante.

—Por hoy ya tengo suficiente. Me vuelvo al cuartel —dijo un Martí ligeramente ebrio, aunque menos que sus compañeros.

—Creo que me iré contigo. A mí ya no me queda dinero —apostilló Alejandro.

Eran más de las doce cuando Martí y Alejandro volvieron caminando al cuartel. Sus compañeros habían preferido continuar la juerga. Ello formaba parte del día a día del soldado, pensaba Martí. Nunca sabías qué te podía deparar el futuro e intentabas exprimir el día como si fuera el último.

RETAZOS DEL PASADO

Junio, 1939

Amanecía en Tarragona. Carles miraba salir el sol por la ventana como había dicho que no lo vería más. El dolor de cabeza que había sentido había remitido hasta convertirse en una molestia que no le perjudicaba de manera considerable, pero tampoco acababa de abandonarlo. Había pasado prácticamente la noche en vela dándole vueltas a su situación. Cuanto más pensaba en ella, más confusa se volvía.

Resulta que Dolors había muerto en un bombardeo. Una de las pocas cosas que, al parecer, habían quedado intactas había sido la biblia del abuelo Joan. Meses más tarde, mosén Francesc se la había traído, justo la noche anterior a su fusilamiento. Él se había guardado la biblia en la casaca para sentir a Dolors cerca de su corazón. No había pensado nada más. Luego había llegado el tal Ernesto intentando parar la ejecución. Supuestamente lo habían indultado. Sin embargo, no solo no había podido parar la ejecución, sino que la bala que le dirigió Sostres —de ello no tenía ninguna duda— había atravesado la biblia sin llegar al corazón.

Paralelamente, mientras estuvo inconsciente, había tenido una sensación extraña. Podía haber sido un sueño, pero a él le había parecido muy real. Incluso había visto toda la escena del

cementerio desde arriba, como si fuera un espíritu. Tampoco podía olvidar la sensación de paz y amor que había tenido en aquel momento. Su intuición le decía que había sido Dolors quien la había producido, por lo que suponía que, en efecto, ella estaba muerta y había tenido lugar algún tipo de encuentro cósmico, a un nivel diferente del terrenal.

—Bien, ya sé que me espera cuando muera —murmuró.

Por otro lado, estaba aquel otro sueño o pensamiento en que había recordado a Dolors cuando, curiosamente, le había preguntado por la otra vida. «Posiblemente, hay personas que no han acabado su trabajo en este mundo y por eso no marchan todavía, aunque quieran», le había dicho. Lo cierto es que ahora pensaba que él, probablemente, tenía pendiente algún trabajo para ganarse el derecho de morir y viajar junto a ella.

En la comprensión de que debía ser de esta manera se hallaba el hecho de que la bala se hubiera parado ante el salmo referente a la resurrección de Lázaro. Había sido enorme la casualidad de que apareciera este texto justo cuando él lo había soñado. Realmente, la cosa no tenía ninguna lógica.

Pronto vendría el capitán para pedirle por última vez la confirmación de colaboración. Pensó que no podía hacer otra cosa. Su campo de elección era limitado. Una vez tuviera libertad de movimientos ya vería qué era lo que más le convenía. Primero, debía reponerse y coger fuerzas para enfrentarse a cualquier peligro o situación.

Abrió la puerta y vio, no sin cierta sorpresa, que no estaba cerrada, aunque detrás había un soldado en función de vigilancia. El soldado, un joven barbilampiño que prácticamente estaba dormido, dio un salto en su silla y se puso rápidamente de pie.

—Oiga —le interpeló Carles—, ¿podría disponer de

utensilios de afeitar?

Poco después, ante el espejo de la jofaina, un nuevo hombre resurgía. Desprendido de barba y bigote, lavado y vestido con ropas nuevas, aunque no todas de su talla, el antiguo agente parecía resurgir de entre las cenizas como un ave fénix.

Pensó en acortar el pantalón pues le iba un poco largo. Lo dobló por los bajos. Agradeció que el cinturón tuviera innumerables agujeros, pues los pantalones eran bastante anchos. No es que fueran para una persona obesa, es que Carles, después de las heridas y la mala y escasa alimentación en la prisión, había quedado sumamente delgado. En la cara se le notaban los huesos. Su aspecto no difería de aquellos mendigos demacrados con los que había tratado en su época de policía.

Una camisa de color gris claro, que le hacía conjunto con el gris oscuro del pantalón, junto a unos zapatos negros, le daban un aire de ciudadano respetable. Aquella imagen que observó frente a sí le volvió a recordar el carácter humano que todo sujeto tiene, pero que las torturas y los encarcelamientos intentan eliminar, despersonalizando a aquellos que caen bajo su poder.

Finalmente, cogió un sombrero que le habían dejado sobre la silla y le pareció ver a otro individuo, un hombre muy diferente del que había sido hasta ahora. Realmente, pensó que no tenía mucho que ver con aquella persona que estudiaba en la universidad. Los acontecimientos y las experiencias pasadas habían dejado una marca difícil de olvidar.

Poco después le trajeron un desayuno que le supo a gloria. Nada que ver con las gachas que comían en la cárcel y que consistían en un plato de agua sucia en el cual se bañaban algunos garbanzos como islas en un océano. Eso sí, a veces,

acompañado de algún insecto del lugar que había ido a asomar su hocico ante aquel suculento manjar. Aquello contaba como carne, visto con el sentido del humor propio de los presos. La visión del desayuno, unos trozos de pan con algo de embutido y un café, le recordó el hambre que tenía y que no quedó satisfecha de buenas a primeras. Por ello, tanteando sus posibilidades, pidió repetir hasta dos veces, deseo que le fue concedido. Unos dolores de estómago le recordaron que no podía abusar de la comida, sobre todo después de pasar tanto tiempo mal alimentado. Ciertamente, pensó, parecía que se habían propuesto cuidarlo bien.

Al cabo de una hora aproximadamente apareció Ernesto acompañado del doctor, quien lo revisó, le hizo unas curas y pudo hacer una valoración positiva de las heridas de Carles.

—Realmente, ha tenido usted mucha suerte. A pesar de las heridas que tiene, ninguna es preocupante en este momento. Ha recibido dos golpes en la cabeza, pero no es nada que no curen unos días de reposo y una buena alimentación.

—Ciertamente, parece usted otra persona —le comentó Ernesto cuando hubo salido el doctor—. ¿Ya pensó usted en la oferta que le hice?

—Como puede ver —dijo Carles—, ya me he puesto el traje de faena, pero quiero saber exactamente en qué condiciones quedo yo. No quisiera que, una vez hecho el trabajo, tuviera que volver a la cárcel. Ya tuve bastante de eso. Cómo dicen, no hay nada más desconfiado que un gato escaldado.

—Las condiciones son las que le dije. Usted queda en libertad siempre y cuando podamos resolver este caso. Mientras tanto, quedará bajo mi supervisión.

—De acuerdo —contestó Carles—, pero creo que

necesitaré algo de ropa y de dinero.

—Ya nos ocuparemos de eso cuando lleguemos a nuestro destino. Coja todo lo que necesite que nos marchamos.

Realmente, pensó Carles, no había nada que pudiera llevarse pues nada había traído. Sin embargo, su mirada fue atraída como un imán por el objeto que había encima del escritorio, que no era otra cosa que la renovada biblia. La cogió y se la llevó bajo el brazo.

—Sinceramente, tiene usted motivos para estarle agradecido —le refirió Ernesto, que había seguido con atención los movimientos de Carles.

—Es todo lo que me queda de mi mujer —le replicó el republicano.

La expresión cambió y se oscureció en el rostro del capitán quien, dejándolo pasar, cerró la puerta de la habitación.

—¡Sígame! —le dijo, en un tono mucho más amable.

Pasaron por varios pasillos, bajaron algunos pisos por las escaleras y al poco se hallaban en la calle, donde les esperaba un Fiat Hispania 514. Junto al mismo, un moro vestido de militar, bajito y un tanto regordete, con un grueso bigote recortado en los extremos, ojos pequeños, cejas pobladas y cabello gris y ondulado, les abría la puerta del coche con la misma deferencia que hubiera hecho ante un ministro.

—Le presento a Hamed —le dijo Ernesto—. Él será nuestro conductor y enlace.

—¿De cuántos hombres dispone para resolver el caso? —preguntó Carles mientras le daba la mano a Hamed, quien se sorprendió porque, evidentemente, no esperaba que lo hiciera.

—Ya estamos todos. El equipo somos nosotros dos y Hamed.

Carles pensó que el reducido número le favorecía en caso de que la situación se complicara o no se atuviera a los

parámetros pactados y decidiera fugarse o esconderse. Pronto, esa mueca involuntaria de conformidad se transformó en otra de desagrado cuando vio sangre en el asiento del coche.

—¿Acaso utilizan el vehículo para dar el paseíllo a personas que defendieron la república? —preguntó con desagrado ante aquella visión.

—Suba tranquilo. Aquí la única sangre que hay es la suya. Tuvimos que bajarlo rápidamente del cementerio hasta el coche para trasladarlo al hospital. Hamed lleva todo el día intentando quitar las manchas, pero cuesta que se vayan. Supongo que habrá que cambiar el tapizado.

Ante aquella respuesta, Carles se vio obligado a callar. Aquel comentario le hizo recordar a Ernesto los momentos posteriores al fusilamiento. Una vez se dio cuenta de que la herida no era de bala y, por tanto, el prisionero estaba vivo, obligó a dos soldados a cogerlo y transportarlo al coche no sin antes vendarle la cabeza, de manera provisional. Con cuidado, los hombres acomodaron al herido en el asiento trasero del coche, quedándose el capitán a su lado para suavizar los inevitables vaivenes producidos por la temeraria conducción de Hamed. Llegados al hospital, consiguió que fuera atendido con los privilegios propios de un personaje importante, trasladando la responsabilidad de su curación a los médicos que allí se encontraban. Para ello, tuvo que hacer uso de los documentos que llevaba, de las amenazas y de su capacidad de persuasión.

—¿A dónde nos dirigimos? —preguntó Carles.

—A Reus —contestó Ernesto, mientras el coche enfilaba las afueras de la ciudad.

Pasaron el puente sobre el río Francolí y, ante ellos, amplios campos se ofrecían a su vista. Carles sabía que una escasa distancia, superior a la decena de quilómetros, separaba

Reus de Tarragona. En el ejército había tenido compañeros de Reus y recordaba que una enemistad antigua enfrentaba los dos municipios, producida básicamente por la importancia y relevancia de cada ciudad en diferentes momentos históricos. Reus había llegado a ser la segunda ciudad de Cataluña, fruto del comercio y la decisión de sus ciudadanos, especialmente en el comercio textil y del licor. Ahora, los reusenses no podían tolerar que Tarragona hubiera obtenido una situación más ventajosa mientras su ciudad se mantenía en un estado de lánguida inmovilidad.

—Si me permite la pregunta… —Carles arqueó las cejas ante la intervención de su compañero—. ¿Cuántos años tiene? Parece muy joven para haber trabajado en la policía antes de la guerra.

—Tengo veintiséis años y la verdad es que nunca pensé en ser policía. A veces, las cosas llegan por sí mismas.

—¿Qué quiere decir?

—Yo era una persona común, como cualquier otro. Hice bachillerato y después fui a la universidad. Estudié Geografía e Historia y algunos cursos de Periodismo.

—¿Qué quería hacer? —preguntó intrigado Ernesto.

—En realidad, me hubiera gustado ser escritor. Creo que eso era en el fondo lo que yo quería, aunque para empezar colaboré con algunos diarios locales.

—¿Y cómo fue a parar a la policía?

—Pues como se va a parar a cualquier sitio. La vida te va llevando y, cuando te das cuenta, ya estás en una comisaría, estudiando casos para resolver. Miras hacia atrás y luego te das cuenta de que las cosas no son como las habías pensado.

—¿No le gusta el trabajo de policía?

—Ese trabajo te enfrenta a la crueldad de la sociedad. No puedes girarte y hacer ver que no has visto la realidad. Te

obliga a ser duro, a luchar contra monstruos y a enfrentarte a tus propios demonios. A veces, también te obliga a enfrentarte a tus propios compañeros… —dejó caer Carles en un súbito arranque de sinceridad que sorprendió a su acompañante—. ¿Y a usted? ¿Le gusta el trabajo de policía? ¿O se dedica más bien a fichar a personas que lucharon por la legalidad y a los cuales se empeñan ahora en encerrar?

—Mi padre ya era policía y yo crecí en aquel ambiente. La verdad es que me fascinaba. Veía el mundo dividido en buenos y malos —dijo con una sonrisa amarga, haciendo caso omiso de las pullas de su compañero—. Yo creía que la policía era la encargada de resolver aquellos casos que perturbaban la tranquilidad ciudadana y así lo vivía. Cuando tuve edad, ingresé en el cuerpo de Policía en Valladolid. Creo que, en cierta manera, mi vocación se la debo a mi padre.

—Su padre estará contento.

—Murió intentando evitar el saqueo de unos almacenes. Uno de aquellos individuos le pegó un tiro que le dio en el corazón. No tuvo la suerte de poseer una biblia que lo parara —dijo, bajando el tono en una clara referencia a la experiencia de su compañero—. Ellos se tenían por revolucionarios, yo los tengo por ladrones y asesinos.

—Lo siento —replicó un afectado Carles. Era evidente que la guerra no perdonaba a nadie y perjudicaba a todo el mundo de una u otra forma.

—De todas formas —comentó Ernesto—, todavía no me ha explicado de qué manera un estudiante universitario fue a parar a la policía.

—Ya le he dicho que fue una casualidad. Hace unos años, cuando estaba estudiando Periodismo, trabajaba en periódicos locales colaborando, buscando información o ayudando en la maquetación. Todo era muy sencillo y todo el mundo era

necesario y debía colaborar para que aquello funcionara. Un día vino el comisario Sanz Burgada para presentar un retrato robot junto a una descripción de un delincuente que robaba a los transeúntes del Raval. A mí me sonaba aquel sujeto de haberlo visto alguna vez. El Raval era mi mundo fuera de la universidad. Sin embargo, no acababa de coincidir con el retrato, sobre todo por lo que se refería a los colores de la ropa del individuo. Le dije al comisario que yo había visto a aquel individuo pero que no era correcta la descripción. Él me dijo que el testigo había jurado y perjurado que la descripción era correcta. Como yo insistía, el comisario quiso hacer un cara a cara entre el testigo y yo. Así que no me quedó más remedio que ir a la comisaria a carearme con él, quien se ratificó una y cien veces en que la capa de aquel sujeto era roja cuando yo la recordaba azul. Mientras tuvo lugar el acto, se me ocurrió una idea y le pregunté al testigo de qué color era el traje del comisario. «Rojo», me dijo, dejando asombrado a todo el mundo, pues el comisario lucía un despampanante traje azul marino.

—¿Qué explicación dio el testigo? —preguntó interesado Ernesto.

—Era daltónico. Él no lo sabía y a nadie se le había pasado por la cabeza que pudiera confundir los colores. Posteriormente, poco a poco, fui colaborando con la Policía hasta el momento en que, casi sin quererlo, ya tenía un despacho propio y llegué a participar en varias investigaciones.

—Debía de ser buen policía.

—Bueno, pude ayudar a resolver algunos casos —contestó Carles, mientras que en su rostro se adivinaba cierta expresión de añoranza—. Sin embargo, más que el recuerdo de los casos que acabaron con éxito deteniendo a los delincuentes, en la memoria permanecen aquellos que uno no pudo resolver.

Todavía me parece ver a las personas que, en algún momento, pidieron ayuda y confiaron en mí, pero el tiempo, las dificultades o la maldita guerra me impidieron dar respuesta a aquel grito ahogado. Uno siente la sensación de fracaso en estos casos.

Tras estas demoledoras palabras, un espeso silencio, que Ernesto no quiso interrumpir, se adueñó del vehículo.

REUS

Junio, 1939

A gran velocidad, como no podía ser de otra manera siendo Hamed quien conducía, el vehículo hizo su entrada en Reus por el camino de Tarragona. Un conjunto de árboles alineados a ambos lados de la carretera recibía a los pasajeros. Al fondo, Carles pudo apreciar el campanario de la iglesia de Sant Pere que dominaba la ciudad. El coche comenzó a atravesar la villa. El anonimato acompañaba su viaje, aunque los ciudadanos que encontraron deambulando dejaban pasar el vehículo con muestras de respeto. «No se sabe con quién te puedes jugar las habichuelas», pensó el antiguo militar republicano. Observó mujeres vestidas de negro que, con una bolsa, dirigían sus pasos hacia alguna tienda en búsqueda de un posible alimento con el que mantener a las sufridas familias y hombres que circulaban cabizbajos, intentando pasar desapercibidos y permanecer invisibles ante los nuevos poderes que gobernaban la ciudad y el país. También pudo ver muchachas con vestidos más alegres que intentaban disfrutar con normalidad de unas fiestas de Sant Pere a punto de comenzar y chiquillos que intentaban adaptarse a la nueva situación alternando las responsabilidades con el juego, más propio de la edad.

«La gente está cansada, agotada de la guerra e intenta volver a una normalidad que no es tal», pensó el antiguo prisionero, que conocía el aspecto tenebroso y tortuoso que se ocultaba tras lo que se había denominado la *pacificación* del país. El año de la victoria, 1939, un año que para unos representaba la alegría de hacer triunfar sus tesis y sus derechos por medio de una guerra; para otros, el alivio que representaba el fin de un conflicto que se había alargado en el tiempo, llegando a amenazar su propia existencia, como consecuencia de los daños colaterales. Finalmente, para los derrotados, representaba el comienzo de un sufrimiento y un martirio que tardarían mucho tiempo en olvidar.

A lo largo del recorrido se dejaban sentir las huellas de la guerra. Edificios derruidos por los bombardeos eran una muestra de que, a pesar de no haber ofrecido resistencia a la entrada de las tropas franquistas, Reus había padecido lo suyo bajo los bombardeos fascistas, especialmente por parte de la aviación italiana. En algunos de esos edificios, los escombros se habían retirado quedando expuestas las estructuras desventradas que exhibían, de manera inexorable, su interior. En otros solo quedaba el solar, tras los trabajos de desescombro que se habían realizado.

Atravesaron la plaza de España. Carles observó la casa Navas, obra de Domènech i Montaner, como había estudiado en la Universidad. Recordó que un camarada del ejército, que era de la ciudad, le había comentado que la linterna que adornaba la parte superior de la casa se había desplomado bajo los bombardeos. No quiso hacer ninguna observación al respecto pues la impasibilidad mostrada por su compañero de viaje podía responder a otra manera muy diferente de ver las cosas.

En su trayecto por la ciudad, pudieron observar la fachada

del hotel Londres, al paso por la plaza del general Prim. Desde uno de sus balcones, Francesc Macià se había dirigido a los reusenses en 1931. «Qué lejos parece aquello. Diríase que ha pasado hace más de un siglo», pensó. La cantidad de acontecimientos que se habían producido desde entonces no hacían presagiar un final como el que había tenido lugar.

—¿Me lo parece a mí o estamos dando un rodeo? —preguntó extrañado Carles.

—Hamed quiere enseñar Reus. Bonita plaza. Bonito señor con caballo —dijo, señalando la estatua ecuestre del general Prim, a la cual le faltaba la espada.

—Ya ve que Hamed dispone de criterio propio. Por lo que le conozco, él obedece, pero a su manera.

—¿Hace mucho que se conocen? —indagó Carles.

—Me vino con el coche.

—Entiendo —pensó el republicano, añadiendo a sus preocupaciones la posibilidad de un espía en la familia.

El coche se bamboleaba suavemente ante el adoquinado cuando pasaron junto a los cuarteles y la estación del tren. A Carles comenzó a intrigarle el trayecto pues habían atravesado todo Reus y se dirigían a las afueras.

—Parece que hemos pasado la ciudad. ¿Ya sabe a dónde se dirige? —preguntó el intrigado pasajero.

—Ya estamos llegando —le contestó Ernesto, mientras el vehículo giraba detrás de la estación y rodaba por una calle donde había un grupo de viviendas individuales, algunas de ellas vestigio de una época anterior, en la que los burgueses de la ciudad disponían de una residencia un tanto alejada del mundanal ruido y del tráfico que caracterizaba a la urbe. Lo cierto es que un ambiente de plácida calma se extendía a lo largo de la vía.

El vehículo paró frente a una casa de dos pisos, hecha con

ladrillo rojizo, con dos ventanas en cada planta. Los marcos, de color blanco, aportaban una nota alegre al conjunto. Unos escalones conducían a la entrada, que se hallaba por encima del nivel de la calle. El techo de negras tejas contribuía a darle el aspecto de una vivienda funcional, más propia de la época industrial de finales del siglo pasado. Sin embargo, no presentaba un aspecto descuidado como era de esperar en una vivienda que, probablemente, había sido requisada por el nuevo gobierno para uso específico de las fuerzas de ocupación. Intrigado por ello, Carles preguntó:

—¿Qué es? ¿Su residencia de verano?

—Aquí nos alojaremos —cortó Ernesto secamente, a quien le desconcertaba aquel curioso sentido del humor que desplegaba su compañero.

Entraron en la casa. Mientras Ernesto llevaba un ligero equipaje, que consistía en una bolsa de viaje y otra de mano, Carles tenía suficiente con el pequeño paquete que no había dejado de acariciar con la mano de manera involuntaria, gesto que no había pasado desapercibido para su compañero.

Tras un vistazo por la casa, se distribuyeron las habitaciones. Las de los pasajeros se hallaban en el segundo piso mientras que Hamed ocupaba una pequeña habitación en el primero. Curiosamente, era Hamed quien más equipaje llevaba.

—¿Dónde va con eso? —preguntó Carles, señalando una pequeña alfombra enrollada que llevaba bajo el brazo.

—Hamed buen *muslim*. Rezo a la Meca cinco veces cada día.

—Bien, bien. Cada uno con sus obligaciones —apostilló el republicano, quien no era nada creyente—. ¿—Y esa caja? —inquirió Carles, intrigado.

—Es un juego de té. Hamed hace té. Aquí, la gente no

toma té. Todos, café. Café no es bueno. Muchos nervios. El té mejor —dijo con aquella forma de expresarse tan peculiar. Sus deficiencias en el vocabulario, unidas a sus incoherencias gramaticales, le perjudicaban en la expresión.

La instalación en el que sería su nuevo hogar durante una temporada no duró más de media hora. La alegría de Carles aumentó al constatar que la cocina estaba surtida con verduras dela huerta: berenjenas, calabacines, judías, zanahorias, tomates y alguna lechuga se hallaban en el poyato de la misma. Su sorpresa fue mayúscula cuando se abrió la puerta de la cocina, que daba al patio trasero, y por ella entró un portento digno de la mejor película de ciencia ficción. Era una señora un tanto obesa, de mediana edad, con un raído traje gris sobre el que llevaba un delantal sucio de sangre. Llevaba un pollo muerto, descabezado y desplumado, agarrado del cuello por una de sus manazas, mientras que, con la otra, sujetaba un enorme y alargado cuchillo de cocina. Su cabeza, redondeada, estaba coronada con un moño que ya tiraba a gris. Algunas arrugas le surcaban la cara y, sobre la misma, un extraño artefacto que hacía la función de gafas. Lo curioso es que aquellas gafas disponían de una sola lente, un cristal oscuro que la protegía del sol.

—¡Aaaah! —exclamó sorprendida, mientras el pollo le caía al suelo manchándolo de sangre—. ¿Quién es usted?

—Yo soy Carles, soy policía y vengo con el capitán Ernesto.

—¡Ah, son *ustés*! Vaya susto *m'han* dado. No los esperaba y, claro, con ese aspecto tan raro que *tié usté*.

Carles supuso que se refería a su extrema delgadez. Realmente impresionaba un poco, pero no tanto como el aspecto de la visitante. Si le hubieran dicho que venía de otro planeta, no hubiera dudado ni un momento en creérselo. Se

agachó y recogió el pollo, que dejó sobre la pica.

—¿Y usted es?

—Benita, *pa* servirle a Dios y a *usté* —sentenció la recién llegada—. ¿Así que ya han *llegao*? Estaba en el jardín retorciéndole el cuello al *animalico* —dijo, señalando el pollo —. Ya verán que bien *quea* con un guiso de verduras.

—Eso espero —contestó Carles, sorprendido ante la energía que parecía tener aquella aparición, aunque apenas unos días atrás se hubiera comido el pollo crudo. Realmente, parecía que Ernesto había dispuesto de una infraestructura que respondía al acomodo de los presentes.

—Oiga, ha perdido una lente —dijo señalando las gafas.

—Qué va. Esto es el médico, que *m'ha mandao* unas gafas *pal* sol, *pa* protegerme la vista y, como son *mu* caras, la hija de la Rodolfa me dio unas de su madre.

—¿Y no las necesita su madre?

—No, porque se murió. Le dio un síncope cuando escuchaba la radio y, al caerse, se rompió un cristal de las gafas.

—Pero… —dijo cada vez más asombrado Carles—. Necesitará los dos cristales.

—Sí, pero no hay problema. Como las gafas son *reondas*, el cristal sirve *pa* los dos *laos*. Cada día, cuando *sargo* a la calle, lo pongo en un *lao* diferente y listo. Así repartimos la salud —dijo con pragmática resolución.

—¡Ah! —comentó Ernesto, entrando en la cocina—, veo que ya se conocen. La señora Benita se encargará del abastecimiento diario y la limpieza. Algunos días cocinará. Los días que no venga ella tendremos que hacerlo nosotros.

Volvieron al salón, que estaba dominado por una glorieta cubierta por una cristalera. Esta era la causa de que una suave luz se esparciera por la estancia, ofreciendo un aspecto

acogedor. Ernesto se dirigió a Carles:

—Creo que ya es hora de hablar más detenidamente sobre el caso que nos ocupa.

—Ya me comenzaba a preocupar que se hubiera olvidado.

—Sígame —dijo Ernesto, haciendo un gesto con la mano y subiendo las escaleras.

Entraron en una habitación del segundo piso, más grande que las dos habitaciones que ocuparían. En ella, destacaba un gran escritorio de caoba con cajones. Junto a él, una cómoda silla giratoria. Otro par de sillas, más ordinarias, la acompañaban para el acomodo del personal. Una vitrina repleta de libros ocupaba una de las paredes. Pudo ver que había libros de todas clases, pero predominaban los de índole histórica, tanto universal como local. A una *Historia general de España* de Modesto Lafuente le acompañaba *Los movimientos y separación de Cataluña*, de Francisco Manuel de Meló. Otras obras de índole diversa se hallaban en la vitrina. Pudo observar el *Llibre de les meravelles* de Ramon Llull, el *Tirant lo blanc* de Joanot Martorell, el *Llibre dels fets* de Jaume I o las *Crónicas* de Bernat Desclot. Sumado al gran conjunto de libros, se hallaban encuadernadas las revistas del Centre de Lectura y *Ars*, otra publicación de la misma entidad.

Sobre la mesa descansaba un diario local que informaba de la visita a la ciudad, el día anterior, de Pilar Primo de Rivera, hermana de José Antonio y delegada nacional de Falange Española. También había un programa de fiestas de Sant Pere, que comenzaban el día siguiente. En él destacaba la inauguración de la exposición de las obras de Maria Fortuny, en su centenario, con la presencia de la famosa *La Vicaria*.

—¿Y bien? —inquirió Carles—. ¿Por qué no me cuenta cuál es el caso que se trae entre manos?

De la misma manera que el coronel Villalba le había

expuesto el caso, Ernesto le explicó los pormenores del mismo con los detalles que requerían.

—Usted me está hablando de un crimen que pasó hace una semana. Difícilmente encontraremos huellas.

—Es por eso que aquí tengo esta carpeta con fotografías del suceso.

Carles observó las fotografías y un escalofrío le recorrió el espinazo. Aquello superaba la explicación recibida. En ella se veía un sujeto desnudo, atado de pies y manos, con los brazos abiertos como un Cristo en la cruz. El cuerpo presentaba múltiples heridas y escarificaciones fruto de la agresión con un arma blanca.

Dos heridas en forma de cruz dominaban el pecho. Sin embargo, lo que en principio llamaba la atención era que el individuo tenía la cabeza separada del tronco. Esta reposaba sobre una roca, al lado de la víctima.

—¡Terrible! Realmente terrible.

—¿Cuál es su impresión?

—Venganza. —Con una palabra lo dijo todo—. Un individuo no actúa así si no es por un sórdido deseo de venganza.

—Eso me pareció.

—¿En qué lugar se encontró?

—Aunque fue secuestrado cerca de aquí, en el paseo de la Boca de la Mina, su cuerpo no fue encontrado hasta cuatro días más tarde, en un bosque cerca de Castellvell, el pueblo más próximo si seguimos la carretera.

—¡Cuatro días!

—Sí, un gran espacio de tiempo. Debemos encontrar al asesino.

—Pero, eso será muy difícil. Estamos en un momento en que media España quisiera asesinar a la otra media. Pudo ser

cualquier persona que hubiera recibido agravios por este capitán, cualquier hombre que hubiera perdido un familiar a manos de los nacionales, incluso, cualquier individuo, de su propio ideario, que hubiera sufrido una afrenta. Con estos datos, teniendo en cuenta los días que han pasado y que la mayor parte de huellas se habrán borrado, será muy difícil descubrir quién lo hizo, si no aparecen otras pistas.

—Disponemos de otras pistas —dijo Ernesto, sacando la segunda carpeta que le había dado el coronel Villalba.

—¿Ah, sí? —preguntó intrigado Carles.

—Tenemos el cadáver de otro hombre, un capitán del Ejército, ejecutado de la misma manera en Barcelona.

LOS CALLEJONES DE LA NOCHE

Abril, 1920

Martí y Alejandro paseaban por las calles de Melilla en uno de esos ratos en que no necesitaban realizar ningún servicio en especial. La tarde avanzaba, el sol se estaba poniendo y, en esa época resultaba agradable caminar sin ningún rumbo en particular.

—Hay que ver qué brutos que sois —decía Martí, mientras observaba la cabeza vendada de Alejandro donde había recibido el golpe.

—Es que vinieron muchos y tuvimos que salir por piernas.

—Es mejor no arriesgarse. Nunca sabes con quién estás tratando —le reprendía amistosamente Martí, mientras recordaba el despertar brusco que había tenido cuando unas manos lo habían sacudido de forma acelerada en el mejor de los sueños.

«¡Martí! ¡Martí!», le decían mientras lo zarandeaban y el soldado, afecto a los requerimientos, iba despejando el sueño que se esfumaba como etéreas capas de telarañas. Una vez consiguieron despertarlo, pudo ver que dos de sus compañeros de correrías por Melilla venían heridos. Al parecer, habían estado jugando una partida de cartas en un herrumbroso local cerca del puerto. Allí se encontraban ellos, jugando con cuatro

moros el dinero que habían recibido del último mes. Los contrincantes, de dudosa reputación, establecían miradas cómplices que hicieron sospechar a los españoles de algún tipo de trampa. Lo cierto es que, cuando perdió la tercera ronda seguida, Pedro estalló sintiéndose estafado. A ello contribuyó el hecho de que llevaban toda la tarde rondando y, por lo tanto, tenía el organismo cargado de alcohol.

—¡Estáis haciendo trampas! —había gritado furioso.

Sergio, en quien el alcohol producía un aumento de estadios depresivos contrastados con episodios violentos y, creyéndose perjudicado por los lugareños, cogió la mesa por dos de sus patas y la estrelló contra dos de los hombres. Aquello fue el comienzo de una pelea bastante igualada en cuanto a número, pero no por lo que se refería a las condiciones físicas. De todas formas, uno de los moros, probablemente el más viejo, que era quien les había invitado a entrar al oscuro local, dio unos gritos de alerta. Al ruido de los alaridos vinieron cuatro hombres más dispuestos a resolver aquel conflicto de manera violenta. Ni que decir tiene que los españoles tuvieron que salir disparados para evitar males mayores. Ello no impidió que Alejandro saliera con un corte en la cabeza, fruto de un golpe con la puerta al salir, y Pedro con una contusión en el hombro, a resultas de un porrazo que le habían dado con un palo.

—Fue el puñetero viejo quien los avisó. No olvidaré aquella cara arrugada que se escondía bajo un turbante blanco, pero más sucio que la tiña. Sus ojos eran pequeños y las cejas, la barba y el bigote de un gris casi blanco. Esto resaltaba en su cara, bastante oscurecida por el sol. Me fijé en que tenía las manos muy arrugadas y oscurecidas. Cuando sonreía, enseñaba una dentadura a la que le faltaban los dientes de delante. Su cuerpo era bastante pequeño, no mediría más de

metro cincuenta y parecía que se encogía a medida que entrábamos. Una vez que nos internamos en aquel sucio y escondido local fue cuando me percaté de que aquel no parecía el lugar idóneo para echar una partida, pero como los demás entraron…

—Alejandro, ¡no puedes juzgar a una persona por su aspecto físico!

—No, ni mucho menos. Tenía unos ojillos pequeños que a veces parecían ser los de un buen hombre, pero, si te fijabas cuando él creía que no le mirabas, veías que destilaban odio. Entonces comprendí que esta gente encontrará la verdadera satisfacción el día que nos echen de su tierra.

—Tuvisteis suerte de salir solo con esas heridas. A fin de cuentas, lo único que perdisteis fue el dinero y, si se tienen en cuenta los hechos, ese es el mal menor.

—¡Qué va! —exclamó Alejandro—. Al contrario, no solo no perdimos dinero, sino que ganamos.

—¿Y eso? —preguntó extrañado Martí.

—El Rubio se fijó en que ellos sacaban dinero de una bolsa que mantenían a su lado. Así que, cuando se armó el follón, se levantó como un rayo y les birló la bolsa. Luego, cuando nos encontramos cerca del cuartel, miramos dentro de ella y vimos que había más del doble del dinero que habíamos perdido.

—Pero ¿no os dais cuenta de que os pueden tender una trampa otro día y sacudiros a base de bien? ¿Cómo sois tan inconscientes?

—¡Bah! No creo que se atrevan a meterse con el Ejército. Además, su negocio es ilegal y tendrían un buen problema. Por otro lado, no falta mucho para que nos marchemos.

Martí entonces recordó la razón por la que habían quedado. En el tira y afloja que mantenía Dámaso Berenguer

y El Raisuni a lo largo del año, el primero había decidido hacer una ofensiva para dominar el territorio y, para ello, había reclamado tropas entre las cuales se hallaba la compañía de sus compañeros. De todos los amigos del cuartel era Alejandro con quien más había congeniado. Se había relacionado con los demás, pero la afición a la bebida y a las actividades al borde de la ilegalidad que compartían había hecho que el sanitario se mantuviera a una prudente distancia. Eran buenos compañeros a la luz del día, pero con la noche y, sobre todo con la bebida, se transformaban convirtiéndose en verdaderos animales. Algunos de ellos, como Sergio o Pedro, podían llegar a ser peligrosos. Se habían habituado a una manera de hacer que les permitía afrontar el día a día sin plantearse un futuro ni próximo ni lejano. En cambio, Martí perdía el tiempo en cavilaciones que iban más allá del lugar y estadio en que se encontraba. Sus preocupaciones se centraban más en sus posibilidades de supervivencia fuera del Ejército, una vez pasado el periodo obligatorio, que en sus incidencias diarias. Por ello no le extrañaba oír que, cada vez más, sus compañeros hablaban de la posibilidad de reengancharse y ascender dentro del escalafón militar. Para ellos, el mundo exterior no presentaba las motivaciones necesarias para que pudieran aspirar a formar parte de él. En cierta manera, él no dejaba de ser como los demás, pero en los momentos de mayor desanimo, una vocecilla le traía a la mente el último deseo de su padre: «Quiero que estudies, quiero que estudies…».

Eso sí, reconocía que la estancia en el cuartel le estaba aportando una experiencia en el campo de la medicina que difícilmente hubiera adquirido en Barcelona: brazos rotos, heridas de bala, cortes que supuraban, golpes, hernias, luxaciones… Todo un sinfín de situaciones para poder

practicar aquello que había estudiado. Acompañaba las intervenciones diurnas con estudios nocturnos de libros de medicina que había encontrado en el cuartel y, cuando no era posible de esta manera, se hacía asesorar por aquellos compañeros que tenían más experiencia en el arte de curar. Se desvivía por salvar una vida y, a veces, la muerte de un soldado bajo su cuidado le hacía entrar en un ligero periodo depresivo que poco a poco intentaba superar. Sus compañeros, conscientes del estado en que se encontraba en esos momentos, le decían: «Es la guerra. Tú no tienes la culpa, sino el malparido que disparó», pero ello no hacía sino atenuar ligeramente su desánimo. Su interés y sus continuas ansias de aprendizaje hacían de él una persona preparada y apreciada en su trabajo y ello le motivaba, todavía más si cabe, para continuar mejorando día tras día.

—Así que marcháis pronto hacia Tetuán. —Fue una afirmación más que una pregunta.

—En efecto —contestó Alejandro—. Ahora que Millán Astray ha creado el Tercio de Extranjeros, mientras organizan la legión, nos llevan a contener a los moros sobre Tetuán. Dice el Rubio, que siempre está cerca de los oficiales, que desde que Castro Girona ocupó el macizo del Gorgues ya sueñan los generales con ocupar Xauen.

—¡Xauen! —exclamó Martí soñador—. ¡La ciudad azul! Dicen que es preciosa, aunque allí no ha entrado nunca ningún cristiano.

—¿Te imaginas poder entrar allá y verla? ¡Debe de ser algo único! —pensaba en voz alta Alejandro.

—Envíame una tarjeta cuando estés allí. ¡Qué envidia me dais!

Y, mientras paseaban y seguían soñando por el paseo junto al mar, no vieron una pequeña figura que los observaba. Se

trataba de un viejo con un turbante blanco, de ojos pequeños y barba y bigote blancos que resaltaban con el color oscuro de su arrugada piel. Con una mano se apoyaba en la pared y con la otra sostenía una gumía que ocultaba bajo su túnica. Sus ojos destilaban un odio tal que, si las miradas matasen, ya hubieran caído al suelo. Sin embargo, la presencia de otros transeúntes, básicamente soldados, inhibió al moro quien se escabulló entre las sombras.

EN EL LUGAR DEL CRIMEN

Junio, 1939

—¡Bendita Benita! —exclamó Carles mientras devoraba el guisado con pollo que les había preparado —. Hacía meses, creo que años, que no comía tan bien.

—Come usted mucho, ¿no le irá a sentar mal? —señaló Ernesto, consciente de que una persona que ha pasado meses desnutrida podría enfermar e incluso morir con una copiosa comida. Sin embargo, Carles debía de ser la excepción, pues su cuerpo parecía tolerar el exceso.

—Ha de tener en cuenta que debo reponerme. No puedo dar esos sustos a Benita —dijo, recordando el encuentro inicial—. De todas formas, tiene usted razón. Intentaré no forzar la máquina, no me gustaría caer enfermo ahora que vuelvo a respirar aire de verdad.

Carles recordó la conversación tenida con Ernesto en el estudio. Al parecer dos hombres, dos oficiales, concretamente dos capitanes del ejército nacional, habían muerto degollados. Uno en Reus y otro en Barcelona, en Castelldefels. Los dos asesinatos presentaban similitudes abrumadoras. Habían aparecido atados a un árbol, con los brazos atados y estirados, conformando una imaginaria cruz. Los dos tenían cortada la cabeza. Múltiples heridas marcaban su cuerpo como mudas

señales de tortura y dos enormes cortes atravesaban de manera perpendicular su pecho. Evidentemente, los dos crímenes presentaban unas peculiaridades que los relacionaban.

Tras la observación de las imágenes, Ernesto le inquirió:

—¿Y bien? Me interesaría saber cuáles son sus primeras impresiones.

—Bien. Se las diré, pero primero contésteme a una pregunta. ¿Ambos pertenecían al mismo cuerpo o son de la misma ciudad?

—No, el capitán Pedro García Cifuentes se encargaba de la vigilancia del campo de prisioneros del Pere Mata y era oriundo de Sevilla, mientras que el oficial de Castelldefels, que fue asesinado anteriormente, Javier Font Vallvé, era natural de Barcelona y trabajaba en los servicios de información.

—Creo que los dos crímenes han sido realizados por la misma persona o personas, ya que ambos tienen la misma impronta y escenificación. Por otro lado, ahora tengo mis dudas sobre el móvil del crimen, pues los dos están separados en el espacio, en dos ciudades diferentes y los soldados pertenecen a cuerpos distintos. No observo mucha coincidencia en ese aspecto. De todas formas, me resulta raro pensar que un comando anarquista haya decidido poner fin a los capitanes del ejército nacional con ese método tan peculiar.

—Siga, por favor —inquirió Ernesto, ante una pausa de Carles, deseoso de contrastar los conocimientos de su compañero con los suyos propios.

—Además, hay otra cuestión. A la vista de las imágenes, resulta evidente que los crímenes no fueron cometidos en el lugar en que se les halló. La escasez de la sangre en el entorno así lo manifiesta y le aseguro que una degollina como la que nos ocupa dejaría mucha sangre alrededor del cuerpo. De

todas maneras, eso habrá que confirmarlo en el lugar donde se encontraron los restos.

—¿Alguna cosa más?

—Sí, esto tiene una impronta peculiar. Parece una escenificación cuyo objetivo no alcanzo a comprender. No sé si quieren atemorizar a alguien o enviar un mensaje al ejército, como un vago aviso de que no pueden sentirse seguros, aunque hayan vencido. De todas formas…

—Diga, diga.

—¿Fueron encontrados en sitios muy apartados o relativamente próximos?

—Tanto uno como otro fueron encontrados en zonas boscosas de los alrededores de donde desaparecieron. A las personas que los encontraron se les ha ordenado silencio absoluto al respecto. No interesa que la gente sepa que hay sujetos que se dedican a asesinar a oficiales militares.

—Ese hecho me hace pensar en que los secuestraron, los torturaron y los asesinaron en otro lugar. Luego, al cabo de unos días, vienen y colocan el cuerpo como si de una función teatral o de semana santa se tratara, con el objetivo de que resulte de fácil localización. Habría que comprobar si, entre el momento del secuestro y el de la aparición, pasaron otras personas por el lugar del crimen.

—Eso ya está comprobado. El mismo individuo que encontró el cadáver asegura que cada día pasa por ese lugar y, el día anterior, no vio nada sospechoso.

—Eso confirma mi hipótesis. ¡Interesante! —La mente de Carles ya funcionaba a pleno rendimiento.

—¿Qué es lo que le resulta interesante?

—La intencionalidad en la colocación del cadáver. Esto no es un asesinato improvisado. El asesino buscaba algo en concreto. Posiblemente sea el rango de capitán, el uniforme, o

una cuestión más personal, pero la tortura y escenificación indican que tiene una mente fría y que se dedica con minuciosidad a esta cruel ocupación. Ello también choca con la brutalidad con que se ha acometido el trabajo. O es un cruel asesino o estaríamos hablando de dos personas.

—¿Dos personas?

—Sí, una la que analiza, estudia la víctima en cuestión y prepara la escenificación. Luego habría otra, la que realiza las torturas y el asesinato con tamaña brutalidad. No parece obra de una sola persona y, sin embargo, la mayor parte de asesinatos de este tipo lo realizan individuos en solitario.

—¿Cree que podría ser algún tipo de comando?

—No lo sé, pero, para descartar cosas, habría que buscar en el pasado de ambos individuos para ver si hay algún punto de coincidencia que pudiera unir los dos casos, de otra manera que no fuera por el hecho de morir sin cabeza.

—Pediré informes de los oficiales al servicio de información.

—Finalmente, hay otra cosa que llama la atención.

—Supongo que se refiere a los cortes perpendiculares.

—Exacto. Hay una serie de cortes que parecen responder a torturas sufridas por el individuo, pero estos grandes cortes perpendiculares parecen simular una cruz. Ignoro si hay una motivación religiosa en ello. Debería pedir información relativa a la religiosidad de los oficiales. Es probable que el asesino nos esté indicando algún tipo de desviación en ese aspecto o que, sencillamente, tuviera una reyerta religiosa con estos individuos, pero eso sería un tanto extraño si entre uno y otro asesinato apenas ha mediado un mes.

—Le agradezco su ayuda —se sinceró Ernesto—. Después de comer, nos dirigiremos al lugar donde se encontró el cuerpo. Ahora descanse un poco, lo necesita.

Fue entonces cuando Carles, recluido en la intimidad de su habitación, pudo constatar en su persona las muestras de cansancio que su compañero había apreciado, un cansancio que, con las emociones que había comportado la actividad matinal, parecía haber pasado a un segundo plano. Pero en este momento de soledad, el agotamiento pareció cubrirlo y adueñarse de él, un agotamiento infinito, como una pesada losa, que le impedía realizar cualquier actividad de forma momentánea. Se dejó caer sobre la cama y, en ese momento, con la guardia baja, la imagen de Dolors le vino a la mente: una Dolors que corría, que reía, que veía feliz, que era capaz de iluminar una habitación solo con su mirada. Recordó sus ojos, unos ojos relucientes que parecían recoger toda la luz del sol.

—Así que de eso se trata —musitó—. En eso consiste la vida. Uno piensa que el futuro será una consecución del momento que estás viviendo, que esa situación la mantendrás siempre y, en un instante, lo pierdes todo.

Las lágrimas hicieron acto de presencia y lloró con desconsuelo. Lloró por Dolors y por él, por sus vidas rotas, consciente de que aquellos momentos que habían pasado juntos ya formaban parte de un pasado que no volvería. A partir de ahora, nada sería lo mismo. Imaginaba que, con el tiempo, los recuerdos se irían deshaciendo, poco a poco, capa a capa, hasta el momento en que solo una imagen estereotipada quedara de aquello que había vivido. Pensó que esta situación debía de ser lo más parecido al purgatorio que predicaba la Iglesia: vivir sin estar vivo y morir sin estar muerto. Un alma que deambulaba perdida como una sombra por el mundo. Al poco rato, el agotamiento lo rindió y la oscuridad se adueñó del entorno.

No fue hasta un par de horas más tarde que un ruido de

golpes en la puerta lo despertó. Era Ernesto anunciándole que ya podía bajar a comer. Carles se levantó. Un agudo dolor en la cabeza le recordó que todavía no estaba repuesto. Fue al lavabo y pudo ver a un hombre demacrado, delgado, con un arrugado traje, pero, sobre todo, lo que tenía ante sí era un hombre perdido. Se aseó y se lavó la cara intentando que no se transmitiera la afectación que había padecido.

En aquel momento se hallaban los dos policías y el conductor acabando un excelente guisado de arroz con pollo y una ensalada que les había preparado Benita. Carles intentaba no abusar, ya que su estómago no digería todo lo que le hubiera gustado. Sin embargo, Hamed no tenía piedad del pobre pollo y lo devoraba a grandes bocados cogiéndolo con las dos manos.

—Cuando acabemos de comer iremos al lugar donde se encontró el cuerpo —explicó Ernesto—. En cinco minutos saldremos.

Media hora más tarde salían de la casa en el coche hacia su destino.

—Cinco minutos, cinco minutos. ¿A quién se le ocurre ponerse a rezar después de comer? —relataba Carles.

—Es muy importante —contestó con su tonadilla especial el musulmán—. Alá quiere que todos podamos rezar y acordarnos de él. Hamed buen *muslim*. Rezar cinco veces al día.

—De acuerdo, Hamed, buen *muslim*.

En estas discusiones estaban cuando el vehículo subía por una estrecha carretera hacia el pueblo de Castellvell. Antes de hacer su entrada en el mismo, giró hacia la izquierda y se adentró por un camino parando a unos doscientos metros. Los ocupantes del coche se apearon y Ernesto señaló a Carles un árbol que se encontraba a unos cien metros de distancia.

—Aquí fue donde lo encontraron. Tendremos que completar la información con las imágenes, ya que han limpiado la sangre para que la gente no pudiera saber lo que ha pasado.

—¡Vaya mierda! ¡Qué manera de funcionar! Cómo quiere que encontremos a un asesino si ustedes mismos borran las huellas.

—Lo siento —dijo circunspecto Ernesto—, no puedo decir que salte de alegría, pero esto es lo que hay y con esto nos tenemos que apañar.

Carles se dedicó a barrer la zona con la mirada. En algunos puntos pudo observar algo de sangre, que pasaba desapercibida ante la mirada de un viandante ordinario. Contrastó los lugares donde había sangre con la imagen fotográfica que tenía. Ello le dio una visión más completa. Después se dedicó a observar el entorno en busca de huellas.

—¿Sabe si vieron huellas de neumáticos? —preguntó.

—No, no observamos ninguna. Es un camino de paso y las únicas huellas que se aprecian son las de personas y animales.

—¿Tampoco apreciaron si habían arrastrado el cuerpo?

—Eso lo puede observar en las fotografías, ya que cuando las hicieron no habían tocado nada.

—Menos mal que hicieron una cosa bien.

—Pero en ellas no se aprecia que hayan arrastrado el cuerpo. Da la impresión de que arreglaron la zona y borraron las pisadas —comentó Carles, observando las fotografías.

—Unos asesinos fríos y meticulosos. Será difícil atraparlos.

—Eso me parece.

—¡Oiga! —dijo Carles, cambiando la entonación—. Usted me dijo que Hamed le vino con el coche.

—En efecto.

—Por lo tanto, usted no conoce a Hamed. ¿Cree que nos podemos fiar de él?

—Nos podemos fiar tanto como usted de mí y viceversa. En estos momentos, la confianza es un valor escaso y muy caro de obtener.

Mientras hablaban los dos policías, Hamed no había salido del coche, pero los observaba a través del retrovisor. Recordaba la conversación que había tenido con el coronel Villalba antes de partir para Reus.

—¡Hamed!

—¡Sí, señor!

—Quiero que acompañes al capitán Ernesto Delgado durante el tiempo que haga falta. Le ayudarás en todo lo que te diga.

Hamed afirmaba con la cabeza y escuchaba.

—¿Me entiendes?

—¡Sí, señor!

—Cualquier cosa que necesite, lo que sea, para descubrir unos crímenes. Tú me informarás de los avances que realicen. No hace falta decir que no tienen que saberlo.

Hamed continuaba en silencio, mirando aquellos ojos que parecían hipnotizarlo y aquella voz cautivadora. Por otro lado, sabía que, si lo interrumpía, el coronel podía caer en uno de sus frecuentes ataques de ira. El oficial continuó su discurso.

—Quiero que me informes de cualquier descubrimiento. ¡De cualquiera! ¿Está claro? —preguntaba el coronel, mientras observaba aquellos ojos que parecían impenetrables.

—Sí —dijo escuetamente.

—Hamed —dijo el coronel, acercando el rostro al del

conductor—, ¿recuerdas quién te ayudó cuando lo necesitabas? ¿Quién te tendió la mano cuando estabas solo? ¿Lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo.

—No quiero que lo olvides. Estabas solo y herido. Quiero que recuerdes que yo te saqué de aquel agujero, que yo te salvé la vida. Quiero que lo recuerdes porque quiero pedirte una cosa.

—Lo que sea, mi coronel. —Hamed temía lo que le pudiera decir, pero sabía que no tenía otra salida que la de obedecer.

—El otro hombre, el comunista. —La respiración del coronel se hizo más pausada intentando dar énfasis a sus palabras—. Cuando acabe la investigación… Es prescindible. Quiero que acabes con él. ¿Me has entendido? —preguntó, clavando aquella mirada seductora y escrutadora al mismo tiempo.

—¡Sí, señor!

Así que aquel hombre, el que se hacía llamar Carles, era prescindible. Aquella era una orden a la que no podía renunciar, porque el coronel Villalba le apoyó cuando estaba solo, cuando todos lo habían abandonado y necesitaba ayuda. Hamed tendría que pagar por ello y sabía que solo había una manera.

Observó que los hombres parecían haber acabado de comentar cosas y volvían juntos al coche. La expresión preocupada de su rostro dio paso a otra más distendida. Una sonrisa dominaba su cara cuando entraron los policías.

—¿Dónde quieren ir ahora los *siñores*?

UNA LECCIÓN DE HISTORIA

Junio, 1939

—Así que no está el comandante? —preguntó Ernesto.

—No, señor —respondió el capitán Aros, quien intentaba mantener la compostura ante la llegada de aquellos dos sujetos, uno vestido de militar, que decía ser del servicio de información, y otro con cierta pinta de detective de película americana, si no fuera por el aspecto demacrado que presentaba. Con esa estampa, pero con otra ropa, podría pasar perfectamente por uno de los cientos de hombres retenidos en el campo de concentración del Pere Mata. Lo cierto es que los documentos que le habían presentado no admitían ninguna duda y, a pesar de la embriaguez que aún dominaba el cuerpo del oficial, pudo observar que estaba firmado ni más ni menos que por el capitán general de la cuarta región militar. Aquello eran palabras mayores.

—Estamos investigando el asesinato del capitán Pedro García Cifuentes, que desapareció en el paseo de la Boca de la Mina, hace ahora una semana.

—Ya lo encontraron y, al parecer, en muy mal estado —aventuró el capitán Aros, quien ahora maldecía al sargento Segundino por haberle retado, al mediodía, a ver quién era capaz de beber más vino de la bota de una tirada. El sargento

había perdido, pero al capitán le había entrado una modorra tal que se había retirado a tomar la siesta hacía tres horas. Todavía tenía la cabeza dolorida y un tanto abotagada. Él se daba cuenta de que su agilidad de respuesta no era la misma que en otras ocasiones.

—¿Y el cabo Eusebio Buendía? ¿Se encuentra disponible?

—Verá, el cabo… No está ahora.

—¿No está? ¿Cogió vacaciones de verano? —preguntó irónico Carles, quien ya comenzaba a estar un poco cansado de aquella situación.

—No… Verá… Tiene un permiso —respondió el capitán, mientras maldecía interiormente a Eusebio, quien le había dicho que necesitaba un permiso hasta el día siguiente ya que tenía unos asuntos que resolver. El cabo Eusebio había perdido un poco de influencia sobre los compañeros desde que murió su mentor, el capitán Pedro García. Sin embargo, su habilidad para conseguir aquello que los demás deseaban le facilitaba mucho la vida y le hacía disfrutar de prebendas que otros no podían ni soñar.

—¿Y hasta cuando tiene un permiso? —preguntó con sorna aquel policía malcarado, el aspirante a detective americano.

—Hasta mañana. Mañana estará aquí.

—Bien, mañana por la mañana vendremos y querremos interrogarle —sentenció el policía vestido de militar—. También nos interesaría hablar con algunos de sus compañeros, así que necesitaremos una sala para interrogar a los hombres.

—¿Interrogar?

—Sí, esa cosa que consiste en hacer preguntas y que otros respondan —explicó su compañero quien, a ojos del capitán Arós, estaba de muy mala luna.

—Sí, por supuesto —respondió servil el jefe provisional del Pere Mata.

Una vez fuera, bajaron caminando por el paseo de la Boca de la Mina, ya que le habían dicho a Hamed que no los esperara, que pasearían. Fue entonces cuando Ernesto le preguntó a Carles:

—¿Qué le pasa? ¿Por qué estaba tan enfadado?

—Verá —se sinceró su compañero—. Fue ese lugar el que me puso de mal humor. Me recordó de dónde vengo. Yo he estado en un campo de prisioneros y en una prisión militar. Todos tienen elementos en común: una gran cantidad de personas, básicamente inocentes. —Ernesto enarcó una ceja ante lo que creía una interpretación particular de Carles—, cuyo mayor delito ha sido luchar en un ejército defendiendo la legalidad vigente. Todos ellos con familias que sufren. Aquí se encuentran mal vestidos, mal alimentados y maltratados. Muchos reciben torturas. Algunos morirán fusilados sin saber siquiera qué delito han cometido y dejarán tras ellos mujeres y niños que no sabrán cómo podrán sobrevivir.

—En una guerra son muchos los que sufren.

—En efecto, pero esta guerra ya hace meses que acabó y todavía se siguen reteniendo a miles y miles de personas y se continúa fusilando diariamente.

Ernesto, quien no estaba del todo de acuerdo con el discurso de su compañero, era una persona abierta, consciente de que Carles hablaba de experiencias vividas, y quiso respetar sus sentimientos manteniéndose en silencio. Su mente se centró en los aspectos más característicos del caso. El hecho de que su compañero le comentara que el asesino podía ser más de una persona le hacía pensar en algún tipo de comando republicano que estuviera llevando a cabo espectaculares ejecuciones por vaya usted a saber qué causa. Hoy en día,

todos tenían algún motivo para morir o para matar.

Mientras uno divagaba en los pormenores del caso, el otro también daba vueltas a la cabeza, pero en otro sentido. El antiguo prisionero no se esperaba que la visita al Pere Mata le hubiera afectado tanto. De hecho, si lo pensaba fríamente, era lógico, dado el poco tiempo que había pasado desde que estuviera encerrado en Pilatos. Fue dura la impresión de ver centenares de hombres descuidados y maltratados en lo físico y en lo psicológico. Ver a aquellos presos apelotonados le hizo recordar cómo dormían en las salas de Pilatos. En el Pere Mata, algunos dormían en las escaleras; otros, directamente en el suelo.

Aquellas imágenes se le habían clavado en el corazón como un estilete. Las puertas, ventanas y parte del mobiliario habían sido utilizados como combustible para calentarse durante el frío invierno. El aspecto del edificio era desolador.

Sin embargo, no había sido el destrozo del edificio lo que le había causado mayor impresión, sino la mirada de los hombres que, hacinados, se sabían víctimas de un destino que se abatiría sobre ellos sin ninguna piedad. Eran conscientes de que no tenían futuro, de que su mundo, como lo habían entendido hasta ahora, se había acabado. Y de eso Carles podía dar fe.

El Pere Mata era un centro de salud mental situado a las afueras de Reus. En 1896, un grupo de treinta y cinco accionistas habían constituido la sociedad Manicomio de Reus con el objetivo de construir un moderno equipamiento para atender a los enfermos mentales, intentando que las condiciones fueran equiparables a las de los mejores manicomios de Europa. El centro psiquiátrico fue proyectado por Lluís Domènech i Montaner en 1901, siendo el precedente directo del Hospital de la Santa Creu i Sant Pau

de Barcelona. El sistema de organización respondía al modelo de *village*, formado por un conjunto de dieciocho edificios separados por jardines y rodeados por un muro. La idea era que cada edificio estuviese diferenciado por las funciones a las que se destinaba, de manera que representara un conjunto de pequeños hospitales especializados con algunos servicios comunes. De hecho, ello era el resultado de un trabajo en equipo entre el arquitecto y el grupo de médicos responsables de la institución, siguiendo las corrientes modernas de la psiquiatría que intentaban aproximar la medicina a los enfermos de manera amable. Por ello, hubo un interés específico en incorporar las terapias más modernas del momento, caso de la hidroterapia o la electroterapia, al tratamiento de ciertas patologías mentales. También se valoraba al enfermo como persona, de manera que se les hacía participar en actividades lúdicas, como podían ser la formación del coro o la musicoterapia. Poco a poco había ganado prestigio como centro de salud mental a nivel europeo.

Durante la guerra se había reconvertido en hospital de sangre, donde acogían heridos del frente de Aragón. Aunque con graves problemas económicos, había podido subsistir y sobrellevar toda la carga de trabajo que requería un centro de esas características. La demanda de soldados para la guerra fue la causa de que algunos trabajadores, incluso médicos, tuvieran que incorporarse al Ejército, siendo sustituidos por otro personal, no siempre tan eficiente como el que había marchado. Posteriormente, la lucha en el frente, cada vez más próximo, convirtió la institución en Hospital Militar de Base del Ejército del Ebro. Ello provocó la evacuación de los enfermos mentales al centro psiquiátrico de Sant Boi de Llobregat para, posteriormente, trasladarlos al castillo de Montesquieu, en el Ripollés, especialmente aquellos que

presentaban un cuadro más pacífico y los crónicos.

A comienzos de año y ante el avance de las tropas franquistas, los heridos del hospital de sangre habían sido evacuados a centros de retaguardia, pero, al mismo tiempo, una gran cantidad de heridos provenientes de la batalla del Ebro no paraba de llegar. La noche del catorce al quince de enero salieron huyendo los últimos ocupantes, dejando abandonado el edificio que pasó a ser, en manos nacionales, «campo de concentración de prisioneros y presentados».

Los dos policías, perdidos cada uno de ellos en sus propios pensamientos, llegaron a la plaza de los Mártires, pues habían decidido dar una pequeña vuelta por Reus. «Resulta interesante conocer el lugar donde uno va a residir una temporada, especialmente si va en busca de uno o varios asesinos», pensó Carles. Observó una ciudad que intentaba funcionar, que intentaba vivir huyendo de un pasado de horror, sin ser del todo consciente de que este había llegado para instalarse. Junto a edificios que mantenían su apostura, tal era el ejemplo del cine Kursal, otros habían sucumbido bajo las bombas y mostraban unos daños difíciles de reparar. En algunos casos se había optado por derruir los restos y dejar el solar. Algunas familias, que habían marchado al campo para huir de la guerra y de los bombardeos, habían comprobado con sorpresa al volver que, de aquello que habían dejado, solo quedaban algunas paredes en pie, como si de un esqueleto se tratara.

—¡Malditas bombas! —exclamó Carles.

—Aunque de efectos desgraciados, son daños inevitables muchas veces —respondió un Ernesto que valoraba más los efectos de la pacificación.

—¿Está seguro que son inevitables? Yo creo que, a menudo, descargar bombas sobre la población indefensa es el

plan. Intentar aterrorizarlos y desmoralizarlos. Sin embargo, lo único que se consigue con ello es unir al pueblo contra el enemigo y crear redes de solidaridad. Pero lo terrible, lo realmente terrible, son aquellas vidas sesgadas que ya no podrán volver a reír, a correr, en definitiva, a vivir.

—Tenga en cuenta usted que, en Reus, establecieron la fábrica de aviones de Getafe y eso convirtió a la ciudad en objetivo de bombardeos.

—Cualquier excusa vale para lanzar bombas sobre la población indefensa —argumentó Carles elevando un poco el tono de voz, cosa que hizo que algún transeúnte se girara.

—No se haga mala sangre. Lo pasado necesita tiempo para cicatrizar. Cuanto antes podamos resolver los asesinatos, antes podrá usted comenzar una nueva vida.

—Para comenzar una nueva vida, uno ha de tener algunos objetivos en mente, algunas ilusiones, y las mías murieron en un bombardeo.

—Lo siento, no lo sabía —contestó un apesadumbrado Ernesto.

Estaban en esta discusión cuando llegaron a la plaza Prim, un lugar que había resistido con bastante empaque los bombardeos, aunque había algún edificio que mostraba heridas de guerra, como era el caso de Cal Vilanova, parte de cuyo tejado y fachada había volado. En medio de la plaza, ejercía su dominio una estatua del famoso general, héroe de mil y una batallas.

—Le presento al general Prim —anunció Carles—, ¿lo conocía?

—Creo que lo conozco más por su participación en la revolución del 1868 y por su muerte.

—Ahí lo tiene, un asesinato sin resolver. Eso es lo peor que nos podría pasar a nosotros.

—Por lo que sé, lo mataron los republicanos.

—¿Usted cree?

—Eso me dijeron.

—¿Y usted lo creyó, tal cual?

—No puedo ir dudando de todo lo que me dicen.

—Entonces, si un asesino le dice que es inocente, ¿usted lo creería sin dudar?

—Eso sería diferente.

—La historia y la investigación policíaca basan sus conclusiones en aquellos hechos y elementos que se puedan demostrar. No pueden basarse en meras hipótesis.

—Y, aun así, usted sabe quién mató a Prim, a pesar de que no se detuvo a nadie, si no me equivoco.

Carles sonrió, mirando a Ernesto con condescendencia, y comenzó su discurso.

—Mire. Yo estudié Historia y algunos cursos de Periodismo. En el periodismo, ante un suceso, se ha de responder seis cuestiones: ¿qué?, ¿quién?, ¿cómo?, ¿cuándo?, ¿dónde?, y ¿por qué? En el caso que nos ocupa, el asesinato del general Prim, hemos de tener en cuenta que era un gran y valiente militar, tres veces laureado con la Cruz de San Fernando, que es la mayor condecoración militar. El cómo y el dónde ocurrió el suceso lo sabemos; fue tiroteado en la calle del Turco. De allí fue llevado al palacio de Buenavista, donde falleció, según dicen, a los tres días. El momento tampoco nos es desconocido, solo que fue asesinado a finales de diciembre de 1870. El problema lo tenemos en el quién y el porqué.

—No es pequeño el problema.

—Según usted, el asesino fue un republicano, supongo que se refiere a Paúl y Angulo, al cual se señaló como el jefe de los que dispararon a Prim. Un hombre que llevaba el periódico *El Combate*. Era *trabucaire* y no dudó en batirse en

duelo con Felipe Duzcacal, de la Partida de la Porra, al cual le metió un tiro en la oreja. Por si no lo sabe, los de la Partida de la Porra eran grandes defensores de Prim y no dudaban en enfrentarse a sus enemigos a golpes. Desde la revista *El Combate*, lanzaba ataques furiosos contra Prim, llegando a decir que «había que matar a Prim como un perro». Por otra parte, desapareció de su domicilio horas antes del atentado contra el general y, después, huyó a Francia. La prensa de Madrid, tanto *El Progreso* como *El correo de Madrid*, lo acusaron y sus amigos republicanos lo evitaban.

—¿Todavía quiere más pruebas?

—En efecto. Todo ello es circunstancial. Ha de tener en cuenta que las acusaciones de la prensa tuvieron lugar cuando Paúl y Angulo, a la muerte de Serrano, acusó al mismo como autor intelectual del crimen. Estamos hablando de años después del crimen. Por eso, algo que nos puede ayudar a esclarecer un magnicidio de estas características es saber quién quería ver muerto a Prim.

Ernesto asistía al discurso con un interés cada vez mayor, dejándose llevar por las palabras de su compañero, con la curiosidad de ver hacia dónde le conducirían.

—Todo el mundo quería ver muerto a Prim —continuó Carles—. El duque de Montpensier, casado con la hermana de la reina, quería el trono. La reina, exiliada en Francia por culpa del general, quien había manifestado que los Borbones no volverían nunca, nunca y nunca. Los republicanos, quienes consideraban que el hecho de que el general quisiese poner de rey a Amadeo de Saboya no era otra cosa que una traición a los ideales de la revolución. Y por último…

—¿Hay más?

—En efecto, el verdadero asesino, el hombre que más se benefició con la muerte de Prim, el general Serrano.

—¿El general Serrano? ¿No fue compañero de Prim? ¿No hicieron juntos la revolución? ¿Qué motivo tendría para asesinarlo?

—¡La codicia! Él había ayudado al general Prim a ir ascendiendo en la carrera militar. En efecto, hicieron juntos la revolución del sesenta y ocho, pero él no era un republicano. A pesar de ser regente y disponer de una vida suntuosa, codiciaba el poder de Prim, ya que era quien mandaba en el país. A su muerte, corrió a ocupar los puestos de su excompañero. Por otro lado, no llevaba bien la popularidad del general ya que, incluso la batalla de Alcolea, una de sus victorias, el pueblo se la adjudicaba a Prim.

—Pero con esos datos no puede acusar a una persona.

—Hay más. Se había enriquecido con el tráfico de esclavos. Casado con su prima, una persona muy ambiciosa, desplumaron económicamente a la mujer de su hijo en París. Este hecho fue un escándalo y está constatado por la prensa francesa de la época. Había sido amante de la reina y tampoco dudó en echarla del país. Él era partidario del duque de Montpensier y ambos conspiraron para asesinar al molesto general. Era un regente sin poderes y ambicionaba el puesto y la popularidad de su compañero de revolución.

—Creo que, con esos datos, no se sostiene la acusación.

—Si una cosa tiene una investigación, tanto en la policía como en la historia, es que ha de estar basada en hechos contrastables. Los hechos son los siguientes: el general Prim es asesinado en la calle del Turco. Dicen que, todavía vivo, es llevado al palacio de Buenavista donde, supuestamente, se nos informa de que permanecía estable, que las heridas habían mejorado. Sorprendentemente, de forma casi inverosímil, empeoró y murió. Al parecer, sus amigos lo visitaron y pidieron, bajo mandato del de Reus, una recompensa nacional

para el duque de la Torre, general Serrano, que consistía en el título de alteza, una pensión vitalicia de 25 000 duros y la propiedad de la casa en que habitaba.

—Por su tono, veo que eso no le acaba de convencer.

—En absoluto. Una cortina de humo levantada por los poderes de la época para ocultar y proteger a los asesinos.

—¿Usted cree?

—Imagínese por un momento que el general está muerto o inconsciente tras el atentado. Una vez llevado a su residencia, al poco tiempo, se hace cargo el general Serrano. Dispondría de tres días para dictar órdenes en nombre de Prim, órdenes que le pudieran beneficiar a él. De hecho, todo magnicidio es una traición y no olvidemos quien se benefició a su muerte: Serrano ocupó los puestos del difunto y el rey restaurado, se casó con la hija de Montpensier.

—¿Y Paúl Angulo?

—Es probable que él fuera uno de los cabecillas ejecutores del general en la calle del Turco. Ha de saber que su diario estaba financiado por Montpensier; por lo tanto, los ataques dialécticos de Paúl Angulo a Prim beneficiaban directamente los intereses del duque.

—Me resulta asombroso que conozca todo esto de la muerte del general.

—Ya le dije que estudié Historia. Hice algún trabajo sobre el tema, pero en este caso surgen muchas sombras que hacen dudar de la versión oficial de los hechos. En primer lugar, el juez instructor no pudo entrar a verlo en los tres días en que, supuestamente, se estaba reponiendo del atentado. Resulta curioso que, quien ha de instruir el caso, no pueda hablar con el general y, en cambio, los políticos y amigos sí. En segundo lugar, los supuestos amigos del general, que pidieron la recompensa para el duque de la Torre, desaparecieron, no se

supo más de ellos. En tercer lugar, hubo testigos que vieron a los asesinos refugiarse en el palacio de Serrano tras los asesinatos. De hecho, ya en los primeros momentos hubo alguna revista satírica que lo señalaba como promotor del asesinato. En cuarto lugar, José Mª Pastor, ayudante de Serrano, ayudó a huir de la cárcel a uno de los imputados. En quinto lugar, Nandín, uno de los ayudantes del general, vio a otro grupo, presuntamente armado, apostado junto a una carreta aparcada en la calle Alcalá.

—¿Quiere decir que había otro grupo preparado para asesinarlo? —preguntó ahora fascinado Ernesto.

—Otro no, dos. Había otro dispositivo en la calle Barquillo y otro en Cedacera. Madrid era una trampa mortal para el general. Para ello, se habían contratado muchos asesinos a sueldo. El oro corrió aquellos días para pagar la muerte del general. Un oro que, supuestamente, tenía Montpensier. Él financió el asesinato y Serrano lo organizó.

—¿Por qué cree que fue Serrano y no otra persona, o el mismo Montpensier?

—Por lo siguiente: A partir del tiroteo, nadie volvió a ver al general en público. Fue tutelado por Serrano. Los últimos que le vieron fueron militares. Los partes médicos eran poco precisos, así como la autopsia que le hicieron. Por otro lado, se conocieron los nombres de los asesinos e incluso se les detuvo, pero, mediante maniobras obstruccionistas, se les dejó libres en la calle, incluso a los convictos confesos. El crimen, manipulado por la política, no llegó a la vista oral. Se cerró en falso la instrucción. Ese tipo de manipulación requiere ser llevada a término por alguien con mucho poder y muchos contactos. Ese alguien solo podía ser el mismo regente.

—Me deja asombrado. ¿Cómo sabe todo eso?

—Cuando uno hace una investigación en historia, de la

misma forma que en la policía, se ha de investigar a partir de las fuentes originales. No puedes creer simplemente lo que te dicen. Yo realicé un trabajo de investigación sobre la muerte del general Prim. Busqué la información, gracias a un amigo bien situado, en el sumario original y los medios de la época.

—Pues ahora el general Serrano dispone de una calle con su nombre en Madrid.

—Se debería llamar «calle del asesino de Prim», sería más acertado.

—Pues yo le aseguro que lo poco que sabía sobre el caso era lo que había leído.

—Recuerde esta máxima: «La historia la escriben los vencedores», los asesinos en este caso.

—Interesante.

—Veremos qué historia aprenderán los chicos de hoy, pues no dudo que se les intentará explicar una versión particular de la guerra.

Ante aquel comentario, Ernesto no dijo nada.

—De todas formas, dado el carácter del general asesinado, tan valiente y decidido, no me extrañaría que un día saliera de su tumba acusando a sus asesinos. ¿Todavía cree en la inocencia de Serrano?

—Lo que creo es que usted sería un buen fiscal en un juicio.

SAIDA

Octubre, 1920

Realmente, esta ciudad, es tan preciosa como nos habían dicho. El color azul ilumina sus calles. La gente, aunque no entusiasmada, se muestra respetuosa y temerosa. Nuestros hechos nos han precedido y no se atreven a incomodarnos. Espero que pronto nos podamos ver y celebrar esta victoria.

Tu amigo:
ALEJANDRO
CORTÉS

Martín acababa de leer el final de la carta que había recibido de Alejandro. Como le había prometido, le había hecho llegar información una vez tomada Xauen. El sanitario se había ido informando de la ofensiva a partir de los diarios que se recibían. Sabía que sus compañeros habían sido destinados a Tetuán. Desde allí se prepararon las operaciones, que consistían en llegar a Xauen con tres columnas para intentar cercarla desde tres sitios diferentes. Una columna

había partido desde Uad Lau, otra desde Alcazarquivir y, por último, la de sus amigos desde Ben Carrich, en las proximidades de Tetuán. A principios de octubre habían ocupado Dar Acoba y, a mediados, ya habían atravesado el Lau y ocupado las alturas que rodeaban la ciudad misteriosa. Finalmente, Berenguer entró en Xauen sin disparar un tiro. Y ahora sus antiguos compañeros disfrutaban de una ciudad que siempre había sido un misterio para los no musulmanes.

Dejó de leer la misiva y la guardó junto a su diario. Este iba engrosándose de datos e informaciones que narraban sus vivencias en el territorio. Cogió el botiquín, que tenía en su pequeña habitación individual, uno de sus privilegios aquí en Melilla. Comprobó que hubiera todo lo que necesitaba. Por la mañana había repuesto las gasas y las vendas porque sabía que las necesitaría. Con precaución, salió a la oscuridad de la noche. No le fue difícil salir del cuartel. Su régimen en el mismo era bastante flexible, dadas las características de su oficio.

Enseguida se adentró por el dédalo de callejuelas sucias, oscuras y estrechas donde toda precaución era poca, ya que el peligro podía rondar por cualquier lugar. La pobreza del lugar indicaba que cualquier ingreso sería, indudablemente, bien recibido y un militar solitario era un blanco fácil para unos posibles agresores. El poco dinero que llevara encima podía considerarse un bien a codiciar. Era suficiente para mitigar temporalmente la penosa situación de una familia.

Martí llevaba realizando aquel trayecto, de forma prácticamente diaria, las dos últimas semanas. Llevaba ese tiempo curando a Alfonso, un veterano de la campaña del 1909. Él sabía que Alfonso ya estaba prácticamente curado de las heridas que había sufrido y de los primeros síntomas de la infección. Unas buenas curas y desinfección de las mismas

propiciaron una pronta mejora que se hacía evidente con el paso del tiempo. Sin embargo, no era tanto por el veterano que acometía aquel paseo nocturno sino también por su hija, Saida. La primera vez que la vio, su corazón había dado un vuelco, literalmente. No sabía si ello era debido a su parecido con Clàudia, aunque era más morena y espontánea, o el cuidado y veneración que ponía en la vigilancia de la recuperación de su padre. Tal vez la causa estaba en la constante alegría que siempre parecía acompañar a la chica. El caso es que, a medida que pasaban los días, la presencia de Saida, una chiquilla que apenas debía de tener más de diecisiete años, se hacía más necesaria para Martí. El día que no estuvo ella, aquella sencilla habitación donde se alojaban le pareció más pequeña y asfixiante, triste y desvaída en color.

Por fin llegó al lugar previsto, donde le esperaba Miguel, un chiquillo de apenas siete años. De pelo rizado y ojos negros como el azabache, tenía la cara marcada por la viruela que, inclemente, le había dejado unas señales que no le abandonarían nunca. Sin embargo, el rostro del niño expresaba una viveza y alegría que lo hacían realmente hermoso a los ojos de los demás.

—Hola, Miguel —dijo en voz baja—. ¿Hoy bien?

—Hoy mejor, pero papá hace tonterías a veces y no se cuida bien.

—Vamos a verlo.

Y partieron los dos, Miguel delante y Martí detrás. El sanitario ya sabía cómo llegar a casa de Alfonso; sin embargo, el hecho de que Miguel esperara se había convertido en una especie de tradición y también en una medida de seguridad. El chico estaba acostumbrado a transitar por aquellos callejones y tenía conocimiento tanto de la gente que vivía allá como de posibles caminos de escape, en caso de problemas.

Martí sonrió y recordó la primera vez que Miguel lo llamara para curar a su padre. De hecho, ya lo conocía anteriormente. En cierta ocasión le había curado de unos golpes que había recibido tras una disputa con otros chiquillos. Sangraba de forma escandalosa por la frente, debido a un corte. Casualmente, el militar llevaba un botiquín encima, ya que venía de curar a un comandante en su casa. Esto era, últimamente, bastante habitual, ya que entre la oficialidad había corrido la voz de la buena preparación y el buen hacer del aspirante a médico y no era rara la semana que tenía que salir del cuartel para atender a algún enfermo de cierta categoría militar. Todo ello le reportaba beneficios que le permitían mantener una cierta autonomía y flexibilidad a pesar de la rigidez castrense.

En su día, Martí había curado las heridas de Miguel y, cuando lo había visto, en días posteriores, siempre le preguntaba:

—¿Cómo va tu herida?

—Bien, muy bien. Buen médico —le respondía con una sonrisa.

Por eso se extrañó un día, al atardecer, cuando se lo encontró a la salida del cuartel y el chiquillo se dirigió a él. Los militares de guardia le comentarían más tarde que llevaba allí varias horas.

—Buen médico, mi padre está malo.

—¿Qué dices? ¿Tu padre está mal?

—Muy malo. Mi padre está bastante mal. Tú vienes y curas.

—Espera, que cojo los medicamentos —respondió un Martí que veía a aquel niño, por primera vez, manifestando una gran preocupación.

Sin pensárselo dos veces, cogió el botiquín y siguió a

Miguel por aquel laberinto de callejones. Una figura cubierta por un velo les esperaba junto a unas escaleras bajo una luz de poca intensidad que salía por una ventana. Por un momento, el sanitario temió una emboscada y pensó que había sido un idiota al confiar en exceso en el chiquillo. Sin embargo, sus dudas se desvanecieron cuando la figura se destapó parcialmente la cara y unos ojos intensos lo observaron con agradecimiento. Con una voz melodiosa le dijo:

—¡Gracias por venir!

Era la primera vez que veía a Saida, quien le regaló una sonrisa que iluminó la oscuridad. Sin embargo, observó que en sus ojos latía una grave preocupación. La muchacha se puso a la cabeza de la singular expedición y les hizo entrar en un vetusto y desgarbado edificio apenas iluminado. Una vez dentro, siguieron por un estrecho pasillo a cuyos lados había varias puertas. Llegaron a un patio interior alrededor del cual había varias entradas. Abrió una de ellas y Martí pudo llegar al que era, en aquel momento, el hogar de Alfonso y sus dos hijos.

Vio que el hogar consistía en una única estancia de tamaño medio, iluminada por un candil. En uno de sus lados había un jergón sobre el que yacía un hombre que deliraba y respiraba de manera fatigosa. Su aspecto era bastante descuidado. Tenía pelo y barba gris. Una camisa abierta cubría su torso. En él se podían ver algunas heridas que parecían de navaja. Haciéndose cargo de la situación dijo:

—Más luz, necesito más luz.

Saida encendió un par de velas que pusieron cerca del camastro. Retiró la sábana que cubría las piernas del herido y observó una herida de bala que tenía en el muslo. Le pareció que esta estaba sin curar y era la causante de la infección.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Unos hombres atacaron a mi padre —contestó la muchacha.

—¿Nadie le ha curado?

—Aquí no hay médicos, solo curanderos. Mi padre nunca quiso curanderos. Decía que solo eran buenos para curar camellos. Miguel dice que tú eres buen médico.

—Ya veo —comentó mientras miraba las heridas—. ¡Acercadme algo de agua!

Al parecer ya la tenían preparada, pues Miguel acercó una palangana con agua.

—Creo que la bala está dentro. No veo orificio de salida —comentaba Martí, acercando una vela al enfermo para tener más luz—. ¡Miguel!

—¿Sí, *buendoctor*? —Parecía que ya lo habían bautizado.

—Aguanta así la vela para que pueda ver.

Las dos horas siguientes las pasó sacando la bala, curando y desinfectando la herida, así como haciendo las curas necesarias a las otras lesiones, aunque ninguna de ellas era necesariamente mortal. Los chicos ejercieron de colaboradores, con un interés que hubiera despertado envidia en cualquier hospital.

Cuando le pareció que la situación estaba controlada y el enfermo estabilizado les dijo.

—Bien, ahora está fuera de peligro, pero deberéis ir cambiando las gasas y haciendo las curas hasta que vuestro padre se recupere del todo.

—¿Vendrás mañana, *buendoctor*? —preguntó Saida, con una sonrisa agradecida y mirándole de una manera que hacía imposible cualquier negación.

—Martí, mi nombre es Martí.

Y no supo decir que no.

Siguió yendo a aquel edificio durante los días siguientes,

siempre siguiendo el mismo protocolo. El sanitario deseaba ver a Saida. Tras aquellos ojos luminosos, percibía una gran ilusión y unas enormes ganas de vivir. Después de realizar las curas, era cosido a preguntas por los dos muchachos. Las ganas de saber cómo era el mundo que había abandonado, qué condiciones de vida había tenido y, en fin, cómo había llegado a parar allí, impulsaba a los chicos a realizar un verdadero interrogatorio.

Ahora ya habían pasado dos semanas y Alfonso se había recuperado prácticamente del todo. Las visitas las aprovechaba para observar la evolución del enfermo mientras este le explicaba antiguas batallas.

—Sí, muchacho. Para batallas las de antes. Ahora se limitan a esconderse detrás de una chumbera y a pegar dos tiros y salir corriendo. ¿Te dije que estuve en el combate de Taxdir? —Evidentemente que se lo había comentado—. Recuerdo cómo entró la caballería en el poblado poniendo en fuga al enemigo, pero aquellos diablos disparaban desde el Hidum. Atacaron Tamsyut porque querían capturar los cañones. ¡Los muy puñeteros! Tuvimos que pelearnos y tomar las posiciones a bayoneta calada. ¡Aquello fue tremendo! Después de varias horas de lucha, teníamos que municionar. Ese era un momento peligroso porque el enemigo te podía hacer daño de verdad. Los rifeños atacaron a los de Tarifa, que tenían que cubrir nuestro hueco. Cuando todo presagiaba que aquello acabaría en derrota, pasó algo alucinante. Vimos una nube de polvo que avanzaba hacia los moros. Observamos que era la caballería. Los moros huyeron. Lo más sorprendente es que la caballería constaba de sesenta y cinco jinetes al mando del teniente coronel Cavalcanti. ¡Era para verlos! Sesenta y cinco hombres haciendo huir a mil quinientos. Lo más sorprendente es que todavía hicieron dos

cargas más, desconcertando a los rifeños. Finalmente, estos, dándose cuenta de la inferioridad numérica del rival, se rehicieron y quisieron hostigarlos. Fue entonces cuando llegó una compañía de Tarifa quien, atacando con arma blanca, hizo retroceder al enemigo. ¡Muchacho! ¡Si no lo veo, no lo creo!

Aquel día realizó la que consideraba como una de las últimas curas. No sabía qué hacer para alargar las visitas y poder ver a Saida. Ese día, tras la revisión de rigor y el preceptivo té, que acostumbraban a tomar tras la misma, Alfonso le dijo.

—Martí, no sé cómo pagarte lo que has hecho por mí.

—No se preocupe, Alfonso. Era mi deber y, además, lo hice con mucho gusto.

—Ha sido una suerte que los muchachos te encontraran, pues no quisiera imaginar qué hubiera sido de ellos si no me llego a recuperar.

—Son dos chicos estupendos.

—En efecto. Al chico le puse el nombre de Miguel, por mi padre, y Saida lleva el nombre de su madre.

—Un nombre precioso.

—Igual que lo era su madre. ¡Un verdadero encanto! Parece que los chicos se han encariñado contigo. No me extraña, pero debo decirte que pronto tendremos que marchar.

—¿Marchar? ¿Y eso? —preguntó un angustiado Martí, que veía desaparecer repentinamente el motivo de alegría de aquellos días.

—Verás. Esta no es nuestra vivienda. Aquí vinimos a despedirnos de la familia de mi mujer. Mi mujer era rifeña, pero vivíamos en la Yebala, cerca de Xauen. Allí tenemos una pequeña casa, con tierras. Ella murió hace cinco meses y quise

comunicárselo a su familia. Ahora ya no tenemos nada que hacer aquí y marcharemos a nuestra casa.

—¿No le gustaría ir a España? —preguntó con un nudo en la garganta.

—Cuando vine a África, voluntario, no dejé nada detrás de mí; por lo tanto, nada ni nadie tengo que me espere en España. Luego conocí a Saida. Solamente de una preciosidad como ella pudieron salir estos hijos tan hermosos. —Martí no podía estar más de acuerdo—. Aunque su familia es de esta zona, las circunstancias y mis destinos en el Ejército nos arrastraron hacia otros lugares. Hace unos años, cuando me hirieron en el costado, me dieron de baja de la tropa y con la paga nos compramos la pequeña casa que tenemos. Es por eso que tenemos que irnos antes de que se nos eche encima el invierno.

Ni que decir tiene que aquello llenó de tristeza a Martí.

—¿Te he contado alguna vez como conquistamos el Gurugú?

Dos horas más tarde, un deprimido Martí salía del laberinto de pasillos. Cuando estaba fuera, oyó unos acelerados pasos que le seguían. Se puso en estado de alerta.

—¡Martí! ¡Martí! —Oía unos susurros en la oscuridad que reconoció inmediatamente en la voz de Saida.

—¡Saida! —dijo cuando la vio salir del edificio—. Me ha dicho tu padre que os marcháis.

—¡Martí! Yo… —dijo ella cogiéndole la mano. Él sintió un calambre como si de una corriente eléctrica se tratara.

—Saida.

Se besaron y se abrazaron con una intensidad como si el mundo hubiera de acabarse en aquel momento. En cierta manera, así era para ellos dos. Unas lágrimas rodaban por la mejilla de ella. Los dos habían aprendido que la vida estaba

llena de pequeños momentos de felicidad y de largos periodos de espacios rutinarios y amargos.

—¡Martí! —Su voz fue un susurro.

—Todavía volveré. No te preocupes.

Fue dura la despedida. Se hicieron promesas difíciles de cumplir, pero Martí era consciente de que cada uno seguiría su camino, de que se les planteaba una bifurcación en la cual difícilmente se volverían a ver. En su interior, volvió a revivir la separación de Clàudia. Los sentimientos le ahogaban con una fuerza que creía haber dominado antaño y que se había prometido a sí mismo enterrar, pero las emociones son caprichosas y no quieren verse sujetas a la fría lógica.

Caminaba por las callejuelas totalmente absorto en sus cavilaciones. Por ello no pudo ver, hasta que no fue demasiado tarde, la figura de un viejo con un turbante blanco, de no más de un metro cincuenta, con unos ojos que echaban chispas y con una gumía en una de sus manos. Martí reconoció en ese hombre a aquel que le describiera Alejandro hacía unos meses. Antes de poder decir nada, observó unos movimientos detrás de él. De entre las sombras salieron otros dos hombres que, indudablemente, eran cómplices del anciano. Ante la angustiosa situación y desesperado, intentó buscar otra salida, pero no había ninguna.

Los dos hombres sacaron sendas navajas y se lanzaron sobre él.

UN ENCUENTRO FAMILIAR

Junio, 1939

—¿Otra vez? —protestó Eusebio—. ¡Pero si ya lo he explicado dos veces!

—¡Pues que sean tres! —apostilló Carles.

Eusebio lanzó una mirada asesina a Carles. Ya estaba cansado de contar la misma historia y, además, estaba agotado. Había llegado sobre las cinco de la mañana de hacer unos negocios con un sargento de infantería, destacado en los cuarteles de la avenida de los Mártires. Había conseguido colocarle veinte litros de vino que le habían traído de Falset a buen precio. La verdad es que el vino no era de Falset y tampoco había veinte litros, pues había tenido que completarlos con agua. Pero, en fin, esos eran gajes del oficio.

—Yo iba caminando junto al capitán Pedro García y veníamos de Reus. Habíamos visitado un local situado cerca de la plaza España en que vendían…

—¡Al grano! —Apretó Ernesto, que ya se estaba cansando de aquel individuo—. Desde el momento en que iban por el paseo de la Boca de la Mina.

—¡Ah, sí! ¡Claro! Cuando ya íbamos por la Boca de la Mina, camino del campo de concentración, noté que me caía

Podría volver a explicar el suceso desde su inicio?

al suelo. Supuse que de un golpe.

—¿No notó el golpe? —preguntó sorprendido Carles.

—¿El golpe? No, al principio no. Más tarde me di cuenta de que me dolía la cabeza y de que no podía moverme.

—Pero no perdió el conocimiento totalmente, ¿verdad? —preguntó Carles, que ya había leído el informe.

—La verdad es que no. Pude abrir un poco los ojos, intentando que aquel individuo no se diera cuenta, por eso pude verlo.

—¿Qué fue exactamente lo que vio? —inquirió Ernesto.

—Vi que el capitán había caído a mi lado. Luego deduje que también había recibido un golpe.

—Buena deducción —dijo con sorna Carles.

Eusebio se lo quedó mirando, pero continuó la explicación.

—Entonces vi al sujeto.

—¿Un solo individuo? —preguntó Ernesto.

—Sí, uno solo, pero no sabría decir exactamente cómo era, pues parecía alto, pero sin embargo caminaba como agachado, como si fuera un animal. Parecía oler al capitán. La verdad es que tuve mucho miedo, ya que no parecía humano. Después se dirigió hacia mí y me miró.

—¿De qué color tenía los ojos?

—No lo sé. La sombra de algo parecido a un gorro le cubría los ojos.

—¿Y vio que le miraba?

—Hay cosas que no hace falta verlas. Se giró hacia mí y presentí que me miraba. Creo que hasta se dio cuenta de que no estaba desmayado.

—¿Y qué hizo el individuo?

—Se acercó hacia mí y creo que me llegó a tocar y todo. Como no me moví, se volvió otra vez hacia el capitán y se lo

llevó arrastrando.

—¿Y usted qué hizo después?

—Creo que perdí el conocimiento.

—¿Podría decir qué ropa llevaba el individuo?

—A pesar de que había luna, estaba bastante oscuro. Yo diría que llevaba una capa y botas, creo que llevaba botas.

—¿Tenía familia el capitán? —preguntó de repente Carles.

—Creo que tenía una mujer.

—¿Cree?

—Sí, porque él no hablaba casi de ella. Hablaba más de la otra.

—¿La otra?

—Tenía una querida en Tarragona. La iba a visitar un par de veces a la semana.

—¿Sabe su dirección?

—Sí, porque una vez tuve que llevarle una estufa que me pidió el capitán. Vive cerca de la plaza de toros.

—Eusebio. Quiero que sepa —anunció Ernesto, con la formalidad debida— que queda a disposición de la investigación. Es posible que lo volvamos a llamar en otra ocasión. Por otra parte, si recuerda algo más, debe decírnoslo de manera inmediata.

—Sí, señor —respondió precipitadamente el cabo, saliendo raudo de la sala.

Tras el interrogatorio principal que, aparentemente, no aportaba gran cosa a lo que ya sabían, comenzó el interrogatorio a otros compañeros del capitán asesinado, siguiendo una lista que había elaborado el propio capitán Aros. Tras toda una mañana de interrogatorios, se pudieron hacer una imagen de la personalidad del mismo.

—O sea, se han cargado a un sujeto egoísta, prepotente

con los inferiores, chulesco, juerguista, alcohólico, pendenciero, violento cuando bebe y poco dado a mantener sus promesas —resumió Carles, verbalizando aspectos que habían ido saliendo en las diferentes entrevistas con compañeros del capitán—. ¡Casi tendremos que agradecer que se lo hayan cargado!

—¡Carles! —riñó Ernesto—. No es nuestro deber juzgar a ese individuo sino capturar a su asesino. Sin olvidar que es un oficial del ejército.

—Un oficial que dispone de centenares de prisioneros para martirizarlos y abusar de su condición.

—¡Recuerda que eso no te incumbe determinarlo a ti! —le amonestó Ernesto, alzando la voz.

—Yo te diré lo que me incumbe. —Carles también alzó la voz—. En sitios como este se tortura y se humilla a los prisioneros. Son maltratados por sujetos como ese que han matado, sujetos acomplejados y cobardes que se esconden tras sus galones para pisar y maltratar a los demás. Todo con tal de conseguir que el individuo con el que tratan quede a un nivel inferior al suyo. Pero, de la misma manera que son cobardes y acomplejados —repitió Carles—, son rastreros y complacientes con sus superiores. Ese es el capitán Pedro García Cifuentes.

—¡Ya está bien! ¡No toleraré que me vengas con tus valoraciones morales! ¿Acaso te piensas que entre los republicanos todos son santos varones?

—No, claro que no —respondió Carles tras un breve silencio, bajando la voz. Él había sido testigo de barbaridades realizadas por personas próximas al ideal republicano-anarquista que no había compartido, llegando incluso al enfrentamiento con ellas tanto verbal cómo físico.

—Creo que será mejor que salgamos —concluyó Ernesto

—. Ya hemos trabajado bastante por hoy. Tenemos que resumir los interrogatorios y completar informaciones.

Salieron del espacio que tenían destinado a oficinas acompañado del capitán Aros quien, sorprendido y desconcertado, había llegado a escuchar parte de la conversación, sobre todo la que había tenido lugar a gritos. Intentaba gestionar aquella información, mientras los acompañaba hacia el exterior, un tanto intrigado por la peculiar pareja. «Intentaré investigar de qué va esto», pensó. Cuando se aproximaban a la puerta de salida del improvisado campo de concentración, una voz se dejó oír.

—¡Carles! ¡Carles!

Carles se giró rápidamente hacia el origen de aquella voz, que reconoció al momento. Pudo ver al hombre que gritaba ya que, además, hacía gestos con la mano para saludarlo mientras se abría paso entre otros prisioneros que asistían curiosos al fortuito encuentro. Se trataba de su cuñado Enric, del cual hacía meses que no sabía nada.

—¡Enric! —gritó, dirigiéndose hacia aquel hombre, que le hacía recordar, de forma abrupta, su pasado.

Los dos hombres sé dieron un abrazo ante la atónita mirada de los vigilantes y de los presos. Las dudas se multiplicaron en el capitán Arós, quien preguntó a Ernesto:

—Su compañero, ¿quién es? ¿Es de fiar?

—Es un policía —contestó el aludido.

Carles volvió sobre sus pasos con su cuñado y le comentó a Ernesto.

—Le presento a mi cuñado, Enric. Necesitaría hablar con él a solas.

—Dispone de un cuarto de hora —sentenció Ernesto, viéndose incapaz de cortar aquella reunión.

Volvieron al despacho que habían utilizado como sala de

interrogatorio, donde pudieron hablar sin trabas finalmente. Carles observó la gran delgadez que presentaba su cuñado. Unos pómulos marcados y unos ojos hundidos daban cuenta de la penosa situación en que se encontraba, una situación muy familiar para el policía. La ropa, andrajosa, prácticamente se caía a trozos. Presentaba múltiples magulladuras tanto en las manos como en el rostro. Por último, todo cuanto disponía para calzarse eran unas raídas alpargatas.

—¡Dios mío! ¡Vaya aspecto!

—Pues el tuyo no le va a la zaga —le contestó—. Aunque vayas vestido tan elegante.

—A pesar de que exteriormente luzca de otra manera, la verdad es que interiormente estoy destrozado.

Carles pasó a relatar a Enric los últimos acontecimientos. También le informó del fallecimiento de su hermana. Los dos se consolaron mutuamente y se abrazaron. Sin embargo, su cuñado le hizo observar con cierta extrañeza:

—Lo que no entiendo es que tú, una persona republicana, de izquierdas básicamente, con un padre anarquista, esté colaborando con los fascistas. Creí que antes morirías que hacer una cosa así.

Carles sacó la biblia, que llevaba encima, y le comentó.

—Ya lo hice. Ya fui fusilado por ello. Sin embargo, creo que allá arriba no me esperaban todavía y me dieron una segunda oportunidad, oportunidad que aprovecharé para ayudar a la familia e intentar encontrar a mi madre. Hace meses que no sé nada de ella. Por eso intentaré sacarte de aquí.

—No he podido ponerme en contacto con Elvira. Mi mujer no sabe todavía que estoy aquí.

—Veré que puedo hacer. No te preocupes, te sacaré.

—¡Ojalá! A menudo hacen juicios sumarísimos. Ya son

varios los fusilados. Además, lo hacen para atemorizar al resto, los muy cabrones. Pero ¿por qué has venido al Pere Mata?

—Estamos investigando el asesinato del capitán Pedro García Cifuentes.

—Algo oí. Dijeron que lo habían secuestrado, era un mal bicho.

Carles le relató todo lo relacionado con el caso y de qué manera se vio implicado en su resolución. Le explicó que, al parecer, el capitán Ernesto Delgado, también policía de profesión, había oído hablar de él y había solicitado su libertad para que le ayudara en el caso.

—¿Y no te resulta un tanto extraño que, de repente, un capitán del que no has oído hablar nunca, pida tu libertad aludiendo que necesita tu ayuda? ¿Crees que no hay buenos policías en el otro bando?

—La verdad es que me extrañó, pero es una oportunidad que me ha salido y, cuando lo crea conveniente, desapareceré del mapa. Lo que pasa es que ahora no me interesa, pues apenas hace unos días que estoy en libertad y no conozco cómo está la situación todavía.

—Carles, ¿podrías decirle a Elvira que estoy aquí? El otro día me tomaron declaración. Ignoro qué tienen pensado hacer.

—Ya se lo preguntaré a Ernesto. Verás cómo te saco de aquí.

—Para ello se necesitan avales. No es tan fácil.

—Nosotros tenemos el aval del capitán general de Cataluña.

Horas más tarde, tenía lugar una discusión en el hogar de los policías.

—¡Carles! No puedo ir sacando a todo el mundo de la cárcel.

—No se trata de todo el mundo. ¡Es mi cuñado! ¿Quién dará de comer a sus hijos si él no vuelve?

—Pero… ¡Él se metió en la guerra! Tiene que asumir sus consecuencias.

—¿Sus consecuencias? ¿La de evitar que unos generales frustrados y amargados intenten fastidiar el país como finalmente han hecho? ¿Qué culpa tiene él de eso?

—No puedo ayudarte.

—Mira Ernesto. Seguramente necesita un aval. Él no fue voluntario al Ejército, lo reclutaron. Eso tiene que contar. Además, tenemos el documento firmado por el capitán general.

—¡Pero no está para eso!

—Seguramente si fuera para un familiar tuyo sí que lo intentarías. Si no es así, no cuentes conmigo para el caso —alzó la voz Carles.

—¿Qué dices? ¿Después de que te he salvado la vida y he dado la cara por ti?

—No pedí que lo hicieras. —Carles no pensaba dejarse dominar por el tono de voz de Ernesto, igualando la entonación—. Además, ya fui fusilado.

—Pero allí te hubieran rematado. No podemos estar continuamente negociando si continuarás en la investigación o no.

—Continuamente no, pero si sacas a mi cuñado, te prometo que te ayudaré a resolver el caso.

—¿No pensabas hacerlo?

—Pensaba escaparme —comentó irónico Carles.

Ernesto meditó durante unos momentos sobre lo que acababan de hablar y dijo finalmente:

—De acuerdo. Intentaré ayudarte con la condición de que me ayudes a resolver el caso. Me deberás una. Pero, si tu cuñado ha cometido algún delito, ni yo ni nadie le podrá salvar.

CLASIFICACIONES

Junio, 1939

—¿Qué quiere decir que no es tan fácil? —preguntó Ernesto al capitán Ros, quien ya se maldecía por la mala suerte de encontrarse con aquellos individuos sin que estuviera el comandante de campo.

—Verá, no se puede soltar un prisionero así como así. Para ello se necesitan avales.

—¿Le parece poco aval el del capitán general de Cataluña?

—Intentaré explicarle cómo funciona esto —dijo en plan didáctico el capitán—. Estos campos están creados para estudiar y clasificar a los prisioneros.

—¿Clasificar?

—Sí, verá. En primer lugar, están los prisioneros catalogados con una A.

—¿Una A? —preguntaba cada vez más desconcertado Ernesto, pues conocía por propia experiencia los campos de concentración, pero ignoraba el tema de clasificaciones.

—Sí, los que están catalogados con una A son aquellos que pueden justificar ser adictos al movimiento o, al menos, no hostiles. Después, los catalogados con una B. Este grupo está formado por prisioneros que fueron de manera voluntaria con los republicanos, pero no tienen responsabilidad social o

política.

En el grupo C se hallan los oficiales del ejército enemigo, aquellos que han presentado hostilidad hacia las tropas nacionales. También se hallan aquí los dirigentes y destacados en partidos y organizaciones, contrarios a los intereses de la patria.

—¿Hay más?

—Sí, los catalogados con la letra D. En este caso hablamos de delincuentes comunes.

—Supongo que el trato es diferente según la clasificación en que se halle el sujeto.

—Así es. En los dos últimos casos, los individuos pasan a las Auditorías de Guerra.

—¿Y en qué categoría se halla clasificado Enric Queralt?

—El prisionero Enrique Queralt se halla clasificado en el grupo «A dudoso».

—¿A dudoso? ¿Qué quiere decir eso?

—En principio está claro que no forma parte de los grupos C y D, al menos que sepamos. Parece ser que fue reclutado de manera forzosa por los republicanos. Pero, hasta el momento, no conocemos otras informaciones del sujeto. Tampoco tiene avales y eso hace que oscile entre el grupo A y B.

—Bien, yo le estoy presentando los avales.

—No es tan sencillo, ya que yo ahora he de realizar un acta dirigida al auditor de guerra que corresponda y será él quien dictamine la situación final del prisionero.

—¿Cuál sería esta situación? —preguntó Ernesto, contento de no haber traído hasta aquí a Carles para evitar un altercado similar al del día anterior. Lo había dejado a la entrada del Pere Mata tras el compromiso de que él hablaría con el capitán.

—La resolución del caso puede implicar la libertad, el

reclutamiento, la continuación del internamiento o la prisión.

—Quiero que envíe el acta de forma inmediata y que, cuanto antes, me dé una respuesta que espero positiva. ¿De acuerdo?

—Como diga.

—Por cierto, ¿dónde está el comandante del campo? Hasta el momento no lo hemos visto.

—Ha ido a Barcelona para preparar la visita a Tarragona del nuevo capitán general.

—¿Se refiere al teniente general Luis Orgaz? —preguntó Ernesto, recordando su entrevista con el mismo.

—En efecto. Al parecer, ha sustituido a Eliseo Álvarez. Supongo que estarán aclarando temas relativos a los prisioneros.

—O a los asesinados —sentenció Ernesto, dando por finalizada la entrevista.

Cuando Ernesto salió de su oficina, el capitán Aros mandó llamar a Eusebio. Aquel asunto y la prepotencia de aquellos dos militares ya le habían cansado. Veía que allí había alguna cosa poco clara y quería saber qué era. Al poco rato apareció el cabo despotricando antes de comenzar a hablar.

—Me cago en la leche…

—¡Eusebio!

—Sí, señor —respondió irónicamente—. ¿Qué pasa ahora?

—¡Escucha y calla! —Observó que, ante el tono, el cabo afinó el oído—. Tú ya has visto esos dos sujetos que han venido a fastidiarnos.

—¡Y que lo diga! ¡Vaya par de tarugos!

—Quiero que hagas una cosa —le dijo el capitán,

obviando el comentario.

—¡Lo que diga, señor! —Eusebio sabía que los favores, con el tiempo, se los encontraba multiplicados.

—Quiero que investigues, de manera discreta, a esos individuos. Quiero saber quiénes son, quién les protege, pero, sobre todo, quiero saber quién es ese tal Carles Gil. A mí me da mala espina.

—No se preocupe señor. Si hay algo, yo lo encontraré. Claro que… para ello tendré que disponer de más permisos. Así podré investigar a fondo.

—Los tendrás. Pero quiero resultados. No acabo de tener claro si son lo que ellos dicen.

En aquel momento, Carles se hallaba paseando por el recinto del Pere Mata, concretamente por la Colonia Agrícola, hablando con Hermenegild, responsable de la misma.

—La verdad es que intentamos ponerla en orden. Tras la guerra, estaba todo hecho un desastre.

—¿Usted no pudo cuidarse de la huerta?

—No. La guerra me pilló en Mallorca. Fuimos de visita a casa de la familia de mi mujer. Hasta el fin de la misma no pudimos venir y, la verdad, todo estaba un poco abandonado.

—Así, no pudo usted saber si hubo algún acontecimiento extraño o violento durante esos años.

—Yo lo que sé es lo que sabe todo el mundo. Que aquí mataron al capellán mosén Ramón Dalmau, un buen hombre.

—¿Lo mataron gente de aquí?

—No. Aquí la gente lo apreciaba mucho. Por lo que sé, el doctor Abelló le propuso marcharse para salvar su vida, pero el mosén no quiso pues dijo que él no había hecho mal a nadie.

Una noche llegaron milicianos de fuera y se lo llevaron. Su cuerpo apareció en una cuneta en la carretera de Salou.

Poca cosa más pudo aportar el buen hombre, pero Carles no acababa de ver ninguna relación entre el asesinato del capellán y del capitán. Mientras que el segundo parecía un suceso de venganza, realizado no se sabe bien por quién, el primero le parecía un acto de barbarie, como tantos otros que tuvieron lugar al comienzo de la guerra. Uno de los focos hacia el cual se dirigía el odio republicano fue la Iglesia en su conjunto. Ello se manifestó en la quema de edificios e imágenes religiosas. En menor medida, pero no por ello menos importante, también tuvo lugar el asesinato de religiosos por milicianos exaltados. Él recordaba, pues lo vivió en la Barcelona del treinta y seis, cómo se acentuaban estos ataques cuando llegaban noticias estremecedoras de las barbaridades realizadas por los nacionales a medida que iban avanzando en su camino de conquista y destrucción. Franco ya lo había anunciado: «Si era necesario exterminar a la mitad de la población para ganar la guerra, así se haría». Y por lo que le parecía al republicano, así lo estaba haciendo.

Decidió esperar a Ernesto fuera del edificio, junto a Hamed. De lejos observó al moro, que estaba dentro del coche. Ya debía de pasar los cuarenta. Su pelo, un tanto engominado, mantenía unos rizos rebeldes y unas incipientes canas. Por su aspecto diríase que quería parecerse a los oficiales españoles. La ropa militar le confería un cierto aire de importancia. Carles supuso que en aquel disfraz encontraba su espacio de seguridad el musulmán.

Sin embargo, había algo en aquel individuo que no le convencía. En el poco tiempo que llevaban juntos había observado en él una actitud servicial, como seguramente le habían ordenado. Pero, en momentos en que no se sabía

vigilado, Carles había creído ver en él un cierto poso de ensimismamiento, casi diría de amargura, que contrastaba con la apariencia que quería dar a los demás. Supuso que cada uno llevaba dentro su propio infierno.

Vio salir a su compañero, quien le anunció que el procedimiento para liberar a Enric ya estaba en marcha. Subieron al coche y volvieron a la casa donde les esperaba Benita con un plato de judías estofadas y patatas condimentadas con pimiento, ajo y cebolla. El olor se esparcía por toda la vivienda.

—¡Dios mío! ¡Esto es el paraíso! —exclamó Carles.

—¡Qué *exagerao*! Como se nota que tiene *usté* hambre —contestó Benita, sonriente ante el halago.

Hacía meses que apenas había hecho un par de comidas decentes y el hecho de poder comer de aquella manera, sabiendo de las dificultades que había para conseguir los alimentos, sorprendía a Carles. Sospechaba que, en la misión de Ernesto, se incluía una generosa cantidad para dispendio de los policías.

—¡Madre mía! —exclamó Benita.

—¿Qué pasa? —preguntó Carles, mientras Hamed y Ernesto se giraban para ver cuál había sido la causa que había producido aquella expresión.

—*Tié usté* los bajos de los pantalones hechos *polvico*. Después de comer se los arreglaré.

—¿También sabe usted coser?

—En una sastrería trabajaba yo, en la calle Alhóndiga, en el centro de *Grand*. Anda que no arreglaba bien la ropa de la gente.

—¿Y cómo es que vino aquí? —preguntó intrigado Carles, mientras los demás se iban sentando a la mesa para comer.

—Las cosas se pusieron *complicas* allí. Cerraron el negocio

porque la gente dejó de venir y don Enrique…

—¿Don Enrique?

—Sí, el dueño de la sastrería… Decían que era rojo, pero a mí nunca me lo pareció. La gente decía que no iba nunca a misa y cosas de esas.

—¿Y qué pasó? —Ahora todo el interés de los comensales estaba centrado en Benita que, de pie, recordaba los sucesos.

—Un día fui a trabajar y encontré la sastrería cerrada. Era raro, pues don Enrique siempre estaba allí. A veces hasta parecía que durmiera y todo. Fueras a la hora que fueras, el hombre te abría la puerta, siempre amable, siempre con una sonrisa. —Una lágrima rodó por la mejilla de Benita—. Me encontré con Diego, uno de los trabajadores. Me contó que *s'habían llevao* a don Enrique, que s'*habían denunciao* por rojo y traidor. Un grupo de falangistas *acompañao* de guardias civiles se lo habían *llevao* y *l'habían fusilao* en un barranco a la salida de Granada, en la carretera de Guadix.

—Supongo que esa es la justicia franquista —dijo Carles mirando a Ernesto que, en silencio, se servía el plato—. ¿Y qué pasó después?

—El negocio se lo quedó Daniel Torres, otro de los sastres de Granada.

—¿Y este no era rojo?

—¡Qué va! Este estaba bien *relacionao* con los ricos y gentes de dinero. A partir del dieciocho de julio, iba siempre con el uniforme azul de la Falange. Me dijo Diego que fue él quien denunció a Enrique.

—La envidia es muy mala.

—Cuando se hizo cargo de la tienda, no quiso saber *ná* de los trabajadores. Como Heliodoro, Heliodoro es mi *mano*, tenía amistades en Cataluña, me dijo: «Vamos, nena, que esto se está poniendo malo y yo sé de un sitio donde vamos a estar

tranquilos». Entonces nos vinimos a Reus.

—¿A Reus? —siguió preguntando Carles, intrigado por el desenlace de la situación.

—Sí, vinimos a cuidar unas tierras *d'un* señor amigo de Heliodoro. Las labramos y las mantenemos. Allí tenemos una casilla y estamos más tranquilos. La verdad es que vivimos tranquilos en las afueras porque la ciudad era peligrosa.

—¿Peligrosa?

—Sí, por las bombas. Madre mía que *cantidá* de bombas. Pobres criaturas que veían las casas *destrozás*. Algunos marchaban al campo y cuando volvían, ya no tenían *ná*, ni casa…

—Creo que ya es hora de comer —atajó Ernesto, que había permanecido callado hasta el momento.

—Sí, claro —comentó Benita—. Creo que es hora de que me marche. Luego le arreglaré la ropa.

NUEVAS AMISTADES

Octubre, 1920

Martí vio que la situación era muy comprometida y angustiosa. Resultaba imposible dar explicaciones a aquellos individuos, pues no parecían dispuestos a escuchar. Ellos ya habían manifestado sus intenciones mostrando las armas. Él no iba armado y, además, debía reconocer que no era muy buen luchador. De hecho, en su vida, apenas se había tenido que enfrentar a nadie en una pelea.

Intentó observar a los tres sujetos para que no le pillaran desprevenido. Tal como él lo veía, el punto más débil lo constituía el anciano, así que por allí debía plantear la vía de escape. Uno de los individuos que habían aparecido, el más alto, lanzó el primer ataque dispuesto a atravesarle con la navaja. Martí se echó hacia atrás haciéndole perder un tanto el equilibrio, pero el golpe que se disponía a asestar dio en el aire. Aprovechó para darle una patada en la pierna, cosa que hizo caer a su atacante.

Apenas tuvo opción de reaccionar cuando ya el otro sujeto se le echaba encima. Tuvo el tiempo justo de cogerle la mano que esgrimía la navaja, intentando aguantar el embate, con tan mala fortuna que el individuo, un moro de piel oscura y ojos muy negros, cayó encima de él. El peso de aquel sujeto le

asfixiaba y le aprisionaba contra el suelo, mientras que veía que el atacante iba ganado terreno y el cuchillo se le acercaba peligrosamente. De fondo se oían los gritos del viejo, que alentaba a sus compañeros de manera histérica. Con el rabillo del ojo apreció el movimiento del otro atacante y pensó que ya había llegado su hora.

De repente, los gritos del viejo parecieron transformarse y pasaron de ser una herramienta de animación para la aniquilación del soldado a ser un aviso de algún peligro, pues estos se volvieron más agudos e histéricos. De todas formas, a Martí ya le costaba respirar y aguantar la fuerza de aquel hombre. Su olor le repelía y ahogaba. Notaba que el cuchillo le comenzaba a penetrar en el hombro, buscando su cuello.

Fue en aquel momento cuando oyó ruido de fondo. Algún tipo de altercado se estaba produciendo y, tras un golpe seco, el cuerpo del primer atacante cayó desplomado al suelo. Oyó gritar al anciano, ahora parecía asustado, y lo vio volar hasta chocar con una pared. Ya no se le oyó chillar más. Preocupado y extrañado, su atacante aflojó la presión y se giró a ver qué pasaba, momento que Martí aprovechó para empujar con la fuerza que le quedaba su mano y darle un golpe con el cuchillo en los dientes. Este, enfurecido y sangrando por la boca, se desembarazó de la mano del soldado y levantó, con más ahínco, el cuchillo, buscando acabar con su víctima de una vez por todas. Sin embargo, alguien le retuvo el brazo y lo echó hacia atrás fuertemente. Se oyó un chasquido que resonó en la noche y un agudo grito de aflicción. El atacante se revolvía de dolor en el suelo con el brazo roto.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó el hombre que había contribuido a salvarle la vida, mientras le tendía una mano para que se levantara.

—Creo que sí —dijo Martín—, pero mi botiquín…

—Allí está —dijo el individuo, señalando con una vara de madera el lugar donde había aterrizado en su caída.

El hombre con el brazo roto había marchado corriendo dejando atrás, inconscientes, a los otros dos atacantes.

—¡Qué suerte que estuvieses aquí! —agradeció Martí.

—La verdad es que había buscado un sitio oscuro para mear, cuando vi que Agerzam y esos sujetos te estaban preparando una emboscada. Encontré esta gruesa vara de madera que parecía estar llamándome. Con dos estacazos he tenido suficiente para quitar de en medio a uno de ellos. Al viejo no tuve más que empujarle.

—¿Lo conoces?

—Tenemos cuentas pendientes. Ahora aclararemos alguna —respondió, mientras zarandeaba al viejo.

—¡Oooohh! —jadeaba el anciano ante la sacudida propiciada.

—Escucha, Agerzam. ¡Despierta!

—¡Amazigh! —dijo el viejo cuando abrió los ojos—. Tú hombre malo.

—Escúchame atentamente —le decía, mirándolo fijamente a los ojos y acercando el rostro del anciano al suyo, tirando de la chilaba con fuerza. Para ello, además, tuvo que agacharse porque el moro estaba sentado en el suelo, apoyado en la pared—. Quiero que me prestes atención.

El hombre abría los ojos de manera desorbitada.

—Quiero que, a partir de ahora, dejes de molestar a mi amigo. Si me entero de que le molestas te buscaré y te romperé los pocos dientes que te quedan, después vendré y quemaré tu casa. ¿Está claro?

—Sí, claro, claro, muy claro. Agerzam no saber que doctor ser amigo tuyo. Estar muy claro ahora. Pero ese hombre robar a mí.

—¡Yo no te he robado! ¡Fueron otros soldados! —exclamó indignado Martí.

—Mira, Agerzam —dijo el hombre, sacando unos billetes —. Toma este dinero, ¿es suficiente?

—Sí, suficiente, suficiente —afirmaba con ojos codiciosos el moro.

—Bien, que quede claro lo que te dije antes. No hará falta repetirlo, ¿verdad?

—No, doctor ser amigo. Todo bien.

Los dos hombres se marcharon juntos. Entonces, ante la luz que salía de algunas ventanas, el sanitario pudo observar su uniforme, el de un soldado del regimiento África.

—No te quedes parado. Nunca sabes lo que piensan.

—Muchas gracias por todo. ¡Me has salvado la vida!

—Agradécesela a la buena suerte de haber estado jugando a las cartas y aparecer por aquí en este momento. De hecho, ese dinero era el que había ganado hoy. Ya me resultaba extraño, pues los juegos de azar y yo estamos peleados.

—Ya te lo pagaré.

—¡Bah! No te preocupes. Solo es dinero, pero, si quieres conservar la cabeza, has de vigilar a dónde vas y a qué horas.

—Estaba curando a un paciente.

—¿Un paciente en este barrio? ¡No sabía que habían ampliado el perímetro del cuartel! ¡Vaya! Parece que te han herido en el hombro.

—Es poca cosa. Ahora me lo curaré. Por cierto, mi nombre es Martí, Martí Salvat, de Barcelona.

—Y el mío Julià Gil, también de Barcelona.

Martí pasó a referirle lo que había acontecido en las dos últimas semanas. Durante el viaje de vuelta al cuartel, hablaron de lugares comunes, pero también de la situación del ejército africano. La frescura y alegría que parecía tener su

salvador embelesó rápidamente a Martí, quien parecía ver en su nuevo compañero actitudes y comportamientos que notaba reprimidos en su propia persona. Por ello, admiraba el coraje y desenvoltura del soldado, como si todos los acontecimientos estuvieran a su alcance y no supusieran dificultad insuperable.

—Por cierto, ¿cómo te llamó el moro?

—Amazigh —respondió Julià.

—Pero ese no es tu nombre.

—Ese es el nombre que escogí. Amazigh, en su idioma, significa «hombre libre» y como tal me presenté ante él cuando tuve que hacer determinados negocios. Aunque estoy como miembro del ejército español, no me siento ni atrapado ni obligado por él. Yo me siento un hombre libre en un tiempo muerto.

—En cambio, para mí este periodo representa una época de tránsito. No dejé a nadie allá y… La verdad, no sé qué haré cuando acabe el período militar.

—Yo, en cambio, tengo mujer e hijo y no hay día que pase que no desee volver.

—¿Cómo fue que viniste aquí?

—Es una historia larga de explicar. Tuve que huir para evitar represalias de la patronal. Fue mi puerta de escape. Ya entonces sabía que me buscaban para matarme.

—Ya veo que estabas curtido. Acabaste rápido con los moros.

—Esos moros no eran nada. Peor eran las batallas que teníamos cuando se realizaba alguna huelga. A veces usábamos barras como estas, pero no de madera, sino metálicas. Buenas se liaban…

—Así, el ejército fue tu solución.

—El ejército —rio con sorna Julià—. Llevo más de dos años aquí para saber que este ejército es un cadáver putrefacto

incapaz de hacer frente a ningún enemigo. Soldados inexpertos que apenas saben defenderse, mal alimentados y mal vestidos, ¡infelices!, bajo las órdenes de unos mandos que apenas saben nada de la tierra que ocupan, obsesionados como están en ascender en el escalafón militar mientras se dedican a la buena vida. Esperemos que a los moros no se les ocurra organizarse y enfrentarse a este ejército.

En aquel momento, Martí dio escasa credibilidad a las palabras de Julià pensando que respondían a un cierto desencanto por su situación personal. Ignoraba entonces que estas se iban a convertir, no muy tarde, en una trágica predicción.

NOCHES DE CIUDAD

Julio, 1939

—Y está bien. Benita, devuélvale los pantalones —le apremiaba Carles con la puerta entreabierta de la habitación, mientras permanecía sentado en la cama en ropa interior.

—¡Uy, qué prisa *tié* el zagal! Espera un *momentico* que tomo la medida y ya acabo.

Benita había cumplido lo prometido. No solo le había arreglado los pantalones, bajos y costuras incluidos, sino que también, al saber que Carles solamente tenía esa ropa, había traído otros pantalones y una camisa de su marido para vestir al republicano. —Pero ¿qué dirá su marido?

—*Pobrecico*, murió el año pasado.

—¿De qué murió?

—Yo creo que de fatiga. Un día estaba trabajando el campo y vino *mu acalorao*. Decía que tenía pinchazos en el *lao* del corazón. Se sentó en un sillón que tenemos y allí se quedó.

—Lo siento, no lo sabía.

—¡Qué le vamos a hacer! Lo que Dios te da, Dios te lo quita. ¡Venga! —dijo, cambiando bruscamente el tono de voz —. ¡Quítese los pantalones!

—¿Y eso?

—Que le tengo que arreglar el bajo y tomar la medida *pa*

los otros.

Y allí estaba Carles, mientras una Benita incansable le ampliaba el vestuario. Comenzó a darle vueltas a la cabeza y a reflexionar sobre la investigación. Esa mañana, junto a Ernesto, habían analizado todo el caso en su conjunto. Tenían dos asesinatos similares. El único testigo de uno de los secuestros comentó que solo había visto un hombre, una tesis bastante plausible. La descripción del sujeto había sido muy vaga. El aspecto casi animal que, según el testigo, tenía el criminal, lo atribuía más al conjunto del golpe y la bebida que a una descripción real del mismo. Sin embargo, las vías de estudio se acababan aquí. No tenían ninguna otra información relevante. Habían estado en el lugar del secuestro y del crimen sin, por ello, encontrar ningún tipo de huellas.

Por otro lado, estaba el informe forense, que habían estudiado a fondo. No aportaba nada relevante a lo que ya sabían. Los dos hombres fueron secuestrados y torturados en un lugar diferente a aquel en que fueron encontrados. Tras las torturas se les había hecho los cortes perpendiculares en el torso para, finalmente, ser decapitados. Realmente, no acababa de entender la lógica del procedimiento. Parecía claro que todo ese ensañamiento con las víctimas respondía a un *modus operandi* específico, aunque ignoraba el origen del mismo.

Finalmente, solo tenían dos vías de investigación. Por un lado, aquella que pudieran revelar los familiares o personas próximas, como era el caso de la querida del capitán Pedro García, y por otro, los informes militares que, probablemente, podrían arrojar alguna luz al caso.

Su mente volvió a Benita quien, persistente, continuaba su faena. Se había establecido una cierta complicidad entre Benita y Carles. A ojos de un extraño diríase que la mujer lo

trataba como a un hijo. ¡Quién sabe las penurias y disgustos que había pasado tras esa aparente capa de sencillez y conformidad! El caso es que la cocinera le traía recuerdos de otra mujer, doña Engracia, quien no había dudado ni un momento en acoger a su madre otra vez en la tienda tras la muerte de su padre. Con una generosidad sin límites, la tendera les había ayudado no solo en la recuperación del trabajo por parte de su madre, sino también en muchos gastos derivados de la educación de Carles, sobre todo cuando acabó los estudios básicos con prometedoras notas.

—No sé qué hacer, doña Engracia —oyó la conversación en la tienda. Él se encontraba detrás de unos rollos de tela, invisible a los ojos de las mujeres.

—Dale una oportunidad. El chico se la merece.

—Ya me gustaría, pero…

—¿Cuál es el problema?

—Verá, yo…

—Mujer, si no me lo dices, no lo vamos a saber.

—Yo estoy muy agradecida por toda la ayuda que usted me da, pero, entre la comida y acabar de pagar el piso, se me va todo el dinero. Por mucho que vigile…

—No te preocupes. Creo que te podré ayudar.

—Gracias, señora Engracia, pero no quiero abusar.

—Escucha —dijo ya más seria la tendera—. Yo soy mayor. Tú y Carles sois prácticamente mi familia. Solo me quedan por ahí algunos sobrinos que están esperando que yo estire la pata para ver qué pueden llevarse. Ni siquiera vienen a visitarme. Así que, si puedo ayudar al chico, lo haré con mucho gusto. A ver si un día lo vemos de ministro o de empresario.

Pero los deseos de los demás tropiezan a menudo con los empecinamientos de cada uno y con las jugadas del destino,

por lo que el resultado acostumbra a ser algo diferente y, a veces, sorprendente. Carles no había sido ni ministro ni empresario, pero el día que se graduó en Historia pudo constatar que fue uno de los más felices en la vida de doña Engracia.

A veces, su benefactora, dando muestras de una habilidad que todavía no había perdido, le hacía ropa a su medida. De la misma manera lo hacía doña Benita, con esa gracia y alegría que suelen ser manifestación de corazones generosos. El traje que llevó para la graduación fue un regalo especial de la antigua costurera de la sastrería Pujades del Paseo de Gracia.

Su mirada se posó sobre la mesita de noche que había junto a la cama. En ella, una carta que había escrito después de comer estaba lista para ser enviada. En la misma informaba a Elvira de la permanencia de Enric en el campo de concentración de Reus. Era probable que, con las dificultades propias de un país en el que había tenido lugar un conflicto bélico de tamaña dimensión, el correo no tuviese unas condiciones mínimas y satisfactorias de funcionamiento. Las cartas podían acumularse o perderse. Por eso, seguramente, su cuñada desconocía todavía el paradero de su marido. En la misiva le hacía constancia de la situación del mismo y de la importancia de obtener avales. Pensó en el capellán de Tona y en personas de ideología próxima a los nacionales que habían tenido tratos con Enric. A su favor jugaba el hecho de que no se había destacado por su ideología o participación política. Su cuñado era una persona familiar y trabajadora que había sido llamado a filas bastante avanzado el conflicto, ya que él había realizado el servicio militar anteriormente y tenía una familia, mujer y dos hijos, a la cual dedicaba su tiempo y esfuerzo. Por otro lado, el aislamiento propio de la granja familiar había favorecido la situación.

Carles centraba su fe en que los campos de prisioneros, después de la guerra, estaban atiborrados, y se comenzaba a notar una mayor relajación y laxitud en las condenas, así como un aumento significativo en la liberación de prisioneros. Pensó, con lógica, que ello era consecuencia de la gran masa de población que estaba encerrada. Por muy vengativos que fuesen los ganadores, necesitaban que el país se volviera a poner en marcha.

Ya hacía rato que habían cenado y la forzada convivencia había puesto en evidencia las diferencias de pensamiento y de actitud. La conversación durante la cena había sido un tanto forzada y, alegando un cierto dolor de cabeza, cosa que no era del todo falsa pues las heridas en su cráneo le recordaban de tanto en tanto su presencia, Carles marchó a la habitación. Una vez allá permaneció despierto, esperando que sus compañeros se fueran a dormir. Pensó que no había mucha diferencia entre un prisionero y él. Y la primera obligación de un prisionero es intentar escapar. Abrió la ventana y observó la proximidad de las ramas del árbol que se hallaba en el jardín. Ya lo había visto el primer día cuando calculó las posibilidades que tenía de huir de aquella casa. Su intención, en este momento, no era la de huir, sino la de observar la ciudad por la noche. Con Ernesto habían salido los días de fiesta mayor, pero la composición de la población que salía en fiestas difería significativamente de aquella que lo hacía habitualmente. Quería empaparse del ambiente de aquella ciudad.

Consiguió pasar a la rama del árbol y no le fue difícil descender por el mismo. Una vez en el patio, saltó al jardín de la casa de al lado y de allí, el paso a la calle de atrás no fue

ningún obstáculo para su agilidad, ahora reforzada con la base de alimentación y descanso que estaba realizando. «Nadie se ha percatado de mi escape», pensó mientras miraba hacia todos los lados. Pero, si hubiera mirado atrás cuando encarrilaba la bajada hacia la avenida de los Mártires, hubiera visto una sombra que le seguía.

Caminó por las principales vías de la ciudad, donde los comercios habían cerrado hacía ya varias horas. Llegó hasta la plaza del ayuntamiento y se desvió por la calle del general Goded, antigua calle de las Galanas. «Qué empeño en ocultar la historia y presentarla de manera diferente a cómo había sido», pensó ante el baile de calles que habían cambiado su nombre por otros de gran afinidad con el nuevo régimen.

Pocos transeúntes circulaban a aquellas horas debido a que al día siguiente tenían que trabajar y también al miedo a destacar como persona sospechosa al nuevo régimen. El miedo era uno de los nuevos valores que se habían adueñado de las ciudades.

De repente, una conocida silueta hizo su aparición a unos metros de él. Carles se giró disimuladamente, haciendo ver que miraba un cartel que había en la pared, anunciando los pasados actos de la fiesta mayor con una foto de una obra de Fortuny. Con cuidado, dirigió su mirada hacia el individuo, que no era otro que Eusebio Buendía, el compañero del desafortunado capitán. Viendo que el observado no se había percatado de su presencia, decidió seguirle.

Su paseo tuvo lugar por callejuelas sucias y estrechas. Algunos militares y otros sujetos de no muy buena catadura se adentraban por aquellas callejas en busca de locales que permanecían abiertos a aquellas horas. Normalmente eran lugares de poca salubridad donde la limpieza y el servicio eran poco considerados, centrando la atención de la clientela en la

bebida o en las chicas de vida disoluta, que aparecían ofreciendo sus encantos.

Intentando pasar desapercibido entre los escasos viandantes, Carles había ido siguiendo a Eusebio, quien parecía tener un objetivo específico. Tampoco debía estar preocupado de que lo siguieran, ya que en ningún momento se había girado. De repente, el observado se paró y se sentó en una mesa al aire libre que había en la puerta de un bar en la antigua judería de Reus. Junto a él, dos hombres bebían una cerveza. El policía podía distinguirlo desde el lugar en que estaba, siendo imperceptible a ojos de los hombres.

No había mucha luz en el local, lo cual hizo que tardara un poco en identificar a los hombres que hablaban con Eusebio. La silueta de los sujetos le había parecido reconocible. Sin embargo, no fue hasta que un parroquiano abandonó el local que el haz de luz iluminó a los dos individuos quienes, de manera discreta, parecían negociar algo con el cabo. Carles reconoció a aquellos personajes embutidos en un uniforme azul de la Falange. Se trataba de Sostres y uno de sus amigos, el más espigado, al que llamaban Lori, por la característica de tener una voz un tanto aflautada. Sus compañeros comentaban que parecía la voz de un loro.

La sorpresa de Carles fue mayúscula ante la extraña coincidencia de que un hombre, testigo presencial de un crimen, se hallara negociando alguna cosa con dos asesinos confesos. Su cerebro comenzó a reflexionar con rapidez. Recordó que, en la cárcel de Pilatos, los falangistas eran conocidos también por ciertos negocios turbios, seguramente relacionados con la compra y venta de objetos militares a cambio de otras cosas o favores. Así lo había deducido a partir de algunas conversaciones entre soldados, no demasiado afines a los idearios y comportamientos de aquellos criminales. No

era descartable que se hallara realizando un trapicheo propio de unos individuos que hacían, de la miseria de los demás, su negocio.

Siguió observando la escena. Un camarero le trajo una cerveza a Eusebio. Fue al dejarla sobre la mesa que observó que había cuatro cervezas, cuatro para tres hombres. Una de ellas sin empezar, por lo que supuso que tenía que haber otra persona. Vino a su mente el otro falangista, compañero de Sostres quien, además, había participado en la ejecución. Debía ir con cuidado, ya que suponía que el hombre que faltaba se hallaba dentro del local. De repente, notó el frío tacto del acero en el cuello y una presión en la espalda. Oyó una voz ronca junto a su oído:

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa! Tenemos aquí a nuestro amigo el poli. ¡El inmortal!

Pensó que había sido mala suerte el hecho de no percibir con anterioridad la existencia del tercer sujeto. No había tenido tiempo de reaccionar y ahora era demasiado tarde.

PASEOS EN LA OSCURIDAD

Julio, 1939

—¿Qué pasa, poli? ¿Dando un paseo? —le preguntó con ironía el tercer hombre, cuyo nombre era Bernardo.

El cerebro de Carles pensaba a toda velocidad, pero sabía que cualquier movimiento sospechoso que hiciera sería atajado de manera brutal por el delincuente. Estaba atrapado y no tenía escapatoria.

—¿Sabes lo que te puede caer por agredir a un policía? —le espetó.

—¡Ja, ja ja! Esa sí que es buena. Espera, que se lo contaremos a Sostres.

De repente, el policía oyó un golpe a sus espaldas y notó cómo se aflojó instantáneamente la presión que tenía en el cuello. Sin embargo, sujetó con fuerza, en un movimiento rápido, el brazo de su agresor para evitar recibir un corte con la navaja. Se giró y allí vio a Hamed con una porra contemplando el cuerpo inerte de Bernardo.

—La porra buena. Funciona bien.

—Gracias, Hamed…

—Tú calla ahora. Ayúdame a esconder el cuerpo.

Entre los dos ocultaron el cuerpo en las sombras de un callejón que había unos metros atrás, tras una pequeña

montaña de escombros que pertenecían a una casa derruida por las bombas. Hamed le hizo señas de que le siguiera y marcharon hacia la casa. Carles pensó que era lo mejor pues, en este momento, no tenía claro qué objetivos habían llevado a reunir a unos seres tan singulares. Cuando volvían, el policía quiso saber si Hamed le había estado siguiendo.

—Sí, yo he seguido —contestó impasible su compañero en su peculiar lenguaje, donde era habitual la eliminación de nexos gramaticales.

Hamed le explicó que se había visto sorprendido en sus rezos por unos pequeños ruidos que provenían del jardín. Dado que tenía la luz apagada, nada indicaba el carácter de su actividad, que pasó desapercibida a ojos de Carles. Sin embargo, el moro sí que había observado los movimientos del republicano y había optado por seguirle.

—Por una vez, me alegro de que me hayas seguido. ¿Has conocido a esos individuos?

—Sí, ellos estaban en fusilamiento de Carles. Ellos querían matar.

—Y casi lo consiguen.

—Capitán Ernesto no dejar. Amenazar con pistola.

Un recuerdo le vino en aquel momento al republicano. La escena del cementerio de Tarragona. Así que aquello que le había parecido un sueño tenía visos de haber sido realidad. ¿Cuánto de aquel momento había sido real y cuánto un simple sueño? Aquella pregunta rondaba por su cabeza y le reconcomía.

—Esos hombres son muy malos. No te lo puedes imaginar, Hamed.

—Hamed imagina. He visto hombres muy malos.

—Esos matarían por un plato de lentejas.

—He visto hombres que matar por lentejas, sin plato.

—Realmente, esos que dices son peores.

Ya abandonaban el centro de Reus y habían pasado el Campanaret. La zona que se les ofrecía a la vista estaba bastante más oscura. Pasaron las vías del tren. Cerca de allí yacían, como en un cementerio de elefantes, algunos vagones destruidos, así como un conglomerado de hierros herrumbrosos y oxidados que esperaban ser recogidos algún día. Alrededor, los agujeros de los cráteres producidos por los bombardeos daban al paisaje un aspecto desolador.

—¡Malditas bombas! —exclamó Carles.

—Tú no gustas bombas.

—No, porque suelen ser una catástrofe para la población que no lucha en la guerra.

—Sí, pero sin bombas probable no ganar guerra.

—Sin bombas y sin ayuda italiana ni alemana seguramente no hubierais ganado la guerra. Hamed, ¿tú siempre has estado en el ejército? —preguntó Carles, ahora que parecía que el moro salía de su mutismo habitual.

—Yo siempre no. Yo participar en guerra en África con ejército español. Yo he peleado con coronel Villalba. Entonces no coronel, sargento. Después yo he estado casado. Cuando morir segunda mujer yo he ido a hablar con coronel. Él ha cogido a mí para ayudar. Decir: «Hamed, volvemos a España». Entonces tropas atraviesan el mar y vuelven a España. Comenzar guerra.

—¿Qué le pasó a tu mujer?

—Un día fiebres, mucha fiebre. No marchar y ella no ha podido ganar a la fiebre. Buena esposa. Hizo a Hamed muy feliz pero no ha dado hijos.

—Pero, has dicho tu segunda mujer. ¿Qué le pasó a la primera?

—Ella morir —dijo secamente.

Hamed entró en un mutismo repentino. Evidentemente no parecía querer recordar los hechos que atañían a su primera esposa. Curiosamente había explicado la muerte de su segunda mujer como si de un acontecimiento cotidiano se tratara. ¿Qué seria aquello que no quería explicar? ¿Tendría él algo que ver con la muerte de su primera esposa? He aquí un misterio, pensó. Evidentemente, las heridas de la vida y de la guerra eran, a menudo, mucho más profundas de lo que aparentaban.

—Hamed —le dijo Carles en voz baja, ahora que se acercaban a la casa que hacía las veces de hogar provisional.

¿Sí?

—Creo que es mejor no decir nada a Ernesto de nuestra pequeña excursión.

—Hamed mudo. No dice nada.

—De acuerdo.

Una vez que entraron en la casa, un pequeño punto luminoso acaparó su atención. Correspondía a la brasa de un cigarrillo que se estaba consumiendo. El olor a tabaco llenaba la habitación. Carles encendió rápidamente la luz y hallaron a Ernesto sentado en un pequeño sillón de la salita.

—Espero que el paseo haya sido de vuestro interés —dijo, con una voz un tanto seria y glacial.

—Verás, Ernesto, es que hacía buena noche…

—¿Y por eso decidiste bajar por el árbol?

—¡Vaya! Veo que no he pasado desapercibido.

—Verás, Carles —le comentó Ernesto—, has de entender que aquí no eres un prisionero. Aquí estamos tú y yo… y Hamed —continuó, lanzando una mirada ante el acompañante de Carles—, para intentar resolver un crimen. En esto estamos juntos los tres y lo hemos de resolver nosotros. Así que, si has de salir, me lo dices. Piensa que si

damos un paso en falso puede tener funestas consecuencias. Podríamos llegar a estar en peligro.

—Está bien, Ernesto, tienes razón. Lo que pasa es que, a veces, tengo la impresión de continuar prisionero. Por otro lado, gracias a Hamed, he podido contarlo hoy.

—¿Qué quieres decir? ¿A qué te refieres? —preguntó interesado Ernesto, a quien se le habían activado de repente todas las alarmas.

Carles pasó a referir todo el episodio intentando no obviar nada. Su compañero escuchaba con suma atención sin interrumpir en ningún momento. Al final de la exposición reflexionaba.

—¡Interesante! Así que tenemos una relación entre Eusebio y Sostres. Sin embargo, ¿quieres decir que pueden estar relacionados con el asesinato?

—De hecho, no lo tengo muy claro. Sin embargo, admitirás que resulta interesante ver el tipo de relaciones que establece la última persona que vio con vida al capitán. Habrá que apretar a Eusebio. Por otro lado, creo que los intereses pueden ir en otra dirección. De hecho, a Sostres se le acusaba en Pilatos de hacer negocios sucios y poco claros, probablemente relacionados con el estraperlo.

—Tendremos que averiguar a qué se dedican Eusebio y Carles…

—¿Sí?

—Haz el favor de no salir otra noche solo, por tu propia seguridad.

—No te preocupes, ya te avisaré —le dijo, pensando que sería una promesa difícil de cumplir.

—Hablando de otra cosa, mañana iré a Tarragona.

—¿Y eso?

—Viene de visita el capitán general. Con él vendrá el

coronel Villalba, quien me dijo que me traería los expedientes militares de los hombres asesinados. Así que haced el favor de no hacer tonterías en mi ausencia.

—No tendrás de qué preocuparte —aseguró Carles.

—¿Qué te ha pasado? —preguntaba Sostres a Bernardo, mientras le echaban agua por la cabeza para acabar de reanimarlo.

—¡Vaya un dolor de cabeza! ¡El muy cabrón!

—Pero ¿quién te ha hecho esto?

—Fue el maldito poli, Carles Gil.

—¿Carles Gil? —exclamó casi en grito Sostres, pues ya le había dolido bastante no poder rematarlo en el cementerio de Tarragona. Solo faltaba que ahora, además, se dedicara a perseguirlos.

—Sí, el maldito policía. Os estaba espiando escondido tras el muro.

—¿Y por qué no lo pelaste de una vez?

—Me disponía a hacerlo, pero alguien me golpeó por la espalda. ¡Vaya dolor! Creo que necesito la cerveza —dijo, alcanzando la bebida y echando un trago al coleto.

—Tendremos que planear cómo acabar con semejante individuo. No es posible que nos lo encontremos hasta en la sopa. Paso que damos nosotros y allí está él. ¡Eso se ha de acabar!

Toda aquella discusión tenía lugar ante la mirada asombrada de Eusebio, pero si había alguien que supiera sacar partido en beneficio propio de cualquier situación ese era él. Se dirigió con curiosidad, pero con marcada intencionalidad, a los tres hombres con los que había estado pactando la compra de unos bidones de gasolina del ejército.

—¿Qué sabéis de ese tal Carles Gil?

DE GUERRA

Febrero, 1921

El tiempo, indeleble, mantenía su lento discurrir en una monótona progresión de días que, para Martí, parecían estar cortados por el mismo patrón. Su rutina consistía en una constante sucesión de curas, operaciones y tratamientos que pudieran aligerar el dolor y la penitencia de aquellos soldados que llegaban heridos al cuartel.

Lo que antes representaba un lugar, hasta cierto punto agradable y seguro, pues había supuesto para él una huida ante angustiosos problemas personales, ahora se había transformado en una prisión debido a la ausencia de Saida. Una prisión que le ahogaba y le quitaba el aire. En su interior, sabía que no volvería a verla. Ello le producía una angustia similar a la del desesperado que se encuentra ante un precipicio y que sabe que no podrá hallar otra salida.

Solo aquellos momentos en que se encontraba con Julià le permitían olvidarse en parte de su situación emocional y le posibilitaban disfrutar del día a día de su vida militar. Había hecho una gran amistad con el soldado que le salvara la vida. Le maravillaba el desapego con el que trataba las cosas y la convicción que tenía en que, al finalizar su servicio militar, volvería a ver a su familia. Al principio, Julià le había

acompañado las veces que había ido a visitar a Saida y su padre, para evitar nuevos tropiezos. Realmente, la solución propuesta por su compañero debió aplacar los ánimos de los moros, pues no habían vuelto a tener ningún encontronazo con ellos. Tras la marcha de Alfonso y sus hijos, la ciudad parecía haber perdido su encanto. Martí había desistido de salir del cuartel y solo la insistencia de Julià, consciente de que su amigo padecía de mal de amores, le convencía de la conveniencia de hacer una vida más social.

—¡Ven! —insistía Julià—. Hoy visitaremos una taberna que parece sacada de *Las mil y una noches*.

—No sé cómo es que conoces estos lugares, porque mira que es difícil de ver y desde fuera no lo parece.

—Me lo dijo un capitán, que suele venir a menudo.

—Así que allí van los oficiales.

—No, no te equivoques. Los oficiales gustan de pavonearse entre los de su misma calaña. Ellos prefieren ir al casino o a burdeles de categoría. No están por mezclarse con la plebe.

—¿Y qué hemos de celebrar?

—¿Es necesario celebrar algo? Yo celebro que, cada día que pasa, me acerca más a mi familia. Ya solo me quedan cuatro meses.

—A mí algo más —respondió, en cierta manera desganada, el sanitario.

—No te preocupes —continuó Julià, pasando un brazo por los hombros de su compañero—. Cuando acabes, vendrás a mi casa y ya te ayudaré a buscar un trabajo y un hogar. Con tus estudios y tu experiencia, no creo que te sea muy difícil de encontrar.

—Ya ves. Ni siquiera acabé la carrera.

—Tiempo al tiempo. No te calientes ahora la cabeza por

lo que podrá o no podrá ser.

Durante un instante, Julià enmudeció. Probablemente, los recuerdos que le asaltaban le dificultaban continuar la conversación. Ante el repentino silencio de su compañero, Martí se extrañó.

—¿Qué te pasa? Te has puesto serio de repente.

—Verás. Estaba pensando en mi Carles. Cómo me gustaría que pudiera estudiar siquiera como tú has hecho. Este sistema está pensado para que los pobres sigamos siéndolo y se pueda perpetuar esta práctica, de manera que no podamos estudiar y mejorar la condición social.

—Si yo estudié fue porque mi padre se empeñó en ello. Insistió antes de morir. Mi madre vendió la casa y las tierras con ese objetivo. De hecho, ya se habían planteado anteriormente el traslado a Barcelona, pero aquello fue muy duro para ella. Apenas tuvo alternativas. Pero, a tu hijo… ¡Tú le podrás ayudar!

—No lo sé, pues, en principio, no tengo ningún trabajo. He de comenzar de cero. No sé si podré trabajar en Barcelona. La patronal no tolera que quien defiende los derechos de los obreros salga ileso del proceso.

—Pero ¿tan grave fue lo que hiciste?

—Fue lo que no hice, lo grave. Debía matar a un hombre y no lo hice. Ello me ha traído hasta aquí.

Uno de aquellos días en que se disponía a salir con Julià, tras haber realizado veinticuatro horas seguidas de guardia, oyó que alguien le llamaba:

—Espere un momento, doctor.

Era el comandante Benítez quien lo reclamaba. Ya lo conocía porque alguna vez había estado en la consulta,

enfermo de unas fiebres que había contraído en Cuba. Aquellas fiebres resultaban de difícil curación. De la misma manera que le venían, incapacitándole para el servicio, se marchaban sin que hasta el momento nadie hubiera sabido frenar el proceso. A finales de 1898 había vuelto a la península tras haber sido herido en La Caridad. Según él mismo le había explicado, había viajado por toda Europa con la intención de curarlas, pero hasta aquel momento, no había descubierto solución alguna.

En mayo de 1912 había encontrado destino en el regimiento de Ceriñola. A veces, en aquellos momentos de recuperación médica en que habían podido hablar con mayor relajación, le había referido sus vicisitudes en Kert o Ishafen. En el trato médico-paciente en que se saltan las barreras propias de la graduación militar y se encuentran las personas, le había hablado de su matrimonio y, sobre todo, de su única hija, Júlia, quien apenas contaba seis años de edad. Era consciente de que Martí no tenía la titulación de doctor, pero como alguna vez le había dicho, ya se había titulado en África.

Martí observó la figura inconfundible del comandante. Uniformado de manera impecable, en contraste con la dejadez general de la soldadesca, con las botas de montar relucientes y con una gorra de plato que coronaba su figura. Su silueta corpulenta no impedía que caminara con gran agilidad. La frente ancha y despejada y sus lentes redondas le daban un aire de intelectual. Sin embargo, su mirada era franca y precisa. No era oficial de perderse en disquisiciones y laberintos gramaticales. La sinceridad y naturalidad formaban parte de su manera de ser.

—¿Qué desea, mi comandante?

—¿Está usted de guardia?

—Ya no.

—Mejor. Coja un botiquín, vendas, antibióticos y todo lo que necesite para curar unas heridas y sígame.

—Sí, mi comandante —no era caso de negarse.

Salieron al exterior, donde les esperaba un coche con el conductor al volante y un escolta y partieron por la carretera de Nador. Al cabo de un rato, habiendo perdido ya de vista el poblado de Sengangan, el comandante ordenó parar el vehículo.

—Acompáñeme —le dijo a Martí.

Se aproximaron al borde de la carretera, desde el cual se podía tener una vista privilegiada del Kert. El sanitario respetó el silencio que parecía imponerse el oficial y esperó a que este hablara.

—¿No le parece maravillosa esta vista?

—En efecto, mi comandante —contestó. Observó el inmenso paisaje seco, árido y abierto, marcado por las inclemencias del tiempo, como si hubiera estado cincelado por los dioses. Suponía que la emoción derivada de las palabras de Benítez no venía dada tanto por el paisaje sino por los recuerdos inherentes a él.

—Este es un paisaje espectacular, agreste y salvaje, donde el hombre ha de luchar para sobrevivir. Aquí no tienen cabida las medias tintas ni los espíritus acobardados. Cada vez que paso, recuerdo a los compañeros que cayeron en la campaña del Kert en 1912. Cuando llegué, en aquel año, los combates más fuertes ya habían pasado. Había costado mucha sangre la defensa de Ishafen. ¿Ha oído hablar del Mizzian?

—Vagamente, he oído alguna cosa.

—Fue un líder rifeño, enemigo de España. Luchó contra nuestro país en la campaña del 1909 y, posteriormente, en 1912. Fue abatido en una escaramuza. Sin embargo, su gran mérito fue el de unir las cabilas rifeñas contra nuestro ejército.

Su muerte significó la volatilización de la idea de unión y ello nos ha permitido tener un periodo de paz hasta ahora.

—Eso parece —pensaba Martí, aunque relativizando las palabras del comandante, pues la paz era entendida como un periodo sin guerra, pero con un gran conjunto de escaramuzas y combates.

—Sin embargo, esta paz es muy engañosa. Quiera Dios que no surja otro líder como el Mizzian capaz de unir las diferentes cabilas.

Continuaron el viaje en dirección a Kandousi. Antes de llegar al río Kert, cogieron un desvío y siguieron por un camino polvoriento hasta llegar a un aduar. Les salieron a recibir unos jóvenes con semblante serio. El comandante los saludó. Martí pudo observar que era bien recibido, aunque todavía no tenía ni idea de qué era lo que hacían allí. Algunas mujeres se asomaban de manera discreta por las puertas de las cabañas. El poblado estaba medio escondido tras unas enormes chumberas y estaba rodeado por un pequeño muro de poco más de un metro de altura. El lugar parecía presentar una defensa ante un enemigo concreto. El carácter rifeño, unido al sistema de alianzas entre las diferentes cabilas, hacía que la desconfianza fuera un valor a tener en cuenta.

Ante un gesto del oficial, el sanitario le siguió hasta una tienda determinada. En ella, unas mujeres parecían gemir. Los jóvenes les hicieron esperar a la entrada. Al cabo de unos instantes, un hombre mayor, que tendría unos sesenta años, salió a recibirlos y habló en idioma rifeño. El comandante lo saludó en su idioma. Después señaló a Martí y dijo:

—He traído al doctor. Él ayudará a tu hijo.

—Gracias por venir —dijo el jefe de la cabila, haciendo una pequeña inclinación de cabeza—. Pasad, pasad.

Pasaron al interior de la tienda donde yacía, en un

camastro, un joven de aspecto bastante desmejorado. Al parecer, había perdido el conocimiento. Por lo visto, también había perdido mucha sangre.

—Intente curarlo y, por el amor de Dios, no deje que empeore. Y usted —ahora hablaba con el escolta—, ayúdele en lo que necesite.

—Necesitaré agua caliente y algunos paños, si puede ser, limpios —precisó Martí.

El jefe repitió las palabras del sanitario y un repentino movimiento se generó en el lugar mientras las mujeres preparaban lo que se les había pedido. Martí abrió el botiquín y observó al herido. Le cortó con unas tijeras la tela ensangrentada que rodeaba las lesiones. Al parecer, dos balas se alojaban en el tórax, como así lo atestiguaban dos agujeros. Por otro lado, parecía haberse golpeado la frente. Es probable que fuera de la caída. Pensó que, últimamente, estaba curando a mucha gente de heridas de bala, demasiados para estar en período de paz.

Comenzó a lavar las lesiones cuando le trajeron el agua y los paños. Observó que su compañero estaba siendo afectado por el papel que le había tocado hacer. Su rostro, moreno y sonrojado, se estaba tornando de un blanco marfileño que hacía sospechar.

—Salga usted fuera antes de que se desmaye —le dijo. El soldado, agradecido, no esperó a que le repitieran la orden.

Mientras Martí curaba las heridas del hijo del jefe de la cabila, el comandante había ido a otra tienda con el padre del muchacho. En ella tenía lugar un antiguo ritual de acogimiento tradicional de los rifeños, como era la elaboración del té. El jefe de la cabila hacía los honores preparando el té a Benítez. En el relajado proceso de elaboración del mismo, la conversación se dejaba fluir puesto que aquellos hombres eran

poco dados a ir con prisas. Se comenzó hablando del tiempo, de la próxima cosecha y de otros aspectos relacionados con la vida cotidiana. El oficial intentó indagar en el incidente que se había producido. La respuesta del jefe fue:

—Los jóvenes no quieren escuchar a los mayores. Son impulsivos.

—¿Por eso se ha peleado? ¿Con quién?

—Con otros jóvenes. Parece que la intención de seguir los ciclos del tiempo y de esperar la cosecha ha pasado. Los jóvenes lo quieren todo y lo quieren ahora.

—¿Eran de la misma cabila?

—Beniurraguel. Abd-El-Krim está haciendo una llamada a las cabilas. Habla de hacer la guerra al español. Mi hijo se opuso y fue atacado. Ya no escuchan la voz de los mayores, ni la de la prudencia.

—¿Qué podemos esperar?

—Ahora el futuro es incierto. No podemos ser neutrales. O estás con él o ellos pueden volverse contra ti. Es probable que necesitemos protección, armas.

—Hablaré con mis superiores.

El jefe asintió con la cabeza, sin dejar de mostrar preocupación en todo momento. Adivinando el motivo del desasosiego, el comandante le dijo:

—No te preocupes por tu hijo. He traído un buen médico.

Su contertulio hizo un gesto de agradecimiento.

—¿Y la gente le sigue? —preguntó el oficial, sin abandonar el tema.

—Hay mucha indecisión. Hay cabilas que han decidido seguirle, pero todos están a la espera de que haga algo. No será tan fácil.

El militar sabía de la continua indecisión de los moros, de los enfrentamientos entre cabilas. La unión siempre había sido

algo difícil de conseguir.

—Sabes que el ejército español es fuerte —le dijo.

—Sí, pero los hombres están consiguiendo armas. Se está organizando una *harka*. El futuro es muy incierto.

La conversación continuó deslizándose suavemente en el ambiente de la tienda; sin embargo, los conceptos de guerra, armas y unión de las cabilas, iban apareciendo en el discurso del moro y angustiando al malagueño. Al poco rato salieron y pudieron ver que la operación ya había acabado.

—Ahora debe descansar. Le he vendado las heridas y ha perdido mucha sangre, pero se recuperará.

—Ameqran agradece a médico español la ayuda. Estoy en deuda.

—No se preocupe. Es fuerte. Se repondrá.

El jefe se quitó un collar que llevaba al cuello. Consistía en una cadena en la que había unida una piedra preciosa de resina vegetal, una piedra de ámbar de color naranja, dentro de la cual había un escorpión fosilizado. El sanitario agradeció el regalo y se colocó el colgante en el cuello. Después de las indicaciones necesarias para el bienestar del herido, los cuatro hombres tomaron el camino de regreso en el vehículo. El comandante iba pensativo y preocupado tras la charla con el jefe del aduar. En un momento dado, se giró hacia Martí y le preguntó:

—¿Vivirá?

—Sí, está muy débil, pero si lo atienden bien vivirá.

—Mejor, necesitaremos aliados.

—¿Aliados?

—Sí. La cosa se pone fea. ¿Recuerda qué le dije del Mizzian?

—Sí.

—Pues ahora tienen otro líder, Abd-El-Krim.

—He oído hablar de él, pero nada podrá contra nuestro ejército. Ya les ganamos en 1912. Podemos hacerlo de nuevo.

—No se equivoque. La situación no es la misma que entonces. En aquella época, el terreno que dominábamos era más pequeño y nuestras tropas estaban más concentradas, por lo que el auxilio era más fácil en caso de ataque. En la actualidad, el ejército español está extendido a lo largo de más de cien kilómetros, en un terreno pedregoso, donde resulta difícil maniobrar; ni que decir tiene lo que representaría ayudar a un puesto en peligro. Sería casi imposible.

—Pero ellos no tienen nuestras armas ni capacidad de organización.

—El ejército rifeño es, junto al etíope, el más peligroso de África. Ahora los rifeños intentan conseguir armas y se preparan para el combate. Son buenos tiradores. De hecho, nuestra policía indígena lo demuestra continuamente.

—La suerte es que podemos contar con ellos en nuestras filas.

—¿Se ha preguntado qué pasaría si escuchan a Abd-El-Krim y se pasan a sus filas? Tendríamos todo un ejército, armado por nosotros, bien preparado, que podría atacarnos por la espalda.

—Pero en esta tierra continuamente aparecen salvadores como Abd-El-Krim y no por ello nos han echado de ella.

—Yo lo conocí. Es una persona culta e inteligente. Lo tendrá difícil para unir las cabilas. Necesitará demostrar su liderazgo, pero si lo consigue…

—¿Sí?

—¡Que nos pille confesados!

En aquel momento sonó un disparo que tocó al conductor. El coche perdió el control y se deslizó hacia el terraplén. Un rápido gesto del escolta, que iba al lado del

piloto, evitó la tragedia. Sin su intervención hubieran caído a un barranco que había junto a la carretera.

—¡Rápido! ¡Salgamos del vehículo! —ordenó el comandante.

Los tres hombres bajaron tras coger las armas, que consistían en dos fusiles y una pistola. Además, el comandante poseía su pistola reglamentaria.

—¿Sabe disparar soldado? —le preguntó al escolta.

—Sí, señor.

—Pues prepárese y nos cubrirá cuando le diga. El disparo ha venido de aquella dirección —dijo, señalando una loma que se hallaba a la izquierda del vehículo, a unos cuatrocientos metros—. ¡Usted! —Señaló a Martí—. Irá por aquel lado y yo por este. Intentaremos cogerlo entre dos fuegos.

—¿Cree usted que solo hay un hombre? —preguntó Martí.

—Si hubiera más de uno, ya lo hubiéramos sabido. No tenga usted duda.

Otro tiro aislado parecía dar la razón al capitán. Este pasó a apenas un centímetro de la cabeza de Martí, que había intentado asomarse.

—¡Ahora! —dijo el comandante, saliendo disparado hacia unas rocas. Martí hizo lo propio en la dirección indicada. El escolta disparó un par de tiros al lugar donde creían que estaba el *paco*.

Martí se escondió tras unas rocas que le protegían de la visión del moro. Avanzó poco a poco por el terreno, intentando estar siempre protegido. Notó como su organismo se ponía en estado de alerta. Era la primera vez que se encontraba en una escena semejante. Sabía de la peligrosidad de la situación. Sus continuas intervenciones quirúrgicas lo atestiguaban.

El silencio formaba parte del entorno. No oyó ningún otro tiro, ni del coche ni del rifefio. Con sumo cuidado, fue aproximándose hacia el lugar donde pensó que debía de estar el tirador. La quietud del lugar le daba la sensación de que sus pasos, aunque sigilosos, retumbaban en el paisaje. Una muda angustia le recorría el cuerpo. Sin haberlo pensado esa mañana, se hallaba en medio del territorio luchando por su vida. Ya se había percatado de que el conductor había fallecido, dado que la bala le había atravesado el cráneo.

Decidió despejar su cabeza de otros pensamientos y centrar toda su atención en ese momento, pues de ello dependía su vida. Al moverse, una bala le pasó a escasos centímetros. Rápidamente, casi sin pensarlo, se asomó y pudo ver un hombre que corría, saltando entre las rocas. Esperó y disparó. El hombre cayó, pero enseguida pudo levantarse y siguió corriendo. Oyó un ruido a su izquierda y se giró con rapidez. Vio que había sido producido por el comandante, que llegaba en aquel momento, pistola en mano.

—Creo que le he tocado —le anunció Martí.

—Iremos a ver, pero no deje de mirar hacia delante.

Con prudencia, fueron hasta el lugar donde había caído el hombre. Efectivamente, pudieron observar que había manchas de sangre que indicaban el acierto del tirador. Un objeto de color rojo destacaba entre los colores acres del paisaje. Era una gorra de la policía indígena.

EXPEDIENTES

Julio, 1939

—Bueno, ya tenemos los expedientes de los hombres asesinados —decía Ernesto, mientras enseñaba a Carles las carpetas, que sacaba de un portafolios.

Los dos hombres se hallaban en el estudio ante un café que se habían preparado. Se aseguraron primero de tomar medidas de precaución, pues no acababan de fiarse de Hamed. La excusa que había dado de que estaba rezando cuando vio marchar a Carles no era muy fiable y, de común acuerdo, habían decidido dejar en el secreto de su reunión las cosas que atañían a la investigación.

Ernesto confió a Carles la información relativa a la entrevista mantenida con el coronel Villalba quien, efectivamente, había acompañado al capitán general. El coronel había exigido al capitán, en primer lugar, el conocimiento sobre los avances realizados. Poca cosa había podido decirle el policía. Después, le había hecho comentar qué pasos pensaba dar a continuación y cuáles eran las líneas de investigación abiertas. Ernesto le había explicado que uno de los elementos que podían ayudar en la indagación consistía, precisamente, en buscar puntos de coincidencia en los historiales militares de los dos capitanes, mientras que otro de

los elementos a analizar consistía en interrogar a las familias, por muy doloroso que les resultara.

—¿Pudiste preguntarle por la liberación de mi cuñado?

—Sí. Le comenté y me dijo que, en estos momentos, hay una mayor laxitud en lo que se refiere a las penas de los hombres que están prisioneros. En cuanto le llegue el requerimiento dará las órdenes oportunas para su liberación.

Aquella noticia alegró a Carles, quien confiaba en que su cuñado volviera pronto a su hogar. «Al menos, alguien de la familia podrá seguir una vida normal», pensó.

Comenzaron a estudiar los expedientes: un grueso legajo de documentos que incluían destinos, condecoraciones, acciones meritorias, etc. Vieron que los historiales de los dos hombres en la pasada guerra no coincidían. Mientras Pedro García Cifuentes había estado en el frente andaluz con Queipo de Llano, pasando después al frente del Ebro, Javier Font Vallvé había estado básicamente en Burgos, con la plana mayor del ejército golpista, para después ser destinado al frente de Aragón.

—Nada, no hay coincidencias. Ni en los frentes, ni en los destinos, ni en el tiempo en que estuvieron destinados —comentó Ernesto tras analizar los datos.

—Podría ser que coincidieran en algún lugar, no necesariamente en el lugar de destino militar.

—Pero eso sería muy difícil de comprobar.

—Creo que volvemos a estar en un punto muerto.

—Miraré en qué momento ascendió de grado el capitán Pedro García —dijo Ernesto, mientras removía los documentos.

Un momento de silencio se extendió por el local, mientras los hombres analizaban el pasado militar de los asesinados. Solo se oía el pasar de los legajos.

—¡Aquí está! Consiguió ascender a sargento en el desembarco de Alhucemas por los méritos demostrados en el mismo.

—Aquí tenemos un punto en común. El capitán Javier Font también estuvo en África —constató Carles animado.

—No quiero desanimarte, pero si analizamos el currículum de los oficiales del país, más de la mitad adquirieron galones en África. Ese es un punto en común muy débil.

—Pero es un punto en común.

—A veces me sorprende tu optimismo —le dijo Ernesto.

Los dos oficiales habían acabado por tutearse. La convivencia y la conjunción de intereses había terminado por aproximarlos. Ambos se daban cuenta de que la prioridad ahora estaba establecida en la resolución del caso. Hasta el momento no habían observado ninguna clara coincidencia o posibilidad de avance, y celebraban cualquier aproximación a un resultado por pequeño que fuera.

—Creo que lo veremos mejor, si logramos establecer una pauta en que consten los años y los destinos de los dos oficiales —comentó Ernesto, que apartó a un lado los documentos y, sacando un papel en blanco y un lápiz, comenzó a apuntar los datos que iba rescatando de los papeles oficiales.

Al cabo de un par de horas ya tenían una serie de coincidencias. Los dos hombres habían comenzado el servicio militar en 1918 de soldados, en África, concretamente en Melilla. Después habían sido destinados a la zona de Yebala, en Tetuán, donde habían tomado parte en la conquista de Xauen. Durante el desastre de Annual, habían continuado en la misma zona, donde se habían mantenido hasta la retirada de 1924. A partir de aquí, los destinos de los hombres habían

seguido caminos diferentes.

—Coincidieron durante seis años en el mismo destino. Aquí sí que hay una buena concurrencia. Como mínimo, hay posibilidades de que en este periodo pudieran tener algún enemigo común que haya querido tomarse la justicia por su mano.

—Es una posibilidad, pero muy poco fiable en este momento y difícil de demostrar —comentó Ernesto.

—En este momento, no podemos continuar más por este lado, creo que ahora toca apretar un poco las tuercas a Eusebio.

—¿Y dices que puedes conseguir más?

—En efecto —contestó Eusebio—. Tengo buenos contactos.

—Podría interesarme.

Eusebio asintió. Suerte que Jaime, pues así era como le había dicho que se llamaba el sujeto en cuestión, pagaba en efectivo. Ello le permitía hacer sus negocios y diversificarlos. Pensó que, tras la muerte del capitán, no le habían ido mal las cosas. Tan solo la molestia de aquellos dos policías haciéndole preguntas alteraba su rutina. Aquel día habían venido y le habían apretado con el tema de las relaciones que tenía con los falangistas. Naturalmente, él se había limitado a decir que apenas los conocía, que simplemente se dedicaba a hacer negocios; no había explicado cuáles. Los sabuesos le habían insistido en que, si llegaba a ponerse en contacto con ellos, los debería avisar, cosa que, evidentemente, no pensaba hacer.

—Toma otra cerveza —le invitó el contertulio, un hombre que estaba en la cuarentena, aunque su aspecto parecía el de una persona más mayor. Las arrugas que le crecían en la frente

y el gris de algunos cabellos envejecían su rostro. Era delgado pero fuerte. Eusebio le había visto coger algún bidón de gasolina que le había llevado y lo había levantado con relativa facilidad.

Eusebio no se hizo de rogar. Las invitaciones se habían de aprovechar al momento, pues luego la gente se podía desdecir y él no era hombre de perder ocasiones.

—Lamento la muerte de tu amigo —le dijo, en un tono reservado, mostrando una gran aflicción.

Eusebio no recordaba haber hablado del capitán. Sin embargo, con la cantidad de bebida que llevaba, tampoco era extraño. Al día siguiente no recordaría algunas de las cosas que pasaran. Por ello había apuntado aquellos objetos que le había pedido Jaime.

—Eramos muy amigos —mintió Eusebio.

—Lo entiendo.

—Aquello fue muy cruel.

—No te preocupes. Pronto atraparan al asesino. —Las palabras llegaban al cerebro de Eusebio; sin embargo, le parecía que Jaime no había abierto la boca. Parecía que se deslizaran solas por encima de la mesa y llegaran hasta él.

—Pues no sé. Con el par de tarugos que han enviado desde Barcelona a investigar, no creo que resuelvan nada.

—Pero ellos tienen maneras y métodos para investigar.

—Si es por el Carles Gil ese, es un simple chulo de barrio —dijo, pensando en cómo le había llegado a amenazar el policía esa mañana.

—¿Carles Gil? —preguntó Jaime, inmutable, aunque a Eusebio le pareció que había despertado el interés del individuo.

—Sí, un policía enviado por el capitán general.

—Yo conocí un Carles Gil, pero aquel era republicano.

—Pues este lo es. Mis amigos, que lo conocían, me lo dijeron.

—Interesante. Ya verás cómo encontrarán al asesino de tu amigo. Tómate otra cerveza.

Un rato más tarde, pasadas las dos de la madrugada, se despidieron y partieron en diferentes direcciones, habiendo acordado otro negocio para la semana siguiente. El hombre al que había llamado Jaime entró en la oscuridad de los callejones, donde se desenvolvía con gran naturalidad. Su agilidad y ropaje oscuro le permitía pasar totalmente desapercibido por aquellos lugares. Mientras caminaba, reflexionaba sobre todo lo que había sonsacado a Eusebio. «Así que Carles Gil se ha hecho cargo de la investigación», pensó. «Resulta curioso cómo los acontecimientos se suceden en la vida, dando la oportunidad de saldar las deudas».

La información le había resultado de gran interés y le daba un margen de maniobra que debía aprovechar. Todavía podía girar las cosas en la dirección que a él le concerniese. Su plan aún podía mejorar. Sabía que tenía un as en la manga que podía utilizar.

EL CENTRE DE LECTURA

Julio, 1939

Hacía una tarde de calor bochornosa. El sudor producido por las altas temperaturas unidas a una elevada humedad, propia de la zona, producía una sensación agobiante que no favorecía para nada el humor de Benita.

—¡Pero, habrase visto el zagal! ¿A dónde quieres ir?

—Usted, venga, que tengo que enseñarle una cosa —insistía Carles, intentando arrastrarla a lo largo de las calles de Reus.

Benita protestaba, aunque con la boca pequeña, ya que no podía evitar haberle cogido cariño al republicano, quien le recordaba al hijo que nunca había podido tener. Hoy, después de comer, el policía había insistido en que tenían que ir a recoger algo y que la acompañaría en parte de su trayecto hasta su domicilio. Ella refunfuñaba porque decía que había perdido sus gafas y ahora le perjudicaría la vista. En ese momento ya pasaban por la plaza Prim y bajaban por Monterols. El policía paró ante un escaparate, con un cartel que ponía «Salas óptico».

—Ya hemos llegado —le dijo a una sorprendida Benita.

—¿Y esto?

—Pase, que nos esperan —dijo, cogiéndola del brazo y

haciéndole entrar a la tienda.

En la tienda, un trabajador hizo sentar a la granadina en un cómodo sillón. Les dio la bienvenida y se dirigió a la trastienda a buscar un objeto. Volvió con una pequeña caja que abrió ante ellos. Allí estaban sus gafas restauradas con los dos cristales. El sencillo acto había hecho enmudecer a Benita, siempre tan dicharachera.

—Pero ¿qué has hecho? —le dijo en un susurro a Carles.

—Pues arreglarle las gafes, ¡que ya le hacía falta! Así evitamos que me dé sustos como el del primer día.

—Pero, yo esto… no *pueo* pagarlo —le dijo en un cuchicheo.

—No se preocupe —le contestó Carles, en el mismo tono —, esto ya está pagado.

—Así es que yo no encontraba mis gafas, ¡bribón! —le dijo, en un tono de regañina.

—Ahora las puede guardar en ese estuche, así no las perderá.

El trabajador les comentó que, ante cualquier problema, podía traerlas a reparar, que ellos no habían cerrado ni en los peores tiempos de la guerra. Cuando salieron, unas lágrimas rodaron por el rostro de Benita, presa ahora de la emoción.

—¡Mujer, no es para tanto!

—Sí que lo es. En estos tiempos en que cada uno va a lo suyo, sin importar lo de los demás, estos detalles son *mu* importantes.

—Piense que, gracias a usted, ya he engordado unos kilos y no parezco tanto un delincuente.

—No, si un poco delincuente ya eres —dijo Benita, dándole un abrazo.

Bajaron caminando hasta la plaza de España, antigua plaza del Mercadal. Allí se despidieron. Mientras la mujer

tenía que ir a su casa, Carles quería investigar un aspecto que, hasta el momento, no habían tenido en cuenta y para ello debía ir al Centre de Lectura.

Después de observar que los dos hombres asesinados habían sufrido un suplicio tan cruel como el de cortarles la cabeza y teniendo en cuenta que ambos habían estado en África, le vino a la cabeza si aquello podía responder a algún tipo de práctica tribal, de ritual o si, sencillamente, se trataba de la expresión de la locura de un sujeto trastornado. Para ello, quería consultar algún libro sobre culturas del norte de África o sobre el periodo de dominio español sobre Marruecos. Le habían comentado que el Centre de Lectura poseía una gran biblioteca, probablemente la más completa de la ciudad.

El Centre de Lectura se había creado en 1859, como un intento de la sociedad cultural reusense de combatir el analfabetismo y aproximar la masa obrera al mundo intelectual. La preocupación por el tema hizo que Güell i Mercader, junto con otros amigos, convertidos en socios del proyecto, buscaran un local, situado en la calle Vallroquetes. Los socios realizaban donaciones de libros y comenzaron la publicación de un periódico de literatura y de intereses locales: el *Eco del Centro de Lectura*. Padeció diversas vicisitudes, entre las que se hallaban su cierre en 1866, acusado de conspirar contra el gobierno —gracias al carácter democrático del centro —, y diversos traslados de domicilio, causados por problemas económicos y por una visión cultural avanzada para la época. Finalmente, el Centre de Lectura se instaló en la ubicación actual, en la calle Mayor. Fue Evarist Fàbregas, un filántropo, quien compró el local y pagó las reformas. A partir de aquel momento, el prestigio del Centre aumentó de manera considerable.

En un principio, el Centre ofrecía varias vertientes como

eran la literaria y la coral. En 1909, la coral, su especialidad más próspera, se separaría creando *l'Orfeó*. Por lo que hacía referencia a su amplio espectro cultural, se editaron diversas revistas culturales y artísticas, adquiriendo gran significación a finales de los años veinte y principios de los treinta. Algunos de los mejores escritores del momento participaban en la revista del Centre. La biblioteca siempre había formado parte de los intereses de los dirigentes del centro y se había ido ampliando con donaciones de personajes importantes en la vida de la ciudad, así como concesiones de organismos oficiales.

Cuando Carles se desvió para bajar por la calle Mayor, dos chiquillos vestidos de falangistas le salieron al paso.

—¡Arriba España! —le gritaron, levantando la mano emulando el saludo fascista.

Su primera impresión fue dar un par de bofetadas a cada uno de los chiquillos y no pudo evitar que se le escapara un «mecagoen…», levantando la mano para ejercer la acción, pero inmediatamente se percató de que aquel acto que había pensado hacer no solo no era conveniente, sino que podía llegar a ser peligroso en una sociedad como aquella en que había triunfado la intolerancia frente al entendimiento, la venganza frente al perdón y el sectarismo frente a la generosidad. Fue por ello que intentó arreglar la situación:

—Venga, muchachos, ¡con más energía, que os veo un poco flojos! Se ha de decir con más firmeza.

Al estupor inicial producido por la acción de Carles, le siguió otra de espanto ante la posibilidad de no dar la talla en su tarea, cosa que les podía ocasionar algún disgusto ante sus compañeros. Los muchachos se giraron y subieron por la calle dispuestos a ejercer su oficio con mayor intensidad si cabe. Carles pensó que ahora no era extraño ver niños disfrazados

de falangistas como si de un macabro carnaval se tratara. Pensó que, en el día a día, la delación, la encarcelación, la pérdida de libertades y la depuración, se convertían en los ejes y la esencia de la nueva política, poniendo las bases del miedo y de la represión generalizada.

Intentando dejar de lado aquellos funestos pensamientos llegó ante el Centre de Lectura. Observó que estaba cerrado. Intentó empujar la puerta, pero no consiguió abrirla.

—Está cerrado —oyó que le decía una voz a su espalda.

Se giró y vio a un hombre de mediana edad, bien trajeado y que caminaba con un bastón, diríase más por elegancia que por necesidad. Un rostro noble, con una barba cuidada y una mirada agradable, que hacían de él una persona confiable.

—¿Y cuándo abren? —preguntó el policía.

—No. Está cerrado, clausurado. ¿Buscaba algo en concreto?

—Quería consultar la biblioteca. ¿Cree que es posible?

—Verá, el Centre de Lectura era un organismo privado. El alcalde, Enric Aguadé, lo clausuró a la entrada de las tropas nacionales para evitar saqueos. Ahora es la sede del CNS.

—¿CNS?

—La Confederación Nacional de Sindicatos. Por otro lado, el ayuntamiento intenta recuperar el Centre como un edificio municipal de uso cultural, pero, al paso que va, no creo que ni usted ni yo lleguemos a verlo.

—¿Usted cree que la biblioteca permanece?

—Sí, todavía hay parte de la biblioteca, pero todo el edificio está en muy mal estado. Ha sufrido los bombardeos y por ello no reúne las condiciones óptimas que tenía antes de la guerra. Perdone, no me he presentado, Eduardo Mercader —le dijo, extendiendo la mano.

—Carles Gil.

—Venga. Le invito a un café. Así, si no le importa, podrá explicarme qué hace que un caballero como usted esté interesado en la biblioteca del Centre de Lectura.

—¿Es usted de Reus? —preguntó Carles.

—No, por dios —sonrió Eduardo—. No podría serlo. Soy de Lérida. Los reusenses son personas bien especiales. En primer lugar, consideran que es el lugar más privilegiado del mundo. Después, valoran y analizan los sujetos teniendo en cuenta la familia de la cual provienen, como si hubieran de pasar una prueba de ciudadanía para ser aceptados dentro de la sociedad civil.

—Me parece que eso es muy general a todos los pueblos y ciudades.

—Pero Reus tiene otra particularidad. Maltrata a los personajes que la engrandecen para después adoptarlos con todo fervor cuando se han ganado la universalidad. Tal es el caso de Gaudí o del mismo Prim —dijo señalando la estatua —. Por último, uno de sus objetivos más importantes en el día a día consiste en hacer la puñeta a Tarragona. ¿Sabe usted cuál fue el planteamiento principal para colocar la estatua del general Prim en esa dirección?

—Lo ignoro.

—El planteamiento fue que el culo del caballo estuviera en dirección de Tarragona.

—Ya veo —sonrió Carles—. No hay un solo pueblo o ciudad que no se reafirme ante el pueblo de al lado. Las rivalidades entre ciudades es una constante en nuestro país.

Continuaron la alegre conversación y llegaron al hotel Londres, un edificio del setecientos, cuya base era la antigua casa de los Miró i Ortafa y que se formó gracias a incorporar casas a la propiedad original. La amplia fachada señorial se hallaba en la plaza Prim, contribuyendo al aire noble y

distinguido de la misma.

Pasaron a un salón donde la decoración, de estilo clásico, daba un aire distinguido y melancólico al ambiente. Parecía que por allí la guerra no hubiera pasado. Pidieron unos cafés.

—¿A qué se dedica? —preguntó Carles.

—Soy empresario. Tengo empresas diversificadas que intento remontar ahora que ha pasado el conflicto. ¿Y usted? ¿Qué intentaba buscar en la biblioteca?

—Verá, resulta difícil de explicar. Intentaba buscar información sobre un par de cosas. —Carles notaba que no le resultaba difícil sincerarse ante aquel hombre, pero también era consciente de la confidencialidad del caso.

—Explique. Yo conozco gente que probablemente pueda ayudarle.

—Verá, para comenzar, quiero decirle que soy policía.

—Interesante. Permítame que le pregunte, usted no es de aquí, ¿verdad?

—No, en efecto.

—¿Es usted policía del servicio de información?

—No, pero nos hallamos ante un caso especial y quisiera contrastar unas informaciones.

—¿Qué tipo de información puede encontrar en una biblioteca?

—Algo sobre culturas del norte de África y sobre la colonización de Marruecos por los españoles.

—Yo fui alguna vez a Marruecos, por negocios.

—¿En qué año?

—Hacia el 26.

—Necesitaría información concreta entre los años dieciocho y veinticinco.

—Creo que puedo ayudarle.

—¿Ah, sí? —se sorprendió Carles.

—Conozco a unos amigos que estuvieron en África en ese periodo. De hecho, vivieron el desastre de Annual.

—Me interesaría hablar con ellos.

—Eso es fácil. Nos reunimos en esta sala los jueves por la tarde para tomar el café y echar alguna partida de cartas.

—¿Todos los jueves?

—La mayoría. Ellos son ciudadanos veteranos de la ciudad, pero estuvieron en lo más gordo del conflicto. A menudo se pavonean diciéndolo.

—Entonces vendré este jueves, alrededor de las cinco.

—Aquí estaremos. Y veré que puedo hacer por usted respecto al Centre de Lectura. Intentaré conseguir el permiso para entrar. Tengo mis contactos. A menudo voy para realizar algún estudio.

—¿Qué tipo de estudio?

—De todo tipo. Más bien siento curiosidad, aquello imprescindible y necesario para aprender. Pero la verdad es que me gusta bastante la historia, la heráldica y la cultura en general.

—Veo que es una persona con horizontes amplios.

—Lo intento. Lo intento.

Cuando salían del hotel, una joven vestida con una blusa blanca y una falda gris pasó junto a ellos. Iba distraída, por lo que no pudo verlos hasta que tropezó con el policía. Se le cayó una bolsa de tomates que fue a dar con el suelo. Los tomates se desparramaron.

—¡Lo siento! —dijo apesadumbrado Carles.

Ella se giró para decir algo, pero, en cuanto lo vio, se calló. Su mirada pasó de la furia al temor en una fracción de segundo. Se agachó y se puso a recoger los tomates. El republicano también se agachó a cogerlos. Sin embargo, ella rechazó su ayuda.

—No, gracias. Ya los recojo yo —dijo con decisión.

—Perdone, pero la culpa ha sido mía —le respondió, dándole el último tomate.

Ella lo cogió y se marchó rápidamente. En una ocasión se giró para mirar a los dos hombres, pero no abandonó el paso rápido que llevaba.

—¿Qué le pasa? —preguntó intrigado Carles.

—Yo no soy el policía, pero diría que es un caso de conciencia intranquila.

—¿Qué quiere decir?

—Supongo que es una persona de ideología republicana que se ha encontrado ante dos personas del nuevo régimen. Como apenas tienen nada, se ven obligados a recurrir a medidas un tanto desesperadas para conseguir alimentar a la familia.

Poco después, se despidieron y acordaron verse el jueves siguiente. Para ello faltaban un par de días. Carles decidió pasear por la ciudad, una ciudad que mantenía sus secretos ante una apariencia de normalidad. Como no buscaba una dirección concreta, decidió seguir aquella que había tomado la muchacha. La verdad es que le había sorprendido esa mirada de la chica. Había podido notar cómo la furia que había sentido al principio, se había transformado en algo parecido al pánico. «Cuántas familias viven ahora aterrorizadas bajo una apariencia de normalidad», pensó. Otra cosa que le había llamado la atención había sido su rostro, un rostro hermoso, donde no cabía la indecisión, con una mirada que, en un momento, le había recordado a la de Dolors.

MALAS NOTICIAS

Mayo, 1921

El tiempo en el cuartel parecía haberse detenido a lo largo de aquel año de 1921. Las noticias del progreso de las tropas españolas sobre el territorio rifeño eran celebradas por los soldados. Todo parecía indicar un avance victorioso, sin apenas resistencia. A Martí le gustaba escribir en su diario los acontecimientos que se habían ido sucediendo, mezclándolos con las ideas propias o sucesos que le atañían a nivel más particular.

La euforia que parecía dominar en el ambiente contrastaba con las opiniones que, en su momento, le dijera el comandante Benítez, un hombre de una gran credibilidad, que no dudaba en llamar a las cosas por su nombre y en plantear las dificultades que generaba esta ocupación territorial. Como él decía, si expresaba las cosas como las pensaba, probablemente sería acusado de derrotista.

Este recuerdo del comandante le trajo a su mente el incidente de febrero. El conductor del vehículo pasaría a engrosar el ya amplio número de bajas militares. Del *paco*, no se supo más, pero el comandante Benítez no dejó de manifestar una gran preocupación, no tanto por el incidente en sí, sino por la sucesión de los hechos que parecían abocar,

sin remedio, a una confrontación armada. En la confianza que al parecer le había cogido a Martí, le manifestaba opiniones que, probablemente, no podría decir en otros ámbitos.

—El jefe del aduar ya me avisó de los avances que estaba realizando Abd El-Krim en la unión de las cabilas.

—Pero ellos no se han unido —le comentó Martí.

—Los cabileños valoran mucho su independencia y defienden sus creencias y opiniones aun en contra de otros rifeños. Ello es lo que nos da el aire y nos permite dominarlos.

—Pero, el terreno está ahora más controlado. Se han ido ganando territorios. El general Silvestre parece tener la suerte de su parte.

—Conozco a Silvestre. Ha tenido suerte, mucha suerte, pero la fortuna es incierta y no siempre sopla hacia el mismo lado. En cierta ocasión, en Cuba, fue atacado tan brutalmente a machetazos que los insurrectos lo dieron por muerto y lo dejaron colgado de un árbol. Así lo encontró la ambulancia. Sobrevivió, pero esa fortuna momentánea no te asegura el éxito en operaciones futuras. El control de la región no se ha hecho sobre una base sólida. Los puestos españoles distan mucho unos de otros y no están asegurados. Las tropas están extendidas a lo largo de muchos kilómetros. Están formadas por jóvenes de reemplazo que lo único que desean es acabar el servicio y volver a su casa.

—¿Por qué el general Silvestre tiene ese interés en expandir las tropas por el territorio?

—El general Silvestre persigue el viejo sueño de llegar a la bahía de Alhucemas para establecer una base marítima que facilite la expansión por el terreno. Pero hay un inconveniente.

—¿Cuál?

—Que está en territorio hostil. Cualquier intento por

llegar a Alhucemas ha de estar muy bien defendido.

—Pero, aun así, los moros no se atreven a atacar.

—Hasta ahora. Hay una cosa que me mencionó el jefe del aduar y que he vuelto a sentir en informaciones de otras cabilas.

—¿Qué es? —preguntó intrigado Martí.

—El jefe me dijo que los beniurragueles están intentando formar una *harka*. Consideran que, si Silvestre entra con sus tropas en su territorio, la guerra estará asegurada. Ese es el margen que tenemos.

—¿Dónde está el límite de su territorio?

—El límite está en el río Amekrán.

—¿Y estamos cerca del río Amekrán en nuestro avance?

—Annual está muy cerca. Me temo que el general querrá continuar avanzando, pensando que su buena suerte le acompañará en todo momento.

Aquella conversación con el comandante había encendido la inquietud en Martí quien, hasta el momento, había visto la guerra como una posibilidad muy lejana y utópica. Ahora, visto el avance del ejército y las advertencias que llegaban de los informadores próximos a las cabilas, contemplaba la confrontación como una cuestión bastante probable. A lo largo de los meses, el nombre de Abd El-Krim había ido ganando fuerza hasta convertirse poco menos que en un icono de la resistencia rifeña. La imagen de un fantasma que recorría los aduares y poblados consiguiendo adeptos para su causa le venía a la cabeza cuando oía aquel nombre.

Por lo que se refería al comandante, este se hallaba ahora en la posición de Sidi Dris, en la desembocadura del Amekrán. Cuando oyó por primera vez el nombre, su congoja le llevó a situarlo en el mapa. Fue entonces consciente de lo cerca que estaba de cumplirse aquella amenaza que pendía en

el aire. Al parecer, la armada había tenido un papel importante en la creación de esta posición. Se buscaba crear puestos en la costa para poder asistir a otros más importantes como el de Annual. Por lo visto, el general Silvestre seguía intentando cumplir el viejo sueño de llegar a Alhucemas.

Una tarde de finales de mes, caminaba por el muelle con Julià. Allí se sentaron en un pequeño local, en cuya puerta había unas sillas y unas mesas. A pesar de que su compañero apenas había hablado, Martí sabía que aquel día había pasado algo que lo tenía aturdido, como así lo mostraba su estado de ánimo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Martí—. Hasta el momento apenas has dicho nada.

—Verás —dijo con una serenidad que parecía indicar una gran pesadumbre—, ya te dije que me quedan pocas semanas para cumplir el servicio y volver a casa.

—Así es, en efecto.

—A pesar de haber tenido destinos en diferentes lugares del territorio, yo ya confiaba en no moverme de Melilla hasta mi licencia.

—¿Y no es así?

—Por lo visto, no. Ahora nos llaman para ir a Annual. Al parecer, al puñetero general Silvestre no se le ha ocurrido otra cosa que enviar más tropas a esa posición para poder cumplir sus caprichosos sueños de grandeza.

—¿Hay planeada alguna ofensiva nueva?

—No lo sé, pero lo único que sé es que solo me queda un mes de hacer el idiota en África.

—Hombre, no te pongas así. Piensa en los beneficios que son para el país…

—¿Es que no entiendes nada? —dijo visiblemente enfadado, cogiéndolo del brazo—. ¿De qué beneficios hablas?

¿Tú has recibido algún beneficio por estar aquí bajo las órdenes de unos mandos ineptos? ¡Mira cómo van vestidos los soldados! Ni siquiera tienen un uniforme en condiciones, su preparación es deficiente. Son un montón de chavales, casi niños, que no saben ni pegar un tiro. Total, para defender los intereses de determinados empresarios y mantenerles el negocio que tienen montado con las minas de hierro… Siempre ha sido igual. Los poderosos abusan de los infelices como nosotros para llenarse las alforjas sin importarles la sangre y los sacrificios que cueste.

Ante la súbita explosión de ira que apareció en el rostro de Julià, Martí no pudo menos que callarse momentáneamente, para luego apostillar:

—Esto lo dices por tu situación personal, ¿verdad? ¿Qué fue lo que te trajo a África realmente?

Julià quedó un momento pensativo, recordando unos hechos que formaban parte de un pasado que parecía muy lejano. El sanitario, paciente, dejaba que los recuerdos afloraran en la mente de su compañero, unos recuerdos que podían ser dolorosos.

—Tú vivías en Barcelona, ¿verdad?

—En efecto.

—Yo trabajaba en una empresa en Barcelona que se dedicaba a producir material para las grandes empresas eléctricas como La Canadiense. Era una empresa que llegó a tener más de ciento cincuenta trabajadores. Desde hacía años, yo pertenecía a la CNT, incluso en la época de la clandestinidad. Junto a los trabajadores de otras empresas del sector, formamos la base sindical para organizar la huelga general de 1917. La causa estribaba en que, a pesar del enriquecimiento que había supuesto para la economía española el hecho de mantenerse neutrales en la Primera

Guerra Mundial, los beneficios no habían llegado a la clase obrera. Los artículos de primera necesidad habían subido de precio y había una gran crisis de trabajo. Pedíamos unas condiciones mínimas para que las personas pudieran tener una vida digna. La huelga perseguía una transformación completa de la estructura política del país. La intención era revolucionaria y en Cataluña se consiguió paralizar las actividades industriales durante varios días. Por lo que sé, en la empresa donde trabajaba, La laboral, que estaba situada en el Pueblo Nuevo, se buscaron responsables de la huelga. Nos informaron desde fuentes sindicales fiables que otro compañero, un tal Reinaldo Arnate, que estaba infiltrado en el sindicato, había recogido información sobre líderes sindicales, sus movimientos, familia, etc. Eran momentos muy duros y sabíamos que la patronal no se andaría con chiquitas. Más de un sindicalista o anarquista había sido asesinado por pistoleros pagados por los empresarios. Reinaldo era un peligro y lo sabíamos. Había que eliminarlo. Un compañero y yo nos echamos a suerte quien se haría cargo del trabajo y me tocó a mí…

En ese momento, Julià frenó su discurso, emocionado sin duda por los recuerdos de aquellos momentos.

—¿Y qué hiciste?

—Lo seguí. Fui hasta el piso donde vivía. Llevaba una pistola cargada. Sabía que la vida de mis compañeros y la mía estaban en mis manos. Forcé la puerta y entré.

Martí permaneció en silencio, consciente de que aquello equivalía a una confesión y que era mejor dejar acabar el relato con el lento ritmo marcado por su compañero.

—Con sumo cuidado entré en el piso. Oí ruido en la habitación de al lado. Entré y vi a Reinaldo. Se hallaba con un niño de unos seis años de edad. Le amenacé. Le pregunté

donde tenía los documentos que podían incriminarnos. El hombre estaba aterrorizado. Yo creo que, más bien, pensaba en su hijo. Me acercó un paquete que tenía escondido. Al parecer todavía no había entregado la información. Yo…

—¿Sí?

—No fui capaz de matarle. Cuando vi al niño, pensé en mi hijo y en lo duro que sería para él crecer sin un padre. Así que me marché.

—Pero eso debía acabar con el problema. Si tenías los documentos, no los tendría el empresario.

—Eso pensé yo y con esa intención continué en el trabajo una vez hube quemado los documentos. La cosa pareció calmarse unos meses, pero nuevos aires revolucionarios se respiraban en el ambiente. Para evitar huelgas como las anteriores, supimos que el patrón había contratado a un pistolero. En marzo de 1918, Reinaldo Arnate apareció muerto de un balazo en la frente. Entonces supe que, probablemente, no recordaría toda la información que tenía en los documentos, pero sí que habría recordado quien se los sustrajo. Por ello, tuve que quitarme de en medio. Me escondí un tiempo y luego me alisté en el Ejército, un lugar donde desaparecer un tiempo.

—Pero no hiciste nada malo.

—Sin embargo, he hundido mi futuro y he perjudicado a mi familia. No puedo volver al trabajo, porque mi nombre está escrito en letras bien grandes en la lista de un asesino. Además, he perdido tres años de mi vida sin poder ver a mi mujer y mi hijo. Eso sin contar las dificultades que deben de estar padeciendo ellos.

—Pero, como tú dices, te queda poco tiempo de estar aquí. Marcharás pronto.

Martí estaba sorprendido por la afectación que presentaba

Julià. Nunca lo había visto de aquella manera y, en el fondo, pensaba que exageraba un tanto el futuro.

—¿Recuerdas lo que me contaste del río Amelarán?

—Sí, ¿por qué? —Martí sentía que se le erizaban el vello al sentir aquella palabra, ya que la tenía connotada con la sensación de peligro.

—Conozco a un capitán, aquel del que te hablé alguna vez.

—¿Sí?

—Estuvo con otros mandos hablando con Mohamed Ukarach, faquir de Temsamán. Al parecer, este ha pedido ayuda al general Silvestre porque teme un ataque de los beniurragueles.

—¿Y ha aceptado?

—En efecto. Incluso han planeado la toma de la colina de Abarrán para frenarlos.

—¿Y eso qué significa?

—Que tendrán que pasar el Amekrán.

Todavía afectado por la información que Julià le había dado aquel día, Martí llegó al cuartel. Una inusual movilidad entre los soldados, preparando macutos, bolsas, etc., le alertó de que algo estaba pasando.

—¿Qué ocurre?

—Prepara tus bártulos —le dijo el compañero que estaba empaquetando—. Mañana nos vamos para Annual.

EL LEGIONARIO

Julio, 1939

—Y ¿cómo lo vio usted?

—Nervioso, muy nervioso. Y también disgustado. Creo que no le gustó que nos interrumpiera.

Ernesto miró a aquella mujer haciendo un gesto de afirmación con la cabeza. La señora, de unos 35 años, al parecer había sido la amante del capitán Pedro García Cifuentes. Eusebio les había traído hasta su vivienda. El cabo se había quedado en el coche junto con Hamed mientras que Carles y Ernesto habían subido al piso donde vivía.

El piso no era muy grande, pero estaba bien arreglado. Luisa Fernández les había abierto la puerta y ofrecido una taza de té. Manejaba las emociones con gran sobriedad y, aunque manifestaba un profundo pesar por la muerte de su amante, su mirada y sus gestos no concordaban con lo que expresaba verbalmente. Carles pensó que, para ella, el capitán había sido una fuente de ingresos en unos tiempos tan difíciles y ahora, probablemente, debía buscar otra persona que pudiera financiar su tren de vida.

Ante unas primeras preguntas generales de rigor, pudieron comprobar que poseía la titularidad del piso que le había comprado el capitán. Al parecer, también recibía algún tipo de

paga mensual. «Una mujer ha de buscarse un medio de vida, sobretodo en estos tiempos», les había manifestado. Y a fe, que lo había conseguido.

—¿Estaban enamorados? —le había preguntado Ernesto, ante la sorpresa de ella, que lo miraba como si le hubiera preguntado si era extraterrestre.

—Lo nuestro era un acuerdo comercial. El amor no formaba parte de él.

—¿Se veían con asiduidad?

—También era su casa. Él venía cuando podía o quería. Habitualmente, un par de veces por semana.

—¿Normalmente estaba tranquilo o lo vio preocupado alguna vez?

—Pedro había tenido una vida muy difícil. Una vida en el ejército, involucrado en guerras. A veces lo oía gritar en sueños. Supongo que uno ve y pasa muchas cosas, algunas difíciles de digerir.

—¿Manifestó en algún momento sentirse en peligro? ¿Dijo algo al respecto?

—No. No dijo nada en ese aspecto. No recuerdo que dijera estar en peligro, aparte de comentar situaciones de inseguridad en las guerras. De todas formas, no era muy dado a hablar de esos temas.

—¿Su carácter era siempre tranquilo o alguna vez lo vio nervioso?

—Era una persona tranquila, con un ego bastante alto. Ellos habían ganado la guerra, como solía decir. Creía que no había nada que lo pudiera detener. Sin embargo, una vez, lo vi bastante nervioso.

—¿Cuándo fue eso?

—Eso fue a finales de mayo. Ya hacía buen tiempo y fuimos a la rambla por la tarde a tomar algo. Estábamos

sentados en una terraza cuando vino un hombre que, al parecer, lo conocía.

—¿Y qué pasó?

Luisa recordó aquel momento en que llegó a ver una faceta de Pedro que no había visto hasta entonces. Estaban tomando una copa en una terraza próxima al balcón del Mediterráneo cuando un hombre, delgado y no muy alto, con una ropa muy descuidada, como si hubiera estado durmiendo en cualquier callejón, se les aproximó. Su aspecto daba un poco de miedo, ya que una herida le cruzaba la cara en la mejilla izquierda. La impresión que ofrecía era de desidia. Los ojos, enrojecidos, parecían los de un hombre que había perdido el norte y la expresión correspondía a la de una persona irritada. El capitán no lo vio hasta que lo tuvo casi encima.

—Hombre. Parece que a algunos les va muy bien. Siempre apostando por el bando correcto en el momento adecuado.

—¡Sergio! ¿Qué haces aquí? ¡Por Dios! ¡Se te ve hecho un desastre!

—Algunos nos hemos retirado —dijo, con una voz que denotaba el abuso de la bebida dado que la lengua no la manejaba con la agilidad requerida—, o nos han retirado.

—¿No pudiste controlar la bebida o fue que dejaste de obedecer órdenes?

—No te rías de mí. Sabes que fui un buen soldado.

—Lo fuiste, pero ahora eres un don nadie.

—¿Te crees tú mejor que yo porque tienes unos galones y una puta?

—No tolero que hables así. ¡Será mejor que marches!

—¿—Recuerdas algunas de las cosas que hicimos? ¿O piensas que tú no las hiciste?

—Escucha, no es momento de hablar de viejos tiempos. Aquello fue otra época. Ahora será mejor que desaparezcas.

—Será mejor que te escondas soldadito. Hay una sombra que te anda buscando.

—¡Estás borracho! ¡Márchate! Ya no eres un legionario.

—Adiós para siempre. Recordarás Xauen.

Pedro se levantó de la silla visiblemente alterado, como Luisa no recordaba haberlo visto nunca. Los ojos parecían salírsele de las órbitas y la expresión de la cara pasó del asombro a la irritación. Se dirigió hacia el legionario y lo cogió de la chaqueta.

—¡Escúchame, imbécil! Aquello está pasado, igual que tu tiempo. No quiero verte nunca por aquí, ¿me has entendido? ¡Nunca!

La mujer hizo una pausa en la explicación. Había estado concentrada intentando explicar todo lo sucedido palabra por palabra, como le habían aconsejado los policías.

—Después de aquello, el hombre marchó haciendo un gesto de despedida con la mano mientras una sonrisa, que parecía la de un demente, le cruzaba la cara.

—¿Lo vio alguna vez más? —inquirió Carles.

—No, nunca más.

—¿Y cómo le afectó a Pedro?

—Le puso muy nervioso y disgustado. Creo que nunca lo había visto así. Renegó de él y no paró de despotricar diciendo que era un inútil y un borracho.

—¿Le preguntó quién era aquel hombre?

—Se lo pregunté, pero me volvió a repetir las palabras anteriores. Ante mi insistencia, me miró fijamente y, muy serio, me dijo: «¡Mírame y escúchame! Ese hombre no es nadie. Una vez fue un soldado en otra vida, pero ahora es un simple borracho y un incapaz. ¡Olvídate de él!».

Naturalmente, viendo que se había alterado tanto, no le volví a preguntar por él.

—¿Y no le preguntó qué significaba aquello de Xauen? —inquirió Carles.

—Cuando se calmó un poco le pregunté, pero él me miró de una manera agresiva. Como si le hubiera agredido. Con un tono de voz amenazante, me dijo: «Ya te he dicho que aquello pasó. Xauen no es nada. Nada que te pueda importar. No vuelvas a hablar del tema». Nunca más le volví a preguntar.

—Está bien señora —le dijo Ernesto—. Si recuerda alguna cosa más, póngase en contacto con nosotros. Le dejo esta tarjeta. Llame a este número.

Cuando bajaban la escalera, Carles le preguntó a Ernesto:

—¿Crees que tiene alguna relación el suceso que ha explicado con el asesinato?

—No lo sé, pero en principio, hay datos inquietantes. Por un lado, el hecho de decir que una sombra le está siguiendo y al poco tiempo aparece asesinado. Recuerda que, según Eusebio, no sabía si el asesino era una persona o un animal. Esa indefinición podría corresponder a la sombra mencionada. Otro aspecto interesante es que sabemos su nombre, aunque no su apellido, y que era legionario. Seguramente lo habían expulsado por algún motivo.

—Luego está el hecho de Xauen —complementó Carles —. Esta es una ciudad de Marruecos que se encuentra en la Yebala. Allí estuvieron tanto Pedro como Xavier. De hecho, el tercio de legionarios se creó allí. Franco fue el comandante de la primera bandera.

—Si esa historia tuviera algo que ver con el asesinato, las investigaciones nos llevarían al norte de África.

Subieron al coche donde esperaban Hamed y Eusebio, quienes se hallaban en una acalorada discusión. Al parecer, el

cabo quería convencer al moro de que las alfombras occidentales eran superiores a las orientales. Por otro lado, Hamed defendía, a capa y espada, lo contrario.

—Mí utiliza alfombra persa, ¿sabes? La base es de algodón. Utilizar para la trama. Después, el terciopelo se forma con lana y seda. Una lana *kurk*, como decir… De mucha calidad. Lana kurda, muy buena.

—Parece que tenéis algún problema —comentó Carles al entrar al coche.

—No problema —dijo Hamed—. Eusebio pensar que yo pardillo. Quiere engañar a Hamed como engañar a todo el mundo, pero yo no ser pardillo. Yo ya muchos años. He visto muchas cosas.

Con esas palabras, el coche enfiló hacia Reus. Durante el viaje, apenas nadie habló. Cada uno daba vueltas a algún tema de interés propio. Para Carles, la frase que había dicho Ernesto le había producido una cierta inquietud. Hasta el momento no había querido pensar en ello, pero realmente los hechos no parecían ser consecuencia de algo que hubiera pasado en la guerra civil sino de algo anterior, de la guerra de África. No pudo evitar el hecho de pensar que su padre había sido dado por muerto en el desastre de Annual. Le vino a la mente aquellos recuerdos de su madre encerrada en la habitación y llorando junto a una foto suya. Su pensamiento retrocedió intentando visualizar algunos momentos compartidos con él, pero siempre lo recordaba trabajando o en reuniones semiclandestinas donde parecían que iban a arreglar el mundo. Lo triste es que no pudieron arreglar gran cosa y, en cambio, él lo perdió todo en una guerra sin sentido que lo hizo desaparecer.

Recordaba algunos paseos que daba con sus padres por Barcelona, donde iban a visitar las interminables obras de la

Sagrada Familia, el relajado paseo por el parque Güell o las excursiones al puerto de Barcelona. Allí iban a despedir a los barcos y a lanzar piedras desde el espigón. Entonces valoró que habían sido muy escasos los momentos en que habían estado todos reunidos como una familia normal. Una enorme dosis de añoranza le nubló las emociones y hubiera llorado en aquel momento si no fuera porque se hallaba en el vehículo rodeado de tres individuos a los que hacía tan poco que conocía.

Un buen día, de repente, su padre dejó de venir por casa. Carles recordó la asiduidad con que preguntaba a su madre por él. En principio, ella le hacía ver que él estaba trabajando fuera y no podía venir a casa. Pasó el tiempo y continuaba sin venir. Pero llegó un momento en que un compañero de juegos del barrio le dijo: «Tu padre ha matado a un hombre y lo persigue la policía». Aquello le hizo ver las cosas de otra manera. No sabía cómo preguntarle a su madre, pues temía la respuesta. Un día se armó de valor y le preguntó: «Mamá, ¿es cierto que papá ha matado a un hombre?». Su madre se giró con una expresión dolida y, enfurecida, le dijo: «¿Quién te ha dicho eso? ¿Quién ha sido? Dile a quien haya sido que es un embustero. Tu padre no ha matado a nadie». Sin embargo, ya las lágrimas corrían por su rostro y se marchó a la habitación donde continuaba su particular duelo.

Aturdido ante aquella situación que no acababa de entender, Carles no dejaba de observar las reacciones de su madre. Estas representaban unos buenos indicadores de su estado de ánimo. Por ellas sabía cuándo estaba nerviosa, triste o desesperada. Pocos momentos había para la alegría. Ella había cogido la responsabilidad que conllevaba tirar hacia adelante el hogar familiar. Todas las faenas y responsabilidades recaían en su persona, cosa que hacía con

una gran dignidad.

Un buen día notó algo extraño. La actitud de su madre había cambiado. La percibía distraída, de una manera que perjudicaba sus acciones, cosa nada habitual en ella. Carles intuyó que había recibido alguna noticia del ausente, aunque no se atrevió a preguntarle. Ese día habían recibido una misiva de un individuo que decía que había trabajado con su padre. Él había espiado la breve conversación que había tenido aquel hombre con su madre, gracias a una pequeña rendija que ofrecía la puerta de su habitación. Por la noche, cuando se suponía que debía dormir, notó cómo ella se preparaba para salir. Poco tardó el muchacho en seguirla cuando desapareció en la noche. Tras atravesar varias callejas, pudo ver que entraba en un local oscuro. De las sombras salió aquel hombre que la había visitado y la hizo entrar. Al cabo de una hora, aproximadamente, salía de manera precipitada su madre. Un río de lágrimas bajaba por su rostro. Carles apenas tuvo tiempo de esconderse para que ella no lo viera. Poco después vio salir dos hombres del local y pudo ver, para su gran sorpresa, que uno de ellos era su padre.

—¡Papá! —dijo en un susurro que oyeron los hombres, pues apenas distaban unos metros del chico.

—¡Carles! —dijo uno de ellos, girándose y caminando hacia él.

Padre e hijo se abrazaron de manera sentida y emocionada.

—¡Papá! Ven a casa.

—Ya quisiera yo, pero no puedo Carles. De verdad que no puedo.

—Mamá llora por las noches. Ven a casa.

—Algún día lo entenderás —dijo, embargado por la emoción—, pero ahora no puedo volver. Te prometo que

volveré. Ya lo verás.

—¡Papá! —A Carles se le hacía difícil de entender que un padre no pudiera volver con su familia.

—Carles. Te quiero mucho. Y a tu madre también. Tu padre volverá un día. No tengas ninguna duda. Y ahora… he de marchar.

Aquellas palabras y un abrazo fue lo último que recordaba de él. Nunca más le volvió a ver y aquel incumplido compromiso lo había vivido como una traición. Él no entendía que alguien fuera capaz de hacer una promesa que no cumpliera. Tres años más tarde, en aquel fatídico mes de agosto de 1921, llegaría una carta de triste recuerdo anunciando la muerte de su padre en el campamento de Annual.

Una vez llegaron a Reus, Eusebio bajó en el centro. Poco después llegaron a la vivienda que ocupaban. Mientras Hamed preparaba algo para cenar, los dos policías subieron al estudio que, a medida que pasaba el tiempo, se iba llenando de objetos y documentos relacionados con el caso. En una pared se hallaba un mapa de Reus marcado con los lugares que eran de su interés, como el lugar de la desaparición, el del crimen y el Pere Mata. Sobre la mesa se hallaban los documentos con los informes de los soldados y las transcripciones que habían hecho de los interrogatorios efectuados. En otra pared, tras la puerta, decidieron colgar las imágenes de los dos hombres asesinados. Sin embargo, las macabras fotografías que presentaban los cuerpos torturados, quedaron dentro del sobre. Con un interrogante, pusieron un papel en la pared que correspondía al legionario, pues también entraba, en un principio, en la lista de sospechosos.

—¿Crees que el legionario puede ser sospechoso de asesinato? —preguntó Carles.

—No lo podemos descartar. Podría ser sospechoso del asesinato, pero en otro orden de cosas, también nos ha aportado algunos datos. De alguna manera, él sabía que alguien buscaba al capitán y eso lo hace conocedor de algún enigma relacionado con el caso.

—Por lo que se refiere a África…

—No está claro que se trate de África. No se puede descartar, pero no podemos darlo por seguro. Estos hombres han estado en varias guerras y ello los puede convertir en enemigos de otras personas o soldados. No podemos descartar la posibilidad de una venganza republicana.

—Sin embargo, creo que no podemos dejar de lado esta pista.

Carles pasó a relatar a Ernesto su contacto con Eduardo Mercader y el club de los jueves. Al día siguiente tendría el primer contacto con el grupo. Intentaría averiguar alguna cosa relacionada con el caso o, a ser posible, con las guerras africanas.

—De acuerdo —apostilló Ernesto—, aunque dudo que por ahí obtengas algún resultado.

Hamed les anunció que ya estaba preparada la cena. Bajaron y tomaron un cuscús con verduras que a Carles le supo a gloria. Realmente, se había repuesto bastante desde que se había ocupado de la investigación. La buena alimentación le había dado fuerza y energía, además de un aspecto más saludable. De todas formas, él era consciente de que, en aquellos momentos, era un privilegiado que tenía acceso a unas materias primas que escaseaban para la mayoría de la población.

A lo largo de la cena, Hamed fue desgranando la composición del plato y sus orígenes desde la Edad Media en que fue introducido en Al-Ándalus. Ello dio que pensar a

Carles, quien le preguntó:

—Hamed. Tú estuviste en la guerra de África, ¿verdad?

—Sí. Allí estar Hamed.

A Carles le dio la sensación de que el tono alegre que había mantenido hacía un momento había desaparecido y se había transformado en otro más gélido y distante.

—¿Tú estuviste en el desastre de Annual?

—Sí. Yo ver desastre. —Carles notó un punto de tristeza. Casi podría decir que el desastre tenía que ver algo en particular con él.

—¿Tú recuerdas bien lo que pasó?

—Yo no querer recordar —contestó ante la sorpresa de los presentes, que no sabían cómo interpretar la respuesta.

—Pero ¿tú luchaste con las fuerzas españolas? —Ahora Ernesto permanecía atento a la conversación. Un tenso silencio se había adueñado de la sala.

—Hamed luchar con fuerzas españolas, ¡con malditas fuerzas españolas!

Había alzado el tono de voz de manera considerable. Luego se levantó y se marchó a su habitación, dejando a los dos policías sorprendidos e intrigados. Hasta aquel momento había mantenido un estado de ánimo alegre y más comunicativo de lo habitual. Parecía evidente que algún misterio escondía respecto a su participación en el desastre de Annual, algo que todavía, dos décadas más tarde, era capaz de amargarle una cosa tan deseable para él como una suculenta cena.

EL CLUB DE LOS JUEVES

Julio, 1939

—Aquello fue un juego de... —Quien así hablaba era Jordi Puig, uno de los dos compañeros de reunión de Eduardo, que conformaban el club de los jueves. Junto a Eduardo y Juan, también se encontraba Jordi Solé, otro antiguo soldado que participó en la guerra de África. Se hallaban en el salón del hotel Londres ante unos cafés que desprendían un agradable aroma.

Cuando Carles llegó a la cita prometida, allí estaban los tres hombres hablando y comentando viejas historias en un ambiente distendido. La presentación fue rápida. Sin duda, Eduardo ya les debía haber comentado algo respecto a Carles.

—Eduardo dice que usted está interesado en conocer a gente que vivió la guerra de África —comentó Juan.

—En efecto, así es.

—Pero ¿le interesa algún aspecto en particular o un periodo concreto? —preguntó Jordi.

—Me interesa saber qué pasó, cómo pasaron aquellos días, cómo lo vivieron ustedes.

—Dice Eduardo que usted es policía. ¿Está relacionado con algún caso en cuestión que tengan ustedes entre manos?

—Creo que puede estar relacionado.

—¿Usted conoce algo de aquel periodo?

—Lo que estudié en la universidad.

—¿Qué estudios realizó?

—Historia. —Ahora Carles tenía la impresión de que era él el interrogado ante aquel trío de cuarentones. Hasta el momento, Eduardo se mantenía en silencio, sonriendo de manera complaciente.

—¿Y en la universidad no estudiaron el desastre y sus consecuencias?

—Bueno. La historia es muy amplia. Esta temática se aborda desde la historia española contemporánea y es una pequeña parte del temario.

—Y, en esa pequeña parte, ¿se habla del miedo que pasamos los soldados, de la desesperación, del abandono por parte de los mandos, de la sed, la terrible sed que pasamos, hasta el punto de beber los orines?

—No, me temo que no. Creo que la historia es más aséptica. Solo contempla hechos, causas y consecuencias.

—¡Así que es cierto que usted no sabe nada de lo que pasó! —exclamó Juan. Una cosa es leerlo en un libro y otra muy distinta es vivir lo que pasamos.

—Por eso vengo aquí. Quisiera saber qué fue lo que pasaron. Para empezar, ¿dónde estaban cuando pasó lo de Annual, en julio de 1921?

—Yo estuve en Melilla, pero cuando pasó todo aquello me hallaba en monte Arruit. Aquello fue un desastre. Todavía no sé cómo llegué a escapar.

—En cambio, yo estuve en Afrau —apuntó Jordi—. Tuvimos suerte de que la marina había aprendido a realizar desembarcos, sobre todo después de lo de Sidi Dris. Ello nos salvó la vida.

—¿Recuerdan bien aquellos días?

—Aquello no se puede olvidar. —Ahora el que hablaba era Juan—. Todavía hoy tengo pesadillas o me despierto gritando, soñando que estoy allí, rodeado por las tropas moras, sin escape posible, sin comida ni bebida y con la munición escasa. Es terrible.

—¿Qué es lo que más le preocupaba?

—Lo que más nos preocupaba era caer vivos en manos de los moros. Habíamos oído historias horribles de lo que les hacían a los prisioneros. Muchos de nosotros guardábamos una última bala para acabar con nuestra vida si no podíamos escapar. De hecho, más de un compañero se quitó la vida antes de caer prisionero.

—Pero ¿qué les podían hacer?

—Cualquier cosa que se les ocurriera. —El rostro de Juan se había nublado recordando aquellos momentos tan difíciles —. Nosotros estábamos desfallecidos, apenas sin fuerzas, difícilmente podíamos ofrecer resistencia. Ellos se aprovechaban de la situación. Lo más normal era que te robaran, tanto la ropa como las botas o cualquier objeto de valor que tuvieras. Si tenías suerte y con eso se conformaban, podías continuar en tu huida hacia Melilla. En caso contrario, te podían matar o torturar.

—¿Y entre esas torturas estaba el hecho de cortar la cabeza al prisionero?

Los tres hombres se miraron entre sí.

—Más bien no. Podían hacerlo, pero no era la tónica general de los moros. De hecho, eso de cortar la cabeza al enemigo lo hizo, con mayor frecuencia, la legión.

—¿La legión? —preguntó sorprendido Carles.

—En efecto —continuó Jordi—. Después del desastre, se creyó conveniente traer tropas profesionales y no de reemplazo, como éramos los que estábamos en aquel

momento. Ya se había creado la legión. Sabrás que fue Millán Astray su creador y valedor. De hecho, Franco fue el primer comandante.

Carles asintió con la cabeza pues conocía la historia.

—La legión fue la encargada de recuperar el territorio perdido. A medida que conquistaban terreno, las terribles imágenes de lo que ocurrió en el desastre se les iban presentando en forma de miles de cuerpos asesinados y torturados. No habían respetado ni las mujeres ni los niños. Ello provocó que la legión quisiera tomar venganza. Así, no es extraño que entraran en poblados y aduares arrasando con todo lo que encontraban, matando a todos sus habitantes y cortando las cabezas a los hombres para mostrarlas a los demás soldados.

—De hecho —complementó la explicación Juan—, cuentan que, en cierta ocasión, cerca de Dar Drius, unas trincheras fueron atacadas por los moros. El comandante pidió ayuda a Franco, quien solicitó voluntarios para atacar un aduar. Como es habitual en la legión, todo el mundo se presentó voluntario. Franco dijo que con doce hombres bastaba. Los escogió y, con ellos, atacó un poblado de noche. A la mañana siguiente, volvieron con la cabeza de los moros ensartadas en las bayonetas.

—Eso me recuerda a una anécdota que leí en un diario —recordó Jordi—. Parece ser que, cuando Primo de Rivera visitó Marruecos en 1926, según creo recordar, se horrorizó al descubrir a un batallón de la legión esperando ser inspeccionado, con cabezas clavadas en bayonetas.

—Ya lo ve —resumió Eduardo, ante la sorpresa evidente de Carles, que no esperaba estas informaciones como resultado de su consulta—. A menudo, no es el salvaje quien más lo aparenta. A veces, tras el aspecto de una persona

común, se puede esconder un monstruo.

Entre comentarios diversos referidos a la guerra de África, pasó el tiempo que se había marcado el republicano. Quedaron en verse el jueves siguiente. Apreció que los hombres estaban contentos de explicar anécdotas de una época en que vivieron algunas de las historias que consideraban fundamentales en su vida y que, a menudo, nadie quería escuchar en el entorno familiar. Eduardo, tan amable como siempre, acompañó a Carles hasta la calle, donde se despidieron.

—Espero que la conversación que hemos tenido le haya sido de utilidad. —Fue el comentario de Eduardo.

—En efecto. Le aseguro que he aprendido algunas cosas. Espero que el jueves que viene podamos seguir hablando del tema.

—Aquí estaremos, si con ello podemos ayudar a resolver un horrible crimen… Porque parece que de eso se trata, ¿no?

—Entenderá que río le puedo dar más información, pero gracias por todo.

—¡Espere! —le espetó Eduardo—. Antes de que marche, ¡tenga!

Abrió la mano y, sobre su palma, se hallaba una llave. Eran las llaves del Centre de Lectura.

—Veo que es usted una persona resolutiva. Muchas gracias —dijo cogiendo las llaves.

—Allí podrá buscar la información que considere. Espero que la encuentre.

Tras la despedida, Carles atravesó la plaza hasta llegar al teatro Fortuny, donde pudo ver unos carteles anunciando cine para la semana siguiente. Necesitaba caminar. Su mente, inquieta, no paraba de dar vueltas a la información que había recibido. Era cierto que había estudiado algo el desastre de

Annual, pero ahora se daba cuenta de que todo lo que sabía lo podía enmarcar en un contexto teórico. Le faltaba saber cómo habían vivido los soldados la situación. No podía negar que, desde el momento en que había creído que las guerras de África tenían algo que ver en el caso, no había dejado de pensar en su padre. Él había sido uno de los miles de soldados desaparecidos y barridos por el viento del desierto. Probablemente asesinado de manera traicionera por los rifeños, como otros tantos españoles. A pesar de haber estudiado Historia, no había querido profundizar mucho en el tema, como si de un tabú se tratara. Para él, los libros de Historia despachaban el desastre de Annual en unas pocas páginas, los más generosos. En ellas se hablaba de causas y consecuencias. Efectivamente, los libros no hablaban del miedo, del pánico de los soldados. Tampoco hablaban de unos soldados atrapados en unas posiciones mal ubicadas y difíciles de defender, abandonados por el ejército y por su propio país.

Como decía Ernesto, hasta aquel momento no podían establecer, de una manera clara y contundente, una estrecha relación entre los asesinatos y el ejército que participó en las guerras africanas. Sin embargo, a medida que iba conociendo más acontecimientos, detectaba unas curiosas similitudes que aproximaban ambas circunstancias. El hecho de que fuera la legión quien, al parecer, convirtió la acción de cortar cabezas en un macabro ejercicio habitual, hacía que la figura del legionario que se había encontrado con el capitán Pedro García tuviera una relevancia significativa. Lo cierto es que, cuanto más comenzaba a saber de lo que había pasado en Annual, más curiosidad sentía. Para él, ese nombre parecía ejercer la atracción propia de un canto de sirena.

En aquel momento, una figura conocida hizo su aparición por la plaza en dirección a la calle Monterols. Carles apenas

tuvo tiempo de esconderse tras una columna del pórtico para evitar ser descubierto por Hamed. Realmente, el moro lo tenía desconcertado. Por un lado, reconocía que le había salvado la vida; sin embargo, resultaban sorprendentes algunas de sus actitudes en momentos determinados. Eso sin tener en cuenta el hecho de que lo hubiera seguido la noche que él salió.

Comenzó a seguirlo, pues presentía que Hamed tenía otros intereses que no se correspondían necesariamente con los de sus compañeros. De hecho, su fichaje para el equipo de investigadores había sido impuesto. Así pues, era posible que tuviera las lealtades en otros lugares.

Hamed llegó a la antigua plaza Mercadal. Desde su emplazamiento observó que el moro se giraba. Apenas tuvo el tiempo justo de entrar en un portal para evitar ser descubierto. Cuando, con suma prudencia, volvió a asomarse, vio que lo había perdido de vista. Con una cierta alarma, Carles echó una rápida mirada a la plaza. Allí no estaba. Corrió hacia la calle Mayor. Volvió a ver aquella figura, que caminaba con un paso un tanto bamboleante y que continuaba su extraño paseo. Por lo que sabía, el objeto de su caza no había estado nunca en Reus, así que no resultaba lógico que fuera a realizar una visita.

El policía hizo caso de su fino olfato, que le indicaba una posible presa. Llegaron al *raval* Martí Folguera para introducirse en una calle más estrecha. Aquí la prudencia hizo que Carles esperara un poco más a seguirlo, debido a que el número de viandantes se había reducido considerablemente. Afortunadamente, el moro entró en un viejo edificio de dos pisos, sin ningún indicativo en la puerta. Aquello planteaba dudas en la actuación a seguir ya que, si entraba, existía la posibilidad de ser descubierto. La curiosidad pudo más que la prudencia y un cauteloso Carles entró en el edificio

aprovechando la facilidad proporcionada por una puerta entreabierta. «Realmente está bastante seguro de que no le siguen», pensó.

Tras la puerta, unas sucias escaleras conducían hacia un piso superior. Dado que no había otra salida, el republicano subió las escaleras. En el primer rellano había una puerta. Tras ella, la voz profunda de Hamed, convertida en suave murmullo, parecía debatir con otra persona. No acababa de entender de qué hablaban pues el volumen era poco elevado. Al cabo de un rato apreció que la voz de Hamed se acercaba a la puerta, por lo que subió otro tramo de escaleras en absoluto silencio. Desde el refugio que le proporcionaba la oscuridad pudo ver salir al moro. Esperó prudentemente para evitar un encuentro que hubiera resultado embarazoso. Al poco rato, un hombre vestido de militar salía del piso. Decidió seguirlo.

El militar iba con paso firme y decidido, pues no sospechaba que le seguían. Llevaba una carpeta en la mano. Carles pensó que llevaría documentos o información que le podía haber pasado Hamed. De todas formas, no recordaba haber visto que el moro llevase una carpeta. En la persecución del hombre, Carles se dio cuenta de que estaban realizando el camino inverso. Al llegar a la plaza Prim giró hacia la derecha. La seguridad que mostraba caminando por el *raval* de Santa Ana indicaba que no era la primera vez que realizaba aquel paseo. Entró, finalmente, en el edificio de la Comandancia Militar.

Aquello representaba la constatación de que el conductor tenía órdenes particulares y específicas, ya que Carles no creía que actuara bajo mandato de Ernesto. Tendría que seguir vigilando a Hamed y no manifestar haberlo hecho. Creyó conveniente no decir nada a Ernesto todavía pues, probablemente, querría interrogar al moro, con lo cual

perderían el elemento sorpresa.

A pesar de hallarse en pleno estío, ya comenzaba a anochecer. Había ciudadanos que salían a pasear y a disfrutar del verano como si la guerra hubiera sido una pesadilla pasajera. Sin embargo, múltiples detalles recordaban el reciente conflicto. Sin ir más lejos, las piscinas del Reus Deportivo estaban inutilizables. La causa se hallaba en que, al remover la tierra de la misma, habían encontrado una bomba sin explotar entre los escombros.

Aunque quisieran disimular, un conjunto de edificios derruidos y de espíritus destrozados daban fe de que no todo eran fiestas tras la guerra.

Ante su sorpresa, vio aparecer de nuevo entre la gente una figura femenina que conocía. Aquella muchacha que había chocado con él, a la que se le había caído la bolsa de tomates, avanzaba entre los paseantes con paso decidido. Giró por la calle de Sant Joan en dirección a las afueras. Carles pensó que aquel día era día de sorpresas y, como no tenía nada mejor que hacer, decidió seguirla. De hecho, el día que la vio por primera vez había quedado fascinado por su belleza, pero, al mismo tiempo, le había sorprendido la rápida reacción de la muchacha. Sus ojos habían sido un libro abierto, ya que habían pasado de la furia al temor en un instante. Otra muestra de que la benevolencia que manifestaban los nacionales solo estaba dirigida a aquellos que pensaban como ellos. Aquí no cabía la diversidad ni la variedad de opiniones.

El rápido paso de la muchacha le obligó a acelerar el suyo propio. Pensó que ella era valiente, pues pasear sola por aquellos lugares implicaba una necesaria dosis de valor o de inevitable resolución. Carles observó que la joven llevaba una cesta. Sin duda, alimentos con los que mantener una familia derrotada, sospechó el policía.

La decidida muchacha seguía su camino con firmeza. Sin embargo, al paso le salieron tres soldados, aparentemente un tanto bebidos, que le impidieron continuar.

—¿Dónde vas, chiquilla? —preguntó uno de ellos.

—Seguro que a ver a tu novio —le dijo otro.

—Nosotros te enseñaremos más de lo que él te pueda ofrecer —completó el tercero, quitándole la cesta.

—¡Dadme eso! —Manifestó la muchacha enfadada.

—Te lo daré si me das un beso.

Carles, viendo la desesperación en el rostro de la muchacha, se enfureció sobremanera. Uno de los soldados empujó a la chica, que cayó al suelo.

—¡Dejadla en paz! —gritó enfadado.

—Vaya. Un defensor de las comunistas —dijo uno de ellos, con evidente sorna.

—Más vale que os vayáis a dormir la mona si no queréis acabar en el calabozo.

—¡Uy! ¡Qué miedo! Chicos, es un poli…

No tuvo tiempo de decir más. Carles lo cogió por los hombros y estiró de él con fuerza haciéndole perder el equilibrio. Le dio un golpe con la rodilla en la cara y lo lanzó al suelo. Los compañeros se quedaron parados ante aquella exhibición. Eran conscientes de que no podían enfrentarse al policía en las condiciones en que se encontraban.

—Bueno, chico. No te pongas así —dijo uno, con la cara tan llena de enormes pecas que parecían granos de pus a punto de reventar.

—Coged esa basura y marchad —les conminó Carles.

Observó cómo se marchaban. Entre los dos ayudaban a caminar al tercero, que había salido malparado. Para tranquilizar a la muchacha, comenzó a decir:

—Bueno, señorita. Espero que este incidente…

Cuando se giró, estaba solo en mitad de la noche. La joven se había marchado.

A PROPÓSITO DE ABARRÁN

Junio, 1921

—Parecé que ya no se oyen las bombas.

—Desde que pasaron los aviones y bombardearon a los moros, da la impresión que la cosa se ha calmado —respondió Martí.

La noche, oscura, se presentaba más tranquila que las anteriores en las que los tiros de los rifeños se habían combinado con los de los españoles. Estos habían sido reforzados en su protección por el cañonero Laya. Finalmente, después de varios días de defensa desesperada de la posición de Sidi Dris, varios aviones procedentes del velódromo de Zeluán habían machacado con bombas incendiarias a los rebeldes.

—Definitivamente, la guerra parece haber llegado —señaló Julià.

—¡Qué lejos parecen estar aquellos días de Melilla!

En efecto, habían salido de Melilla y habían venido a parar a la posición de Annual sin apenas tener tiempo de asimilar la noticia. La calma que parecía reinar en la ciudad portuaria aquí se transformaba en una tensa quietud. Una sensación de alerta se respiraba en el ambiente. Las tensiones que se habían generado hasta el momento parecían estar a punto de quebrar el hilo de la aparente placidez.

Una vez allá, Martí hizo lo mejor que sabía hacer: curar a los enfermos y accidentados que eran devueltos en transporte a Melilla si se consideraba necesario. Una cosa que llamó la atención del sanitario fue la escasez de mandos en la posición. Para ser un puesto avanzado en la expansión territorial, la tropa que allí se hallaba parecía dejada un tanto de la mano de Dios, como decía Julià.

—¿No te extraña la escasez de oficiales? —le preguntó Martí.

—Están en Melilla jugando en las timbas o en los prostíbulos. O tal vez estén en la Península, visitando a la familia y disfrutando de unas *merecidas* vacaciones, los muy cabrones —dijo con evidente ironía.

Esa misma noche observaron los preparativos de la columna que partiría hacia Abarrán. Martí ya había oído en qué consistiría la conquista y consolidación de la posición, pues no en vano Julià le había informado anteriormente. En ese momento, el sanitario observó luces que procedían de hogueras en las cimas de las montañas.

—¿Qué crees que significan?

—Los rifeños ya han observado el movimiento de nuestras tropas y están informando del mismo.

—¿Crees que están en peligro?

—Me temo que, o va un gran número de soldados bien armados, o no volveremos a ver a estos muchachos. He oído hablar de que Abd El-Krim ha preparado una *harka* muy numerosa y parece que tiene ganas de guerra.

—Que la suerte los acompañe —musitó cuando la columna salía, hacia la una de la madrugada.

Martí estaba apenado. Algunos compañeros y conocidos formaban parte de la columna que se dirigiría hacia Abarrán. Confiaba en que Julià se equivocara en sus funestos presagios.

Sin embargo, la noche transcurrió de forma plácida sin oírse ruidos de una posible refriega. A la mañana siguiente, bien temprano, el general Silvestre llegó a Annual. Su sola aparición imponía: al porte que gastaba se añadía la leyenda que le acompañaba. Su presencia había incrementado significativamente la actividad, especialmente la de los oficiales. Pronto supieron que la tropa se había instalado y fortificado en el cerro de Abarrán. Las dudas e inquietudes dieron paso a la alegría y confianza. En un momento determinado, Martí pensó que había sido el estado de ánimo melancólico de Julià quien le había contagiado.

Hacia las once y media de la mañana, unos disparos rompieron el silencio de las colinas y con ellos llegó la preocupación, que sustituía al desenfado y la ligereza con la que se habían realizado hasta entonces determinados actos militares. Los disparos de los rifles eran contestados por las ametralladoras. La tensión y preocupación por la suerte que podían correr sus compañeros en Abarrán se hacía patente entre los soldados. La artillería empezó a participar en aquella peculiar orquesta. Los mensajes del heliógrafo no paraban de emitir: «Nos atacan por todos lados, imposible sostener la posición». Aunque el mensaje iba dirigido al general Silvestre, pronto corrió como la pólvora por el reducto de Annual. Los soldados, desde la distancia, no podían hacer otra cosa que pensar en sus compañeros y rezar.

Al poco rato, entró en Annual la columna mandada por el comandante Villar. Todavía se oían los disparos en Abarrán.

—Fíjate —dijo Julià a Martí, que observaba la columna de Villar entrando en el campamento—, deja a doscientos hombres en una montaña, rodeados de miles de moros, y no es capaz de volver para socorrerlos. Este es el carácter de los mandos que tenemos.

A lo largo del día, llegaron a Annual indígenas y soldados agotados que explicaban terribles historias de la lucha en Abarrán. Apenas unas horas había durado la defensa de la posición. Martí fue atendiendo a aquellos hombres que más lo necesitaban. Para su sorpresa y alegría, uno de estos hombres era Diego López, compañero en el cuartel de Melilla. Se alegró por él, ya que sabía que tenía una hija pequeña, de apenas tres años. Cruel guerra, pensó, que impedía a los hombres disfrutar de algo tan preciado como la compañía de un hijo. Después de revisar las heridas de su compañero, algunas contusiones, magulladuras y un corte de machete en el brazo que pudo curar después de desinfectar y coser, pudo preguntarle:

—¿Cómo fue aquello?

—Fue terrible. Después de la marcha y de llegar a la colina, la estuvimos fortificando. De pronto aparecieron muchísimos moros, una gran *harka*. Al comandante Villar no se le ocurrió otra cosa que marchar con parte de la columna, dejándonos a un pequeño grupo de unos doscientos cincuenta hombres. Doscientos cincuenta ante tres mil. Empezamos a defendernos, pero nuestros supuestos aliados de la cabila de Temsamán nos traicionaron y dispararon contra nosotros. Fue terrible… Apenas podíamos defendernos. Los teníamos dentro de la posición. La artillería disparaba a espoleta cero, pero acabaron con la munición. Vi como la Policía Indígena asesinaba al capitán Huelva. Nos defendíamos a la desesperada, porque veíamos que era casi imposible aguantar mucho tiempo. También hirieron al capitán Salafranca en el vientre. Con la mano sobre la ensangrentada herida, no paraba de dar instrucciones. Poco después lo mataron, cuando dirigía la huida. El teniente Flomestá inutilizaba los cañones, pero lo hirieron y ya no pudo levantarse. Creo que lo cogieron

prisionero.

—Necesitan gente que sepa disparar los cañones —comentó Martí.

—Después de eso, estaban como locos. Oí que gritaban: «¡A Sidi Dris! ¡A Sidi Dris!».

—Tranquilízate.

Diego relataba con dificultad los acontecimientos que habían tenido lugar. Las lágrimas le caían al recordar los hechos en los cuales habían perecido muchos de sus compañeros.

—Tuvimos que huir. Eran miles y no podíamos contenerlos. —La voz se le rompió y no pudo seguir hablando más.

—Descansa, ahora lo necesitas.

Martí salió de la enfermería. Ya era de noche. Las noticias le habían inquietado. Ahora los rifeños habían obtenido su primera victoria. Podría decirse que la guerra, que nadie creía que sucediera, ya había comenzado. Recordó unas palabras que le dijo su padre en cierta ocasión referidas a un perro que tenía atemorizada la comarca, ya que atacaba a las personas y había llegado a devorar a alguna.

—Escucha, Martí. Cuando un animal prueba la sangre, ya no hay marcha atrás. Ese animal ha de ser sacrificado. Está dominado por sus instintos y en ese momento ya ha comprobado la manera de sobrevivir. Es muy difícil que vuelva a ser un animal doméstico. Desde luego, nunca sería fiable. No estaría yo tranquilo con un animal así en casa.

Finalmente, los hombres de Abd El-Krim habían presentado batalla y habían ganado. Aunque la posición estuviera mal fortificada y hubiera pocos hombres, eso ya no importaba. Los moros habían pasado aquella barrera psicológica que, hasta entonces, los tenía controlados en un

estado de sumisión.

Por otro lado, se acordó de su amigo, el comandante Benítez. Sabía que en aquel momento estaba en Sidi Dris y que le tocaba aguantar un combate de contención ante un enemigo muy superior. Rogaba por que pudiera aguantar el embate y recibir ayudas, aunque, después de lo de Abarrán, era muy receloso en esto último.

Pese a que las noticias iban dirigidas a los oficiales, sea por la facilidad de palabra de los mismos o por los soldados que ocupaban puestos en el heliógrafo y en la transmisión de la información, lo cierto es que habían podido mantenerse al día en cuanto a las informaciones de lo sucedido en el campo de batalla.

Después de dos días de intenso combate, al parecer, Sidi Dris había resistido la acometida rifeña gracias al buen hacer del comandante Benítez. El teniente, José Galán, que mandaba la artillería de Sidi Dris, fue herido en el muslo. Para compensar su baja, el comandante del cañonero Laya ordenó que desembarcara una sección de catorce hombres al mando del alférez de fragata, Pedro Pérez de Guzmán. Los marineros consiguieron llegar a tierra e instalaron dos ametralladoras para reforzar la defensa, mientras el alférez se hacía cargo de las piezas de artillería que llegaron a disparar a espoleta cero, pues los moros estaban muy cerca de la posición. Los rifeños intentaron el asalto tres veces, llegando a cortar las alambradas, pero la desesperada defensa de los marineros pudo repeler los ataques. Finalmente, los atacantes marcharon dejando un centenar de bajas.

—Parece que han sufrido una derrota. Espero que esto los tranquilice —comentó Martí.

—Mucho me temo que esto ya no tiene marcha atrás. Ahora ya están unidos y necesitan probar sus fuerzas. Pueden

ser un enemigo terrible —le contestó Julià.

—¿Quieres decir que no volverán a sus poblados?

—Mira, Martí. Nosotros estamos en su tierra y les quitamos sus materias primas. También asesinamos a la población cuando y como queremos y eso ellos no lo pueden aceptar. Probablemente nosotros tengamos la fuerza, pero ellos tienen la razón. Creo que esto no ha hecho más que empezar.

UNA VISITA INESPERADA

Julio, 1939

—Y así temía que el ejército lo hubiera olvidado de él.

Quien así hablaba era Juana De Rodrigo, esposa del capitán Javier Font Vallvé, muerto en circunstancias similares al capitán Pedro García Cifuentes. Habían viajado desde Reus para poder interrogar a la viuda, una mujer de aspecto sencillo, vestida totalmente de negro manteniendo un luto riguroso, estilo propio de la época y de la mentalidad que se quería imponer. Su cabello rubio y una cara cubierta de pecas le daban un aspecto juvenil, a pesar de los treinta y largos que debía de tener.

Ya hacía varios días que Carles insistía ante Ernesto en interrogar a la mujer del capitán asesinado en Castelldefels. Su compañero le respondía que ya había sido interrogada sin ningún éxito, pero, ante la insistencia del republicano, al de Valladolid no le había quedado otra que acceder. Por otro lado, también pensaba que, teniendo en cuenta la agilidad mental de Carles, este podría observar cosas que no habían quedado reflejadas en el informe. Así que habían cogido el coche hacia la ciudad costera. Antes, en una pequeña discusión que marcaba el inicio de un mutuo entendimiento, Carles le había hecho prometer que después del interrogatorio

irían a Barcelona, al domicilio de su madre. El tiempo pasaba y no había obtenido ninguna noticia de ella. Quería acercarse a ver si, por alguna casualidad, ella estuviera realizando una vida normal de la cual él no supiera nada. Lo creía incierto pues, conociéndola, pensaba que no hubiera parado hasta tener una constatación clara y definida del lugar donde se encontraba su hijo.

La viuda del capitán, cuando los vio llegar, manifestó un cierto nerviosismo fruto de la incerteza de saber el tipo de noticias que traían.

—¿Ya saben quién lo hizo? —preguntó, casi a bocajarro, nada más entrar los dos hombres.

—Estamos investigando, pero necesitamos que nos conteste unas preguntas —le dijo Ernesto.

—Ya contesté todas sus preguntas —dijo en un tono entre apesadumbrado y cansado.

—Verá —ahora era Carles quien le hablaba—, es necesario que las conteste de nuevo. De esa manera avanzaremos más en nuestra investigación y podremos coger a ese individuo lo más rápidamente posible.

—Y, sin embargo, ya han pasado dos meses desde su asesinato.

—No es tan fácil, sobre todo si se trata de un individuo solitario y metódico.

—¡Perdonen! —dijo ella con evidente congoja—. Me siento tan superada por las circunstancias que he perdido los buenos modales. ¿Desean tomar algo?

Ante la negativa de los dos hombres, Juana les hizo sentarse en un sillón y ella hizo otro tanto, dispuesta a contestar las preguntas.

—Necesitamos que intente recordar los últimos momentos en que vio a su marido, qué fue lo que hizo o lo

que dijo.

Juana realizó un suspiro de resignación ante una pregunta que ya le habían hecho anteriormente y había contestado hasta la saciedad, pero también era consciente de que en su respuesta podría haber alguna pista que ayudara a resolver el enigma.

—Javier había estado trabajando todo el día.

—¿Dónde trabajaba?

—Estaba destinado en Capitanía General. Allí estaba en el servicio de información.

—¿A qué hora llegó a casa?

—Llegó sobre las seis de la tarde. Descansó un poco. Alrededor de las ocho se arregló. Creo que había quedado con un amigo.

—¿Le dijo con quién?

—No. Yo tampoco le pregunté. A menudo quedaba con compañeros de Capitanía o de otros lugares donde había estado destinado. Era una persona muy sociable. Todo el mundo lo apreciaba.

«Había una persona que no lo apreciaba mucho», pensó Carles, que dejaba el peso del interrogatorio en manos de Ernesto.

—Marchó y… ya no lo volví a ver más. —Era evidente que la emoción la embargaba y le dificultaba hablar con fluidez.

—Desde que desapareció, ¿cuánto tiempo transcurrió hasta que apareció su cuerpo? —preguntó Ernesto.

—Seis días, seis horribles días en que lo buscamos por todas partes para, finalmente, aparecer… —Las lágrimas hicieron acto de presencia. La dificultad para seguir era patente.

—Perdone que cambie de tema, ¿llevaban mucho tiempo

casados? —le preguntó Carles.

—Doce años —dijo ella levantando la cabeza.

—¿Dónde se conocieron?

—Lo siento, no entiendo que tiene que ver esto con…

—Por favor, todo puede ser importante.

—Javier era de Barcelona. Yo vivía en Alicante. Vine a visitar a una tía que estaba enferma. Él subió al tren. ¡Era tan apuesto, con el traje de oficial! Entonces era teniente. Me explicó que iba a casa de permiso. Pasamos el viaje hablando y, cuando llegamos a Barcelona, creo que ya hacíamos planes para vernos.

—¿Le habló a menudo de la guerra de África?

—Me explicó algunas cosas, anécdotas de su participación en la guerra o de la vida en el cuartel. Sin embargo, no hablaba mucho del tema. Decía que la guerra era horrible y que nosotras se la hacíamos olvidar. Por eso quería dejarnos al margen.

—¿Nosotras?

—Mi hija y yo. Mi hija Sofía tiene ocho años.

—¿Tiene algún documento suyo sobre la guerra de África?

—No, solamente alguna foto. Pero… ¿Quiere decir que esto tiene algo que ver con la guerra de África?

—No lo sabemos —le contestó Carles, que era quien había llevado el interrogatorio al terreno que creía conveniente —, pero hay algunos indicios.

Juana se levantó y trajo un álbum de fotos.

—Este es el primer álbum de fotos que teníamos en común. Aquí le puse las fotos que tenía desperdigadas por cualquier sitio. ¿Ve? Este es él cuando estaba en Xauen. Aquí, con sus compañeros en Tetuán. Esta se la hizo antes del desembarco en Alhucemas.

—No sabía que había estado en Alhucemas —comentó

Carles.

—Sí que estuvo. Lo que pasa es que estaba en la organización, junto al Estado Mayor. No participó como soldado en combate.

—¿Y esta foto? —preguntó Carles al ver una foto aparentemente más antigua—. Aquí no lleva los galones de teniente.

—No. Esta es más antigua. Creo que se la hizo en Melilla, que fue su primer destino.

Carles observó la imagen. En ella se veía a un joven soldado Javier, con la ilusión y la ingenuidad que dan la juventud. Junto a él, otros cinco soldados posaban ante el fotógrafo. Por un momento pensó que debía de estar hecha antes del desastre de Annual, cuando todavía el ejército no había perdido del todo su inocencia en tierras africanas. «¿Qué habría sido de todos aquellos muchachos?», pensó. «¿Dónde estarían esos chicos ahora, si es que todavía vivían?».

—¿Le habló de algún compañero de su etapa de África? —preguntó Carles.

—Normalmente no solía hablar de compañeros de aquella época.

—¿Nunca habló de nadie? ¿No le dijo nada sobre algún legionario?

En aquel momento, se produjo un cambio en el aspecto de la mujer. Empalideció de manera repentina.

—¡No! ¡Sí! Espere que recuerde —dijo, sorprendiendo con la respuesta—. En principio, él no hablaba de los compañeros de la guerra de África. Alguna vez había dicho que había sido horrible y no quería que nos disgustáramos. Pero recuerdo un día en que vino un legionario.

—¿Un legionario?

—Bueno, yo no sabía que lo era. No iba vestido de militar.

Llamó a la puerta. Javier no estaba en casa. Cuando abrí me asusté. Pensé que era un pordiosero. Era un hombre no muy alto, aunque se veía bastante fuerte. Su cara asustaba un poco, ya que tenía una cicatriz que se la cruzaba. El pelo enredado y graso le daba el aspecto de quien no se ha lavado en algunos días. Los ojos daban la impresión de una persona perdida. Me dijo que venía a ver a Javier. Le dije que no estaba y cerré rápidamente la puerta.

—¿Él se marchó? —preguntó Ernesto, que había comprendido a dónde había llevado el interrogatorio su compañero.

—No. Él no se marchó todavía. Gritó a través de la puerta.

—¿Qué gritó?

—Que tenía que hablar con él, que era muy importante. Yo estaba espantada, así que no le abrí más la puerta.

—¿Dijo algo más?

—Me dijo que, cuando viniera Javier, le dijera que Sergio quería hablar con él.

—¿Sergio? ¿Le dijo ese nombre?

—Sí. Me dijo que se llamaba Sergio y que le esperaría en el local de costumbre.

—¿Le dijo cuál era ese local?

—No. No me lo dijo.

—¿Cuándo sucedió ese encuentro?

—Unas dos semanas antes de que mi marido fuera asesinado.

—¿Qué dijo él cuando llegó a casa?

—Observé que se disgustó cuando le dije quien había venido. Dijo que no tenía que venir a molestar a casa.

—¿Pero le dijo quién era ese hombre?

—Me dijo que era un antiguo legionario que había

conocido en África, pero que ahora ya no tenían trato.

—¿Le dijo por qué?

—No, solo me dijo que no era muy buena persona. Al parecer tenía un carácter difícil y agresivo, cosa que ya me pareció solo con verlo.

—¿No sabe si se encontró con él?

—Él no me dijo que se iban a encontrar, pero yo sé que lo hicieron.

—¿Cómo lo sabe?

—Esa noche se cambió y me comentó que había quedado con los amigos. Yo sabía que no había quedado, pues me lo solía decir con antelación. —La mirada de Juana había cambiado. La concentración por lo que había pasado aquel día la dominaba, eso sí, con una nota de tristeza—. Aquella noche no me acosté. Esperé angustiada a que volviera. Volvió hacia las tres de la madrugada. Había bebido en exceso, se le notaba a distancia, pero lo peor es que traía la camisa manchada de sangre. No era sangre suya, aunque tenía unas heridas en el brazo, similar a un arañazo o a un corte de navaja.

—¿Qué explicación dio?

—Dijo que un ladrón le había querido robar y él se había limitado a defenderse. Yo sabía que eso no era verdad. Lo conozco y le noto demasiado cuando miente.

—Y él mintió.

—Sí, estoy segura de que no me dijo la verdad.

—¿Volvió a saber algo de ese legionario?

—No. No volví a saber nunca más.

—Bien, señora —dijo Ernesto—. Nos ha sido de gran ayuda. Aquí tiene un teléfono donde nos puede localizar. Si recuerda algo, por insignificante que sea, nos puede llamar.

—Y si vuelve a ver a ese hombre —continuó Carles—, no dude en llamarnos. Puede ser peligroso.

—Muchas gracias. Así lo haré —dijo con evidente cara de preocupación.

Salieron de la casa, una planta baja situada a dos calles de la playa. Una vez fuera comentaron el interrogatorio, pues no acababan de fiarse del conductor.

—Parece que tenemos un primer sospechoso —dijo Ernesto.

—En efecto. Ese legionario está relacionado con los dos asesinatos, o, al menos, conocía a las víctimas.

—Eso hace que cambiemos los planes.

—¿Qué quieres decir? —preguntó un tanto acongojado Carles, ya que confiaba en ir a Barcelona.

—No te preocupes, mientras tú te diriges a tu piso —le dijo Ernesto—, yo iré a Capitanía General. Hablaré con los compañeros del capitán y preguntaré por el legionario. Podría haber alguien de su entorno que lo conociera.

—Así, pues… ¡Vamos a Barcelona! —dijo con especial desahogo Carles.

—Nos encontraremos a las seis en la puerta de Capitanía —comentaba Ernesto, mientras abrían la puerta del coche.

La respuesta afirmativa que dio Carles fue ahogada por el ruido del motor al encenderse. Hamed ya había tomado posesión del vehículo y le exigía un alto rendimiento. Todos eran conscientes de que llegarían a la ciudad mucho antes de lo previsto.

POR LAS CALLES DEL AYER

Julio, 1939

A medida que se adentraba por los barrios de su niñez, Carles le resultaba difícil contener las emociones. Cada calle, cada esquina le traía recuerdos, unos recuerdos que ahora añoraba con la amarga sensación de saber que no volverían. Aquellos tiempos quedaron enterrados en el pasado y muchas de las personas que formaban parte de su evocación también.

Ernesto le había parado ante Capitanía, junto al puerto. Como era de esperar, el trayecto había sido corto desde Castelldefels. Antes de separarse, habían acordado realizar unas pautas de trabajo. Recogerían planos de la ciudad para situar el lugar donde se encontró el cadáver con relación a la vivienda habitual del capitán. También habían valorado la posibilidad de hacer que un dibujante pudiera retratar el aspecto del misterioso legionario.

Una vez realizados los acuerdos necesarios para el desarrollo de su trabajo, Carles declinó rápidamente la oferta de Ernesto de ser acompañado por Hamed, aludiendo que su vivienda estaba próxima y se podía llegar a pie en poco más de cinco minutos. La verdad es que quería recorrer aquellas calles que tanto había pateado. Nunca habría creído que volvería a

pisar aquellos lugares tan familiares.

Comenzó a subir por la Rambla, pero rápidamente se adentró por la plaza Real, llegando a la calle Fernando. Parecía que el tiempo se hubiera detenido. Probablemente, lo que más le llamaba la atención era el cambio de decoración y el ritmo de la gente. En la época de la república, toda aquella zona rebosaba de actividad y un bullicio incesante recorría aquellas calles. Ahora la gente parecía más calmada, sin duda, más atemorizada. La guerra era un hecho reciente. La libertad había perdido la batalla y las personas no querían destacar, pues ello podría conllevar problemas con las nuevas autoridades. Por un momento pensó que él formaba parte de estas nuevas autoridades, aunque eso era algo que no se había acabado de creer todavía. Probablemente ello era debido a la distancia ideológica a la que se hallaba de los vencedores.

Atravesó la plaza de la Constitución y pensó en el nombre con ironía. Para que hubiera una Constitución, hacía falta democracia, justamente lo que no había en ese momento. Lo que había pasado es que esta plaza se denominaba plaza de la República antes de la llegada de los nacionales ya que, desde el balcón de la Generalitat, se habían proclamado las dos repúblicas que España había tenido: una el 11 de febrero de 1873 y otra el 14 de abril de 1931. Con el triunfo de los militares golpistas, se persiguió todo aquello que pudiera oler a república. De esa manera, se cambió el nombre de la plaza por el anterior que tenía, bautizado en 1840 en honor a la Constitución de Cádiz de 1812. Pensó, con amargura, cómo había cambiado la utilidad del lugar. Recordó el día en que el presidente Macià animara a los ciudadanos a luchar por la república catalana en abril de 1931. Sin embargo, ahora aquella plaza se utilizaba para enaltecer los valores del nacionalcatolicismo. Una muestra de ello había sido la Fiesta

de la Confirmación celebrada hacía unos días y que había congregado a 1100 niños. Todo ello organizado por las organizaciones juveniles de F.E.T. y de las J.O.N.S.

Su mente, incesante, no dejaba de recordar momentos vividos. Cuando llegó a la Vía Laietana le vino a la cabeza el 23 de noviembre de 1936 en que los restos de Durruti llegaron a la ciudad. Un increíble y multitudinario acompañamiento recibió al que había sido líder anarcosindicalista. Aquel mismo día, centenares de sindicalistas anarquistas habían rebautizado la calle con el nombre de Vía Durruti. Sin embargo, todo aquello residía en el cajón de los desusos.

Atravesó la vía y recorrió la calle de l'Argenteria. Algunos edificios derruidos por las bombas daban fe de que la guerra también había pasado por allí. Los niños, inocentes, jugaban ensimismados en su mundo de la misma manera que él lo había hecho en años anteriores. La visión, los sonidos, el olor de aquellos lugares lo envolvía y lo embriagaba.

Pasó frente a la iglesia del Mar, una iglesia hecha por el pueblo. La obra, gótica, fue realizada en el siglo XIV y en su contrato ya figuraba que tenía que pertenecer a los feligreses. Todo el barrio de la Ribera había participado activamente en su construcción. Para Carles era un símbolo de lo eficaces que podían resultar las obras llevadas a término por la comunidad. Le vino a la memoria que había sido el lugar elegido por sus padres para contraer matrimonio. Para su padre, un contumaz anarquista, más que un símbolo religioso era una alegoría del poder del pueblo.

Tras rodear la iglesia, giró por la calle Monteada y entró en uno de sus callejones. Allí vio la entrada que daba acceso a la vivienda que habían comprado, con gran esfuerzo, sus padres. La puerta de la calle estaba abierta y subió las

escaleras. Una penetrante angustia le acompañaba, pues temía no hallar a su madre en el hogar. Al llegar a la puerta del segundo piso, la golpeó como solía hacer cuando era un adolescente. Oyó ruido dentro de la vivienda. Al poco se abrió, pero, ante su sorpresa, quien tenía ante sus ojos no era aquella que esperaba. Una pareja entrada en la cuarentena se presentó, intrigada, ante él.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó.

—¿Quién es usted? —le preguntaron.

—¿Dónde está mi madre?

—Perdone, pero… ¿Quién es usted? Y, ¿qué quiere?

—Yo soy el dueño de este piso y, ahora, ¿quieren explicarme qué hacen ustedes en él?

—¡Oiga! ¡Usted no es el dueño del piso! —comentó enérgico el señor, quien llevaba unas lentes redondas y un poblado bigote. Detrás de él, la mujer parecía querer arrastrarlo hacia el interior.

—¡Cómo se atreve a decir que no soy el dueño! ¿Cómo han entrado aquí?

—Nos lo alquiló el señor Dorado, Vicente Dorado, el administrador de la escalera.

—¿Administrador? ¿Ese hombre? ¡Un vulgar ladrón es lo que es!

—Emilio, ¡entra en casa! —intervino la mujer, tirando de su marido hacia dentro.

—¡No! —dijo Carles, cogiendo al hombre del brazo y sacándolo hacia afuera, haciendo que se bamboleara ante fuerzas superiores a la suya—. Ahora vamos a ver a ese administrador.

Sin soltar al hombre, al que tenía cogido por la camisa, y haciendo caso omiso de sus protestas, Carles bajó los escalones hasta el primer piso, pues sabía dónde vivía el

supuesto administrador. Vicente Dorado era el propietario del primer piso y, seguramente, se había aprovechado de la marcha de los vecinos para convertir la propiedad en pertenencia personal. Al policía no le importaba tanto la posesión del piso como saber del paradero de su madre. Al llegar ante su puerta, la golpeó con contundencia. Los golpes resonaron ampliamente en el hueco de la escalera.

Emilio, quien no había podido desembarazarse del garfio en que se había convertido la mano de Carles, comenzaba a sospechar que no todo era agua clara en el contrato que habían firmado.

Un hombre, cincuentón, con la espalda encorvada y sin apenas pelo sobre su cráneo, abrió la puerta. Su sorpresa fue mayúscula al encontrarse ante aquella inesperada escena. A pesar de ello, su reacción fue rápida.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó a Carles.

—Mejor dígame qué hacen estas personas en mi casa —le dijo, sin soltar todavía a Emilio, que comenzaba a estar apurado. Su mujer había bajado la escalera e intentaba soltar la mano de Carles.

—Su casa… Su casa… Esa casa no era de nadie.

—¿De nadie? —Carles soltó de un manotazo a Emilio y cogió al supuesto administrador por el cuello de la camisa—. ¡Cómo se atreve a decir eso! ¡Ese piso es mío! ¿Con qué permiso se ha adueñado de él?

—En el piso no vivía nadie. Yo, como administrador, lo alquilé a estos señores.

—¿Administrador? Usted es un sinvergüenza. Este piso tiene dueño y no es usted. ¿Dónde está mi madre?

En ese momento, dos hombres trajeados entraron por el portal. Habían sido avisados, por medio de un chiquillo, por el vecino en cuestión.

—¡Policía! —chilló de forma desesperada Vicente—. ¡Este hombre es un republicano fugitivo!

—Y usted es un estúpido. ¡Le voy a abrir la cabeza! —dijo Carles, levantando el puño.

—¡Alto! ¡No se mueva! ¿Qué pasa aquí? ¿Quién es usted? —preguntaron los policías con innegable autoridad.

—Soy el dueño del segundo piso y este hombre ha echado a la propietaria, que era mi madre.

—¡Eso es mentira! ¡Este hombre miente!

Los dos policías se miraron para intentar solucionar aquel embrollo. Les habían dicho que había un republicano fugado y ahora se encontraban en una situación algo diferente y más compleja. José Redondo, quien llevaba el peso de la intervención, decidió ser algo más diplomático sin perder el objetivo.

—Deberá darme sus datos.

Carles le fue dando la información. Decidió darle la dirección de la vivienda de Reus y el teléfono. Finalmente le dijo:

—Si quiere le puedo dar otro teléfono.

El policía afirmó con la cabeza y siguió apuntando en la hoja. Cuando lo tuvo se quedó sorprendido.

—¡Ese teléfono es el de Capitanía General! —exclamó.

—Soy un policía en misión especial para el capitán general.

Carles observó que el supuesto administrador se tornaba pálido, adquiriendo su tez un tono verdoso al darse cuenta de que su engaño no estaba funcionando. Los dos policías se miraron intrigados. Si habían esperado capturar a un republicano fugado, era evidente que el comportamiento del sujeto no se adecuaba al patrón supuesto.

—Tendrá que enseñarnos documentos —dijo uno de los

policías en un tono más relajado, aunque cauto.

Carles sacó el salvoconducto que tenía del capitán general. Los hombres lo miraron con atención.

—Si tienen alguna duda, pueden telefonear a Capitanía.

Los dos hombres se miraron entre sí, sabedores de que más valía no llamar a determinados personajes pues las consecuencias podían ser desastrosas para sus carreras. José decidió guardarse la hoja con los datos en su cartera. Ya comenzaba a ver que allí más valía no meterse.

—¡Oiga, les está engañando! ¡Es un republicano!

Los policías no tenían muy claro qué hacer, pues la seguridad del sospechoso unida a unos documentos, que parecían del todo fiables, no aconsejaba excederse en las comprobaciones. Ahora buscaban una salida airosa a aquel embrollo.

—¡Escuchen! —les dijo Carles, que supo interpretar las dudas de aquellos individuos—. Si quieren, pueden llamar a Capitanía y pregunten por el capitán Ernesto Delgado. Es mi jefe. Él les confirmará mi identidad.

Aquella actuación ofrecía una solución aceptable a la situación. Uno de los policías marchó a hacer la llamada, mientras el otro se mantenía en el lugar de los hechos, con los vecinos pendientes de la situación.

—Ahora me explicará donde está mi madre y todas sus pertenencias. ¡Seguro que las ha robado! —acusó Carles a un supuesto administrador, que iba transformando su rostro en una gama de colores que pasaban del verde a otro más ceniciento.

—Yo… Yo… No había nadie allá arriba. —Vicente ya estaba perdiendo el aplomo pues observaba que, por algún tipo de suerte extraña, el antiguo policía republicano había encontrado un buen sitio en la nueva sociedad.

—¿Qué quiere decir que no había nadie?

—Se marcharon… No sé, no estaban… Creo que antes de la entrada de los nacionales.

—¿Qué hizo con los objetos personales de mi madre?

—No… no había objetos personales… Solo los muebles, que están arriba.

En ese momento llegó el otro policía, confirmando la historia de Carles. Los hombres se encararon con Vicente, quien veía que había perdido la partida. Le amenazaron con llevarlo a comisaría ante amenazas falsas como aquella. El administrador se disculpó como buenamente pudo. Solo le faltó arrastrarse como un felpudo. Tras la marcha de los policías, los ocupantes del piso intentaron disculparse ante Carles.

—Lo sentimos —dijo la mujer—. Pensábamos que el piso era de ese señor. ¡Emilio! Di que lo sentimos.

—Lo sentimos —dijo un resignado Emilio—. Le pagaremos un alquiler a usted si es lo que quiere.

—Lo que quiero es que dejen el piso libre, pero tómense su tiempo hasta finales de agosto.

—Así lo haremos —dijo un aligerado Emilio quien, por un momento, había temido marchar inmediatamente del piso.

A partir de aquel momento, todo fueron facilidades para Carles, quien pudo entrar al piso y observar que, efectivamente, la caja que guardaba su madre con objetos personales no estaba allí. Aquello le intrigó, pues si hubiera sido víctima de un bombardeo, como Dolors, no habría tenido tiempo de quitarla de allí. Antes de marchar se aseguró de que no estuviera en el piso del falso administrador. Aquel, con gran amabilidad, le abrió la puerta de su casa para que el policía viera que allí no estaba.

Ya eran las tres de la tarde y marchó a un bar de la zona a

comer. No había tomado nada desde primera hora de la mañana, pero el día había sido generoso en emociones y hasta el momento no había pensado para nada en la comida.

Mientras comía un plato de alubias con una ensalada y un vaso de vino, su mente no paraba de dar vueltas al hecho de que su madre no estuviera en casa. No estaba claro que le hubiera pasado algo, aunque en estos tiempos todo era posible. El hecho de que los documentos, cartas y fotografías, que guardaba en una maleta de madera, no estuvieran en el piso podría indicar que ella había marchado de forma consciente o que el administrador la había hecho desaparecer. También existía la probabilidad de que la hubiera llevado a la granja de Enric.

Si las tropas nacionales entraron en Barcelona el veintiséis de enero, eso quería decir que su madre se marchó del piso antes de ese día. Otra posibilidad más grave era que le hubiera sucedido algún incidente. Pensó que, si hubiera pasado esto último, alguien debería saberlo. De repente, le vino a la cabeza doña Engracia. Probablemente, ella sabría algo al respecto.

Se dirigió a la tienda de hilados que se hallaba en la calle Princesa. La sorpresa fue enorme para doña Engracia, quien apenas podía creer que el hijo de Anna hubiese vuelto, con vida y en perfecto estado de forma.

—¡Hijo mío! —le dijo mientras le abrazaba—. Pensé que no te volvería a ver más.

—Pues ya ve. Como dice el refrán, «Mala hierba nunca muere».

—Ya veo, ya veo. Qué alegre estaría tu madre si te viera. Espera que te hago un té.

Aprovechando que ella había incidido, sin pretenderlo, en el tema que le atormentaba, le preguntó:

—¿Qué sabe usted de mi madre?

—No sé dónde está. —Su estado de ánimo alegre había dado paso a otro mucho más sombrío—. Un día, a principios de enero, vino a mi tienda. Traía una caja de madera. Me dijo que se la guardara. Le pregunté si es que pasaba algo. Me dijo que no pasaba nada, pero… Carles, conozco a tu madre desde que era una niña. Ya entonces trabajaba en la tienda conmigo y sé que algo tramaba. La vi un tanto nerviosa. Alguna vez, incluso, miraba por los cristales con cierta ansiedad. No sé, como si la siguiera alguien.

—¿La volvió a ver?

—No. No la volví a ver. Tampoco a Dolors. Alguna vez fui al piso, pero estaba vacío. Yo creo que se habían marchado. Más adelante, vi que había gente en la vivienda. El vecino ese, el del primero, al parecer tenía contactos con gente de derechas. Creo que se quedó el piso.

Unas lágrimas recorrían las mejillas de doña Engracia. Aquellos recuerdos le pesaban. En poco tiempo había perdido a aquellos a los que consideraba su familia y eso era difícil de superar. Carles se vio en la dura obligación de informarle de la muerte de Dolors, de manera que acabaron llorando los dos. Doña Engracia lo abrazó como haría una madre. Afortunadamente, nadie entró en la tienda a aquella hora.

—Mi niño… La pobre Dolors —repetía con aguda aflicción.

Carles era incapaz de decir nada en ese momento. Toda la fachada que había mantenido hasta entonces se había venido abajo y se daba cuenta de la vacuidad de su presente. Hasta ese instante había intentado no pensar mucho, pues era consciente de que le dolía hasta el alma cuando pensaba en Dolors. La circunstancia de ir detrás de un asesino había hecho que una supuesta y ficticia representación de policía hubiera ocupado el lugar de la persona que era. Ello era

soportable siempre y cuando no tuviera mucho tiempo para pensar. Entonces, la inquietud se convertía en angustia y una sensación de ahogo le impedía incluso respirar adecuadamente.

Departieron sobre diversos temas y viejos recuerdos ante una taza de té. Carles tuvo a bien agradecerle que ella hubiera pagado sus estudios. La anciana le respondió:

—En efecto. Yo pagué tus estudios de bachiller, pero no podía pagarte la universidad. La suerte estuvo en que tu madre era una gran administradora y pudo ahorrar dinero para pagártela.

—Así fue, en efecto.

En realidad, no fue así. Carles recordó los apuros económicos que estaba pasando su madre. Ella deseaba que su hijo estudiara, como había querido su padre, quien decía que en los estudios se hallaba la base de la libertad. Fue entonces cuando su madre empezó a recibir aquellos sobres, unos sobres bien curiosos en los que había impreso un caballo y un castillo. Dentro de ellos había una cantidad indeterminada de dinero. La sorpresa inicial dio paso a una alegría contenida ante la posibilidad de ejecutar un deseo. Con ese dinero pudo pagar sus estudios.

Carles recordaba aquellos sobres. No sabía quién los enviaba, ya que no llevaban remitente. Lo habían hablado en la intimidad propia del entorno familiar, pero su madre le había prohibido mencionarlo a nadie. Con el tiempo, el estudiante supuso que Anna creía que aquellas cartas anónimas eran enviadas por Julià. Tal vez desde algún incógnito y remoto lugar intentaba facilitarles la vida. Seguramente, alguna dificultad legal le habría impedido darse a conocer. De ahí la necesidad del secreto.

El recuerdo de su padre todavía ahondó más en la herida

abierta. Después de compartir un buen rato, en el que Carles le explicó en qué consistían sus nuevos oficios, doña Engracia le hizo prometer que volvería a visitarla.

—Pronto volveré. No se preocupe —le dijo mientras se marchaba, siendo consciente de que el tiempo que se había marcado con Ernesto caducaba.

Ernesto estaba sentado en un despacho de Capitanía. Frente a él se hallaba el coronel Villalba, atento ante las novedades que le había expuesto.

—Así que usted cree que el legionario en cuestión está implicado en los asesinatos.

—No sé si será el asesino, pero, hasta el momento, es el nexo que une los dos asesinatos. Por otro lado, hay indicios de que las causas pudieran hallarse en la etapa que pasaron los capitanes en África.

—Muy interesante. De modo que tenemos un sospechoso al que se puede interrogar.

—El problema consiste en que no sabemos nada del legionario. Solo que se llama Sergio y que, al parecer, estuvo en Xauen.

Los ojos del coronel se entornaron mostrando gran interés.

—¡Xauen! Interesante.

—Será difícil descubrir al legionario. Habíamos pensado que un dibujante podría ir a casa del capitán Javier Font para que su mujer pueda dar datos sobre su aspecto físico.

—Déjelo usted de mi mano. Enviaré un dibujante a casa de la mujer. Después haré que busquen al legionario. Por otro lado, ustedes están realizando una gran labor. Continúen como hasta ahora.

—Así lo haremos —dijo un comedido Ernesto Delgado, antes de despedirse.

Cuando se marchó el capitán, el coronel Villalba se quedó un rato pensativo. Era en esos momentos en los que valoraba las cuestiones que requerían vital importancia. Y esta lo era. Poco después, se levantó del sillón y abrió un armario que tenía cerrado con llave. Rebuscó entre las carpetas de un archivador hasta que dio con la que buscaba. Revisó los documentos que contenía, que no eran otra cosa que hojas de servicios, fotografías y datos estadísticos y personales. Descolgó el teléfono que tenía junto a la mesa e hizo una llamada.

—Gonzalo. Soy el coronel Villalba. Subid a mi despacho ahora mismo tú y Vélez. Quiero que busquéis a un hombre —le dijo, mientras observaba la fotografía del rostro de un sujeto vestido de legionario. Su sonrisa quedaba distorsionada por una cicatriz que tenía en la mejilla izquierda.

LA LOMA DE LOS ÁRBOLES

Junio-Julio, 1921

La calidez y pesadez del clima eran la causa de que los días pasados en Ampla se hicieran eternos. Las altas temperaturas y las escaramuzas que, de tanto en tanto, se producían, provocaban que los soldados estuviesen en continuo estado de alerta. Ello producía un agotamiento significativo en los militares. Los rifeños, cada vez más descarados, sobre todo tras la caída de Abarrán, continuaban hostigando las tropas españolas de los diferentes puestos.

Los cañones de Abarrán habían sido vistos en diferentes cabilas, según fuentes de los propios cabileños, con el objetivo de intentar arrastrar a una más que segura guerra al máximo de los hombres disponibles. Un temible ejército se estaba formando y preparando para expulsar las tropas coloniales. Los mandos españoles, sin ser del todo conscientes de lo que aquello representaba, seguían manteniendo una normalidad engañosa.

—¡Maldita sea! —exclamó Julià—. Están licenciando a la quinta del dieciocho y a mí me deniegan el permiso.

—¿Y eso? —preguntó Martí.

—Dicen que, al ser voluntario, al parecer, no entraba en el paquete de licencias.

—De todas formas, te queda bien poco.

—Mira donde estamos, Martí —le dijo, girando a su alrededor mientras señalaba con el brazo el amplio territorio que se hallaba alrededor de ellos—. Exactamente en medio de la nada, en un país enemigo, con miles de rifeños rodeando las diferentes posiciones. Son como enemigos invisibles. No se les ve, pero raro es el día que no se cargan a alguien de un tiro. Eso si no tienes la suerte de morirte por cualquier enfermedad infecciosa que puedas pillar. Cada día que pasa es un día más en peligro y, ahora que hemos despertado al león, será mejor que nos preparemos bien para el ataque.

—¿Quieres decir que no eres un tanto exagerado?

—¡Dios mío! —dijo, mirándolo como si fuera la primera vez—. Y tú un tanto inocente. Por cierto, seguramente tú sí que podrías beneficiarte de la licencia.

—Ya lo preguntaré —contestó Martí.

Lo cierto es que sabía que los de la quinta del dieciocho se habían licenciado de forma indefinida y en su lugar estaban viniendo chavales que comenzaban el servicio. «¡Qué disparate!», había pensado. Justamente ahora que corrían aires de revuelta, se licenciaba a los más veteranos, que eran quienes mejor podían soportar la tensión del momento. La continua afluencia de heridos de todo tipo hacía que apenas le quedara tiempo para pensar en otra cosa. En realidad, realizaba su trabajo servicial y asistencial con pleno gusto, un tanto indiferente del entorno en que se hallaba. Él había estudiado Medicina y ahora estaba aplicando sus conocimientos. Pensaba que, si lo que había aprendido no lo ponía en práctica en estos momentos en que había una gran necesidad, no tenía sentido tener una titulación que atestiguara sus conocimientos.

Por otro lado, todavía tenía presente el recuerdo de Saida.

La continua actividad era uno de los motivos que Martí buscaba para no pensar en ella. En los tiempos de reposo, la imagen de una Saida idealizada le venía a la mente. En esos momentos se daba cuenta de que un inmenso vacío era el horizonte que se le presentaba. Mientras estaba en el ejército, no tenía que hacer cábalas y elucubraciones sobre cuál sería el camino que tomaría. Aquí se sentía a gusto y de gran utilidad.

Indiferente a las cavilaciones de ambos soldados, el conflicto avanzaba paso a paso camino de la tragedia. El siete de junio, los españoles ocuparon Igueriben con la intención de cubrir el camino entre Izzumar y Annual. El general Silvestre quería apuntalar los flancos que rodeaban la posición de Annual y que conformaban el núcleo militar más importante de la zona. Como en otros puestos, no se había tenido en cuenta uno de los factores más importantes para su mantenimiento: la dificultad de realizar la aguada. Esta se hallaba a más de cuatro kilómetros, cosa que hacía que los soldados que allí se hallaban fueran totalmente dependientes. Un convoy saldría cada dos días desde Annual para realizar el servicio de aguada y aprovisionamiento.

Los días transcurrían en una calma tensa. A mediados de mes, los rifeños ocuparon la loma de los árboles, una posición desde la cual se dominaba Igueriben y se dificultaban los servicios de aguada. Los observadores, a cuenta de los españoles, anunciaron que los moros estaban fortificándola. Desde las posiciones de Buimeyan, Annual e Igueriben se bombardeaba el cerro, pero la *harka*, bastante más ordenada que en ocasiones anteriores, mantenía el lugar en su poder.

Julià comentaba, a menudo, ante Martí, alguno de los acontecimientos del día.

—No sé a quién puñetas se le ocurrió instalar el puesto de Igueriben. Desde la loma de los árboles los tienen dominados.

Controlan la zona y dificultan cualquier movimiento. Ayer llevamos la aguada a Igueriben. Es terrible ese camino. Además, está expuesto a fuego enemigo. Cuando volvíamos, nos comenzaron a disparar y tuvimos que volver a la carrera y pegando tiros.

—¿No tienen otra posibilidad de conseguir agua?

—Me dijo un compañero que está allá que han estado buscando pozos, pero no han encontrado ninguno. Lo peor es que, cuando fue el general Navarro, el día diecinueve, le pidieron un depósito de agua. ¿Tú crees que no hay ninguno en todo el territorio? Esto me lo dijo Hernández, el de intendencia. ¿Qué clase de ejército se mete en una guerra en África y no toma medidas básicas de prevención? ¡Esto es de locos!

—Parece que estás describiendo nuestro ejército. Lo que más me preocupa es la organización que parece estar adquiriendo el enemigo. Ahora disponen de los cañones de Abarrán, con los que bombardean cada día Igueriben. ¿Cómo es posible que nuestros cañones no puedan inutilizarlos?

—Al parecer, aparte de fortificar el lugar, también han preparado un parapeto con troneras para los cañones. Cuando disparan los nuestros, retiran los suyos por unas rampas.

—A eso me refería. Parecen estar mejor organizados que nosotros. Por cierto, ¿cómo sabes eso?

—Tengo mis informadores que me lo explican. No sé si tienen mejor organización, pero sí que tienen mucha más moral y eso da una ventaja muy importante en la batalla.

Como en un lento gotear del tiempo, los días iban pasando y, lo que en principio era novedad, se convertía en triste rutina. Martí seguía atendiendo, junto con otros

oficiales médicos y sanitarios, las necesidades de cada día. Aquí se carecía de horario, pues la jornada comenzaba bien temprano, pero podía alargarse todo el día e incluso la noche. Todo dependía de las necesidades del momento. A las heridas propias del conflicto militar, se sumaban las enfermedades y los golpes que, unidos a la gran suciedad reinante, no favorecían la curación de los enfermos. Las ratas y piojos eran el pan nuestro de cada día. A veces, los hombres debían luchar contra los roedores por un poco de comida. Las condiciones en Annual se estaban deteriorando a grandes pasos. Ello hacía que la moral de la tropa estuviera por los suelos.

En uno de los escasos momentos de pausa que podía disfrutar Martí, se sentó en una silla, junto al cabezal de una cama. Fue entonces cuando vio una figura que le era conocida.

—¡Comandante!

—Doctor —dijo el comandante Benítez, con una sonrisa.

—¡Qué alegría verle! —Realmente, Martí le había cogido un gran aprecio—. Pensé en usted cuando lo de Sidi Dris.

—Pensé que no lo contaríamos. Nos rodearon y tuvimos que defendernos de manera desesperada. Suerte de los marineros del cañonero Laya. Realmente nos ayudaron a salir del paso.

—El caso es que lo pudieron contar.

—Sí, pero que hayamos salvado un obstáculo no quiere decir que los salvemos todos. ¿Recuerdas lo que te dije en primavera? Pues los problemas continúan igual y no les hemos puesto soluciones. El frente se ha extendido mucho, demasiado, y no tenemos asegurada la retaguardia. En caso de retirada, no quisiera pensar lo que puede llegar a pasar.

—Confiemos en que no pase.

—Esperemos —le dijo el comandante, con un amago de sonrisa.

—¿Qué es lo que le ha traído por aquí? —indagó Martí.

—Verás… —Volvió a ponerse serio, de aquella manera que ya conocía el sanitario, como si de una representación dramática se tratara—. He venido por ti.

—¿Por mí? —dijo, entre sorprendido y halagado Martí.

—Sí. —Se estableció una pausa dramática—. Me han dado el mando de Igueriben y subo para allá ahora mismo. Durante el camino, revisando documentos, he podido ver que no hay personal médico. Como en Annual también andan muy escasos, me han dicho que no puedo llevar ninguno a Igueriben, pero no me han prohibido llevarme un sanitario. He sabido que estabas aquí y yo sé, por experiencia, que tú eres un buen doctor.

—Me halaga, pero no sé…

Interpretando confusamente las dudas de Martí, que no se creía merecedor de esos halagos, el comandante le dijo:

—Claro que, si no quieres venir, lo entenderé. La situación allá es muy complicada y cada día que pasa, empeora. Quién sabe qué pasará dentro de un mes…

—No, no se trata de eso. ¡Iré! ¡Claro que iré!

—Me alegro de que sea así. Necesito gente decidida. Prepare las cosas, tenemos media hora.

Mientras se alejaba el superior, el sanitario observaba su paso firme y decidido. Pensó que daría sus cosas, incluyendo su diario, a Julià para que lo enviara a Barcelona, por lo que pudiera pasar. Viendo alejarse al comandante Benítez, le había parecido curiosa la manera en que le había pedido que fuera con él. Más que una orden, había sido un ruego. La manera de hablar y su visión de las cosas le aportaban un aura un tanto dramática. Por esta razón y por sus comentarios, críticos y nada complacientes, a menudo era criticado por otros oficiales. Sin embargo, Martí había percibido en su persona a

un hombre recto, capaz de cumplir las órdenes, aun a sabiendas de que estas eran una condena. Por un momento pensó si él no seguía un tanto las mismas pautas de actuación. Probablemente, este era el motivo por el que habían congeniado tanto a pesar de verse poco. Los dos se habían reconocido como unos personajes encaminados hacia un destino trágico.

EN EL INTERNACIONAL

Julio, 1939

—¿Se puede saber qué buscamos aquí? —preguntó Carles a Ernesto mientras subían por la Rambla y se adentraban en las proximidades del barrio chino.

—Verás —le contestaba Ernesto, con un aire más alegre de lo habitual—, he estado informando al coronel Villalba de nuestros avances en la investigación. Él me ha informado de que mandará dibujar la imagen del legionario y a continuación intentarán descubrir quién es. Yo creo que, si ha estado en el Ejército, sabemos que se llama Sergio y tiene una cicatriz en la mejilla izquierda, hay posibilidades de que lo encuentren.

—¿Tú crees que ha sido el legionario? —preguntó Carles, mientras se adentraban en la oscuridad de aquellos callejones.

—No lo sé, pero ahora es lo que tenemos. ¡Aquí está! —dijo, señalando un bar que hacía esquina—. ¡El bar Internacional!

En la puerta y alrededores, varias mujeres ejercían la prostitución. Tuvieron que desoír algunos requerimientos en la consecución de un placer que estaba más en la mente de los clientes que en el cuerpo de las meretrices.

—Perdona, pero… ¿Qué tiene de particular este bar? —preguntó mientras entraban en su interior, un local oscuro con

algunas luces que pretendían ser seductoras para el cliente.

—Este era un bar típico de la noche barcelonesa. Aquí las mujeres se prostituían por poco dinero. Ahora se ha convertido en un mísero bar de camareras.

—Sí, eso ya lo veo —contestó Carles, observando el establecimiento, un local de setenta metros cuadrados con un reservado al fondo, separado por una mampara de la sala principal, en la que solo había una barra.

—Si quieres entrar al reservado, has de invitar a una chica a un güisqui —dijo señalando hacia afuera.

—Me sorprendes, Ernesto. ¿Me estás diciendo que venimos aquí a echar un polvo?

—No, no es eso —sonrió Ernesto—. Estamos en misión oficial.

—Sigo sin entenderlo.

—Es que eres muy impaciente —dijo, mientras pedía dos güisquis con hielo—. Te he explicado lo que hablé con el coronel Villalba, pero no lo que he hablado con los compañeros de Javier Font.

—Vale, nos vamos entendiendo.

—Así es. Estuve interrogando a algunos compañeros. Prácticamente no pude aclarar nada pues, al parecer, el capitán Font era un buen oficial, apreciado por sus subordinados y amante de su familia.

—Nada que ver con Pedro García Cifuentes.

—En efecto, pero uno de sus compañeros sí que recordó que, unas dos semanas antes del asesinato, Javier llegó muy disgustado al trabajo. Le observó unos arañazos. Le extrañó, ya que Javier era una persona bastante tranquila y poco conflictiva. Le preguntó qué le había pasado. Al parecer, le contestó que se había peleado con un idiota. Extrañado, le volvió a preguntar cómo había sido y el capitán le explicó la

historia de un legionario, antiguo compañero, que le había ido a importunar a su casa. Le dijo que él no quería chusma alrededor de su familia.

—¿Pudo saber algo más?

—Sí. Por lo visto, se tenían bastante confianza y, como estaban solos en el despacho, pudieron hablar a gusto.

—Y así, ¿qué aclararon?

—Le dijo que la discusión había sido en este bar.

—¿Por algún motivo?

—Al parecer, en este bar se reunían antiguamente sus compañeros de África para recordar viejas batallas. A medida que se iban casando y formando familia, los veteranos acostumbraban a dejar de venir.

—Así que este debía ser el «local de costumbre», al cual aludía el legionario.

—Eso supongo.

En ese momento llegó el camarero trayendo la bebida. Carles se alegró de que Hamed hubiera quedado en esperarlos en Capitanía, pues así podían hablar con mayor tranquilidad y libertad. Además, como buen musulmán, seguramente no habría aprobado ni el local ni las bebidas. Después de haberse presentado al camarero, Ernesto le pidió un momento de atención. El hombre, un señor de unos cuarenta y cinco años, con un porte de hidalgo español al uso: alto, delgado, con bigote y al cual, una marcada alopecia ya comenzaba a hacer estragos, manifestaba un alto estado de nervios. Evidentemente, sabía con quién estaba hablando.

—Escúcheme atentamente —le dijo Ernesto, mientras el camarero asentía con la cabeza.

—¿Conoce usted a este hombre? —volvió a insistir, enseñándole la fotografía del capitán Javier Font.

El camarero hizo el acto de pensar. Le vino a la cabeza

una escena ocurrida un par de meses atrás.

—No sé —balbuceó.

—Piénselo bien. Sabemos que este individuo venía anteriormente de manera asidua. Estuvo aquí hace un par de meses. Ha sido asesinado y creemos que la persona que estuvo con él puede ser el asesino.

Ernesto habló lenta pero decididamente, sin dejar de mirar a los ojos al camarero. Este, viendo que no tenía escapatoria, afirmó con la cabeza.

—Ahora lo recuerdo. Hace años que venía por aquí, acompañado de un grupo de amigos. Eran militares, si no recuerdo mal.

—En efecto, eran militares. ¿Venían muchos compañeros?

—Cinco o seis. A veces acababan borrachos. Solían hablar de la guerra de África. Pero estoy hablando de muchos años, doce o catorce.

—¿Recuerda si entre ellos había un legionario?

—Sí, era un hombre delgado y de estatura normal. Sin embargo, había algo en él que daba miedo. Tenía una cicatriz en la mejilla que le daba una apariencia peligrosa. Parecía muy agresivo. Solía beber bastante. Siempre llevaba un aspecto descuidado que contrastaba mucho con los otros militares.

—Parece que lo recuerda bastante bien.

—Lo recuerdo porque, como usted ha dicho, estuvieron aquí hace un par de meses. Tanto el legionario como el hombre de la foto. Pero ninguno de los dos llevaba entonces uniforme.

—¿Qué pasó entonces?

El jefe vino a regañar al camarero para que volviera a la faena, pero, dándose cuenta de con quien estaba hablando, pues no era difícil deducir la condición de policía de los dos hombres, permitió que siguiera el interrogatorio. El camarero

comenzó a recordar aquel momento en que, un par de meses atrás, dos antiguos clientes del local se volvían a encontrar. Él estaba de servicio y la escasez de clientela le permitió seguir a distancia la conversación. Entre otras cosas, porque esta se desarrollaba en un tono elevado.

—Vaya, aquí está mi amigo Javier —dijo el legionario, en un tono que dejaba entrever que había tomado más de una copa—. ¡Tómate algo!

—¿Estás loco? ¿Cómo te has atrevido a ir a mi casa?

—Me llamas loco, pero vosotros no estáis mejor.

—No dejaré que vengas con insultos. Además, ¡estás borracho! —Borracho, pero sé lo que me digo.

—¿Para qué me has hecho venir?, ¿para reírte de mí?

—He venido a avisarte.

—¿Avisarme? —Javier lo miró con sumo desprecio—. ¿De qué me quiere avisar un fracasado como tú?

—Quería avisarte de que tengas cuidado.

—¿Me estás amenazando? Ándate con cuidado con lo que dices.

—Escúchame, imbécil. De quien deberías tener cuidado es de una sombra.

—¿De una sombra? ¿De qué estás hablando?

—¿Sabes que a Paco lo han asesinado?

—¿De qué Paco hablas?

—De Paco, el maño.

—¿Paco el maño? ¿El de Tetuán?

—Sí, el mismo. Le cortaron la cabeza.

—Creo que estás borracho. Has bebido demasiado.

—Paco se retiró después de Xauen. No lo pudo soportar.

—¡No vuelvas a mencionarlo! ¿Te enteras?

—En su ropa le encontraron una nota.

—¿Una nota? ¿Suya?

—No se sabe, pero dicen que no parecía su letra.

—¿Y qué decía?

—Decía: «Recordarás Xauen».

El camarero calló un momento. Los policías estaban sumamente interesados, porque veían que algunos conceptos se iban repitiendo como en un monótono bucle. Para Carles aquello era la confirmación, si es que todavía había alguna duda, de que el origen del crimen había que buscarlo en el África colonial.

—¿Recordarás Xauen? —preguntó Carles.

—En efecto.

—¿Y qué hizo el capitán?

—Desde el sitio en que estaba, pues había estado interesado por la conversación, pude ver que el capitán, el hombre que dice que ha muerto —dijo señalando la foto—, apretó con fuerza el vaso. Creí que lo iba a romper. En esto me llamó mi jefe y fui a atender otro servicio.

—Entonces —intervino Ernesto—, ¿no vio usted si se pelearon?

—Sí que se pelearon. De hecho, el legionario estaba bastante bebido y no me extraña que llegaran a las manos. Creo que la causa fue la misma de la que habían estado hablando. Oí que alguna vez mencionaron el nombre ese, Xauen. No sé si era una persona o una expresión…

—Es una ciudad —acortó Carles—. En definitiva, ¿qué fue lo que pasó?

—Pasó que el capitán rompió el vaso contra el mostrador y se enfrentó a su compañero, quien hizo otro tanto. Los tuvimos que separar, no sin que antes se hicieran algún corte.

—¿Alguien salió herido?

—Bueno, el legionario estaba en inferioridad, pues era incapaz de aguantar el ritmo del capitán, y recibió un par de

cortes. Uno especialmente sangraba bastante, pero, cuando los separamos, vimos que no era nada grave.

—¿Han vuelto después de aquello?

—No, no han vuelto. Les dijimos que no queríamos gente violenta ni camorrista en nuestro local.

Cuando se apercibieron de que no sacarían nada más en claro, marcharon, no sin antes dejar una tarjeta al camarero por si veía a aquel legionario o se acordaba de algo más. Una vez fuera del local, observaron que el número de mujeres que se hallaban en aquella zona había aumentado. La clientela estaba formada por hombres de mediana edad y algún soldado.

—Un negocio que nunca falla —comentó Carles.

—Eso parece, por algo lo llaman el más viejo.

—Si es verdad la historia —continuó Carles, retomando la línea del caso—, habrá que contemplar la posibilidad de una tercera víctima. Habrá que investigar con quién estuvo el capitán Javier Font en Xauen.

—Lo cierto es que tanto el capitán Javier Font como Pedro Cifuentes estuvieron allá.

—Y ahora ese tal Paco, el Maño.

—Tal vez un compañero de la etapa de Xauen. Habría que ver en qué compañía estaba y a lo mejor, con un poco de suerte, podremos localizar al tal Paco.

—Eso será difícil desde nuestra posición.

—Le pasaré la información al coronel Villalba. Él podrá acceder a esos datos. Hasta es posible que ya los tenga.

—¿Lo dices por Hamed? —quiso aprovechar Carles, ahora que no estaba delante.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ernesto.

Carles le refirió cómo había estado siguiendo a Hamed, de qué manera le llevó hasta la casa en el sur de Reus y cómo,

momentos después de la salida del moro, un soldado con un paquete bajo el brazo se había dirigido a Capitanía.

—¿Quieres decir que nos ha estado espiando? —preguntó Ernesto, sorprendido.

—Eso creo, pero si lo que vi es lo que parece, diría que está enviando la información al mismo coronel Villalba.

—A no ser que sea a otra persona.

—En ese caso, ¿quién crees que sería esa persona?

—Si no es el coronel Villalba sería el capitán general. Este caso interesa mucho. Además, date cuenta de que no se ha dado ninguna publicidad. Los diarios no han informado de ello. Si observas las noticias, verás que solo salen las esquelas de defunción.

—Así que no interesa saber que alguien se va cargando oficiales del Ejército —dijo con cierta sorna Carles.

—No, eso sería lo último que interesara.

—De todas formas, quería decirte una cosa —comentó el republicano.

—Dime. —Ernesto arqueó una ceja esperando cuál sería la nueva sorpresa.

—Creo que será mejor no decirle nada a Hamed. En el ajedrez no es bueno enseñar siempre la jugada que se va a hacer. Ahora sabemos que nos espía y así tendríamos nosotros la ventaja del juego.

—De acuerdo —dijo el nacional, después de reflexionar sobre las palabras de Carles—. No diremos nada de momento.

SI LAS PIEDRAS HABLARAN

Julio, 1939

«La sociedad bereber reúne muchas tribus que son independientes y viven una vida propia. Las fronteras del poblado se suelen mantener con el paso del tiempo. El tradicional individualismo colectivo del poblado se subdivide en familias ligadas por medio de agrupación de viviendas dentro del *dchar*».

Carles levantó la vista del libro que estaba leyendo, un trabajo sociológico sobre la sociedad bereber. Había ido al Centre de Lectura y allí había podido encontrar algunos libros que le informaran sobre la época del desastre de Annual. Había comenzado revisando aquel trabajo sobre la sociedad rifeña, la gran marginada de las políticas de Marruecos. Había resultado ser un interesante pastel sobre el que se habían lanzado las potencias europeas, especialmente España y Francia.

Le había costado volver a concentrarse en el trabajo, ya que la conversación con doña Engracia le había dado más preocupaciones. Se imaginó a su madre siendo perseguida, probablemente, por algún elemento derechista. Imaginó que la causa de su persecución debía de ser la de tener un hijo cuyo trabajo consistía en ser policía de la república. En estos

tiempos, como Carles bien sabía, ello equivalía a una sentencia de muerte que, en su caso, ya habían ejecutado. Lo que le atenazaba e inquietaba era el hecho de que ya hacía demasiado tiempo que no tenía nuevas informaciones sobre su madre. Deseó que no estuviera junto a Dolors en el muelle de Barcelona el día fatídico de su muerte. Entonces recordó que doña Engracia le habló de una caja de madera con objetos personales, la caja que tenía su madre en su habitación. Se había olvidado de llevársela. Pensó en volver otro día y recogerla. Probablemente, en ella se hallara condensada su niñez, en cartas y fotografías.

De allí, había pasado a pensar en su padre. Era posible que en esa caja hubiera alguna carta también de él. En cierta manera, había querido crearse un escudo ante las noticias del desaparecido, debido sobre todo al hecho de su marcha, acción que consideraba un abandono por su parte. Sin embargo, resultaba evidente que todos los caminos le conducían a Annual. No podía evitar pensar que la solución de este caso residía en África, en aquellos territorios que hollara su padre y que lo habían engullido de la misma manera que engulló al ejército de Silvestre.

Había revisado la historia del desastre de Annual y de la reconquista del territorio por parte de tropas profesionales. Esperaba con impaciencia la llegada del jueves. Le interesaba valorar otra opinión diferente a la ofrecida de manera aséptica por un libro de texto. Observó que, pasados dos días, sería jueves y caía en día veinte. El viernes sería el dieciocho aniversario de la caída de Annual. Pensó en coger varios libros y llevárselos a casa para poder disponer de más información.

Cuando ya se iba a marchar, su vista se quedó clavada en un volumen de la biblioteca que le traía muchos recuerdos. El libro en cuestión trataba sobre la catedral de Vic. Aquel fue el

lugar donde conoció a Dolors. Recordó cómo el profesor de Historia del Arte, aquel severo y austero cincuentón de cabellos cortos y rubios, cuyo nombre no recordaba, les había encomendado la realización de un estudio de una catedral. El trabajo era en parejas, así que Carles y Xavier partieron hacia la inhóspita Vic en busca de su catedral. La razón estribaba en que Xavier vivía allá y podrían alojarse en casa de su familia.

Una vez en la ciudad, ya alojados en *can* Xavier, fueron a realizar una primera observación de la catedral. Allá se encontraban, con unos cuadernos y unas cintas para medir los diferentes espacios, cuando aparecieron dos chicas. Carles las observó y vio que una de ellas lo miraba y sonreía. Aquella mirada lo cautivó y solo pudo exclamar:

—Para monumentos esas chicas y no lo que estamos estudiando.

Ellas rieron y siguieron su camino. Tras su marcha, Carles tuvo la sensación de que trabajaban a oscuras. La luz que había iluminado aquel lugar, en ese instante, había desaparecido de forma súbita y se le hacía difícil concentrarse en la actividad.

Tras varias horas de trabajo en que Xavier tuvo que dar la reprimenda más de una vez a su atolondrado compañero, decidieron hacer una pausa y tomar algo en el centro. Cuál no sería su sorpresa cuando, en una terraza, se volvieron a encontrar a las dos chicas.

—¡Vamos a por ellas! —anunció Carles, con ímpetu de conquista.

—Chico, no me atosigues, que todavía tenemos faena —dijo un más que prudente Xavier, consciente de que el tiempo para realizar el trabajo se les acababa.

Haciendo caso omiso de su compañero, Carles se acercó a las chicas, que lo miraban de forma un tanto curiosa, y las

saludó:

—Hola, chicas. Me llamo Carles.

Ellas no contestaron. Se limitaron a mirarse de manera sorprendida.

—Soy de Barcelona.

Entonces ellas rompieron a reír.

—¡Vaya! Uno de capital. ¿Y qué hace un chico moderno de Barcelona en estas tierras primitivas? —preguntó una de ellas, aquella que había embelesado a Carles con su mirada.

—Estamos estudiando la catedral —respondió de forma un tanto azorada, pues era consciente de que, ante esas jóvenes, perdía su locuacidad, uno de sus puntos fuertes—. ¿Cómo os llamáis?

—Ella se llama Joana y yo Dolors.

—Dolors —repitió él, casi sin darse cuenta, lo que provocó una hilaridad generalizada en las dos muchachas—. Quiero decir… —Intentaba arreglar el entuerto—, que es un nombre muy bonito.

—¿Y qué habéis descubierto de la catedral? —preguntó una Dolors que, a cada palabra que decía dejaba en blanco a Carles, cosa que sus compañeros no hubieran creído de haberlo visto.

—Verás, es un interesante edificio románico, con un rosetón y Sant Pere en la fachada…

Las muchachas volvieron a reír.

—¿Qué os pasa ahora? ¿Tenéis el tic de la risa o qué? —comenzaba a estar intrigado.

—¿Tenéis un examen de eso?

—No, tenemos que realizar un trabajo.

—Pues si no quieres suspender —comentó Dolors—, será mejor que digas que la catedral es de estilo neoclásico, muy académico. Se construyó sobre otra que fue derruida a finales

del siglo XVII. El proyecto es de Josep Moretó y las pinturas del interior y de los techos fueron realizadas por Josep Maria Sert. Hace poco, en 1931, fue declarada Monumento Histórico Artístico.

En aquel momento, Carles no pudo hacer otra cosa que admirar la erudición de aquella chica. No solo era guapa, sino que además resultaba simpática e inteligente.

—Oye —le dijo—, ¿tienes algo que hacer esta tarde?

—Yo no —le respondió Dolors, sonriendo ante el atrevimiento de aquel joven—. Pero creo que tú tienes que hacer un trabajo.

Las dos chicas rieron y se marcharon cogidas de la mano. Todavía Carles permanecía con la boca abierta cuando se despabiló bruscamente, dándose cuenta de que las iba a perder de vista.

—¡Eh! ¡Esperad! —gritó corriendo tras ellas.

Las dos se giraron y ahora, un tanto extrañadas ante la insistencia de Carles, le esperaron.

—¡Escuchad! —les dijo—. Es cierto que mi amigo y yo hemos de acabar un trabajo, pero… ¿qué tal si nos ayudáis, ya que conocéis tan bien la catedral? Luego podemos ir a tomar algo.

Las dos amigas se miraron. Evidentemente era una cita curiosa. Finalmente, decidieron acompañarlos y ayudarlos a recopilar la información necesaria para el trabajo. Cuando hubieron acabado, Dolors hizo ademán de marcharse.

—¡Espera! —le conminó Carles—. Ahora podemos salir a pasarlo bien.

—He de marchar a casa. Vivo en una granja y tengo todavía quince kilómetros que realizar en bicicleta.

—Gracias… por habernos ayudado.

—Era necesario, antes de que destrozaseis la catedral —

respondió ella, sonriendo.

Dado que la despedida se hacía necesaria, Carles le pidió la dirección para poder escribirle. Ella se la dio y a partir de aquel día comenzó un epistolario que los iba uniendo cada vez más, creando puentes de información y complicidad. Más adelante, cuando la confianza se fue afianzando, Carles la iba a visitar a la granja de Muntanyola. A menudo ella bajaba a Vic y esperaba el tren que venía de Barcelona con una marcada ilusión. Aquellos momentos de su primera época juntos fueron, probablemente, los mejores recuerdos que el policía atesoraba en su memoria.

Carles cogió el libro sobre la catedral de Vic. Pensó que también lo podría hojear en la casa en que habitaban de manera temporal. No quería recordar un mundo sin Dolors, era demasiado duro. Prefería dar paso a los recuerdos de vida, aquellos que formaban el entramado de la existencia. Cuando se paraba a pensar, tenía la sensación de que muchas de aquellas personas que poblaban nuestra memoria ya hacía tiempo que habían dejado de acompañarnos, que solo formaban parte de una imagen alterada y fantasiosa que nos presentaba nuestra mente.

Eran las cinco de la tarde del jueves, cuando un serio policía hacía su entrada en el salón del hotel Londres. Los tres hombres que estaban sentados, jugando una partida de dominó, le saludaron con la mano.

—¡Vaya! Nuestro hombre de África ha vuelto —dijo Jordi Solé.

—¡Siéntese! —le invitó Eduardo.

La verdad es que Carles se había encontrado muy bien con aquel trío la semana anterior. Lo habían aceptado con mucha

facilidad. Había temido que el hecho de ser policía del régimen, cosa que le costaba de aceptar, hubiera retraído a aquellas personas, limitando sus explicaciones o censurándolas en el mejor de los casos. No había sido así y desde el primer día se había establecido un clima de confianza, al cual había contribuido la capacidad de adaptación al medio que tenía Carles.

—¿Sigue interesado todavía en la guerra de África o ha decidido pasar ya de estos pesados abueletes?

—¿Abueletes? ¡Si no deben de llegar a los cincuenta!

—Pero cuando explicamos estas historias en casa —respondió Juan—, rápidamente todo el mundo desaparece. A nadie parece interesarle qué pasó en África. Te tratan como a un viejo apestado que explica sus batallitas.

—Porque eres muy pesado —le replicó Jordi.

—¿A qué se dedican ahora? —les preguntó Carles.

—Yo soy electricista, y este —dijo Jordi, mientras señalaba a Juan—, es dueño de un almacén de materiales de la construcción.

—¿Y de qué estaban hablando cuando he llegado?

—Jordi nos estaba explicando cómo evacuaron Afrau. —Fue entonces Eduardo quien habló—. Podrías seguir y así Carles se puede hacer una idea de cómo fue aquello.

Jordi afirmó con la cabeza, entrecerró los ojos intentando concentrarse en las explicaciones y, ante la expectación de sus compañeros, comenzó una narración que ya debía de haber realizado decenas de veces.

—Afrau se encuentra en la costa, igual que Sidi Dris. La plaza de Sidi Dris la pudieron defender hasta el día veinticinco en que tuvieron que desalojarla. Habían acudido tres cañoneros para proteger la tropa: el Laya, el Princesa de Asturias y el Lauria. Pero, por lo visto, hubo mucha

descoordinación entre la Armada y los mandos de tierra, de manera que, cuando comenzaron a evacuar la posición, los soldados iban cayendo como moscas. Los moros los iban rematando como el que caza conejos. Daos cuenta que, de trescientos hombres, solo salvaron la vida veinticinco. ¡Un verdadero desastre!

—¿Y la causa fue la descoordinación?

—En efecto. Además, por lo visto, los mismos barcos se molestaron en las maniobras, por lo que no pudieron realizar un rescate efectivo. Si a ello le añadimos la dificultad de la superficie, pues el terreno de retirada era bastante en pendiente, digamos que no lo tuvieron fácil los militares de Sidi Dris.

—¿Y en Afrau pasó lo mismo? —preguntó Carles.

—No, en Afrau aprendieron la lección. Se ha de tener en cuenta que el terreno era más suave. Se aprovechó la playa que existía para controlar la plaza y, lo más importante, se pudo contener al enemigo mientras se producía el embarque. Por eso pudimos sobrevivir bastantes hombres. Aquellos momentos los recuerdo con verdadero, pánico porque pensaba que, en cualquier momento, podía recibir un tiro. De hecho, fui herido en un brazo, pero no me di cuenta hasta que llegué a la embarcación y un compañero me lo hizo saber. La verdad es que aquello fue mi suerte, estuve en el hospital y, de allí, ya me licencié. Y aquí estoy…

—Sin embargo —continuaba preguntando Carles, mientras veía cómo Juan iba colocando de manera vertical las piezas del dominó—, Sidi Dris y Afrau no fueron los primeros puestos en caer, ¿verdad?

—En efecto —le respondió esta vez Eduardo—. Abarrán fue un aviso, un aviso que nadie quiso oír. Tras la caída de Abarrán atacaron Sidi Dris, pero una tropa bien dirigida supo

mantener la plaza invicta. Aquel era el momento para hacer cambios, traer más tropas o revisar el armamento de los soldados. Piense que a las tropas moras que acompañaban a los españoles en Abarrán se les surtió de armas y municiones. Con esas mismas armas, se giraron hacia los nuestros y los masacraron. Cuesta entender cómo podían ser tan ineptos quienes tenían la capacidad de decisión.

—En efecto, parece mentira.

—Abd El-Krim resultó ser mejor estratega. Tras la victoria de Abarrán, pasearon los triunfos por las cabilas, de manera que la *harka* de tres mil hombres pasó a convertirse en otra de once mil. Después del fracaso en Sidi Dris, su mirada se dirigió hacia Igueriben.

—¿Igueriben?

—Igueriben, en la colina amarilla. Era un puesto que había a unos seis kilómetros de Annual. Como todas aquellas posiciones que se creaban, nació con el mismo defecto, la falta de agua y dificultad de aprovisionamiento. Aquello, además del estrecho y difícil camino que lo unía con Annual, convirtió su mantenimiento en una tarea imposible. Por cierto, estaba mandado por el mismo hombre que había hecho fracasar los ataques rifeños en Sidi Dris, el comandante Benítez.

Carles asistía fascinado por las palabras de Eduardo. Realmente sabía de lo que estaba hablando. Casi parecía que él se hubiera hallado en aquella colina por la expresión con que acompañaba sus palabras.

—¿Igueriben cayó?

—Igueriben cayó el día veintiuno y, a partir de ahí, todos los puestos españoles fueron cayendo uno detrás de otro, como estas fichas de dominó.

Con la mano derecha empujó la primera de las fichas que había colocado Juan y todas las demás fueron cayendo una tras

otra.

LA COLINA AMARILLA

Julio, 1921

En Igueriben, Martí pudo observar que cada día que pasaba era un día robado a la muerte, teniendo en cuenta que las expectativas de vida en este peñasco eran muy reducidas. Pudo asistir al enfado del comandante Benítez cuando hicieron su entrada en el puesto. Desde fuera, la percepción que producía la sola existencia del mismo era la de un triste lugar donde los soldados, más que vigilar y controlar la zona, habían de acechar para no ser exterminados por el incesante paqueo rifeño.

Un parapeto, formado por rocas que sujetaban los sacos de tierra y alambradas, conformaban la defensa creada para el recinto, donde más de 300 hombres se hacinaban en espera de un incierto mañana.

Después de revisar el estado del lugar, Benítez observó que la artillería de Izzumar no podía cubrir con sus fuegos la posición donde se hallaban. Solamente podían recibir apoyo artillero desde Annual, cosa que era a toda luz insuficiente, dado el desarrollo general del conflicto.

Sería por la noche, en un momento de calma, cuando el comandante Benítez se sinceraría con Martí.

—Este lugar es una ratonera.

—¿Y no puede hacérselo saber al general Silvestre?

El comandante le miró con dura resignación.

—Si te digo la verdad, no sé si el general es consciente de nuestra situación. De la misma manera que no lo fue en Abarrán ni en Sidi Dris, ni en tantos y tantos puestos que hay a lo largo y ancho del Rift. El territorio está lleno de lugares como este, mal abastecidos y difíciles de defender.

—¿Y qué piensa hacer?

—Aguantar. Es lo único que podemos hacer. Mira esos hombres: están indefensos frente a un enemigo muy superior. Estos días hemos ido repeliendo ataques puntuales. Cada día cuesta más abastecer la posición. Cada vez que entra un cargamento en Igueriben, perdemos varios hombres. Por otro lado, mis confidentes me dicen que se está preparando una gran *harka*. Si ponen el punto de mira en este puesto, no podremos resistir mucho tiempo.

—¿Y no podría pedir refuerzos?

—Silvestre está tan ciego que me destituiría por derrotista. Entonces, si viene otra persona, no tengas duda de que antes que mirar el bien de la tropa mirará el suyo propio y, por lo tanto, ¿quién cuidará de estos hombres?

De repente, la cara del comandante se demudó en una expresión de dolor. Las cefaleas que le habían acompañado desde la guerra de Cuba le impedían mantenerse en plena forma.

—Descanse un poco, lo necesita.

—También me necesitan mis hombres. Como te he dicho, aguantar es lo único que nos queda.

—Pero usted necesita estar bien descansado para poder llevar a buen término su misión.

El comandante le sonrió, aunque su rostro no expresaba alegría.

—Querido doctor, el descanso es un lujo que ahora no nos podemos permitir.

Martí vio salir a aquel hombre, que era, probablemente, la persona que mantenía unida a toda la tropa de la posición. Si algo sabían los soldados era que estaban en manos de un mando competente, que no abandonaría a sus hombres ni tomaría decisiones precipitadas. Sin embargo, bajo esa capa de fortaleza y serenidad que aparentaba, el sanitario veía a un hombre cansado que luchaba por no parecerlo, a un hombre que era capaz de mantener aquel punto de cordura en una locura generalizada.

En las horas siguientes, Martí apenas podía descansar, ya que debía ejercer la función para la cual había sido llamado a la colina amarilla. Hombres heridos, caídos bajo el paqueo, otros con insolaciones, fruto del mes de julio más caluroso del siglo, y otros tantos con heridas, luxaciones, infecciones y variados problemas médicos. Todo un panorama propio de una enciclopedia de medicina.

Allí las horas pasaban con rapidez. Los improvisados sanitarios se turnaban en horarios interminables. Pocas horas de descanso eran el premio de aquellas agotadoras jornadas. A veces, los gritos de los heridos suplicando agua rompía el silencio de la noche. Ese día, dieciséis ya no disponían de agua en la posición.

—Ya he hecho un llamamiento a Annual para que preparen la aguada y el aprovisionamiento —comentó el comandante.

—¡Menos mal! Ahora mismo carecemos de agua, comida y todo utensilio médico. Apenas nos quedan vendas.

—Sin embargo —dijo prudente el comandante—, me han informado de un aumento de tropas rifeñas. Eso me preocupa. El camino que llega a Igueriben está cortado por barrancos y

en sus desigualdades se hacen fuertes los moros. Además, han fortificado algunas zonas. Por otro lado, está la maldita loma de los árboles. Desde allí tienen una posición privilegiada para hostigar el convoy.

—¿Cree que tendrán dificultades? —preguntó Martí.

—Me temo que sí. Tendremos que estar preparados para darles apoyo si lo necesitan. Nuestra supervivencia depende de la llegada del convoy.

Desde Annual, la lucha que se mantenía en la colina contra la muerte comenzaba a valorarse por la dificultad que conllevaba el solo hecho de aprovisionarlos. Todo el mundo era consciente de la importancia de ayudar a Igueriben. Julià, sabedor de las dificultades por las que debía estar pasando su amigo, no dejaba de pensar en él.

—¡Maldito idiota! Tenía que haberse licenciado.

Intentó rezar una oración a un dios en el que no creía, pero, consecuente con sus principios, le resultaba una acción imposible de realizar. Por lo tanto, intentó enviar mentalmente un mensaje de buenos deseos y fortuna para los días venideros. Su instinto le decía que los acontecimientos se precipitarían antes de lo que muchos esperaban.

Por la mañana, temprano, partió el convoy hacia Igueriben. El capitán Cebollino von Lindeman observó, antes de la salida del mismo, una gran cantidad de turbantes que esperaban emboscados el paso del mismo. Su descubrimiento evitaría la sorpresa, pero no la lucha. Al parecer, los rifeños ya habían tomado la decisión de atacar de manera conjunta el puesto rocoso.

La columna estaba formada por un conjunto de regulares mandados por dicho capitán, un pelotón de diecisiete

artilleros, guiados por Nougués Barrera, y sesenta y siete mulos que portaban cargas de agua, víveres y municiones. También llevaban cuatro artolas para transportar los heridos. El comandante del convoy, Juan Romero López, resultó herido mortalmente por un francotirador al poco de salir de Annual. El capitán, que era consciente de la importancia de la caravana para el puesto militar asediado, mandó realizar una carga contra los rifeños. Los tiros se sucedieron. Lo que parecía un simple hostigamiento se había convertido en una batalla en toda regla. Las compañías de África y Ceriñola apoyaban a los regulares. Las baterías disparaban desde Annual y desde Igueriben, donde se vivía con suma expectación el lento y tortuoso avance del convoy.

El convoy seguía su camino, un camino escarpado y peligroso. No podía parar, pues su detención implicaba un verdadero suicidio. Los moros, agazapados en los relieves del terreno, afinaban la puntería sobre hombres y mulos. Los acemileros, desesperados, azuzaban y daban golpes con la fusta a los mulos, mientras los pelotones intentaban cubrir el convoy haciendo continuas descargas. Algunos mulos caían por la pendiente arrastrando con ellos las cargas destinadas a Igueriben. Desde arriba, los soldados no podían hacer otra cosa que mantenerse a la expectación de la llegada del convoy.

—¡Dios mío! ¡No avanzan! —masculló un soldado que había junto a Martí.

—¡Animo, muchachos, que ya llegáis! —gritaba otro.

—¡Mirad! ¡Le han dado al artillero! —comentó un sargento.

Nougués Barrera, el jefe de los artilleros que debían llegar sí o sí a Igueriben, cayó con su caballo. Observó que este había muerto de un tiro. Se levantó, sacó su pistola y continuó el avance hacia su objetivo, abriéndose paso a disparos. Los

soldados de la colina vitoreaban a los hombres que veían llegar a su destino con una decisión y valentía encomiables. Algunas balas de cañón habían caído por el barranco. Nougués no dudó en hacer bajar a sus hombres a buscarlas. Los artificieros llegaron a la posición, donde introdujeron las cargas de cañón en mano. La mitad de ellos llegaron heridos, pero todos, excepto uno que volvió hacia Annual, se quedaron en el que sería, seguramente, su último destino. El comandante Benítez abrazó a Nougués. Sus hombres abrazaron a los artilleros y los vitorearon. Con puños en alto, celebraron la llegada del grupo. Bien sabían valorar los sitiados la acción que habían realizado.

Cebollino logró llegar a Igueriben e introducir lo que quedaba del convoy. Rápidamente, los regulares volvieron hacia Annual para evitar ser acorralados. Ante la imposibilidad de llevárselos, se vieron obligados a dejar los mulos. La misión se había cumplido, pero a costa de 74 hombres, la mayoría fuerzas indígenas de choque.

El ambiente en la colina era más animado que días antes. Sin embargo, poco duró la alegría, ya que el convoy no había resuelto apenas nada. Algunas mulas habían caído por las barrancadas con las cargas; otras, por falta de sitio, se hallaban entre el parapeto y las alambradas. Las cubas habían sido acribilladas, por lo que habían llegado casi vacías. Apenas había un vaso de agua por persona. Cuando el comandante Benítez supo del resultado del convoy exclamó:

—Demasiadas muertes para tan poco triunfo.

Martí observó que Igueriben estaba rodeada totalmente por la *harka* mora. No lo sabía entonces, pero esa sería la última caravana que accedería a la posición. Pensó que, realmente, las dificultades no habían hecho más que comenzar.

LAS GAVIOTAS

Agosto, 1939

Un calor pegajoso propio de la época, debido a la humedad que producía la cercanía con la costa, se extendía por toda la zona. Carles había decidido dar una vuelta por los alrededores del Pere Mata, origen de su peculiar aventura. A pesar de la hora, sobre las siete de la tarde, el sol se resistía a abandonar su reinado diurno.

Ya hacía días que había comenzado el mes de agosto y la inactividad producida por la falta de acontecimientos en relación al asesinato de los capitanes le había llevado a dar un paseo. Sobradamente conocía el centro de Reus. A menudo, sus particulares itinerarios le llevaban a recorrerlo. Fue por ello por lo que decidió cambiar el recorrido de su paseo y se dirigió hacia las afueras, esta vez en dirección al hospital psiquiátrico.

Era un mes caluroso. La canícula le llevó a recordar a las víctimas de Annual. Aquellos soldados padecieron unas temperaturas elevadísimas que contribuyeron a mermar su capacidad ofensiva. Por otro lado, la mala preparación, unida a una organización desastrosa por parte de los mandos, había creado el caldo de cultivo necesario para que se produjera la catástrofe.

Aquellos días de verano había estado leyendo libros y

artículos relacionados con la aventura colonial española en el norte de África. Los nombres de Igueriben, Annual, Buhafora o Monte Arruit comenzaban a formar parte de su universo. Cuanto más leía, más se acordaba de su padre, imaginando en cuál de aquellos lugares había tenido su encuentro con la dama de la guadaña.

Ahora le parecía increíble que hubiera sido capaz de permanecer al margen de aquello. El incumplimiento de una promesa realizada a un niño, que él vivió como una traición, había extendido un velo en el conocimiento de los últimos días de su progenitor. A ello contribuía el hecho de que su madre sufriera en la soledad de su habitación la crueldad de la noticia recibida.

Carles se apercibía de que, independientemente de su actitud hacia el tema, la guerra de África era un hecho que le perseguía.

A veces, tenía la sensación de que alguien le iba guiando en el camino para que pudiera valorar la figura paterna. «Normalmente valoramos a las personas cuando no están» pensó, recordando a todas aquellas que habían desaparecido de su vida. Sus recuerdos se dirigían hacia su mujer, su padre y en la actualidad también su madre, de la que no tenía ninguna noticia.

Caminó por el paseo de la Boca de la Mina, el lugar donde había tenido lugar el secuestro. Una ligera corriente de aire hacía que allí el paseo se volviera un poco más agradable. Continuó la caminata saliendo por detrás del Pere Mata. Unos soldados bebían agua de la fuente de la Boca de la Mina. Aprovechó para refrescarse un poco y mojarse los brazos, la cara y el pelo. Ello le hizo más soportable el calor del momento.

Siguió andando por caminos y veredas a cuyos lados se

hallaban terrenos cercados. En muchos de ellos destacaba el *mas*, —la vivienda rural típica de la zona. Muchos de estos *masos* eran apenas unas chabolas construidas por sus dueños para pasar un j rato en el campo y protegerse de las inclemencias del tiempo. La división del terreno, en la mayoría de los casos, se realizaba con separaciones de piedras, un sistema tradicional que marcaba los dominios de cada cual.

Se sentó a la sombra de un árbol. Afortunadamente, el aire que corría le permitía descansar un poco sin estar sudando de manera exagerada. En esos instantes volvió a dar vueltas al caso, como había hecho otras veces. Estaban en un punto muerto ya que la pista que unía las dos muertes no daba visos de aparecer. No se había sabido más de la existencia del legionario. Habían vuelto a interrogar a la amante del capitán Pedro García, pero ella no había recordado nada más. También habían apretado a Eusebio, pero este tampoco había aportado nada nuevo. Existía la probabilidad de la existencia de otro asesinato. Ernesto había informado de ello al coronel Villalba, pero hasta el momento, solo el silencio había sido la respuesta obtenida.

Carles observó que el tiempo parecía estar cambiando. Seguramente se había adormilado algunos minutos. Observó que el cielo se estaba cubriendo de nubes. Un gran grupo de gaviotas sobrevolaba la zona dando vueltas alrededor de un centro imaginario situado a la altura del psiquiátrico, probablemente siguiendo algún tipo de patrón desconocido para él. Se levantó y siguió caminando. Al poco, observó a un hombre sentado en un pequeño murete de piedras divisorias del terreno. Lo saludó.

—¡Buenas tardes! —le dijo.

—Buenas —le respondió el hombre de forma un tanto mecánica.

—Parece que va a cambiar el tiempo —dijo Carles, para seguir una conversación.

—Sí, el tiempo…

Carles miró al hombre un tanto extrañado. Parecía tener la vista perdida. Contestaba de manera mecánica, con poca entonación. Le pareció que no debía estar muy bien de la cabeza. Por otro lado, no parecía una persona muy mayor; probablemente no tendría los cincuenta. Llevaba chaleco, camisa y un pantalón oscuro. Un bastón parecía ser su compañero de andaduras.

—¿Ha visto usted los pájaros? —Intentó ser amable, pensando que ya se tendría que ir pues el tiempo parecía estar cambiando y las nubes se estaban agrupando para presentar batalla.

—Los pájaros… los he visto… Los buitres —contestó, desde el fondo de su mente más que desde lo que veían sus ojos—. Muchos buitres… —Ahora parecía recordar algo del pasado—. Muertos… todos muertos…

Aquello heló la sangre a Carles, pues desconocía a qué se refería aquel señor. Ahora se veía excitado. Probablemente, oscuros recuerdos o tristes pesadillas venían a invadir su mente.

—¡Papá! —Oyó una voz femenina próxima que lo llamaba —. ¿Con quién hablas?

Ante sus ojos apareció la joven de la cesta. Aquella a la que había ayudado el mes anterior y, sin embargo, había desaparecido bruscamente. Él no había querido reconocerlo, pero en sus paseos por Reus había abrigado la ilusión de encontrársela y poder hablar con ella. Algo en esa chica la hacía más cercana a él que aquellos con los que compartía vivienda e investigación. Serían sus brillantes ojos, que le recordaban a Dolors, o su sufrida dignidad, que mantenía a

pesar de todos los contratiempos a los que, seguramente, se había tenido que enfrentar. El caso es que, desde su repentina reacción el primer día, más de una vez se había sorprendido pensando en ella. Le había parecido atisbar en aquella muchacha una actitud de rebeldía y decisión que no hacían otra cosa que encarecerla a sus ojos. Cuando la joven lo vio, enmudeció repentinamente. Después, dirigiéndose a su padre, le dijo:

—Papá, vámonos. Parece que va a llover.

—A llover —respondió el padre, con aquella dócil cantinela en que se había convertido su voz.

—¡Espere! —dijo instintivamente Carles, ya que presentía que la volvería a perder de vista.

—¿Qué quiere? —preguntó ella, manteniendo la distancia.

Carles enmudeció, pues no sabía qué decir sin que la chica saliera corriendo otra vez. Decidió improvisar para ganarse su confianza.

—Su padre, ¿qué le pasa? —preguntó y, automáticamente, se dio cuenta de lo idiota que era la pregunta pues, justamente, eso era lo que menos esperaba oír una chica.

—¿Y a usted qué le importa lo que le pase? —respondió ella enfadada.

—Es que… ha… hablado de unos muertos —dijo Carles, quien era consciente, una vez expresado, que no hacía más que liar el asunto de manera más chapucera cada vez.

Sin embargo, advirtió que la expresión de ella había cambiado un poco. Seguramente había visto que la preocupación de Carles era sincera.

—Mi padre estuvo en África. En tiempos de la guerra contra los rifeños. Desde entonces, nunca volvió a ser el mismo.

—Pero, a pesar de todo, su padre volvió. El mío nunca

pudo hacerlo.

—Lo siento —le dijo con una sincera expresión de duelo.

Lo que hasta ese momento había sido una amenaza, se convirtió en una realidad y enormes goterones comenzaron a caer como si de un bombardeo sistemático se tratara.

—Finalmente llueve —dijo Carles—. Me temo que no queda otra que mojarse.

—Venga con nosotros hasta que pase —le dijo ella—. Vivimos aquí al lado.

Carles le dio las gracias y los acompañó hasta una vivienda que había en un terreno, donde almendros, olivos y un huerto se disputaban el dominio del solar. La casa era de piedra, de planta baja. Las puertas y ventanas eran de madera y el techo de teja. Aquel hogar resultaba más habitable que la mayoría de moradas que se hallaban en las afueras. La principal diferencia era que muchas se usaban solo como cobertizo para guardar herramientas y pasar el día. Sin embargo, el uso de aquella vivienda no parecía provisional, sino que denotaba un uso habitual. Probablemente, aquella familia no disponía de otro hogar, aunque el policía pensó que, en estos tiempos, no eran pocos los que se hallaban en aquella situación.

De todas formas, pudo apreciar que allí hacía tiempo que no se hacían reformas ni reparaciones. Lo que en otro tiempo debía de haber sido un bonito hogar, ahora quedaba en un práctico refugio, con múltiples arreglos por realizar.

El chaparrón les pilló entrando en la casa, por lo que apenas se mojaron. La chica cogió un par de cubos y los puso en sendos lugares, en el comedor.

—Aquí las goteras no perdonan —comentó ella, mientras el padre se sentaba en una mecedora cerca de la ventana, dejando deslizar la mirada hacia el exterior.

—¿Tiene muchas? —preguntó Carles.

—No muchas, pero dan la lata.

—Gracias por invitarme a entrar. Me llamo Carles, Carles Gil.

—¿Se hace llamar Carles o Carlos?

—No, mi nombre es Carles, aunque en este tiempo resulta difícil mantener un nombre en catalán.

—Eso me parece. Mi nombre es Lucía —le dijo ella, manteniendo una cierta desconfianza, pues no dejaba de intrigarle aquel hombre. Tenía que reconocer que con ella se había portado bien, a diferencia de otros nacionales.

—¿Por qué me mira así? —preguntó Carles.

—Porque… parece usted diferente. No sé. No parece igual que los demás.

—¿Qué los demás? —Ahora era Carles quien no caía.

—Bueno… Los soldados, quiero decir —dijo ella, intentando salir del paso de manera diplomática.

—¡Ah! —dijo Carles, entendiendo—. Quiere decir, los nacionales.

—Así es… Los… nacionales.

—Bueno, eso es porque no soy uno de ellos.

—¿Qué quiere decir? —preguntó ella, ahora realmente intrigada.

Fue entonces como, casi sin darse cuenta, Carles comenzó a contarle los hechos que le habían marcado en los últimos años. Habló de su madre, de Dolors, de la guerra y de la situación que le había llevado hasta Reus. Casi sin darse cuenta, había pasado el tiempo y ya empezaba a anochecer.

—¡Lucía! —Se oyó una voz, una llamada desde una habitación.

—¡Ya voy, abuela! —dijo Lucía en voz alta.

—Perdone —se disculpó Carles—. Usted tiene cosas que hacer y yo… la estoy entreteniendo.

—No se preocupe. En condiciones normales, el problema reside en el tiempo para hacer la cena, pero ahora, como casi no hay nada para comer, el problema se reduce —dijo con ironía Lucía.

—El caso es que me alegro de hablar con usted.

—Yo también.

—¿Le importa que nos volvamos a ver?

En el bar Internacional, la noche discurría con la normalidad habitual. Los clientes entraban de manera espaciada e invitaban a las chicas a un wiski. Cuando el reloj pasaba de las dos de la mañana, un individuo de estatura normal, delgado y con una cicatriz en la mejilla izquierda, entró a tomar una copa. El camarero intentó mantener la tranquilidad para que el cliente no tuviera la sensación de ser tratado de manera diferente.

Al poco rato, viendo que el legionario que buscaban los policías se hallaba ensimismado, probablemente en oscuros recuerdos, decidió ir a la trastienda, donde tenían un teléfono que utilizaban para usos comerciales propios del negocio. A menudo, los señores con dinero exigían la visita domiciliaria de las señoritas, a las que pagaban con un desprendimiento no habitual. La discreción se compensaba generosamente.

Pasó por un pasillo oscuro y llegó a la trastienda. Descolgó el teléfono y cogió la tarjeta que le había dejado el policía y que tenía a su lado. Cuando empezaba a marcar los números correspondientes, notó en la garganta el frío acero afilado de una gran navaja. No lo había oído llegar. Una voz junto a él le susurró, con un aliento del que se desprendía una gran cantidad de alcohol:

—¿A quién intentas llamar, monaguillo?

En esa voz reconoció al sujeto que había dejado en la barra y que suponía distraído, incluso adormilado. Una sensación de terror le erizó el vello, pues era consciente de que ese era el hombre que buscaban por asesinato.

LA LLAMADA

Agosto, 1939

Carles había conseguido llegar a la casa sin apenas mojarse. La tormenta, que había degenerado en persistente lluvia en aquel momento, apenas dejaba caer unas gotas como probable amenaza para los viandantes despistados. Sin embargo, para el policía, aquella noche se había convertido en una noche luminosa. La sonrisa y sencillez, no recubierta de austera dignidad de Lucía, lo habían seducido. No había olvidado a Dolors, pues raro era el día que no amanecía pensando en ella; sin embargo, en los dos meses que habían transcurrido prácticamente desde su fusilamiento o resurrección, como ahora le apetecía decir, esta chica se había convertido en una luz en el oscuro camino que estaba recorriendo.

No dejaba de dar vueltas a la precaria situación en que vivía esa familia. La vivienda no presentaba ningún tipo de lujo. Las condiciones de vida eran las básicas y, por lo que sabía, la muchacha se hacía cargo de su padre y de su abuela. Un panorama bien difícil de resolver para una chica que apenas debía de rondar la veintena.

Una vez en la vivienda, halló a Ernesto leyendo un informe.

—Te estuvimos esperando, pero acabamos cenando.

—No importa, creo que hoy no tengo hambre —dijo, recordando la situación de Lucía. Se prometió llevarle algo de comida.

—Parece que no te has mojado. Ha caído una buena.

—No, he tenido la suerte de encontrar un buen refugio.

—Me alegro, pues aquí resonaba la lluvia con fuerza.

Carles tenía que reconocer que Ernesto, para ser nacional, era una persona bastante respetuosa. Ello hacía que pudiera mantener la consideración hacia su compañero. De otra manera, probablemente ya se hubiera marchado. Desde el punto de vista de su marcado republicanismo, le resultaba difícil asumir una gran preocupación por unos oficiales fascistas muertos, sobre todo si tenía en cuenta cómo se estaban ejecutando a indefensos prisioneros de guerra.

Echó una ojeada para localizar a Hamed y unos ruidos en la cocina le hicieron pensar que se hallaba allí. De repente sonó el teléfono del salón. Como ello no era muy habitual, Ernesto se levantó del sillón en que había estado acomodado y cogió el aparato pensando que, quizás, algún confidente había descubierto alguna cosa, ya que aquel número se había puesto expresamente para uso de la investigación.

—¿Diga? —preguntó Ernesto, intrigado.

Una respiración profunda se oyó al otro extremo.

—Oiga, ¿con quién hablo? —volvió a preguntar.

Carles se aproximó al teléfono. Pudo oír la respiración. Señal de que había alguien al otro lado del aparato.

—Sé que hay alguien ahí. ¿Quién es?

—¿Es usted quien me hace buscar? —preguntó a través del hilo una voz ronca, que mostraba síntomas de embriaguez.

—¿Quién es usted? ¿Sergio?

Una sonrisa un tanto gutural fue la respuesta.

—¿Es usted Sergio? ¿Sergio, el legionario?

—Parece que sabe cosas de mí, ¿quién es usted?

—Soy policía y quisiera hacerle unas preguntas.

—Así que es usted el que ha hecho vigilar mi casa. ¿Por qué no me preguntaba a mí, si quería saber algo?

Ernesto no entendía nada. Aquel individuo probablemente era seguido por otros delincuentes ya que, si el Ejército supiera donde vivía, creía que se lo hubieran hecho saber.

Estaban tan enfrascados en la conversación que no se percataron de que Hamed había salido de la cocina y, con mucho sigilo, se dirigía al piso superior intentando no hacer ruido por las escaleras.

—¿Usted conocía a los capitanes Javier Font y Pedro Cifuentes?

—Nunca se conoce a nadie, ¿no cree? Creemos conocer a la gente y un buen día nos sorprenden de alguna manera que no esperábamos.

—¿Eso le pasó a usted? ¿Le sorprendieron y por eso los mató?

Una risa se oyó al otro lado que dejó helado a Ernesto. Carles se dio cuenta entonces de que no oía ruido en la cocina y de que Hamed no estaba con ellos. Fue hacia allá con sumo cuidado. Cuando entró en la cocina, vio que estaba desierta. Un ligero ruido en el techo le indicó donde estaba el moro. El único sitio en que podía estar era en el despacho, donde reunían la información relativa a la investigación del caso.

—La muerte y la vida, son dos caras de una misma moneda. Si sale cara, vivirás; si cruz, morirás. Es fácil, ¿no le parece?

—¿Por qué se peleó con Javier? —Ernesto atacaba por otro lado, intentando sacar alguna respuesta coherente de aquel hombre obnubilado.

—Yo quise avisarles, pero ellos no me hicieron caso. Ellos no quisieron saber nada de mí.

—¿De qué quiso avisarles?

—De la sombra, de la sombra que los sigue.

—¿La sombra? ¿Usted la ha visto?

—No, pero sé que está ahí. Por eso me escondo. Porque sé que nos persigue y que no parará hasta que acabe con nosotros.

—¿Vosotros? ¿Quiénes sois vosotros?

Las informaciones iban apareciendo con calzador. Los silencios se alternaban con frases escuetas y sin apenas sentido.

—Ya ha cazado a Javier… Y a Pedro. También lo hizo con Paco.

—Ese Paco… ¿También es capitán?

Una risa amarga se dejó oír.

—Paco… ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! Él no aguantó. No pudo aguantar lo que pasó en África. Dejó el Ejército.

—¿Qué pasó en África? —preguntaba Ernesto con cierta ansiedad, pues percibía que en la respuesta podía estar la solución del misterio.

—En África… —repitió el legionario—. Aquello fue terrible y él no lo soportó.

Parecía que sería difícil salir del bucle en que se hallaba el hombre. Ernesto buscó otro camino que le permitiera avanzar en la investigación.

—¿Cómo se llamaba Paco? ¿Dónde luchó?

—Luchó en una guerra de mierda, como todos nosotros. Aquello fue un asco. Nunca debimos ir a África.

—¿Cómo se llamaba Paco?

El silencio fue la respuesta al otro lado de la línea y, finalmente, el legionario colgó.

Carles había subido de manera silenciosa al piso de arriba,

intentando saber qué era lo que hacía Hamed. Era evidente que el moro había aprovechado la ocasión. Había visto que los dos hombres estaban enfrascados en la conversación para, de manera arriesgada, subir y espiar los avances que hubieran realizado en la investigación. El policía vio que la puerta estaba entreabierta, pues el rifeño debía estar atento a que la llamada acabara para poder dejar el lugar sin ser sorprendido. Siempre podía alegar que había ido al baño de arriba para no molestar a los policías.

El republicano ojeó por la puerta entreabierta y lo que vio le dejó helado: el conductor se hallaba mirando las fotos de los asesinatos que estaban dentro de un sobre. Algunas fotos se le habían caído de las manos, pero dos de ellas las tenía aferradas, casi dobladas. No podía apartar la mirada de las mismas y abría los ojos de forma desorbitada, como si acabara de ver un fantasma. El policía, dejando de lado que acababa de pillarlo en un acto hostil y nada amistoso, le preguntó:

—Hamed, ¿qué te pasa?

—Es Udad, Udad —dijo, mostrándole una de las imágenes donde se veía el capitán Pedro García decapitado y atado de manos y pies.

—Udad, ¿quién es Udad?

—¡El diablo! —dijo Hamed, con una mirada de odio profundo dibujada en su expresión.

—Y bien, supongo que el precio es el acordado.

—En efecto —dijo Eusebio—, contando las monedas. Parece que está tal como acordamos.

—Lo está —respondió el hombre que estaba junto a él con una firme convicción.

A Eusebio le sorprendía la contradicción en que parecía

vivir aquel hombre pues, si se fijaba, veía una persona de manos fuertes y rugosas y piel un tanto tostada. Seguramente, en otro tiempo, había estado acostumbrado a trabajar de sol a sol. Ahora, vestido con ropa oscura y con modales que denotaban cierta elegancia, parecía intentar esconder un posible origen humilde.

—¿Y qué sabemos de nuestro amigo Carles Gil?

—Bueno —dijo Eusebio, captando el interés del sujeto—, esa Información tiene su precio.

—Todo en esta vida tiene un precio —afirmó Jaime, dejando caer unas monedas sobre la palma de la mano de su provisional socio.

—Están investigando a un legionario. Andan como locos buscándolo —explicaba el cabo, mientras se guardaba las monedas en un bolsillo.

—¿Un legionario?

—Sí, un hombre que estuvo en África y que al parecer tiene un corte en la cara, en la mejilla izquierda.

—¿Y se sabe el nombre de ese hombre? —preguntó Jaime, con una voz modulada.

Eusebio no sabía si pedirle más dinero. Al parecer, realmente, el tema interesaba al sujeto. Sin embargo, algo en la actitud del hombre le hacía ser prudente, pues no acababa de fiarse del todo de él.

—Creo que se llama Sergio. Oí cómo lo decía uno de los policías.

—Muy bien. Si descubres algo más, ya sabes cómo encontrarme. Por lo que se refiere al pedido, nos vemos el martes que viene en el mismo sitio.

Eusebio afirmó con la cabeza y salió de aquel viejo caserón situado a las afueras de Reus. Convenía ser discreto, pues en ello le iba el beneficio económico que recibía de aquel

individuo. Tenía que reconocer que había tenido suerte de conocerlo, dado que los intereses de Jaime contribuían a beneficiar económicamente al cabo. Sin embargo, no acababa de entender para qué quería aquellos detonadores. No sabía por qué, pero aquella historia que le había explicado de prospecciones mineras ilegales no le había acabado de convencer.

Lo que no sabía Eusebio es que el individuo lo estaba observando hasta que se perdió de vista. Aquel que se hacía llamar Jaime estaba pensando en las implicaciones de lo que le había dicho su confidente. Pensó en aquel legionario de la cara cortada y en cómo podía afectar a su plan. Por otro lado, en algún momento, había creído ver una mirada de recelo en el cabo. Pronto dejaría de ser necesario para sus planes, pensó. Entonces tendría que tomar una decisión al respecto.

DESESPERACIÓN

Julio, 1921

El tiempo de descanso se acabó en Igueliben. Para Martí, el momento en que entró el último convoy, resultaba difícil pensar que en otro tiempo hubiera podido disponer de unos momentos en los que plasmar sus experiencias en un diario de campo. Ahora era del todo imposible. El sanitario colaboraba en la mejora de las heridas, aunque apenas disponían de un material mínimo para hacer las necesarias curas.

Los rifeños estaban muy próximos. Los soldados tenían que vigilar mucho. El solo hecho de asomar por el parapeto podía costarles la cabeza. Esa misma noche recibieron un ataque, llegando el enemigo hasta las mismas alambradas. Las bombas de mano y las ametralladoras fueron utilizadas para rechazarlos. Se llegó incluso a defender a la bayoneta, pues la proximidad era evidente.

Los mulos no paraban de relinchar, desesperados por la falta de agua. Los moros se dedicaron a dispararles. Los indefensos animales, desesperados, se lanzaron contra las alambradas, destrozándolas. Los pocos que quedaban vivos por la mañana, malheridos, fueron rematados por los españoles.

Después llegó el calor, el terrible calor del Rift. Las temperaturas de más de cincuenta grados se cernían sobre el territorio, castigando a todos aquellos que, no acostumbrados a ese clima, permanecían bajo su exposición. Igueriben, un peñasco rocoso situado en mitad de la nada y en el camino de nadie, sin una pequeña sombra bajo la que cobijarse, se derretía bajo aquel sol enloquecedor. Los cuerpos muertos de los mulos estallaban ante aquellas temperaturas. El olor fétido de sus vísceras y excrementos hacían vomitar a los defensores.

Entonces fue cuando comenzó la verdadera agonía de los sitiados. El agua que había llegado en el último convoy ya se había agotado y el clima hacía verdaderos estragos. Los hombres, extenuados, clamaban por beber algo líquido. Con dificultades, el comandante Benítez consiguió arengar a sus hombres para que aguantaran lo inaguantable.

—¡Escuchadme! Estamos aquí en este *corralito* para sostener el ejército. Tenemos que defender este bastión a toda costa pues, si cae Igueriben, el desastre será completo.

Los hombres no creían en milagros ni en la mayoría de oficiales, pero este comandante les aportaba una seguridad y una calma que era muy importante en aquellos duros momentos. Todos eran conscientes de la gravedad de la situación, pero también de que la cosa podía ser todavía peor.

En un momento en que Martí ayudó, junto a dos soldados, a recoger a un hombre fracturado, un cañonazo impactó en la tienda donde se cobijaban los heridos, matando a muchos de ellos. El espacio fue sembrado por los cadáveres y restos de compañeros fallecidos. Se hacía imposible enterrarlos, el terreno no ayudaba. El sanitario intentaba colaborar en la medida de lo posible, pero la falta de material médico hacía de esta ayuda una proeza imposible. Curas realizadas a toda prisa, miembros amputados en vivo con

material inadecuado, heridos que gemían esperando ser atendidos, otros que entraban en delirios cercanos a la demencia. La locura se había apoderado de este pequeño espolón, el punto más caliente del Rift.

El fuego no cesaba en todo el día. Una lluvia infernal de balas cruzaba el espacio entre la posición y los emboscados. Horas interminables bajo una lluvia de plomo. Los soldados apenas podían salir de su puesto. Prácticamente no recibían apoyo de la artillería. El heliógrafo fue destruido por las balas. Ante la imposibilidad de enviar señales de esta forma tradicional, comenzaron a usar una linterna. Los mensajes que llegaban a Annual manifestaban el desespero de los hombres de la colina.

Las armas se iban recalentando y las municiones se acababan. Pasó un avión, que bombardeó la *harka* enemiga, pero aquello solo permitió un ligero respiro en medio de la general refriega. Los rifeños estaban cerca, muy cerca, tan próximos que se permitían arrojar piedras al puesto y bombas improvisadas con latas de tomate. Los españoles respondían con granadas de mano, que pronto también se agotaron.

En Annual, los soldados permanecían en alerta, maravillados ante el aguante de Igueriben. Su defensa lo mostraba, a todas luces, como un bastión inexpugnable. Julià recordaba a su amigo y no podía evitar pensar en la situación en que se encontraba.

—¿Y qué dice el coronel Argüelles? —preguntó, pues el máximo mandatario del ejército de África, el general Silvestre, se encontraba en Melilla.

—Dice que mañana enviará otro convoy, pues allí no tienen ni agua ni municiones y, al parecer, hay muertos a docenas.

—¡Maldita sea! —dijo Julián—. ¿Quieres decir que estos

se dan cuenta de la gravedad de la situación?

—Me parece que comienzan a verla —dijo el soldado—, pero creo que el problema es que no saben qué hacer.

—¡*Colla* de ineptos! —masculló entre dientes Julià.

Esa noche, las baterías de Annual disparaban en las proximidades de Igueriben, incapaces de determinar dónde estaba el enemigo. Si hubieran preguntado a los soldados que aguantaban en la posición, probablemente estos les hubiesen respondido «en todas partes».

Al día siguiente, un nuevo convoy se había preparado para abastecer el pequeño puesto de la colina. Julià se había presentado voluntario, incapaz de aguantar más tiempo a la espera de noticias. El convoy, mandado por Núñez de Prado, estaba compuesto por seis compañías de Infantería, dos escuadrones de regulares y una batería de montaña. En total, unos mil hombres y cuatro cañones con víveres, agua y proyectiles.

Comenzó el temerario viaje por el camino que unía las dos posiciones. Si dos días antes se pudo llegar con numerosas bajas, ahora resultaba del todo imposible. El terreno estaba totalmente infestado de moros armados, buenos tiradores que no desaprovechaban la ocasión de vengar los ultrajes recibidos por los colonizadores. El teniente coronel Núñez de Prado fue herido en un brazo, pero no por ello pensaba en abandonar. Sus hombres se hallaban parapetados en tierra, respondiendo al fuego rifeño. Julià, arrastrándose por el suelo, apuntó a un turbante que destacaba entre las rocas. Su disparo fue certero, pues vio dar un salto al enemigo. El fuego cruzado hacía difícil moverse sobre el terreno. El teniente coronel envió al capitán Cebollino a Annual con el mensaje de que era imposible avanzar. Desesperado, cabalgando en su caballo bajo las balas enemigas, el capitán llegó a Annual.

—¡Han de resistir! ¡No hay otro remedio! El cargamento ha de llegar a Igueriben.

Una vez recibido el mensaje, el teniente coronel envió otro jinete, el capitán Zappino, quien recibió idéntica respuesta. En la vuelta, el capitán vio unos soldados que mostraban falta de coraje.

—¡Maldita sea! ¡Hay que luchar con ganas! ¡Teniente! —dijo, dirigiéndose a un oficial—. ¡Ordene a sus hombres que luchen con empuje!

—¡Sí, señor!

—¡Juro que este convoy entrará en Igueriben o moriré en el intento!

Una bala le produjo la muerte instantánea. El capitán nunca hubiera pensado cumplir su promesa tan rápidamente.

Desde el espolón de la colina, la tropa asistía desesperada a las dificultades que presentaba su ejército a la hora de ayudarlos. El desánimo se extendía entre los hombres. Por si alguno todavía no lo sabía, ahora tenían claro que estaban solos, a merced del enemigo.

En Annual se produjo un cambio. El coronel Argüelles fue sustituido por el coronel Manella, el jefe del 14° de Caballería Alcántara. Ante el alivio del primero al dejar la comprometida posición, se hallaba la preocupación del segundo por hacer llegar agua a los soldados de la roca. Eran las cuatro de la tarde y el convoy continuaba bloqueado sobre el terreno. El coronel Manella intentó un golpe desesperado ante tan drástica situación. Ordenó que los hombres que pudieran entregaran sus cantimploras a una compañía de regulares que intentaría llegar al puesto. Sin embargo, tal intento fue inútil. La *harka* permanecía bien situada controlando los accesos a Igueriben. Nadie podía salir y nadie podrá entrar.

A las tropas del convoy no les quedó otro remedio que volver hacia atrás. Los moros aprovecharon el momento para hostigarlas. La llegada de refuerzos pudo cubrir la retirada e impedir que esta se transformara en una huida en toda regla. La *harka* mora comenzó a rodear Annual de manera que resultara imposible ayudar a Igueriben. La suerte del peñasco estaba echada.

El tiempo se hacía eterno en la colina amarilla. Al desánimo de la situación, se añadía la desesperación por la falta de provisiones y, sobre todo, de líquido. Los hombres habían acabad con el agua. Algunos bebían la tinta y los productos para limpiar el cuero de los correajes. Otros, machacaban las patatas con el pomo de los machetes para chupar la pulpa. Había quien se metía piedrecillas en la boca para provocar la salivación. Aplacar la sed se convirtió en la primera necesidad.

Pronto corrió la voz de que los orines, una vez fríos, podían apagar la sed. Algunos, comentaban de modo experto que, si se les añadía azúcar, se podían beber bien. La desesperación era tan grande que no se descartaba cualquier posible solución. Había soldados que cavaban hoyos para tumbarse desnudos y de esta manera poder refrescarse un poco. La climatología no perdonaba a los sitiados.

Martí, agotado, continuaba su duro trabajo. Los heridos se acumulaban en la tienda. Ya no había sitio para los muertos, que eran colocados fuera, en un rincón, sin posibilidad de ser enterrados. Algunos morían desangrados antes de que Martí o bien otro de sus compañeros que le ayudaban en faenas de sanitario pudieran intervenir.

Aquella noche, el comandante Benítez se acercó un momento a ver a los heridos. Una mueca de dolor cruzó su cara cuando vio el espectáculo que formaban aquellos hombres

que, en su mayoría, no habían pedido ir allí a ser sacrificados para el beneficio de unos pocos. Ante el grito de súplica de un moribundo pidiendo agua, Martí le llevó una lata.

—¿Qué le das? —preguntó el comandante.

—El líquido que queda de las latas de pimientos y de tomates. Es lo único que nos queda.

—Deberías descansar —le dijo el comandante a Martí.

—El descanso es un lujo del que no disponemos —le contestó sonriente el sanitario.

—Lamento haberte pedido que vinieras. Podrías haber salvado la vida y aquí, en cambio…

—Aquí. —Martí lo interrumpió—, lo peor es no poder ayudar a los soldados. No queda nada con qué curar las heridas. Ni siquiera vendas. Hemos de sacarlas de los muertos para ayudar a los heridos. No podemos evitar el padecimiento de estos hombres. No es mi vida la que me preocupa, es la de estos hombres.

—Luchas para mantenerles con vida y, sin embargo, no podemos asegurar que la salven. Estamos rodeados. Tenemos muy difícil el aprovisionamiento y los moros no tendrán piedad de nadie.

—Pero no podemos hacer otra cosa.

—A veces sí que podemos escoger —dijo el comandante, con una entonación un tanto dramática.

—¿Qué es lo que podemos escoger en estas circunstancias? —preguntó sorprendido Martí.

—Podemos escoger cómo queremos morir —dijo antes de marchar.

Martí intuyó que Benítez se refería más bien a sí mismo. A pesar de tener mala cara debido a los continuos dolores de cabeza, no quiso dejar sus funciones. El comandante, que hasta el momento había mantenido la entereza, envió un

mensaje desesperado:

«Parece mentira que dejéis morir a vuestros hermanos».

Era la noche del veinte de julio de 1921.

LA HISTORIA DE HAMED

Agosto, 1939

Se hallaban los tres hombres sentados en el salón mientras un aroma a té recién hecho planeaba por la casa. Carles, visto el estado de *shock* de Hamed, había decidido hacer unas tazas de té y, en un ambiente relajado, intentar aclarar aquel misterio.

Cuando Ernesto acabó de hablar con el misterioso legionario, había subido al despacho y se había encontrado con la sorprendente situación de un Hamed absolutamente fuera de sus casillas y un Carles que, de alguna manera, intentaba calmarlo. Ahora, minutos más tarde y con todo por descubrir, habían optado por bajar al salón e intentar aclarar qué sucesos eran tan importantes que, una cosa tan grave como el hecho de estar siendo espiados, había pasado a segundo término.

El moro se había dejado llevar dócilmente. Tenía su mente enfrascada en otros asuntos. La impresión que tenía Carles era que una antigua herida, que había permanecido encubierta y casi olvidada, había brotado desde lo más profundo de su ser. Las emociones habían aflorado a su rostro como el policía no hubiera creído. Desde que lo conocía, no lo había visto tan tenso y tan alterado. Poco después, la tensión

había bajado algunos puntos. Carles creyó que había llegado el momento de interrogarle.

—Hamed, ¿por qué nos espiabas?

—Él ha mandado. Él decir que yo espío a policías para saber cómo ir la investigación.

—¿El coronel Villalba?

—Sí, el coronel Villalba. Él ha dicho y yo he obedecido.

—¿Por qué necesita el coronel que nos espíes? Nosotros le informamos de todo lo que pasa.

—Él quiere otros ojos que ver. Posiblemente otros ojos diferentes.

—¿Por qué tú?

—Porque él sabe que Hamed debe la vida al coronel. Hamed agradece y hace lo que el coronel Villalba decir. Por eso él me ha escogido. Él confía en mí.

A pesar de que su dominio del idioma no era completo, las frases de Hamed, de una lógica imperfección, se hacían dueñas de la noche. Con una relajación propia de una situación en la que no es necesario fingir, el conductor parecía hallarse un tanto descargado de una excesiva responsabilidad.

—Tú antes has dicho un nombre, Dad o algo así —dijo Carles.

—Udad.

—¿Qué o quién es Udad?

—Udad es un demonio.

—¿Un demonio?

—Él mató a mi mujer y a mi hijo. Era un asesino.

—¿Era? ¿Quieres decir que está muerto?

—Yo creo que estaba muerto. Me dijo Tanan.

A medida que iba diciendo cosas y aportando informaciones, el cuadro se hacía más complejo y difícil de adivinar para los policías. De momento, Ernesto se mantenía

al margen, dejando el peso del interrogatorio a Carles. Había percibido que había una mayor conexión entre ellos.

—¿Quién es Tanan?

—Tanan es amigo de Udad y dijo a Hamed que un demonio mató a Udad.

—¿Un demonio? Hamed, me estás complicando mucho la explicación. A ver si me entero, el tal Tanan te dijo que Udad estaba muerto.

—Sí, él dijo.

—¿Y qué te hace pensar que el tal Udad está vivo?

—El asesinato del capitán. Udad tiene un sistema: atar, matar y cortar cabeza.

—O sea que, ¿ese tal Udad o quien sea sería el asesino del capitán?

—No.

—¿Por qué?

—Porque está muerto.

—Pero ¿tú lo has visto muerto? —Carles se iba poniendo nervioso y su paciencia se iba acabando, pues intuía que estaban entrando en una especie de bucle difícil de resolver.

—No. Yo no vi. Me dijo Tanan.

—Pues, evidentemente, ese tal Tanan te engañó.

—Tanan no engañó.

—A ver, Hamed, ¿no te das cuenta que te estás contradiciendo? Si alguien te dice que otro individuo está muerto y este sigue vivo, evidentemente te está engañando.

—No. Creo que Tanan dijo la verdad.

—Tendrás que preguntar a Tanan.

—No puedo.

—¿Por qué no puedes?

—Porque Tanan está muerto.

—¡Vaya por Dios! ¿Tanan está muerto? ¿Por qué crees

que te dijo la verdad?

—Cuando tú coges un hombre y cortas a pedacitos, hombre dice la verdad, no miente.

Los policías no esperaban aquella respuesta. Realmente, se hacía difícil el interrogatorio, ya que cada vez el embrollo aumentaba exponencialmente.

—Evidentemente, ese es un argumento bastante convincente —comentó Carles.

—Hamed —terció Ernesto—, ¿por qué no intentas tranquilizarte y comenzar por el principio? Has de entender que no disponemos de mucha información y podemos pasarnos así toda la noche.

Hamed entendió la propuesta. Tomó un sorbo de té y poco a poco se relajó. Pareció concentrarse y comenzó a hablar, de una manera imperfecta probablemente, pero muy sentida. Explicó que él era un rifeño, un habitante de aquella zona del Rift tan compleja y tan levantisca. Su infancia la había pasado en un aduar de la cabila bocoya, una cabila próxima a la ensenada de Al-Hoceima, la mítica Alhucemas que persiguiera Silvestre. Los bocoyas habían dedicado parte de su vida, a lo largo de la historia, a realizar incursiones en las costas levantinas, donde apresaban a hombres, mujeres y niños que luego eran rescatados previo pago por órdenes religiosas como los Padres Mercedarios. El territorio de la cabila se hallaba tocado por el mar, pero la costa era abrupta, apareciendo en ella pequeñas calas que permitían el acceso a sus cárabos, con los que abordaban grandes buques. Fuera de la costa, el terreno abrupto, escarpado y montañoso amparaba los aduares y hacía difícil que otras cabilas o extranjeros pudieran realizar acciones de castigo contra ellos.

A finales del siglo pasado, los piratas de Bocoya habían asaltado un velero francés, el Prosper de Corín, que navegaba

de Cádiz a las costas argelinas. Una vez tuvo información del suceso, el gobernador de Alhucemas dio órdenes al vapor correo Sevilla para que auxiliara al velero francés. Cuando llegaron, encontraron a los piratas que intentaban escapar en sus cárabos. Lograron capturar tres cárabos con trece bocoyas y cuatro tripulantes del velero. El vapor intentó acercarse al velero, pero los piratas, que todavía se encontraban en él, dispararon produciendo dos muertos y cinco heridos graves. El capitán del Sevilla decidió volver a Alhucemas para atender a los heridos. Sin embargo, tres de ellos murieron poco después.

Finalmente, los piratas abandonaron el velero francés llevándose cautivo a su capitán, José Auber, que fue recluido en un aduar del interior, concretamente en el de Hamed. Los franceses, enterados de la captura del oficial, enviaron barcos de guerra a la zona para presionar y a la vez enviaron emisarios para negociar la liberación del mismo. Finalmente, con ayuda de las autoridades españolas, la consiguieron a cambio de la promesa francesa de interceder por los doce piratas que quedaban vivos en Alhucemas, ya que uno había muerto en el tiroteo.

Pese a los intentos franceses de liberación de los prisioneros, estos iban a ser juzgados en un consejo de guerra, ya que la plaza de Alhucemas era militar. Por otra parte, para forzar la liberación de sus compañeros prisioneros, los piratas bocoyas lanzaron una serie de ataques a barcos europeos, cogiendo a algunos prisioneros. Esto provocó que los países europeos implicados enviaran buques de guerra a la zona y presentaran reclamaciones al Sultán.

Finalmente, se llegó a un acuerdo para liberar a los marinos secuestrados por los bocoyas a cambio de la liberación de los presos rifeños, quienes serían juzgados e indultados.

Una vez liberados los rehenes, el gobierno marroquí decidió poner fin a la independencia excesiva que gozaba la cabila de Bocoya. Las tropas de la *Mehala* imperial se internaron por el territorio de los Beni Urriaguel, que habían declarado su fidelidad al sultán, y atacaron a los bocoyas cuando se disponían a pagar una multa acordada por los rifeños y el gobierno marroquí. Tras el combate, que causó una veintena de muertos y un centenar de prisioneros, los bocoyas iniciaron el éxodo de su territorio internándose en las montañas del Rift.

Fruto de este éxodo, el aduar de Hamed se internó en terrenos agrestes, donde no pudieran ser alcanzados por la justicia del Sultán. Su padre era el *amrhar*, el jefe de la *yemda*, instrumento de poder legislativo y ejecutivo. Era la persona más importante del aduar. Hamed recordaba su infancia feliz entre aquellas montañas, junto con su gente.

Udad formaba parte del poblado. Había sido uno de los piratas capturados. Era un hombre de gran fuerza y astucia y aspiraba a hacerse dueño del aduar. Aunque entonces Hamed no lo sabía, ya hacía tiempo que soñaba con el poder. Sus ansias de dominio le hacían pensar que, un día no muy lejano, él sería el jefe, aprovechando la hostilidad propia de la época. Ya conspiraba a escondidas con otros hombres, declarando que la política de prudencia que ejercía el padre de Hamed no era la adecuada para dirigir un pueblo.

Pasaron los años y la enemistad entre beniurragueles y bocoyas continuaba, pues los segundos no podían olvidar que parte de sus dificultades habían sido favorecidas por los primeros. El compañero de los policías, en aquella época, creció, maduró y pudo formar una familia que fue bendecida con la descendencia de un niño, el futuro jefe del aduar, como él decía a menudo, ignorante de que esas mismas palabras

eran maldecidas por otras personas.

Tiempos nuevos se presentaban y los españoles se iban extendiendo por el territorio. Hamed vio en ello una oportunidad para salir del aduar y tratar con aquellos extranjeros. Nunca se sabía los caminos a los que les conduciría el destino, pero era bueno aprender de otras personas técnicas nuevas y nuevos objetivos. Probablemente, algún día, la comunidad se beneficiaría de aquellos avances. Con la bendición de su padre partió y se enroló en las filas del ejército, concretamente en la policía indígena. Allí tomó contacto con unas personas que nada tenían que ver con aquella tierra y tampoco mostraban mucho interés en ayudar a sus habitantes. La decepción fue significativa, pero mantuvo el compromiso firmado.

Abd El-Krim comenzaba a destacar como un opositor al dominio español. Se realizaban amenazas ante aquellos que colaboraran con los españoles, pero solo parecían eso, amenazas. Sin embargo, aquel clima de crispación favorecía a Udad quien, cada vez, tenía una posición de fuerza más notoria en el aduar.

Los cabileños se beneficiaban de la corrupción existente en las tropas españolas, especialmente de la de los oficiales. Compraban armas y municiones, pero no cualesquiera. Como buenos tiradores que eran, sabían qué armas eran mejores y de mayor precisión. Otras cabilas se beneficiaban manteniendo una amistad con los extranjeros, amistad que era recompensada, a su vez, con más armas. Un, ejemplo de ello sería la cabila de Tensamám, quienes asesinarían a los defensores de Abarrán con las mismas armas que recibieran de los soldados españoles.

Cuando los cañoneros españoles, en un alarde de estupidez, bombardearon el mercado de Axdir, consiguieron

algo que parecía imposible hasta entonces: que los beniurragueles y los bocoya, así como otras cabilas del Rift, se unieran en la lucha contra el invasor. Aquellos hechos, junto con el fallecimiento del padre de Hamed, los aprovechó Udad para convertirse en *amrhar* del aduar con la complicidad de algunos jóvenes a los que el olor de la guerra había despertado sus instintos de venganza. Desde allí acusó a Hamed de colaboracionismo con los españoles y mandó ejecutar a su mujer e hijo bajo falsas acusaciones. En aquel momento tuvo lugar una ola de violencia generada por los nuevos jefes del poblado. Todos sus habitantes, atemorizados, no hicieron otra cosa que seguir las directrices del sanguinario jefe.

Entonces tuvo lugar el desastre de Annual, la catástrofe que hundió al ejército del que parecía un hombre invencible, el general Silvestre. Tras unos días de lucha desesperada, Hamed tuvo noticia del fallecimiento de su padre. Decidió dejar aquella guerra y volver a su aduar. No podía imaginar lo que le esperaba en él.

Después de varios días de viaje ininterrumpido, llegó al que había sido su poblado desde siempre. Apenas tuvo tiempo de entrar cuando fue apresado por aquellos que habían aupado al poder a su enemigo. Fue golpeado y torturado salvajemente durante varios días, pero nada le afectó tanto como el hecho de enterarse de la muerte de su familia. Un odio atroz, imposible de contener, le dominó a partir de aquel día. Se prometió a sí mismo que, si sobrevivía a aquellos momentos, buscaría la venganza y la destrucción de sus enemigos.

Mientras estuvo preso, pudo ver que no era el único. Unos soldados españoles permanecían prisioneros de Udad. Pudo asistir al salvajismo del que ahora era el jefe del aduar cuando un militar, que se había escapado, fue decapitado por orden del líder mientras permanecía atado de pies y manos, con los

brazos abiertos formando una cruz. La cabeza era situada a los pies del cadáver y allí permanecía durante varios días. Para Udad, aquel asesinato ritual respondía a la confianza traicionada. Hamed ya sabía cuál sería su destino.

Finalmente, herido, pudo escapar, aprovechando un descuido de los vigilantes. Como conocía los senderos y caminos poco transitados, pudo alejarse del aduar hasta acabar agotado. Un español, con su caballo, lo recogió y curó las heridas. Era el sargento Villalba, ahora coronel. Ese fue el encuentro a partir del cual se forjaría una cierta amistad y fidelidad, y la razón por la que Hamed haría todo aquello que le dijera el coronel.

Años más tarde, siguiendo la estela del ejército español, volvió a Alhucemas tras el desembarco y volvió a su aduar, entonces acompañado de soldados españoles. No había rastro de Udad. Tampoco de los prisioneros extranjeros. Aquellos que Hamed consideró que habían ayudado a Udad fueron eliminados y sus cabezas adornaron las puntas de las bayonetas de los soldados que iban con él. Pero el rifeño no quiso quedarse en el aduar. Se dedicó a buscar al que había sido su enemigo. No lo encontró a él, pero encontró a Tanan, uno de sus fieles escuderos. Lo torturó hasta el infinito para que le dijera donde se hallaba aquel monstruo que había gobernado el aduar durante varios años. Antes de morir, Tanan le dijo que Udad había muerto. Un prisionero blanco que ellos buscaban se había transformado en un demonio y lo había matado. Después, le había cortado la cabeza siguiendo el ritual observado. Él había salido corriendo para no caer bajo las garras del demonio. Lo que no sabía era que caería en las manos de Hamed.

—Así que alguien se había vengado por ti —dijo Carles, que todavía estaba bajo la impresión de aquella historia tribal

de violencia.

—No poder vengar de aquel que hizo mal a mi familia. Pero ahora, después de ver fotos, creo que Udad, o demonio blanco, asesinar a capitán.

—Sí, pero deberás dejar que seamos nosotros quienes capturemos a ese demonio —intervino Ernesto—. Tu venganza ya acabó.

—Todavía no.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Carles.

—Hubo un hombre que ayudó a Udad, un hombre que dio armas, un hombre blanco. Udad conoció en Alhucemas y después ayudarse. Tanan dijo que aquel hombre convenció a Udad de tomar el poder y comprar armas.

—¿Y sabes quién es ese misterioso sujeto? —preguntó Carles.

—No sé. Solo sé que en aduar le llamaban Cabeza de Serpiente. Sé que es soldado español. Si Hamed encuentra, acabará la venganza.

LIBERACIÓN

Agosto, 1939

Una cierta y relativa calma del día anterior parecía haber barrido todo aquel ambiente que se había espesado en el último momento. Diríase que comenzaba una nueva etapa, más limpia y salubre.

Cuando se despertó Carles, observó que el sol hacía ya rato que había salido. Aquel día se había levantado tarde, cosa nada habitual en él. Su estancia en la cárcel y en los campos de concentración había hecho de él una persona madrugadora, capaz de levantarse con el sol. A menudo disfrutaba de ese estupendo momento, que consistía en ver salir el astro rey, mientras daba un paseo. Desde que estaba en Reus, solía pasear por los caminos que conducían a Castellvell. Allí disponía de una vista privilegiada, ya que podía apreciar la perspectiva de la ciudad, y también podía llegar a visualizar el mar si continuaba su caminata un poco más arriba. Otro de sus itinerarios habituales consistía en un paseo por los alrededores del Pere Mata. Le gustaba caminar por aquellos parajes dominados por una abundante vegetación y con múltiples terrenos delimitados por los muros de piedra que anunciaban la presencia de un *mas*. A menudo apreciaba los

soleada de agosto. La tormenta del día anterior

rayos del sol que se deslizaban entre las ramas de los árboles, creando un paraguas de luz digno de un buen espectáculo del Liceo.

Pero aquella mañana había perdido la ocasión de disfrutar de esos evocadores momentos. La causa había sido la increíble historia de Hamed, que los había tenido despiertos hasta altas horas de la madrugada. Recordar aquellos momentos fue toda una experiencia. De no haber estado presente, hubiera asegurado que respondía a la irreal imaginación de un creativo y fantasioso narrador.

Después de escuchar el testimonio, Ernesto y Carles se habían puesto a discutir sobre el asunto. En aquellos momentos no importaba que el conductor estuviera presente, ya que ahora había pasado a ser considerado parte del equipo de investigación. Al parecer, los intereses se complementaban. El hecho de que la ritualidad de los asesinatos fuera una copia de otros similares que se habían producido en África veinte años atrás, hacía pensar en un mismo origen. Las semblanzas eran demasiado evidentes para descartarlas.

De hecho, lo único que confirmaba ello era lo que ya estaban investigando: que África y, concretamente, la guerra del Rift había estado en el origen de los asesinatos. Ahora, prácticamente, podían excluir la existencia de un posible comando republicano. Casualmente, los hombres asesinados habían estado en aquel territorio en la misma época. Aquel jefe rifeño, Udad, parecía estar en el origen de los crímenes. En realidad, no había ninguna confirmación de su fallecimiento, salvo la palabra de un nativo troceado. Por otro lado, existía la posibilidad de que aquel demonio blanco, que supuestamente lo mató, se hubiera trasladado a la península para acabar con aquellos capitanes en nombre de quien sabe qué antigua causa.

Junto a estas sospechas se hallaba la pista del legionario quien, el día anterior, había dado muestras de hallarse relacionado con los fallecidos. Resultaba curioso que el hombre que había llamado la noche anterior tuviera constancia de los asesinatos. Podría ser que él tuviera algo que ver en la ejecución de los crímenes. No había que olvidar que los legionarios eran personas muy rudas y habían actuado de manera muy violenta con los rifeños, especialmente después de ver cómo estos habían exterminado todo un ejército que, prácticamente, se había rendido y se hallaba desarmado. La piedad no había formado parte de sus valores y lo demostraron a medida que habían ido reconquistando los territorios perdidos.

A pesar de disponer de todos estos indicios, se hallaban en un punto muerto. Aun cuando la historia de Hamed fuera del todo cierta, no aportaba grandes datos a los ya sabidos. Al menos, datos que se pudieran contrastar, salvo la existencia de un soldado español al que llamaban Cabeza de Serpiente, un mote que difícilmente daría la resolución del caso, ya que raro era el soldado que no tenía algún apodo.

Carles se aseó y bajó a desayunar. Allí estaba Benita, dispuesta a preparar la comida del mediodía.

—¡Buenos días! —saludó la criada.

—¡Buenos días! —saludó Carles, haciendo una ligera y teatral reverencia—. Aquí tenemos a la ínclita Benita.

—¡Madre mía! —exclamó ella—. ¿Qué ha *pasao* hoy? *Usté* se ha *levantao* más tarde que otros días y con esa alegría… ¿Lo tenemos *enamorao*?

Carles, que había cogido una taza de café y se la había llevado a los labios, no pudo evitar que un sorbo de café se le escapara de la boca ante la idea de la mujer. Afortunadamente, se hallaba delante del fregadero, por lo que el desastre fue

menor.

—Benita, ¿cómo se te ocurren esas cosas?

—Porque esas son las cosas que ocurren. *Toa* la vida ha *sio* igual. Un día está una alegre y lo ve *to* de colores y, al siguiente, estas *jola y t'has d'aguantar*.

—Oye, Benita —dijo en un tono más formal—, quisiera llevarme algunas verduras y legumbres. He conocido una familia que lo está pasando muy mal y quisiera ayudarlos.

—¿Es guapa ella? —le dijo con una mirada cómplice.

—Ya te pagaré lo que me lleve —le dijo, sin contestar la pregunta—. Así podrás comprar en mayor cantidad.

—*Mu* guapa *tié* que ser la zagala. Ya veo yo.

Carles salió de la cocina. Notaba que sus mejillas enrojecían y se dirigió hacia la puerta. Por el rabillo del ojo pudo ver, tras la puerta entreabierta de la habitación de Hamed, cómo este se dedicaba a realizar la oración. Para el republicano hubiera sido muy difícil mantener la fe si le hubiera pasado lo mismo que al moro. Entendía sus ansias de venganza pues, en su caso, una herida similar permanecía abierta y le hubiera gustado encontrar a alguien hacia quien dirigir su ira. Por un momento se planteó que él, en realidad, estaba colaborando con aquellos que habían asesinado a Dolors. ¿Qué había sido de sus ideales? ¿Y de su dignidad? Mirando a su alrededor, pensó que todas aquellas personas que conocía llevaban grabadas las heridas de aquella estúpida guerra, una guerra que solo deseaban unos orgullosos militares con la idea de una España que no existía, una España que dejaba morir a sus mejores hombres, como aquellos infelices soldados que perecieron en Annual.

En aquel momento, el sonido del teléfono le alertó, ya que eran escasas las personas que tenían aquel número. Solamente aquellas con las que habían contactado y que, de alguna

manera, estaban relacionadas con el caso. Cogió el aparato y una voz conocida le anunció que los documentos de su cuñado se hallaban, por fin, en el Pere Mata. Podían pasar a recoger a Enric si querían. Quedaba definitivamente libre.

Oír la noticia alegró a Carles quien, momentos antes, había estado a punto de entrar en una especie de desánimo. Aquí podría tener la respuesta a la pregunta que se hiciera hacía un momento. Gracias a que ayudaba a resolver el caso, su cuñado se había beneficiado, seguramente, de una sentencia que podría haber sido más dura e intransigente. Ahora, al menos, alguien de la familia de su mujer podía realizar una vida normal, teniendo en cuenta las circunstancias del país.

A pesar de que las ganas le empujaban a ir corriendo hacia el campo de concentración, esperó unos minutos a que Hamed acabara sus oraciones para pedirle que le acompañara al Pere Mata. Le pareció ver que el moro sonreía cuando le explicó la causa. Desde que había explicado su historia, el mutismo había vuelto a dominar su personalidad. No obstante, a veces mostraba unos resquicios en su carácter a través de los cuales se manifestaban algunas emociones.

Una vez en el centro, Carles y Enric pudieron abrazarse como hombres libres. A pesar de las circunstancias adversas, ambos habían tenido la enorme suerte de permanecer con vida y eso, ya en sí, era un hecho para celebrar. Recogieron los documentos que atestiguaban que Enric era una persona redimida para el régimen, papeles que debería llevar encima para evitar problemas.

—Pensaba que te habías olvidado de mí —dijo Enric.

—Ya ves que no —le respondió alegremente Carles.

Mientras salían, el policía lo observó. El aspecto de su cuñado le recordaba a su situación no hacía ni tres meses. Un

hombre, que había sido robusto, ahora estaba más delgado que un fideo. Los huesos se le marcaban en los pómulos. Las ojeras le daban un aspecto sombrío y cansado. El pelo mal cortado y una barba descuidada le daban una imagen más similar a la de un delincuente. La ropa, sucia y remendada, era de unas tallas más grandes, aquellas que había perdido estando prisionero. A todo ello, había que dar gracias a que el policía le había ido llevando comida. No quería ni pensar qué hubiera pasado si no lo hubiera hecho. Carles pensó que su cuñado necesitaría un buen aseo antes de partir para Muntañola. No podía permitir que Elvira encontrara a su marido de esa guisa.

—Me parece que necesitas un arreglo —le dijo Carles.

—Allí dentro, uno se acostumbra a la miseria y lo acaba viendo como algo normal —contestó, con una amarga sonrisa, su cuñado—. Supongo que es lo que quieren que pienses, que los republicanos somos gente sucia y sin valores.

—No te preocupes. Solo pueden ser sucios y sin valores aquellos que tratan a la gente como os han tratado a vosotros.

—Resulta triste ver cuánta buena gente está prisionera. Padres de familia, hijos cuyo pecado fue querer ayudar al país, gente con ideales cuyo máximo crimen fue querer hacer progresar este mundo tan estrecho.

—Aquellos que pretenden defender el progreso han de estar dispuestos a luchar contra los que no desean que cambie nada, pues en el cambio se halla la pérdida de unos derechos adquiridos que suelen considerar sagrados —sentenció Carles.

En esto que llegaron a la vivienda, pues no distaba mucho del Pere Mata y menos si tenemos en cuenta que iban en coche. Carles cogió la bolsa de su cuñado y entraron en la casa. Para entonces, Ernesto estaba en el salón leyendo el diario español de la provincia de Tarragona.

—Mi cuñado Enric, Ernesto Delgado, mi compañero en

la investigación.

Aunque ya se conocían de vista, se dieron la mano con una cierta frialdad.

—Quisiera hablar contigo —le dijo Enric.

—Ya hablaremos luego. Ahora acompáñame a la habitación. Primero necesitas asearte un poco.

Una vez en la habitación, le hizo dejar sus cosas y le dejó los utensilios necesarios para su aseo.

—Ponte esta ropa luego —le dijo señalándole una que era suya ya que ahora había podido renovar su vestuario. Creo que te irá mejor que la que llevas.

Carles permaneció en el salón y cogió el diario que había estado leyendo Ernesto. Su compañero había salido, probablemente a informar de los nuevos avances en la investigación. Era probable que desde Capitanía se pudiera hallar algún rastro del tal Paco, pero eso era difícil de determinar. Después de la guerra, ¿quién sabía qué había pasado con la multitud de documentos y archivos? Por lo que sabía, durante la república, se habían quemado muchos informes y fichas policiales. ¡Quién sabía si en el Ejército había pasado otro tanto!

En el diario se informaba, entre otras cosas, de que se autorizaba la sustitución de nombres de cuatro calles importantes de Reus. La calle Prat de la Riba, pasaría a llamarse de José Calvo Sotelo; la de Salmerón se llamaría del General Mola, la de Estanislau Figueres sería ahora conocida como del general Goded y la del doctor Robert pasaría a llamarse de García Morato. Aquella lectura le hizo pensar cómo aquellos individuos del nuevo régimen estaban eliminando los rastros de una cultura que los identificaba a todos, de unos personajes que habían sido renombrados por sus valores democráticos o su categoría intelectual, para

cambiarlos por otros cuyos méritos habían sido participar en una guerra o formar parte de las políticas de una dictadura como la del general Primo de Rivera. Los franquistas, pensó, no tardan en crear un nuevo universo hecho a su medida para su mayor gloria.

Una hora más tarde, su cuñado bajaba las escaleras. Se había convertido en un hombre totalmente diferente. El cambio que había realizado había sido espectacular. El policía supuso que tan espectacular como el suyo propio hacía más de dos meses. Observó que había acertado con la ropa. Esta le quedaba bastante mejor que la que había traído.

—Ahora pareces otro. No podía dejar que Elvira te viera de aquella manera.

—Gracias, pero… no quiero molestar.

—No es ninguna molestia. Enseguida comeremos. Ya verás qué bien que guisa Benita. —La mencionó en el momento en que hacía su entrada en el salón—. Esta mujer es un genio de los fogones. ¡Benita! Le presento a mi cuñado, Enric.

—Mucho gusto, señorito. Pero… ¡Uy! Está *usté mu* flacucho. Tendrá que comer mucho *pa* estar en condiciones.

Por primera vez, Enric sonrió de buena gana. Cuando Benita se marchó a la cocina, siguieron hablando los dos hombres.

—Tengo que pedirte una cosa —dijo Carles a Enric.

—Lo que sea.

—Cuando vuelvas a tu casa y ya estés situado, pasa por Barcelona algún día y preguntas a la señora Engracia, que es donde trabajaba mi madre. Dile si sabe algo de ella. Ya hace meses que acabó la guerra y desde enero no sé nada.

—¡Qué raro! —dijo Enric, temiéndose lo peor—. Espero que no haya pasado nada grave.

—Eso espero yo.

—No te preocupes. Luego me das la dirección de esa señora y yo me pasaré a preguntar. Piensa que, con la guerra, todo ha estado alterado y resulta difícil volver a la normalidad. A mí casi me parece increíble.

—Ya te acostumbrarás —dijo un sonriente Carles.

—Carles… Te he de decir una cosa —dijo cambiando el tono su cuñado.

—Dime —le respondió.

—El caso que me explicaste…

—¿Sí?

—Resulta que lo comenté a unos compañeros que estaban en el campo de concentración.

Carles estaba intrigado ante el tono de voz de su cuñado, quien continuaba la explicación.

—Hubo un compañero, uno de León, que me comentó que había oído hablar de un caso similar.

—¿Un caso en Zaragoza? —aventuró el policía tras una corta pausa.

—No, no fue en Zaragoza. Creo que fue en Teruel.

Si hubieran pinchado a Carles no le hubieran sacado una gota de sangre. Poniendo toda su atención en su cuñado le animó a seguir.

—¿Por qué no comienzas desde el principio y me lo explicas todo?

—Verás… No sé cómo empezar —comenzó dudoso Enric —. El día que viniste… Estuve muy contento y mi primera preocupación fue la lógica de hacer saber a la familia que estaba prisionero para que supieran que estaba vivo. Más tarde, como me contaste el caso en que estabas trabajando, me quedé un tanto preocupado, dándole vueltas al asunto. Días más tarde, algún compañero hizo un comentario bastante

desagradable sobre lo que tenían que hacer algunos para sobrevivir.

—Supongo que se refería a mí.

—En efecto. En cierta manera, la frustración de no poder salir del campo de concentración te hace decir cosas que, probablemente, no piensas. Yo le comenté que te necesitaban para resolver un caso bastante complicado y que tú ya habías pasado lo tuyo. El caso es que acabé contando las características del mismo. Mi sorpresa fue mayúscula cuando otro prisionero me dijo que había oído hablar de otro suceso similar.

—Cuando dijo similar, ¿quiso decir con las mismas características, o sea, cabeza cortada y unas heridas en forma de cruz, aparte de otros cortes?

—En efecto, eso quiso decir.

—¿Y dices que no fue en Zaragoza?

—Ángel, que así se llama el prisionero, Ángel Labrador, me comentó que había estado en un campo de concentración en San Pedro de Cardeña y fue allí donde oyó hablar a un capitán de un cruel asesinato ritual y de cómo enterraron al hombre, casi en secreto, para que la tropa no tuviera noticia de aquella crueldad.

—Pero el asesinato tuvo lugar en Teruel.

—En efecto, en el mismo Teruel.

—¿Sabes cuándo?

—Creo que en enero del treinta y ocho.

—¿Y el muerto era un capitán?

—Sí, un capitán.

—Así que nuestro amigo también estuvo en el ejército. Creo que allí estaba la 52 división mandada por el coronel Domingo Rey d'Harcourt.

—Espera un momento.

—¿Alguna sorpresa más?

—El capitán asesinado no era nacional, era republicano.

La sorpresa hizo su aparición en el rostro del policía. Hasta ahora los asesinados habían sido nacionales. Al parecer, existía la sospecha de otro muerto que, por lo visto, no se hallaba ya en las filas del ejército y ahora recibía la noticia de otro crimen. La diferencia estribaba en que había muerto en la misma batalla de Teruel. Esto lo situaría cómo la primera víctima. Su asesino, en ese caso, podría haber sido un soldado republicano. Eso cambiaba totalmente el escenario y justificaría a los que auguraban que el asesino era enemigo de los vencedores.

A continuación, el recuerdo de la batalla de Teruel vino a la memoria de Carles. Una terrible batalla donde los republicanos tuvieron que luchar casa por casa para poder conquistarla. De ella recordaba la crueldad de la lucha y el frío, el intenso frío de aquel invierno. Allí murieron algunos de sus compañeros. Finalmente, la victoria se había decantado para los nacionales. Pero al parecer, de entre los muertos, uno de ellos llevaba la invisible marca del asesino.

En ese momento se abrió la puerta y un serio Ernesto hacía su aparición.

—¡Ernesto! Tenemos faena.

—¿Y eso?

—Hemos de ir al Pere Mata.

—¿Qué ha pasado?

—Te lo explico por el camino —dijo Carles, cogiéndolo del brazo y devolviéndolo al mundo del cual acababa de llegar.

DOCE CARGAS DE CAÑÓN

Julio, 1921

El día veinte de julio no había corvos. Ello suponía un día aciago para los soldados del baluarte, sin nada que esperar. Como mucho, la posibilidad de sobrevivir de una manera desesperada a una muerte dura y cruel. El juego del gato y el ratón se perpetuaba en la colina. Para unos, la recompensa sería la conquista del farallón y el exterminio de los soldados; para otros consistiría, sencillamente, en conservar la vida un día más.

En Annual se contenía la respiración. Aquellos hombres de Igueriben parecían capaces de vencer cualquier desafío. Hasta entonces nadie los había podido doblegar. Parecía que la demostración de fortaleza que manifestaban los soldados del peñasco era un reflejo de la que tenía el ejército español de África. Nada estaba más lejos de la realidad.

El general Navarro había llegado a Annual para hacerse cargo del mando. Lo que allí encontró no fue lo que esperaba: hombres desanimados con la moral muy baja. Visto el estado de la cuestión, decidió no enviar tropas a abastecer Igueriben por miedo a una derrota. Silvestre estaba en camino desde Melilla. Había movilizado algunas unidades entre las que se encontraba el regimiento de caballería Alcántara. Los mandos

comenzaban a ser conscientes de la crisis que se avecinaba.

Silvestre había telegrafiado varias veces al Alto Comisario, su superior y amigo, el general Berenguer, a pesar de que mantenían serias diferencias con la política que se había de realizar en África. Mientras el segundo se hallaba en Yebala, obsesionado con la figura del Rassuini, el primero tenía que enfrentarse con la rebelión del Rift. En aquellos momentos, Berenguer no era consciente de la situación de Annual. Era probable que no tuviera toda la información disponible. Ello explicaría que no acabara de interpretar los mensajes de Silvestre.

En el primero de ellos, en el que le pedían refuerzos, no supo deducir si eran para operaciones ofensivas o defensivas. En el segundo se le solicitaba un bombardeo naval y aéreo contra Alhucemas, como estrategia de distracción. En el tercero se aludía a la depresión moral de las tropas. Silvestre no obtuvo ninguna respuesta a estos mensajes. La situación se le había escapado de las manos y solo ahora, a un paso del desastre, comenzaba a percatarse de la gravedad de los hechos.

Julià, como todos los hombres de la posición, seguía con gran angustia los acontecimientos que se iban sucediendo. Había hecho amistad con uno de los soldados encargados de transmitir los mensajes a Igueriben. Era una de las maneras que tenía de acceder a la información.

—¿Qué sabes de ellos? —le preguntó, señalando la colina amarilla.

—El general Navarro les dijo que resistieran unas horas más, que lo exigía el buen nombre de España.

—¡Será imbécil! —exclamó Julià.

—¡Calla! —le dijo en un susurro el soldado—. No me pongas en un compromiso. Sabes que están buscando alborotadores anarquistas en el Ejército. Si te pillan, no creas

que vas a salir fácilmente del aprieto.

—Mira —dijo Julià, bajando un poco la voz por respeto a su compañero—, los aprietos en que me pongan mi ideología, en estos momentos, me traen sin cuidado. ¿O es que piensas que saldremos de rositas de todo este embrollo? Estamos rodeados por miles de moros armados y mejor posicionados que nosotros. Por lo que sé, muchas cabilas que todavía están dudosas esperan que Abd-El-Krim conquiste una posición para levantarse en armas. Si cae Igueriben, te aseguro que lo pasaremos muy, pero que muy mal. Piensa por un momento qué tropas nos darían apoyo si hemos de retirarnos.

—¿Retirarnos? ¿Tú crees?

—Ojalá me equivoque, pero, fíjate, la mayoría son muchachos sin experiencia militar. Esa España de la que habla el general Navarro no los ha preparado bien. ¡Ni siquiera llevan un calzado en condiciones! —dijo, haciendo alusión a las alpargatas que muchos llevaban—. Bueno, cambiando de tema, ¿dijo alguna cosa más?

—El comandante Benítez dijo que los hombres se ahogan con el hedor de los cadáveres, que no tienen agua ni pueden curar las heridas. Además, apenas les quedan municiones.

—¡Dios mío, qué locura! ¿Y qué piensa hacer el general ante esa situación?

—Le contestó que resistieran esta noche. Le juró que mañana serán salvados o quedaremos en el campo del honor.

—¡Que los pille confesados! Pobre Martí, están condenados.

—¿Por qué dices eso?

—Porque uno no puede disponer de lo que no tiene y el honor, querido Antonio, es justamente lo que no tiene este ejército, al menos por lo que se refiere a una gran parte de sus oficiales y mandos superiores.

Al amanecer del día siguiente, el fatídico veintiuno, se preparó una gran columna para rescatar los soldados asediados.

Un conjunto de tres mil hombres, dirigidos por Manella y Morales, habían de intentar lo que no consiguió Núñez Prado el día diecinueve. Sin embargo, a diferencia de otras veces, los militares estaban desmoralizados. No se luchaba con el ímpetu de ocasiones anteriores. Las tropas recibían apoyo artillero desde Annual, pero el fuego rifeño resultaba de una eficacia demoledora y una barrera infranqueable para los soldados. Las unidades indígenas se batían sin gran esfuerzo. Los oficiales de regulares hacían grandes sacrificios cuyos resultados eran infructuosos. Algunas unidades se quedaron sin mandos al caer estos en el campo de batalla. En una de las compañías, solo sobrevivió un hombre. Ante la imposibilidad de llegar al objetivo, Manella y Morales ordenaron el repliegue. Tenían que volver a Annual.

Mientras tanto, en Igueriben, la lucha continuaba. De hecho, durante la noche, habían tenido serias escaramuzas donde cientos de rifeños habían intentado entrar en la posición. Se había llegado al cuerpo a cuerpo, pero habían conseguido alejar el peligro por el momento. Por la mañana, el humo quedaba como testimonio de las continuas explosiones. La metralla arrasaba la colina. Muchos rifeños, expertos, tiraban piedras con las hondas. Alguna de ellas había acertado sobre los heridos que eran atendidos por Martí. La decepción al ver que las tropas habían sido incapaces de avanzar hasta allá les hizo entender, por si todavía no lo tenían claro, que la esperanza de salir con vida de aquella ratonera en que se había convertido el cerro se había acabado. El sufrimiento acumulado por aquellos hombres era excesivo. Solo un centenar quedaban con vida. Los cadáveres se

amontonaban sin posibilidad de darles sepultura. La basura y restos de lo que fuera el campamento se hallaban esparcidos por el terreno. Los animales muertos representaban un serio peligro: de la manera que yacían sobre las alambradas, podían permitir la entrada de la *harka* mora al puesto, sirviendo de improvisada escalera. Los hombres apenas podían tenerse en pie: heridos unos, desmoralizados otros, ofrecían un aspecto penoso. Sin embargo, todavía aguantaban. Eran conscientes de que en ello les iba la vida.

Hacia las doce, Silvestre hizo su entrada en Annual, escoltado por Alcántara. Apenas pudo ser testigo del fracaso de la operación de rescate. Se recibió un mensaje de Benítez, uno de los más duros: «Parece mentira que dejéis morir a vuestros hermanos, a un puñado de españoles que han sabido sacrificarse delante de vosotros». Silvestre, en uno de sus típicos arrebatos, intentó subir con tropas a la desesperada. Fue convencido por sus ayudantes de que sería un suicidio en toda regla. Finalmente, envió un mensaje al comandante sitiado en el que le autorizaba a rendirse al enemigo. El mensaje que recibió de Igueriben fueron toda una declaración de intenciones: «Los oficiales de Igueriben mueren, pero no se rinden».

El comandante Benítez observó que las unidades españolas más próximas al puesto sitiado, situadas a unos 500 metros, se habían comenzado a replegar. Pensó que era la última oportunidad de salvar la vida de sus hombres. Envió un mensaje a Annual:

Nunca esperé recibir de V.E. orden de evacuar la posición, pero, cumpliendo lo que en ella se me ordena en este momento y como la tropa nada tiene que ver con los errores cometidos por el Mando, dispongo que empiece la retirada, cubriéndola y protegiéndola debidamente, pues la oficialidad

que integra esta posición, conscientes de su deber, sabremos morir como mueren los oficiales españoles.

Reunió a todos los hombres que podían tenerse en pie y les dijo:

—Ha llegado el momento de hacer el último esfuerzo. Dado que no podemos recibir ayuda y no disponemos ni de comida ni de bebida y apenas nos quedan municiones, nuestra única posibilidad de supervivencia se halla en alcanzar la columna española que se retira hacia Annual.

Todos los hombres escuchaban con atención, pues eran conscientes de que en aquellas palabras estaba sellado su destino. Martí, igual que los demás, se hallaba agotado hasta el extremo. Apenas había comido en los tres últimos días, no había bebido prácticamente nada; sin embargo, no podía dejar de admirarse ante aquel oficial que, incansable e imparable, había sido el alma de la resistencia. Para ellos, la figura de Benítez se había engrandecido considerablemente.

—Para llegar a Annual formaremos una columna. La vanguardia estará al mando del capitán Arturo Bulnes, el flanco izquierdo correrá a cargo del teniente Alfonso Galán y el flanco derecho quedará al mando del teniente Luis Casado. Yo estaré al mando del grueso, con los heridos y enfermos. Finalmente, la retaguardia estará al mando del capitán Federico de la Paz. Las posibilidades de supervivencia son escasas, pero es lo único que podemos hacer.

El propio comandante repartió las municiones, veinte cartuchos por soldado, y quince mil pesetas de la caja de las compañías «para reintegrarlas al regimiento si llegaban». En un mensaje claro de imposibilidad de hacer marcha atrás, quemaron las tiendas. En un momento en que coincidieron juntos, Benítez le dijo a Martí:

—Bien, doctor. —Era el único hombre que siempre le

había llamado así—. Esta es la despedida.

—O un hasta pronto.

—Cómo te dije, llegado el momento, uno debe saber lo que tiene que hacer. Eso es algo que podemos decidir.

Martí afirmó con la cabeza. No pudo evitar que una lágrima le cayera por la mejilla.

—Será terrible —continuó Benítez—. Sin embargo, no mires atrás. Intenta llegar a Annual. Algunos tenéis que continuar para que estas muertes no sean inútiles.

—A estas palabras siguió una sentida y contenida despedida. Después, el comandante fue a realizar el que sería el último mensaje que lanzara.

—En Annual se estaba a la espera de noticias sobre lo que harían los sitiados. Silvestre recibiría el mensaje: «Solo quedan doce cargas de cañón, que empezaremos a disparar para rechazar el asalto. Contadlas y, al duodécimo disparo, fuego sobre nosotros, pues moros y españoles estaremos envueltos en la posición».

RECUERDOS DE FAMILIA

Agosto, 1939

Carles Miranda se hallaba en la terraza de un bar de la plaza del Mercadal. Se hallaba esperando a Lucía. Habían convenido en pasear un rato y hablar, solamente eso, hablar. Después de tanto tiempo haciendo una vida tan controlada, el policía notaba que necesitaba evadirse de la presión del caso. Pero, aun en estas circunstancias, todavía recordaba el momento en que salieron disparados hacia el Pere Mata a entrevistarse con aquel prisionero, Ángel Labrador.

Pudieron hablar con él en el despacho donde habían realizado los interrogatorios anteriores. El hombre, un tanto intimidado al principio, pronto empezó a colaborar y a dar los datos que conocía.

—Sí, en efecto, así fue —decía el prisionero, cuya figura era digna de formar parte de cualquier relato de novela picaresca española. Era un hombre de aspecto desgarbado, claro que los baños y la ropa limpia no estaban a su alcance, así como al de la mayoría de los retenidos. Su barba rubia crecía salvaje y enmarañada. Grandes arrugas le envejecían el rostro y aparentaba diez años más de los que tenía.

—Pero usted no lo vio —apuntilló Carles.

—No, yo no lo vi. Se trata de una historia que explicó un

capitán que conocí en el campo de concentración de San Pedro de Cardeña. El hombre había participado en la batalla de Teruel. No sé si sabe usted como fue aquello.

—Sí, lo sé. Yo estuve allí —confirmó Carles.

—Bueno. Pues, al parecer, en diciembre del 38, se luchaba casa por casa. El capitán, junto con un pelotón, entró en una de ellas y, por lo visto, se encontró un hombre, otro capitán, asesinado en la casa. El espectáculo era aterrador. Parece ser que el hombre colgaba de unos ganchos que pendían del techo, en lo que sería una cuadra. Sobre el cuerpo, múltiples heridas, destacando dos en el pecho en forma de cruz. Le habían cortado la cabeza, que estaba presentada delante del cuerpo, dentro de una vieja cesta.

—¿Se supo quién lo había matado?

—Si se supo, no lo dijo el capitán. La explicación se dijo un día que hablábamos de barbaridades de la guerra; por lo tanto, fue uno de los muchos comentarios que hicimos. Yo ya lo había olvidado, pero cuando Enric dijo lo que estaban investigando, recordé aquella historia.

—¿Recuerda cómo se llama ese capitán que explicó la historia?

—Sí, se llama Arturo Romero. Creo que iba en la columna del teniente coronel Menéndez.

Poca cosa más pudieron obtener del prisionero. A la salida, dejaron bien claro que la salud y seguridad del republicano corría a cargo de la dirección del campo de concentración. Se consideraba un testigo importante. Una vez fuera, comentaban los hechos.

—Hemos de llamar a San Pedro de Cardeña —decía Carles—. Ese capitán puede ser un testigo importante para unir este curioso puzle en que se ha convertido el caso.

—Ahora mismo me llegaré a Comandancia y solicitaré

que nos dejen entrevistarlo. Me aseguraré de que esté bien cuidado hasta que lleguemos. Este caso se está ampliando y ramificando.

—¿Quién sabe cuántos más habrán muerto a manos de este criminal? Ha de ser una persona con mucha sangre fría y muy astuta.

—Por otro lado, tiene la enorme capacidad de estar en sitios muy diferentes. No acabo de ver una relación entre los muertos. Habrá que investigar si ese capitán estuvo también en África.

—Tenemos faena.

Y, a lo largo del día, pusieron en marcha la maquinaria necesaria para conseguir alguna información nueva referente al caso.

En otro orden de cosas, Enric se marchó al día siguiente. Carles le había acompañado a la estación. La despedida fue sentida por ambas partes.

—Cuídate mucho —le dijo el policía.

—Y tú, vigila. Parece que vais detrás de un tipo bien peligroso.

—En efecto. Dale recuerdos a Elvira y los niños.

—¿Vendrás a visitarnos?

—Lo haré, cuando acabe esta puñetera investigación.

—Hasta pronto y… ¡Carles!

—¿Sí?

—Gracias por todo.

Poco después, marchó el tren. Gustosamente, Carles hubiera marchado en él si hubiese creído que hubiera alguna posibilidad de volver a encontrar a Dolors. El recuerdo de sus viajes a Vic fue como un cuchillo que se le clavó en el corazón. Se llevó la mano al mismo y notó la presión de la vieja biblia agujereada. No permitió que le dominara el dolor e intentó

pensar en otra cosa.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la llegada de Lucía. La vio llegar, con su traje habitual, una blusa blanca y una falda gris. El cabello castaño bien peinado y una sonrisa en los labios. Tuvo que reconocer que era una chica muy hermosa. Probablemente había sido aquella mirada lo que le había atraído más de ella. Una mirada que parecía captar todo el sentido de las cosas en un instante, una mirada humilde y al mismo tiempo decidida. Decidida a no dejarse pisar por mucho que el mundo hubiera cambiado.

—¿Le apetece tomar algo? —le preguntó a Lucía, cuándo llegó junto a él. Al poco rato, paseaban por el centro de Reus, caminando por la sombra, huyendo del calor de la tarde. La conversación fue girando en torno a la situación familiar.

—¿Ha podido salir de casa?

—Bueno, tengo mucha faena. He de cuidar a mi padre y a mi abuela.

—¿Se encuentra muy mal su abuela?

—Ella se halla prácticamente incapacitada. Tengo que ayudarla para todo.

—¿Y su madre? ¿Qué fue de ella?

—Mi madre murió. —El rostro de Lucía cambió en un momento, a raíz de aquel recuerdo.

—Lo siento. Me parece que soy un torpe hablando de este tema.

—¿De qué otro tema hemos de hablar? La muerte y la destrucción están por todos lados. Es algo que resulta difícil de evitar. Mi madre fue una persona que supo afrontar con entereza la incapacidad de mi padre y ella se hizo cargo de la familia. Hizo un esfuerzo que no creo que supiéramos apreciar del todo. Ella siempre estaba allí cuando la necesitabas.

—¿Qué le pasó?

—Un buen día enfermó. Creo que fue su cuerpo, que dijo «basta». Las dificultades de criar dos hijos, cuidar un marido y una madre incapacitada fueron lo que la consumió. Aunque nunca lo dijo, me parece que para ella fue muy duro lo de mi padre. En cierta manera, fue una especie de abandono que ella no supo o no pudo superar.

—Creo que en eso del abandono no fue la única. Yo también viví lo de mi padre en ese sentido, pero ahora me pregunto si realmente nos abandonó o es que no le quedó otro remedio que marchar. Cuando acabe de investigar este caso me gustaría saber más de él, qué fue aquello que le obligó a marchar y le imposibilitó cumplir una promesa. Supongo que ellos hubieran querido volver —dijo, haciendo referencia a los padres de ambos—, pero las circunstancias se lo impidieron.

—No solo fueron las circunstancias. De hecho, ahora estamos pagando las culpas del ayer.

—¿Qué quieres decir? —preguntó un sorprendido Carles.

—Los oficiales, los mismos que fueron incapaces de defender a los soldados que estaban en África, se revolvieron contra el pueblo. No podían tolerar que la gente les acusase de una situación que ellos provocaron y no supieron cómo resolver. Después de Annual, para tapar sus vergüenzas, ya dieron un golpe de estado en su momento, pero a la que el pueblo se liberó de ellos y proclamó la república, volvieron para agredirlo.

Carles se sorprendió un tanto de la diatriba que expresó en un momento su compañera. La juventud la hacía atrevida. Algún viandante se había girado. El policía pensó que podía ser peligroso que la oyeran, así que decidió llevar el paseo hacia las afueras, donde estaban los cuarteles de caballería.

—Su padre estuvo en África, ¿en qué lugar concretamente?

—Mi padre estuvo en Zoco el-Telatza. ¿Se lo imagina? Mercado los martes. Esa es la traducción. Vaya un nombre para aquel desastre en que se convirtió aquella desigual batalla.

—Resulta duro ver partir a un padre al ejército y… —Carles calló.

—Y ver que vuelve convertido en una persona destrozada y enferma. Yo nunca llegué a conocer a mi padre como cualquier otro niño. Apenas tenía dos años cuando fue a aquella estúpida guerra. No teníamos el dinero que lo podía redimir.

—Pero aquella ley cambió. Todo el mundo iba a la mili.

—Sí, todo el mundo iba desde que, en Barcelona, durante la Semana Trágica, se levantó la multitud que estaba en contra de que los hijos de las clases obreras fueran a salvar el papel a los hijos de los burgueses. Sin embargo, previo pago de mil quinientas pesetas, esos niños ricos reducían el tiempo que estaban en el ejército y escogían destino, por lo que continuaban siendo los obreros los que formaban los ejércitos para defender los intereses de los ricos.

—Veo que estás muy informada —dijo tuteándola, mientras la confianza ganaba terreno.

—Lo viví en mi propia casa. Me devolvieron a mi padre inválido. Una persona que había sido fuerte, alegre y feliz. En África acabaron con su vida. Nosotros tuvimos que sobrevivir como pudimos hasta que llegó la república. Entonces pude estudiar. Un mundo diferente se presentaba ante nosotros. Aparecían nuevas oportunidades para los pobres. Eso fue algo que los burgueses y terratenientes no podían admitir y necesitaban del ejército para volver a hundir a los trabajadores en la miseria.

—¿Qué fue lo que estudiaste?

—Magisterio. Estuve dando clases en algunos pueblos del

Pirineo, pero cuando murió mi madre, tuve que volver para cuidar a mi padre y a mi abuela.

—Hablaste de criar dos hijos, ¿tienes algún hermano?

—Uno, Roberto. Tuvo que huir a Francia. Ahora se encuentra en Méjico. Al menos él está a salvo.

En aquel momento pasaba una señora de luto riguroso con un ramo de flores. Con mucha delicadeza, lo dejó en el cruce entre la calle Llovera y la calle Cervantes. Ella, concentrada en colocar las flores de la mejor manera posible, parecía abstraída de todo.

—¿Qué hace? —preguntó el policía.

—Ella perdió un hijo, un niño de unos seis años, en el bombardeo del veintiuno de enero de 1938.

—¿Qué ocurrió?

—Fue terrible. Todos sabíamos en la ciudad que, en cualquier momento, la muerte podía llegar del cielo. Esos hombres no reparaban en asesinar a cualquier persona independientemente de su edad o condición. La ciudad estaba llena de refugios subterráneos que se habían realizado para evitar las muertes. Aquí, bajo la plaza, se hallaba el más grande de Reus. Cabían más de tres mil personas. Todavía recuerdo aquel día. Sonaron las sirenas. Ya habían sucedido otros bombardeos, por lo que la gente corrió hacia el refugio. Pero una bomba cayó en la entrada del mismo. Hubo una verdadera carnicería. Murieron más de cuarenta personas.

—¡Qué horror! —exclamó Carles, quien desconocía el hecho.

—Lo más terrible fue que ella envió corriendo a su hijo a resguardo para que se salvara, ya que corría más rápido. La madre solo tuvo tiempo de ver la explosión y cayó al suelo. Cuando se levantó, no pudo encontrar a su hijo entero. Había quedado totalmente destrozado, como muchos otros. Desde

entonces, viene a menudo al lugar donde cayó la bomba a poner unas flores.

Carles miraba a aquella mujer, concentrada en su faena. Seguramente, para ella el mundo se había acabado aquel veintiuno de enero. «A veces, la mayor muestra de sufrimiento la encontramos en el detalle más pequeño», pensó.

—¿Tú pudiste verlo? —preguntó.

—Yo estaba dentro del refugio. Tras la bomba, muchos cuerpos cayeron encima de nosotros. Al principio no sabíamos si estaban vivos o muertos. Luego llegaron los bomberos, que fueron retirando los cuerpos. No nos dejaron salir hasta que los recogieron a todos. Muchos estaban destrozados y los tuvieron que recoger con palas.

—¡Dios mío! ¡Es horrible! Tuviste la muerte muy cerca.

—En efecto, a veces, un fino hilo separa la vida de la muerte, una pequeña duda puede hacerte cambiar el futuro y una ligera decisión puede cambiarte el destino. A menudo no somos conscientes de que somos el resultado de un conjunto de pequeñas decisiones.

—En efecto, pequeñas decisiones que nos hacen ser lo que somos.

—¿Por eso eres policía?

—En cierta manera. Nunca lo pretendí. No era uno de mis sueños.

—Pero ahora lo eres.

—Así es. Y tú, ¿qué quisieras hacer?

Ella lo miró con aquella mirada sosegada y al mismo tiempo profunda, una mirada que le hacía sentir más inferior de lo que era. Veía que ella, con toda su juventud, presentaba un alto grado de madurez no exenta de inevitable resignación.

—Me gustaría poder dar marcha atrás al reloj del tiempo y poder disfrutar de un padre como el resto de los niños. De la

misma manera, sentir que somos una familia. Me gustaría que esta estúpida y cruel guerra no hubiera tenido lugar y que muchos hombres, probablemente de los mejores del país, no hubieran tenido que marchar.

—Creo que eso es algo que firmaríamos muchos de nosotros. Pero ahora, en la situación actual me refería.

—Ya sé que te referías a la situación actual. El soñar es algo que ahora parece estar prohibido. No sé. La verdad es que ahora he de cuidar a mi padre y a mi abuela. Por cierto, ella preguntó por ti.

—¿Por mí?

—Sí, me preguntó si ya se había marchado el hombre que volvió de la muerte.

—¿Se lo explicaste?

—No, no hubo necesidad. La verdad es que ella tiene una intuición especial para las cosas. Sabe ver cosas que otros somos incapaces. Dijo que tenía que hablar contigo.

—Bueno. Podemos quedar el sábado si te parece.

—Me parece bien.

—¿Y ella sabía que estuve inconsciente?

—Muerto, ella me dijo muerto.

El hombre caminaba silencioso por las calles cercanas al puerto. Oyó pasos y entró en un oscuro portal. Era una falsa alarma. Se trataba de una prostituta con su cliente en busca de un lugar donde realizar su trabajo.

El hombre salió del portal. Sabía que no podía volver al Internacional. Aquello se había convertido en un lugar inseguro donde no sería bien recibido. Además, seguramente ya habrían puesto vigilancia.

Alguna luz mortecina dejaba ver su ajado rostro cubierto

por una cicatriz. A menudo la gente se asustaba de su aspecto. No lo podía evitar. Hay cosas que no se pueden ocultar y, si la cara fuera el espejo del alma, como decían, los hombres todavía tendrían más motivos para asustarse.

Se adentró por oscuros callejones. Había estado en su casa y ahora era consciente que no podía volver. Unos hombres la vigilaban y sabía que, si lo cogían, no tendría buen final. Sospechaba quién era el que los enviaba. Su experiencia le decía que no se podía jugar con él. Por eso le extrañó la conversación que había tenido con el policía. Al parecer este se hallaba en Reus, desde donde seguían la pista de la sombra. Sin embargo, le había dado la impresión de que aquel hombre no tenía nada que ver con la persecución de la que estaba siendo objeto.

Localizó el almacén que buscaba. Miró a ambos lados de la calle y no vio a nadie. Era de esperar. No creía que conocieran este escondite de trapicheos y borracheras. Sin embargo, solo sería cuestión de tiempo que lo hallaran si sabían presionar de manera adecuada a sus conocidos. Tendría que buscarse otro lugar.

Dio la vuelta al almacén hasta que vio la ventana por la cual solía entrar. No estaba cerrada con pestillo y abrirla fue un juego de niños. Se deslizó con cuidado y entró en un territorio que conocía. Entre redes y cuerdas, se acomodó encima de unos sacos. Sacó su navaja. Tenía que estar preparado. A él no lo sorprenderían como a los otros. Intentó dormirse, pero su cerebro le hacía permanecer en estado de alerta. Tenía que relajarse. Hizo respiraciones de manera concentrada para poder tranquilizarse. La necesidad de beber alcohol le agobiaba. Poco a poco fue calmándose y los ojos se le fueron cerrando, dejando paso a la oscuridad.

EN EL REFUGIO

Agosto, 1939

Charles paseaba por el centro de la ciudad. Era una cálida noche de agosto. Sin embargo, la suave brisa que corría hacía que el calor tan húmedo fuera más llevadero. Si no pensara en la investigación, podría decirse que estaba casi de vacaciones, sobre todo teniendo en cuenta de dónde venía.

Se le hacía difícil entender qué hacían todavía en Reus cuando deberían haber partido ya hacia San Pedro de Cardeña, probablemente su única pista fiable del momento y aquella que podía dar otra perspectiva al caso. Lo cierto es que ya hacía prácticamente una semana que sabían el nombre del capitán que, al parecer, presenció un asesinato similar a los que estaban investigando. Ya lo habían comunicado a Capitanía. También habían llamado al campo de concentración y se habían podido poner en contacto con el comandante de campo. Este les había dado la posibilidad de hablar con el prisionero en diez días, no antes. Finalmente, el martes siguiente podrían hablar con el que podía ser un testigo importante de la causa. «A este paso, pasará el mes de agosto sin que hayamos hecho apenas nada» pensó. Ya corría la última semana.

Después de cenar había decidido dar un paseo. No se

quitaba de la cabeza la conversación que había tenido el día anterior con Luda. Le sorprendía la frescura con la que se atrevía a hablar de temas arriesgados. Había congeniado con él, era evidente, como demostraba el grado de confianza que manifestaba en la conversación. Supuso que, una vez quitada la máscara que llevaba, había mostrado su verdadera identidad y ello había sido la causa de la sinceridad que mostraba la chica al discutir sobre cualquier cosa.

Le había sorprendido la multitud de historias que conocía la maestra. Algunas le habían impresionado, como aquella de las dos hermanas.

—Una de las precauciones básicas —explicaba Lucía—, en caso de bombardeo, consistía en ponerse un bastón en la boca para evitar el efecto de la onda expansiva. A veces, los niños llevaban una cuerda atada al cuello de la cual colgaba un palo, normalmente un bastón de avellano. Me explicaron la historia de dos chicas que siempre iban juntas y vivían en la misma calle. Una siempre llevaba un bastón colgado al cuello. Ya sabía que, en caso de caída de bombas, se lo tenía que poner en la boca como le decía su padre. La otra, no. Cuando se hallaban en la calle Mayor, delante del Bartrina, oyeron las bombas. Se pusieron tras la puerta y una de ellas, Alais, se puso el bastón en la boca. Afortunadamente, no le pasó nada. La otra, en cambio, reventó. Murió. Tan solo tenía veintiún años. ¡Justo comenzaba a vivir!

Carles había pensado que ese lamento también habría podido ir por ella. Debía de tener la edad de aquella chica que murió en el bombardeo. Tenía toda la vida por delante y, en cambio, se veía atrapada en un lugar en el que no podía ejercer su profesión y con dos personas a su cuidado.

—¿Crees que podrás volver a trabajar? —le había preguntado en cierto momento.

—Los maestros y, sobre todo, aquellos que han defendido la república, han sido considerados un enemigo de este gobierno. He oído de muchos casos de maestros asesinados, a veces torturados. La cultura siempre será enemiga del totalitarismo y ellos lo saben.

—A veces, se tiene la impresión de estar en un camino sin salida.

—Probablemente, algún día marcharé a Méjico con mi hermano. Allí sé que han ido muchos refugiados y han sido bien acogidos. Siempre es agradable estar en un sitio donde puedas sentirte aceptado.

Carles pensó que, dentro de su situación, ella podía tener la esperanza de un nuevo comienzo. Sin embargo, por mucho que mirara a su alrededor, el policía no atisbaba ni por casualidad un resquicio de esperanza. A veces tenía la sensación de que estaba muerto y solo la inercia le mantenía en pie. Probablemente, la abuela de Lucía tenía razón y él solo era una carcasa vacía.

El republicano, ensimismado en sus pensamientos, sacó una caja de cartón del bolsillo. Meditó con ironía, mientras sacaba un cigarrillo de la cajetilla, que ahora tenía uno de los dones más apreciados por los prisioneros. Se apartó a un lado de la calle y lo encendió. Se dio cuenta entonces de que se hallaba en la calle de la leona. Pensó en el curioso nombre pues, como había leído en algún sitio, se la llamaba así porque las mujeres que se dedicaban a la prostitución eran llamadas *leonas*. En los alrededores se hallaban algunos de los prostíbulos que regulaban las «urgencias masculinas» de la ciudad.

Un discreto movimiento le hizo ponerse alerta. A pesar de que no había mucha luz, había podido observar en el reflejo de un cristal de la puerta junto a la que se hallaba un sospechoso

movimiento que delataba a alguien que, probablemente, le estaba siguiendo. No había mucha gente en la calle, por lo que era más difícil pasar desapercibido. Continuó fumando, como si estuviera ausente de todo el movimiento que se tejía a su alrededor. De espaldas a su perseguidor, pudo observarlo a placer en el cristal sin que este se apercibiera. El sujeto era un hombre un tanto rellenito, con una cara redondeada y escaso pelo rojizo. Sus ojos pequeños y porcinos lo delataron y entonces supo que, a pesar de llevar un traje no habitual, era el amigo de Sostres, aquel que le fusiló en Tarragona y que quiso rematarlo. Pensó que había llegado el momento de ajustar cuentas. No tendría una ocasión mejor.

Tiró la colilla al suelo y la pisó con el pie. Lentamente se dirigió hacia la plaza de los Cuarteles, como si fuera camino de su casa. Supuso que no era la primera vez que lo seguían. Probablemente sabían dónde se alojaba. Eso lo convertía en una amenaza. Debía buscar un lugar donde poder ajustar cuentas. Entonces pensó en el refugio. Un gran espacio, ajeno a la vista pública, se hallaba bajo sus pies. Hizo ademán de atarse los cordones de los zapatos y cogió una piedra que le cabía en la mano. Pensó que aquella fue la primera arma que usara el hombre en la prehistoria y, a falta de otra cosa, podría utilizarla llegado el momento.

Siguió caminando en dirección hacia la estación de tren. Discretamente pudo ver que era seguido. Pensó que su perseguidor debía estar solo, dado que no había apreciado a sus otros amigos. Claro que, si era así, debía de estar armado. No por ello era menos peligroso. Recordó los golpes y palizas que había sufrido en prisión por culpa de ese individuo y su rabia se transformó en decisión.

Pasó cerca de las bodegas Salvat y atravesó la calle para llegar a la estación del Norte. Sabía que la entrada que

comunicaba con el refugio todavía estaba accesible. Era cuestión de tiempo que se sellara. Entró en el refugio. Pensó que, probablemente, el hombre no tendría valor de seguirlo. Aunque, si iba armado, era posible que le estuviera facilitando la acción. Bajó unas escaleras y comenzó a caminar por un largo y oscuro pasillo. La puerta no estaba tapada, pero aquel espacio no estaba iluminado. Eso le dificultaba la orientación, ya que él no sabía cómo estaba organizado el lugar. Unos pasos cautelosos se oyeron tras él. Ahora ya sabía que estaban ellos dos. Corrió más rápido, intentando no hacer mucho ruido, pero en el silencio de la noche y en aquel espacio vacío sus pisadas lo delataban con enorme facilidad. Oyó que los pasos que lo seguían también se aceleraban.

La tensión y excitación se apoderaron de él. Llegó a una bifurcación y optó por ir hacia la izquierda. Ahora se preguntaba si había sido una buena idea traerlo hasta aquí, porque no tenía duda de que iría armado. Tendría que jugar con el factor sorpresa. Sin embargo, la dificultad para orientarse entre aquellos muros era evidente. Se desplazaba tocando las paredes para no golpearse en una de ellas.

En otra bifurcación optó por ir a la derecha, hacia el centro del refugio. En la mano sostenía la piedra que, llegado el caso, tendría que utilizar. La mampostería de los muros sostenía el túnel. Pensó que no era momento de distracciones ni de fijarse en elementos artísticos. Poco más tarde, unos pasos bastante silenciosos le alertaron. Se paró en seco: diría que eran diferentes a los de su perseguidor. Si había otro hombre, entonces sí que estaba perdido. No disponía de armas para defenderse. Comenzó a sudar. Su sistema de alerta se aceleró. El corazón batía con una rapidez inusitada. Pensó que podían ser sus últimos momentos. Intentó concentrarse para salvar su vida. Oyó unos pasos conocidos: eran los de

Bernardo, el amigo de Sostres. Estos se acercaban. El falangista caminaba de manera cautelosa. Llevaba una pequeña linterna con la cual iluminaba el campo visual frente a él. A menudo se paraba y se giraba para no ser sorprendido. Carles pudo ver el resplandor de la linterna, pero necesitaba un elemento de distracción para sorprenderlo ya que su adversario se dirigía directo hacia él. De esa manera, pronto lo descubriría.

Retrocedió en la oscuridad, poniendo atención para no ser sorprendido por la espalda. Con la mano con la que rozaba la pared, notó que, por encima de la mampostería se hallaba la tierra formando el murete que aguantaba los túneles, ya que la obra no había estado del todo acabada. Percibió que había piedras sobre el muro de obra y cogió un par para poder defenderse o despistar al falangista. Sabía que solo tendría una oportunidad para intentar salir con vida de allí.

En otro cruce giró hacia la derecha. Ahora oía los pasos más lejos. Calculó que debía estar en el centro del refugio, bajo la plaza de los Mártires. La pequeña luz que había visto anteriormente se apagó y los pasos se amortiguaron. Siguió caminando unos metros y giró en otra confluencia. De hecho, el itinerario que había seguido había sido el de un rectángulo. Calculó que, si siguiera recto, volvería seguramente al pasillo por el que había entrado. En aquel momento, maldijo lo idiota que había sido pues había entrado muy decidido sin armas y ahora no las tenía todas consigo.

La oscuridad era total, pero el leve ruido de la tierra que caía del murete le indicaba que alguien estaba realizando la misma táctica que él, resiguiendo con la mano la pared. Aquel ruido parecía proceder de la zona contraria de la que venía, del Campanaret. Pensó que la única salida que tenía era la misma por la que había entrado. Intentó ir, con mucho sigilo, hacia la

estación del Norte.

Ahora estaba preocupado y alerta. Ya no oía nada y temía que lo único que se oyera en la oscuridad del refugio fueran sus pasos. Cogió una piedra en cada mano, dispuesto a lanzarla o a defenderse. Había perdido el factor sorpresa y aquello era un gran inconveniente. Siguió caminando, pero su impresión era que difícilmente podría pasar desapercibido. Ahora ya hacía unos minutos que todo estaba prácticamente en silencio, salvo algún ruido vago y difícil de determinar.

De repente, algo debió de cambiar en la situación: El reflejo rebotado de un rayo de luz llegó hasta él. Bernardo había vuelto a encender la linterna. En aquel instante oyó dos disparos, pero quedó un tanto sorprendido dado que no iban contra *él*, sino que estaban dirigidos en otra dirección. Ahora no tenía dudas, su enemigo estaba armado.

Siguió caminando, ahora con la clara intención de salir de allí. Al atravesar un cruce, pudo ver al falangista de espaldas iluminando con la linterna una oscuridad que Carles era incapaz de percibir. Quizás fueran los recuerdos de las palizas recibidas por aquel sujeto, o el fusilamiento, o ambas cosas, el caso es que el policía reaccionó con una espontaneidad que le sorprendió a él mismo. Lanzó una de las piedras con fuerza delante del falangista, cosa que hizo que este disparase rápidamente, sorprendido por la fugaz visión de un objeto que pasaba por delante de su campo de visión. Inmediatamente Carles corrió hacia Bernardo y, con el puño de su mano derecha cerrado fuertemente sobre la piedra, le golpeó la cabeza haciéndole un corte. Con lo que no contaba era con el rápido reflejo del hombre quien le golpeó en la cabeza con el codo al girarse.

Carles cayó hacia atrás con gran estrépito dándose un cabezazo contra la pared. El golpe lo dejó aturdido. Pensó

que, el hecho de creer que con un golpe caería su contrincante, había sido un gran error que pagaría con creces. Sentía como si el peso de la plaza hubiera caído sobre su cabeza y lamentó, en ese momento, no haberse podido despedir de sus seres queridos.

—Veo que eres un testarudo, que te empeñas en permanecer con vida —dijo Bernardo, acercándose y amartillando el revolver.

Carles no podía contestar. El golpe lo había dejado prácticamente fuera de combate. Pero sí que podía ver, aunque de manera un tanto borrosa, a su enemigo que se acercaba para terminar una faena largo tiempo atrasada.

En aquel momento pudo oír ruidos que diferían del anterior. El ruido de un forcejeo o una pelea, cuerpo a cuerpo, se mantuvo durante unos instantes; algún empujón y golpes. A continuación, oyó un gorgoteo y finalmente un cuerpo que caía al suelo como un fardo inanimado. Después, unos suaves y ágiles pasos delataron a un sujeto que había permanecido escondido hasta el momento.

Carles pugnaba por permanecer despierto. Como si fuera una máquina que poco a poco se iba desconectando, a sus sentidos llegaban de manera distorsionada unos ruidos extraños de alguien que se movía en la semioscuridad, iluminada por una vacilante linterna. Al mismo tiempo, se aproximaba la imagen de un ser que se movía con una sorprendente agilidad. Fue consciente de que lo estaba mirando y se acordó de Eusebio en otra situación parecida. Poco después, las brumas invadieron su mente y perdió el conocimiento completamente.

LA CAÍDA DE ANNUAL

Julio, 1921

Martí notó el húmedo sabor del agua y se aferró con desesperación a la cantimplora que se le escapaba, dando grandes tragos. De un tirón tuvieron que quitarle el recipiente.

—¡Ya basta! —le dijo Julià—. Te ahogarás.

El sanitario no acababa de entender qué había pasado. Se hallaba en Annual. No entendía cómo eso era posible. Observó que un grupo de soldados le miraban aterrorizados ante el espectáculo que ofrecía. Él no podía ver en qué condiciones había llegado al puesto, realizando una carrera desesperada en la que el premio consistía en seguir viviendo. Su aspecto era propio de un andrajoso. El uniforme se le caía en tiras. La sangre, de sus compañeros heridos, de otros que habían muerto en sus brazos, de caídas a lo largo de la carrera y de algunas heridas leves cubría su cuerpo prácticamente. Su aspecto se había envejecido respecto al Martí que había marchado no hacía ni una semana. Finalmente, su expresión desesperada fue lo que hizo que los soldados que se hallaban a su alrededor comenzaran a ser conscientes de la gravedad de la situación en que se encontraban.

Igueriben había caído. El baluarte inexpugnable no había podido resistir la presión de la *barka* mora. Poco más de una

decena de soldados habían sobrevivido a aquel desastre. Las condiciones en que habían llegado los escasos supervivientes, no auguraban buenos presagios a aquellos que habían permanecido en Annual.

Martí intentó levantarse, ya que se hallaba tirado en el suelo. Le pareció ver al general Silvestre entre los soldados que lo miraban. A su lado, Julià intentaba ayudarle, pero las fuerzas le fallaban. El esfuerzo había sido agotador. Se acordó del comandante Benítez y las últimas palabras que le dirigió: «No mires atrás». Pero él miró y tuvo tiempo de ver caer al comandante bajo las balas del enemigo, apenas pasar la alambrada. Fue entonces cuando comprendió que la única posibilidad de supervivencia consistía en correr y rezar para que las balas no le acertaran.

Más de cuatro kilómetros separaban Igueriben de Annual. Mientras corría, los compañeros iban cayendo bajo el fuego enemigo. Había tropezado y caído por una barrancada. Se había levantado con sangre en las manos y el rostro. Siguió corriendo, jugándose la vida en la pendiente. Observó que aquí estaba más protegido de los disparos. En aquel momento ya no era el sanitario de Ceriñola. Se había convertido en un hombre asustado, espantado, como nunca había creído estarlo. El miedo a ser capturado era superior al miedo a morir y esto todavía le hizo coger más fuerzas.

Volvió al camino y siguió su particular lucha por la vida corriendo con toda el alma. Iba dejando atrás los disparos, aunque los rifeños tenían buena puntería. Aquello parecía una partida de caza en la que hubieran soltado unas liebres para deleite de los cazadores. Su corazón latía desbocado, pidiendo una pausa que no le podía conceder. Las piernas, cansadas, pedían un descanso a gritos. Pero para Martí solo existía, en aquel momento, Annual. En su cabeza solo cabía un

pensamiento: llegar al puesto. Allí se acabarían los problemas. Al cabo de un rato, sin hacer caso de los dolores diversos que notaba, como era el caso de los continuos pinchazos, pudo observar la silueta del fuerte. Iba contando interiormente los metros que le faltaban para llegar a la salvación. Pronto pudo oír el griterío que se había establecido en la posición entre la soldadesca, animando a los escasos supervivientes para que pudieran llegar. Entonces no supo qué pasó, el caso es que perdió el pie y cayó, perdiendo el conocimiento.

Desde Annual, los soldados disparaban intentando cubrir la retirada de sus compañeros. La artillería había permanecido muda. No había un plan para preparar la evacuación. Esta fue una de las causas de que la mortandad fuese tan terrible. Julià, que creyó reconocer a Martí en aquel desesperado soldado que había caído a apenas cien metros, aprovechó, cuando se abrieron las puertas para que entraran los supervivientes, para salir a buscarlo. Un compañero lo acompañó y entre los dos pudieron apoyar y arrastrar a Martí hasta dentro de la posición. Poco después pensaría que el sanitario había sido más fácil de reconocer de lejos que de cerca.

En aquel momento intentaba levantarlo con la ayuda de otro compañero. Martí apenas tenía fuerza y se dejó llevar hasta una tienda que hacía las funciones de hospital. Apenas lo dejaron en la cama, cayó dormido de puro agotamiento. Julià lo dejó al cuidado de un médico, quien le hizo una pronta revisión.

—La mayor parte de la sangre no es suya. Seguramente, pertenece a compañeros heridos —le dijo más tarde.

—Pero él, ¿está bien?

—Está agotado. Necesita descansar.

—Ha sido horrible —dijo Julià, recordando el aspecto de los soldados que habían conseguido llegar—. No parecían

personas. Algunos han muerto al beber agua de manera desesperada. Otros parecen dementes. No hacen más que repetir frases inconexas con la vista perdida.

—Estos hombres han padecido un calvario inimaginable.

—Pero ahora somos nosotros quienes estamos en la misma situación que ellos han estado todos estos días. Estamos rodeados.

—En efecto, llegan días de decisiones importantes —dijo, mientras se giraba y dirigía a la tienda hospital.

«Y de ellas dependen nuestras vidas», pensó el anarquista.

Para Julià, que olía el desastre que se avecinaba, la única decisión a tomar era la de quedarse o marchar, pero mucho temía que el general Silvestre, que no se había percatado de la gravedad de la situación hasta el momento, tuviera la suficiente lucidez para responder ante la adversidad. Hasta entonces, mientras todo habían sido triunfos, las decisiones tenían un margen de error. Eso era algo de lo que, a partir de ese momento, no dispondrían.

A lo largo del día se dedicó a contemplar a los oficiales para observar cuál sería el ámbito de las determinaciones ante una situación de extrema gravedad. Pronto vio marchar al brigadier Navarro, seguido del comandante López Ruiz, uno de los hombres de confianza de Silvestre. Estos movimientos solo tenían para él una interpretación: «El general ha decidido morir en la posición».

El día discurría con una tensión extrema. Los hombres estaban desanimados, alertas ante la posible llegada del enemigo. Esperaban, tensos y nerviosos. No sabían el qué, pero el drama se palpaba en el ambiente. La noche aumentaba todas aquellas sensaciones.

—¿Qué se dice por allí? —le preguntó Julià a Antonio, su amigo de comunicaciones.

—La cosa está complicada. Silvestre no sabe qué hacer. Creo que anda desconcertado. Esta tarde comunicó a Berenguer que necesitaba un batallón de Ferrocarriles y de material para establecer una línea de Ben Tieb hasta Tistutin.

—Ese hombre se ha trastornado. Antes de que llegue el batallón seremos comida de buitres.

—Ahora veo que el otro día no ibas desencaminado cuando hablabas de retirada.

—Es que no veo otra solución. ¿Tú crees que aquí podremos aguantar? Esto es una ratonera. Todavía estamos más expuestos que Igueriben.

Su compañero giró la vista hacia el puesto indicado.

—¡Pobres, qué horror han debido pasar!

—¡Y qué poca ayuda tuvieron! Primero Abarrán, ahora Igueriben. ¿Se sabe algo oficial?

—A pesar de que se han reunido, de oficial no hay nada. Ha enviado mensajes desesperados pidiendo el urgente envío de divisiones.

—Aquí el problema está en que el general Berenguer los sepa interpretar. ¿Tú crees que será consciente de la gravedad de la situación?

—No sé, porque Silvestre igual dice una cosa que, a la hora, dice otra totalmente diferente. Esta noche envió otro telegrama pidiendo barcos de guerra frente a Afrau para establecer posiciones desde la costa a Annual.

—No sé si ya es demasiado tarde para dicha intervención. Solo es cuestión de tiempo que el cerco se vaya cerrando sobre la posición. Esa indecisión del general nos llevará a la perdición.

—Ahora están reunidos. Veremos qué sale de todo ello.

El telegrafista marchó dejando a Julià con sus cavilaciones. Al despuntar el día fue a ver a Martí. Lo habían lavado un

poco ofreciendo un aspecto más saludable. Sin embargo, sabía que ese descanso duraría poco más. Decidió dejarlo descansar. Al salir se encontró con Antonio, un tanto excitado.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Anoche se reunieron en consejo de guerra.

—¿Y? —preguntó interesado Julià.

—Han decidido retirarse, ya que apenas quedan víveres para cinco días, municiones y agua.

—¡Dios mío! ¡Qué incompetencia! ¿Y cuándo piensan realizar la retirada?

—Esta misma mañana, dentro de un rato.

—¡Qué raro! No han dicho nada.

—No han informado a los mandos intermedios por lo que me han dicho, pero pronto anunciaran la evacuación.

Julià empalideció por lo que aquello significaba. Se estaba jugando con la vida de más de cinco mil hombres sin informar de nada. Corrió hacia la tienda donde estaba Martí y lo zarandeó.

—¡Martí! ¡Martí!

—¿Qué ocurre? —dijo el sanitario, al cabo de un rato.

—¡Despierta! Nos vamos.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Prepara tus cosas que pronto marcharemos.

Ante aquella urgencia, Martí se levantó más rápidamente. Se aseó y se puso un uniforme de recambio que tenía. Ahora se asemejaba más a aquel sanitario que decidió acompañar de manera un tanto altruista al comandante Benítez.

—Coge solo lo imprescindible. Hoy marcharemos y necesitaremos estar ágiles.

—¡Por Dios! ¡Otra vez!

—Sí, otra vez, pero, si tenemos suerte, podremos salir todos juntos. No será como en Igueriben.

Poco sabía entonces Julià lo desacertado que estaba en sus valoraciones. Por la mañana, Silvestre volvería a reunir a los oficiales cambiando la orden de retirada por la de resistencia. Envió la orden a Alcántara de acercarse a Izzumar para proteger la retirada. Una indecisión tras otra hacía retrasar toda la operación. Sin embargo, la aparición de una *harka* gigantesca en el horizonte desató el pánico. Un verdadero ejército caminaba con seguridad, de manera indomable, hacia lo que consideraban un enemigo encogido y acobardado. La *harka*, dividida en tres columnas de unos dos mil hombres cada una, se aproximaba.

Comenzaron los tiros y el enfrentamiento. Los defensores eran sabedores de la escasez de municiones y de la inferioridad en la capacidad de lucha frente a un enemigo renovado y con una gran autoestima. Los oficiales discutían ante la tropa, cada vez más deprimida. Los hombres se dejaban llevar por sentimientos derrotistas.

Silvestre mandó llamar a su hijo, que era alférez, y lo envió en coche hacia Melilla. Tuvo tiempo todavía de enviar un último mensaje a Berenguer diciendo: «El enemigo viene en columnas, aumentando por momentos. Solo tenemos cien cartuchos por hombre y ya he ordenado la retirada a Ben Tieb».

—Vamos, salgamos de aquí —dijo Julià a Martí.

—Pero, el ejército…

—El ejército está saliendo a la desesperada. Si nos quedamos mucho rato, nos quedaremos para siempre.

Efectivamente, lo que había comenzado siendo una retirada, acabó convirtiéndose en una desesperada huida ante la sorpresa de los mismos moros. Aquellos soldados mal preparados, mal alimentados y desmoralizados no habían sabido aguantar la presión del momento. Martí pudo ver la

figura del general Silvestre ante lo que parecía un ataque de locura. Llevaba una pistola en la mano y, con una sonrisa demente, gritaba:

—¡Corred, soldaditos, que viene el coco!

Dicho lo cual, se metió en su tienda de campaña.

—¡Vámonos! —le dijo Julià, agarrándole el brazo y tirando de él—. ¡Ya los tenemos encima!

Iban a marcharse. La salida de Annual ya se había convertido en una desbandada cuando una potente detonación se dejó oír desde la tienda del general. Él ya había tomado su última decisión. Nunca se le volvería a ver con vida.

LOS SOBRES

Agosto, 1939

—Pues no las veo tan manchadas —le decía Dolors, mientras le cogía las manos y las giraba.

—Es que me las lavo cuarenta veces cada día —decía *él*. Entonces ella comenzaba a reír. Reía con esa risa que contagiaba, que le convencía a Carles de que el mundo podía ser un lugar maravilloso, solo manteniendo su presencia. Ese día habían ido a pasear por Vic aprovechando una escapada de Carles desde Barcelona. La había invitado a comer, porque ya había cobrado su primera paga. Aquel día parecía abrirse un mañana de esperanza. La posibilidad de llegar a vivir juntos en un futuro ya no era una cosa remota.

Ya hacía dos años que Carles realizaba esos viajes a Vic donde se encontraba con ella. A menudo, de allí iban a Muntanyola, a la granja de su padre, Ricard. La presencia de Dolors era necesaria para el sostenimiento del negocio familiar. El barcelonés hacía sus cálculos esperando que Enric, el hermano de Dolors, acabara la mili obligatoria y llevara el negocio familiar. Sería la ocasión para exponer los planes que tenían a la familia de su novia.

—Mira, el periódico tiene una corta tirada y allí todos participamos en su elaboración. Desde la redacción de noticias

hasta la elaboración del diario y la distribución. De hecho, ya estamos ganando algún dinerillo, pero se lleva sus horas de faena.

—Y tú, exactamente, ¿qué es lo que haces? —inquirió ella.

—Un poco de todo. Redacto noticias, pero también colaboro en la linotipia.

—¿La qué?

—La linotipia. Verás, cómo te lo explicaría…

—Sí, cómo me lo explicarías para que una ignorante como yo lo entendiera —dijo ella con evidente ironía.

—Verás, hasta principios de siglo, la composición de los textos era manual. Los cajistas se encargaban de ir letra por letra, confeccionando las páginas. Eso requería mucho tiempo y era una faena de chinos. Tenían que transcribir a metal las crónicas que les entregaban los reporteros. Incluso había personas que doblaban el periódico sábana por sábana cuando salía de la máquina de imprimir. Ahora todo eso ha cambiado.

—Y tú has visto la luz.

—Evidentemente. Ahora existe la linotipia. Son unas máquinas similares a las de escribir. Constan de dieciséis filas con seis teclas cada una. Los linotipistas transformamos el texto en líneas de plomo. Después se cortan y encajan en la pletina, que es un rectángulo de metal con las mismas medidas de la página del periódico. Solo los titulares se componen a mano.

—Pero ¿el plomo no es tóxico? —preguntó ella.

—Efectivamente. En la sala donde tenemos la linotipia hay un crisol donde se funde el plomo. Los gases que produce son nocivos. Por ello tomamos leche a menudo en el taller, para evitar el envenenamiento.

—¿Es necesario arriesgarte? Mira, podrías venir aquí. Esto es más saludable y natural.

—Dolors, de momento solo es un trabajo temporal, aunque apasionante. Ver aquel texto que has escrito publicado es algo que no tiene precio. ¡Es una maravilla! Además, puedes expresar tus ideas.

—Vigila con la expresión de tus ideas. Ya viste qué le pasó a Companys.

—Lo que hizo Companys no fue ni un amago de irregularidad. Declaró el estado catalán dentro de la república federal española. Pero esta España se resiste a avanzar de manera democrática. Es incapaz de entender la pluralidad de ideas y la convivencia de las naciones.

—Por eso me da miedo lo que escribas. Tienes unas ideas que chocan con el pensamiento dominante en el país.

—Pero ese pensamiento ha de cambiar. No podemos pasarnos toda la vida defendiendo los intereses de los ricos que explotan a los pobres y los tienen oprimidos bajo su bota.

—Carles, ¡no te emociones, que me sé el discurso! —le atajó Dolors.

Carles la atrajo hacia sí y la besó. Se quedó mirando sus hermosos ojos. En ellos veía toda una vida por vivir, plena de felicidad. Dolors representaba la tranquilidad, la calma, frente a su impulsividad y su exaltación.

—Bien —le dijo ella—, ¿qué es aquello que me querías decir?

—Bueno. Ahora que he acabado los estudios de Historia y que estoy trabajando en el periódico, me he apuntado a Periodismo para mejorar la técnica y dominar el tema.

—¿Y te puedes permitir hacer otra carrera?

—En principio, sí. Me la puedo ir pagando con lo que gano. Además, para mí, los gastos son pocos al ser mi madre viuda de militar.

—Pero tu madre… Necesitará dinero para que la ayudes

en la faena diaria. Yo no puedo estudiar, porque he de ayudar a mi padre en la granja.

—Bueno, también hay otra cosa.

—¿Otra cosa? ¿Qué otra cosa? —preguntó interesada.

—Sabes que mi padre desapareció en África.

—Tú me dijiste que murió.

—Eso creemos. Pero lo cierto es que, hace unos años, cuando yo debía de tener apenas dieciséis, mi madre empezó a recibir unos sobres bien curiosos.

—¿Unos sobres?

—No me interrumpas, que si no no acabamos. Como te digo, comenzó a recibir unos sobres en los cuales había impreso un dibujo que mostraba un castillo y un caballo rampante. Estos sobres venían sin remitente, pero dentro había una cierta cantidad de dinero.

Dolors abría los ojos asombrada ante aquella explicación tan sorprendente, pero no dijo nada para evitar interrupciones.

—Cada mes recibía algún sobre —continuó Carles—. Siempre era lo mismo. Un sobre bien especial con dinero dentro. Pero nunca supimos quién los enviaba. Con ese dinero, mi madre pudo pagarme los estudios, que era la gran ilusión de mi padre.

—¿Nunca supisteis quién los enviaba?

—No, nunca lo supimos. Desde 1929, aproximadamente, hasta ahora, hemos continuado recibiendo ese dinero. Ahora ya no lo recibimos. Mi madre supuso que era mi padre quien los enviaba.

—¿Tu padre?

—Sí, mi padre, al que siempre hemos creído muerto en África.

—Si fuera tu padre, ¿por qué no ha dicho nada o se ha presentado? No lo veo claro.

—Yo tampoco. No podemos asegurar que fuera él, pero, en cierta manera, ese dinero ha servido para pagarme los estudios y generar algunos ahorrillos. Puede ser que mi padre haya cometido algún tipo de ilegalidad y no pueda dar la cara. Creemos que por eso no pone remitente.

—Es bien extraño. Pero… Carles.

—¿Sí?

—Me da miedo que te hagas ilusiones por lo que pueda ser.

—Lo sé. Yo no sé qué pensar. Mi padre se marchó al Ejército. La verdad, no sé por qué. A menudo me asaltan las dudas. ¿Por qué abandonó a su familia? Es algo que me he preguntado muchas veces.

Las brumas fueron desapareciendo y la claridad se impuso. Unos objetos conocidos le hicieron darse cuenta de que se hallaba en la habitación de la casa de Reus. Intentó levantarse, pero el dolor le laceraba el cráneo. Pensó que no era el primer golpe que le daban. Últimamente, a su cráneo lo estaban poniendo seriamente a prueba. Estiró el brazo, que chocó con una lámpara que había sobre la mesita y esta cayó al suelo, generando un gran estrépito.

De seguida oyó ruido y movimiento en la casa. Alguien subió corriendo por las escaleras y abrió la puerta bruscamente. Era Ernesto, quien se alivió al ver que, el objeto de tamaño escándalo era una lámpara caída.

—¡Vaya susto me has dado! —le dijo Ernesto.

—Lo siento. Creo que tiré la lámpara. No me di cuenta.

—No te preocupes.

—Ahora la recojo yo —dijo Benita, entrando por la puerta —. ¿Ya te encuentras *mejó*?

—Sí, gracias, Benita. Aunque tengo la cabeza que parece que vaya a estallar.

—*Ara* mismo te hago una *miajica* de manzanilla. Ya verás qué bien te sienta.

—Gracias —dijo, mientras intentaba sentarse.

Ernesto lo ayudó a sentarse en la cama. Apenas llevaba puesta la ropa interior, pero era lógico teniendo en cuenta el húmedo calor de finales de agosto. Se llevó la mano a la nuca.

—¿Te duele mucho? —le preguntó.

—Parece como si hubiera pasado un camión por mi cabeza. ¿Cómo es que estoy aquí? ¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

—Llevas un día y medio. Te encontraron unos soldados, que habían oído tiros en el refugio. Junto a ti había el cadáver de un hombre.

—Supongo que sería Bernardo, aquel falangista que intentó rematarme cuando me habían fusilado.

—En efecto. Solo que esta vez ya no debes temer nada de él.

—¿Qué le ha pasado?

—Esperaba que me lo explicaras tú. Alguien le cortó el cuello.

A la memoria de Carles vinieron los recuerdos relativos a su excursión a oscuras por el refugio, a la persecución, a los ruidos en la oscuridad y al golpe recibido. En poco tiempo puso al día a Ernesto.

—El caso es que había alguien más en el refugio. Yo había caído y me había golpeado la cabeza. Me encontraba indefenso a merced del falangista.

—¿Y quién pudo ser ese alguien que te salvó la vida?

—No pude verlo y, sin embargo, creo que sé quién fue.

—¿Quién? —preguntó Ernesto.

—El asesino de los capitanes.

—¿Quieres decir? —le preguntó abriendo los ojos con sorpresa.

—Intuí que era él. Yo me hallaba semiinconsciente. Bernardo podía haberme rematado fácilmente, pero entonces, como una sombra, alguien salió de la oscuridad y le rebanó el pescuezo.

—Aunque el arma pudiera ser similar a la del asesino, no tiene porqué ser él necesariamente —dedujo Ernesto.

—Mira. Yo estuve allí. Y sé que fue él. Después de asesinar al falangista se acercó a mí, como había dicho Eusebio, y me miró.

—¿Pudiste verlo?

—No, no pude verlo pues todo lo veía borroso, como en un sueño. Pero sé que fue él, que fue el asesino y que, por alguna extraña razón, me dejó con vida. Es más, me salvó la vida. No sé si a propósito o por casualidad.

—Así que el asesino permanece en Reus, ¡qué raro!

—¿Por qué? —preguntó el republicano.

—Porque no tiene lógica. Mató un hombre en Castelldefels, otro en Reus. Sabemos que es posible que asesinara a otro en Zaragoza y ahora parece que también en Teruel. Por lógica, resulta ser un hombre que se desplaza. No parece que tenga que tener el centro de operaciones en Reus.

—Pero bien que necesita un lugar a partir del cual desplazarse. Podría ser este.

—No se puede descartar.

—Piensa que ese individuo, esa sombra, no tiene por qué tener nuestra lógica.

—En efecto.

—Habrá que hacer algo respecto a los falangistas, ¿no crees? Comienza a ser peligroso para mí dejar a esos sujetos

sueltos sin control.

—Cuando vi quién era —dijo Ernesto—, llamé a Pilatos para preguntar por los otros dos hombres, sobre todo aquel tan peligroso…

—Sostres.

—En efecto, Sostres. Me han dicho que han cambiado parte del personal. Ya no quieren ciertos individuos. Concretamente a este trío los despidieron hace unos días.

—Así están ilocalizables.

—En efecto, lo único que puedo decirte es que tengas cuidado cuando salgas de noche. No te fíes de nadie.

—Debería tener un arma. De hecho, si ayer tuve problemas, fue porque iba desarmado frente a un individuo que llevaba una pistola.

—Sabes que no te puedo dar un arma.

—Y tú sabes que la necesito. No iré asesinando gente por la calle, aunque la propaganda franquista diga lo contrario.

—Yo solo sé que no puedo decirte que, si necesitas defenderte, mires lo que hay dentro de la caja que hay bajo la cama.

—Pero ¿qué?…

Pero ya Ernesto se había girado y se marchaba. En el último momento se giró y le dijo:

—Una última cosa.

—Dime.

—Junto al lugar del suceso hallamos una carta. Siento decirte que la leí. No sabía que se te había caído.

—¿Una carta?

—Sí, la he dejado en la mesita. —Y se marchó, dejando a Carles bien confundido.

Carles miró encima de la mesita que había junto a la cama y vio que había un sobre. Las alarmas se activaron, pues él no

recordaba llevar ninguna carta encima. De hecho, hacía meses que no tenía ninguna carta. Miró atentamente el mensaje en cuestión. Aquel tipo de sobre le era conocido. Lo giró y, ante su sorpresa, vio dibujado en la parte inferior derecha las figuras de un castillo y un caballo rampante.

Un sobre como aquellos que había ido recibiendo a algunos años y que había recordado mientras estaba inconsciente en una especie de sueño premonitorio. Estaba abierto, pero este no tenía dinero.

Tenía una carta de su padre.

UNA CARTA DE OTRA VIDA

Agosto, 1939

La carta estaba doblada y amarillenta, fruto de los años que habían pasado desde que fue escrita. La letra la conoció enseguida. En cambio, en aquellos sobres con dinero que habían recibido, la grafía era diferente. Al no corresponderse, en principio, pensaron que algún conocido, que no quería presentarse, era quien les mandaba los sobres. Su madre, prudente, había comenzado guardándolos. Podría darse el caso de que fuera un error y alguien viniera a reclamarlos. Con el tiempo, vieron que aquel dinero iba dirigido a ellos. No en vano, en el sobre venía indicada la dirección y la persona que lo debía recibir: Anna Ferré Matas, la madre de Carles.

Nunca habían perdido la esperanza de que fuera su padre quien enviara aquellos sobres. Y ahora tenía en sus manos uno de ellos con una antigua carta del mismo. Esto provocaba nuevos interrogantes. Por primera vez, carta y sobre estaban unidos. Las posibilidades de que fuera su progenitor quien hubiera enviado el dinero se multiplicaban y, con ello, la hipótesis nunca cerrada del todo de que pudiera estar vivo.

Carles sabía que la carta no era de su propiedad. Se le debía de haber caído al asesino, porque dudaba de que Bernardo la tuviera. La cuestión estribaba en el hecho de que

se le hubiera perdido de manera accidental o la hubiera dejado a propósito. En el segundo caso, no sería otra cosa que la manifestación de una toma de contacto largamente interrumpido. Además, esto volvía a generar una nueva duda: «¿Podría ser que el asesino fuera su padre?».

Finalmente, tras sopesar todos estos aspectos, decidió no decir nada a Ernesto. Si resultaba que el asesino y su padre eran la misma persona, el caso daba un giro espectacular que no le convenía anunciar. En el fondo, pensaba que, si se daba este caso, seguramente su padre tenía sus buenas razones para ejecutar a esos individuos.

Por otro lado, le dolía un poco no poder confiarle a Ernesto sus ideas. Este se había portado de manera bastante correcta a pesar de que representaba todo aquello contra lo que Carles había luchado. Pensó que, de momento, se reservaría el comodín de la carta en aquel discreto juego de manos.

Volviendo la atención al documento, comenzó a leerla:

Melilla, 15 de julio de 1921

Apreciado Tomás González Sarda:

Finalmente he decidido escribirte, a pesar del pacto de silencio que hicimos en su día.

Te preguntarás qué fue exactamente lo que pasó o, probablemente, ya lo debes de saber. Aquí estamos en un entorno monótono y apático donde los días son solo eso, días que pasan con una tozudez envidiable, sin nada interesante que contar.

Sin embargo, ahora las cosas se están poniendo difíciles. No sé si se explican hechos en Barcelona de este olvidado rincón del mundo, pero empiezo a sospechar que es posible que no pueda volver a la

ciudad.

No tuve valor. Lo intenté, pero no me fue posible. Lo seguí hasta su vivienda y me disponía a cumplir lo pactado. Pude entrar sin que se diera cuenta, pero entonces algo me descolocó y me impidió realizar mi misión. Reinaldo tenía un hijo, cosa que yo desconocía, de unos seis años. Me vi incapaz de dispararle delante de su hijo. No pude menos que acordarme del mío, un chico de su misma edad aproximadamente. No quise matarlo. Fui incapaz ante la mirada inocente de su hijo.

Eso sí. Conseguí los documentos y los quemé. Pensé que con ello se acabarían los problemas. Ignoraba que el dueño de la fabrica contrataría a un pistolero que, lo primero que hizo, fue eliminar a Reinaldo. A mí me avisaron de que me estaba buscando. Fue por eso por lo que desaparecí. Un amigo mío me escondió durante unos meses y me alisté en el ejército para evitar ser ejecutado.

Ahora me arrepiento de haberlo hecho. Probablemente resulta mejor enfrentarse a los hechos, por duros que sean, que huir, porque al final lo que hice no fue otra cosa que una huida. En estos difíciles momentos, además, me doy cuenta de la magnitud de mi error, ya que abandoné a los que más quería. Cada día me acuerdo de mi mujer y de mi hijo, quien estará creciendo sin ver a su padre. ¡Quién sabe si un día me olvidará totalmente!

No sé siquiera si enviaré la carta o será solo un intento fallido de la voz de mi conciencia que me impulsa a redactarla. Solo te pido que, si me pasa algo, puedas cuidar de Anna y de Carles.

La suerte me fue esquiva una vez, pero pronto nos volveremos a ver. Al menos eso espero.

Tu compañero,
JULIÀ GIL

Carles dobló la carta con cuidado y volvió a guardarla en el sobre. Ahora comenzaba a entender las causas de su partida al Ejército, algo que le había resultado incomprensible hasta ese momento. El mutismo respecto a este tema, de su madre, le había dificultado desentrañar el misterio. Ahora sabía que un intento de asesinato había sido la causa de su marcha. Ignoraba cómo había llegado a ese extremo, pero pensó que eso era algo que tendría que investigar. Solo, naturalmente.

La referencia al hijo, que hacía su padre, no pudo menos que emocionarle. Pensó en lo poco que había faltado para que el olvido fuese el factor común de sus recuerdos. Ahora se daba cuenta de que el caso investigado, este cúmulo de asesinatos, había servido para hacerle valorar la figura del progenitor. Todas las pistas, hasta ahora, habían llevado a África, al recuerdo de un desastre que parecía perseguirle como una sombra. Cuando se dio cuenta, tenía los ojos humedecidos, turbado al leer la carta, apenas una semana antes de aquel fatídico veintiuno de julio, día de la caída de Annual.

A continuación, miró debajo de la cama. Allí encontró una caja, como le había dicho Ernesto. Concretamente una caja de zapatos. La abrió y los ojos se le iluminaron ante aquel objeto. La cogió por la empuñadura, comprobando si estaba equilibrada. Al lado encontró unas balas en un sobre. En su mano tenía una pistola de 9 mm, modelo 1921, F. Ascaso. Carles sabía que se habían fabricado en Terrassa. Todo un lujo para poderse defender ante una situación complicada

como la de días atrás.

Dejó la pistola en su escondite, bajo la cama, y se levantó. Ahora el dolor había bajado de intensidad; en cambio, se agudizaba cuando realizaba movimientos bruscos con la cabeza o ante cualquier cosa que le rozara la herida. Se aseó, se vistió y bajó al salón, donde ya le esperaba una inquieta Benita con una taza de manzanilla caliente.

Se sentó en un sillón del salón, allí donde se hallaba Ernesto leyendo el diario. Este levantó un momento la vista y le preguntó:

—¿Mejor?

—Algo mejor, aunque, si me siguen atizando en la cabeza, creo que no duraré mucho.

—Ahora tómatelo con calma. Afortunadamente, todavía quedan cinco días para ir a San Pedro de Cardeña.

—¿Te dieron alguna razón por la que debamos esperar este tiempo? Resulta raro que, en medio de una investigación de asesinato, ante un testigo importante, te hagan esperar al menos diez días para verlo. No lo acabo de entender.

—Está en un campo de concentración —reflexionó en voz alta Ernesto—. Cada campo tiene sus propias normas, aunque hay unas generales para todos. Al final, siempre está la voluntad del comandante de campo. Mucho me temo que tenga que ver con algún tipo de castigo por incumplimiento de alguna norma.

—Eso tendría cierta lógica —comentó Carles, recordando cuán amarga había sido su experiencia en Pilatos—. Pero tú sabes que un oficial tiene la obligación de no poner las cosas fáciles al enemigo.

—Carles, la guerra se acabó. Ahora no hay enemigos.

—Pero los vencedores —replicó Carles— no tratan a los derrotados como oponentes precisamente, sino que les aplican

el castigo de sedición, justamente el que se tendrían que imputar ellos mismos.

Ernesto lo miró. Todavía le sorprendía el énfasis que ponía su compañero de investigación en las afirmaciones que realizaba. Se daba cuenta de que todavía no había superado la condición de derrotado. Claro que, para él mismo, ver algunas cosas como las que había visto en prisiones y campos de concentración, no eran, precisamente de su agrado. Él había sido un soldado, un oficial, que había luchado en la guerra y en los servicios secretos. Era consciente de que ello lleva incorporado una dosis de violencia, pero no creía en el exceso gratuito que a veces tenía el disgusto de presenciar. Su mirada volvió sobre el diario y leyó atentamente una noticia que le había llamado la atención:

—¡Maldita sea! —exclamó.

—¿Qué ocurre? —preguntó un tanto alarmado Carles.

—Aquí hay una noticia que te menciona.

—¿A mí?

—Sí, mira. —Y comenzó a leer¿Hay suficiente seguridad en nuestras calles?

El pasado martes, 22 de agosto, un ciudadano que reside en nuestra población, don Carlos Gil Ferré, fue atacado de manera violenta por un delincuente desconocido. El ciudadano fue conminado a entrar en el refugio de la plaza de los Mártires a punta de pistola. Después de robarle, el ladrón lo golpeó dejándolo inconsciente. Algunos soldados, que estaban junto a los Cuarteles vieron salir al sospechoso. Tras gritar el alto reglamentario, le dispararon causándole la muerte. La policía investiga la identidad del sujeto, probablemente un consumado maleante, dada la violencia del hecho en sí. Nos han comunicado que el ciudadano Carlos Gil, en estos momentos se halla fuera de peligro.

—¿Cómo puede ser que salga mi nombre en el diario? —preguntó Carles.

—Probablemente porque nosotros llamamos notificando tu identidad. Alguien de Comandancia debió irse de la lengua.

—Sin embargo, la noticia no tiene nada que ver con la realidad del suceso. —Pensó que en aquel momento la realidad y lo que se decía eran dos cosas muy diferentes.

—Los militares se han de otorgar el poder de restablecer el orden. Eso no debe ser discutido —dijo, en un tono más bien de razonamiento que de obligación—. Por otro lado, si dicen que fue degollado, estarían dando pistas que no nos interesan. Además, esto te evita comparecer ante un tribunal. Tú ya sabes lo que eso significa.

Evidentemente, Carles sabía que enfrentarse a un tribunal ante una acusación de asesinato no haría sino aumentar potencialmente las posibilidades de ser condenado a muerte.

—Recuerda —continuó Ernesto—, que nadie vio al misterioso asesino. Yo tuve que hacer una declaración diciendo que el muerto era sospechoso de robos y negocios sucios. De esa manera, la sociedad se ha quitado de en medio un delincuente.

—El problema es que ahora el asesino también sabe quién soy —dijo Carles, aunque pensó que ya lo sabía antes.

—En efecto, pero, si te dejó vivo, no creo que ahora le importe saber cómo te llamas.

«Puede importar si eres su hijo», pensó Carles.

Contra todo pronóstico y ante el asombro del pequeño grupo de habitantes de la casa próxima a las piscinas del Reus Deportivo, Carles dijo que iba a dar una vuelta cuando eran

cerca de las cinco de la tarde. Con camisa y pantalón gris, salió a la calle dispuesto a caminar. El sombrero disimulaba la herida de la cabeza. Aún se apreciaban los puntos que había recibido.

Intentó que su salida de la casa fuese lo más gallarda posible. Sabía que, seguramente, lo estaban observando. Había recordado que era jueves y continuaba interesado en ver a los compañeros de tertulia. Le gustaba contrastar las lecturas realizadas con hechos analizados desde el punto de vista de aquel que los había pasado. Supuso que esa era la diferencia entre la historia y la memoria histórica. Mientras que una era más rígida, la otra era más flexible. Una se centraba en los hechos; la otra, posiblemente más en las vivencias. Quería saber cuál era el sentimiento de aquellos hombres que tuvieron que huir a través del paisaje árido del norte de África.

Su entrada en el hotel Londres despertó cierta expectación en los tertulianos habituales. Eduardo se levantó rápidamente y lo cogió del brazo.

—Pase, pase y venga con nosotros. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, bastante bien —mintió Carles.

—Jordi nos comentó que había salido su nombre en el diario, que fue atracado y golpeado por un delincuente.

—Así fue —intentó mantener la noticia oficial—, pero el hombre no se salió con la suya.

—Resulta terrible pensar que puedes ser atacado en cualquier momento.

—Bueno, dejemos de hablar de mí. —Carles observó inquieto que otros clientes le miraban—. Al parecer, Reus no era tan grande como pensaba.

El policía pidió un café y, al poco rato, ya estaban todos recordando viejas historias.

—Yo creo —mantenía Juan—, que lo peor para Silvestre

fue la indecisión. Tras la caída de Igueriben, comenzó a mandar mensajes a Berenguer, pero no acababa de decidir qué quería hacer. Plantearon defenderse, ya que estaban rodeados, o evacuar.

—Eso fue lo que finalmente hicieron —comentó Carles.

—Sí, pero lo hicieron tarde y mal, cuando ya tenían a todos los enemigos rodeándolos. Si lo hubieran hecho a primeras horas, probablemente el desastre no hubiera sido tan grande.

—Al final, su orgullo lo dominó —acusó Eduardo.

—¿Su orgullo? —preguntó Carles.

—En efecto —confirmó Eduardo—. No quería ser el primer general que perdiera un ejército en África. No consideró que eso carecía de importancia alguna en aquel momento. Un buen general se hubiera dedicado a intentar salvar la vida de sus hombres.

—Al parecer se suicidó —comentó Carles.

—Quién sabe… —dijo Jordi—. Lo cierto es que su cuerpo jamás se encontró, aunque dicen que se volvió literalmente loco. Entró en su tienda y se pegó un tiro.

—Hubo quien dijo que su cabeza fue paseada por los aduares y cabilas para convencer a los indecisos —siguió Juan —. Si alguien tenía alguna duda de que se podía derrotar al ejército español, en ese momento se disipó totalmente.

—Entonces los soldados evacuaron hacia Ben Tieb, ¿no? —preguntó Carles.

—Sí, si a aquello se le pudo decir evacuación. Fue más bien una huida en toda regla. El problema es que para llegar a Ben Tieb había que pasar por el barranco de Izzumar. Allí la policía indígena se revolvió contra el ejército. Aquellos que habían de defenderlos dispararon contra ellos masacrando a muchos soldados.

—Así, Izzumar… —comenzó Carles.

—Izzumar fue el infierno —le respondió Eduardo, con una mirada que parecía perderse en aquellos parajes africanos.

EL INFIERNO DE IZZUMAR

Julio, 1921

Atrompicones salieron de Annual. El impacto que había generado en los dos hombres la muerte del general Silvestre era el de una tragedia largamente anunciada. No había posibilidad de defensa. No contaban con unos mandos que fuesen capaces de realizar una protección organizada. De hecho, algunos ya habían huido en coche hacia Melilla. Consecuencia de ello fue la desbandada general que se produjo ante la visión de la *harka* que se aproximaba.

Muchos soldados arrojaban sus fusiles, desesperados por salvarse, comenzando lo que sería una carrera suicida. Algunos oficiales corrían con el mismo desespero, contribuyendo al caos general. Nadie controlaba, nadie organizaba. La anarquía se había hecho dueña de aquel pequeño lugar perdido en el norte de África.

Los enemigos ya habían superado las defensas del puesto y tiraban contra los soldados a placer. Algunos oficiales quedaron en Annual, intentando lo que era una batalla perdida, ya que no podían evitar la huida de sus hombres. Quien intentaba pararlos era asesinado por los mismos soldados. El mando había perdido la autoridad ante unos hombres que solo pensaban en salvarse.

—¡Escúchame, Martí! —dijo un convincente Julià en medio de aquella marea humana—. ¡Pase lo que pase no te pares! Hemos de superar el paso del Izzumar. Si uno de los dos cae…

—No te preocupes. ¡Pasaremos! —dijo Martí con una fe envidiable.

—No podremos esperar, pues sería la muerte. ¿Me entiendes? —dijo, mientras se dirigían a paso rápido al estrecho pasaje—. ¡No hay espera!

Los regulares acompañaban a los soldados por las laderas del paso. Una ruta que se convertirá en un camino sangriento de apenas cuatro metros de ancho. Suponía toda una ascensión de seis kilómetros que partía de los 496 metros hasta los 750 de la siguiente posición. Un paraje con curvas que dificultaban el tránsito, para continuar después por un desfiladero encajado entre la montaña y un profundo barranco. El camino resultaba demasiado estrecho para la gran acumulación de fuerzas que se atropellaban de manera inmisericorde. Los carros y camiones se atascaban ante aquella multitud. Algún conductor, desesperado, atropelló a unos soldados con su vehículo.

—¡Aparta! —le dijo Martí a Julià, que a punto estuvo de ser embestido por un camión.

Las acémilas eran asaltadas por soldados desesperados, lanzando a los heridos de las artolas que en ellas se encontraban. Algunos hombres luchaban por subir a una mula. Otros heridos, que se hallaban en mulas, las aguijoneaban para intentar huir de aquella jauría salvaje en que se había convertido el ejército de África. Los hombres, desesperados, luchaban por su vida, aunque para ello tuvieran que arrebatar la de otros.

Martí miró hacia atrás y vio que, tras los últimos soldados,

los rifeños iban masacrando a aquellos que caían heridos o golpeados. No había piedad ni en sus ojos ni en sus actos. Las gumías, relucientes, brillaban bajo aquel tórrido sol. No dudaban en clavarla ante un español. Aquella visión provocaba una situación generalizada de pánico.

Comenzaron a oírse disparos ante los que caían multitud de hombres. Julià miró hacia arriba, buscando el origen de los mismos. Pudo ver a la policía indígena que, sin compasión, había decidido pasarse al enemigo. No había mejor momento ni enemigo más desvalido. Multitud de hombres, apelotonados, entorpeciéndose y encajonados en las revueltas de la pista, estaban siendo masacrados por aquellos que tenían que defenderlos.

—¡Cabrones! —gritó Julià, llevándose su fusil al hombro. Disparó y pudo ver caer a un policía—. Tú por lo menos no disfrutarás del crimen.

—La profecía de Benítez se ha cumplido —recordó Martí entre jadeos. Estaba sumamente agotado y comenzaba a pensar que no resistiría la subida de Izzumar.

El paso por el desfiladero se convirtió en un fusilamiento masivo. Cientos de hombres caían bajo las balas rifeñas. Apenas unos regulares, bajo el mando del comandante Llamas, resistían ante los moros y evitaron una mayor masacre. Hombres heridos caían al suelo, algunos arrojados de sus cabalgaduras por otros que, sin miramientos, intentaban salvar su vida. Tras ellos solo quedaban los aullidos desesperados de aquellos que no podían continuar la marcha. Nadie se paraba a atenderlos, aunque sabían que con el abandono se les estaba condenando.

Agotados, pero sin posibilidad de pararse, los dos soldados continuaban en medio de aquella riada imparable. De repente, un cañón bajó por el desfiladero hasta estrellarse contra la

pared del mismo, aplastando a unos hombres que había ante ellos. Los atalajes de los caballos que los arrastraban habían sido cortados. Martí pudo ver, a lo lejos, que unos oficiales montaban los corceles. Sin embargo, no pudieron llegar muy lejos: fueron arrojados al suelo por otros soldados desesperados por montaren los mismos. Una bala rifeña acabó con el caballo y con las posibilidades de huida de aquellos hombres.

Martí sentía desfallecer las piernas. Veía que no podía seguir. Aquel tortuoso camino era demasiado para él, que había superado una de las pruebas más duras en la bajada de Igueriben.

—¡Déjame! ¡Sigue tú! —le dijo a su compañero.

Julià miró hacia atrás y vio avanzar a los moros. Junto a ellos, una oleada de mujeres rifeñas de los aduares próximos los perseguían. Ellas no dudaban en asesinar a aquellos soldados heridos que quedaban en el camino para después registrarles y quitarles las pertenencias que tuvieran algún valor. Cualquier cosa, una cadena, un cinturón, unas botas, podía servir como jugoso botín de aquel día en que todas las injurias, desprecios y abusos que habían padecido por parte del ejército español serían vengadas. Piedras, azadones o palos les servían a aquellas mujeres como armas homicidas. Los hombres se cebaban en las víctimas con las gumías. Para ellos, las armas, el dinero o unas botas, principalmente, constituían el fruto de su cosecha.

Después de ver aquel macabro espectáculo, Julià tiró de Martí hasta levantarlo. Lo cogió por la cintura y le hizo pasar la mano por su hombro.

—¡Vamos! No hay tiempo que perder.

—Julià, no puedo…

—Sí que puedes. ¡Hemos de seguir!

La subida era agotadora. La polvareda que se generaba apenas dejaba ver el conjunto de la situación. Pararse significaba la muerte, caer por el barranco también. Abajo había hombres y mujeres que querían conseguir un botín y una venganza largamente esperada. Los disparos volaban en todas direcciones. Una acumulación de moros se iba hacinando en la ladera. Niños y ancianos bajaban por la escarpadura buscando heridos a los que rematar, ignorando los gritos desesperados de los soldados, implorando una piedad que no encontrarían.

Julià observó que iba quedando un tanto rezagado del grueso del ejército. Los rifeños cada vez estaban más cerca. No podía mantener aquel ritmo mucho rato. Pensó que, de aquella manera, no tardarían en caer los dos. Vio una roca junto al cortado y pensó que no tenía otra opción. Se acercó junto al oído de su compañero y le dijo:

—¡Continúa!

—Pero…

—¡Continúa! Yo los detendré aquí. No esperes. Tienes que llegar arriba. ¡Rápido! —le gritó.

Martí se dio cuenta de que aquello era una despedida definitiva. Pero, ante la orden enérgica de Julià, siguió a los soldados que continuaban la retirada. Pronto oyó los disparos que, desde detrás de la roca, iba realizando su compañero. Pensó que aquello representaba una piedra intentando parar una riada, pero lo cierto es que sacó fuerzas de flaqueza y siguió caminando. Recordó la huida de Igueriben. Ahora tenía otro reto similar. Intentó concentrarse en la subida. Cada paso un dolor, cada metro todo un sufrimiento. Pensó en aquellos que le habían ayudado y que habían dado la vida por él. Primero el comandante Benítez y ahora su amigo Julià. No podía fallarles. Debía coronar el Izzumar. Algunos

soldados caían a su alrededor. Los moros seguían disparando de forma continuada. Tropezó y cayó. Ante él estaba el cadáver de un capitán. Vio que tenía una pistola y se la cogió, ya que él no llevaba armas. Comprobó que estaba cargada. Intentó levantarse, pero las fuerzas le flaqueaban.

Un rápido movimiento tras él lo alertó. Vio a un rifeño que acababa con la vida de un hombre que había quedado desfallecido en el suelo. Se giró y le disparó. Le acertó en la cabeza, saltándole la tapa de los sesos, pues no estaba a más de tres metros. Se levantó con esfuerzo y continuó subiendo, haciendo caso omiso de los dolores que le oprimían por todos lados. Ya no había cabida para la sorpresa. Todo consistía en un terrible juego en el que la derrota se pagaba con la vida.

La subida parecía no acabar nunca. Era consciente de que el éxito estaba en sus manos, pero cada vez iba quedando más rezagado. Tenía que parar para coger aire, apenas podía respirar. Sin embargo, sabía que no disponía de tiempo. Continuó. Volvió a caer. Difícilmente podía ya levantarse. Siguió gateando. Las manos se cogían con fuerza a la tierra, a las ramas, a todo aquello que le hiciera avanzar, aunque fuera un solo metro. Unas voces tras él, en árabe, le hicieron comprender que todo su esfuerzo se había acabado, que era inútil seguir resistiendo. Se giró. Tras él, a escasos metros, cuatro rifeños se acercaban. Ya sabían que tenían la presa segura. Probablemente habían observado sus torpes movimientos. Martí sabía que había llegado su última hora y que lo peor que le podía pasar era caer prisionero de aquellos hombres despiadados que no dudarían en torturarlo de manera cruel.

—Vení, vení, paisa. Nosotros ayudar —dijo uno de ellos, sonriente.

Entonces, el miedo dio paso a la rabia y el sanitario

decidió borrar aquella sonrisa de su cara. Sacó la pistola que había guardado entre la camisa y el pantalón y no dudó en disparar. El hombre cayó haciendo una extraña mueca.

—¡Vete al infierno, maldito! —le gritó.

Los otros hombres cambiaron su expresión y se apartaron, preparando sus armas. Martí volvió a disparar acertando a uno de ellos en el ojo. El moro cayó de manera disparatada hacia atrás. Intentó continuar disparando, pero ya no había más balas en la recámara. Los enemigos, percatándose del giro que había tomado la situación, se acercaron.

Ante su escasa utilidad, tiró la pistola. Ahora sabía que aquello que más había temido era lo que le iba a pasar. Los hombres se acercaron y sacaron sus gumías, mientras una sonrisa cruel se dibujaba en sus rostros.

Julià permanecía tras la roca desde la cual tenía una buena vista. Seleccionó sus blancos. Se trataba de ganar tiempo. Sonrió, con una sonrisa sin esperanza, acordándose de todos aquellos que había dejado atrás.

—Quien iba a decirme que todo acabaría en esta puñetera roca.

Apuntó y disparó. Una y varias veces. Los rifeños iban cayendo ante aquella sorpresa inesperada. Algunos de ellos se lanzaron a tierra. No las tenían todas consigo.

—¡Mierda! Solo era cuestión de tener orden en la defensa y los hubiéramos contenido.

Los disparos se dirigieron hacia él quien, agazapado tras la roca, cambió el cargador de su fusil. Un ruido de disparos continuados le alertó. Observó cuál era su origen. Los coroneles Manella y Morales, junto a una veintena de hombres formaban, posiblemente, el último grupo de

soldados que subían Izzumar. Pudo ver que los coroneles disparaban pistola en mano. Vio que algunos de los rifeños que le habían acosado les estaban apuntando. Disparó y vio caer a uno de ellos. No pudo evitar que Morales recibiera un disparo en la pierna. Cayó y, seguidamente, recibió otro en el tórax. Observó que el coronel quedó abandonado por los oficiales y los rifeños se acercaban para torturarlo y rematarlo.

Julià apuntó y acertó a uno de ellos. Por el camino pasó el teniente Civantos a lomos de un mulo que ascendía aquella mortal subida conformando una estampa surrealista. Tras él, apareció un rifeño que corría con una gumía en la mano. El soldado volvió a disparar y le atravesó el pecho. No sabía el teniente la suerte que había tenido en aquel momento. De repente, una explosión tuvo lugar en su cabeza. Una bala le había dado en la frente. La oscuridad se adueñó de él. Julià perdió el conocimiento y cayó por el barranco.

NEGOCIOS OCULTOS

Agosto, 1939

Eusebio tomó otro trago de vino. La ira lo consumía. Los recuerdos lo transportaban a aquella misma mañana en la que había recibido la visita de aquellos pesados policías que no tenían ni idea de nada, pero molestaban lo suyo. Lo que más temía era que pudieran llegar a perjudicarle sus negocios. Bastante le había costado mantener su red comercial de transacciones, como lo llamaba él, para que ahora llegaran aquellos pardillos a interferir en la misma.

Si de una cosa estaba contento Eusebio era de su capacidad de mantener su independencia ante todos y pese a todos. El mismo capitán Aros le había preguntado por las características de aquellos policías. Él ya le había informado de lo que le había interesado decir. Entre otras cosas, le había comunicado el atentado que había padecido el republicano. Le había podido explicar la historia real de los acontecimientos y no aquella mierda que ponía en el diario. «¡Vaya hatajo de patrañas!», pensó.

Los ojillos se le tornaban vivaces y presentaban un brillo que manifestaba la cantidad de alcohol que había trasegado hasta el momento. Sin embargo, Eusebio resultaba difícil de tumbar por medio de la bebida. Siempre guardaba un

resquicio para poder estar alerta ante cualquier situación. No se dejaba dominar por el alcohol. Recordó lo que le había dicho al capitán:

—Eso que pone en el diario es mentira. No fue así como pasó.

—¿Y tú sabes lo que pasó? —le preguntó el capitán.

—En efecto. El poli ese se dedicó a perseguir a aquel hombre, que no era otra cosa que un falangista. O sea, estamos hablando de un buen ciudadano y va el comunista ese y le cortó el cuello en el refugio.

—¿Qué dices? ¿Le cortó el cuello? ¿No murió a manos de los soldados?

—Pues no. No fue como lo cuenta el diario.

—¡Qué raro! —dijo el capitán, que sabía que no siempre los diarios ponían la verdad, sino aquello que interesaba a ciertas personas.

—Raro no. El poli se la tenía jurada a Bernardo.

—¿Bernardo? ¿Así se llamaba el falangista?

—Así es.

—¿Y dices que se la tenía jurada?

—Sí, porque fue uno de los vigilantes de la prisión de Pilatos, donde estuvo prisionero el comunista. Este nunca se lo perdonó.

—¿Hay más implicados?

—Sí, dos falangistas más, que fueron los que lo vigilaron en la cárcel. Por lo que me han dicho, era una mala pieza.

—¡Vaya, vaya! —decía el capitán, mientras se mesaba la barbilla—. Interesante.

—De interesante nada. Ese poli es un cabrón peligroso.

—¡Bien! ¡Escúchame! Quiero que sigas investigando a ese policía. Puede que tengas razón y quiero saber qué es lo que hace. Por otro lado, no podemos ignorar que podría ser el

asesino del capitán Pedro García. De hecho, hay un cierto paralelismo entre las dos muertes.

—Así lo haré.

—Bien, bien.

—¡Señor! —Pensó el cabo que había llegado el momento de obtener el beneficio.

—Dime.

—Necesitaré salir hoy.

—Bien, bien —dijo el capitán despidiéndolo con indolencia, haciendo un gesto con la mano—. Puedes salir.

No había acabado de salir del Pere Mata cuando se encontró con los policías en la puerta. Maldijo entre dientes su mala suerte. Era lo último que esperaba encontrar. Ellos le habían presionado preguntándole por los otros falangistas y, aunque juró y perjuró que no los conocía ni los había vuelto a ver, vio que su discurro no había parecido convencerles. Ellos se marcharon, pero el cabo intuyó que no dudarían en seguirle si creían que les mentía.

En aquel momento, se hallaba en la terraza de un bar, apurando los últimos días de agosto y esperando la visita de aquel sujeto misterioso que, en los últimos meses, le había hecho múltiples y variados encargos. La discreción formaba parte del negocio; sin embargo, había decidido que hoy lo seguiría, porque la casa donde habían tenido lugar algunas de las transacciones era una casa abandonada. Había vuelto con la luz del día y había podido comprobar que aquel no era el hogar del enigmático individuo.

De forma muy discreta había llegado Jaime. No supo por dónde. Parecía haber estado allá toda la noche. Probablemente habría estado vigilando que Eusebio se encontrara solo. Era un sujeto muy prudente y escurridizo. El moreno que presentaba en la cara y los brazos hacía pensar

que era un individuo muy dado a los deportes al aire libre.

—Buenas noches. —Siempre resultaba muy educado y correcto. Era un hombre con modales.

—Hola, buenas noches. ¿Quieres tomar algo?

—Pediré lo mismo que tú. —Aprovechó que venía el camarero para pedir otro vaso de vino—. ¿Quieres tomar otro? —le preguntó a Eusebio.

—Bueno, tomaré otro. —Había que aprovechar la situación cuando el que pagaba era el compañero.

—Pareces enfadado.

—No estoy muy contento.

—¿Y eso?

Dudó si decirle nada, pero pensó que Jaime se había convertido en un buen cliente y siempre le pagaba generosamente. A veces, había que corresponder de la misma manera.

—Ese policía que conoces… No hace más que tocarme las pelotas.

—¿Te refieres a Carles Gil?

—A ese mismo.

—¿Y por qué te está incordiando?

Eusebio pensó que ese hombre era incapaz de decir una mala palabra. Transformaba su lenguaje vulgar en otro donde solo los escogidos pudieran apreciar los matices. Rápidamente pensó que este tipo de individuos son los que tienen posibilidades de escalar socialmente. Sería bueno permanecer cerca de él. Algún beneficio podría encontrar.

—El otro día se cargó a un amigo mío en el refugio.

—Creo que leí la noticia en el diario. ¡Qué horrible! ¿Él mató al hombre del refugio?

—Yo creo que sí, aunque el diario explica otra cosa.

—Comentaba que lo mataron unos soldados cuando huía.

—Murió degollado.

—¡Por dios! Eso resulta todavía más terrible.

—Sí, pero… Como es policía, me presiona a mí.

—¿A ti? ¿Cómo puede ser eso?

—Porque yo conocía a aquel hombre. No sé, debe de creer que yo sé algo.

—Bueno, algo sabes si resulta que la noticia del diario es falsa.

—A ese tipo se la tengo jurada. Un día me lo encontraré a solas y…

—¡Eusebio! ¡Tranquilízate! —le dijo Jaime con energía, pero cogiéndole suavemente el brazo al mismo tiempo. El cabo estaba apretando con fuerza el vaso de vino y tenía los nudillos blancos. Jaime había temido que lo rompiera.

—Perdona, pero ese tipo me saca de quicio.

—Por cierto, lo convenido —insinuó Jaime.

—¡Ah! Aquí lo traigo —dijo, mostrándole un objeto envuelto en papel marrón.

Jaime desenvolvió con cuidado el papel que forraba la caja. La abrió un poco y pudo vislumbrar el brillo de la culata de un revolver.

—¿Un Astra 400? —preguntó bajando la voz.

—En efecto, un *puro* de calibre 9 mm. Tienes toda una caja de municiones. Pero ¿para qué quieres un arma?

—Para protegerme. Mira lo que le pasó a tu amigo el falangista. Esta es una época muy convulsa y los hombres de negocios necesitamos protegernos.

—Efectivamente, unos asquerosos tiempos.

Jaime pensó que los modales de Eusebio difícilmente cambiarían. Sellaron el pacto como dos hombres de negocios y acordaron la siguiente partida de material. Finalmente, Jaime pagó lo establecido en un sobre que llevaba.

—Supongo que está todo.

—Siempre está todo. ¿O alguna vez te faltó algo? —Repentinamente, el tono de Jaime había cambiado. Se había tornado más frío y distante.

—¡No! ¡No! ¡Nunca! Por supuesto. —Intentó conciliar la situación. Algo había cambiado, pero Eusebio ignoraba el qué.

Jaime se levantó y marchó. Aquel cambio de actitud había desconcertado al militar, quien se levantó poco después. Pensando en la conversación mantenida, no recordaba haberle dicho que el muerto era falangista y en el periódico no habían informado nada al respecto. ¿Cómo podía haberlo sabido? Cada vez le intrigaba más su nuevo amigo.

Había decidido seguirlo, por lo que intentó realizarlo con la máxima discreción. Dejó una distancia prudente entre los dos y vio que enfilaba por la calle del general Goded para después continuar por un dédalo de travesías. Pasó la riera Miró y continuó por la avenida Quince de enero. Allí se desvió por calles estrechas. De repente, al doblar un callejón, observó que había perdido de vista al perseguido. Giró en todas direcciones para ver si estaba escondido en otro lugar, pero no. Él lo había visto entrar en esa calleja, así que allí era donde tenía que estar.

Caminó en silencio en la oscuridad. Allí no había más luz que la que aportaba una hermosa luna en cuarto creciente. Aquel era un pasadizo, al parecer, sin salida. Pero en aquel lugar había una casa derruida por las bombas que conservaba la estructura, aunque un boquete enorme se abría a lo largo de media fachada. Los escombros ocupaban los bajos de la casa y el patio de la entrada. Si en aquella casa había algo de valor, a buen seguro que ya no lo encontraría.

Eusebio pensó que aquel era el único lugar donde se había

podido esconder. El vino que llevaba ingerido le animó a entrar. Cuando quiso darse cuenta, ya estaba dentro de la casa. Notó que sus pasos se oían bastante a causa de las piedras y escombros que se encontraban esparcidos por el suelo. De repente su cabeza le dio vueltas a la situación. Pensó que estaba solo. Nadie sabía dónde estaba. Por otro lado, había bebido un tanto y le acababa de vender un arma al sujeto al que vigilaba.

Aquellas reflexiones provocaron en él una oleada de pánico y decidió salir rápidamente de allí. Intentó no hacer ruido, pero notaba que sus pasos resonaban en la oscuridad de la noche. No estaba seguro de que las pisadas que oía fueran solo suyas, por lo que intentó salir de la casa con gran rapidez. Resbaló y cayó, haciéndose daño en las manos. A la escasa luz que entraba por el boquete pudo ver que estaba sangrando. En aquel momento, el silencio que había en la casa le parecía amenazador. Se levantó rápidamente y se dirigió hacia el exterior. Cuando estuvo fuera corrió como si en ello le fuera la vida, sin volver la vista atrás.

Aunque hubiera girado la cabeza, difícilmente hubiera visto el hombre que, desde el piso superior de la casa y, a través de la grieta de la fachada, observaba sus movimientos con una mirada fría y calculadora, sin tan siquiera pestañear.

LOS LAZOS INVISIBLES

Agosto, 1939

Carlos caminaba por las afueras de Reus en dirección al campo de concentración. Antes de llegar a sus proximidades se desvió, siguiendo él itinerario que hiciera el día que encontró a Lucía y su padre. Habían quedado que cenaría con ellos y, por eso, iba cargado con una bolsa medio llena de verduras, legumbres y fruta. Algunos huevos y un conejo completaban el variado botín. Le había preocupado la apurada situación que había percibido en el hogar de Lucía e intentaba compensar aquella falta de alimentos básicos.

Mientras caminaba, no dejaba de dar vueltas a los hechos acaecidos en el refugio antiaéreo de la avenida de los Mártires. Había notado el contacto con el asesino y, posteriormente, este le había dejado un mensaje en forma de carta de su padre. Poco a poco, la figura del progenitor comenzaba a emerger de las brumas del olvido para reivindicar su presencia. ¿Sería su padre el misterioso asesino? Aunque le parecía improbable, cumplía alguno de los requisitos: el hecho de que había sido soldado y de que había estado en África durante el mismo período que los hombres asesinados. En su contra estaba el hecho de que, al parecer, había muerto en Annual, aunque nadie lo hubiera podido atestiguar personalmente. Resultaba

imposible determinar el número de personas que murieron en el Desastre, mucho menos, el nombre y comprobación de todos los fallecidos.

Por otro lado, estaba la entrega de aquel sobre tan especial que había encontrado. La imagen impresa en él le recordaba a otras épocas en que los recibían casi mensualmente. Nunca habían sabido determinar el origen de los mismos. Ahora resultaba que el asesino se ponía en contacto con él a través de los mismos sobres. De esta manera se podía determinar que el asesino y el hombre que los enviaba podían ser la misma persona.

Otro tema a tener en cuenta era aquel que estaba escrito explícitamente en la carta de su padre. Si Ernesto la había leído, no le había dicho nada sobre ella. Debía de sospechar que se trataba de un hecho personal acaecido hacía veinte años. Para Carles, suponía una cuestión personal el saber por qué su padre había decidido marchar a un territorio en guerra. Al parecer, había huido por un crimen que no había cometido. Era probable que, con su marcha, hubiera conseguido la seguridad de la familia. Eso era algo que debería investigar, pero no sabía cómo lo haría para desplazarse a Barcelona y localizar a aquellos individuos, sin decir nada a Ernesto. Ahora deseaba haberse llevado la caja que dejara su madre a doña Engracia. Probablemente allí encontraría alguna respuesta.

Finalmente, no dejaba de preocuparle el hecho de que estuviera en el punto de mira de los tres falangistas, ahora dos gracias al asesino. Los habían buscado, pero habían desaparecido. Se les había perdido el rastro. No quedaba otra que apretar a Eusebio, pero aquel se guardaba bien de decir nada. Lo que temía era que pudieran seguirle y tenderle otra emboscada.

Serían las siete de la tarde del sábado cuando llegó a casa de Lucía. El humo salía por la ventana abierta de la cocina, acompañado de un agradable olor. Observó con detenimiento los olivos que se hallaban en el terreno y pudo ver que estaban bien cuidados. La hierba salvaje había sido arrancada, dejando el solar bastante limpio. El padre de Lucía se mecía en una mecedora que se hallaba en el porche. Le saludó y le pareció que el hombre realizaba una inclinación de cabeza. Llamó a la puerta con los nudillos y pasó cuando oyó un «adelante» que le pareció bastante alegre. Entró y pudo verla removiendo el caldo con una cuchara de palo.

—¡Hola, buenas tardes! —saludó al entrar.

—¡Hola! —De repente, lo miró un tanto extrañada al verlo cargado con la bolsa—. ¿Qué traes aquí?

—Bueno —dijo con prudencia Carles, para que no se sintiera ofendida—, pude conseguir algunas cosas que creo que vosotros podréis aprovechar.

—¿Eso qué significa? —exclamó Lucía cuando Carles fue dejando los alimentos en la mesa.

—Escúchame, Lucía —atajó el policía—. No te disgustes. Me pareció que teníais dificultades en conseguir comida y he intentado ayudar. Piensa que a mí no me cuesta nada —mintió— y yo no podría comer sabiendo que vosotros lo pasáis mal. No me podría alimentar la comida.

Ante aquella explicación, el rostro de Lucía se suavizó un tanto, pues era consciente de la necesidad que tenía y de que su padre y su abuela lo necesitaban.

—Supongo que, en estos tiempos y en estas circunstancias, hay muchas cosas que una se ha de tragar —comentó con un tono decaído.

—Por favor —casi suplicaba Carles—, no quiero que te pongas triste. Entiende que solo quiero ayudarte. Tienes una

dura carga que sobrellevar en estos momentos. Solo es un poco de comida.

—Supongo que, si cocinamos algo de esto, todavía estará mejor la cena —dijo ella, cogiendo un calabacín y unas berenjenas con una sonrisa un tanto forzada.

Carles intentó ayudar en la cocina y preparó la mesa, donde más tarde cenó junto a Lucía y su padre. Este mostraba una cierta autonomía a la hora de comer, pero apenas pronunció palabra. Alguna vez repetía algo que decía su hija. Al parecer su mente vagaba por un paraje lejano y vedado para los otros comensales.

—Y tu abuela, ¿se encuentra bien?

—Sí, ella cenó más temprano, le hice un poco de caldo. Ahora descansa.

—Como dijiste que quería hablar conmigo…

—No te preocupes, ahora la recostaré.

—¿No se puede levantar?

—Prácticamente no. Es obesa y atenderla supone un gran esfuerzo.

—¿Y tu padre no puede ayudarte en esas faenas?

Ella lo miró de una manera que lo decía todo sin decir nada.

—Ya ves. Apenas puedo conseguir que coma toda la comida. Si dejáramos de alimentarnos, él no protestaría. Resulta muy difícil que esté presente. A veces tiene algunos breves momentos de lucidez en que parece recordar cosas de su vida y familia. Pero solo son chispazos fugaces.

En aquel momento se oyó una grave voz desde el interior de la habitación y Lucía se levantó y fue hacia allá. Carles oyó hablar a las dos mujeres. Al poco, salió la maestra y le dijo:

—Mi abuela Josefa quiere que pases.

Carles se dirigió a la habitación y picó con los nudillos en

la puerta entreabierta. Una voz grave le invitó a pasar. La habitación no era demasiado grande, pero estaba limpia y ordenada. Un camastro ocupaba parte de la misma. Sobre él, recostada sobre unas almohadas, una anciana de unos setenta años permanecía quieta. A su lado, sobre una mesita, había algunos botes y un cazo con unas hierbas. Por el aroma, le pareció manzanilla. Su perfume ocultaba un poco aquel olor de las habitaciones donde yacían gente mayor o enfermos, pensó Carles.

—Buenas noches —le dijo la anciana.

—Buenas noches —respondió—, vine porque Lucía…

—Lucía se lo dijo, ¿verdad?

—Me dijo que quería decirme algo.

—No tenemos mucho tiempo.

—No se preocupe. No tengo prisa.

—No me refiero a eso. —Ella sonrió ella mostrando unos dientes amarillos y desgastados—. La gente de mi edad no tenemos mucho tiempo, se nos acaba.

—Pero hay personas que viven muchos años.

—No se confunda. Si Lucía le comentó algo… Yo le diré que tengo visiones. Veo cosas que otros no ven. Algunos lo llaman intuición, otros videncia. Y sé que se me acaba el tiempo, por eso quería hablar con usted.

—Perdone, pero yo no creo mucho en todo eso.

—Y, sin embargo, usted murió. Y volvió de la muerte. ¿Eso no le resulta un tanto extraño? —Carles observaba que le costaba respirar.

—Bueno. La bala, pues fue una bala, dio con una biblia que llevaba.

—¿Y no le pasó nada más?

Carles recordó los extraños sucesos que acontecieron cuando se desvaneció y contestó más seriamente.

—La verdad es que sí que pasó una cosa. Cuando me desvanecí, me vi transportado a un plano superior desde donde veía a todos los soldados y la escena que tenía lugar, como el que ve una película. Después sentí que me alejaba, marchaba hacia otro sitio. Era un lugar más oscuro donde se oían las olas del mar. También noté sonidos y sensaciones de personas, muchas personas. Después oí el llanto de un niño recién nacido y, finalmente, noté una gran sensación de amor que me envolvía. No sé cómo, pero supuse que era mi mujer. En general, fue algo muy raro. —Hasta el momento no había verbalizado aquella situación tan extraordinaria que había vivido y, ahora que lo hacía, parecía cobrar vida ante él, de tal manera que se le erizaba el vello del cuerpo.

—Dolors.

—¿Cómo?

—Dolors se llamaba ella, ¿no?

—Sí. —Ahora era Carles quien mostraba una gran inquietud.

—Fue ella, una chica muy agradable.

—¿La conoció? —preguntó con ansiedad y extrañeza.

—Se me presentó hace tiempo. Me dijo que le dijese que le quería.

A Carles, presa de la emoción, se le llenaron los ojos de lágrimas solo con recordar a su mujer. Escuchaba, pero al mismo tiempo no quería escuchar, pues esas palabras llevaban implícita su desaparición. A pesar de todos los indicios, él todavía tenía fe en que estuviera viva y que el bombardeo en el que supuestamente había muerto fuera solo un mal sueño.

—Pero ¿cómo pudo ser eso?

—Probablemente —dijo lentamente—, era consciente de que nos encontraríamos y por eso dejó este mensaje.

—¿Dijo algo más? —preguntó un emocionado Carles.

—Sí, dijo algo más…

Ahora el policía era todo oídos. Pensaba que podría oír probablemente las últimas palabras de su mujer.

—¿Qué fue lo que dijo? —le apremió ahora.

—Me dijo: «Dile que cuide de nuestro hijo».

Si hubieran pinchado en aquel momento a Carles no le hubieran sacado sangre. El lugar en que se encontraban parecía haber adquirido un tamiz diferente. La noche se presentaba iluminada con una luna que, a medida que pasaban los días, iba llenando su superficie de luz, dejando entrar su reflejo por la ventana. Allí se mezclaba con la claridad producida por un quinqué. De repente, Carles dejó de sentirse en la pequeña habitación de una casa edificada sobre un *mas*, para acceder a lo que parecía un entorno mágico donde le iban informando de movimientos paranaturales. No le fue difícil imaginar, en aquel momento, a Dolors dejando aquellos mensajes a Josefa, aquella curiosa anciana.

—¿Dijo algo más? —preguntó con un hilo de voz.

—No, solo dijo eso. Se desvaneció rápidamente.

—Así, el niño que oí llorar… Parecía el llanto de un bebé recién nacido.

—De tu hijo.

—Pero eso es imposible… ¡No puede ser! —exclamó enérgico—. Ella murió en enero. No podría… No es posible.

—Escucha, hijo. Yo solo te puedo decir lo que vi. Como comprenderás, no puedo decirte más. No sé más.

—Pero ¿cómo sabe que el mensaje iba dirigido a mí? Podría ser otra persona.

—No, eso te lo puedo asegurar. Era ella, fue ella quien me dijo que habías vuelto de la muerte.

—¿Ella le dijo eso?

—Sí, me dijo: «Él ha vuelto de la muerte. Dile que le

quiero». En ese momento tu rostro se me apareció. Después, me volvió a decir: «Dile que cuide de nuestro hijo». Después de decir esto se alejó. Ya no la volví a ver más.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace unos dos meses.

Carles meditó. Hacía poco más de dos meses que había tenido el desvanecimiento ante el pelotón de fusilamiento. Eso coincidía con el momento aproximado en que estuvo ausente de la vida. Entonces recordó los hechos y preguntó:

—De mi sueño o visión tras el fusilamiento, ¿cómo lo he de interpretar?

—El hecho de que yo vea cosas no significa que lo pueda explicar todo. A veces se me aparecen personas, como tu mujer, y me dejan un mensaje. Intentan decir una última cosa. En la vida todos estamos unidos de una u otra forma. Son como lazos invisibles que nos retienen. A veces la ausencia de una persona nos lleva a conocer a otra que nos abre otras puertas, otros caminos. Cada decisión que tomamos, implica dejar de tomar otras. A menudo nos sorprenden nuestras propias determinaciones, pero ignoramos que, a aquella persona que conocemos, probablemente la hemos conocido anteriormente, incluso en otra vida, y con ella compartimos un trozo del camino que nos queda por recorrer.

Josefa hizo una pausa momentánea, en la que bebió un poco de manzanilla. Carles se estaba transfigurando y su faz adquiría cierto tono ceniciento.

—Las decisiones que tomamos en la vida no son casuales.

—¿Qué quiere decir?

—Tú no conociste a Dolors por casualidad. La tenías que conocer. De la misma manera que tenías que conocer a Lucía para que yo te pudiera dar este mensaje. Los lazos invisibles os tenían unidos desde mucho tiempo antes.

—¿Quiere decir el destino?

—Algunos lo llaman así. El destino, aquel que tenemos reservado para cada uno. Tú, por ejemplo, tenías que morir, pero no lo hiciste. Se te dio otra oportunidad. Tienes asuntos pendientes que resolver todavía, quién sabe si relacionados con tu mujer o tu hijo.

—Pero ¿todo está ya decidido? ¿No podemos escoger?

—Claro que podemos escoger. Existe el libre albedrío. Sin embargo, nuestras tendencias serán las de escoger aquellas personas con las que compartimos historias en momentos anteriores.

—¿Momentos? ¿Se refiere a vidas?

—Las vidas son momentos en nuestra línea de existencia.

—Entenderá que me resulta increíble lo que me dice.

—Te resulta increíble porque no te escuchas a ti mismo. Estamos acostumbrados a creer lo que nos dicen y a dejar que otros gobiernen nuestra espiritualidad. Dejamos nuestras creencias y nuestros valores en manos de la religión y de los políticos que la administran.

—Veo que no es muy religiosa, perdone si le digo.

—No te preocupes por decirlo. En efecto, no lo soy. No hay nada más que ver lo que las religiones han hecho a lo largo de los siglos. Mantienen batallas para convertir a gente, aunque sea a fuerza de matarlos. No me ha parecido nunca un buen sistema.

Carles se dio cuenta de que la anciana estaba agotada. Sin embargo, a pesar de su incredulidad, no podía dejar de hacer una pregunta.

—Perdone si le pregunto.

—Pregunta, hijo.

—¿Puede saber si mi padre está vivo? —La pregunta en sí le pareció absurda nada más salir de su boca.

—Tu padre… —Pareció concentrarse—, sufrió mucho, pero también te quería.

—Pero ¿no sabe si está vivo?

—Lo siento, hijo, pero a veces las cosas se presentan claras y fáciles de entender. Otras solo son una idea. No siempre se tiene una idea clara de lo que nos revelan los espíritus.

—¿Qué quiere decirme exactamente? —preguntó Carles, quien comenzaba a pensar que la anciana desvariaba. A él le resultaba increíble estar hablando con ella de esos temas en los que no creía. No estaba nada preparado para oír lo que le iba a decir la anciana.

—Solo sé que un fantasma te guiará hasta él.

JINETES DE ALCÁNTARA

Julio, 1921

Martí se vio reflejado en la hoja de los cuchillos de sus enemigos. «Parece increíble en las cosas que uno se llega a fijar antes de morir», pensó. Con una sangre fría, impensable hacía unos momentos, observó a aquellos dos hombres. El primero era un individuo alto y fuerte. Debía de ser una persona acostumbrada al trabajo duro y en esa zona no era difícil realizarlo. Poseía un aspecto desmañado y una barba profunda y generosa. Sus ojos, irreflexivos, parecían exigir un tributo de sangre. El segundo, un poco más bajo y regordete, aparentaba ser el escudero del primero. Pensó que este debía de ser más cobarde que su compañero, pues no había dudado en esconderse cuando había disparado el sanitario. El bajito mostraba una sonrisa servicial que le recordaba a la de una persona capaz de arrastrarse ante otra de mayor ímpetu para conseguir ser valorada.

—¿Tú médico? —dijo el más alto, mirando su uniforme —. Tú verás operación ahora.

Martí permanecía inmóvil. Sabía que la resistencia era inútil, ya que estaba literalmente agotado y apenas podía moverse. Pudo notar cómo el moro le apretaba el estómago con el puñal. Pensó que no tardaría en abrírselo.

Una fuerte explosión se oyó en aquel rincón del Izzumar y el rifeño cayó encima del sanitario con la cabeza atravesada por una bala. Un gran estrépito se dejó oír cerca de allí. El compañero, haciendo honor a la cobardía que Martí le había atribuido, dio media vuelta intentando huir. Mientras se quitaba de encima el pesado fardo que representaba el muerto y lo apartaba de un empujón, pudo ver unos jinetes montados a caballo con el sable desenvainado. Uno de ellos persiguió al rifeño, dejando caer el sable con gran fuerza sobre su cabeza, cuando lo tuvo a la distancia adecuada. La carrera del cobarde acabó con la cabeza abierta como una sandía. Su cuerpo sin vida cayó rodando por la pendiente del desfiladero.

El sanitario observó maravillado aquel jinete que, dando media vuelta a su caballo se dirigió hacia él:

—Creo que es hora de marchar —dijo, tendiéndole una mano que Martí se apresuró a coger. Haciendo un gran esfuerzo, subió a la grupa del caballo y, de esa guisa, acabaron de ascender el Izzumar.

Cuando llegaron arriba, pudo observar que allí se encontraba la caballería de Alcántara al mando del teniente coronel Primo de Rivera. La posición de Izzumar estaba en llamas. Aquel pequeño ejército formaba, probablemente, la única unidad capaz de resistir al enemigo. Al parecer, ya habían realizado varias cargas contra los rifeños y estos habían preferido dejarlos en paz y dedicarse a rematar a los heridos. Sobre muchos de los caballos se hallaban otros soldados heridos o recogidos.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el jinete.

—Martí —respondió el aludido—. ¿Y tú?

—Roberto. ¡Esto ha sido increíble! Hemos intentado detener la avalancha de fugitivos, pero ha sido imposible. Al final, el teniente coronel ha optado por defender la

retaguardia para que pudierais pasar. Hemos podido salvar a algunos. Desgraciadamente, no a todos los que hubiéramos querido.

Martí pensó en Julià, quien seguramente había perdido la vida para que él pudiera seguir con la suya. Cerró los ojos y dirigió una corta plegaria para su amigo.

La columna regresó hacia el lugar de donde había salido esa misma mañana sin imaginar lo que iban a encontrar. En Ben Tieb dejaron los heridos ante la sorpresa de los hombres que allí se encontraban. Primo de Rivera dejó allí el 5° Escuadrón y siguió con el resto hacia Dar Drius.

Ante la nueva parada en la ruta, Martí intentó descansar un poco, las fuerzas eran escasas y el padecimiento mucho. Se sentó junto a otros supervivientes. El ambiente era deprimente. Muchos parecían haber visto al diablo: todavía llevaban el terror y la muerte en sus pupilas. Algunos se quejaban, pero la mayoría no articulaba ningún sonido. Todavía se sentían incapaces de asimilar lo que había pasado. Al poco, incapaz de permanecer más tiempo parado, fue a la enfermería a ofrecer sus servicios al teniente médico de la plaza, Felipe Peña. No hizo falta intercambiar muchas palabras; la faena superaba con creces a los hombres encargados de llevarla a término.

Una gran cantidad de heridos, la mayoría de ellos procedentes de Annual, yacían sobre los camastros. Aquellos hombres habían sido traídos en una improvisada evacuación por los comandantes médicos Carlos Gómez y Gregorio Fernández, quienes habían decidido ir a buscarlos a Annual cuando estaban de inspección en Dar Drius.

Martí contribuyó a aquello que más sabía hacer: colaborar en ayudar a los demás y reducir el dolor provocado por las heridas. Aquella situación le recordó la pasada en Igueriben y

se sorprendió al pensar que solo hubiera pasado un día desde que abandonara el puesto. Parecía que hubiera pasado toda una eternidad. Apenas tenía tiempo de asumir aquellos cambios.

—¡Hola! Ayúdame a colocar a este —le dijo un sanitario, que cogía un cadáver de los hombros.

—¿Dónde lo llevas?

—Allí al final. Lo dejaremos en el suelo. Tenemos todos los camastros ocupados y llegan más. Creo que este no lo necesitará.

Martí le ayudó a transportar lo que, hasta hacía poco, había sido un muchacho cargado de sueños e ilusiones. Aquella guerra estaba arrasando con todo.

—Siempre somos los mismos los que pagamos el pato cuando los ricos y los políticos meten el hocico en asuntos que solo les benefician a ellos —dijo el muchacho, un imberbe pelirrojo con pecas y con aspecto de adolescente.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Martí, sorprendido de oír aquellas palabras que le recordaban tanto a las de Julià.

—Víctor González. Soy de Cazorla, en la misma sierra.

—Yo soy Martí, de Barcelona.

—Cuando acabe el jaleo, me compraré un trozo de sierra para perderme y que no me encuentren.

—Vigila de no dar pistas, no vayan a liar otra guerra.

—Mi padre tiene allí un cortijo no muy grande, pero tiene el agua al pie del camino y, desde allí, puedes ver los jabalíes. A veces vienen a comer al patio de casa, cuando se tiran algunas sobras.

—Creo que te acompañaré. Ese debe de ser un buen sitio.

—Puedes venir cuando quieras. Cuando pienso que podría estar allí, en lugar de estar perdiendo el tiempo y la salud aquí, me entra un agobio…

En esas estaban hablando cuando entró Felipe Peña. De alguna manera, no le sorprendió lo que le dijo el teniente médico:

—Hay que organizar la evacuación de los heridos.

—¿Y eso? —Una pregunta que supuso que sonaba estúpida. Todo era distinto, pero todo estaba igual.

—Tenemos que marchar hacia Dar Drius. Allí se reorganizará el ejército. Nosotros nos encargaremos de transportar los heridos.

En efecto, Ben Tieb estaba bajo el mando del capitán Lobo. Todo estaba en sus manos. Algunos mandos superiores, como el coronel Marina, habían pasado por el puesto, pero no atendieron las razones de quedarse y defenderlo. El capitán debía tomar la decisión más arriesgada de su vida, sabiendo que un error le costaría la vida de los hombres y un acierto podía costarle un consejo de guerra.

Los hombres que habían huido de Annual continuaban pasando por Ben Tieb, pero muchos no llegaban a pararse. Continuaban su huida, unos en grupos, otros espaciados. El capitán intentaba desesperadamente ponerse en contacto con Dar Drius, intentando pedir instrucciones. El silencio era la respuesta al otro lado de la línea. Nadie que tuviera capacidad de mando podía contestarle. El capitán planteó un ultimátum: había que luchar o huir. Como no recibía ninguna orden, dio un último plazo: «Si en cinco minutos no recibía ninguna respuesta, entendía que tenía permiso para evacuar la posición». Cinco minutos más tarde, 650 hombres y setenta heridos abandonaban la posición.

La salida se realizó de manera organizada. La caballería se encontraba a la izquierda para distraer al enemigo. La infantería estaría a la derecha y los heridos en medio. Martí se hallaba junto al teniente Peña, haciéndose cargo del grupo de

heridos. Cuando se alejaban del lugar, se giró y por un instante le pareció ver una imagen ya conocida. El puesto estaba ardiendo. Los mismos soldados habían prendido fuego a todo aquello para evitar que pudiera caer en manos de los moros. No eran conscientes de que, al mismo tiempo, representaba una llamada de atención para la *harka*. Ahora sabrían que los soldados habían abandonado Ben Tieb.

—¡Madre mía de mi alma! ¡Vaya excursioncita! —exclamaba Víctor, siempre un tanto exagerado en sus propuestas.

La verdad es que Martí apreciaba la actitud del jienense. A pesar del tono histriónico con el que acogía las iniciativas resultó un compañero solidario y trabajador, atento a las necesidades del grupo, por lo que la organización de los heridos se mantuvo dentro de lo previsto.

La caravana siguió su agotadora marcha hasta Dar Drius, donde llegarían cinco horas más tarde. Agotados, desorganizados, sin los mandos correspondientes, todo un ejército desmoralizado hacía su entrada en el puesto. Los soldados allí destinados no salían de su asombro al ver entrar aquella especie de macabra procesión. Para Martí representaba la posibilidad de descansar un poco, ya que su agotamiento era extremo. Sin embargo, dedujo que ese era un lujo que, prácticamente, tendría que olvidar. Al tener este pensamiento le vino a la mente el comandante Benítez, a quien vio caer en las puertas de Igueriben. Había aguantado de manera estoica toda la situación padecida en el puesto. ¡Qué diferencia con el general Silvestre! Este había sido incapaz de ayudarle y también de organizar una defensa adecuada ante el peligro que se avecinaba. Aquellos pensamientos del comandante, que parecían derrotistas en su momento, tenían la desgracia de ir cumpliéndose uno detrás de otro.

Los hombres podían comer y beber tras un agotador día. Muchos de ellos, extenuados, se tumbaban en un rincón ajenos a cualquier cosa. Poco a poco iban llegando restos del que fuera, un día no muy lejano, un ejército conquistador. El general Navarro había llegado de Melilla y la situación con la que se encontró le superaba. Para mayor inquietud, el arsenal español en el Rift se hallaba ardiendo en Ben Tieb. La impresión de que aquello estaba adquiriendo la categoría de desastre comenzaba a calar en la mente de los mandos.

Navarro comenzó a enviar mensajes, que se iban transmitiendo al Ministerio de Guerra. En ellos explicaba la sorpresa ante lo que se iba encontrando. Envió hacia Melilla todo aquello que pudiera suponer un contratiempo para la defensa: el personal y el ganado sobrante. Intentó reorganizar el ejército y organizar la defensa del puesto. Parecía que, definitivamente, se iba a resistir en Dar Drius, a la espera de refuerzos. Aquel era el lugar más adecuado, pues resultaba fácil de defender y la aguada estaba cerca.

Por la mañana, llegaron camiones de Batel para evacuar heridos. Decidieron que sería Víctor quien los acompañara.

—¡Chico! —le comentó el pelirrojo—. Te espero en Melilla, así que haz el favor de cuidarte.

—Y tú no te pierdas tan pronto en la sierra de Cazorla. Espera un poco a que lleguemos.

Víctor rio. Montó en la parte trasera de un camión y se despidió saludando con la mano. Martí observó alejarse los camiones y pensó que el muchacho, con un poco de fortuna, podría dormir en Melilla. No podría decir lo mismo de su suerte, ya que no sabía si se quedarían en el puesto. Aunque apenas habían visto rifeños desde la salida de Ben Tieb, todos sabían que era cuestión de tiempo que aquella inmensa oleada de furia volviera a arremeter contra el ejército español.

Con esos pensamientos, veía los camiones a lo lejos y la despedida le pareció un «hasta nunca». Un cierto halo de melancolía había ocupado sus pensamientos sospechando que, quizás, no volviera a ver más a aquel joven ni la hermosa sierra de Cazorla.

EL JUEGO DE LA CAZA

Agosto, 1939

—Una vieja leyenda japonesa.

A Carles le encantaba la forma en la que ella explicaba historias. Su tono de voz atraía a los más pequeños de los hogares que visitaban. Estos la miraban fascinados cuando, rendidos, caían bajo las redes de sus historias.

—¿Qué saben los japoneses de leyendas? —preguntó.

—¡Ufff! Te aseguro que son unos maestros —le decía Dolors, mientras permanecían abrazados en las escaleras del puerto de Barcelona, observando marchar los barcos.

—Es una leyenda que dice que, entre las personas que están destinadas a tener un lazo afectivo, existe un hilo rojo que viene con ellas desde su nacimiento.

—¿Un hilo rojo?

—Es un hilo que no puede romperse nunca. A veces se tensa, pero siempre está. Muestra el vínculo que tienen esas personas. —¿Así que entre tú y yo hay un hilo?

—Tú no te diste cuenta, pero lo seguiste hasta Vic, donde yo iba siguiendo el mío. Lo cierto es que dice la leyenda que ese hilo invisible conecta a las personas, sin importar el tiempo, el lugar o las circunstancias. El hilo se puede estirar o contraer, pero no romper.

—Esos japoneses hacen unas leyendas muy cortas.

—No, tonto —rio ella—. La leyenda dice que hace mucho tiempo vivía un emperador que sabía que, en su reino, habitaba una bruja capaz de ver el hilo rojo del destino y la mandó traer ante su presencia. El emperador le hizo buscar el otro extremo del hilo invisible que tenía atado al dedo meñique. La bruja lo siguió y llegó hasta un mercado donde una pobre campesina, con un bebé en sus brazos, vendía sus productos. Le dijo al emperador que allí se acababa su hilo.

—La encontró y se acabó.

—No, al contrario. Se enfadó, porque pensaba que le estaba tomando el pelo. El emperador, enfadado, empujó a la campesina y la hizo caer con el bebé, que se dio un golpe en la frente y se hizo una gran herida. Ordenó detener a la bruja y cortarle la cabeza.

—Estos japoneses. Si no acaban cortándole la cabeza a alguien, no se quedan tranquilos.

—Déjame acabar —le dijo Dolors—. Resulta que, años más tarde, el emperador debía casarse y la corte le dijo que desposara a la hija de un general muy poderoso. Él aceptó. Llegó el día de la boda y el momento de ver el rostro de su esposa por primera vez. Esta estaba cubierta por un velo. Cuando se lo levantó, vio que tenía una herida en la frente, la misma herida que se había hecho al caer de los brazos de su madre el día que el emperador la empujó.

—Vaya, una bonita historia. ¿Y el hilo no se puede romper?

—¡Ni se te ocurra! Nuestro hilo está bien atado.

—Así que, si te pierdes un día, no tengo más que seguir el hilo.

—Te esperaré al final del mismo.

Carles se despertó. Los sueños en que compartía instantes especiales con Dolors se le presentaban en cualquier momento. Aquella historia que le contara su mujer hacía algunos meses le recordaba aquello que le había explicado la abuela de Lucía y que tanto le había impresionado, tanto por la seguridad con que lo decía como por el contenido de la misma.

Miró por la ventana del coche. Los campos se iban sucediendo uno tras otro como si de una cinta transportadora se tratara. Cuando acababa uno, otro similar tomaba su lugar. En cierta manera, Carles pensaba que era como una película de paisajes donde los escenarios iban variando con suaves matices.

Iban de camino hacia San Pedro de Cardeña, el campo de concentración que se hallaba en las proximidades de Burgos. Allí podrían interrogar al testigo que podía dar un giro inesperado al caso. Aquel testimonio era considerado por los dos policías como capital para poder continuar con una línea de investigación que ayudara a resolver los asesinatos.

Ya habían pasado Tudela hacía rato y pronto pasarían por Calahorra. Las horas que se sucedían en el interior del coche las aprovechaba Carles para dar vueltas a toda la información que le había dado la abuela de Lucía. Le parecía increíble lo que había sucedido en aquella habitación. Una singular atmósfera se había generado, o le había parecido a él, en el dormitorio. Ello había ayudado a creer en cosas que nunca hubiera pensado. La sola posibilidad de que tuviera un hijo era algo inconcebible. Más que nada, por el tiempo transcurrido. La última vez que se vieron, en septiembre del 38, aprovechando un pequeño permiso, Dolors no le había dicho que estuviera embarazada. Ello era debido a que no lo estaba o que no lo sabía. Si se hubiera quedado embarazada

ese fin de semana, su hijo hubiera nacido en junio y ahora tendría dos meses.

Al llegar a aquella reflexión, una idea, como el impacto producido por una granada, estalló en su cabeza. Su pensamiento se dirigió a junio de 1939. Cuando él fue fusilado y, en un estado inconsciente, sintió la presencia de Dolors. Pero, para sentir su presencia de la manera en que lo hizo, ella debería estar muerta. Recordó el llanto del bebé. ¿Sería realmente su hijo? Nadie le podía asegurar que, en caso de tener un niño, lo hubiera tenido justamente aquellos días. En fin, todo ello resultaba muy confuso, demasiado.

Por otro lado, estaba la situación de su padre. Un hombre que había muerto en África, pero del cual iba encontrando rastros a lo largo de la investigación. El hecho de que «un fantasma le ayudaría a encontrarlo», como había dicho la abuela de Lucía, no sabía cómo interpretarlo. Un fantasma podría ser una persona dada por desaparecida pero no necesariamente muerta. ¿Correspondería este último concepto a la situación que vivía su padre? Realmente, este caso comenzaba a dar unos giros bien curiosos y Carles tenía la sensación de encontrarse en el centro de los mismos.

Ernesto iba en el asiento de copiloto. Llevaba un mapa, gracias al cual podía indicar a Hamed el camino. Se había dado cuenta de que Carles había entrado en una especie de bucle melancólico. Ignoraba si ello era debido a los recuerdos que lo atormentaban, especialmente aquellos referidos a su mujer y a su padre, o a algún tipo de nueva relación que estaba estableciendo con aquella chica.

Ante el carácter intrigado y reservado de Carles y sus continuas salidas, Ernesto temía por su vida y había decidido hacerlo seguir por parte de Hamed. Le estaba tomando afecto, pero, sobre todo, lo necesitaba. Había sido Hamed quien le

había explicado las nuevas amistades que había establecido el policía. Al parecer, un hombre trastornado, y su hija, sobre todo su hija, se habían convertido en los nuevos amigos del republicano.

Había quedado impresionado cuando leyó la carta del padre de su compañero. Por ella supo que había estado implicado en un intento de asesinato. Pensó que debía de ser difícil para su hijo asumirlo, aunque no había hablado sobre el tema. Realmente, Carles era una persona muy introvertida cuando se trataba de su vida personal.

El coche seguía, de manera monótona, la ruta establecida. El runrún del motor se había convertido en el discurso más fiable dentro del vehículo. Habían decidido pasar la noche en Burgos y al día siguiente, por la mañana, se acercarían al monasterio para entrevistarse con el capitán.

El hombre se agazapó tras un portal. La presión que estaban ejerciendo sobre él era excesiva. Había visto vigilantes también junto al almacén donde se había escondido las últimas semanas. Iba siendo hora de salir de allí. Tenía que cambiar de aires, pero antes debía recoger sus cosas. Esquivó al vigilante que estaba escondido cerca de la entrada. Lo iban cercando, pero su sistema era de aficionados. Acostumbrado a vagar a escondidas por entre los campamentos y cabilas rifeñas, aquel sistema de vigilancia resultaba primario.

Dio un rodeo sin que lo vieran. Forzó la ventana por la cual entraba cada día y se deslizó como una sombra en el oscuro almacén. La luz de la luna que entraba por los altos ventanales daba al espacio un aspecto un tanto fantasmagórico. Este había sido su refugio las últimas semanas y ahora debía cambiar de escenario.

Cuando se dirigía hacia el lugar donde dormía, un pequeño ruido, como el rozar de un zapato con el suelo, lo alertó. Aquello le indicó que no estaba solo. Ignoraba cuántos visitantes tendría. Intentó disimular. Seguramente le habían visto, así que lo mejor era hacer ver que no había oído nada. Con cuidado, sacó la navaja del bolsillo del pantalón mientras se dirigía hacia unas barcas que se encontraban juntas. Entre ellas se hallaban unas redes y cuerdas que colgaban de unos raíles suspendidos en el techo.

Una vez allí, se agazapó tras una barca y se quitó los zapatos para no hacer ruido. Se apartó de aquel lugar gateando. Un pequeño golpe en la oscuridad le alertó de la posición del individuo, parecía que solo había uno. Su cabeza pensaba rápidamente. Si solo había un individuo intentaría alertar al de la puerta. La manera de que no lo hiciera era interponiéndose en su camino.

En total silencio, como antiguamente había hecho en otros territorios, la presa se transformó en el cazador y, con una gran sangre fría, fue deslizándose hasta alcanzar el lugar deseado. Ahora se hallaba entre la puerta y el individuo. Era muy importante que este no diera la alarma. Pensó que, si no la había dado ya, era porque no estaban seguros de que era él quien se escondía allí. Probablemente, alguien había avisado de que un vagabundo dormía en el almacén y ellos se querían asegurar de su identidad.

El cazador se tocó la cara. La cicatriz que se la atravesaba le quemaba. Esto le pasaba cada vez que entraba en acción. Como una señal de alerta, la herida le enviaba señales de su existencia. Le pareció notar la cadencia respiratoria del individuo que estaba vigilando en el interior del almacén. Ahora sería él quien estaba intranquilo, seguramente porque no acababa de localizar al hombre que acababa de entrar y ello

le debía generar ansiedad.

Escondido en la penumbra, tenía un puesto privilegiado de observación desde el cual pudo ver la silueta de su perseguidor, gracias a la luz de la luna. Abrió la navaja. Solo era cuestión de tiempo. Sabía que los felinos no se precipitan para realizar su ataque. Una vez decidida la presa, valoran el momento en que se lanzarán sobre ella. El golpe tenía que ser certero y eficaz.

Algo le debía de estar pasando al policía pues lo observaba inquieto. Al parecer, un ahogado ataque de pánico había comenzado a adueñarse de él. Había sacado la pistola y la había amartillado, cosa que había resonado en la oscuridad del almacén. Ahora ya sabía con qué armas jugaban. Estaba claro que la derrota significaba la muerte de cualquiera de ellos.

Aquel hombre no debía de tener mucha confianza en sí mismo, pues comenzaba a retirarse hacia la puerta. La amplitud del almacén le había impedido dirigirse hacia el lugar donde estaban las luces, cosa que hubiera facilitado dejar fuera de combate rápidamente al legionario. En su desplazamiento pasó junto a Sergio sin apercibirlo, momento en que este se escurrió como una anguila tras él y le puso la navaja en el cuello.

—¡Quédate quieto si quieres seguir viviendo! —le dijo en un susurro—. Y ahora tira el arma.

El policía, superado por la situación, no tuvo más remedio que obedecer.

—Ahora me vas a explicar por qué me estáis buscando.

Y el hombre le explicó, le explicó todo lo que sabía, pues era consciente de que le iba la vida en ello. Se le acusaba de dos asesinatos en la persona de dos capitanes del ejército nacional. Su casa y la de sus conocidos estaban bajo vigilancia.

Cuando hubo recabado toda la información necesaria, el

soldado apretó la navaja. Sabía que no podía dejarlo con vida si no quería tener al ejército tras él. Un gorgoteo fruto del ahogo y de la incomprensión fue lo último que exhaló aquel policía. Probablemente, él hubiera matado al legionario si hubiera podido, pero no entendía que el legionario hiciera lo mismo.

Cuando dejó de moverse de manera espasmódica, Sergio lo dejó caer al suelo como un fardo. Una vez allí lo registró. Le quitó la cartera en la que había algo de dinero, cosa que le iría bien. También había documentos y, como sospechaba, se trataba de un policía. Un papel le llamó la atención. En él había unos datos que correspondían a otra persona, un tal Carles Gil. Allí estaban anotados la dirección y dos teléfonos. Uno de ellos lo conocía, pues era el de Capitanía General. Sobre el mismo, había otro teléfono que le recordó algo. De un bolsillo sacó la tarjeta que le había quitado al camarero del Internacional y comprobó que se trataba del mismo número. Supuso que se trataba del individuo con el que había hablado por teléfono. Sabía que su estancia en Barcelona estaba limitada. El territorio de desplazamiento y refugio ya estaba quemado. No le quedaba otra que cambiar el ambiente. En Reus nadie lo conocía. Podía ser un buen lugar para esconderse temporalmente y buscar algunas respuestas.

Cogió la pistola y comprobó que estuviera cargada. Se la guardó en un bolsillo. Una vez que hubo recogido su botín, fue hasta el interior de una barca volcada y recogió las cosas que le pudieran delatar, así como un saco con sus pertenencias. La emoción de la caza le dominaba los sentidos. Él podía convertirse en un felino peligroso. Hasta entonces, había sido el perseguido. A partir de ahora sería el perseguidor y tendrían que ser los demás quienes se tuvieran que guardar de sus intenciones.

EN SAN PEDRO DE CARDEÑA

Agosto, 1939

La visión del monasterio llevaba implícito el respeto a su memoria. Un monasterio que probablemente ya existía en el siglo VIII y que, sin embargo, permanecía abandonado de sus funciones religiosas desde 1835, año en que se produjo la desamortización de Mendizábal.

—Y ahora le han buscado otra ocupación ajena a la original por la que fue creado —pensó Carles.

En efecto, era el monasterio donde fueron martirizados 200 monjes por los musulmanes a finales del siglo IX, cosa que provocó una gran demanda de reliquias religiosas, el santuario donde el Cid Campeador dejara a su esposa y a sus dos hijas bajo su protección. Ahora se había convertido en un campo de concentración, otro siniestro lugar de tortura y encarcelamiento gestionado por el ejército que había triunfado en aquella guerra, continuó pensando el policía.

Poseía una situación privilegiada, ya que se encontraba a diez kilómetros de Burgos. Esta había sido la causa de que, hacia finales de 1936, se considerara como un complemento a los cuarteles de Burgos para retener a prisioneros del frente del norte. Era un campo de prisioneros pensado para mil doscientos presos. En él se hallaban aproximadamente diez

mil, provocando un terrible hacinamiento. De ellos, unos mil eran brigadistas internacionales.

El edificio quedó compartimentado de manera que el ala norte, que era la más insalubre, se usaba de dormitorio de prisioneros mientras que las de los costados sur y oeste se adjudicaron a la oficialidad y a los soldados de servicio. De la misma manera que el de Reus, era un campo de concentración donde se clasificaba a los prisioneros y se alojaba a los de tipo B, que pasaban a engrosar los Batallones de Trabajadores. También se hallaban presos especialmente peligrosos. Los presos se ocupaban de realizar obras del monasterio, además de alguna obra pública por encargo de la Diputación.

—Una manera de tener mano de obra esclava —se dijo Carles.

—¿Cómo dices? —le preguntó Ernesto, que no había oído lo que había dicho.

—Nada, pensaba en voz alta. ¿Ya has hablado con los mandos de la prisión?

—Sí, nos acompañará un capitán, Esteban de las Heras.

Carles no pudo contestar pues ya hacían su entrada en el antiguo monasterio. Pararon ante la puerta y Ernesto se identificó. Los dos policías entraron acompañados de un cabo. Se apartaron para dejar salir a un grupo de trabajadores que marchaban acompañados por unos soldados armados. Algunos de ellos los miraron de una forma fría y mostraron cierta superioridad, a pesar de su condición de prisioneros. Uno de ellos llegó a escupir en el suelo, mirándolos de reojo. A Carles le gustó aquel simple acto de rebeldía.

—¿Dónde van? —preguntó Carles.

—A las afueras de Burgos, donde hacen una carretera con dirección a Gamonal —le respondió el cabo.

Llegaron a una oficina donde había un capitán y dos

soldados. El cabo los presentó y el capitán les estrechó la mano.

—¡Vaya! Veo que han llegado bien temprano.

—Verá, es que tenemos prisa por recabar la información y hemos de marchar hoy mismo a Reus —respondió Ernesto.

—Un caso complicado, por lo que me han informado, pero no veo qué tiene que ver eso con el prisionero.

—Eso lo decidiremos nosotros —atajó Carles, quien se ganó una mirada de reprobación del capitán Esteban. Su susceptibilidad había aumentado desde que habían entrado en el recinto, pues aquello le traía recuerdos de los sufrimientos pasados en un lugar similar.

—¡Bien! —respondió de manera seca y concisa—. Los acompañaré.

Mientras los acompañaba a la celda donde estaba el prisionero, el capitán iba publicitando las ventajas del campo de concentración. A él le habían avisado de que tratara bien a los hombres que vinieran a realizar el interrogatorio y sabía cumplir órdenes.

—Es un campo muy bien comunicado. Posee agua abundante. El agua para beber está canalizada. Por la noche, los presos utilizan los retretes del edificio. En cambio, de día se recurre a las zanjas al aire libre. La enfermería es amplia y confortable. Disponemos de setenta y cinco camas. También disponemos de zonas de enterramientos.

—Está dando tantas ventajas que me están dando ganas de trasladarme —comentó Carles, quien consiguió una mirada desconcertada del capitán.

—¿Qué? ¿Cómo? —acertó a decir.

—¿Lleva mucho tiempo prisionero el capitán? —preguntó Ernesto, mientras dirigía una mirada de reprobación a Carles.

—Hace unos seis meses, aunque antes estuvo en otro

campo, en San Juan de Mozarrifar.

Solo de oír el nombre, a Carles se le erizó el vello. Aunque su estancia fue breve, recordaba las condiciones de vida del campo de concentración donde estuvo a punto de morir. Finalmente, llegaron ante una puerta que abrió el oficial. Era una celda de unos cuatro metros por tres aproximadamente. Disponía de una ventana por la que entraba la luz del día. Unos barrotes aseguraban que la obertura no se convirtiera en una salida de emergencia para los presos. La celda estaba prácticamente vacía. Una mesa ocupaba el centro de la misma. Alrededor de ella había tres sillas. En una de ellas estaba el capitán. Tenía los brazos apoyados sobre la mesa. Un camastro ocupaba un rincón junto a la pared. Las paredes gruesas del monasterio daban un aire lúgubre a la habitación.

—Señores, él capitán Arturo Romero.

—Gracias, capitán —dijo Ernesto, refiriéndose a Esteban —. ¿Podría dejarnos solos, por favor?

El desconcierto del oficial iba en aumento, seguramente esperaba poder asistir al interrogatorio. Ahora quedaría con la duda de lo que allí se hablara. Intentando poner buena cara al asunto, les dijo:

—Bien, les dejo en la puerta al cabo Peña —les dijo, señalando al soldado que los había acompañado en aquel paseo matutino—, por si necesitan algo. Cuando acaben, den un par de golpes en la puerta y les abrirá.

Como fuera que los dos policías se quedaron mirándolo sin decirle nada, se giró y salió enfadado de la celda. Un fuerte golpe de la puerta anunció que el hombre acababa de marchar. Carles se sentó en la silla y miró al capitán Arturo Romero. Este le devolvió la mirada. En ella, el republicano constató la imagen de un hombre preso, pero no vencido. Ernesto se sentó en la otra silla y le dijo:

—Capitán, no sé si le han comunicado algo sobre nuestra visita, pero necesitamos que nos ayude.

Una sonrisa irónica asomó a los labios del capitán, un hombre de baja estatura, que debía de rondar la cuarentena. Poseía un bigote castaño claro y una calva que se iba adueñando, cada vez más, de la superficie craneal. Tenía pelo alrededor de la cabeza y unas patillas a las que les faltaban poco para juntarse con el bigote.

—¿De veras necesitan que les ayude? Debí imaginar que era por eso por lo que me apartaron de las celdas comunales y me destinaron a esta lujosa habitación.

—Solicitamos su ayuda hace diez días, pero no nos han dejado verlo hasta hoy. ¿Es cuestión de algún tipo de protocolo? —preguntó Carles.

Sin decir nada, el prisionero se levantó, se giró y se subió la camisa. Unas marcas le cruzaban la espalda. Múltiples verdugones llenaban su superficie presentando a un hombre que había sido cruelmente torturado.

—El protocolo consistía en esperar a que se me curasen un poco las heridas. Los primeros días apenas me podía mover de la cama. Ahora ya me puedo levantar con cierta facilidad.

Ernesto observó aterrado el fruto de la tortura. Carles, triste, apenas podía verse a sí mismo unos meses antes.

—Ahora entiendo el empeño que tenían en curarme —continuó el capitán republicano—. No era lo habitual.

—¿Por qué le hicieron eso? —preguntó Ernesto.

—¿Acaso necesitan una justificación para torturar a la gente? Aunque no sé por qué les cuento esto, si a ustedes les importa una mierda lo que le pase a un oficial republicano.

—Sí que nos importa —contestó Carles, clavándole los

ojos en la mirada. Algo debió captar el prisionero cuando hubo un momento de mutuo entendimiento, de sufrimientos compartidos y reconocidos—. Pero ahora queremos atrapar a un asesino que anda suelto. Ya ha matado a dos capitanes.

—¿A dos capitanes nacionales? ¿Y por qué me iba a importar lo que les pasara a dos capitanes nacionales?

—Porque ese hombre también asesinó a un capitán republicano.

Ahora fue Arturo Romero quien mostró extrañeza. No sabía de qué estaban hablando.

—En Teruel —acabó Ernesto.

De pronto, el prisionero comprendió a qué se referían. Los recuerdos se agolparon en su cabeza y la bajó recordando a su compañero.

—¡Dios mío! —Carles pensó que resultaba curioso que, tanta gente que no creía en Dios, no parara de mencionarlo—. ¡Alejandro Cortés!

—¿Así se llamaba el capitán?

—Sí, era un buen hombre y un buen oficial. Su muerte fue una crueldad.

—¿Qué pasó exactamente? ¿Podría explicarlo?

Entonces sobrevino aquel momento que Carlos recordaba haber visto en la mayoría de los testigos. El momento en que, conscientes de la importancia de su testimonio, buscaban la máxima concentración para poder detallar con exactitud los acontecimientos requeridos.

—Efectivamente. Como dicen ustedes, fue en la batalla de Teruel. El general Rojo había decidido aparcar la ofensiva que estaba preparando sobre Extremadura para centrarse en Teruel, donde intentaba realizar una «destrucción limitada del adversario», o así lo llamaba él. Pudo desplazar a Teruel unos 40 000 hombres de las divisiones de Lister, García Vivancos,

Etelvino Vega, Menéndez y otros. Recuerdo que no contó con las Brigadas Internacionales por enfrentamientos entre estos y los españoles. Las fuerzas nacionales que defendían Teruel eran unos diez mil hombres al mando de Domingo Rey D'Harcourt, quien había establecido trincheras y alambradas en el exterior de la plaza, apoyada en los cerros. Rojo quería realizar una maniobra de envolvimiento sobre Teruel. El quince de diciembre, con un frío terrible, los republicanos rompieron el frente de los nacionales…

—Lo recuerdo —comentó Carles.

—¿Usted estuvo allí?

—Estaba con Lister.

—Bien, entonces recordará aquel frío terrible. La sorpresa fue mayúscula para los nacionales, pues no hubo apoyo aéreo ni artillero. Franco reaccionó y envió a Aranda con tres divisiones para socorrer la ciudad. El día veintiuno se luchaba en las calles de Teruel y los republicanos, con sus carros de combate, ocuparon el Ensanche y la plaza de toros. Las fuerzas de Rey D'Harcourt se habían replegado en el centro y se hicieron fuertes en los edificios que rodeaban la plaza de San Juan. La lucha era desesperada. Los dinamiteros republicanos iban cumpliendo su función. Las calles estaban llenas de escombros. En aquel momento, la lucha era casa por casa. Nosotros seguíamos las instrucciones de Prieto de intentar no dañar a los civiles, que estaban mezclados con los nacionales. Las noches eran terribles, ya que había soldados de los dos bandos que se dedicaban al saqueo. No era rara la noche en que dos grupos de soldados se habían encontrado en una casa y se habían matado, incluso, a golpes de bayoneta.

El capitán paró un momento en su narración. Algunos recuerdos dolían de solo tenerlos presentes en un día como aquel.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Carles, quien sentía más afinidad hacia el militar, debido a la situación que estaba pasando.

—Sí, sí. Es que a veces los recuerdos… Tantos compañeros muertos para acabar como hemos acabado.

—Por favor, ¿podría seguir? —preguntó Ernesto.

—Se luchaba casa por casa. —A pesar de que el tono parecía monótono, era evidente que el hecho de recordar aquellos sucesos le afectaba—. Se minaron los edificios donde estaban los nacionales, pero cuando se les echaba de uno ocupaban otro. A medida que avanzábamos, el horror se nos iba presentando de manera evidente. En el gobierno civil se hicieron algunos prisioneros, pero encontramos muchos cadáveres. Muchos de estos correspondían a niños que habían muerto de hambre. También encontramos más de cincuenta personas, mujeres y niños cegados por la luz. Habían vivido en el subsuelo, alimentados de restos de comida de la guarnición. Muchos no podían ni levantarse. Aquello era un cruel espectáculo… En aquellos momentos parecía que la victoria era nuestra. ¡Qué poco imaginábamos lo que acabaría pasando!

—¿Y Alejandro Cortés? —preguntó Carles, temiendo que se alejara demasiado de la historia que les interesaba.

—Alejandro era capitán de la Cuarenta División, la de Andrés Nieto, el comandante militar de la plaza. Nos habíamos visto algunas veces. Él era de Valencia y yo soy de Alicante. Algunas veces hablábamos sobre cosas de la tierra, la comida, las playas, nuestros recuerdos de juventud. Aquello que queríamos ser y que, finalmente, no hemos podido cumplir… En fin, una persona agradable.

Una leve pausa tuvo lugar. A pesar de que el sonido de la voz del capitán Romero era grave, con una baja tonalidad, el

silencio absoluto que había en la sala facilitaba la atención de manera intensa. El hombre continuó la explicación:

—Aquel invierno hacía un frío de cojones. Recuerdo que los soldados tenían que recurrir al café, al coñac o al aguardiente para combatirlo. Quedarse dormido podía significar la muerte. El mal tiempo fue la causa de que los nacionales no atacaran hasta el día veintinueve con una tormenta de obuses y artillería. Diez divisiones nacionales se lanzaron al ataque, pero no consiguieron romper el frente. El día treinta y uno de diciembre, una gran ventisca no dejaba ver nada. Las temperaturas estaban a unos veinte grados bajo cero. Creo que nunca pasé tanto frío. Me dieron el encargo de registrar un grupo de casas para evitar que hubiera hombres saqueando o algún posible enemigo, aunque aquello era difícil. Para ello contaba con un grupo de seis hombres. Entramos en las casas, una tras otra, con bastante precaución; no era caso de llevarse una sorpresa. Una de aquellas viviendas tenía a su lado una especie de cuadra. Después de controlar la casa pasé a la cuadra, a la cual se podía acceder desde la calle.

Parecía que el aire se había espesado en aquella habitación y que esa fuera la causa de que al prisionero cada vez le costara más mantener el ritmo de la explicación.

—Cuando entré, lo vi. ¡Fue terrible!

—¿Qué fue exactamente lo que vio? —preguntó Ernesto.

—A Alejandro. Al principio no sabía que era él… Se hallaba colgado de dos ganchos que había sobre un rail, que se hallaba fijado al techo, supongo que para colgar jamones. Se hallaba desnudo, con las piernas atadas y los brazos abiertos. Me recordaba la imagen de Jesús crucificado. Había sido torturado. Presentaba múltiples heridas realizadas con arma blanca. Algunas grandes heridas formaban el signo de una cruz en el pecho. Además… Le habían cortado la cabeza y la

habían puesto en una cesta a sus pies.

Carles y Ernesto intercambiaron una mirada significativa.

—¡Ese es nuestro asesino! —exclamó Ernesto—. Se trata del mismo hombre.

—Imposible —dijo el capitán Romero.

—¿Por qué? —preguntó Carles extrañado.

—Porque el asesino ya fue fusilado.

EL PASO DEL IGAN

Julio, 1921

Todavía resonaba en la memoria de Mallí el sonido de las trompetas del regimiento Alcántara, aquellos bravos soldados que hoy habían puesto de gala los clarines sin que nadie les hubiera dicho nada. Eran conscientes del momento en que estaban viviendo y de que esa podía ser su última carga. Aquel sonido puso la piel de gallina a más de uno. Los escuadrones de caballería salieron a operar, intentando salvaguardar aquello que se pudiera del caos general. Volvieron hacia las diez de la mañana con más de setenta bajas, pero eran muchas más las vidas que habían salvado.

Se habían distribuido las fuerzas de manera que pudieran actuar en varios frentes. Una sección había acompañado a los hombres en la retirada de Zoco el Telatza. Las tropas allí reunidas habían considerado inútil la resistencia en la posición y habían emprendido la marcha hacia la zona francesa abriéndose paso a través del enemigo. Fue duro el camino; de mil doscientos hombres, solo cuatrocientos cincuenta lo consiguieron. Otra sección de caballería fue en dirección de Dar Quebdani donde los oficiales habían comprado su vida a los moros desentendiéndose de las tropas. Apenas se salvaron doce oficiales, cuatro sargentos y un cabo. El resto pereció

bajo la furia de la *harka*. Una tercera columna se replegaba sobre Drius, la de Cheif. Gracias a la protección de Alcántara, que tuvo que realizar innumerables cargas contra los enemigos que acosaban la columna, la mayor parte de la misma pudo llegar al puesto salvando a los heridos.

Sin apenas tiempo para descansar, llegó la terrible noticia de que un convoy de heridos, que se dirigía a Batel, había sido atacado. Los jinetes de Alcántara volvieron a salir dispuestos a defender a sus compañeros. Martí, que había oído cuál era el objetivo de la misión, se acordó de Víctor, del que apenas hacía unas horas se había despedido.

¡Dios mío! —pensó—. Espero que Víctor haya podido escapar.

Por otra parte, las dudas que en otros momentos habían asaltado a Silvestre, comenzaban a dominar a Navarro, quien veía poco segura la posición de Dar Drius. Quiso retirarse hacia Batel. La noticia del ataque al convoy de heridos había hecho pensar al general que la *harka* se había infiltrado en la retaguardia y que el ejército podía quedar copado. Pensó en escapar del cerco y en aproximarse a Melilla y a los esperados refuerzos. Ordenó a los jinetes de Alcántara, que habían llegado a Batel, que volvieran hacia Dar Drius.

Para Martí aquello se convirtió en un *déjà vu*. La escasa moral que todavía tenía el ejército se desplomó. Los soldados sabían lo que significaba: otra marcha bajo el acoso de las tropas enemigas. El solo anuncio del abandono de Drius provocó congoja y desesperación. Soldados heridos y otros sin heridas asaltaron, literalmente, los camiones que salían de la posición, algunos de los cuales quedaron volcados o inutilizados bajo el enorme peso.

Más tarde, dos mil quinientos hombres salieron de Dar Drius. Su objetivo era llegar al ferrocarril, a Titustín, situado a

una veintena de kilómetros. La salida se organizó en cuatro bloques. En primer lugar, partió una compañía de Ceriñola. A continuación, los heridos que quedaban, unos doscientos cincuenta, junto a los cuales iba Martí escoltados por soldados de Ceriñola. Tras los heridos, la artillería y, por último, las fuerzas de San Fernando. Entre el puesto abandonado y el ferrocarril había un gran obstáculo: el paso del Igan.

Cuando todo el mundo hubo salido de Drius, Navarro ordenó quemarlo todo. De la misma manera que en Igueriben y Ben Tieb, el humo alertó a los rifeños que sabían que podrían acosar a un enemigo herido. La *harka* atendió aquella muda llamada de la misma manera que los tiburones acudían al olor de la sangre.

Martí ayudaba a los heridos. Algunos iban en artolas, en los mulos, siguiendo la columna. Los que podían caminar iban a pie. El capitán Víctor García organizaba la atención médica necesaria.

—¡Esto es una locura! —le dijo a Martí—. Muchos heridos apenas podrán resistir el viaje.

—Probablemente hubiera sido mejor quedarse en Drius, pero eso ya es algo que no podemos controlar.

—Todavía tardaremos unas horas en llegar. Será duro el camino. Tendremos que controlar que los heridos que van más agotados puedan ir en los mulos.

Entonces, antes de que Martí pudiera decir nada, como una respuesta a su peor pesadilla, contemplaron un espectáculo dantesco anunciado previamente por una columna de humo. Observaron los camiones y ambulancias que habían salido aquella mañana de Dar Drius. Permanecían volcados en mitad del camino, otros en la cuneta. Los cadáveres de los soldados estaban esparcidos a lo largo de la carretera. Habían sido acuchillados sin piedad. De entre los cadáveres, el

sanitario pudo observar uno, bastante joven, que tenía el pelo rojizo y la cara llena de pecas. Su compañero de Ben Tieb. Aquel chico vivaz y alegre no volvería a ver la sierra de Cazorla. No pudo evitar pensar en el deseo de que hubiera hallado la paz allá donde estuviera.

Ante aquella visión, aquel penoso ejército fue acosado por el miedo. La marcha se convirtió en una huida. Otra vez pasando por la misma historia. El pánico produjo escenas lamentables y dolorosas que le recordaban momentos de la huida por Izzumar. Se acercó a una artola donde yacía José, un soldado lesionado en la pierna que tenía la herida infectada. Las fiebres lo dominaban y se despertaba entre delirios.

—¡Madre! —gritó.

Martí le cogió la mano e intentó animarlo.

—¿Cómo te encuentras?

—¡Ellos llegan! ¡Ellos vienen! ¡No me dejes!

—No te preocupes. No te dejaré. Te llevaremos a un lugar seguro.

Ante ellos pasó el vehículo de Navarro, que venía a toda velocidad atropellando los cadáveres que se hallaban sobre la carretera. Bajó del coche y, enfadado, ordenó a los hombres que recogieran los muertos y los llevaran hasta Batel, a unos diez kilómetros. La rebelión se reflejaba en el ambiente. El miedo dominaba el sentimiento de muchos hombres, que no entendían por qué habían de arrastrarlos si ya estaban muertos.

—¡Recojan a esos hombres!

Los soldados intentaron seguir, haciendo caso omiso al general.

—¡Ustedes! —dijo, señalando a capitanes y otros oficiales —. ¡Hagan cumplir la orden!

Ante la inacción de los soldados, que no pensaban cumplir aquella orden, los oficiales sacaron las pistolas, obligando a los militares a recoger a los muertos. Los hombres, a desgana, comenzaron a coger los cadáveres y colocarlos en los mulos. Martí, preocupado, veía cómo la carga superaba las posibilidades y fuerzas de los animales. De entre los heridos, unos se veían obligados a acompañar a los difuntos, otros tuvieron que dejar los animales para que su lugar fuera ocupado por los cuerpos sin vida de los soldados. Una vez marchó el general, algunos heridos arrojaron al suelo a los muertos para poder subir a los animales. El caos presidía la columna, que avanzaba hacia el lugar donde podían emboscarse los rifeños: el paso del Igan.

El Igan era el cauce seco del río. Allí, tras las chumberas, casas aisladas y otros elementos del terreno, se hallaba la *harka* esperando el momento de asestar el golpe definitivo a aquella desordenada columna. Los cabileños abrieron fuego contra un ejército incapaz de defenderse a sí mismo. Solamente, algunos soldados se agrupaban y disparaban contra los rifeños. Algunos oficiales, desesperados, instaban a la lucha a los hombres.

—¡Id vosotros a luchar! —les respondió otro oficial ante aquellos requerimientos.

—¡Malditos seáis! ¡Vais a provocar el desastre! —les dijo el capitán Blanco, que había estado en Annual y en Izzumar.

Al final, la insistencia del capitán salvó momentáneamente la situación.

—¡Ellos llegan! ¡Vienen a por nosotros! —exclamaba José.

—No te preocupes. ¡Pasaremos! —le dijo Martí, que se temía lo peor. Se puso la mano en la cintura, donde tenía una pistola que se había apropiado de un cadáver. Sabía que no podía caer prisionero ante aquel enemigo.

En ese momento, pasó junto a ellos la caballería de Alcántara. Martí pudo ver a Primo de Rivera al frente de sus tropas. La mirada seria y concentrada. Parecía aislado en su mundo. El sanitario se preguntaba qué pasaría por su cabeza. Habían asumido la responsabilidad del momento, tal como habían hecho en Izzumar. Habían decidido que atacarían en el cauce del Igan para asegurar el paso de la columna, que ya comenzaba a tener sus primeras víctimas. Eran conscientes de la dificultad de la hazaña y de las escasas posibilidades de supervivencia, pero, para salvar un ejército, se hacía necesario sacrificar su mejor cuerpo de ataque.

Pronto comenzaron las cargas de la caballería. El ruido de los hierros los acompañó cuando desenvainaron los sables y se lanzaron a la carga. El enemigo, parapetado tras el cauce del río, comenzó a disparar contra el único ejército al que temían. El escuadrón de las ametralladoras subió a una elevación próxima. Los soldados desembastaron las máquinas y comenzaron a disparar para auxiliar a las tropas que cargaban contra los moros. La artillería entró en acción, intentando proteger el ataque suicida.

Los escuadrones siguieron al trote a su jefe, posiblemente, uno de los pocos que todavía se podía preciar de tener el apoyo de la tropa. Subieron la pendiente, recibiendo una tormenta de plomo cuando llegaron arriba. Muchos jinetes cayeron bajo aquella lluvia mortal. Sin dudar ni un instante se lanzaron, como un solo hombre, al encuentro del enemigo. Estos, sorprendidos, no pudieron oponer resistencia en un primer momento. Muchos de ellos cayeron bajo las hojas de los sables. Cabezas y miembros amputados iban decorando el aciago paisaje. Los luchadores de los dos bandos regaban el campo de batalla con su sangre. Los rifeños se reorganizaron y presentaron batalla ante las nuevas acometidas de la caballería.

El problema era que, cada vez, a cada acometida, había menos soldados de Alcántara. Las filas se iban diezmando. Algunos soldados perdían la caballería y echaban mano al fusil, intentando reorganizarse en pequeños grupos. Pronto los *harqueños* los rodearon y tuvieron que defenderse a golpe de sable. La lucha era desigual; mientras la caballería solo disponía de unas escuadras, la *harka* la conformaban miles de cabileños. Cuando un jinete caía, rápidamente era rematado por una multitud de rifeños.

Las acometidas de caballería se repetían. Los soldados, prácticamente agotados, seguían luchando. Eran conscientes de quede ellos dependía la vida de sus compañeros. Cuando habían acabado de realizar una carga, debían volver a clavar las espuelas a los agotados caballos para seguir luchando. A medida que pasaba el tiempo, prácticamente, se hacían las embestidas al trote. Los caballos continuaban, espoleados por sus jinetes, a pesar de que echaban espuma por la boca, enloquecidos, presas de aquella febril lucha a muerte que tenía lugar en el cauce del Igan. Los hombres sabían que debían seguir luchando hasta que las fuerzas aguantaran o hasta que murieran. No había otra posibilidad. El polvo, el sudor, el calor, la sangre, los gritos y el sonido de los hierros mostraban una estampa de lucha y determinación. Dos mundos que se enfrentaban, dos maneras de entender la vida, la lucha del ocupante contra la de aquel que defendía su tierra.

Aquellas cargas permitieron pasar al grueso de la columna. El capitán Blanco, que, anteriormente, había intentado enaltecer a los oficiales que se habían escondido tras lo animales, unos momentos antes, apoyaba los asaltos con la 5° de montaña. Martí observaba aquella locura para fijarse después en todos aquellos heridos que transportaban. Pensó por un momento en Julià, en su vano sacrificio y recordó las

últimas palabras que le dijera el comandante Benítez: «Llegado el momento, uno sabe lo que ha de hacer. La muerte es algo que no escogemos, pero sí podemos escoger la manera de morir».

En una decisión del todo impulsiva, Martí cogió el fusil que había en la grupa del mulo y decidió seguir al capitán Blanco, para intentar proteger a aquellos valientes soldados y a los restos del ejército.

UNA CONVERSACIÓN PRIVADA

Agosto, 1939

Aquel fue un momento de ruptura en el bar. Los dos policías se miraron intentando comprender el alcance que tenía aquella afirmación.

—¿Fusilado? —preguntó Ernesto.

Arturo Romero hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Encontraron al asesino? —preguntó Carles.

Volvió a afirmar con la cabeza.

—¿Podría explicarnos cómo descubrieron al asesino? —preguntó Ernesto.

Arturo continuó la explicación arrancando de la misma manera que había acabado, con un tono grave y contencioso. Parecía como si estuviera exhausto y aquello representara una acción necesaria pero agotadora al mismo tiempo.

—Después de ver aquello, ordené a los hombres que lo mantuvieran en secreto, que no dijeran nada a nadie. Dejé a dos soldados vigilando el cuerpo y acudí al comandante de la plaza, a Andrés Nieto. Le informé de lo que habíamos encontrado y ordenó que mantuviésemos el secreto para no minar la moral de la tropa. Se esperaba un ataque de los nacionales y solo faltaba que a los soldados les llegaran informaciones de que un asesino andaba suelto. Se metió el

cadáver en una caja y se envió a Valencia para que fuera enterrado por la familia. Paralelamente, fuimos investigando. Preguntamos discretamente a los soldados y, más bien fruto de la casualidad, pudimos saber que había sido visto acompañado por un soldado, un mestizo, de padre español y madre mora. Yo conocía de vista a aquel muchacho, un chico alegre y simpático en sus maneras, aunque su mirada mantenía un halo de tristeza. Su aspecto era fácilmente reconocible. Tenía el pelo negro y ensortijado, los ojos negros y la tez morena, pero lo que lo hacía más fácil de reconocer eran las marcas de la viruela que le habían quedado en la cara. Aquellas eran unas señales difíciles de ocultar. Una vez que advertimos que podía haber sido aquel soldado, me puse en contacto con los mandos de mi división. Supimos que el muchacho pertenecía a la 41. Pusimos al personal necesario en estado de alerta y lo pudimos localizar. Todavía tenía rastros de sangre en la ropa y en las uñas.

—¿Confesó el crimen?

—En efecto. Cuando se vio descubierto, mantuvo una admirable sangre fría. No dudó en reconocer que había matado al capitán. Lo sorprendente es que parecía relajado; hasta cierto punto, diría que contento de haber sido descubierto.

—¿Explicó por qué lo había asesinado? —preguntó Ernesto.

—No, solo dijo que era un mal hombre y que se lo merecía por lo que había hecho.

—¿Qué fue lo que había hecho?

—No lo supimos nunca. A partir de aquel momento, calló y no volvió a decir ni una palabra.

—¿Qué fue de él?

—Mis hombres y yo lo llevamos a las afueras de Teruel y

allí lo fusilamos siguiendo órdenes superiores. Se le dio sepultura de manera discreta y secreta.

—Resulta curioso que ahora se hayan producido unos asesinatos siguiendo el mismo patrón. ¿Existe alguna posibilidad de que no fuera el asesino?

—No, aunque nunca se puede estar seguro de algo al cien por cien, diría que, con toda seguridad, él mató al capitán. Además, se encontraron pisadas en la sangre del lugar del crimen que coincidían con las de sus zapatos manchados. No. Creo que, efectivamente, él mató al capitán Alejandro Cortés.

—Resulta extraño que no huyera —anotó Carles—, teniendo en cuenta las pruebas contra él.

—Sí, y todavía lo fue más el hecho de que pudo hacerlo —comentó el oficial republicano—. Luego nos enteramos de que había ido a retaguardia, desde donde podría haber huido a Barcelona o Valencia.[1] Sin embargo, había vuelto.

—¿Y eso? ¿Qué fue a hacer allí? —preguntó intrigado Ernesto.

—Eso no lo supimos hasta días más tarde en que el cartero del regimiento vino a hablar conmigo. Me comentó que había estado fuera y se había enterado de que buscábamos a Miguel, que así se llamaba el asesino. La mayoría de los soldados desconocían que había sido fusilado, por lo que era normal que creyera que, posiblemente, había desertado. Al parecer, después del asesinato, el muchacho fue a entregarle una carta.

—¿Asesinó a un hombre y fue a entregar una carta?

—Las personas, a veces, hacemos cosas sorprendentes y no aquello que se espera de nosotros. Quizás el chico sabía que lo cogeríamos y querría despedirse de alguien o… Al contrario, no lo sé. El caso es que le entregó una carta en la que, al parecer, envió una foto.

—¿Se lo dijo el cartero?

—Sí, me lo dijo así. Parece ser que hablaron un poco, ya que Miguel tenía algunas manchas de sangre. Por lo visto, le dijo que había caído y se había hecho sangre en la nariz.

—¿Le dijo algo más? —Ahora era Ernesto quien dirigía el interrogatorio.

—El cartero le dijo que no hacía falta que corriera tanto, que en tres días volvería a recoger las cartas. Miguel le contestó que había cosas para las que ya no tenía tiempo. Su tiempo se había acabado.

Los policías seguían con sumo interés las explicaciones del capitán.

—¿Le preguntó algo más?

—Le preguntó a quién enviaba la carta con tanta prisa. Al parecer respondió que la enviaba a lo que quedaba de su familia. Una respuesta que desconcertó al cartero, quien recogió la misiva y se marchó.

—Y después volvió a su compañía —intervino Carles.

—En efecto, eso fue lo que pasó.

—¿Y no supieron a dónde fue enviada esa carta?

—No, ya que a los pocos días se rindió d'Harcourt y nos dedicamos a trasladar a los heridos y a los civiles hacia el puerto de Escandón, con unas tormentas y ventiscas de miedo. Aquello era la guerra y, los asesinatos, como cualquier otra cosa en esos momentos, perdían vigencia al cabo de poco tiempo. Teníamos otras cosas de que ocuparnos. Nunca supe donde fue aquella carta. Sin embargo…

—¿Sin embargo? —le animó a proseguir Ernesto.

—Estaban sus cosas personales: ropa, libros y otros objetos.

—¿Qué se hizo con ellas?

—Se envió a una dirección que constaba en su equipaje.

Carles pensó que se acercaban a algo, pero sabía que sería muy difícil que les tocara la lotería.

—¿Sabe de qué dirección se trataba?

—No, no sé la dirección, pero sé que un soldado exclamó: «¡Caramba! Si es de mi pueblo, Monzón. Pero no lo conocía, no lo había visto nunca». Resulta curioso, pero a veces se quedan algunas cosas concretas en la memoria y olvidamos otras, posiblemente más importantes.

—¿Así que el soldado era de Monzón?

—No lo sé. Solo sé que enviamos allá sus pertenencias.

—¿Recuerda su nombre completo? —preguntó Carles.

—Creo que se llamaba Miguel López y el segundo apellido era moro, Benali o Bekali, algo así.

A partir de aquel momento, poca cosa más pudieron añadir a la ya amplia información. Los policías comprendieron que aquellos casos estaban relacionados y que el misterio había adquirido una nueva dimensión. Tras agradecer al capitán su colaboración y despedirse, se disponían a marchar cuando Arturo Romero hizo una señal a Carles.

—¿Qué desea? —le preguntó el aludido.

—¿Podría quedarse un momento conmigo? —le preguntó amablemente.

Carles entendió que, si hasta entonces todo había sido colaboración y un comportamiento correcto, ahora tendría que pagar por esa misma colaboración. Haciendo una señal a Ernesto, este salió de la habitación diciendo que lo esperaba fuera.

—¿Por qué? —le preguntó el prisionero cuando estuvieron a solas.

—¿Por qué… qué?

—¿Por qué colabora con ellos? ¿Cómo se presta usted a ese juego?

—Supongo que uno intenta salvar lo que puede del naufragio —contestó, aparentando una seguridad que no tenía.

El prisionero lo miró a los ojos.

—Si de algo me precio, es de conocer a la gente y, créame, usted no es de esos. Usted ha estado prisionero, ¿me equivoco? —Ante la afirmación de Carles con la cabeza, continuó—. Usted sabe lo que se da en estos lugares. ¿Cómo se ha prestado a esta farsa?

Carles lo miró a los ojos, aquellos ojos claros que parecían traspasarlo y exigían una explicación. Por qué él, un republicano que había luchado con Lister, se hallaba colaborando con los fascistas mientras que muchos compañeros padecían condenas de prisión por defender a su país. Y Carles no pudo evitar contarle todo. Le explicó cómo fue a parar al campo de prisioneros, su estancia en San Juan de Mozifarrar, cómo llegó a ser torturado por los italianos del campo de concentración. Al llegar aquí, una mirada de comprensión de Arturo aclaró que aquellos eran destinos compartidos. Continuó explicando su estancia en Pilatos, su fusilamiento y posterior reclutamiento, para acabar explicando los pormenores del caso y su relación con su padre.

—Yo pensé en utilizar el trabajo para poder escapar.

—¿Y sin embargo?

—Hay algo que me retiene en el caso. Probablemente, la posibilidad de que mi padre pudiera estar relacionado de alguna manera con los crímenes. Tengo que saberlo. Una vez los hayamos aclarado, intentaré encontrar a mi madre. No sé nada de ella. En fin, supongo que, como le dije, intento salvar algo del desastre en que se ha convertido todo.

—Supongo que algunos hemos de tener valor para sobrevivir y otros para seguir viviendo. La vida es un tanto

complicada a estas alturas. ¿Tiene un cigarro? Hay cosas que se valoran aquí más que un tesoro.

Carles sacó la caja de cigarrillos y le ofreció uno. Sacó otro para él y los encendió. Pronto el humo se expandió por aquella habitación. Arturo lo degustaba con cara de satisfacción. Viendo el placer que el tabaco le producía al prisionero, Carles le dijo:

—Quédese con el paquete. Me alegro de haberle conocido. Al ser testigo del caso, pediré que le extiendan una protección para evitar esos malos tratos.

—Se lo agradezco, pero creo que ellos harán lo que les convenga sin importarles leyes o tratados, como siempre han hecho. Aquí se hallan la mayor parte de brigadistas capturados por los nacionales en la guerra. Ahora, como al gobierno de Franco le interesa ser reconocido a nivel internacional, intentan cambiar prisioneros por otros fascistas italianos o alemanes. Otros son entregados a la Gestapo o enviados a campos de concentración.

Carles seguía la conversación, pero no acababa de entender el giro que estaba tomando.

—Los brigadistas suelen ser los presos mejor organizados del campo. Tienen un economato, un instituto, un coro de voluntarios internacionales y hasta prensa escrita. ¿Se lo imagina? Tienen un diario, el Jaily News. Representan un buen núcleo de resistencia al fascismo.

—No acabo de entender dónde quiere ir a parar.

—Pues verá, aunque hace días que estoy prácticamente incomunicado, un brigadista que, al parecer, sabía de su llegada, me hizo entrega de un sobre para usted.

—¿Para mí? —Ahora era Carles quien estaba extrañado, eso era algo inimaginable para él hacía unas horas.

—Me dijo que se lo había pasado un muchacho en una de

las salidas de trabajo que hicieron. Al parecer, a él se lo había dado un hombre, un extranjero —le dijo, mientras le entregaba un sobre.

Carles lo abrió y sacó la carta. Su sorpresa fue mayúscula cuando vio escrito en él un poema. El color le desapareció de la cara y, tal asombro debió de reflejar su rostro, que el capitán Arturo Romero le preguntó.

—¡Muchacho! ¿Qué le pasa? Parece que haya visto un fantasma.

—¡Es la carta de un fantasma! —le respondió sin dejar de mirarla.

UN HIMNO PARTICULAR

Agosto, 1939

Carles se encerró en su habitación. Había vez en Reus. Aseguró que no se encontraba bien. Había permanecido ausente prácticamente todo el viaje. Solamente algunas esporádicas intervenciones de Ernesto habían provocado una breve respuesta suya. Tras varios intentos, el capitán nacional desistió de entablar una conversación fluida.

Ernesto estaba un tanto sorprendido por la actitud de Carles, sobre todo ahora que tenían un nuevo enfoque sobre el que trabajar para la consecución del éxito. Sin embargo, no había en ese momento nada más lejano a los intereses del republicano. El capitán pensó que la actitud de su compañero se correspondía, probablemente, al hecho de encontrar a otra persona en similares circunstancias a las que padeciera dos meses atrás.

Cuando a la tarde llegaron a la vivienda de Reus, los policías se encerraron en el despacho y ordenaron las ideas para poder establecer nuevas pautas de acción.

—¿Crees que fue el mismo asesino? —comenzó preguntando Ernesto, pues a ninguno de los dos le pasó por la cabeza el hecho de pensar que el capitán Arturo Romero hubiera podido mentir. La información que había dado se

correspondía bastante con los asesinatos que estaban investigando.

—Si todo es como cuenta el capitán —comentó Carles—, tenemos a un asesino, anterior al que estamos siguiendo, que ha realizado este tipo de asesinato ritual. Por otro lado, también cabe la posibilidad de que el hombre que fusilaron no fuera el asesino y, por lo tanto, tenemos al mismo sujeto suelto y desatado.

—Pero las pruebas parecían acusar a aquel hombre.

—Todas ellas circunstanciales. No tendrían validez en un juicio justo. Se le vio acompañando al capitán y, efectivamente, tenía sangre, pero no había testigos del asesinato.

—En cambio, el capitán parecía muy seguro de que era él.

—Y, sin embargo, el presunto asesino no dijo nada. Además, tuvo la oportunidad de escapar y no lo hizo.

—Para él debía de ser importante enviar una carta a su familia.

—Una carta o una foto.

—¿Y qué sentido tendría enviar una foto? ¿No es lo último que haría una persona que sabe que puede ser fusilada?

—Lo ignoro. Por otra parte, ha de ser difícil dar con el origen o dirección del soldado, supongo. No sabemos ni de qué lugar era.

—Debía de ser de Monzón.

—Eso no lo tenemos claro. Una cosa es que enviara sus cosas a Monzón, otra es que viviera allá.

—¿Y qué sentido tendría enviar las cosas allá si no vives en ese lugar? —preguntó Ernesto.

—Lo de sus cosas es indiferente. Ya estaba muerto y él no creo que esperara disfrutarlas. Lo que me preocupa más es el tema de la foto. Si has matado a un hombre, ¿para qué has de

enviar una foto?

—¿Podría ser una foto del cadáver?

—Pero eso no tiene sentido, a no ser que tengas un cómplice y quieras avisarle de que ya has matado al hombre en cuestión.

—¿Estás insinuando que podría tener un cómplice? ¿Podría ser este el asesino actual?

—Mira, Ernesto. No lo tengo claro. Creo que hoy estoy espeso. No acabo de ver las implicaciones de lo que nos ha dicho el capitán. Creo que mañana veremos las cosas con otra luz.

—De acuerdo —dijo Ernesto—, lo dejaremos por el momento. Por cierto, ¿qué fue lo que te dijo el capitán cuando os quedasteis a solas, si se puede saber?

Carles miró a su compañero. Debía de ser, probablemente, el único nacional que conociera al que respetaba, porque le parecía un hombre íntegro. De ideas equivocadas, pero íntegro. Evidentemente, no podía contarle todo lo que sabía.

—Me dijo lo difícil que resultaba mantener las propias convicciones —le contestó, y salió del despacho para dirigirse a su habitación.

Una vez en ella, el antiguo prisionero recordó el momento en que había abierto la carta. No podía imaginar lo que encontraría en ella. Un poema escocés que le recordó días en que se jugaba la vida en el frente del Ebro, cuando luchaba en la 1 Iª división, a las órdenes del general Lister. Su mente voló hacia aquellos momentos vividos.

Se hallaban en la sierra de Pándols, conteniendo a uno de los mejores ejércitos franquistas, la 4° División de Navarra. Recordaba aquel fatídico 11 de agosto en que los hombres estaban al límite de las fuerzas. Multitud de granadas y

bombas de aviación habían caído sobre sus posiciones, algunas de hasta 500 kilos, arrojadas por los JU-87, los temibles Stuka de bombardeo.

Entonces, un ruido característico animó al ejército republicano. Se trataba de la aviación republicana, los inefables Mosca: aquellos aviones rusos que estaban sustituyendo a los Chatos, que se fabricaban en Reus bajo autorización soviética. Los soldados pararon la actividad bélica para mirar y admirar los movimientos que realizaban los aviones. Aquel día se enfrentaron un gran número de aparatos republicanos frente a una aún más numerosa fuerza aérea nacional. Las maniobras y contramaniobras se sucedían. A menudo, el humo que desprendía la cola de una nave anunciaba su pronta caída.

Fue entonces cuando una imagen diferente y, cuanto menos sorprendente, atrajo la mirada de Carles. Un Chato había hecho su entrada en aquel espacio de fuego cruzado y de violencia aérea. Aquel era un avión que conocía, pues él mismo había ayudado a pintar la bandera escocesa que lucía. «Donde yo esté, estará mi país, mi tierra», le había dicho. Efectivamente, si algo tenía aquel puñetera escocés era la manía de llamar la atención fuera donde fuera.

—¡Maldita sea! ¿Qué haces ahí arriba?

Evidentemente, el escocés no le había oído, pues la distancia era enorme y el ruido de la batalla ensordecedor. El capitán Carles Gil padecía por su compañero y amigo, con quien había corrido múltiples aventuras en aquel último año. Se había despedido de él y pensaba que había marchado a su tierra. Su preocupación le llevó a no perder de vista aquel avión plateado que lucía la bandera escocesa en los dos costados. No le quedó más remedio que admirar la habilidad del piloto y, aunque su aparato era inferior a los Stukas, los

Fiat y los Messerschitt 109, ya llevaba derribados dos aviones nacionales. Pronto atrajo la atención de otros gallos del espacio aéreo, convirtiéndose en objetivo de algunos aviones. A pesar de que aguantó haciendo piruetas que parecían imposibles, finalmente fue tocado en un ala, cosa que hizo que aquel avión no pudiera mantener ni la posición ni la altura.

—¡Salta, Rick, salta!

Recordó cómo gritaba mientras, a un mundo de distancia, aquel avión iba cayendo acercándose peligrosamente a tierra. Pasó al otro lado de la sierra y, poco después, una explosión le hizo saber que el avión había entrado en contacto con el suelo. Se llevó las manos a la cabeza y cerró los ojos. Le parecía mentira.

Su compañero había muerto. Aquel amigo con el que habían fabulado multitud de historias. Una persona singular.

En cambio, ahora tenía la prueba de que aquel fatídico 11 de agosto no había sido el último que Rick pasara sobre la tierra. Evidentemente, de alguna manera, había superado aquella situación. No sabría decir cómo, pues la catástrofe había sido evidente. Pero ahora tenía en sus manos un poema, una canción que solo podía haber enviado el escocés, ya que en ella se hallaba la contraseña para establecer contacto, como habían hecho múltiples veces en aquel último año.

La canción era un fragmento de una balada de 1876, año en que Andrew Lang adaptó un antiguo poema de la tradición escocesa. Esta canción la solían cantar los regimientos de Highlanders durante la Primera Guerra Mundial. Volvió a leerla, pues era la que utilizaban para ponerse en contacto en la época en que estuvieron colaborando con el SIM. Siguió la lectura del poema con atención.

Por aquellas bonitas laderas

donde el sol brilla, en el lago Lomond,
donde yo y mi verdadero amor pasamos muchos días
en las preciosas orillas del lago Lomond.
Fue allí donde nos separamos, en aquel sombrío valle,
en los escarpados y empinados lados del Ben Lomond,
viendo la tonalidad púrpura de las colinas Hieland
y la luna saliendo al anochecer.
Tú tomarás el camino alto, yo tomaré el bajo.
Y yo estaré en el patio de armas del castillo antes que vosotros,
pero mi verdadero amor y yo nunca nos volveremos a reunir
en las bellas orillas del lago Lomond.

La letra de la canción había sido ligeramente modificada. Rápidamente vio donde estaba situado el lugar de encuentro. En el patio de armas del castillo al anochecer. Aquello lo desconcertó un poco, ya que no había visto castillo en Reus. Si habían quedado en algún lugar, este no podía ser otro que la ciudad donde residía temporalmente. De hecho, había vestigios antiguos de la ciudad que habían desaparecido y de los que apenas quedaban restos. Un ejemplo eran las murallas, derruidas a lo largo del siglo XVIII. En la actualidad solo quedaban los arrabales como mudo testimonio de su existencia.

Fue al despacho a revisar los libros de historia que había visto allí. Afortunadamente, había algunas revistas que hacían referencia a la historia de Reus, llamada anteriormente Redis o Reddis. Ya el cinco de junio de 1154, el arzobispo de

Tarragona donó dos tercios de Reus a Bertrán de Castellet, dándole el encargo de construir una iglesia dependiente del arzobispado. La villa padeció la peste negra en el siglo XIV. En 1309, el rey le concedió el derecho de celebrar mercado los lunes. La posibilidad de realizar mercado era importante en aquella época para el desarrollo de una ciudad.

Continuó con la lectura de la interesante historia de la localidad. Supo que Reus había sufrido la peste un total de 15 veces. Conoció las disputas entre el rey y la iglesia por el dominio de la misma. En 1640 fue declarada enemiga de la patria por las Cortes Catalanas y los bienes de sus habitantes confiscados por no haber participado en la guerra. Ello no impidió que fuera tomada por los franceses en 1641 y por los castellanos en 1642. Las violaciones, exacciones y otras ofensas se produjeron por los dos bandos.

Como muchas ciudades catalanas, sufrió ocupación por parte de los diferentes ejércitos, en los conflictos del siglo XVIII y XIX. Ello no impidió que a lo largo del siglo XVIII tuviera un gran crecimiento, llegando a ser la segunda ciudad de Cataluña. Finalmente, asistiría al lucimiento, en las guerras africanas, de su hijo pródigo: el general Prim.

La crónica acababa en 1931, año en que la localidad votó a las candidaturas republicanas. Realmente, la historia de Reus respondía al patrón de una ciudad peninsular en un país con una historia tan convulsa. Siguió revisando revistas y, por fin, pudo acceder a la información que buscaba. El castillo, que fue construido en el siglo XII, se hallaba junto a la prioral de Sant Pere, antigua iglesia de Santa María. Recordó que, junto a la plaza Mercadal, había otra plaza más escondida, la plaza del Castillo, que debía de ser el antiguo patio de armas del viejo castillo. Además, se encontraba junto a la iglesia, por lo que dedujo que formaban el núcleo más antiguo de Reus.

Ahora que ya sabía cuál sería el lugar de encuentro, volvió a su habitación, se relajó y se estiró sobre la cama. Recordó a Rick y su manía de tocar una melancólica tonada con la armónica. Algunos hombres ya estaban cansados de sentirle tocar la misma canción. Un día, por curiosidad, Carles le preguntó qué era aquello que tocaba. Rick le contestó:

—Es mi himno particular.

—¿Cómo puede ser eso? —le preguntó—. Yo pensaba que los ingleses teníais como himno el *Good Save the Queen*.

El escocés dio un salto levantándose, visiblemente enfadado, de su camastro.

—¿Cómo te atreves a decirme eso? —le preguntó—. ¡Ese himno nunca, nunca, nunca representará a un escocés!

—Perdona, no quería ofenderte. Entonces, ¿cuál es vuestro himno?

—No tenemos himno —respondió, dejando sorprendido a Carles.

—No entiendo nada.

—Te lo explicaré para que tú lo entiendas. —A pesar de ser escocés, dominaba bastante bien el castellano; decía que ya llevaba muchos años en el país, cosa que parecía imposible dado el aspecto juvenil que tenía—. Nosotros no tenemos himno. El *Good Save the Queen* es un himno que representa al Reino Unido, pero… —dijo levantando el dedo ya que preveía que su compañero le interpelaría—, en ese himno tramposo se dijo un terrible verso que decía *Rebellious Scots to crush*.

—Y eso, ¿qué significa? —preguntó Carles, que no acababa de dominar el inglés.

—¡Ah, claro! Tú eres un pobre hombre inculto y no sabes inglés.

—Pues no, no sé inglés. Solo un poco.

—Esa frase decía «aplastad a los rebeldes escoceses». Ese himno no es muy querido en mi país, como podrás comprender.

—Entonces, ¿con qué himno os identificáis los escoceses?

—Hay canciones populares que son utilizadas como himnos. Una de las más importantes es *The Skye Boat Song*. En esa canción se habla de la huida del príncipe Carlos Eduardo Estuardo a la isla de Skye, después de perder en la batalla de Culloden. En ella ganaron los ingleses con un ejército en el que mandaba Guillermo Augusto, duque de Cumberland. La derrota fue terrible para Escocia, porque se eliminó el sistema de clanes, incluso se prohibieron las gaitas y los vestidos tradicionales.

—Así que celebráis una derrota… Un poco parecido a nosotros en Cataluña, que celebramos el 11 de septiembre, el día que cayó Barcelona ante las tropas felipistas.

—Celebrar una derrota puede ser una buena señal. Así no olvidas que tienes que volver a levantarte y luchar de nuevo.

—¿Así que era esa la canción que tocabas? —le preguntó Carles.

—No, no era esa.

El catalán andaba cada vez más desconcertado, porque observaba que daban vueltas a un tema sin acabar de aclarar nada. Pero, al momento, el escocés volvió a hablar.

—Para mí, mi himno particular es el que se refiere a mi tierra, el lugar donde está mi gente, mi familia. Es una canción vieja, un poema antiguo de mi tierra. La canción la escribió un soldado jacobita escocés capturado por los ingleses. En ella, le dice a su amada que no tema nada, que se encontrarán en la orilla de Loch Lomond. Ella irá por el camino de arriba, el de los vivos, y él por el camino de abajo, el de los muertos. Se encontrarán en el lugar donde se

amaron.

—Parece muy bonita la letra. ¿La sabes cantar?

Y entonces, Rick comenzó a cantar con una voz grave y profunda. Se hizo un silencio absoluto en aquella habitación. La emoción y sensibilidad dominaban el ambiente a medida que las notas de la canción iban tomando posesión del lugar. Carles tuvo que reconocer que se le había puesto la piel de gallina ante la belleza de aquella melodía. Probablemente, nadie entendiera el texto, pero todo el mundo era consciente de las sensaciones que percibían. A algún soldado se le caían las lágrimas, pues aquel canto desprendía una gran añoranza. Todos pensaron en la familia y amigos que habían dejado atrás. Cuando acabó de cantar, los aplausos resonaron en aquel espacio.

—Nos has dejado sorprendidos —le dijo Carles.

—Y porque no habéis visto el lago. Los rayos del sol se reflejan en la superficie al amanecer, mostrando un brillo dorado que te da una sensación muy confortable y acogedora. La belleza de los paisajes, que parecen estar pintados por los mismos dioses… En fin, un lugar maravilloso.

—Y, si era tan maravilloso —le preguntó Carles—, ¿cómo es que estás aquí?

—No podía soportar tanto romanticismo —dijo el escocés, dando por acabada la conversación.

GUERRILLA

Julio, 1921

¿Qué quiere decir? ¡El coronel no se encuentra en Dar Drius! —exclamó la voz al teléfono.

—Verá, señor ministro —respondía apurado Berenguer, el alto comisario español en Marruecos—. Al parecer, la retirada de la columna de Annual prosiguió hasta Batel y, desde allí, ha iniciado el repliegue hacia Monte Arruit. Las fuerzas se hallan dispersas y sin mandos. Apenas tenemos recursos materiales y, sobre todo, se ha perdido la moral en el ejército. Por otro lado, Sidi Dris y Afrau también están rodeados.

—¡Dios mío! Otro Igueriben, ¡no! —replicó el ministro, que temía el coste político que podía representar el hecho de que cayeran ambas posiciones. Habrá que pensar en evacuar.

—He hablado con los jefes rifeños.

—¿Y qué han decidido?

El general explicaba la reunión mantenida con ellos. Estos habían quedado sorprendidos del escaso número de tropas que acompañaba al alto comisario. Las presiones que estaban recibiendo en sus cabilas eran enormes, por lo que la única manera que tenían de contrarrestarlas consistía en venir acompañados de un gran ejército. Al no ser así, muchos de estos jefes optaron finalmente por la rebelión.

Berenguer había asistido a un triste espectáculo a su llegada a Melilla a bordo del *Bonifaz*. En el puerto, la población esperaba todo un ejército y solo vio la presencia del general con su escolta. El caos y el miedo eran dueños de la plaza. Todos sabían que el frente había caído y que, entre la *harka* rifeña y la ciudad, ahora ya no quedaba ningún obstáculo. La masa, enfebrecida, había arrollado a los soldados ante la llegada del general. Quería ocupar las barcazas para poder huir. Tuvo que ser detenida, a la fuerza, por el mismo ejército. Otros planteaban la posibilidad de recoger armas y formar una milicia, cosa que fue denegada por las autoridades militares.

El ministro de la guerra escuchaba en silencio el relato de la desaparición de todo un ejército, aquel día 24 de julio, hacia las dos de la mañana. Lo que parecía imposible se había producido. La sucesiva oleada de victorias de Silvestre, fruto del atrevimiento y de la suerte que acompañaba al general, se había desvanecido rápidamente como un azucarillo en el café. Ya no había general, ni siquiera ejército. A pesar de ser consciente de la situación que le había descrito el alto comisario, su porte cambió hacia las cuatro de la madrugada. Tenía que atender a los periodistas y no podía dar un mensaje tan dramático como aquel.

—Sí, señores. La población de Melilla es optimista a pesar de los acontecimientos. Los jefes de las cabilas han anunciado su adhesión a España. Pronto podremos facilitar la relación de bajas.

Martí se agachó al llegar a la altura del terreno del terraplén del cauce del Igan. El camino estaba plagado de cadáveres de la caballería. Entre ellos, también se hallaban los

de muchos rifeños. Junto a él se encontraban unos soldados de Ceriñola y un cabo, que había tomado el mando ante la desafección de los oficiales, algunos de los cuales estaban escondidos entre la tropa. Otros se habían sacado los galones para evitar ser reconocidos por los moros.

El espectáculo que se ofreció ante su vista era épico y, a la vez, dramático. Las tropas de Alcántara mantenían la lucha contra la *harka* en un combate desigual. Los soldados comenzaron a disparar sobre los rifeños, intentando ayudar a los agotados jinetes. El cabo señaló un grupo de cabileños que asaltaban a un soldado que había caído del caballo. Hicieron fuego sobre ellos. Algunos moros cayeron sin vida o heridos. El jinete pudo levantarse y clavar su sable en el estómago del que quedaba en pie. Una vez sacó el sable del vientre del atacante, le dio una patada a la vez que un tajo, con el que le cortó la cara y acabó con su vida.

El soldado se apartó para intentar reagruparse con otros dos que habían caído. Se instalaron detrás de un caballo muerto y comenzaron a disparar a los moros. Pero el enemigo era numeroso y se aproximaba hacia ellos. El cabo ordenó cubrir a aquellos hombres y disparar a los rifeños, cosa que hicieron sin parar. Martí acabó las balas de su fusil Lebel. No podía reponerlas por lo que arrojó el fusil y fue hasta uno de los caballos muertos. Allí cogió el máuser, modelo 1916, que llevaban en la misma los jinetes. Vio que tenía suficiente munición y volvió al lugar donde había estado anteriormente.

Sus compañeros se habían alejado un poco porque iban siguiendo la columna. Martí se fijó en aquellos jinetes a los que admiraba. Los consideraba, probablemente, los únicos hombres que conservaban la sangre fría y eran capaces de defender a unos compañeros, incluso con el sacrificio de sus propias vidas. En cierta manera, esto le reconfortaba y le

animaba a ayudarlos.

La batalla del Igan continuaba y una nube de polvo indicaba donde se estaba produciendo el grueso de la misma. Pudo ver cómo los jinetes descargaban, una y otra vez, los sables contra el enemigo. No sabía si podrían dominar esta lucha, pero, a nivel moral, ya la tenían ganada.

Observó a los soldados que habían quedado parapetados. Estaban acorralados por un grupo nutrido de rifeños. Sus compañeros comenzaron a disparar y él los secundó. Pudo ver cómo sus disparos acertaban al enemigo. Pensó que, una vez había matado una persona, después el propio acto se transformaba en algo irracional y en cierta manera mecánico. Durante un segundo pensó que era toda una ironía que él, una persona que había estudiado Medicina y cuyo principal objetivo era salvar la vida de los demás, estuviera acabando con la de unos cuantos hombres.

Uno de los soldados realizó un movimiento brusco y cayó en una extraña postura. Ahora solo quedaban dos hombres parapetados tras el animal. Cada vez tenían a los rifeños más cerca. En un momento en que uno de ellos se había girado, creyó reconocer a Roberto, aquel jinete que le salvara de la muerte en Izzumar. Su reconocimiento le enalteció: ahora tenía la posibilidad de devolverle el favor.

Uno de sus compañeros le sobresaltó con un grito:

—¡Cuidado! ¡A tu espalda!

Martí se giró al tiempo de ver a dos moros que ya se abalanzaban sobre él con las gumías en las manos. Habían intentado sorprenderlo. Al girarse sobre sí mismo, pudo realizar un disparo, llegando a volarle la cabeza a uno de ellos. El otro cayó al ser abatido por el compañero que le había avisado.

Volvió a girarse rápidamente para ver de qué manera

podía ayudar a Roberto. Vio que este había sido herido, al parecer, en una pierna. Su compañero seguía disparando ante un numeroso grupo que se acercaba cada vez más. Martí no lo pensó ni un instante y les dijo a sus compañeros:

—¡Cubridme!

Se lanzó como una exhalación hacia el lugar donde se hallaba Roberto, llegando en pocos instantes. Dos moros llegaban corriendo con aspecto amenazador. Uno de ellos cayó hacia atrás.

Había recibido un disparo del jinete. El otro recibió dos disparos de Martí cuando ya se lanzaba sobre el herido. Los dos hombres se giraron para ver llegar al sanitario.

—¡Tenemos que salir de aquí! —les dijo, una vez recuperados de la sorpresa.

—¡Estoy herido! —les dijo Roberto.

—¡No importa! —le contestó Martí, entre el griterío de la batalla—. Te llevaremos entre los dos.

—Me temo que ya es tarde —dijo Roberto con una sonrisa—. No llegaríamos ni a subir la cuesta.

Continuaron disparando, pero los rifeños ya los habían localizado y deseaban librarse de aquel molesto enemigo.

—¡No podemos marcharnos! ¡Te matarán!

—¡Nos matarán igualmente! Si no marcháis rápido, aquí moriremos. Yo os cubriré.

Sus compañeros habían intensificado el fuego, ya que un grupo de cabileños subían el terraplén disparando sin cesar. Ellos devolvieron los disparos. Ante aquella salva, cayeron unos cuantos enemigos.

—¿Sabes usar el sable? —le preguntó Roberto, ofreciéndole uno.

Tenían a los enemigos a escasos metros. Hicieron fuego por última vez. Luego, la lucha derivó en un cuerpo a cuerpo

donde podía más la furia que cualquier otra cosa. Roberto, incapaz de levantarse, disparaba con una pistola desde el suelo intentando ayudar a sus compañeros. Los soldados que, desde arriba del terraplén, habían observado toda la escena, disparaban desesperadamente sobre aquel grupo de enemigos.

Para Martí ya no había posible retorno, no había vuelta a la civilización. Todo eso había desaparecido en apenas unos días. El miedo que había tenido por su reincorporación a la vida cotidiana, una vez acabada su temporada en el ejército, había desaparecido. Ahora se hallaba ante un grupo de hombres enloquecidos que intentaban matarlo con sus gumías. Él, como si toda la vida hubiera utilizado el sable, no dejaba de manejarlo produciendo cortes a los cabileños que tenían la osadía de acercarse. Con la otra mano se adueñó de su pistola y disparó sobre el rostro del hombre que tenía más cercano. El ser salvaje, el hombre primario, había ocupado el lugar del hombre civilizado. Ahora era, simplemente, una presa que luchaba desesperadamente contra los depredadores que lo acosaban sabiendo que una pausa o relajamiento implicaba perderlo todo y desaparecer.

En aquellos instantes, todo parecía pasar a cámara lenta. Pudo ver morir a Roberto bajo el disparo de un rifeño. El moro no tuvo tiempo de celebrarlo. De un golpe con el sable, le seccionó parte de la cabeza, que quedó colgando como un peso muerto antes de que el hombre cayera al suelo sin vida. En ese instante, varios hombres cayeron sobre él con los cuchillos en las manos. Mientras caía, seguía disparando. «Todos hemos de morir. Lo que podemos decidir es cómo» pensó, mientras la oscuridad se abría paso hasta su conciencia.

LA MALETA

Septiembre, 1939

Carles llevaba un rato deambulando. Había pasado por la plaza del Castillo, pero no había habido ningún contacto con su antiguo compañero y amigo. Sabía, por otros momentos en que habían pasado situaciones similares que, una vez acordado el lugar, la cuestión se hallaba en volver cada día a esa hora, aproximadamente, hasta que la otra persona estableciera la comunicación. Si no lo había hecho podía ser debido a múltiples causas: la poca seguridad del lugar, la posibilidad, nunca descartable, de estar siendo seguido o, simplemente, el hecho de que su contacto no estuviera en Reus por cualquier motivo.

Por si acaso, había llevado la pistola que tenía en la habitación, cuidadosamente guardada en el armario. Varias veces cambió de itinerario intentando evitar que lo siguieran. Cualquiera creería que deambulaba sin rumbo fijo por la ciudad. No fue capaz de ver a ningún perseguidor. Tras pasar un buen rato en las sombras, finalmente, una ligera corriente de aire se había levantado refrescando el ambiente. Unos pequeños pinchazos le recordaron el golpe en el cráneo recibido días atrás. Por lo que respecta a su amigo, finalmente, Carles desistió. Aquel no parecía ser el día del esperado

reencuentro.

Cuando entró en casa, se sorprendió al encontrar a Ernesto y Hamed hablando. Era una hora en que, normalmente, se hallaban durmiendo. La actividad a aquellas horas era algo inusual.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó.

—Mañana por la mañana me han convocado para una reunión en Capitanía, en Barcelona.

—¿No será por lo de la invasión de Polonia por los nazis?

Efectivamente, aquel día, uno de septiembre, Alemania había invadido finalmente Polonia. Se ignoraba, en aquel momento, si Francia y Reino Unido entrarían finalmente en guerra. No lo habían hecho cuando los alemanes remilitarizaron Renania, se anexionaron a Austria o invadieron Checoslovaquia para ocupar la región de los Sudetes. Carles pensó que, si no entraban en guerra ahora, ya nunca lo harían.

—No, no se trata de eso —le contestó Ernesto, quien también estaba enterado de la noticia—. Al parecer, sospechan que el asesino pueda ser Sergio, el legionario. Ha habido un asesinato en Barcelona. Supongo que querrán informarnos con detalle de los acontecimientos.

—Supongo que no estoy invitado yo.

—No, lo siento —dijo con verdadero pesar.

—No te preocupes. No sé si me gustaría asistir. Querría pedirte una cosa.

—Dime.

—¿Podría ir contigo a Barcelona? Recuerda que ayer se acabó el plazo que di a los inquilinos del piso de mi madre y debería recoger las llaves. No se sabe quién puede entrar en un piso hoy en día.

Aunque lo dijo con ironía, lo cierto es que deseaba visitar

a doña Engracia y recoger la caja que había dejado su madre. Le había dado vueltas al asunto y, si de alguna manera estaba implicado su padre, en aquella caja probablemente habría algún recuerdo o documentos que pudieran ayudarle a entender qué le pasó realmente. Todavía no había podido ir a Barcelona a investigar aquel asunto del que hablaba la carta. Si habían pasado dieciocho años, era probable que pudiera esperar algo más. Sin embargo, si estaba relacionado con los asesinatos, el asunto era urgente.

—Cuenta con ello —le respondió Ernesto.

El viaje a Barcelona fue todo lo cómodo que permitía el coche que llevaban, el Fiat Hispania, todo un lujo en aquella época. A las diez de la mañana se detenía delante de Capitanía General. Como ya había hecho en otra ocasión, Carles descendió y prefirió caminar por aquellas calles tan conocidas. Le apenó el cambio que había detectado en el ambiente. La impresión era diferente. Había una sensación generalizada de descanso entre la población por el hecho de finalizar una guerra tan larga, pero, eso sí, acompañado de un cierto aire de opresión. Su percepción era que los movimientos del personal eran más forzados. La gente había perdido aquella espontaneidad que la caracterizaba en épocas de mayor libertad.

Llegó hasta la puerta del edificio de la vivienda de su madre. Subió hasta el segundo piso y llamó a la puerta. Emilio abrió y, con una mirada de comprensión, le hizo pasar a la vivienda, prácticamente desprovista de muebles.

—¿Encontraron ustedes otra vivienda? —preguntó Carles.

—Sí, ya lo pudimos arreglar. Estamos con el traslado, apenas quedan las últimas cosas.

—Por casualidad, ¿no habrá venido una señora de unos cincuenta años?

—No, aquí no ha venido nadie de esa edad que no conozcamos.

Después de quedar y aclarar la entrega de la llave, Carles se despidió de aquel hombre. Supuso que la mujer se hallaba en el nuevo hogar. Bajó las escaleras, pendiente del vecino que se hacía llamar administrador, pero este no apareció.

Una vez en la calle, se dirigió a la tienda de doña Engracia. La mujer se alegró cuando lo vio entrar.

—¡Carles! ¡Hijo mío! —Últimamente siempre le daba ese trato—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a arreglar unos asuntos —le dijo, dándole dos besos en las mejillas.

—Hoy te quedarás a comer aquí. Ya verás, tengo sopa de verduras.

Carles agradeció la esperada invitación, pero declinó la oferta.

—Se lo agradezco, pero no puedo quedarme a comer. He venido a buscar la caja de madera que trajo mi madre. El otro día la olvidé.

—¡La caja! Ahora la había olvidado. Tienes razón, creo que la tengo en la trastienda.

Doña Engracia fue a buscarla y Carles la oyó trastear hasta que apareció con una maleta de madera.

—Aquí está, esto fue lo que me dejó. No debía de fiarse de dejarlo en casa.

Carles la cogió y la colocó encima del mostrador. La abrió. En ella había documentos, fotos y aquellas cosas imprescindibles que resumían toda una vida. También había un paquete que no había sido abierto. Pensó que necesitaría tiempo para revisar aquello, tiempo del que ahora no disponía.

Cogió unos documentos y, de entre ellos, cayó una foto. En ella se veía a su padre con el uniforme de soldado. Miró detrás de la foto un pequeño texto: «Para que veas qué pinta tengo. Con todo mi cariño, Julià. Melilla. Agosto, 1920». Observó el porte de su padre. Poseía una mirada decidida que atraía la atención. Su aspecto era sano y fuerte. Presentaba el aspecto de un hombre hecho a sí mismo y que confiaba en sus posibilidades. Había intentado crear un hogar, pero las corrientes producidas por los movimientos sociales reivindicativos de la segunda decena del siglo, lo habían arrastrado como a tantos otros. Para acabar de arreglarlo, la guerra de África había puesto punto y final a la historia. «¿O no?», pensó mientras guardaba la foto en su cartera.

Carles puso en antecedentes a doña Engracia de los movimientos que estaba realizando. Le informó de que le traerían la llave de su casa. Al mismo tiempo, le avisó de que cuando acabara aquella investigación volvería a Barcelona para intentar encontrar vestigio de su madre.

—¡Dios mío! —exclamó doña Engracia—. Resulta terrible pensar en lo que le puede haber pasado. No ha habido ninguna noticia suya.

—No se preocupe, si algo sé hacer es encontrar a las personas. Ya verá como la volverá a ver —le dijo, aunque él mismo dudara de sus propias palabras. Gracias a la experiencia que tenía como policía, era consciente de que una desaparición, después de tanto tiempo, difícilmente tenía un buen final.

—¡Dios te oiga, hijo mío! —le dijo ella, dándole un abrazo de despedida.

Carles salió de la tienda y se dirigió, por aquellas callejuelas de uno de los barrios más emblemáticos de Barcelona, a la tasca en que había quedado con Ernesto.

Mientras esperaba pidió una cerveza, siempre pendiente de su preciada maleta. Para él había adquirido ahora un valor considerable, sobre todo si tenía en cuenta que en ella se podían encontrar las claves del misterio que intentaban resolver. Se había sentado en un lugar que se mantenía un tanto reservado dentro del local para poder permanecer ajeno al bullicio.

—¡Vaya! Veo que te has hecho con una maleta —le espetó Ernesto cuando llegó, sorprendiendo a Carles, que no lo había visto llegar de tan absorto como estaba en sus pensamientos.

—Pertenecía a mi madre. Contiene recuerdos familiares.

—¡Vaya! —Eso fue todo lo que dijo Ernesto, que pensaba en la mala suerte que tenía, ya que cada vez que iniciaba una conversación acababan por tropezar con algún cadáver o desaparición de miembros de la familia de Carles. Esto hacía difícil y poco llevadera la conversación.

—¿Cómo ha ido la reunión? —preguntó Carles, que había detectado la coyuntura anímica en que se encontraba Ernesto e intentaba quitar hierro al asunto.

—Bien, bastante bien. Ya tenemos identificado al legionario. Se llama Sergio Martínez Legado. Estuvo en la guerra de África, en el Rift. Más tarde fue a la Yebala, donde se alistó en la legión. Tomó parte en la reconquista del territorio, tanto en el Rift como en la Yebala. Participó en la retirada de Xauen y, posteriormente, en el desembarco en Alhucemas. Los enfrentamientos en Kudia Tahar, Monte Malmusi, Morro Viejo, etc., hablan del valor de un hombre que, los que lo conocen, definen como una persona valiente y atrevida, aunque con muy mal carácter y muy dado a la bebida. En esos enfrentamientos recibió un corte en la cara, una herida que lo identifica fácilmente.

—Excepto si se deja barba.

—Ese es su drama. Al parecer, no le crece la barba. Por lo tanto, tenemos un sujeto bien marcado, en el punto de mira.

—Me dijiste que había habido un asesinato. ¿Os dijeron algo al respecto?

—Sí. Al parecer, cuando descubrieron la identidad del legionario, investigaron su paradero. Su hogar y otros locales que frecuentaba estuvieron vigilados, pero él no aparecía. Debió descubrir que le seguíamos. Por lo visto, se alojaba en un almacén abandonado. Ellos descubrieron que ese almacén podía ser uno de los lugares donde podría albergarse. De hecho, otras veces lo había hecho por otros motivos o, simplemente, para dormir la mona. Pusieron vigilancia, pero Sergio descubrió al policía y se lo cargó. Así de simple, un corte limpio en el cuello.

—Realmente simple. Un héroe que se vuelve contra todos aquellos que lo habían aupado. ¿Cómo pasó de ser héroe a villano? ¿En qué momento dejó de luchar por la causa?

—Según nos han dicho, fue expulsado de la legión en diciembre del treinta y cuatro. Por lo visto, ya abusaba de la bebida.

—Sí, pero ¿qué debió de pasar para convertirse en un paria y un alcohólico?

—Al parecer, tuvo enfrentamientos con los mandos en Asturias.

Carles comenzó a entender.

—¡Caramba, un legionario con corazón! ¡Claro! Eso crea una disfunción grave. Uno no puede ser un asesino y un angelito al mismo tiempo. La contradicción debió de ser brutal y no lo pudo resistir.

—¡Carles! —le corrigió Ernesto, intentando no elevar la voz—. Haz el favor de no hablar así. Estás hablando de la legión.

—Justamente de eso estaba hablando. No era una cosa personal. Bien, tus amigos… —Incluyó retintín en la expresión—. ¿Ya saben dónde está ese hombre?

—No, ha desaparecido.

—Así que tenemos a un asesino fugado, que puede estar en cualquier lugar del país.

—Hay algo más.

—¿Qué puede haber más?

—Ahora va armado con la pistola del policía.

EL ESCOCÉS

Septiembre, 1939

Charles esperaba en la plaza del Castillo. Era la tercera noche que salía, esperando encontrarse con su amigo. Todavía pensaba en la conversación mantenida con Ernesto el día anterior. Por lo visto, las pistas que tenían desde arriba conducían al legionario. Curiosamente, este había estado en África, pero había cambiado de fuerza militar. De todas formas, también había estado en Xauen, que parecía el punto de confluencia a partir del cual las cosas habían cambiado.

Ernesto le había comentado que había presentado en la reunión otro crimen, el del capitán Alejandro Cortés en la batalla de Teruel. Explicó que, según sus informes, el asesino había sido fusilado. El coronel Villalba planteó que podrían tratarse de asesinos diferentes y, por lo tanto, de un acto de imitación.

—Como Sergio había desaparecido durante la guerra, en octubre del 37, ignoramos si estuvo en la batalla de Teruel en el bando republicano o simplemente no estuvo —había comentado Ernesto.

—Es probable —comentó el jefe de la operación policial en Barcelona—. Eso explicaría el acto de imitación o incluso que fuera él quien asesinó a ese hombre.

—El caso es que tenemos abierto el operativo para su busca y captura, vivo o muerto —dijo el coronel.

—¿Qué órdenes tenemos? —preguntó Ernesto.

—Han de permanecer donde están. Si el legionario se puso en contacto con ustedes, es posible que vuelva a hacerlo.

Y a esa conclusión habían llegado. Intentar seguir investigando, esperando que un asesino se pusiera en contacto con ellos. Finalmente, Ernesto había comentado la llamada telefónica en la que Sergio había mencionado la posibilidad de otro cadáver, pero se rechazó, pues no había ningún indicio de esa muerte.

Carles había manifestado que saldría a pasear, como cada día, alrededor de las diez de la noche. Supuso que Ernesto comenzaría a ver como una cosa rutinaria aquello que le había sorprendido el primer día. Sin embargo, había dado un gran rodeo pasando por calles y callejones para evitar ser seguido, aunque nunca se podía estar seguro de ello.

Mientras esperaba, recordó cuando conoció a Rick. Comenzó a sonreír. Si algo tenía el escocés era la facilidad con la que complicaba las cosas. Nunca salían como era de esperar. Siempre había alguna sorpresa escondida.

Fue poco después de la batalla de Brunete, en julio de 1937. Los franquistas estaban dedicados a conquistar el frente norte. Querían conquistar Cantabria y Asturias, pues Bilbao ya había caído en su poder. El estado Mayor republicano tomó la decisión de realizar una ofensiva en la zona central de España, en los alrededores de Madrid. Intentaban distraer fuerzas franquistas del norte y demostrar a los soviéticos una amplia capacidad ofensiva. El objetivo escogido fue Brunete. Carles había participado en la toma de la ciudad con la 11ª división al mando de Enrique Lister, una de las mejores tropas del ejército republicano. El seis de julio, tras duros

ataques de artillería y aviación, habían conseguido rodear Brunete. Otras poblaciones fueron ocupadas por estas tropas, entre ellas, Villanueva de la Cañada y Villafranca del Castillo. Pero entonces Lister decidió atrincherarse en Brunete y no seguir hasta Boadilla del Monte como estaba previsto.

Estaban en esas cuando Carles, sargento en aquella época, fue llamado a presencia de Lister, quien le indicó que debía realizar una misión secreta. Esta consistía en recoger una maleta que le traería un individuo en un avión. El sitio escogido era una explanada cerca de Quijorna. Allí fue Carles junto con otro hombre, Miguel Ángel Zarcillos. El encuentro sería nocturno y la discreción tenía que ser absoluta, ya que en esos días las tropas nacionales estaban en fase de contraataque e iban ganando territorio poco a poco.

—¿Tú crees que tardará mucho? —preguntó Miguel Ángel.

—No lo sé, pero sí que hemos de estar atentos, pues puede ser que pare los motores del avión y no lo oigamos.

—Parece que va a llover —dijo su compañero.

—Eso no es lluvia, ni truenos. ¡Son disparos!

Entonces vieron en la lejanía un resplandor, que correspondía al avión que esperaban. El aparato estaba en llamas y el piloto dominaba con dificultad la trayectoria del mismo. Una densa columna de humo se desprendía del mismo. El impacto era inminente. Detrás de él, dos cazas de la legión cóndor, dos Heinkel HE 51, acosaban al solitario avión.

—Parece un LGL 32, seguramente de fabricación francesa.

—¿Y a nosotros qué nos importa quién los fabrique? —dijo Miguel Ángel—. Hay que salvar la maleta.

Entonces vieron descender el aparato y asistieron, asombrados, a la pericia del piloto, que logró aterrizarlo aun

estando ardiendo. Los cazas se habían marchado. Para ellos la faena estaba realizada. Una vez paró el avión, el aviador bajó de un salto y salió corriendo hacia ellos.

—¡Corred! ¡Esto va a explotar! —les gritó.

Los tres salieron corriendo y, al poco, una explosión les indicó que el fuego había alcanzado el carburante. Un incendio comenzó en aquel terreno, pues las llamas habían pasado a la vegetación del entorno.

—¿Y la maleta? —Todavía preguntó Miguel Ángel.

—En el avión —dijo el hombre.

—La necesitamos —insistió su compañero.

—Ve a buscarla —le instó el piloto, señalando el avión en llamas.

Viendo el enfado de su compañero y la frescura con la que el aviador acometía el problema, Carles no pudo menos que reír ante aquella situación tan surrealista.

—Pareces extranjero, ¿cómo te llamas? —le preguntó extendiendo la mano.

—Rick, Rick Wallace —le contestó, correspondiendo al saludo.

—Tienes apellido de guerrero.

—De héroe escocés, por eso yo me cambié el apellido.

—Querrás decir el nombre.

—No, mi nombre es Rick, pero el apellido es Wallace, como el guerrero. Mis padres se llaman Shine de apellido. ¿Y tu nombre es?

—Carles Gil. Veo que hablas bastante bien español. —A partir de aquel momento, ya vio que con el escocés nada era lo que parecía.

—Llevo muchos años en este país —dijo con un ligero acento extranjero.

Aquel comentario desmentía su aspecto juvenil. No

parecía tener más de 25 años. Era una persona alta, de metro ochenta aproximadamente. Su cabello pelirrojo relucía a la luz del fuego del avión. Unos ojos azules y claros y un rostro pecoso le conferían ese aire atemporal y un tanto infantil. Llevaba una camisa caqui y, cogida en la mano, una cazadora de cuero. Unos pantalones oscuros, junto con unas gruesas botas, le conferían un aspecto de aviador de revista.

—¿No has podido coger la maleta y sí la cazadora? —protestó Miguel Ángel.

—Es una buena cazadora, sería una pena si se estropeara —dijo.

—Bueno, si no tenemos la maleta, creo que tú tendrás que venir con nosotros —le comentó Carles.

Lo que no sabía el republicano era que, lo que en principio parecía una misión puntual, se convertiría en una amistad que perduraría a lo largo de los meses. Y en aquel momento estaba allí, en la escasamente transitada plaza del Castillo, a una hora un tanto intempestiva, pues ya eran las once de la noche, esperando un ansiado reencuentro. En ese momento se fijó en un chiquillo, un rapazuelo que atravesaba la plaza y se aproximaba a él.

—¿Podría darme algo para poder comer? —le preguntó extendiendo la mano.

—Lo siento, muchacho. Estoy esperando a alguien.

—El inglés me dijo que me daría algo si le llevaba a Loch Lomond.

Aquello cogió por sorpresa a Carles quien, desconcertado, le preguntó.

—¿Cómo has dicho? —Le cogió del brazo.

—Puedo llevarle a Loch Lomond si me da una moneda.

Carles buscó en los bolsillos. Afortunadamente tenía varias monedas y se las dio al muchacho.

—Llévame hasta allá.

Comenzó un periplo que lo llevó por diferentes callejuelas. Atravesaron los arrabales y continuaron por callejas en dirección a la carretera de Montblanc. De tanto en tanto, el policía miraba hacia atrás para ver si era seguido. Finalmente llegaron hasta una casa derruida, cerca de las afueras, que fue señalada por el chico. Los bombardeos habían proporcionado múltiples escondites a personajes que querían permanecer en el anonimato. Una vez allí, dio un par de monedas al muchacho y se quedó a solas en la oscuridad, ya que aquella casa estaba aislada de las demás. Comenzó a caminar por lo que suponía era el antiguo patio. Los escombros llenaban una buena parte de su superficie. Intentó abrir la puerta y se quedó con la manija en la mano. Cogiéndola con las dos manos, dio un estirón y consiguió abrirla. No sabía si aquello sería una trampa. Para eso llevaba su pistola de nueve milímetros. Echó mano al bolsillo de su chaqueta y la sacó. Pensó que debía haber traído una linterna. Esa era su asignatura pendiente si quería realizar aquellos paseos nocturnos. Realmente, si aquello era una trampa, él había caído como un tonto. Fue caminando por el interior de la casa, intentando oír el más pequeño ruido que delatara a cualquiera que estuviera oculto.

De repente, el melódico sonido de una armónica que atacaba una melodía sobradamente conocida le confirmó que, quien allí se encontraba, no podía ser otro que su amigo el escocés. Las notas de aquel himno particular del piloto rasgaron el silencio de la noche. Localizó el sonido en el piso de arriba y hacia allí se dirigió.

—¡Rick! —exclamó—. ¿Estás ahí?

La luz de la luna provocaba una iluminación muy especial en la casa. Parecía el escenario de una película de terror. El ruido de la armónica cesó y, de repente, en el vano de la

puerta apareció un hombre de metro ochenta aproximadamente. Su pelo pelirrojo, con un flequillo indomable que le caía sobre los ojos, le daba un aspecto un tanto travieso. Una amplia sonrisa dominaba su rostro pecoso que, junto a unos claros ojos azules, parecían darle una alegre bienvenida con su aspecto jovial. Abrió los brazos y ambos amigos, se abrazaron.

—¡Maldito escocés! Te creía muerto.

—Y yo a ti también, puñetera catalán.

Ambos rieron. Rick le hizo pasar a la habitación, donde había una mesa y dos sillas. En medio, una botella de wiski y dos vasos, junto a una vela.

—Hay que celebrar el encuentro —dijo el escocés.

—¿Qué pasó en la sierra de Pándols? Yo te vi caer con tu avión. Vi la columna de humo al estrellarte.

—Querido Carles —dijo Rick, sirviendo bebida en los vasos—, resulta muy difícil matar a este guerrero escocés. Ya llevo estrellados más de catorce aviones, pero no te preocupes, difícilmente me encontrarán. Aquel día, pude salir del avión por mis propios pies y, aunque herido, fui recogido por unos agricultores republicanos que me escondieron de las tropas nacionales. Luego me cuidaron hasta que pude reponerme. Más tarde pude pasar la frontera con Francia. Allí estuve en contacto con amigos del servicio secreto. Me informaron de que tu nombre salió en la lista de fusilados en Tarragona.

—Así fue.

—Entonces… debió de ser un error.

—No, no fue un error. Me fusilaron realmente.

Rick lo miró con aquella cara de sorpresa, la misma que tendría un niño al que le acababan de arrebatar un juguete.

—¡Pero Carles! —dijo con aquel acento característico suyo —. ¡Yo te veo muy bien y con pocos agujeros! ¿Todos

fallaron? —le preguntó.

Entonces Carles pasó a referir su experiencia en el fusilamiento. Ya no sabía cuántas veces lo había contado. Finalmente, le enseñó la biblia que siempre llevaba en un bolsillo interior de la chaqueta.

—Y aquí está la biblia. Aquella biblia que arreglé para mi suegro y que, a la postre, me salvó la vida.

—Interesante, una historia casi más increíble que las mías.

—¿Cómo me has descubierto y porqué nos hemos reunido aquí? —preguntó Carles, intentando llegar al núcleo de la cuestión—. Supongo que no será solamente para recordar viejos tiempos.

—Efectivamente, Carles, los tiempos son muy complicados. Ahora he de ir a escondidas, pues un inglés no es una persona muy grata en tu país.

—Tienes razón, y menos ahora que le habéis declarado la guerra al lunático de Hitler.

Rick asintió con la cabeza.

—Verás. Fue una casualidad la que me hizo venir a buscarte. Estaba en Francia, como te dije, cuando me informaron de que tu nombre, al parecer, había salido en un periódico porque te asaltaron por la calle.

Carles recordó el incidente y también recordó a la abuela de Lucía, que le dijo aquello de que las casualidades no existían. Una sonrisa acudió a su boca mientras seguía escuchando a su amigo.

—Vine para comprobar que fueses la misma persona que conocí. Aquí descubrí que estabas colaborando con los fascistas en una investigación. Quise saber si lo hacías de manera voluntaria o forzado.

—Al principio lo hice un tanto forzado y con la intención de sabotear la investigación o escaparme, pero, si te he de

decir la verdad y yo siempre te la digo, ahora quiero llegar hasta el final del caso.

En aquel momento, Carles desgranó todos aquellos aspectos que habían incidido en las pesquisas y de qué manera habían evolucionado a raíz de los descubrimientos realizados.

—¿Qué interés tiene para ti el asesinato de unos capitanes? Hubo muchos muertos en la guerra.

—En efecto, pero, a medida que progreso en la investigación, voy descubriendo cosas que afectan a mi familia. Quiero saber qué hay de verdad en todo ello. Ahora que lo pienso, de hecho, podrías ayudarme en una cosa.

—¿Ayudarte? ¿Cómo?

—Mira —dijo Carles, sacando la carta de su padre del bolsillo—. Léela.

En silencio y bajo la luz de la vela, a duras penas Rick pudo leer la carta.

—Veo que tu padre ha pasado por momentos difíciles. Lo siento, Pero no veo qué tiene que ver esto con lo que estás investigando.

—Verás, Yo no sabía nada de la existencia de esta carta. El día que me atacaron en el refugio antiaéreo, quedé semiinconsciente. El atacante era un falangista. Me quería asesinar y yo estaba indefenso.

—¿Y qué pasó?

—Un hombre salió de entre las sombras y le cortó el cuello. Estoy seguro de que era el asesino de los capitanes.

Rick seguía en silencio la explicación de su amigo.

—Ese hombre me salvó la vida y fue él quien me dio esta carta. Una de dos, o era mi padre o era alguien que lo conoció. He de llegar hasta el fondo de este misterio. No puedo quedarme ahora sin saber qué le pasó realmente a mi padre. Cómo murió, si es que murió.

—Te entiendo, un asunto complicado. ¿Y cuál era ese favor que querías pedirme?

—Me gustaría que fueras a Barcelona y buscaras al hombre del que habla la carta. Quisiera hablar con —él, si es posible, y aclarar el misterio del intento de asesinato que menciona la misiva.

—No te preocupes. Intentaré encontrar a ese hombre.

Bebieron un trago y recordaron anécdotas de una época que se presumía lejana en el tiempo y en las intenciones. Brindaron por tiempos mejores y por la resistencia a la opresión.

—Cuando acabes con este caso, podrás venir a Francia. Allí hay movimiento ahora para organizar las cosas contra los nazis.

—Te lo agradezco, estaremos en contacto. Por cierto, ¿por qué has tardado tres días en ponerte en contacto conmigo?

—Porque parecía que ibas delante de la procesión.

—¿De la procesión? —Carles no entendía nada.

—Sí, hombre. Eres muy popular, todo el mundo te sigue.

—¿Qué quieres decir? —preguntó intrigado el policía—. ¿Hablas por Hamed? ¿Me está siguiendo?

—Hamed debe de ser el moro. Ese también te sigue a veces, hoy no. Pero me preocupa más el otro.

—¿El otro?

—Sí, ese que tiene la cara cortada.

DE ENTRE LOS MUERTOS

Julio, 1921

Un dolor penetrante fue lo que sentía, como si una pesada losa lo estuviera aplastando. Quiso moverse, pero apenas pudo hacerlo. Ligeros ruidos como el sordo rumor de voces lejanas en la oscuridad llegaron hasta él. Pensó que aquello no correspondía a un sueño. Los pinchazos y dolores que sentía a lo largo de su cuerpo eran reales y no eran otra cosa que la manifestación de las heridas recibidas.

Abrió los ojos y un mundo oscuro se abrió ante él. Debía de ser de noche, por la escasa luz, pero los cuerpos de los hombres muertos que yacían encima de él le dificultaban cualquier movimiento. La sensación de opresión dio paso a otra de claustrofobia. Intentó tranquilizarse pensando que no se ahogaría por falta de aire. Procuró concentrarse y pudo notar su cuerpo dolorido. Quiso recordar qué era lo que había pasado. Poco a poco los acontecimientos de la salida de Dar Drius, de la llegada al cauce del Igan y de la lucha contra los rifeños fueron ocupando sus pensamientos. Fue consciente de que todavía vivía, cosa que le parecía increíble teniendo en cuenta como se había desarrollado la batalla. No pudo evitar que aflorara en su rostro una sonrisa pues él, que había decidido morir en el Rift, iba superando las diferentes

dificultades como si de una prueba por etapas se tratara.

Quiso apartar de encima los cadáveres que le oprimían. Era un esfuerzo prácticamente inútil, porque el peso era notable y sus fuerzas habían disminuido bastante. Trató de mover brazos y piernas y le pareció que respondían a sus órdenes. Poco a poco pudo sacar un brazo de entre el grupo de cadáveres. Pensó que los rifeños tenían por costumbre recoger sus muertos del campo de batalla. Si no lo habían hecho ya, no tardarían en hacerlo, por lo que le urgía salir de allí si quería sobrevivir. Haciendo fuerza con el brazo libre, se arrastró hasta que pudo sacar la cabeza de entre los muertos.

Una vez que tuvo medio cuerpo fuera de la pequeña montaña de cadáveres, permaneció atento a posibles ruidos provenientes del entorno. Le pareció oír sonidos: eran voces rifeñas. Intentó detectar su origen. No parecían venir de muy lejos. Pensó que tenía que alejarse de aquellos cadáveres. Muchos de ellos eran cabileños, por lo que pronto vendrían a recogerlos. En aquel momento, un espasmo de miedo le recorrió el cuerpo. No podía dejarse coger en aquellas circunstancias. Ya sabía cuál sería el resultado. Había visto compañeros asesinados, torturados y mutilados de manera cruel y vengativa. Estaba agotado. Seguramente había perdido mucha sangre, fruto de las heridas recibidas. Las voces se acercaban, de eso no tenía duda. La desesperación se apoderó de él, pues no acababa de librarse de su momentánea prisión. Finalmente, de un impulso, pudo acabar de sacar los pies.

Se giró sobre sí mismo. Parecía que estaba entero. Ignoraba la magnitud de las heridas, pero se pellizcó en diversas partes del cuerpo para poder sentirlas. Parecía que podría moverse sin gran dificultad. Las voces se oían detrás de un montículo. Debían de ser tres o cuatro hombres. Imposible afrontarlos en aquellas condiciones. Si no espabilaba, ya no

tendría nada que hacer. Pudo levantarse con cierta dificultad. Tenía un pie dormido, por lo que no podría correr mucho. Caminó cojeando hacia el único lugar que le resguardaría en aquel momento: la parte superior del terraplén junto al cauce seco del río. Una vez llegó a la cresta del talud, se lanzó a tierra a tiempo. Desde allí pudo ver a tres rifeños que se acercaban. Aquellos hombres pararon a unos quince metros de donde estaba y continuaron hablando. Martí no entendía lo que decían, pero le pareció oír las palabras de Batel y Tistutín. Supuso que se referían a la dirección que habían tomado las tropas.

Los cabileños hablaban despreocupadamente. Se acercaron todavía más. Desde el lugar en que estaba, Martí los podía ver, pero ellos no. Sin embargo, si acababan de subir el terraplén, lo verían, sin ninguna duda. Volvieron a pararse. El sanitario miró a su alrededor para ver si hubiera algo que pudiera utilizar como arma, sin encontrarlo. Permaneció inmóvil; cualquier movimiento podría delatarlo. Aquellos cabileños siguieron hablando. De repente, uno de ellos se agachó para coger un objeto que había en el suelo. Era un sable de los jinetes de Alcántara, probablemente el mismo que había hecho servir esa tarde. Hablaron algo al respecto del objeto y deshicieron el camino realizado.

Una vez alejado el peligro, Martí se permitió relajarse momentáneamente. Se giró y permaneció estirado en el suelo, contemplando las estrellas. Pudo observar un cielo repleto de ellas. «Cuanto daría por estar allá, lejos de este infierno», pensó. Sin embargo, sabía que eso era solamente un deseo imposible. La única manera de cumplirlo sería con la muerte, pero, al parecer, la dama de la guadaña había decidido hacer una excepción en su persona.

Decidió levantarse y recorrer el camino hacia Batel para

llegar hasta el lugar donde se encontraban las tropas españolas. Sabía que el camino, aunque no era muy largo, unos diez kilómetros, resultaría agotador, dado que un gran cansancio lo acompañaba desde su huida de Igueriben. Apenas había tenido tiempo de reponerse. Sentía un desmedido agotamiento, tan enorme, que notaba hasta el último de los huesos. Afortunadamente, reflexionó, las heridas que había recibido debían de ser superficiales, ya que no le impedían caminar. Pensó que, en el momento en que se lanzaron sobre él los rifeños, hubieron de caer ante el impacto de los proyectiles de la guerrilla. De todas formas, una vez pudo verse ante la luz de una luna llena, observó que su cuerpo revelaba múltiples cuchilladas a consecuencia de las cuales había perdido bastante sangre.

Poco a poco y tambaleándose en un principio, como un borracho, fue dejando atrás el cauce seco del Igan, aquel que había sellado su separación de la columna. Tendría que caminar sin hacer mucho ruido pues, sin duda, grupos de cabileños debían vagar por aquellos andurriales. Paso a paso, metro a metro, fue avanzando de manera discreta, atento a cualquier sonido. Cuando llevaba alrededor de cuatro kilómetros, se dejó caer. Ya no podía más. Su agotamiento era más fuerte que sus ganas de llegar, no sabía a qué lugar. Tenía una sed desesperante y apenas había comido desde su salida de Annual. Tirado en un costado del camino, tapado por unos arbustos, se durmió.

Se despertó. No debía de haber dormido mucho pues todavía era de noche. Todo el cuerpo era una manifestación de dolores. La espalda, los brazos, las piernas, incluso la cabeza le lanzaban avisos de que sus llamadas de socorro debían ser atendidas. De repente, un ruido que delataba la presencia de un hombre, le hizo permanecer oculto. Una

figura se acercaba por el camino. Al parecer iba sola. «En este lugar y a estas horas, puede ser amigo o enemigo», pensó. No era cuestión de dejarse ver.

El ruido adquirió forma en la figura de un rifeño barbado, un anciano de unos sesenta años que debía dirigirse a Batel, caminando con una rama que hacía las veces de bastón. Pensó que era probable que llevara agua o comida, pero la confianza y amistad que manifestaran antaño los cabileños había desaparecido con la oleada de odio que se había producido. Se metió la mano en el bolsillo y pudo notar que todavía disponía de una navaja en el mismo, la única arma que le quedaba. La sacó, pues no sabía cómo podía reaccionar y él no disponía de fuerzas sobradas. Salió al camino, sorprendiendo al anciano, que dio un salto de sorpresa.

—¿Tienes agua? —le preguntó, amenazándolo con la navaja.

—Sí, yo agua —dijo el anciano una vez repuesto de la sorpresa—. Tú tranquilo. Ablal ser amigo. Yo no gustar guerra.

Martí no sabía si creer en sus palabras. Había asistido a demasiada destrucción en apenas un par de días. Su impresión de los rifeños se había alterado debido a las circunstancias. Cogió una vieja cantimplora que le ofreció el anciano y bebió con un ansia desesperada. El calor había hecho estragos en su organismo. Prácticamente acabó con el agua que llevaba el hombre.

—¡Gracias! —le dijo devolviéndosela.

El hombre pareció tranquilizarse, aunque el aspecto de Martí era aterrador. Su rostro sucio, con el pelo revuelto. La ropa agujereada, sucia y ensangrentada no ayudaba a dar una imagen pacífica del sujeto que se le había presentado en mitad del camino. Lo cierto es que el hombre pareció apenado. Sacó

de entre su ropa una hogaza de pan y se la ofreció.

—*Tomá* pan.

El sanitario no pudo hacer otra cosa que agradecer con la cabeza. Con la navaja partió el pan y dejó la mitad para el anciano. Sabía que la hospitalidad era un valor muy apreciado en estas tierras y, a pesar de los duros momentos, pensó que sería mejor no tener un enemigo más cerca de él. El anciano lo cogió y se despidió siguiendo su camino.

Ignoraba si había hecho bien en dejar con vida al hombre, pero pensó que ya había habido muchos muertos, demasiados. Se apartó del camino intentando no ser localizado por los rifeños. Siguió caminando con una gran fuerza de voluntad. Ahora se sentía un poco mejor tras haber bebido y comido algo. Pensó que podría aguantar hasta llegar a Batel. De repente, unos gemidos le hicieron mantenerse en alerta. Parecía el monótono ruido producido por un sollozo fruto del desamparo. Volvió a sacar la navaja y a prepararla. No sabía qué era lo que se podía encontrar. Con sigilo, fue caminando, agachado entre los marojos que se hallaban fuera del camino. Un pequeño terraplén hacía pendiente en un lado del mismo. Aquellas lamentaciones venían del fondo de la bajada. Si no hubiera sido porque estaba alerta a cualquier ruido sospechoso, probablemente tampoco las hubiera oído.

Bajó con cuidado, ignoraba qué era lo que encontraría allá abajo. No podía pasar de largo, ya que su preparación como sanitario le impedía desentenderse del hecho de que alguien pudiera necesitar su ayuda. Cuando llegó al final del terraplén, la luz de la luna iluminó un espectáculo dantesco. Los cadáveres de cuatro hombres, soldados españoles, se hallaban esparcidos por el suelo. Estaban semidesnudos. Seguramente los habían matado y luego no habían dudado en robarles. O tal vez hubiera sido al revés. Sus cuerpos mostraban señales de

haber sido torturados con ahínco. A uno de ellos le habían cortado las orejas y le habían sacado los ojos. A otro le habían cortado los genitales. Evidentemente, los rifeños se habían ensañado con ellos. Era probable que aquellas torturas las hubieran hecho en vivo. Pensó en las barbaridades que es capaz de realizar el hombre en momentos de odio y desesperación.

El gemido se repitió y Martí pudo ver que el ruido venía de un hombre que estaba girado, tumbado sobre un costado. Se acercó a él y lo movió con cuidado. Tenía múltiples heridas, pero la peor de ellas era una afilada madera que, a modo de lanza, le atravesaba el estómago. Martí sabía que aquella lesión era mortal, además de muy dolorosa.

—¡Tranquilo! —le dijo el sanitario, apoyando la cabeza del soldado, un joven que apenas debía llegar a la veintena, en su brazo—. Ya he llegado.

Sabía que resultaba absurdo cualquier comentario que hiciera, pero creía que lo más importante para aquel hombre era saberse acompañado.

—Hoy hay luna llena, ¿verdad? —preguntó el moribundo en un susurro.

—Sí, hoy hay luna llena —dijo Martí, que ignoraba a que respondía aquel interés del soldado por la luna.

—Había quedado con mi novia en que, las noches de luna llena, los dos la miraríamos y pensaríamos el uno en el otro. Ahora ella la estará mirando…

Aquella voz se había convertido apenas en un hilillo de sonido. El hombre respiraba con dificultad. El sanitario sabía que los hombres intentan evadir los malos momentos, sobre todo si son los últimos.

—Y yo no podré volver a verla —dijo en un susurro, cogiéndole el brazo con fuerza—. No podré volver a Ronda.

—Ya verás como sí —intentó animarlo un desanimado Martí, que sabía que aquel hombre no tenía ninguna esperanza de salvación.

—Mi Mariela. Ella mirará la luna y yo Ya no podré volver.

—Cada palabra era un esfuerzo desesperado. La sangre comenzaba a salirle por la boca.

—Podrás, ya verás como sí.

El soldado no pudo decir más. Dejó caer la cabeza. Martí no había podido hacer otra cosa que mirar cómo moría. Un sentimiento de rabia e impotencia le dominó. Esto había sido una masacre, pero, además, los rifeños se habían ensañado con los heridos y agotados españoles.

Pensó que, si quería sobrevivir, debería preocuparse de llegar al lugar donde suponía que se hallaba Navarro. Cualquier pausa podía alejarle de la salvación. Ayudándose con las manos, que se agarraban como garfios a los matojos, pudo subir al camino. No había caminado ni diez pasos cuando una voz resonó en la noche y le conminó:

—Tú, *pará* ahora si no *querés* morir.

Sabía que, aquello que más había temido, acababa de suceder.

RECUERDOS DOLOROSOS

Septiembre, 1939

La albada se había instalado en la casa que había en las proximidades del Reus Deportivo. Aquella noche, tres hombres se hallaban reunidos intentando tejer una composición de la situación. Carles había venido de su paseo nocturno y había comentado a Ernesto las novedades, unas novedades preocupantes.

—¿Estás seguro de que era él? —le preguntó Ernesto, por enésima vez.

—Ya te lo he dicho. Lo vi a través de un espejo que había en el portal de una casa. Noté que alguien me seguía. Me escondí para observarlo y vi que era él. Iba un tanto descuidado en su aspecto. Llevaba una chaqueta gris clara. Tenía el pelo negro y la piel tostada por el sol. Llevaba una cicatriz en la mejilla izquierda.

—Debe de ser él. Debe de ser el legionario. ¿Cómo puede ser que te esté siguiendo?

Carles había hecho repetir a Rick hasta la saciedad las características del hombre de la cicatriz que le seguía. El escocés le había dado la información necesaria para que ahora la pudiera presentar de otra manera, cómo si hubiera sido él quien la hubiera visualizado.

—No lo sé —contestó—. Pude seguirlo hasta la riera Miró, pero creo que se percató de que le seguía y desapareció al girar una calle. Lo perdí de vista.

—¡Maldita sea! —expresó Ernesto en voz alta. Esto implica que nos ha descubierto. No sabemos si te habrá seguido hasta la casa. Hemos de montar un operativo para capturarlo.

—¿Vas a llamar a Villalba? —preguntó Carles.

—No nos queda otro remedio. Necesitamos más gente. Has de estar protegido porque te está siguiendo un asesino. Por otra parte, ello facilitará su captura.

Aquella misma noche, Ernesto llamó a Capitanía. Le pasaron con el coronel Villalba, quien estuvo de acuerdo en enviar gente para realizar la búsqueda y captura del legionario. Finalmente, Carles se dirigió a su habitación. Antes fue a asearse y vio cómo el hombre que veía en el espejo no se parecía en nada a aquel que había sobrevivido al fusilamiento. La buena alimentación y la higiene, de la cual había carecido en Pilatos, le daban una presencia aceptable. Los dolores de cabeza que había tenido, a raíz del golpe, habían remitido, por lo que su situación en este aspecto había mejorado de manera significativa.

Junto a su cama tenía una carta de su cuñado que había recibido ese mismo día. Leyó las últimas líneas que le había escrito Enric, el hermano de Dolors. Tras los agradecimientos y los comentarios de su nueva vida en la granja de su padre, finalmente le decía:

El martes pude bajar a Barcelona. Visité a aquella señora, la señora Engracia, una persona muy agradable. Te he de decir que no sabe nada de tu madre. No hay ningún rastro desde el día en que desapareció, en enero. Siento no tener ninguna buena noticia que darte al respecto. Es como si se la

hubiera tragado la tierra.

«Efectivamente, como si se la hubiera tragado la tierra», pensó. ¿Qué debió de pasar aquel día de enero? ¿De quién huiría su madre? ¿Tendría miedo de la entrada de los nacionales a Barcelona y había huido, como otros republicanos?

Lo cierto era que, por muchas preguntas que se hiciera, las dudas permanecían y el silencio se presentaba como única respuesta a las mismas. Se acostó e intentó dormir, pero le costó, pues su cabeza no paraba de dar vueltas respecto a las personas y temas que le atañían. Pensó en la asociación curiosa que se había producido. Su padre había desaparecido en África y ahora su madre en Barcelona. Toda la vida pensando que su padre había muerto y, al parecer, existía la posibilidad de que estuviera vivo y, no solamente eso, sino que podría ser el sospechoso de unos asesinatos. ¡Qué raro se le antojaba todo!

Por otra parte, recordó a su amigo el escocés. Confiaba en que él pudiera aportar alguna información válida. En alguna ocasión había colaborado, de la misma manera que Carles, con el SIM, el Servicio de Información Militar, y el SIEP, el Servicio de Espionaje Republicano. El policía había alternado en varias ocasiones su función militar con los servicios específicos de espionaje. En ese mundo había conectado de manera especial con Rick Wallace, un hombre algo alocado y sorprendente.

Su mente vagó hacia Dolors y el recuerdo todavía le apesadumbraba. A pesar de haber pasado varios meses desde que había sabido la noticia, le costaba hacerse a la idea. En esos momentos era un hombre solo, un hombre sin familia. Todos aquellos que le habían rodeado tiempo atrás habían fallecido o desaparecido. Sin embargo, la abuela de Lucía le

había hablado de la probable existencia de un niño, su hijo. No sabía hasta qué punto dar credibilidad a aquella información. Él nunca había creído en visionarios ni predictores del futuro. No obstante, todavía no sabía cómo explicar aquella visión que tuvo en la montaña de la Oliva.

La primera imagen correspondía a la de una chica sonriente que le miraba a los ojos. Parecía decirle alguna cosa, aunque él no sabía el qué. Le dijo adiós con la mano mientras marchaba acompañada de una amiga. Emprendieron el camino a su casa pasando por las calles del centro. La siguiente imagen correspondía a la de una ciudad llena de escombros. Él los apartaba con rapidez, esperando todavía hallarla con vida. Quitaba desesperado los cascotes hasta que allí no quedó ninguno. Las manos, ensangrentadas, daban testimonio del desespero con el que había realizado el trabajo. Sin embargo, ella no estaba allí. Ella ya estaba muerta. Fue entonces cuando la vio. Tendida en el suelo, sin vida. Como una muñeca de porcelana. Toda ella pálida y emblanquecida. De repente, el color se tornó sombrío. El negro de la pólvora iba transformando su rostro y vestido en algo diferente, con tintes más oscuros. Él se acercó para verla, pero la ropa de ella volvió a cambiar de color. Un color rojo púrpura la bañaba en ese momento. Cuando la tocó, se dio cuenta de que era sangre. Ella había muerto y él no podía resucitarla. Había desaparecido para siempre. De repente, por si el dolor fuera poco, ella abrió los ojos súbitamente, unos ojos enrojecidos que lo miraban sin vida. Él se asustó. Aquello no era lo que esperaba. Ahora aquel rostro sonreía. Él tuvo miedo, pero no podía dejar de mirarla. Aquel rostro que tanto había amado se estaba transformando. A continuación, la imagen se

transformó en la de otra chica, una muchacha joven que exteriorizó una carcajada diabólica. Su rostro explotó y se desguazó en mil pedacitos.

El hombre se despertó bruscamente. El sudor corría a raudales por su rostro. Su corazón latía con celeridad y la angustia dominaba sus sentimientos, como tantas veces. Otra vez la misma pesadilla. Hacía tiempo que apenas dormía algunas horas, incapaz de relajarse pues las imágenes volvían una y otra vez.

En ellas se mezclaban hechos diferentes. Él veía varias chicas que se fundían en una sola.

Recordó aquel fatídico día de octubre del treinta y cuatro, cuando el ejército se había desplazado a Asturias para frenar la revolución. Allí había triunfado la huelga general organizada por la UGT y la CNT en contra de la entrada de tres ministros de la CEDA en el gobierno. Para los revolucionarios, ello fue interpretado como el anuncio inminente del fascismo en España. La izquierda había llamado a la huelga general contra el gobierno. En Madrid fracasó el movimiento. En Barcelona, Companys proclamó el estado catalán dentro de la república federal española. El presidente de la Generalitat y todo su gobierno serían encarcelados, primero en el barco Uruguay y, posteriormente, en el Puerto de Santa María. Pero lo peor fueron, sin duda, los hechos de Asturias. Allí, la huelga derivó en una verdadera revolución, lo que llevó al gobierno a actuar con la máxima contundencia. El general Francisco Franco y el coronel Yagüe dirigieron las tropas de África, aquellas que habían luchado sin piedad contra los rifeños, para aplacar la revolución.

Sergio rememoraba aquellos momentos. Cuando los recordaba, la herida en la mejilla le quemaba como si de un hierro candente se tratara. Recordó aquella ametralladora que

los tenía parados en las proximidades de San Pedro de los Arcos, en Oviedo. Una simple ametralladora tenía paralizado a todo un ejército. Un tabor de regulares, una batería de artillería y una bandera de la Legión, de la cual formaba parte, intentaban acallarla. Finalmente, tras varias horas, pudieron rodearla por varios puntos. Cuál no sería su sorpresa cuando vieron que era una mujer, casi una chiquilla quien la manejaba. Más tarde supo que se llamaba Aida Lafuente. Un soldado le preguntó:

—Niña, ¿tú cómo te llamas?

—¡Comunista libertaria! —le contestó sin amilanarse.

En un momento en que Sergio pudo acercarse a ella, le susurró:

—¿Cómo has sido tan idiota para oponer resistencia? ¿Sabes que vas a morir por ello?

Pero, si esperaba encontrar miedo o temor en su mirada, se sorprendió cuando la muchacha, manteniendo la mirada en la suya, le dijo:

—Tú ya llevas la muerte contigo. ¿Piensas que me da miedo? Prefiero morir ahora que vivir marcado por ella como tú.

La respuesta lo dejó helado. Vio que había sabido leerle el pensamiento aun cuando él intentara no manifestarlo. Ella lo había mirado y había entendido el peso de su conciencia. Aida fue fusilada y enterrada en una fosa común, junto a la tapia de la iglesia. Luego, Sergio supo que su familia era comunista y que la muchacha actuaba de enlace entre el comité revolucionario de Oviedo y los grupos que controlaban el oeste de la ciudad, ese octubre del treinta y cuatro. «Una chica valiente», pensó.

Poco después, tras una pacificación forzosa producida por la fuerza de las armas, comenzó el momento de la represión.

Sergio pudo caminar por la ciudad hacia unos barrios que conocía. Allí había pasado algunos de los mejores años de su vida hasta aquel maldito día en que discutió con sus padres y se marchó de casa para alistarse en el ejército de África. Confiaba en que sus padres, unas personas tranquilas y nada revolucionarias, hubieran permanecido al margen de la situación. Aquel día sería bueno para el reencuentro y para comenzar a recuperar el tiempo perdido.

A medida que se adentraba en barrios por los que había callejeado de manera incesante en otras épocas, se fue dando cuenta del alcance de la guerra, ya que no era otra cosa lo que allí había tenido lugar. Las huellas de los bombardeos aéreos y de los edificios dinamitados, junto con otros donde habían tenido lugar fuertes combates, indicaban la gravedad de los hechos acaecidos. Comenzó a temer que les hubiera pasado algo a sus padres o a su hermana.

Cuando llegó a la calle en cuestión, la sensación que tuvo fue la de un paisaje derrotado. Los escombros ocupaban las calles, edificios semiderruidos decoraban el horizonte. Pudo ver su casa y la inquietud se convirtió en temor, temor de no llegar a tiempo. La morada mostraba signos evidentes de haber sido alcanzada por las bombas. Grandes grietas se abrían en la fachada. En el piso superior se podía observar que faltaba una parte del techo. Entró en la vivienda y la imagen que vio le impactó. Aquello no parecía el hogar en que había vivido. Se mostraba abandonado y ruinoso. Notó que faltaban muchos objetos. Probablemente había sido saqueado.

Unos ruidos provenientes del piso de arriba le pusieron alerta. Sacó su pistola y subió las escaleras sigilosamente, después de ver que no había nadie en la planta baja. Los escombros se hallaban por toda la casa. Una vez arriba observó la planta. Había suciedad por toda la casa, cascotes y desechos

en el pasillo y habitaciones. Llegó ante la habitación de sus padres. Esta permanecía en la oscuridad. La puerta estaba prácticamente cerrada. Una galopante angustia le envolvió pues temía aquello que pudiera encontrar tras ella.

Sin embargo, sus recuerdos acababan allí, bloqueados por un paso que se le presentaba como un muro inaccesible, una puerta que se mantenía tozudamente cerrada.

ENTIERRO

Septiembre, 1939

Los escasos acompañantes habían llegado hasta el cementerio escoltando el cuerpo de la difunta. Allí pudieron ver cómo los enterradores bajaban el ataúd hacia el interior de la fosa creada para la ocasión. Una vez abajo, los hombres fueron llenando el hueco con la tierra que arrojaban a paladas.

Junto a Carles se hallaba Lucía, que cogía del brazo a su padre, Javier. No por esperado resultaba menos doloroso el final de la abuela. Carles había podido darle el pésame. Para aquella ocasión ella se había puesto su falda gris y una camisa gris oscuro. La ropa realzaba, si cabía más, su austera belleza. El pelo lo llevaba recogido en un moño. En conjunto presentaba un aspecto sencillo, pero no por ello menos imponente.

—Créeme, era una mujer especial.

—Sí que lo era —le comentó ella—. Era consciente de que el tiempo se le acababa, pero siempre fue valiente. No le temía a nada, ni siquiera a la muerte.

—Tu abuela parecía ver señales invisibles.

—A veces, esas señales las tenemos delante de nosotros, pero no somos capaces de verlas —le contestó ella.

Había sido Lucía quien había avisado a Carles de la

muerte de su abuela. Hacía varios días que el policía no la había visto.

Desde el día en que la visitara y tuviera aquella conversación tan especial con Josefa, antes de ir a San Pedro de Cardeña. La discusión con la finada le había descolocado. Le había hecho pensar en Dolors, en el significado de aquel sueño y en sus palabras. A pesar de todo, continuamente, se repetía que no podía ser cierto. Veía una imposibilidad material el hecho de tener un hijo porque le parecía un suceso imposible, por la escasez del tiempo transcurrido.

Una vez que los enterradores acabaron de cubrir la tumba de la abuela de Lucía, salieron del cementerio. Fueron caminando de manera pausada.

—¿Qué harás ahora? —le preguntó el republicano.

—Continuaré, igual que hice antes. Tiraremos para adelante.

A pesar de que la muchacha mantenía un punto de orgullo, Carles sabía que al mismo tiempo soportaba un poso de insatisfacción. Una familia, marcada por el republicanismo de sus miembros, podía acabar en la cárcel o en el pelotón de ejecución. En el mejor de los casos, se veía condenada a la marginación y a las consecuencias de perder cualquier tipo de apoyo ciudadano. Los círculos de la represión y del aislamiento se cerraban en torno a estas personas, de manera directa o indirecta.

La acompañó hasta su sencilla vivienda. Quedó en ir a visitarla más a menudo y se despidió. Intuyó que preferiría estar a solas y recordar aquellos momentos que había pasado en compañía de su abuela de manera más íntima.

Unos garbanzos rehogados acompañados de algunas

verduras formaban un excelente cocido preparado por la inefable Benita, que los animaba a comer.

—¡Ya verán lo buenos que están!

Pero apenas nadie le dijo nada. Cada uno estaba concentrado en algo diferente. Mientras Ernesto le daba vueltas al grupo de apoyo que venía de Barcelona para capturar al legionario, Hamed seguía inmutable y últimamente no hablaba demasiado. Carles pensaba en algo que le había dicho Lucía esa mañana: «A veces tenemos las señales delante nuestro, pero no sabemos apreciarlas».

Una vez marchó Benita, un tanto decepcionada porque la comida no parecía haber tenido el éxito que ella esperaba, Carles subió a la habitación y abrió la caja que había traído de casa de doña Engracia, la caja que había escondido su madre. Había supuesto que era debido a que poseía algo de valor, pero después de haber analizado el contenido, no había acabado de establecer cuál era el misterio que escondía. Poseía objetos que tenían valor sentimental pero no le aportaban indicaciones del lugar donde podría encontrarse ella. Básicamente había encontrado correspondencia entre sus padres. La había leído una y varias veces, intentando hacerse una idea del carácter de la figura paterna. Junto a ella, también había encontrado objetos personales, entre los que destacaba un reloj de su padre con una cadena y unos pendientes que su madre guardaba para las grandes ocasiones.

También había un paquete que ya había observado anteriormente. Parecía un libro dentro de un sobre donde se leía «Martí Salvat». Junto al paquete, había una carta de su padre, probablemente la última que escribiera. En ella le decía que se hallaba en Annual y que le enviaba unos objetos que pertenecían a un compañero que había marchado a Igueriben. Carles pensó que aquel compañero habría padecido la misma

desgracia. Por lo que había leído, sabía que apenas había sobrevivido nadie de Igueriben. Fueron muy pocos los que recorrieron con éxito aquella carrera contra la muerte cuya meta estaba en Annual.

Su vista se fijó en un sobre de entre tantos que había recibido con dinero a lo largo del tiempo. Al parecer, su madre había considerado necesario guardarlos. Estaba vacío. Lo observó con detenimiento y lo comparó con el que había recibido de manos del asesino. Eran los mismos sobres, los mismos dibujos. Recordó las palabras de Lucía mientras los miraba y una idea se abrió paso en su mente.

—Creo que me sobrevalora —le dijo Eduardo Mercader.

—Usted me dijo que le gustaba la historia y la heráldica —le conmino Carles—. He pensado que estos dibujos podrían representar el escudo de una casa noble.

—Podría ser —dijo Eduardo, mientras miraba los dibujos que tenía el sobre—, pero ello no resulta fácil de descubrir. Poseo algunos libros con documentación heráldica, pero hay mucha información en ese aspecto.

—Yo pensaba que habría algún tipo de diccionario para encontrar los escudos nobiliarios.

Eduardo lo miró fijamente. Carles se había presentado en su casa, situada en el *raval* de Santa Anna, gracias a las indicaciones del encargado del hotel Londres y le estaba preguntando sobre cuestiones heráldicas que podrían estar relacionadas de alguna manera con el caso. Había preparado un café y se hallaban sentados ante una mesa estilo colonial con un par de cómodas sillas.

—Eso no es correcto. Se tiene la falsa idea de que, a cada apellido, le corresponde un escudo de armas y que, por tanto,

solo tienen uno.

—¿Y no es así?

—Los escudos de armas se concedían, de manera original, como medio de diferenciación en el combate y, también, como manera de expresar el patrimonio familiar. Por eso no existe un escudo propio de un apellido, sino de un linaje o grupo familiar. Así, se puede producir que un mismo apellido tenga varios escudos para varios linajes, mientras que en otros linajes no exista escudo o, incluso, que algún apellido no posea escudo de armas en absoluto.

—Parece complicado.

—En efecto, lo es. A todo ello, has de añadir la posibilidad de que alguien haya falsificado alegremente un escudo familiar, dando por bueno lo que sería considerado un engaño. En este caso, no habría manera de determinar o encontrar el escudo.

—Pero eso, ¿no está regulado de alguna manera?

—En efecto. Piensa que en Castilla existía la Real Audiencia y Chancillería de Valladolid, creada por Enrique II. Era un órgano judicial con competencias en todo el territorio de la Corona de Castilla. Tenía la sede en Valladolid. Posteriormente, la reina Isabel recortó sus competencias y dividió el territorio en dos demarcaciones: la del norte del río Tajo, con sede en Valladolid, y la del sur, con sede en Ciudad Real y, posteriormente, en Granada. Funcionó durante la Edad Media y Moderna como el tribunal de justicia más importante del reino. Fue suprimido con la llegada del liberalismo en 1834.

—No acabo de ver la relación.

—Ahora la verás. La Real Audiencia, para regular la jurisdicción, estaba organizada en salas: salas de lo civil, salas del crimen y sala de la hidalguía, que se ocupaba del

reconocimiento de las hidalguías y títulos nobiliarios. Aquí estaban acreditados los interesados, aportando aquellos documentos necesarios para manifestar la hidalguía. Cuando había un conflicto, que surgía generalmente a partir de una denuncia, en las chancillerías de Valladolid y Granada, y en las audiencias de Zaragoza, Barcelona y Valencia, el procedimiento que se seguía era similar al de asuntos de materia civil. En cambio, en Navarra se consideraba un caso de carácter criminal. La hidalguía era algo con lo que no se jugaba. La causa de la falsificación de escudos nobiliarios la tenemos en los beneficios que se obtenían de su posesión, como era el caso de exenciones tributarias y otros rendimientos que había de pagar la corona y otros vecinos.

—¿Qué pasaba si se descubría un caso de falsificación?

—La sentencia era inmediatamente ejecutada. Si había recurso se presentaba nuevamente ante el Real Consejo, donde era confirmada o rectificada. En caso de confirmación, la sentencia definitiva se recogía en la ejecutoria y se entregaba a la parte como acreditación de su condición hidalga. Se notificaba al fiscal a efectos oportunos y se anotaba en los libros de Mercedes Reales. El rey de armas registraba y copiaba el escudo en los libros de armería, como base de futuros testimonios y certificaciones heráldicas. Posteriormente, también tomaba nota el secretario del Reino. Finalmente, el proceso quedaba registrado en los tribunales.

—Así que, si esto resulta ser un escudo nobiliario, ¿estaría registrado?

—En efecto, pero no resultará tan fácil de descubrir. En el sobre no pone ninguna dirección. No sabemos de qué región se trata.

—¿Ello ayudaría?

—Sí, pero no necesariamente. Piensa que un linaje no

tiene por qué estar adscrito necesariamente a un territorio concreto.

—Yo pensaba que los títulos se mantenían como una especie de identificación del territorio como pertenencia a un señor.

—En cierta manera sí, y así fueron creados en un principio. El título iba ligado a la posesión de la tierra. Pero, ahora, no tiene por qué ser así. Con la movilidad territorial que ha habido en el último siglo, una persona puede heredar un título nobiliario y no residir en el país de origen del título necesariamente.

—Así, el campo de investigación se ampliaría.

—Así es, pero habrá que comenzar por los escudos del país.

—¿Cree que podría descubrir el origen del escudo? —preguntó Carles con cierta reserva, respondiendo al tuteo con que lo trataba Eduardo.

—Carles —le preguntó Eduardo—, esto no tiene que ver con el caso, ¿verdad?

—¿Por qué lo dice? —Rápidamente se puso en alerta.

—Porque estás tenso. Manifiestas una preocupación que se refleja en todo tu rostro. No puedes ocultar que hay algo que te inquieta. Hace tiempo que te observo y veo que te dominan las emociones. Eres una persona que ha pasado por momentos difíciles… y que sufre.

Entonces Carles pudo contarle la verdadera razón de su búsqueda. La probable asociación de su padre con el mensajero. De qué manera iba tras alguna pista de la desaparición de su padre en Annual.

—No dudes de que buscaré el escudo y, si corresponde a una familia noble española, lo encontraré.

—Muchas gracias —dijo a modo de despedida el policía.

Eduardo permaneció de pie, observando marchar al republicano. Desde la ventana pudo ver cómo, bastantes metros más atrás, un hombre bajo y robusto tomaba su misma dirección y parecía no querer perderlo de vista.

PRISIONERO

Julio, 1921

Aquello había sido lo más temido. Martí se había hecho realidad. Había caído prisionero de los rifeños sin tener oportunidad de defenderse o morir luchando. Resultaba irónico que él, que no se consideraba un luchador, más bien todo lo contrario, hubiera valorado como un gran logro acabar de manera trágica en el cauce del Igan.

Había sido testigo de la masacre realizada por los cabileños sobre soldados indefensos y agotados que ya se habían rendido. No habían tenido en consideración ninguna actuación que estuviera conforme con los acuerdos internacionales de prisioneros de guerra. Esta era una guerra sucia y peculiar. Lo había sido cuando los españoles dominaban el territorio y abusaban de su posición colonialista y lo era ahora que los moros se resarcían de los agravios padecidos a lo largo de años.

—Mira aquí —dijo la voz que le había anunciado el alto. Martí se giró y pudo ver a dos hombres, dos rifeños que le apuntaban con sendos rifles. Seguramente, le debían de haber oído hablar al fondo del terraplén y habían esperado su aparición sobre el camino. Por un momento en el que había descuidado su vigilancia, las consecuencias habían sido fatales.

No dijo nada, sabía que ello solo empeoraría las cosas. Un tercer hombre salió de la oscuridad y se le acercó. El hombre no era muy alto. Mostraba una delgadez algo endémica. Unos pómulos huesudos destacaban en su rostro. Un pelo largo y una barba descuidada completaban su aspecto de dejadez. Sus ojos, enfebrecidos, brillaban como los de un cerdo que acaba de descubrir un gran manjar.

—Tú, *ispañol*, vendrás con nosotros. Nosotros gran fiesta.

Martí seguía sin decir nada. Observó a aquellos individuos y maldijo su mala fortuna. ¡Después de lo que había pasado hasta llegar allí! Por otra parte, pensó que su suerte no difería de la de miles de soldados asesinados desde la caída de Annual.

—Tú no decir nada. *Ispañol* tener miedo. *Ispañol* cobarde como todos.

La verdad es que, a aquellas alturas, Martí no tenía miedo de morir. Temía más las posibles torturas a que podía ser sometido. Ya había tenido algunos ejemplos. Se tensó cuando el rifeño sacó una gumía y le acarició el cuello. Pensó que aquello sería el fin, aquel fin que parecía serle esquivo. No cerró los ojos. Quiso demostrarles que no tenía miedo de ellos. Sin embargo, la cara de satisfacción que ponía aquel energúmeno que le amenazaba era algo que le inflamaba interiormente.

El moro fue girando alrededor de Martí y, de repente, le cogió del pelo y tiró de él hacia atrás, mientras que con la gumía le amenazaba la garganta. Llegado aquel momento, que creyó el sanitario que sería el último, cerró los ojos y se encomendó a su suerte.

De repente, un grito y una advertencia salieron de la boca de uno de los hombres que apuntaba con un rifle. Este, más alto y fuerte, de porte más noble y autoritario, pareció

comentar alguna cosa con el rifeño que le amenazaba la vida. Se entabló un debate entre los dos moros hasta que, finalmente, el alto pareció ganarlo. El huesudo se apartó y se guardó la gumía bajo la manga.

Martí creyó ver un destello de odio en su mirada. «Ese hombre es peligroso», pensó.

—Tú, prisionero. Venir con nosotros —le dijo, mientras le miraba a los ojos—. Ahora andar.

Le amenazó con el rifle y al sanitario no le quedó otra que ir tras ellos. El hombre que le había amenazado se llamaba Bani, como descubrió pronto y, en un descuido de sus vigilantes, le hizo la señal de cortarle el cuello mientras sonreía. Martí veía claro cuál era el futuro que podía esperar con aquel individuo.

Para su sorpresa, al poco se desviaron del camino y pasaron por terrenos más dificultosos para caminar. El cansancio y las heridas recibidas no ayudaban a que el sanitario pudiera mantener un ritmo adecuado a los intereses de sus captores, por lo que pronto se llevó un golpe con la culata en las costillas que lo arrojó al suelo. De momento le habían salvado la vida, pero ello no indicaba que lo fueran a tratar bien.

Se levantó con un dolor agudo más que añadir a la larga lista que ya tenía. Intentó ir más rápido. El esfuerzo era descomunal para un hombre que había estado en Igueriben. A pesar de ello, sacó fuerzas de flaqueza, no podía permitirse ser golpeado de nuevo. El día clareaba y ya podía distinguir los relieves del paisaje evitando tropiezos. Le pareció que se dirigían hacia el norte, supuso que en dirección al Kert. Pudo oír disparos lejanos, en la dirección de Batel. Imaginó que las tropas se debían de estar enfrentando al paqueo continuado de la *harka*.

Continuaron el viaje. No sabía qué sería lo que pretendían aquellos hombres. Lo curioso era que no le habían registrado, tan seguros estaban de su fuerza y de la debilidad de los soldados… Sin duda habían tenido experiencia en ello. Habían estado años atemorizados ante un enemigo que, ahora, se les antojaba de papel.

El sol comenzaba a aparecer cuando llegaron a un aduar que se hallaba protegido por un murete de un metro de altura aproximadamente. Había una actividad inusual en aquellos momentos. Hombres y mujeres se movían inquietos en el poblado. No era para menos: el levantamiento del Rift había obtenido unos grandes resultados en apenas unos días y el ejército español estaba siendo aniquilado de manera inmisericorde.

Los hombres lo miraban con curiosidad. Si alguna vez había pensado en la posibilidad de escaparse, ahora lo veía más difícil, ya que aquel poblado estaba repleto de hombres armados. No en vano, la lucha se sostenía a unos kilómetros de allí. El sanitario seguía a sus captores cuando una imagen le aterró: vio los restos de un hombre que, al parecer, había estado atado a un poste. En aquellos días, la vida no tenía ningún valor y los odios florecían con gran facilidad. Como se había parado un segundo a mirar aquel horror, un golpe con el fusil le recordó que continuaba siendo prisionero de aquellos individuos. Lo llevaron hasta una cabaña. Allí le hicieron entrar y pudo ver que dos hombres, en este caso otros dos soldados españoles, se hallaban allí presos.

La impresión fue de alegría en un primer momento, ante el hecho de encontrarse con otros compañeros de infortunio, pero a esta le siguió otra de desánimo. No podía obviar lo desesperado de su situación. El aspecto de los dos soldados era desastroso, como imaginaba que debía de ser el suyo propio.

Uno de ellos pertenecía al regimiento África y otro al de san Fernando. Los dos estaban destrozados física y anímicamente. Una vez los dejaron solos, dentro de la cabaña, se miraron entre sí.

—¿De dónde vienes tú? —le preguntó uno de ellos.

—De Igueriben —les contestó—. ¿Y vosotros?

—Yo estaba en Ben Tieb y este en Dar Drius —dijo, señalando a su compañero.

Comenzaron a hablar. Cada uno explicó su historia. Las narraciones parecían sacadas de un mismo discurso en el que el mínimo común hablaba del agotamiento, la desesperación y el terror causado por los rifeños. Ambos habían sido capturados la tarde anterior.

—¿Creéis que nos dejarán con vida? —preguntó uno de ellos, un chico moreno, con los ojos claros, procedente del Puerto de Santa María.

—Yo no me haría ilusiones —dijo Martí—. He visto demasiadas cosas horribles a lo largo del camino. En la subida del Izzumar, los moros remataban a cualquiera que caía.

—¡Dios mío! —gimió el compañero, un chico con el pelo castaño y rizado, muy joven, al cual apenas le crecía la barba —. ¡No quiero morir!

Martí no respondió. No podía decir nada. La situación era muy dura y ellos eran muy jóvenes para soportar aquella tesitura. Su caso era diferente. En cierta manera, ya había asumido su destino. Era consciente de que no tenía a nadie que le esperara y, por lo tanto, nadie padecería por su muerte. Los que él había considerado amigos habían ido cayendo aquellos últimos días.

De tanto en tanto, algún rifeño abría la puerta para vigilar a los hombres. Ellos permanecían mudos ante aquellas apariciones, pero los semblantes que debían de presentar

producían la sonrisa en el rostro de los cabileños que asomaban. No supieron cuánto tiempo había pasado, pero sí supieron que el sol se hacía dueño del paisaje. El calor asfixiante penetraba hasta el interior de la cabaña. La necesidad de beber agua se convirtió en una exigencia del organismo.

Martí pudo conocer un poco a sus compañeros de reclusión. Pudo saber que el chico del Puerto de Santa María se llamaba Jorge y era salinero en las marismas.

—Y yo que me quejaba de mi trabajo… ¡Cuánto desearía volver a hacerlo en este momento!

—No nos damos cuenta de lo que tenemos hasta que lo perdemos —le dijo Martí, mientras recordaba a Saida y la dolorosa separación.

Su otro compañero, que se llamaba Óscar, comentó que vivía con su familia en Mieres, Asturias. Su familia se dedicaba a trabajar en la mina y él apenas había comenzado a hacerlo. Fuese por las circunstancias personales o por lo que había pasado hasta el momento, Martí tenía la sensación de ser mayor que sus compañeros. «Probablemente, la única diferencia es que yo ya he aceptado mi destino», pensó.

No se habían dado cuenta, pero el tiempo había pasado y, de repente, se abrió la puerta. Un grupo de hombres entró en la cabaña. Estaban discutiendo entre ellos. Martí interpretó que algunos, entre los cuales estaba Bani, deseaban su muerte. Otros, entre el cual estaba su compañero más alto, no parecían tenerlo tan claro. Finalmente, pareció ganar la facción de los asesinos. De manera decidida, les dijeron:

—Vosotros, salid afuera.

Los tres soldados, temerosos, obedecieron la inevitable orden. A empujones, salieron al exterior. Había menos gente que esa mañana, pero todos ellos contemplaban a los

prisioneros. Era aquella hora en que el sol se ponía sobre el horizonte.

De repente, dos hombres cogieron a Óscar y le quitaron la camisa. El muchacho, desesperado, comenzó a gritar, cosa que solo consiguió la hilaridad de los que allí había. Uno de los acompañantes de Bani llevaba un cuchillo y, de un tajo, le abrió el vientre. El asturiano gritaba y se convulsionaba, horrorizado y dolorido. Sus movimientos desesperados provocaron que se le salieran los intestinos. Los rifeños reían ante aquella situación. Martí los maldecía interiormente, pensando que él no les daría el gusto de pedir auxilio. De repente, el muchacho dejó de gritar. El cabileño que le había herido, le había clavado el cuchillo en el corazón. Su muerte fue instantánea. Dejaron caer su cuerpo y lo arrastraron junto a unas cañas.

A continuación, cogieron a Martí. Él se dejó llevar. No intentó resistirse. Así solo conseguiría alargar la diversión a sus enemigos. Pensó en sus compañeros, que habían sabido morir. Ahora fue Bani quien se le acercó con una sonrisa mientras esgrimía el cuchillo ensangrentado. El sanitario observó el rostro de aquel hombre, enfermizo de odio, que mostraba unos dientes amarillentos y carcomidos. Los hombres le quitaron la camisa como habían hecho con su compañero de reclusión. El grupo que rodeaba a los prisioneros se abrió para que todos pudieran ver mejor el espectáculo. De un empujón, uno de ellos lo tiró a tierra. Lo levantaron de manera que quedó de rodillas en el suelo y entonces, con una sonrisa de satisfacción, Bani lo cogió del cabello, como había hecho antes cuando lo habían capturado, y con la gumía amenazó su cuello.

Martí se contuvo. Cerró los labios para que no escapara ni un grito de su garganta. Ante él, el sol se ponía en el

horizonte y pensó que eso sería lo último que viera antes de morir.

DE CAZA

Septiembre, 1939

Volvió a verla. Otra vez. Ella le miró con aquellos ojos penetrantes, aquellos ojos que tantas veces le habían sonreído. Se giró y entró en el callejón. Él la siguió con la mirada. De repente, una fuerte niebla cubrió todo el campo de visión. Una sorda explosión había tenido lugar. La onda explosiva lo había tirado al suelo. Los escombros lo cubrían todo y una concentrada polvareda ocultaba los edificios. Cuando desapareció la nube, se dio cuenta de que solo quedaban restos de lo que había sido una calle. Fue consciente de que no oía nada. Tampoco vio nada que se moviera. Inquieto y preocupado, se levantó gritando su nombre. Las palabras eran como aire arrojado sobre la niebla. Se perdían nada más salir de la boca. Corrió hacia el callejón mirando el lugar donde podía estar ella. Un vestido rojo bajo una montaña de cascotes fue el triste aviso que recibió. Desesperado, corrió a quitar los escombros que la enterraban. Al cabo de un rato, no reconocía sus manos de ensangrentadas que estaban. Sin embargo, no desistió en su intención. La calle permanecía abandonada. No podía esperar ningún tipo de ayuda. Finalmente, llegó hasta ella y vio que el color rojo no correspondía al vestido, sino al color de la sangre que rezumaba por su cuerpo. Consternado,

no pudo menos que admirar su bello rostro, aquel rostro que tanto había querido y que permanecía intacto en su belleza. La muerte había respetado su imagen. De repente, ella abrió los ojos y él intuyó lo que pasaría. Ella lo miró y sonrió. Lo hizo con una sonrisa sin esperanza. Una expresión de dolor se presentó en su rostro, donde se formaron pequeñas grietas. Ella comenzó a gritar, pero él no podía oírla. Las grietas se hicieron más grandes hasta que el cráneo reventó en mil pedazos, como revienta una porcelana cuando cae al suelo.

El legionario se despertó sobresaltado y sudoroso. El corazón le palpitaba de manera acelerada. Otra vez el sueño, el maldito sueño. A veces se le presentaba diferente, pero el final era siempre el mismo. En momentos de lucidez, llegaba al umbral de los sucesos, pero sabía que su cerebro le vedaba el paso al conocimiento. A veces la veía más rato, otras solo era el fotograma de una película que no podía interpretar. Sin embargo, recordaba que todo pasó en Oviedo. A su cabeza le vino la imagen de aquella chica que habían fusilado, Aída Lafuente, quien antes de ser ejecutada le había dicho: «Tú llevas la muerte contigo». Él sabía que era verdad, una verdad que era capaz de comprender desde la profundidad de las emociones pero que, sin embargo, era incapaz de racionalizar.

Miró a su alrededor. Llevaba varios días escondido. Apenas había salido de aquel caserón. Únicamente por la noche realizaba aquellas actividades que le permitían sobrevivir. Efectuaba pequeños hurtos de alimentos en huertas vecinales. La vivienda estaba aislada y le permitía permanecer apartado del bullicioso entorno. Como un felino nocturno, salió en busca de su presa. Sabía dónde vivía el policía. Aquella noche intentaría contactar con él, a las buenas o a las malas.

Llegó hasta la proximidad de la casa vigilada. Se mantuvo

a la sombra y a la expectativa. Había luz en la vivienda. Había observado que aquel que se llamaba Carles solía salir por la noche. Le había estado siguiendo algún día, pero había llevado tras él al otro, a aquel moro entrometido al que vio por casualidad. Realmente sabía pasar desapercibido pues él, que había seguido a personas en otros momentos con la máxima discreción, no se había dado cuenta de que el policía estaba siendo protegido. Ignoraba si era una medida normal o formaba parte de una trampa.

De repente le vino el dolor. A veces sentía grandes pinchazos en la cabeza y, cuando le subía la irritación, la herida de la mejilla le ardía. Eso era una cosa demostrada. Comenzó a oírlos de nuevo, pero desechó los pensamientos. No quería que nadie lo distrajera de la caza y menos aquellas voces que oía a menudo.

Un movimiento proveniente de la casa le hizo permanecer alerta. De la vivienda salió aquel al que buscaba. Al parecer, esa noche también había decidido salir a dar un paseo, supuso que por el centro, como las otras veces. Esperó que se alejara. Ahora ya sabía aproximadamente cuál sería su itinerario. La intención era ver si salía alguien más de la casa para seguirlo. Sabía que allí se encontraban dos personas más. Una de ellas era el moro y el otro hombre que también parecía un policía. Transcurrido un rato, nadie había salido de la vivienda. Decidió seguir hacia el centro.

Sabía que Carles habría ido por los alrededores de la plaza del Castillo o la plaza del Ayuntamiento. Se desvió en la plaza de los Cuarteles para poder seguir por otros callejones. Él sabía dónde había un edificio desde cuya terraza tenía una vista privilegiada, tanto de la plaza del Castillo como de una parte de la plaza Mercadal.

Tras una pequeña travesía nocturna, llegó hasta una puerta

desvencijada. La abrió con cuidado y comenzó a subir las escaleras en silencio. No le interesaba dar muestras de vida. Sabía que allí vivía gente. Llegó hasta la terraza y desde allí vigiló el paisaje. Vio a aquel policía haciendo tiempo en aquel lugar. No sabía exactamente qué debía esperar. Supuso que tampoco sabía que le seguían. En cierta manera, estaba intrigado ante la actitud de aquel hombre. Nadie está día tras día, estático, en un emplazamiento si no es para quedar con alguien.

Meditó que ya iba siendo hora de presentarse, pero no sería en aquel lugar, donde era fácil que lo descubrieran. Tendría que ser en el itinerario de vuelta, en algún lugar oscuro que le fuera favorable. Pensó que la zona entre los cuarteles y la vivienda era el lugar que ofrecía menos protección. Miró a su alrededor y, entonces, la sorpresa afloró a su rostro. En un edificio que estaba a su lado asomó, durante un breve instante, un hombre que miraba fijamente hacia el lugar donde se encontraba el policía. No había ninguna duda, Carles estaba siendo vigilado y, seguramente, protegido.

Agradeció haber permanecido en la sombra. Observó con mucha más atención las personas que se distinguían en la calle. Le pareció distinguir algunos individuos con una pinta muy sospechosa. Uno de ellos estaba sentado en un bar: un hombre solitario de mediana edad. En otro lugar de la plaza, dos hombres parecían hablar. Los observó fijamente y pensó que aquello no tenía nada de casual.

Entendió que la caza había sido vedada aquel día. Tendría que buscar otro momento. Ahora debería marchar intentando permanecer invisible a los ojos de los demás. Una sensación de haber sido engañado se apoderó de él. La rabia le dominó el cuerpo y los dolores de cabeza volvieron a torturarle. Necesitaba olvidarse de aquello. Necesitaba tomar algo. Bajó

silenciosamente por la escalera. Una vez en el exterior, giró por una calleja intentando pasar desapercibido. No había podido ser, pero los pillaría desprevenidos. Otro día sería.

Ahora necesitaba beber y sabía dónde podía conseguirlo sin que nadie le hiciera preguntas por la herida de su rostro.

—¿Nada?

—Nada —contestó Carles—. Ignoro si me ha seguido o si nos ha visto.

—Ese hombre es escurridizo como una anguila.

Efectivamente, habían planeado que Carles saliera a pasear como los días anteriores en que había esperado a Rick, a ver si tenían la suerte de que el legionario le siguiera. Para dar apariencia de normalidad, Hamed y Ernesto habían decidido quedarse en la vivienda por si se diera el caso de que la estuviera vigilando. En los alrededores de la plaza del Castillo, se esconderían los hombres que habían venido desde Barcelona, enviados por el coronel Villalba.

Los refuerzos, cuatro policías habían convertido la casa en cuartel general, por lo que ahora había una saturación en la misma. La situación era temporal, ya que la previsión era de traslado a otra vivienda si se alargaba el caso.

Continuaron hablando sobre el legionario cuando sonó el teléfono. La actividad se multiplicó entre todos aquellos hombres. Ernesto cogió el teléfono.

—¿Diga?

El silencio, un silencio cargado y pesado ocupó la línea.

—¿Es usted Sergio?

—Parece que ustedes saben quién soy. Eso debería bastar, ¿no cree?

—Podemos ayudarle —intentó negociar el policía.

—Demasiado tarde. Ya no queda nada, no hay esperanza.

La evidencia presentaba a un hombre que había bebido. «Probablemente esa era la causa de la llamada», pensó Ernesto, mientras los hombres permanecían en silencio y en alerta.

—Siempre hay esperanza, mientras haya vida.

—Todo está perdido, ya es tarde —iba arrastrando las palabras con dificultad.

—No, todavía no es tarde.

—Ella murió. Su cabeza estalló. Fue tarde para ella.

—¿Ella?

—Ella murió.

—¿Cómo los otros? ¿Los otros capitanes?

Se hizo otro silencio. Pareció meditar la respuesta.

—¿Los capitanes?

—Sí. Javier, Pedro… Y Paco. —Ernesto añadió el nombre que había salido en la última conversación telefónica.

Una risa un tanto histérica se oyó al otro lado del teléfono.

—Fue ella quien lo hizo.

—¿Ella? —preguntó intrigado Ernesto.

—La sombra. La sombra acabó con ellos. Quise decírselo, pero no me hicieron caso.

—¿Quién no le hizo caso?

—Javier… Y Pedro.

Ernesto temía que se cortara de un momento a otro y quería descifrar algo todavía.

—¿A Paco no se lo dijo?

—No, Paco fue el primero. No pudo evitarlo.

—¿Cómo se llamaba el capitán Paco?

Otra vez se oyó la risa, un tanto siniestra.

—No tienen ni idea. Se pasan la noche esperando en la plaza del Castillo, a ver si pica un pez, y no tienen ni puñetera

idea de la presa que están siguiendo.

—Pero usted sí. ¿Cómo se llamaba Paco? —insistió Ernesto.

—Paco no era capitán, lo dejó. No pudo soportar lo de África, pero no pudo evitar que le persiguiera… Y murió. La culpa fue de ella.

—¿Ella? ¿Quién es ella?

—Ella fue la causa. Ella nos maldijo y por ella vamos cayendo uno tras otro. ¿Qué importa su nombre? Nunca lo supimos.

—¿Paco tampoco tenía apellido o nunca le importó? —Intentó provocarlo el policía.

Otra vez el silencio. Parecía haberse evaporado el hombre que estaba al otro lado. Probablemente había tenido un momento de eclipse en el discurso.

—Zárate, Paco Zárate.

Y colgó.

HUIDA BAJO LA NIEBLA

Septiembre, 1939

Los hombres estaban discutiendo sobre la inesperada llamada. No se habían esperado esta reacción del perseguido.

—Hay dos cosas claras —dijo Ernesto—. La primera es que, efectivamente, se halla en Reus. La segunda es que nos ha estado vigilando.

Uno de los policías, al que llaman el Pulga por su manía de rascarse cualquier parte del cuerpo, hacía de secretario de la reunión tomando nota de todo lo que allí se hablara.

—Finalmente, sabemos el nombre de la otra víctima: un tal Paco Zárate, de Zaragoza, que estuvo en África —comentó Carles.

—Habrá que buscar información del sujeto, si la tenemos —apuntó el jefe del grupo de advenedizos, llamado Gonzalo, un hombre que había formado parte del SIPM, el Servicio de Información y Policía Militar.

—Por otro lado, ha hablado de una chica muerta. Esto se tendrá que investigar —apuntilló Ernesto.

—Creo que eso lo puedo explicar —dijo Gonzalo.

Todos los hombres se giraron hacia él, especialmente Carles y Ernesto, que no habían recibido información hasta el momento y apenas habían tenido tiempo de hablar. Gonzalo

sacó una carpeta de una cartera que había llevado. La abrió y extrajo algunas hojas.

—El legionario, el hombre al que buscamos, se llama Sergio Martínez Legado. Había nacido en Langreo, pero la familia se trasladó a Oviedo en el dieciocho. Allí comenzaron los problemas cuando era un adolescente, ya que no buscó precisamente las mejores compañías. Se relacionaba con delincuentes de poca monta. Tras una discusión con los padres, finalmente abandonó el hogar y acabó en el ejército. Estuvo en Melilla y posteriormente en Tetuán. Estuvo en la toma de Xauen en el veinte. Pasó a formar parte de la legión en el veintidós, participando de numerosas misiones. Fue herido en diversas ocasiones: en el costado, en la pierna, en el rostro, etc. Intervino en la reconquista del territorio. Apenas tenemos noticias suyas hasta el mismo treinta y cuatro, cuando tuvieron lugar los hechos de Asturias. Él iba con las tropas de Yagüe. Poco después desapareció.

—¿Desapareció? —inquirió intrigado Carles.

—En efecto. No se supo nada de él durante varios días. Se le encontró al cabo de tres días, deambulando por las calles de Oviedo. Había permanecido oculto.

—¿Qué le había pasado?

—Nunca se supo. Cuando lo encontraron, vieron que presentaba heridas de varios tipos: tenía las manos ensangrentadas y un golpe en la cabeza. Pensaron que se había intentado suicidar. Además, tenía el cuerpo manchado de sangre y había perdido la razón.

—¿Pudo explicar algo? ¿Qué había pasado en aquellos tres días que había desaparecido?

—No se pudo sacar nada en claro. Presentaba delirios e intentos de autoagresión. Tuvieron que sujetarlo entre varios hombres para poder contenerle. Finalmente, se le envió al

hospital psiquiátrico provincial de Asturias, a la Cadellada.

—¿Y le dieron el alta?

—No, exactamente.

—¿Cómo se entiende eso? ¿Se escapó?

—En 1936, el hospital fue evacuado por las tropas republicanas debido a su valor estratégico. Los enfermos fueron trasladados a los monasterios de Corias y Valdediós. Concretamente, Sergio fue enviado a Valdediós.

Nadie interrumpió a Gonzalo. Todos esperaban la continuación de la historia.

—Posteriormente, en octubre del treinta y siete, desapareció.

—¿Desapareció?

—Al parecer, agredió a un soldado y se marchó de allí. No se supo más de él.

—¿A un soldado nacional? —preguntó Carles, con curiosidad.

—En efecto —comentó Gonzalo.

A pesar de que se estaban realizando las explicaciones necesarias, Carles sabía que había algunas informaciones que no reconocerían sus compañeros y eran las referidas a la represión que había tenido lugar en Asturias tras la reconquista de la zona. De esa manera lo habían considerado las tropas africanas: la reconquista de un territorio que se había perdido. Posteriormente, tras la victoria nacional en la guerra civil, se habían tenido en cuenta a las personas que se habían significado en la huelga del treinta y cuatro. Un ejército vengativo como el que había ganado la guerra no podía dejar pasar por alto un castigo que consideraba necesario. En ese momento, se dio cuenta de la distancia moral que le separaba respecto a aquellos policías, unas personas con pocos intereses democráticos.

—Así, tenemos suelto a un tipo que no anda muy bien de la azotea, que ha luchado con el glorioso ejército nacional pero que, al parecer, a partir de los hechos de Asturias, se le fue la cabeza y ahora no lo soporta o quiere vengar antiguas afrentas. ¿Qué puede hacer que un individuo así se altere de esa manera? —comentó Carles, con cierta ironía.

—Posiblemente la causa esté en su familia.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Ernesto, intentando hacer caso omiso de las actitudes histriónicas y provocativas a que le tenía acostumbrado su compañero.

—En los días que desapareció, lo buscaron por la ciudad. Como sabían que sus padres vivían en Oviedo, fueron a visitarlos…

—¿Y? —La tensión narrativa que mantenía Gonzalo no acababa de agradar a todos.

—Su casa estaba destruida por los bombardeos. Entraron en ella y vieron el cadáver de un legionario totalmente desfigurado. En un principio se pensó que era él. Tenía totalmente destrozado el rostro. Lo habían golpeado con una piedra.

—A eso se le llama ser contundente —dijo Carles, mientras aguantaba la mirada inquisitorial de los policías.

—Cuando subieron las escaleras —continuó, a pesar de las interrupciones, Gonzalo—, en una habitación yacían sus padres, muertos y amortajados, sobre la cama. Al parecer, debían de haber muerto en el bombardeo. Finalmente…

—¿Todavía hay más? —preguntó Carles, impaciente.

—Si me deja explicarlo, puede que nos enteremos todos —manifestó irritado el policía.

—Continúe —dijo Carles, levantando las manos—, si yo solo soy un invitado.

—Finalmente, en otra habitación, encontraron el cuerpo

de su hermana. Estaba muerta.

—¿Asesinada? —preguntó Ernesto.

—No, asesinada no. Se había suicidado. Se había disparado un tiro en la boca.

—Debía de estar desesperada —dijo un Carles mucho más serio ahora.

—Al parecer la habían violado.

—Ahora entiendo lo del legionario muerto. —Todo el mundo se giró hacia Carles, aunque ahora nadie hacía comentarios—. Bueno, tampoco está claro que fuera Sergio quien lo rematara.

—La pistola con la que se había suicidado pertenecía a su hermano.

Los días pasaban sin tener noticia del legionario. Parecía habérselo tragado la tierra. Aunque Carles salía, a veces, para hacer de cebo ante un eventual contacto, no se dio el caso. Al cabo de varios días, los policías llegados de Barcelona, viendo que el caso se alargaba, habían cogido habitaciones en un piso del Raval. Cada día mantenían la comunicación y se reunían para ver qué podían hacer, aunque la inactividad era la dueña de la situación. Estaban a expensas de que el sospechoso volviera a llamar, por lo que decidieron hacer turnos junto al teléfono.

Carles había cambiado de opinión con respecto al legionario. «Un hombre desgraciado. ¿Quién no se volvería loco al ver su familia muerta y asesinada por aquellos mismos a los que estaba defendiendo?». Le resultaba normal que no quisiera saber nada del ejército e, incluso, sería comprensible que ejerciera algún tipo de venganza si aquellos militares asesinados habían estado relacionados con la muerte de su

hermana. Sin embargo, algo le decía que aquello no estaba conectado con los crímenes investigados. No estaba claro que los hombres asesinados hubieran estado en Asturias en el treinta y cuatro y sí, en cambio, en África, en la época del desastre de Annual.

Carles decidió visitar a Lucía y llevarle algo de comida. Ahora le aceptaba esos regalos. Ella veía que lo hacía como un acto simple de generosidad y los tiempos no estaban como para rechazarlo. Una vez en el hogar de la maestra, ella lo invitó a comer. Tras la comida, tomaron una taza de café, o lo más parecido a aquella infusión que el policía había podido encontrar. El día era soleado, pero no excesivamente caluroso. Desde su sitio, el republicano podía ver a Javier balanceándose en el porche. Ella, siguiendo su mirada e interpretando su pensamiento, le dijo:

—Resulta duro verlo así cada día. Intentas llegar a él, pero una pantalla hermética nos separa.

—Lucía, ¿me permites una pregunta?

Ella lo miró un tanto extrañada ante la formalidad de la pregunta. Le animó a realizarla.

—Cuando volvió de África, ¿alguien os explicó qué fue lo que le pasó? ¿Cómo fue su historia?

Lucía removía el azúcar con una cucharilla. Su mirada se fijaba atentamente en los círculos que se formaban cuando la giraba.

—Gracias a un compañero suyo, pudimos saber qué era lo que había pasado. —Su mente retrocedía a otros tiempos en el silencio generado—. Mi padre pertenecía al regimiento de infantería África 68. No tenía ni tres años cuando ya me aprendí el nombre de su regimiento —dijo con una triste sonrisa—. Ello fue debido a las veces que acompañé a mi madre, de pequeña, a ver las listas de desaparecidos que se

iban publicando.

Carles no dijo nada, aprovechando que Lucía estaba más comunicativa en cuanto al tema de su padre. Comprendía que era delicado, pero, probablemente, ella era consciente de que, en temas de desgracias, ambos se hallaban en el mismo bando.

—Tras la caída de Igueriben —comenzó Lucía—, los puestos militares fueron cayendo uno tras otro: Annual, Izzumar, Ben Tieb, Sidi Dris, Dar Drius… En fin, algún gran idealista debió de pensar en dejar los puestos tan separados, sin posibilidad de ayuda mutua ni de abastecimiento. Puede que Silvestre fuera buen general, pero era un mal estratega. El caso es que, en la guarnición del Zoco, el día veinticuatro apenas quedaba agua ni comida. Piensa que el agua había que traerla desde treinta y ocho kilómetros de distancia. Sin agua, tampoco se podía hacer pan. La escasez en la alimentación era evidente. Resultaba imposible resistir allí. Tras una reunión de los oficiales al mando, decidieron abandonar la posición e ir hacia la frontera francesa. Degollaron a los perros para que no hicieran ruido y, por la noche, salió la columna en el más absoluto silencio. Antes, inutilizaron los cañones, los motores de los camiones y se distribuyeron las municiones entre los hombres. Marcharon por el trayecto más corto, pero al mismo tiempo, el más peligroso: Por los montes de Yebel Ben Hiddur. El mulo que llevaba el botiquín fue muerto al salir del campamento por los tiros rifeños. Esto hizo imposible la cura de los heridos. Avanzaron repeliendo el fuego enemigo. A lo largo de la noche, entre la oscuridad y la niebla, la columna fue avanzando hacia su objetivo.

Carles imaginaba el agobio y desespero de los hombres, conscientes de las escasas posibilidades de supervivencia que tenían. En el silencio de la tarde solo se oía el balanceo de la mecedora sobre la que se encontraba Javier cada vez que Lucía

hacía alguna pausa.

—Pero, al amanecer, cuando ya estaban cerca de la frontera francesa, se despejó la niebla. La columna fue emboscada en el desfiladero del Cuadrilátero. Allí tuvieron que aguantar un fuego terrible, como me dijo su compañero. Por lo visto, todas las cumbres y laderas de los montes Fetachas estaban llenas de moros que disparaban sin cesar. Aquello fue una masacre. Algunas compañías lucharon desesperadamente contra los rifeños que los emboscaban. Muchos soldados caían bajo las balas, jóvenes, casi niños que, heridos, gritaban llamando a sus madres. Aquellos que caían no podían tener esperanza de ningún tipo. Por lo que me decía, era preferible morir que quedar herido. —Este relato se repetía en todos los documentos sobre la guerra de África y, en concreto, el desastre de Annual—. Alguna compañía se lanzó cuesta arriba, a la bayoneta, contra la *harka*.

—Era un ataque suicida —comentó Carles.

—En efecto, un ataque suicida para intentar salvar a otros compañeros. Así, la vanguardia y el centro de la columna atravesaron el desfiladero de los montes Fetachas y pudieron llegar a la zona francesa. Mi padre iba con el grueso de la columna, pero cuando estaba llegando a la frontera, fue herido por una bala en la cabeza. La suerte fue que, entre dos compañeros, lograron arrastrarlo hasta el otro lado. Uno de ellos fue herido en esa acción. Nunca podré agradecerles suficiente que le salvaran la vida, pero nunca podré perdonar al Gobierno y al Ejército que condenaran a unos jóvenes, en la flor de la vida, a ir de cabeza a un matadero. Todo por preservar unos intereses que favorecían solo a unos pocos.

Lucía enmudeció. La explicación en voz alta de aquello que probablemente llevaba pensando hacía mucho tiempo la había sumido en un mutismo temporal, ahogada por las

emociones que sentía al recitarlo.

—De mil doscientos soldados, llegaron menos de quinientos a la frontera —continuó Lucía. A Carles, siempre tan dicharachero, se le hacía difícil decir algo en aquel momento—. A algunos los mataron en la misma línea fronteriza sin que los franceses movieran un dedo por ayudarles.

—Luego, ellos tuvieron su Annual —comentó Carles, quien sabía que, para Francia, el desastre era una oportunidad para debilitar el poder colonial español. Solamente, cuando fueron agredidos en similar medida que los españoles, fueron conscientes del peligro que representaba la república del Rift de Abd El-Krim. Fue a partir de ese momento que los dos países colaboraron para someter el territorio.

Lucía lo miró, con cierta incomprensión.

—Los políticos y los gobernantes jamás se preocuparon de los soldados. Se les acusó de todo, de cobardes, de ineptos o de cualquier cosa, con tal de que fueran los militares quienes cargaran con la culpa de lo sucedido. Incluso el rey llegó a decir «lo cara que estaba la carne de gallina», haciendo referencia al dinero que tuvieron que pagar para rescatar a los oficiales capturados. Ellos veían cobardes. Yo veía hombres, padres de familia, niños, arrancados de su tierra natal para defender los intereses de algunos empresarios, alimentados con la sangre del pueblo.

—Creo que nunca había visto las cosas de este modo y, sin embargo, tienes toda la razón. Resulta curioso que yo viera la participación de mi padre en el conflicto como una decisión consciente y, probablemente, él no podía hacer otra cosa. Se marchó y, con él, se fueron las posibilidades de realizar los sueños de un niño.

—Los sueños son lo primero que te quitan. El poder no

puede tolerar un pueblo instruido y con ideales. Por eso siempre tienen la necesidad de generar situaciones para que los ciudadanos estén ocupados en otras cosas y se conformen con el mero hecho de sobrevivir.

Era en aquellos momentos cuando Carles más admiraba a Lucía. Veía en ella una determinación y un orgullo que transfería seguridad a cualquiera que la oyese.

—Creo que le hubieras gustado a mi padre. Él era un buen anarquista.

Atardecía y el policía volvía por los caminos que tan bien conocía. El sol todavía gobernaba el horizonte. Se ponía más tarde, pero como ya no calentaba con la fuerza del mediodía, se hacía agradable el paseo. Esta opinión debía de ser compartida, pues Carles se iba encontrando con parejas y grupos de personas que querían disfrutar de los últimos días del verano.

Cuando se aproximaba a la ciudad, un muchacho de unos once años se le acercó y le dijo en voz baja:

—¡Oiga! —dijo, mientras le tiraba de la chaqueta.

—¿Qué pasa muchacho? —preguntó sorprendido el policía.

—Tengo algo para usted —le dijo, alargándole un sobre.

—¿Quién te ha dado…?

Pero ya el muchacho había salido disparado en dirección a Castellvell. Carles se guardó el sobre en el bolsillo interior de la chaqueta. Se sentó en una roca que había junto al camino. Miró hacia ambos lados y, cuando se vio solo, lo abrió.

Era una carta del escocés. En ella se hallaba la imprescindible canción con el próximo lugar de encuentro.

RECONOCIMIENTO

Julio, 1921

De repente, todo parecía haberse paralizado. El tiempo se había detenido, en la cabila. Martí tenía la sensación de que un aire gélido hubiera congelado el entorno. No era consciente de lo que acababa de pasar. Había oído un grito, ¿o puede que fuera uno más de tantos? El caso es que Bani no había podido realizar aquello que estaba deseando hacer desde que lo conoció. No sabía por qué, pero lo cierto es que no parecía haberle caído en gracia. Sabía que a veces las personas, de manera intuitiva, se repelían. Eso era lo que a su juicio le pasaba con el moro.

Los cabileños ya no reían. Muchos no sabían todavía qué era lo que pasaba y permanecían a la expectativa. El compañero de Bani, aquel rifeño alto y fuerte, de porte más noble, se acercó a él, que se hallaba de rodillas en el suelo. Uno de ellos, que se hallaba marcando un ritmo musical con unos palos y un tambor, fruto del pillaje a los puestos militares, también cesó en su actividad. Aquel hombre se agachó y estiró el brazo. Se apoderó del collar que llevaba Martí al cuello y se lo arrancó en un arrebato. El sanitario había olvidado aquel collar que le regalara el jefe cabileño: una piedra de ámbar en cuyo interior se hallaba un escorpión. El

rifeño miró aquella joya y, con un machete que poseía, le levantó la cabeza subiéndole la barbilla, de manera que Martí pudo mirar a la cara a aquel individuo.

—¿Esto tuyo? —le espetó con aire malhumorado.

Martí afirmó con la cabeza. El hombre le volvió a preguntar.

—¿Por qué tener tú?

—Yo lo tengo… porque me lo dio un jefe rifeño.

—¿Un jefe? ¿Quién dar?

—Un jefe. —Martí intentaba recordar el nombre de aquel hombre—. Me dijo que se llamaba Ameqran. Sí ¡Ameqran!

El hombre dirigió la vista hacia atrás. El corro se ensanchó para dejar pasar a un anciano, de unos sesenta años, de cabellos blancos y barba y bigote encanecidos. Este se acercó ayudándose de un bastón. Martí lo observó y recordó al jefe de la cabila que había conocido, a cuyo hijo había curado. Aunque apenas habían pasado unos meses, observó que parecía bastante más viejo. Ya no poseía tanto aquel porte noble y erguido que había tenido. La guerra podía crear nuevas oportunidades, pero destrozaba a aquellos a quienes encontraba a su paso.

—Tú, médico —le dijo el hombre.

Martí afirmó con la cabeza.

—Tú buen médico. Tafsit curado —le dijo, señalando a aquel hombre que lo había capturado, pero, gracias al cual, todavía estaba vivo.

El hombre llamado Tafsit dijo algo a los rifeños que lo tenían cogido y estos lo levantaron. El jefe le miró al rostro y Martí pudo ver, efectivamente, aquella persona a la que había visitado, junto al comandante Benítez, meses atrás. Todavía había algunos moros que, hostiles, parecían querer ejercer el derecho a sacrificar la pieza cobrada. Una áspera discusión

tuvo lugar entre ellos, discusión que atajó el anciano con unas rudas expresiones. Les señaló a los hombres una cabaña. Allí fue llevado el sanitario. Tras él, unos gritos le hicieron pensar que los cabileños no estaban dispuestos a perder del todo la diversión que tenían planeada. Los alaridos de Jorge le hicieron dar cuenta de la situación que estaba pasando. Rogó para que el martirio fuera breve.

Una vez dentro de la tienda, se sentó. Pensó que lo único que podía esperar era la muerte, así que no quiso crearse grandes expectativas. Había tenido suerte, pero no podía decirse que su situación fuera muy halagüeña. Al poco entró el anciano y se sentó delante de él cruzando las piernas. Le miró a la cara e, intuyendo lo que había pasado, le preguntó:

—¿Cansado?

—Muy cansado —le contestó Martí, afirmando con la cabeza.

El hombre asintió a su vez. Entonces entraron dos mujeres, que trajeron un té humeante y unos dátiles.

—Come —le dijo, señalando la comida.

Martí no se hizo rogar. Comió y bebió, sintiendo que aquello lo necesitaba con desesperación. Intentó no precipitarse para no dar una imagen aún más desesperada de la que podía ofrecer.

—¿Comandante Benítez? —le preguntó Ameqran.

Martí negó con la cabeza.

—No sobrevivió. Estuvo en Igueriben.

—Igueriben —dijo pensativo el anciano—. Por eso resistió tanto. Era buen militar.

—En efecto, muy buen militar.

—Pero el ejército español ahora cae fácilmente.

—No todos los mandos son como Benítez.

—Ya veo —dijo afirmando con la cabeza—. Ahora todos

los hombres quieren guerra. Ven que el ejército español es fácil de ganar.

—¿Por qué han matado a los prisioneros? ¿No les basta con capturar las posesiones españolas?

—A mí no me gusta tanta violencia, pero los hombres son impulsivos. Ellos luchan y mueren. Cuando ganan, quieren su victoria. Necesitan ver el campo regado con la sangre del enemigo.

—Pero usted podría pararlo.

—No, yo no puedo. Yo no estoy bien. Mi cuerpo está muy cansado, demasiado. Ahora Tafsit lleva a los jóvenes a la guerra. Él toma las decisiones y él es el jefe. Todavía me hacen un poco de caso, pero mi tiempo ha pasado. Ya no me escuchan tanto.

Ahora Martí entendía un poco el hecho de que el hombre tuviera aquel aspecto tan fatigado. Probablemente era una cuestión física y psicológica. Su estado anímico había influido probablemente en su salud. No todo el mundo desea comenzar una guerra, aunque la pueda ganar.

—Pero hay otro hombre, un hombre más delgado. Aquel que quería matarme.

—Bani. Bani es un hombre peligroso.

—Pero usted o su hijo mandan. No puede ser que él tenga más poder.

Ameqran lo miró con una mirada comprensiva y algo dolorida. En aquella mirada, Martí imaginó ver toda una historia de encuentros y desencuentros. Sabía que la convivencia en las cabilas no era algo fácil y que, a veces, el poder de los jefes se cuestionaba y cambiaban las alianzas que podían determinar nuevos equilibrios.

—Bani pertenece a la cabila de bocaya. En su aduar hay un nuevo jefe, bastante poderoso. Ahora está aquí

estableciendo relaciones entre dos pueblos. No podemos hacer enfadar.

—Ya veo. Se ha de mantener la diplomacia. ¿Qué pasará conmigo? —quiso preguntar Martí, pues pensaba que ya no tenía nada que perder—. A Bani no le caigo bien.

—Hay un problema. Yo agradezco a médico español haber curado a Tafsit. Yo era amigo de comandante Benítez. Benítez era buen hombre. Pero ahora hay guerra. Mejor tú te quedas aquí. Ya hablaremos.

El anciano marchó. Ahora, todavía más que antes, se dio cuenta Martí de la diferencia entre aquel anciano y el otro que viera en el mes de febrero. Un gran desgaste le había recorrido el cuerpo. Pensó que, a veces, los disgustos perjudicaban seriamente la salud.

Ahora que se encontraba solo, se tendió en la alfombra que había en la tienda. El monótono repicar del tambor permanecía, junto con algunos ruidos procedentes de la excitación de los hombres. Estaban ganando una guerra y eran conscientes de ello. No querían dejar ni rastro de aquellos que los habían colonizado y ponían todo su empeño en el asunto.

Ahora que se hallaba un poco más relajado, pensó que no se había dado cuenta, en un primer momento, de que se hallaba en el mismo poblado que hubiera visitado con el comandante Benítez. Le había confundido el hecho de que había llegado desde otro punto distinto y las condiciones en que lo había hecho. No estaba para muchas elucubraciones y cayó rendido en un profundo sueño.

—¡Despierta!, ¡despierta!

Aquellas palabras, acompañadas de unas patadas, fue el despertar que tuvo Martí en su nuevo día de cautiverio. Quien se las daba era un cabileño del aduar. Rápidamente se levantó, no era caso de provocar alguna reacción desproporcionada.

Aunque allí, todo lo que hiciera podía ser considerado desproporcionado. El solo hecho de permanecer con vida podría ser considerado una provocación para algunos.

—¡Tú venir! —le indicó de manera perentoria.

Martí siguió al hombre que ni tan siquiera se molestó en mirar hacia atrás. Cuando salió de la tienda, pudo observar que ya amanecía. Había dormido toda la noche. Echó una ojeada hacia el lugar donde el día anterior habían intentado ejecutarlo, pero no vio rastro de los hombres asesinados. Probablemente los habían apartado hacia cualquier otro sitio. Los rifeños no enterraban nunca a los enemigos. El hombre que le había despertado entró en una cabaña. Se giró y le hizo gestos para que entrara. Allí pudo ver a un individuo que estaba extendido sobre una manta en el suelo. Dedujo que debía de haberse corrido la noticia de que él era médico. Observó al herido. Había recibido una bala en el hombro y había perdido mucha sangre.

—Tú curar —le dijo, señalando el cuerpo.

—Necesito un botiquín para curarlo —respondió, mientras se agachaba para ver la gravedad de la herida.

El moro salió fuera de la tienda, momento que aprovechó Martí para evaluar la capacidad de movimiento del hombre. Este se hallaba semiinconsciente. El sanitario le conminó a mover las piernas, cosa que pareció entender el moro, ya que realizó el movimiento de manera satisfactoria. Parecía tener las vías respiratorias abiertas. El herido comenzó a toser. Martí le volteó la cabeza para evitar que tragara sangre.

En ese momento entró el hombre que le había acompañado con un maletín de médico. El sanitario pensó que debía de ser de algún puesto militar o de los camiones volcados a la salida de Dar Drius. Cogió un estilete y, con él, cortó la ropa en torno a la herida.

—Necesito agua templada —le dijo al rifeño, quien, rápidamente, dio las órdenes oportunas a unos chicos que había junto a la tienda.

Mientras tanto, Martí había improvisado unos paños a modo de almohadilla para evitar que saliera más sangre, haciendo presión sobre la herida. Los trapos no estaban muy limpios.

«Espero que no se infecte», pensó. Después, giró un poco el cuerpo del herido, que ya se había desmayado, para poder ver si había orificio de salida. Vio que, en efecto, lo había. Ello le facilitaba el trabajo ya que evitaba tener que abrirlo, con el peligro que ello representaba.

Unos muchachos entraron con el agua solicitada. Le quitó los paños y lavó las lesiones. Realizó las curas necesarias. Se quedó velando al paciente para evitar que hubiera algún tipo de complicación. Observó el botiquín y vio que faltaban bastantes instrumentos.

—¿Puedes conseguirme más como este? —le dijo, señalando el botiquín al cabileño que lo había conducido hasta aquel improvisado hospital.

El rifeño llamó a los muchachos que habían traído el agua y les señaló la caja. Hablaron un rato y, rápidamente, salieron disparados hacia un destino desconocido para Martí.

Al cabo de un par de horas, se dio cuenta de que la respiración del cabileño se mantenía a un ritmo bastante normal y, por otra parte, no parecía presentar fiebre. Su acompañante había permanecido todo el tiempo a un lado de la habitación. Martí le explicó que ahora necesitaba descansar, pero que parecía encontrarse bien. También le dijo que se volvería a su cabaña, pues allí no tenía nada que hacer. Su acompañante afirmó con la cabeza manteniendo una actitud seria.

Martí cogió el maletín y salió de allí. Vio que el sol se había levantado y ya comenzaba a mostrar su poderío. Frente a él había un grupo de unas diez personas sentadas en el suelo de manera informal. Junto a ellos estaba Ameqran, que le hizo una señal.

—¿Qué pasa? —preguntó Martí.

—Ellos esperan el médico —le dijo señalando al grupo.

EN LA IGLESIA

Septiembre, 1939

Esta vez la convocatoria realizada por el eco Ss. había sido en un lugar bastante frecuentado: la iglesia de Sant Pere de Reus. En esos días no bastaba con ser religioso, también tenía que aparentarlo. La iglesia se hallaba bastante concurrida, era misa de ocho. Una multitud de personas, básicamente mujeres, formaban parte de ese ritual obligatorio en que se había convertido la liturgia. Para el republicano, la iglesia había jugado su partida y había apostado por el caballo ganador, dejando de lado la moralidad del mismo. Se criticaba la violencia producida por la masa desenfrenada durante algunos períodos de la república y de los primeros días de la guerra y, en cambio, se ignoraba o silenciaba la violencia producida por el bando nacional, en una orgía de represión que amenazaba seriamente a una gran parte de la población.

Carles sabía que las diferentes iglesias de Reus habían sufrido ataques en los primeros días de la guerra. El día veintiuno, tres días después de la insurrección militar, se quemó la iglesia de Sant Francesc, y el veintidós el santuario de Misericordia. La iglesia de Sant Pere no fue menos que las otras. El día veintiuno de julio se hizo caer la antigua imagen de piedra de Sant Pere que había en la fornícula abierta en el

frontón de la portalada mayor. En el interior del templo se quemó o se hizo desaparecer la mayoría de los muebles, incluidos elementos de los retablos del altar mayor y del altar del Roser. La iglesia pasó a convertirse en un mercado público cubierto. La Generalitat tuvo que tomar cartas en el asunto para proteger el patrimonio, trasladando aquellas piezas que tenían valor artístico a espacios adscritos al Museo Municipal. Desgraciadamente, aquellos espacios sufrieron graves daños ante los bombardeos realizados por la aviación fascista. Una buena parte del altar Mayor y el del Roser perecieron ante los incendios. Parte de los restos artísticos fueron llevados a Vilaplana para ser protegidos. Otra parte del patrimonio de Reus fue acogida en el monasterio de Pedralbes y en Bescanó y Darnius. Al acabar la guerra, fueron devueltos a las nuevas autoridades, que vendieron aquel acto como una muestra de recuperación del patrimonio que las *hordas rojas* pretendían destruir. Por último, también se recuperó el archivo parroquial de Sant Pere, que había sido depositado en Poblet, a cargo de Eduard Toda.

Carles se había puesto un traje oscuro. Como era habitual, no había dicho a donde iba. Pensó que era mejor así. El hecho de no decirlo, le evitaba tener que mentir. Se colocó hacia el final de la nave, en una capilla lateral, en un lugar poco visible, como habían convenido. El cura comenzó la ceremonia y un murmullo acompañaba los rezos de la celebración. El republicano miró a ambos lados y no vio a su amigo por ningún lado. Ya estaba pensando que se habría equivocado o que habría surgido algún contratiempo, cuando oyó una voz que, susurrando, le dijo:

—¿Cómo te encuentras aquí?

—¡Jo! ¡Vaya susto me has dado! ¿Cómo quieres que me encuentre? Como un pollo entre gavilanes. Vaya pregunta.

¿No había un sitio más discreto en todo Reus? Creo que aquí está toda la ciudad.

—La verdad es que sí, parece que hoy hay gente.

—Es sábado, la gente pasea y va a misa. Ahora todos quieren ir a misa —dijo entre murmullos—. Hay que recuperar el tiempo perdido.

—Parece que sí —contestó el escocés, mientras veía a una señora mayor recitar los versos de la Biblia acompañándolos con movimientos rítmicos y espasmódicos de su cabeza.

—¿Pudiste averiguar algo? —preguntó Carles, que ya estaba intrigado.

—En efecto, encontré al destinatario de la carta.

—¿Al tal Tomás?

—Así es. En primer lugar, fui a ver la fábrica del Pueblo Nuevo. Estaba ruinosa y había sido bombardeada.

—Seguro que la reconstruirán. Esa gente se hace rápidamente de dinero.

—Estos no.

—¿Por qué dices eso?

—Porque el dueño murió.

—Igual le dio un ataque de rabia.

—Al parecer murió asesinado. Alguien le cortó el cuello.

Aquella información dejó sin habla a Carles, pues no la esperaba. En aquel momento, todo el mundo se sentó y ellos hicieron lo mismo. El hecho de hablar en murmullos, unido a que se hallaban un tanto apartados, fue la causa de que nadie les molestara. Sin embargo, el republicano vigilaba de manera discreta a posibles espías.

—Parece que, en este caso, a cada paso que damos, tropezamos con un muerto. ¿Se supo quién lo hizo?

—Hasta el momento no. Al parecer, tras el asesinato del dueño, los herederos, que eran los hijos, vendieron la fábrica a

un ricachón, un aristócrata aragonés.

—Pues ahora será menos rico si se ha hundido la misma.

—Tampoco aciertas. Al parecer, vendió la fábrica antes de comenzar la guerra. Ahora el dueño es un burgués bien relacionado con los franquistas.

—Bueno. Si es así, ¡que le aproveche!

—Ese sí que encontrará el dinero para reconstruirla —le dijo Rick.

—Por lo que respecta al otro, al que iba destinado la carta. ¿Se sabe algo?

—Lo encontré. Tuve mis dificultades, porque estaba escondido. No quiere destacar mucho con este gobierno.

—Una medida inteligente.

—Pero tú sabes que soy bueno buscando. Me informé donde vivía, pero allí no había nadie. Conseguí contactar con un primo suyo y, finalmente, pude dar con él.

—¿Y qué te dijo?

—Me contó la historia más o menos como estaba escrita en la carta. Me dijo que ambos pertenecían a la CNT en la clandestinidad, que tuvieron una gran participación en la preparación de huelgas, pero que el dueño había buscado un pistolero para acabar con los revolucionarios, o sea, ellos. Habían echado a suertes quién sería el encargado de liquidar al chivato del empresario, un tal Reinaldo. Fue tu padre el *afortunado*, pero, como dice la carta, no tuvo valor de hacerlo. Para su desgracia, como el empresario había contratado al pistolero, tu padre tuvo que desaparecer, pues su nombre debía de estar en una lista poco deseable. De hecho, murieron varios sindicalistas asesinados a tiros.

—Desafortunadamente, eso forma parte de la historia. ¿Te dijo algo más?

—Me estuvo hablando de sus vicisitudes. Al parecer, el

pistolero mató al tal Reinaldo, el espía pagado por el empresario. Seguramente, el patrón tuvo el conocimiento de que el hombre al que había pagado había sido descubierto y no haría el trabajo encomendado. Por lo visto, como no era útil a sus intereses, no dudó en mandar que fuera eliminado.

—Aunque parece bastante evidente, ¿cómo supo que había sido el pistolero pagado por el empresario y no otra persona quien lo eliminó?

—Ya veo que un buen policía ha de dudar de todo —dijo con una sonrisa Rick—. Al parecer, Reinaldo habló con Tomás. Sabía que era amigo de tu padre. Le explicó todo y le dijo que no pensaba denunciar a nadie, que estaba pensando en marcharse, que tenía un hijo y no quería que le pasara nada. También le comentó lo del pistolero y que había recibido un ultimátum por parte del jefe. No se le volvió a ver más. Luego se supo que había sido asesinado.

—¿Qué fue del hijo?

—El hijo pudo malvivir gracias a la ayuda de algunos trabajadores. Más tarde desapareció.

—Por lo visto, aquí desaparece la gente cuando le conviene. Pobre muchacho.

—Tomás tuvo que permanecer escondido durante un tiempo. Me contó que se marchó de la ciudad cuando supo que le andaban buscando por aquellos lugares que había frecuentado, de la misma manera que a tu padre.

—Pero mi padre ya no estaba aquí.

—Sí, y eso le salvó la vida en ese momento. Al parecer, años después, el dueño de la fábrica fue encontrado en un callejón del Raval de Barcelona. Estaba bañado en un charco de sangre. Le habían cortado el cuello.

—Supongo que eso sería considerado un final poético en manos de un narrador romántico. De nada le sirvió haber

contratado un pistolero.

—Por lo visto iba con el pistolero. Sus amigos decían que no lo dejaba ni a sol ni a sombra, ya que había recibido varias amenazas de muerte.

—Entonces, ¿qué fue lo que le pasó? ¿Ese día libraba el asesino?

—Lo encontraron dos días más tarde. Estaba en un piso abandonado, atado de pies y manos a una silla. Le habían golpeado a placer. Finalmente, le habían pegado un tiro en la frente.

—¿Y nadie había oído nada?

—Habían usado un cojín como amortiguador del disparo.

—Esto parece enredarse más de la cuenta. ¿Qué fue lo que pasó luego?

—Los herederos, dispuestos a cobrar parte de la herencia, pusieron en venta la fábrica.

—Debía de valer mucho.

—No te creas. En esos momentos se había devaluado bastante.

—Si mal no recuerdo, era una empresa ligada a la electricidad.

—Efectivamente. La suerte de la fábrica estaba unida a la de La Canadiense.

—¿La Canadiense? ¿Dónde hubo la huelga en el diecinueve?

—Así es. Si conoces la historia…

—La conozco. La estudié en la universidad.

La huelga de La Canadiense fue un fenómeno que polarizó la Barcelona del diecinueve. Todo comenzó con una huelga en solidaridad con ocho despedidos. Se inició una huelga de apoyo. Los huelguistas buscaron la ayuda de los anarcosindicalistas de la CNT que participaron del conflicto.

Pronto, el paro contó con un gran apoyo popular. Se formaron cajas de resistencia para sostenerla. Cuando intentaron negociar, el gerente se negó alegando que uno de ellos era de la CNT. A partir de entonces, las cosas se complicaron. Los huelguistas cortaron el suministro eléctrico, quedando Barcelona prácticamente paralizada el veintiuno de febrero. El día veintitrés se unieron a la misma los trabajadores de todas las compañías eléctricas. A estos se unieron los de las compañías de agua y del gas. La situación en Barcelona era caótica.

—Cuando se unieron los trabajadores de todas las compañías eléctricas, el día veintitrés, también se unieron los de la fábrica de Pueblo Nuevo.

—Entonces intervino el ejército —continuó Carles, que conocía esta historia—, que acabó con la huelga, pero no con los conflictos.

En efecto, el capitán general de Cataluña, Joaquín Milans del Bosch dictó un bando para movilizar a todos los hombres entre veintiuno y treinta y ocho años del ramo de la electricidad. Los cenetistas convocados decidieron no incorporarse a filas. Entonces fueron encarcelados en el castillo de Montjuic. La ciudad fue ocupada por las tropas. Finalmente pudieron negociar con el nuevo gobernador civil, Carlos Montañés, y con José Morete, subsecretario de la presidencia. El 14 de marzo se firmó el convenio que acabó con la huelga.

—Efectivamente. Los conflictos continuaron a lo largo de todo el año con un cierre patronal que duró todo el mes de diciembre y enero.

—Eran tiempos difíciles.

—Sí, pero las huelgas y los conflictos, que habían continuado en la fábrica de electricidad, prácticamente la

habían hundido. Desgraciadamente, durante el cierre patronal se produjo un incendio que destrozó buena parte de la maquinaria. Permaneció su estructura, pero no se volvió a producir electricidad en ella. El dueño no la consideró rentable y se dedicó a otros negocios. Años más tarde, apareció muerto en un callejón, como te he explicado.

—Pero pudo haberlo matado cualquiera. Una persona así no debía de tener muchos amigos.

—Al parecer, le prepararon una trampa.

—¿Sabes tú que fue lo que pasó? —Carles estaba asombrado ante la capacidad de recabar información de su amigo.

—Por lo visto, Tomás se encontró con Pedro, el hijo de Reinaldo, años más tarde.

—¿Aquel que desapareció?

—En efecto. Se encontraron en la plaza de la Constitución, cuando se proclamó la segunda república y salió al balcón Francesc Macià a declarar el estado catalán dentro de la Federación de Repúblicas Ibéricas, el catorce de abril de 1931. Allí pudo ver Tomás a aquel niño que había quedado desprotegido tras la muerte de su padre. Ahora era un obrero bastante sano y fuerte de unos veinte años. Lo saludó y fueron a comer juntos para recordar viejos tiempos. Como era de esperar, la conversación acabó recayendo en la muerte del empresario y del pistolero, máximo sospechoso de la muerte de su padre.

—No me extrañaría que se alegrara.

—Lo más sorprendente no fue eso. El muchacho le dijo que, efectivamente, el pistolero había asesinado a su padre. Ante la seguridad del chico, Tomás le preguntó cómo podía tener la certeza de ello. Entonces el muchacho le contestó: «Me lo confirmó antes de morir».

Rick hizo una pausa para que aquella información fuera asimilada por Carles, quien pasaba de una sorpresa a otra.

—¿Así que el hijo de Reinaldo fue el asesino del empresario y del pistolero? ¡Si debía de ser jovencísimo!

—Por lo visto, tenía unos dieciséis años, pero, al parecer, le comentó que había conocido a una persona que le ayudó en la cometida. Ese sujeto misterioso le dijo que debía realizar un encargo.

—¿Un encargo? —Volvieron a levantarse, siguiendo las necesidades del rito ceremonial. La gente iba repitiendo aquello que decía el capellán con suave cadencia.

—Por lo visto, el encargo consistía en liquidar al empresario y al pistolero. Para ello se había puesto en contacto con el muchacho.

—¿Y quién era ese individuo?

—No lo supo. Se llamaba a sí mismo Amazigh. En bereber, como en algún momento le dijo, tiene el significado de una persona libre.

—¿En bereber? —Las alertas de Carles se dispararon, pues volvía a encontrar una conexión con el caso que estaba investigando. Al parecer, todos los caminos volvían al Rift y tras todo este caso se percibía la sombra del desastre de Annual—. ¿Era rifeño?

—No, era un hombre blanco.

—¿Pudiste averiguar algo más?

—No, lo único que sé es que la fábrica fue comprada por un aristócrata aragonés.

—¿Lo llegó a conocer Tomás?

—No, dice que el hombre era muy discreto y apenas hizo acto de presencia. A quien sí vio fue a su representante, que fue quien negoció el precio y las condiciones, un abogado de Monzón.

—¿De Monzón? —Las alarmas volvieron a encenderse en el cerebro de Carles—. El chico moro que mató al capitán Alejandro también era de Monzón o tenía amigos en Monzón. Parece que aquí hay un círculo que se va cerrando y va relacionando los personajes de este drama. ¿Y el aristócrata puso en marcha la fábrica?

—No, la mantuvo cerrada. Dos años más tarde, la vendió a un inversor interesado en ponerla en marcha. Este último le dio un impulso y, durante varios años, volvió a producir electricidad, pero durante la guerra fue bombardeada y ahora solo permanece la estructura. El propietario parece que tiene intención de ponerla en marcha de nuevo.

—Creo que deberías ayudarme en algo todavía —le espetó Carles al escocés.

—Tú dirás. A mí me sobra el tiempo. Todavía puedo permanecer un par de meses para dar tu respuesta a Francia.

—¿Mi respuesta?

—Como tú sabes, mi primera misión consistía en saber si tú habías decidido colaborar con los nacionales o querías volver con nosotros.

—Ya te expliqué que intento resolver este caso.

—Lo sé, y le hice esa reflexión al jefe. Le pareció interesante que siguieras investigando, pero necesitamos un hombre aquí.

—Bien, para eso me tienes que ayudar. Deberías buscar a Pedro, el hijo de Reinaldo. Necesitaría hablar con él. Por otro lado, también quiero que investigues la identidad del aristócrata o del abogado que intermedió en la fabrica.

En aquel momento, la irrupción en la nave de una persona conocida sorprendió a Carles. Ernesto había hecho su entrada en la iglesia. Carles se apartó un poco hacia las sombras para no ser observado.

—Me parece que tendrás que marcharte —le dijo al escocés.

Al no oír nada, se giró hacia Rick, pero este ya no se encontraba allí.

POR LOS AUSENTES

Septiembre, 1939

El murmullo de acompañamiento de la liturgia por parte de los vecinos que habían asistido a la misa permitió reflexionar a Carles sobre los hechos que le había explicado Rick, aquel escocés misterioso que aparecía cuando menos te lo esperabas y que desaparecía sin que te dieras cuenta.

La sensación de que los asesinatos que estaba investigando estaban relacionados con los sucesos que acababa de escuchar era una asociación difícil de obviar. Había algunos elementos que relacionaban ambos hechos. Se sentó en un banco que permanecía en la semioscuridad. Difícilmente podía haberle visto Ernesto desde la posición en que se encontraba.

Sus pensamientos le llevaban al duro paisaje del Rift. Allí habían coincidido unos soldados, algunos de los cuales habían tenido ascensos como resultado de su actuación en una época tan convulsa. Algo tuvo que pasar y el grupo se disolvió. Uno de ellos, Sergio, el legionario, estuvo en Asturias y allí hubo de presenciar la muerte de su familia o de su hermana. Ello le debió de trastornar y, finalmente, acabó en el manicomio. Seguramente, fue él quien mató al legionario que encontraron en su casa. Años más tarde, marchó del centro psiquiátrico de Valdediós. Tal vez en octubre del treinta y siete, una fecha

que podía coincidir, aproximadamente, con la de la entrada de tropas nacionales. Posteriormente, una vez acabada la guerra, se dedicó a matar a aquellos oficiales.

Ya estaba acabando la misa. Un cierto runrún, fruto de los susurros de la parroquia, se apreciaba en el ambiente. Carles seguía pensando. Esta teoría presentaba algunos inconvenientes. No ligaba con el muchacho que había asesinado al capitán republicano en Teruel. Teniendo en cuenta la sucesión de crímenes, este sería el primer asesinato.

Por otra parte, estaba el caso del empresario y los guardaespaldas asesinados, pero estos eran anteriores a los crímenes que investigaban. Ignoraba si tenían relación entre sí, pero algunos elementos lo hacían especialmente sospechoso. El hecho de que el hombre que los asesinó utilizara un nombre bereber, establecía una asociación con los crímenes. Finalmente, el hecho de que el abogado fuera de Monzón aportaba un dato que lo relacionaba con el asesino de Teruel. Realmente, el caso le pareció bastante enredado y no tenía claro los elementos necesarios para culpar de los crímenes al legionario. Sin embargo, la captura del mismo se había convertido en la máxima prioridad del momento. También tenía claro que había una serie de informaciones que no podía hacer saber a su compañero.

La gente ya comenzaba a marcharse, la misa se había acabado. Carles observó a Ernesto, quien fue a una capilla lateral a encender un par de velas. Observó la seriedad con la que realizaba el acto. El castellano era un hombre creyente con una fe adquirida gracias a la transmisión cultural y al proceso de socialización recibido. La concentración que mantenía su compañero le hizo pensar que estaba rezando, seguramente pensando en personas queridas o desaparecidas. Pensó que, a pesar de llevar un par de meses juntos, la

proximidad no había dado lugar a la confianza propia que lleva consigo la convivencia. Ernesto era una persona muy reservada, mientras que Carles se hallaba ensimismado en un proceso de regeneración, como el del ave fénix cuando salía de sus cenizas. Estos dos factores habían dificultado el acercamiento.

Intentó salir del edificio. Se colocó tras la fila de feligreses que, pacientemente, lo abandonaban. Fue entonces cuando Ernesto, que también intentaba salir, lo vio. Se sorprendió. Seguramente este era el último lugar donde esperaba encontrarlo. Una vez en el exterior, caminaron juntos por la calle Mayor hacia la plaza España.

—No sabía de tus inquietudes religiosas —le comentó Ernesto.

—Bueno, tampoco rechazo la cultura que he recibido. A veces va bien venir a estos lugares para aprender cosas nuevas.

—No serían tan nuevas si vinieras a menudo.

—He visto que ponías alguna vela. ¿Por algún familiar?

—A menudo, la gente llega de la manera más inesperada a tu vida. Hace años conocí a una persona muy especial y que significó mucho para mí. —Carles calló ante este arranque de sinceridad de su compañero—. A veces uno no aprecia los momentos vividos en compañía. No le damos la importancia que requieren. Estamos demasiado preocupados por lo que pasó ayer y por lo que haremos mañana. El caso es que, cuando te vienes a dar cuenta, ya se han marchado. Es entonces cuando te planteas si deberías haber hecho las cosas de otra manera.

—Lo siento, quizás no debí preguntar.

—No, no te preocupes. A veces va bien manifestar las preocupaciones. Y tú, ¿habías venido por alguien en particular?

—Yo… —Ahora era Carles quien se encontraba en el compromiso, pero notó que se emocionaba solo por el hecho de pensar en él—. Me preguntaba qué habría sido de mi padre. No dejo de pensar que tuvo que marchar a África, dejarlo todo y desaparecer bajo la tierra del Rift.

—Ahora soy yo quien lo lamento.

—No, no importa. Las situaciones llegan y nosotros debemos presentar batalla ante lo que sucede. A veces, tengo la impresión de que soy como un barco en medio de una tempestad. No decides el rumbo, tan solo intentas mantenerte a flote.

—Creo que te entiendo.

—Por cierto, ¿qué objetivo tiene ponerle una vela, si ya está muerta?

Ernesto lo miró como si fuera a hablar con un niño pequeño. Con suma paciencia, le explicó.

—La verdad es que no sabemos nada de lo que nos espera allá arriba, pero, si pones una vela a una persona querida, ella recibe esa luz en forma de cariño. Cuanto más amor pones, esa persona descansa en paz. Al menos eso es lo que quiero creer.

—Resulta muy emotivo —dijo un Carles más contrito.

—¿Qué te parece si vamos a tomar algo? —invitó Ernesto.

Carles accedió, pero, si de algo se había dado cuenta, era que no había explicado por qué había puesto dos velas. Pensó que su compañero siempre guardaba algún pequeño secreto en su interior.

Ante la parsimonia con la que transcurrían los días, cualquiera pensaría que se hallaban de vacaciones en Reus. Habían pasado varios días desde el sábado que se encontraran

en la iglesia. Se preguntaba dónde estaría oculto el legionario. Era posible que alguien lo estuviera escondiendo. Los policías tenían su imagen en una fotografía ampliamente difundida. No solo ellos, también los militares de Capitanía estaban alertas ante el posible descubrimiento de un individuo con la cara cortada como señal de reconocimiento. Su duda estribaba en saber cuánto tiempo estaba dispuesto a mantener el operativo el coronel Villalba.

Pero ese día algo había cambiado. Gonzalo había recibido información de la Capitanía General de Barcelona sobre una de las personas que habían sido nombradas en las conversaciones telefónicas con Sergio Martínez Legado.

—Hemos recibido información sobre Paco Zárate, aquel individuo que mencionó el legionario.

Todo el equipo se había reunido en la sala de la casa y mantenían el interés sobre las palabras que pronunciaba Gonzalo. Carles vio que sacaba una carpeta con información. Se preguntó cuántas informaciones sobre él permanecían en carpetas como aquella.

Gonzalo abrió la carpeta y mostró una fotografía del sujeto en cuestión con el uniforme militar. Además de la imagen, permanecía su expediente militar junto con otras informaciones de interés.

—Paco Zárate Bonastre. Nació en 1898, en Zaragoza, donde pasó la infancia y juventud. Su madre era viuda. En 1918 estuvo en Melilla para pasar posteriormente a Tetuán. Participó en la conquista del territorio de la Yebala. Tras la caída de Xauen, se licenció. Se retiró del Ejército y se casó en 1926 con Antonia Núñez. Después de la boda se trasladó a Caspe, lugar de residencia de la familia de su mujer. Allí comenzó a trabajar en el negocio de su suegro.

—¿A qué se dedicaba su suegro? —preguntó Ernesto.

—Hacía de transportista. Llevaba un par de camiones que eran utilizados para transportar cualquier tipo de objetos de un lugar a otro. A la muerte de su suegro, se hizo cargo del negocio. Según parecía, durante la república, había sido visto en reuniones del Consejo Regional de Defensa de Aragón.

—¡Vaya sorpresas presenta la vida! ¡Un anarquista!

Los demás miraron a Carles con actitud reprobatoria. Había sido él quien había realizado la interrupción.

—Tras las detenciones de Ascaso y otros miembros anarquistas del CRDA por parte del gobierno republicano, se mantuvo ajeno a la política. Posteriormente entraron las tropas nacionales a la ciudad, el diecisiete de marzo del treinta y ocho. No se supo nada de él hasta el veinticinco de jimio en que, al parecer, fue asesinado.

—¿Al parecer? ¿Cómo murió? —preguntó Carles.

—Lo hallaron atado a un árbol, con la cabeza cortada.

—Realmente —concluyó Carles, con sorna—, es posible que haya sido asesinado. No sé si una persona puede atarse a un árbol y cortarse *a posteriori* la cabeza él mismo.

—¿No hubo investigación? —preguntó Ernesto.

—Yo… Esto… No —respondió Gonzalo.

—¿No? —volvió a preguntar extrañado Ernesto—. ¡Qué raro!

—¿Quieres saber por qué no ha habido investigación? —expuso Carles—. Estamos hablando de un exmilitar, pero… ¡Caramba! ¡Este no es de los nuestros! Resulta que es un militar anarquista. Ese hombre ya tenía un expediente y, seguramente, faltaba poco para que lo cogieran y lo encarcelaran o fusilaran directamente. ¿Quién se iba a preocupar de investigar un caso que podría responder a una venganza en tiempos de guerra? Para la Policía o el Ejército, alguien se les había adelantado y les había facilitado la faena.

¡Esa es la causa de que no hayamos sabido nada de este crimen hasta ahora! Supongo que su mujer debió de recoger lo que quedaba del cadáver y enterrarlo como buenamente pudo. No tuvo derecho a ningún tipo de justicia.

—¡Oiga! ¡No toleraré que alguien como usted hable de esa manera! —Se disgustó Gonzalo.

—¿Alguien como yo? —preguntó Carles—. ¿Qué quiere decir?

—¡Ya basta! —quiso atajar la discusión Ernesto—. Tenemos que concentrarnos en el caso. ¡Y debemos hacerlo juntos!

No pudo evitar que entre el republicano y Gonzalo saltasen chispas y miradas agresivas.

—Está bien —dijo Carles, intentando relajarse un poco—. Ernesto, tenemos que ir a visitar a la viuda. Es probable que consigamos alguna información pertinente. Además, hemos de realizar una línea cronológica de los asesinatos e intentar descubrir los movimientos del asesino.

—Pensaba que estaba claro quién es el asesino —quiso aclarar Gonzalo.

—¡Oiga! Esta es una investigación de la policía y no de unos militares disfrazados de investigadores que dan como muerte natural el asesinato de un hombre atado a un árbol y sin cabeza.

—¡Maldito republicano! —Gonzalo se lanzó hacia Carles, visiblemente ofendido—. ¡Teníamos que haberos matado a todos!

—¡Gordo estúpido! —Intentó ofender Carles a su contrincante, haciendo hincapié en el estado físico en que se encontraba—. ¡Te morirás antes atragantado de comer!

Se enzarzaron en una pelea en que ambos cayeron al suelo perdiendo el equilibrio y arrastrando tras ellos una mesita que

se partió estrepitosamente. Rápidamente fueron separados por el resto de hombres que allí se encontraban.

—¡Basta ya! —gritó Ernesto—. ¡No quiero más discusiones ni peleas! Esta será la última o tendrán noticias mías y les aseguro que no serán de su agrado.

Ante aquel cambio de humor tan serio que Carles nunca había visto, ambos contendientes permanecieron en silencio, un silencio solo roto por la presencia de Benita quien, escandalizada por el ruido, se había asomado a la sala.

—¿Quién se *quea* a *comê*? Tengo el pollo *preparao*.

—No se preocupe, Benita —comentó Carles—. Los señores ya se marchan.

—Creo que iremos donde se respire mejor —comentó Gonzalo, mientras se limpiaba el polvo de la camisa.

Los hombres se marcharon y Carles pensó que su impulsividad no hacía más que generarle nuevos enemigos en un momento en que era innecesario creárselos.

EL MÉDICO DEL ADUAR

Agosto, 1921

Martí tanteó los huesos del rifeño. Intentó apretar aquellos que se habían salido de su posición. La hinchazón del tobillo no ayudaba. «Si hubiera tenido algo de hielo, se hubiera visto reducida la inflamación», pensó. Pero, por otro lado, sabía que los cabileños eran gente fuerte y acostumbrada a padecer los golpes sin quejarse demasiado. El paciente prorrumpió en agudos gemidos, fruto del dolor que le causaba la luxación que tenía en el tobillo. Había caído del caballo con un resultado un tanto doloroso. Con la ayuda de unas tablas, el sanitario había elaborado una férula para poder inmovilizar la zona dolorida. Intentó darle un analgésico, pero el hombre era reticente a cualquier medicación. Tras la intervención médica, se marchó acompañado de otro cabileño.

El sanitario llevaba varios días en la cabila y, a decir verdad, se había ganado cierto respeto entre los rifeños. La proximidad y la dedicación con la que intentaba ayudar a cualquiera que lo necesitara le habían convertido en una persona necesaria. Sabía que no dejaba de ser un prisionero, pero también era consciente de que su misión como médico implicaba una dedicación vocacional, sin tener en cuenta el origen de la persona herida o enferma.

Miró la cabaña donde se alojaba. Ahora, además, se había convertido en insospechado hospital de campaña. Había podido rescatar parte del material médico necesario. Los muchachos encargados de recuperarlo habían realizado la encomienda con relativa eficacia. En cierta manera, ellos se habían convertido en sus improvisados ayudantes. Ignoraba si habían recibido de Ameqran alguna orden al respecto. Lo cierto era que cualquier cosa que necesitara, la obtenía rápidamente. Junto al material médico, había una manta que hacía las veces de improvisada camilla de día y cama del prisionero de noche.

Por medio de sus ayudantes, Martí también recibía información de cómo estaba la situación en el Rift. Era consciente de que continuaba el conflicto. Muchos hombres estaban fuera del poblado, cosa que hacía que la situación en el mismo fuera un tanto más tranquila. Airam y Ahar, sus nuevos ayudantes, le habían comentado que la columna española había llegado a Monte Arruit y allí permanecían, de momento, sitiados. Por lo que insinuaban, no parecía que las expectativas fueran muy halagüeñas para los españoles.

Martí se sentó junto a la sombra de una chumbera y meditó lo azarosa que resultaba su situación. Estaba a expensas del capricho de un grupo de rifeños, tan inestables como lo podía ser el viento del desierto.

Desde el lugar en que se encontraba observó el poblado: un pequeño aduar en mitad de la nada. El terreno era el mejor aliado de los rifeños. Hacía muy difícil pensar en cualquier tipo de huida. Martí pensó que le sería casi imposible llegar hasta Monte Arruit donde estaban sus compañeros. Además, si escapaba, dudaba que le volvieran a dar otra oportunidad como aquella, en caso de ser capturado de nuevo. No creía en las segundas oportunidades.

Una figura se le acercó. Era el viejo Ameqran, jefe moral de la cabila cuando no estaba su hijo, como era el caso. Se sentó junto a él. En esos días habían entablado cierta amistad y habían tenido diversas discusiones.

—¡Médico Martí! Me alegra ver que tiene buen aspecto. Es una suerte que pueda ayudar a los hombres heridos.

—Gracias, Ameqran, pero yo hago lo que puedo con el material que tengo. Me faltarían bastantes cosas para poder atender bien a los hombres.

—Lo sé, lo sé, pero ahora es tiempo de ayudar con lo que hay. Es una guerra y es difícil conseguir medicinas.

—Medicinas y cualquier otra cosa. Afortunadamente, Airam y Ahar ayudan bastante en la medida en que traen material necesario. Son capaces de encontrar cualquier cosa que se les dice, pero todavía faltaría medicación para cicatrizar las heridas y calmantes.

—Todo es necesario y todo sobra, al mismo tiempo, cuando llega la muerte.

—Pero a usted no le gusta la guerra. Todo esto no le hace feliz. Yo lo veo.

—Tiene razón. No me hace feliz esta situación, pero tampoco me hacía feliz la anterior. No me gustaba ver como los españoles sometían a los rifeños, los explotaban y se llevaban sus riquezas, dejando esta tierra y a sus habitantes en la miseria.

—Por desgracia, tiene razón. Tengo un amigo que subscribiría sus palabras. Para el enriquecimiento de unos pocos han tenido que morir tantos.

—Los españoles están ahora en Monte Arruit, pero pronto caerán.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—No hay refuerzos, no hay comida, no hay agua y pronto

no habrá balas. Pocos días le quedan al ejército español.

Aquella sentencia atemorizó a Martí, que pensó en los miles de hombres que se habían marchado de Dar Drius. ¡Qué triste destino si todo se limitaba a acabar en Monte Arruit! A pesar del sufrimiento y la lucha, lo único que habían conseguido finalmente era ganar unos días para aquellos jóvenes. En el fondo, sabía que las palabras de Ameqran eran tan tristes como ciertas.

—Ameqran, ¿dónde aprendiste español tan bien? —le preguntó el sanitario.

—Yo estuve en Málaga. Pasé años trabajando. Hice de traductor para el Ejército, para varias oficinas y algún periódico. Es por eso que me entristece la guerra. Conozco el ejército que tiene España. Tras esta derrota volverá, con mayor furia y violencia, y barrerá a todo aquello que se le resista.

—Parece una premonición.

—Tengo muchos años. Hemos luchado contra los españoles muchas veces, pero siempre vienen más, muchos más. Cuando parece que has acabado con ellos, su codicia los vuelve a arrojar contra nuestro pueblo. Me temo que es como una plaga difícil de eliminar. Ahora los venceremos, pero ¿cuándo los volveremos a tener aquí de nuevo? ¿Un mes? ¿Un año? Ten por seguro que volverán.

Aquella predicción de Ameqran pareció hacerse realidad de manera inmediata. Al cabo de pocos días, ya volvieron los hombres del campo de batalla. Por lo que decían, la masacre había sido impresionante. Más de tres mil muertos habían caído en los alrededores de Monte Arruit. Por lo visto, también habían hecho prisioneros entre los oficiales, el general Navarro era uno de ellos. Aquellas informaciones le demostraron lo acertado que había estado Julià en sus

predicciones hacía apenas quince días. Aquellas se habían ido cumpliendo punto por punto. Otro que tendría el glorioso honor de haber acertado sería el comandante Benítez, aunque ahora aquello no le sirviera de nada a ninguno de los dos.

Una de las cosas de las que se percató Martí fue de que Bani no había vuelto con los hombres, cosa que le alegró sobremanera, ya que parecía enfermiza la obsesión que tenía aquel hombre con acabar con su vida. Esperaba que hubiera caído en el campo de batalla, ello le podía asegurar cierta tranquilidad dentro de su dramática situación.

Su vida en el aduar había adquirido las características de una rutinaria convivencia. Parecía haber sido aceptado por parte de los rifeños, aunque no por todos. Tafsit se cruzaba con él de tanto en tanto y, a pesar de vivir gracias a la intervención del sanitario en febrero, no parecía profesarle especial agradecimiento. Probablemente, el hecho de compensarle por haberle curado le suponía una molestia, ya que ello le colocaba en una posición un tanto inestable frente a sus hombres.

De todas maneras, los hombres no dejaban de acudir a su improvisado consultorio. A veces, incluso hombres de otros aduares, que venían atraídos por la posibilidad de cura o de mejora. Al parecer, la fama de Martí había traspasado algunos kilómetros.

Una tarde, agotado tras un duro día de trabajo, se sentó a la sombra de la chumbera y se apoyó entrecerrando los ojos, pensando resignado en su situación. El tiempo pasaba con una gran placidez, nadie lo agobiaba. Aquí no esperaba nada en particular y sus preocupaciones se podían difuminar en el polvo del desierto. Su mente vagó libre y el recuerdo de Saida llegó hasta él. ¿Cómo habría soportado esta guerra? ¿Se hallarían a salvo de esta atroz tormenta que todo lo arrasaba a

su paso? Se quedó adormilado ante aquellos pensamientos. No sabía cuánto tiempo habría pasado cuando unas palabras, pronunciadas en un tono de voz conocido que le traía malos recuerdos, le despertaron.

—¡Tú *español*!

Era el maldito Bani. En aquel momento, Martí intuyó que aquella aparente tregua que había tenido lugar acababa de desaparecer y su situación se había tornado más inestable e insegura.

—¿Tú bien aquí? ¿Tu cuidar bien? —le dijo riendo, con una risa que no tenía nada de agradable.

—Sí, yo estoy bien —le contestó, mirándolo seriamente, como podría mirar a una serpiente.

—¡Muy bien! Bani contento.

Este le dijo algo a otro hombre que le acompañaba, un moro más alto y fuerte, aunque compararse con Bani no tenía ningún mérito. Un cabello rizado y una barba rizada y negra, donde hacían su aparición unas canas, cubrían su cráneo y rostro. Algunas arrugas delataban las preocupaciones que debía de haber pasado. El sanitario le estimó unos treinta y cinco años. Los rifeños lo miraron y Martí supo que algo se traían entre manos. Seguramente nada que le beneficiara. Los siguió con la mirada y vio cómo Bani fue a hablar con Tafsit. En algún momento, ambos lo miraron. Bani lo señaló con el brazo. Después entraron en la tienda de Ameqran. Allí debieron de continuar las negociaciones.

Martí permaneció el resto de la tarde sentado allí. El hambre había desaparecido de entre sus prioridades. La seguridad que había tenido aquellos días se transformó en una gran inquietud. Al cabo de un par de horas, cuando comenzaba a anochecer, una figura más anciana y encorvada de lo que lo había visto nunca el barcelonés fue a su

encuentro. Supo que sería él quien le diera la noticia. Se preparó para lo que pudiera ser.

—Buenas noches, Ameqran.

—Médico Martí —le continuaba llamando el jefe—. A veces el tiempo no resulta del agrado del que lo contempla.

Martí, que no quería comenzar una discusión retórica, como la que solían hacer aquellos individuos, quiso ir al grano de la conversación.

—He visto llegar a Bani. Parece que no le ha ido mal, hasta creo que ha comido más.

—Bani ha ido a su poblado y ha venido con un encargo —le dijo, sin poder esconder una sonrisa ante el comentario del médico.

—¿Un encargo? ¿Qué tipo de encargo?

—Bani te quiere a ti. Quiere llevarte a su poblado.

—¿A mí? ¿A qué debo ese honor? —preguntó Martí, que maldecía su suerte.

—Su nuevo jefe, Udad, ha pedido que el doctor vaya a su poblado.

ALUCINACIONES

Septiembre, 1939

—Así es... Eso fue lo que acabó por decidirme.

—Pero tú allí habías estado bien, ¿no es así?

—Sí, allí había estado bien. El trato era muy correcto. Sentía que, poco a poco, volvía a ser yo.

Sergio se hallaba relajado mirando el sol de tarde que entraba por la ventana. Los rayos solares iluminaban una estancia que, por lo demás, se hallaba en la penumbra. La luz solar dibujaba figuras en el relieve de la pared. En los días que había pasado allí, le gustaba imaginar los dibujos que podían representar aquellas siluetas fantásticas. Se había encontrado con él y deseaba poder explicárselo todo, que pudiera entender qué era lo que le había llevado allí. Hacía bastante tiempo que sufría y ahora parecía haber encontrado un resquicio de paz.

—Pero no fue suficiente —le dijo él, con aquella voz de la que emanaba una autoridad innegable.

—Sí, sí lo era. Los enfermeros y el personal que atendían a los pacientes eran personas voluntariosas. Querían ayudar.

—Entonces, ¿cuál fue la causa?

—La causa —dijo Sergio, observando cómo el humo del cigarrillo que estaba fumando formaba volutas dominando el

ambiente—, la causa estaba en el maldito ejército.

—¿Había soldados custodiando el monasterio?

—No. No había soldados. Era un psiquiátrico como cualquier otro. Sin embargo, a medida que el ejército nacional conquistaba el territorio, tenía la necesidad de destrozar todo aquello que había conquistado. No le bastaba con ganar. Tenían que asesinar y humillar a los vencidos.

—Así que tu marcha coincidió con la llegada de los nacionales.

La llegada de los nacionales. A veces, el legionario se perdía en sus propios pensamientos y se le hacía difícil volver al hilo de la conversación. Por eso, él le guiaba y le iba indicando todos los pasos. A medida que hablaba iba recordando hechos, algunos de los cuales habían permanecido enterrados en la memoria.

—Ellos llegaron a finales de octubre. Todavía los recuerdo, con aquella mirada de superioridad, conscientes de que la vida o la muerte de las personas del monasterio estaba en sus manos. Los enfermeros y cuidadores, como no eran militares ni habían realizado delitos, no temían por su vida. Pobre gente, ¡qué poco sabían de las miserias de la guerra!

—Tú sí lo sabías.

—En África aprendí que, a menudo, cualquier insignificancia te puede costar la vida. Era lo que hacíamos con los moros. Si te caía bien uno, lo podías dejar con vida, pero si querías, lo podías rematar allí mismo y no pasaba nada. Nadie te iba a exigir cuentas. Eso es lo que vi en aquellos hombres. Gente implacable como lo había sido yo, en otro momento.

—¿Y pasó eso que esperabas? ¿Utilizaron la violencia con gente inocente?

—Un día llegó un mensajero, que venía de Oviedo, con

una lista.

—¿Una lista?

—Sí, una lista que permitiría a algunos vivir y que sentenciaba la vida de otros, pero ellos no lo sabían. No veían las señales. Yo quise avisarles, pero no me entendieron o no quisieron escucharme.

—¿Y qué pasó finalmente?

—El fatídico día los encerraron y no los dejaron salir. Obligaron a las enfermeras a preparar una cena, para después organizar un baile y abusar de ellas…

—¡Cerdos!

—Los trabajadores eran buena gente. No estaban preparados para lo que pasó. Luego los llevaron afuera y les hicieron excavar su propia fosa. Un capellán militar les dio la extremaunción antes de que les pegaran un tiro.

—¿Cómo lo supiste? ¿Tú estabas allí?

—No, yo estaba en una habitación, pero los hechos me los explicó una de las trabajadoras con la que tenía buena relación. Me permitió guardar una navaja, con la que conseguí escapar agrediendo a un soldado de aquellos que quiso impedírmelo.

—¿Lo mataste?

—No, no lo maté. Solo lo herí y lo dejé inconsciente. A partir de ahí, sabía que no podía volver a Oviedo.

—¿Ves? Has conseguido recordar. No era tan difícil.

—Sin embargo, a veces las desgracias es preferible dejarlas en el olvido.

—Pero, sin memoria, no hay posibilidad de redención. Y es eso lo que buscas, ¿verdad? Tu redención.

Sergio miraba los dibujos de la luz en la pared mezclado con el humo del tabaco. Todo el ambiente formaba un aura de irrealidad. Él se hallaba recostado sobre una colchoneta

mientras que su interrogador se hallaba sentado en una silla. Su compañero no fumaba. Sin embargo, no había dudado en comprarle el tabaco.

—Todos buscamos la redención… La posibilidad de poder mirarte a la cara a lo largo del tiempo sin que te persigan las pesadillas.

—Esas pesadillas, cada vez son más frecuentes, ¿verdad?

—Sí, ella se me aparece más a menudo. Ni siquiera bebiendo puedo apartar de mi mente su cara explotando en un millón de pedacitos, en una muda acusación que no consigo comprender.

—Lo comprenderás, pero has de ir recordando poco a poco. Yo te ayudaré.

La oscuridad se adueñaba de la sala. Sergio apenas percibía la silueta de su compañero. Solo oía la voz, aquella voz cadenciosa que se transformaba en un murmullo que parecía acompañar sus pensamientos. Ya no estaba tan seguro de que fuese una voz real o solo un producto de su imaginación. En aquel momento no era importante, estaba descubriendo aquellas cosas que le tenían atado a un pasado que no acababa de dilucidar.

—Fue en Oviedo, ¿verdad?

—Sí, fue en Oviedo.

—¿Cuál fue tu primer recuerdo?

—Mi primer recuerdo fue el de aquella chica que se enfrentó al ejército. Es increíble. El gobierno tenía miedo de que aquello de Asturias degenerase en una guerra, ya era una revolución, y no se le ocurrió otra cosa que enviar las tropas de África.

—¿Crees que fue un error?

—Las tropas de África habían luchado contra un enemigo feroz. Había sido una lucha sin contemplaciones, sin piedad.

La crueldad de los moros solo era superada por la nuestra.

—¿Y tú crees que eso fue lo que se trasladó a Asturias?

—En efecto. La crueldad con que se trató a la población civil solo era comparable con aquella que habíamos mantenido en Marruecos. Se asesinaron a civiles, incluidos mujeres y niños. Se entró en el hospital y se acabó con la vida de los heridos con un tiro en la nuca. En otros lugares, se asesinaba a golpes de machete. Fue una verdadera masacre. El incinerador de basuras de Oviedo se dedicaba a hacer desaparecer cadáveres…

—Debió de ser horrible.

—Lo fue, en efecto.

Las imágenes le volvieron a la memoria. Recordó que, en aquellos duros momentos de represión de los asturianos, se cuestionaba si estaba haciendo lo correcto. Él tenía a su familia allí y, sin embargo, estaban tratando a los ciudadanos como a los peores enemigos. Había observado que su compañero le dejaba divagar cada cierto tiempo, pero luego retomaba el nudo de la conversación por aquel punto que consideraba que podía resultar de interés.

—Hablabas de una chica.

—Sí, ella fue el inicio de la pesadilla.

—¿Por qué crees que fue así?

—Porque ella iba a morir y, sin embargo, no tenía miedo. Me lo dijo así: «No temo a la muerte. Sin embargo, tú la llevas contigo».

—¿Y es cierto? ¿Tú llevas a la muerte contigo?

—Sí, y ella lo sabía. A partir de ahí llegó la desgracia.

—¿Recuerdas cómo fue?

—Deambulé por las calles de Oviedo. Me dirigí hacia el barrio de mi infancia, pero aquello era muy diferente de lo que recordaba. Los edificios estaban destruidos. Habían sido

bombardeados. Los escombros se amontonaban a lo largo de las calles. Parecía una ciudad desierta, solo habitada por cadáveres.

—¿Y tú llegaste a tu casa?

—Sí, llegué, pero aquello no tenía nada que ver con lo que había dejado. Todo estaba en ruinas. Entré, como tantas veces había entrado por aquella puerta. Miré en las habitaciones de la planta baja.

—¿Encontraste algo?

—No, no encontré nada. Fue entonces cuando oí un ruido en el piso de arriba. Subí, intentando no hacer ruido. Puedo ser bastante silencioso si lo pretendo.

—Lo sé, pude comprobarlo.

—Cuando subí, vi la habitación de mis padres. Estaba entreabierta. Con sumo cuidado logré abrirla y entonces los vi.

—¿Qué fue lo que viste?

—Ellos yacían sobre la cama. —Ahora Sergio estaba realmente aturdido—. Parecían dormidos. De hecho, al principio lo pensé. Pero luego vi que no se movían. Estaban muertos y yo no los podía ayudar. Todo lo que temía en un principio, se había materializado. Yo quería reconciliarme con ellos. Hacía muchos años que me había marchado de casa, pero ahora ya no sería posible.

—¿Es por eso que tenías ese sueño, porque te consideras responsable de la muerte de tus padres?

—No, no es por eso.

—¿Todavía hay algo más?

—Sé que hay algo más, pero un muro se cierra sobre mi mente cada vez que intento descubrirlo.

—¿Por qué piensas que pasa eso?

—Porque sé que lo que hay detrás de ese muro es tan terrible que no sé si llegaré a derribarlo algún día.

HERÁLDICA

Septiembre, 1939

—Me alegro de que hayas venido. Cuando me dijo que querías verme, me ha faltado tiempo.

—Siéntate, tenemos que hablar.

Quien así hablaba era Eduardo Mercader. Tras el encargo que le había realizado Carles, no lo había vuelto a ver. Tampoco se había reunido con los miembros del club de los jueves. Así que no podía saber cómo llevaba las investigaciones su amigo. Habían pasado un par de días desde que tuviera aquella discusión con Gonzalo. No dejaba de darle vueltas. Cuando hubo marchado el policía del SIPM, Carles se sentó en un sillón un tanto meditativo.

—¿No vienes a cenar? —le había preguntado Ernesto, que no sabía, en aquel momento, qué era lo que pasaba por la cabeza de su compañero.

—Ahora no tengo hambre.

—¿Estás seguro de que esa es la cuestión?

—Ernesto.

—¿Sí?

—¿Por qué le dijiste que yo era republicano? Desde el primer día que no para de mirarme con una superioridad

repugnante.

—Creo que Gonzalo es prepotente y un tanto impresentable, pero ello no nos debe hacer perder de vista nuestro objetivo. De todas formas, tú te delatas con tu manera de pensar.

—Posiblemente eso tenga algo que ver, pero… ¿por qué se lo dijiste?

—Si me quieres creer —le contestó—, yo no le dije nada a Gonzalo.

Aquello había dejado, si cabe, más preocupado todavía a Carles. Sabía que trabajar con un grupo de policías franquistas disminuía sus posibilidades de resolver el caso e, incluso, podía perjudicar su seguridad. Era consciente de lo que eran capaces de realizar aquel tipo de individuos. Había tenido experiencia en ello.

Desechó aquellos pensamientos de su mente e intentó centrarse en la información que le pudiera aportar aquel personaje tan particular, aquel empresario que, más bien, tenía aspecto de dandi inglés. Su aspecto delgado pero fuerte y nervudo contrastaba con sus buenas maneras y refinado comportamiento. La barba y el bigote inspiraban firmeza y convicción a sus palabras. Era una persona con conocimientos y con una gran capacidad de relación social. Apenas alzaba la voz y hacía, del entendimiento con los demás, un valor a seguir en sus actuaciones.

—¿Has podido averiguar algo?

—No ha sido fácil. He tenido que recurrir a amigos de Barcelona que tienen acceso a documentos de este tipo. La dificultad estribaba en que no era un título original, sino la aceptación de uno heredado, que tiene su origen en Sicilia, Italia. ¿Sabes algo de la historia de Sicilia?

—La verdad es que lo único que sé es que durante un

tiempo perteneció a la corona de Aragón, en su expansión mediterránea.

—Habrás oído hablar de la expresión «vísperas sicilianas».

—Efectivamente, pero solo he oído la expresión en sí.

—Las vísperas sicilianas fueron una insurrección que realizaron los pueblos de la isla ante el maltrato y los impuestos abusivos de los franceses. En esta revuelta mataron a casi toda la población francesa de la isla. Los sicilianos se volvieron hacia Pedro III de Aragón, quien obtuvo el control de la isla. Tras diversas vicisitudes, finalmente Federico, hijo menor de Pedro, fue reconocido como rey. De hecho, fue gobernada como un reino independiente por parientes de los reyes de Aragón. A partir de 1492, Fernando II de Aragón, mediante la Liga Santa, expulsó a la dinastía reinante del reino de Nápoles y Sicilia y mantuvo dos virreinatos, uno para Sicilia y otro para Nápoles.

—¿Así que está relacionado con la familia de la corona de Aragón?

—En cierta manera. Ahora vamos a lo que nos interesa. Durante el periodo de dominio aragonés, se repartieron diversos títulos nobiliarios. Uno de ellos, el que nos ocupa, el de la infanzonía de Castellfosc. Poseen un escudo partido en dos. En una parte se halla una torre mientras que, en la otra, destaca un corcel rampante. Todo ello coronado por una diadema.

—Es muy parecido a la imagen del sobre.

—En efecto. Al parecer, el título pasó al primogénito de cada generación. Sin embargo, en el siglo XVIII murió el último señor de Castellfosc sin descendencia. Por lo visto, hubo una disputa entre dos ramas colaterales de la familia. No se pusieron de acuerdo y todo acabó en un litigio. Finalmente, la rama francesa, ganó la posibilidad de mantener el título

nobiliario y algunas posesiones. Por otro lado, estaba la rama española. A pesar de que sus orígenes se hallaban en el Pirineo catalán, los descendientes vivían en Huesca, en Monzón. Tenían una granja y terrenos en una zona próxima a Benasque ya que, tradicionalmente, se dedicaban a la cría de caballos. Participaban en las ferias de san Bartolomé, que se realizaban desde el siglo XVI. Posteriormente, habían participado en negocios con ultramar a raíz del permiso de comercialización de Cataluña con las colonias. A partir de entonces se habían dedicado, entre otras cosas, al comercio textil, por lo que tenían industrias en Manresa durante el siglo XIX. Aplicaron las nuevas técnicas a la industria del algodón, desde la utilización de maquinaria hasta los estampados, siguiendo los modelos que se realizaban en el exterior.

—Una familia emprendedora.

—En efecto y, como ellos no podían disponer del escudo reglamentario, utilizaron una variante que no era exactamente igual. Era parecida. Supongo que respondía a la necesidad de parecer aristócratas y de dar una pátina de formalidad a sus documentos comerciales.

—¿Y lo habían registrado?

—Ahí está el problema. No había sido registrado como título nobiliario; de hecho, no tenían derecho a mantener el título y el escudo.

—Así pues, ¿cómo lo ha podido descubrir?

—Este amigo mío comenzó a desenredar la madeja a partir de la rama italiana y siguió su evolución hasta llegar a la rama francesa. Al llegar a la rama de Aragón, pudo comprobar que el escudo y el nombre están registrados no como derecho adquirido, sino como un simple registro de la propiedad. A finales del siglo XVIII, se creó la necesidad de un registro de gravámenes, que dio lugar a las contadurías de hipotecas.

Estas contadurías, vigentes hasta la institución del Registro en 1861, implicaban la constitución y redención de gravámenes, las ventas de bienes gravados con alguna carga, etc. Fue, en esos momentos cuando se creó la compañía con el nombre y el escudo familiar.

—¡Todo un trabajo de investigación!

—Así es, en efecto.

—Una pregunta, ¿sabes por casualidad si, en la actualidad, la familia mantiene los mismos negocios? —preguntó Carles, que había acabado por tutearle.

—Bien, bien. Esto no me lo ha podido precisar este amigo mío. Lo que sí me comentó es que, realizando esta investigación, tuvo noticia de que algunas empresas ligadas al apellido familiar fueron vendidas.

—¿Se sabe quién es, hoy en día, la persona que responde al apellido familiar?

—Por lo que sé, existe una persona, Alfredo, que es el heredero del apellido Castellfosc.

—¿Y dónde podría encontrar al tal Alfredo?

—Supongo que en el pequeño palacio que posee la familia en el lugar original de residencia.

—Estos terrenos que posee la familia, ¿se hallan cerca de Benasque?

—En efecto, poseen terrenos en aquella población. Allí tienen una antigua granja con casa señorial.

—¿Ahí es dónde reside habitualmente?

—No, parece ser que habitualmente reside en Monzón, donde tienen su palacete.

—¿Podrías investigar la dirección donde vive?

—Sí, señor. Eso mismo pienso yo, un verdadero idiota.

—Y no solo eso, sino que además es peligroso.

—Nunca entenderé de quien fue la idea. Además, es sumamente agresivo. Se piensa que está por encima de los demás.

Gonzalo se hallaba tomando un vaso de vino con un antiguo amigo. La tarde transcurría plácida junto al viejo barrio judío. Se hallaban en el interior de un bar. Tras el saludo inicial, habían pasado a explicarse viejas y comunes historias.

—Si mal no recuerdo, tuviste algunos problemas con él —le dijo Gonzalo.

—Ya sabes. Una persona como ese policía… Eran tiempos difíciles. Aquellos individuos se pensaban que acabarían dominando el mundo. Ya les está bien empleado.

—Pero ¿qué fue exactamente lo que te pasó?

—Ese hombre me buscaba las cosquillas. Desde que trabajaba en el puerto me quiso acusar de tráfico ilegal de mercancías. Como no pudo hacerlo, se dedicó a hacerme la vida imposible, de manera que los jefes decidieron, un buen día, que yo era un incordio para el negocio y consiguió que me despidieran.

—¡Vaya putada!

—¡Así es! ¿Quién me pagaba entonces los salarios que perdí? Tuve que rehacer mi vida como pude.

—¿Y qué hiciste entonces?

—Tuve que hacer trabajos mal pagados para sobrevivir. Afortunadamente, llegó la guerra y puso a cada uno en su puesto.

—Afortunadamente, el orden ha vuelto con el nuevo gobierno.

—Y tú, ¿qué es lo que haces en esta ciudad? Te hacía por Barcelona.

—En efecto, estamos en Barcelona habitualmente. Ahora estamos aquí intentando localizar a un peligroso criminal.

—Bueno, brindemos porque lo podáis capturar.

Alzaron los vasos y brindaron por el éxito de la anunciada misión. Gonzalo miró al hombre que estaba frente a él. Hacía bastante tiempo que habían trabajado juntos en el puerto de Barcelona, antes de que el policía intentara buscar su futuro lejos de las sucias y pestilentes aguas. A pesar del tiempo transcurrido, la cara de su antiguo compañero era reconocible todavía. Por ello lo había saludado en la calle y, de los recuerdos pasados, habían pasado a las realidades actuales. Gonzalo había aprovechado para desahogarse al respecto de su situación actual. Cuál no sería su sorpresa cuando aquel antiguo colega le había comentado que Carles no solo era republicano, sino que además había sido policía y había estado encarcelado. No acababa de entender por qué se le había de dar un trato, que él consideraba de favor.

—Bueno, creo que he de marchar. Me toca guardia —le dijo Gonzalo, dejando unas monedas en la mesa.

—¡Muy bien! Yo acabaré mi vaso.

Gonzalo se marchó. Tenía que hacer guardia junto al teléfono de la casa que habían convertido en una pequeña centralita de policía. Marchaba rápido pero satisfecho. Se había podido desahogar. Su amigo tenía un aspecto poco cordial para quien no lo conociera. A ello contribuían aquellos ojos que parecían salírsele de la cara, su gruesa nariz y aquellas orejas que semejaban unas alas dispuestas a batir el aire para emprender el vuelo. Le había dicho su nombre, Miguel Rivera, pero él todavía lo recordaba por el apodo con que le llamaban. Todo el mundo lo conocía por Sostres.

UN INCÓMODO VIAJE

Agosto, 1921

No tuvo que esperar mucho para que se cumpliera la temida petición. Al día siguiente, temprano, ya partía con los dos hombres que habían venido a buscarlo y otro más que había aportado Tafsit y que haría las veces de embajador del aduar. A Martí le permitieron recoger todo aquello que cabía en un maletín. Revisó todo lo que tenía en la tienda y seleccionó aquellos medicamentos que mínimamente le pudieran asegurar el éxito en una intervención. Ahora que tenía que marchar hacia lo desconocido y lo invadió una cierta añoranza de la vivienda que había ocupado. Se daba cuenta de que, probablemente, su situación empeoraría y la relativa libertad que había gozado quedaría en un recuerdo. No sabía si la intención de Bani era asesinarlo por el camino. Con él nunca podía estar seguro ya que, desde el momento en que lo conoció, lo había intentado con ahínco.

Ameqran le había explicado que, antiguamente, los bocaya y los beniurragueles habían sido enemigos declarados, pero, en esos momentos, luchaban juntos contra el invasor español. Solo era cuestión de tiempo que se volvieran a enemistar otra vez. El jefe del aduar, de donde era Bani, siempre había sido un buen hombre y había solicitado la amistad de los beni

Ulisex, amistad que había sido correspondida. En aquellas tierras las alianzas eran importantes, nunca sabías cuando podías hacer uso de ellas.

Así, de manera fría, decía adiós a aquellos últimos días. Se preguntó si no sería mejor acabar de una vez, como sus antiguos compañeros de cautiverio. Ya no tenían por lo que penar. Más tarde recordaría aquel extraño viaje, en compañía de tres cabileños, como uno de los momentos más extraños y duros por los que había pasado. Aquellos no dudaban en golpearle si se paraba o en amenazarle con matarlo. Por un lado, el calor, el duro calor del clima africano, que hacía mella en él. No recordaba otra época en que hubiera pasado tanto calor. Sin embargo, sus acompañantes parecían inmunes al mismo. Por otro lado, estaba el cansancio, ya que el recorrido que realizaban lo hacían por antiguos senderos, habitualmente rodeados de barrancos y cortados.

Cuando Martí, agotado, hacía una pausa, no era raro que alguno de sus acompañantes le golpeara con el fúsil que llevaba. Eran los bocaya quienes se ejercitaban más duramente con la violencia. Supuso que la función del cabileño del aduar en que había estado recluido era la de controlar que llegara al poblado de destino.

Finalmente, tras la dura marcha diurna, pudieron descansar al raso, lo cual era de agradecer tras la agotadora jornada. A Martí le dieron algunas sobras de comida que devoró, provocando la hilaridad de Bani, que lo miraba con desprecio. El sanitario sabía que no se podía revolver. Ello le habría costado la vida rápidamente y, para eso, siempre estaba a tiempo.

El segundo día de viaje fue más duro si cabe. No tanto, probablemente, por el cansancio y el agotamiento de la caminata, como por lo que tuvo que ver. Pasaron por algunos

terrenos ya recorridos por Martí. Llegaron a Izzumar y pudo ver los restos del desastre. Una acumulación brutal de cadáveres jalonaba el camino. Muchos habían sido desnudados para poder coger todo aquello que se pudiera aprovechar. Las armas, las botas y otros objetos de valor habían sido desposeídos de sus dueños. En algunos cuerpos se observaban señales de tortura. Los rifeños habían sido especialmente crueles con los caídos.

—Tú mira tus amigos *español*.

Martí había optado por no decir nada. Sabía que todo lo que hiciera sería aprovechado por aquella persona tan malintencionada. Su mutismo solo sirvió para encender al rifeño quien, empujándolo, lo arrojó al suelo sobre un cadáver. Después le cogió de la cabeza hasta que quedó aproximadamente a un palmo de la cabeza del muerto.

—¡Tú mira! ¡Un cobarde como tú!

Al sanitario no le quedó más remedio que observar aquel cuerpo que pertenecía a un joven soldado. En su mirada aterrorizada parecía haberse congelado la imagen de la muerte. Probablemente pertenecía al grupo de soldados que, heridos, suplicaban socorro mientras sus compañeros huían aterrorizados, con el único objetivo de salvar la vida. Las muestras de haber sido torturado estaban presentes: le habían cortado las orejas. Posteriormente debieron de cortarle el cuello. Martí rogó en silencio por todos aquellos que habían perecido. Pensó que hubiera sido mucho mejor enfrentarse a los rifeños y decidirlo todo en una única batalla que no en aquella interminable sucesión de retiradas en que, finalmente, se había convertido el desastre.

Se levantó y continuó el camino siguiendo a Eheder, que era el compañero de Bani. Este no parecía tan cruel, pero comparado a su compañero, nadie lo parecía. Todavía

siguieron un rato por el desfiladero de Izzumar. Al fondo, Martí pudo ver el puesto de Annual. Todo el camino estaba alfombrado de cadáveres, dándole un aspecto sobrecogedor. Pensó en todas aquellas personas que había conocido y que, hacía apenas unos días, destilaban vida por todos los costados.

Mientras bajaba, recordaba aquellos momentos compartidos con Julià, sin el cual él no estaría vivo ahora. Intentó recordar en qué lugar se habían separado, pero no pudo determinarlo con seguridad. El paisaje parecía otro, ahora que no había aquella masa enloquecida de soldados buscando una oportunidad de vivir.

Cuando pasaron ante Annual, Bani le volvió a hacer comentarios.

—General *español* muerto. Ahora general sin cabeza, no tan valiente.

Aquella afirmación tan cruel hizo pensar a Martí que habían decapitado al general Silvestre, cosa nada extraña conociendo las actitudes de los rifeños hacia los militares caídos. Continuaron, a partir de aquel momento, por territorios desconocidos para Martí. Pasaron por senderos que apenas se debían de utilizar ya. De hecho, fueron por zonas montañosas eludiendo el terreno más próximo a la costa. El sanitario supuso que hacían una especie de rodeo para evitar otras cabilas. Desconocía si los habitantes del lugar al que le llevaban tenían muchos aliados o, simplemente, querían permanecer aislados. Recordó que Ameqran le había comentado que en aquella cabila había ahora un nuevo líder. Dudaba que fuera tan bueno como el anterior si tenía como aliado a Bani.

Pasaron el cauce del río Amekrán, totalmente seco en aquella estación del año. Rememoró las alarmas que se habían encendido en la mente de Julià cuando supo que pasarían el

Amekrán, la frontera prohibida por los beniurragueles. Aquel había representado el punto de no retorno en la posible pacificación de la zona. Sin embargo, no tuvo mucho tiempo para pensar, pues sus acompañantes le empujaron y le obligaron a continuar caminando.

Los riscos y los estrechos senderos configuraron la marcha de aquel día. Apenas divisaron unas aisladas cabañas en la lejanía. Toda la tarde anduvieron caminando por aquel terreno montañoso. Martí estaba agotado. Cuando se detuvieron, cayó rendido en un profundo sueño.

Soñó que una extraña luz se abría en la oscura noche. De ella surgió una figura femenina que conocía bien. Ella le cogió la mano y él, agonizante, vio cómo la noche se convertía en día gracias a aquella mágica iluminación. La miró y vio sus ojos, aquellos ojos almendrados que dulcemente lo miraban y parecían decirle que olvidara aquello que había quedado atrás, que ella estaba allí para cuidarlo. Ella abría la boca y las palabras se perdían en el aire. El sonido no llegaba a sus oídos. Sin embargo, en su mente se abría, con la fuerza de un huracán, un destello que apartaba las tinieblas y angustia que lo habían dominado. Intentaba llegar a ella, pero un agotamiento extremo le impedía mantener la consciencia.

Se despertó manteniendo en su mente el recuerdo de aquel extraño sueño. Había soñado con Saida, una Saida mucho más fuerte y dulce de lo que la recordara. Ella se le había aparecido como un refugio en el cual guarecerse. En la fantasía, él estaba desesperado y agotado y ella llegaba a su vida como una claridad capaz de iluminar y producir un proceso de sanación. No sabía a qué achacar aquella visión, si a una asociación fruto de la fatiga y de la situación en que se encontraba o a una alucinación fruto del desespero.

Amaneció y pronto se pusieron en marcha. Si el día

anterior habían manifestado cierta prudencia para no encontrarse con los miembros de otras cabilas, aquel día la prudencia era, si cabe, mayor. Eheder marchaba a la cabeza del grupo, pendiente de que el camino estuviera despejado. Así, poco a poco, fue transcurriendo el día. El sanitario creyó entender, en las discusiones de sus compañeros, que estaban atravesando las tierras de la cabila beniurraguel, cuyo jefe Abd El-Krim, había sido capaz de conducir a su pueblo a una victoria espectacular sobre el ejército español.

La jornada fue transcurriendo de forma similar a las anteriores. Por la tarde, los hombres ya se sentían más seguros y eso se notaba en su forma de actuar. Reían más y su actitud era más desenvuelta.

El paisaje se caracterizaba por su aridez y por su orografía irregular. El calor había sido el acompañante esperado del extraño viaje. Martí, agotado, intentaba seguir el paso de los hombres, bastante habituados a aquel tipo de caminata. Al anochecer llegaron a un aduar. Unas antorchas indicaban la entrada del poblado. Algunos grupos de hombres se hallaban en pequeños corros hablando sobre aspectos de la vida cotidiana o de la guerra que, al parecer, ya había acabado. Las miradas que le dirigieron eran hostiles. Esa impresión ya la había sentido anteriormente. Se estaba empezando a acostumbrar.

Bani se adelantó y entró en una casa construida en piedra. Al poco salió de ella un hombre alto y fuerte que le fue presentado como el *amgar* del aduar. Llevaba una chilaba de lana cerrada con una gran capucha de un color indeterminado y unas babuchas. Sin embargo, lo que más inquietó a Martí fue su rostro, con una expresión dura y una mirada dominante un tanto agresiva. Parecía una persona desconfiada. Una poblada barba y un bigote negro le cubrían el rostro. Algunas

arrugas mostraban el paso del tiempo. Una fea herida reciente, fruto de algún golpe, le había dejado marcada la cara en la zona del ojo derecho y la sien. El golpe le aportaba, si cabía, una mayor fiereza al conjunto.

Bani se dirigió al hombre, dócil y sumiso. Señaló a Martí y lo anunció como el doctor que había ido a buscar. Un nombre se repetía en aquella especie de soliloquio y era el del jefe. Al parecer, se llamaba Udad.

Cuando acabaron las presentaciones, dos hombres cogieron a Martí y siguieron al jefe del aduar hasta una cabaña que estaba a oscuras. En la oscuridad de la misma, le pareció oír a Martí el suave gemir de un cuerpo. Uno de los hombres se adelantó con una antorcha y el espectáculo que vio el sanitario lo estremeció. Junto a él, en el suelo, se hallaba el cuerpo de un hombre desnudo de cintura para arriba, totalmente ensangrentado. Al parecer había recibido una terrible paliza y se hallaba más muerto que vivo.

—¡Tú curar este hombre! Si no, tú morir.

La orden era perentoria y clara. Martí sintió que resultaría difícil, si no toda una hazaña, conseguir que aquella persona, con evidentes signos de tortura, pudiera seguir viviendo. A partir de aquel momento, su vida estaba ligada a la suerte de aquel infeliz.

SOSPECHAS

Septiembre, 1939

—Los misterioso. policías continúan buscando a ese legionario —Pero ¿es seguro que está en Reus?

—Hombre, seguro, seguro…

Eusebio observaba a Jaime. Habían sido muchas las cosas que habían negociado al cabo de los últimos meses, pero, al parecer, la mercancía más interesante para su interlocutor resultaba ser, en aquel momento, la información. Estaba pendiente del lenguaje no verbal de su compañero de mesa. Iba aportando información, a medida que esta podía resultar beneficiosa para su bolsillo.

—¿Y continúan solos los dos policías?

—No, ahora ha venido un equipo. Cuatro policías más siguen el caso.

—Eso indica que debe de estar aquí. Así que pronto atraparéis al asesino… —Jaime comentaba los hechos mientras miraba, un tanto extrañado, que Eusebio apenas bebía de su vaso, cosa no habitual en él.

—Pronto lo atraparán. No olvides que eso es cosa de la policía. —Bueno, yo no entiendo mucho de esas cosas.

Eusebio no acababa de creerse del todo las palabras de su

interlocutor. Jaime era una persona delgada pero fuerte. Sus manos eran grandes y tenían bastantes callos, eran manos de alguien que había trabajado duro. Parecía un hombre curtido en mil y una batallas. Las sombras de la preocupación se reflejaban en multitud de arrugas.

—La cuestión es que se acaben de llevar bien.

—¿Acaso hay algún problema?

—Al parecer, el otro día se pelearon el republicano y el jefe de la brigada.

—¿—Y eso?

—Normal, uno es republicano y el otro pertenece al SIPM. La cosa resulta irreconciliable.

—Son intereses opuestos —dijo Jaime, bebiendo su segundo vaso de vino—. Veo que estás muy bien informado.

—Tengo mis contactos. Hoy en día la información es poder.

—Y negocio —dijo Jaime, dejando caer sobre la mesa unas monedas—. Toma, te lo has ganado.

Todavía siguieron bebiendo un rato. Eusebio se contuvo, ya que había determinado seguirlo y descubrir dónde vivía. Recordó la última vez que lo había hecho. Después se había reído del miedo que había pasado. Su compañero de negocios era una persona tranquila, bastante culta y correcta. No acababa de entender qué fue lo que había pasado. Lo achacó a la bebida. Lo cierto era que se había asustado bastante. Aprovecharía la ocasión, ya que él apenas había tocado el alcohol y Jaime ya llevaba bastantes copas, por lo que debía tener los sentidos un tanto amortecidos.

—Bueno, creo que tendré que marchar. Hoy ya he bebido bastante —dijo al cabo de un rato el compañero de copas de Eusebio, dejando unas monedas sobre la mesa.

Eusebio esperó unos instantes para que Jaime cogiera

ventaja. Luego, comenzó a seguirle. Estaba anocheciendo, pero todavía había luz. Los días se iban acortando de manera imperceptible y la penumbra comenzaba a reclamar su territorio. Los callejones todavía estaban transitados, por lo que el perseguidor pudo pasar desapercibido. En ningún momento se volvió Jaime, cosa que agradeció el cabo. Esta vez el itinerario seguido difería un tanto del realizado el último día que lo siguió. Pensó que ello era debido a que el perseguido no mostraba la prudencia de otras ocasiones.

Eusebio se tanteó los bolsillos. Se había preparado a conciencia. Llevaba una pistola y una navaja por si acaso. Además, llevaba una linterna para evitar quedarse a oscuras. Observó a Jaime. Se bamboleaba un poco. Resultaba evidente que iba más bebido de lo que le era habitual. Ello le facilitaba la faena.

Pasaron por delante de la antigua Casa del Pueblo, ahora requisada por las autoridades. Allí habían instalado el Auxilio Social, unos comedores donde se suministraba una sopa aguada para los pobres, servida por militantes de la Sección Femenina, que cubrían su uniforme con un delantal blanco.

El itinerario realizado por los dos hombres conducía hacia las afueras de la ciudad. Fueron dejando atrás estrechos callejones apenas transitados hasta que, finalmente, salieron de la urbe. Eusebio lo pudo seguir con cierta facilidad. Pronto vio el lugar de destino: una serie de naves industriales que, debido al mal estado en que se encontraban, parecían haber sido bombardeadas. Debían de haber tenido ocupación de antigua fábrica o almacenes.

El hombre al que seguía se paró ante la puerta de una nave y se giró mientras buscaba alguna cosa en los bolsillos. Seguramente una llave que pronto encontró. Eusebio había reaccionado rápidamente, agachándose tras unos arbustos que

lo tapaban. Desde allí pudo ver cómo Jaime entró y cerró la puerta. Pronto vio una luz en el interior de la nave. Aquello era extraño. No parecía una vivienda al uso. Decidió investigar desde un lugar más cercano.

Comenzó a caminar alrededor de la nave intentando no hacer ruido. Nadie sabía dónde estaba y ello le restaba seguridad. Junto al edificio, había otro almacén que presentaba unas enormes grietas, fruto de los bombardeos, y por la cual pasaba fácilmente una persona. Entró con cuidado. La curiosidad lo dominaba. Quería saber qué tipo de negocio se traía entre manos aquel sujeto que le había realizado unos encargos tan curiosos.

Tras dudar unos instantes, entró dentro del edificio. El corazón le latía con celeridad ante una creciente inseguridad. Una vez dentro, encendió la linterna para ver el interior del lugar. Cómo en otras partes que habían sido bombardeadas, el espacio no estaba bien conservado. Observó que se hallaba en una sala de unos cincuenta metros cuadrados. Algunas maderas y restos de muebles habían sido pasto del fuego en el centro de la sala. Supuso que había sido refugio de otras personas en algún momento. Los escombros se hallaban esparcidos por el pequeño local. Al frente descubrió el dintel de una puerta que daba acceso a otra sala. En aquel momento le pareció oír un pequeño ruido. Cerró la linterna y permaneció en silencio. Al no haber novedad, dedujo que debía de haber sido algún ruido del exterior, o incluso un sonido producido por Jaime que la quietud de la noche hubiera puesto en evidencia. Volvió a encender la linterna y traspasó, con suma precaución, el vano de la puerta. Ante él, pudo ver una sala más grande. A los lados de la misma, unos amplios ventanales a una altura significativa dejaban entrar la luz de la luna, dándole un lúgubre aspecto. En aquella sala

había algunos muebles de madera bastante deteriorados. Los enfocó con la linterna. Parecían restos de telares mecánicos. Le pareció ver un dibujo en uno de ellos, cosa que le llamó la atención. Lo enfocó con la linterna y pudo ver la imagen de un castillo y de un caballo encabritado.

Oyó un pequeño crujido. No supo discriminar su origen. ¿Había sido producido por el movimiento de algún individuo que se hubiera desplazado o simplemente tenía su origen en el vaivén de alguna rama producida por la corriente de aire? Eso era algo que no podía discernir. El miedo, aquel miedo incontrolable que lo había dominado en ocasiones anteriores, se le introdujo bajo la piel. Apagó la luz de la linterna y estuvo a la expectativa de cualquier otro sonido. Al cabo de un rato se tranquilizó.

Avanzó por entre los viejos telares con la luz de la linterna dirigida básicamente hacia el suelo, para que no pudiera reflejarse por las ventanas. Fue así como dio con una trampilla que, al parecer, estaba cerrada. Intentó levantarla, pero parecía estar atascada. Sacó la navaja y, con el cuidado que da la experiencia en esos lances, pudo forzarla sin excesiva dificultad. Enfocó con la linterna y vio unas escaleras que conducían hacia un sótano. Abrió totalmente la trampilla para evitar que, accidentalmente, pudiera cerrarse. Bajó con cuidado los escalones. Alguno de ellos crujió, a pesar de que intentaba ir con la máxima cautela. Una vez abajo, vio una amplia sala que daba la sensación de haber sido utilizada. En una pared había una madera de la cual pendían diversas herramientas. Cubos, palanganas y trapos se hallaban acumulados en un rincón, junto a un banco de trabajo. Al fondo, unas cuerdas se hallaban enrolladas y colgadas en la pared. Otras, pendían de unos ganchos que se hallaban en el techo.

Enfocó la linterna a lo largo de la habitación. Las paredes eran rústicas, estaban realizadas con tochos, muy funcional para un almacén. Al fondo de la sala vio una puerta entreabierta. Se acercó con sumo cuidado, pues aquella sala daba la impresión de haber sido visitada. Ignoraba si lo había sido ocasional o regularmente. Se acercó a la puerta. En aquel momento, el corazón parecía salírsele del pecho, delatando su estado nervioso. Empujó la puerta, que emitió un suave chirrido. Tras ella se hallaba otra sala en total oscuridad.

Enfocó la linterna y sacó la pistola. No las tenía todas consigo. Las siluetas de algunas máquinas en desuso le llamaron la atención. Pensó que, seguramente, aquellas salas habían servido de almacén para una industria textil. En aquella habitación se observaba cierta organización. Algunos armarios permanecían junto a la pared, bien ordenados. En un rincón pudo ver unas mantas que parecían haber sido usadas. Algunas mesas de gran tamaño ocupaban la parte más lejana de la sala. Le pareció ver unas manchas en el suelo. Se agachó para verlas mejor. Eran manchas que llevaban bastante tiempo allí. Pronto las reconoció. Había visto otras similares en la guerra. Rápidamente le subió la adrenalina cuando recordaba aquellas salpicaduras en el suelo, fruto de las heridas de los hombres que, a menudo, morían desangrados. Si aquello correspondía a sangre, él no se hallaba seguro allí. Se giró y, rápidamente, se dirigió hacia la salida. Pensó que aquel lugar se había utilizado para cometer algún crimen o delito y que, en caso de ser descubierto, su vida corría peligro.

Pasó a la sala anterior, tropezó y cayó. Se había dado un golpe en el muslo con una polea de hierro. Esta pendía de una cuerda que colgaba del techo. Se había hecho daño y, además, se le había caído la pistola. Le pareció oír ruido, pero no pudo localizar su origen. Su ansiedad aumentó. Sospechaba que,

definitivamente, no estaba solo. Se levantó y enfocó alrededor con la linterna sin llegar a ver nada. Asustado, corrió hacia la escalera que le permitiría subir por la trampilla, pero un impacto en la cabeza lo hizo caer y desvanecerse.

No sabía cuánto rato había pasado pero un dolor constante en el cráneo le recordó que había recibido un golpe. Intentó moverse, pero notó que estaba inmovilizado. Abrió los ojos y pudo ver que estaba atado de pies y manos. Se hallaba en posición vertical, atado sobre unas maderas en forma de cruz. Intentó tirar con fuerza para desasirse de la madera a la cual estaba sujeto. Fue imposible. La oscuridad era total.

—¿Hay alguien ahí? ¿Qué significa esto? —gritó, aunque con mucho más miedo del que aparentaba.

De algún lugar, vio un punto de luz que se aproximaba. El miedo lo atenazaba. Sin embargo, si tenía alguna posibilidad de salir de allí, esta se hallaba en aquel foco que se acercaba. Cuando lo tuvo frente a él, notó la luz sobre su rostro impidiéndole una correcta visión.

—¡Oiga! ¡Sáqueme de aquí! Esto es un error —le dijo.

—Vaya, vaya. El pajarito ha caído en la trampa. Ya tenemos el cebo para cazar a la presa mayor.

Entonces, Eusebio fue consciente de la gravedad de su situación. Aquella voz correspondía a Jaime, pero, al mismo tiempo, no era su voz. La seguridad que había en aquel tono contrastaba con la prudencia y corrección con la que habitualmente se expresaba. La linterna le iluminó la cara y pudo observar que algo había cambiado en aquel individuo. La frialdad de su mirada le anunciaba que su aparente estado de embriaguez apenas había sido un señuelo para atraerlo hacia una sofisticada trampa. Por ello sabía que disponía de pocas horas de vida.

CICATRICES

Septiembre 1939

—¿Desde Méjico? —preguntó Carles.

—Sí, me dice que se encuentra bien, que está intentando recomponer su vida. Parece que allí le ayudan en ello.

—¿A qué se dedicaba tu hermano?

—Mi hermano era profesor en la universidad de Barcelona. Estaba en el Departamento de Historia del Arte. Es arqueólogo. Supongo que allí, en Méjico, podrá disfrutar de su gran afición: estudiar y explicar las culturas que nos precedieron.

Carles había ido a visitar a Lucía. Después, no le había quedado más remedio que quedarse a comer ante la insistencia de ella, agradecida de que Benita les llevara a veces comida que pudieran necesitar. Carles había tenido que aguantar de la andaluza alguna disquisición con relación a la muchacha. «Pues es guapa la zagala» le decía, comentario al cual el policía no pensaba contestar.

Tras la comida, llegó aquel momento mágico en que tomaban el café, cuando parecía que el mundo se congraciaba consigo mismo. Eran instantes en que los conceptos *guerra, asesinos* o *violencia* quedaban totalmente excluidos. A veces no

Acaba de recibir carta de mi hermano.

hablaban y se limitaban a dejar pasar el tiempo, solo interrumpidos por el suave vaivén de la mecedora del porche.

—Debió de ser difícil para tu madre criar dos hijos y que estos pudieran estudiar.

—La verdad es que Roberto trabajó duro para pagarse los estudios. Todos colaborábamos en la economía familiar. Después, durante la república, el acceso a los estudios se generalizó y yo pude acabar Magisterio.

—¿Y siempre habéis vivido aquí?

—No —dijo Lucía, sonriendo con condescendencia—. Antes vivíamos en la riera Miró, pero marchamos de Reus durante los bombardeos, como tantos otros. La ciudad se volvió insegura y todos aquellos que teníamos algún *mas* o casa de campo nos fuimos a las afueras. Era más seguro.

—¿Y no habéis querido volver al centro?

—No se trata de eso. Tú sabes por propia experiencia que, en estos casos, el que no corre vuela y otros intentan aprovecharse de la desgracia de los perdedores. Y eso es lo que somos nosotros, unos perdedores.

—No digas eso. Solo lo serás si te rindes y haces caso de lo que ellos proclaman.

Ella lo miró con una cierta resignación.

—¡Mírame, Carles! Observa dónde estamos mi padre y yo. Dos personas derrotadas viviendo en una casa que más parece una cabaña, porque nuestra antigua vivienda nos la quitaron. Aprovecharon que mi madre había muerto y mi padre y mi abuela estaban incapacitados. Como mi hermano había luchado con el bando republicano, el antiguo dueño, un abogado al cual todavía le estábamos pagando el piso, me dijo que no hacía falta que volviéramos pues podríamos tener problemas.

—¿Y no reclamaste?

Ella lo miró un tanto sorprendida.

—¡Carles! En realidad, estaba yo sola frente a todo eso. Mi hermano había huido. Cada vez que bajo a Reus tengo que ir con cuidado para no ser atacada o insultada por los soldados, por el mero hecho de ser fiel a un gobierno democrático. ¿Crees que tenía alguna posibilidad de defenderme ante aquel hombre?

—Dime quién es ese gusano y te aseguro que…

—Déjalo —le dijo ella, cogiéndole la mano—, no es necesario.

—Pero es tuyo…

—No lo habíamos acabado de pagar y no podría hacerlo ahora… ¿Quién dará trabajo a una maestra republicana? Mi oficio en sí representa un peligro para este gobierno. ¡No! Presiento que mi futuro no pasa por quedarme aquí.

Carles se hallaba en el patio apilando la leña que había traído un labrador en un carro. Habían decidido comprar una carga de madera para la chimenea que había en el salón. Los días pasaban. Septiembre casi se acababa y con él los días calurosos del verano. Anochecía más pronto y alguna tormenta ya se había dejado caer. El ambiente había refrescado. El republicano pensó que debía intentar realizar algunos remiendos urgentes en casa de Lucía porque estaba un tanto destartalada.

Cuando Benita vio la pila de leña, comentó que se podía hacer una paella en el patio con el fuego de la madera. A todos les pareció una buena idea. Carles había cogido un hacha, que estaba junto a las herramientas, en una caseta de madera. Con ella comenzó a partir los troncos más grandes. Algunos leños saltaron por los aires ante la poca habilidad del

policía. Hamed, que había acabado la oración y se hallaba en el patio, reía ante aquella situación.

—No sé de qué te ríes —le espetó el policía—. Si tú lo haces mejor, ¿por qué no pruebas?

Hamed no se hizo de rogar. Se arremangó y bajó los tres escalones que había del porche al jardín. Le arrebató a Carles el hacha y le dijo:

—Tú flojo. Necesitar comer *sopa de gallina*. Dar fuerza.

Carles no supo discernir si aquello resultaba una broma o lo decía en serio. Sin embargo, aquel comentario le hizo pensar en aquello que había dicho Lucía al respecto de los soldados de Annual, a los que el mismo rey había considerado como carne de gallina. Cierta pena se apoderó de él al pensar que los sufrimientos de aquellos hombres no habían servido absolutamente para nada, ni siquiera para ver reconocido su martirio y así poder realizar el necesario periodo de duelo por parte de la familia.

Hamed comenzó a dar hachazos con fuerza. Iba partiendo los troncos sin dificultad. De pronto, se quejó de algún dolor en la mano izquierda.

—¿Te pasa algo? —preguntó Carles, que se había apercibido del mismo.

—Me hace daño la mano —dijo tocándose la muñeca.

—¿Te has dado algún golpe?

—No, ahora no. Antes. Hace tiempo.

Hamed calló. Se frotó la muñeca dolorida y, pensándolo mejor, se quitó la camisa. Carles ahogó una exclamación. La espalda del rifeño era todo un mapa del martirio. Gruesas cicatrices la cubrían, dándole el aspecto de una imagen tatuada a sangre y fuego. Continuó partiendo algunos troncos hasta que consideraron que tenían suficientes para hacer un fuego en el patio. Luego, dejó el hacha a un lado y juntos apilaron la

leña. Una vez acabada la faena y mientras Benita, con las verduras que tenía, estaba preparando el sofrito de la paella en la cocina, los dos hombres se sentaron en el porche. Hacía un día agradable y una suave brisa contribuía a ello.

—Hamed —dijo Carles—, ¿me explicarás qué te pasó en la espalda?

Carles intentó ser prudente. Sabía lo reservado que era su compañero. Ya llevaban cierto tiempo compartiendo riesgos y le había llegado a coger aprecio. Pensó que las almas torturadas son fácilmente reconocibles y tendían a agruparse en una extraña conjunción. Hamed lo miró, cogió el botijo que tenía junto a él y bebió un trago de agua. Después, se limpió la boca con el dorso de la mano y recordó, rememoró unos hechos que parecían remontarse a un pasado lejano. La irregularidad en su expresión no disminuía la crudeza de lo expuesto.

—Todo es lo mismo —dijo con una voz un tanto apagada —, la mano, la espalda… Todo forma parte de la misma historia. Cuando yo dejo tropas españolas, yo voy a mi aduar. Estoy en tierra bocaya. Ya he explicado otra vez.

—Sí, explicaste que pertenecías a la cabila bocaya y que teníais poca amistad con los beniurragueles.

—Sí, pero eso quedó aparte durante la guerra con español. Entonces todos somos iguales. Yo volví a mi poblado. Sabía que mi padre había muerto. Yo había vuelto porque la situación ser muy diferente de cuando yo he marchado. Cuando yo he llegado, saber que Udad es nuevo jefe y que… —A pesar de que Carles no quería interrumpir, le pareció ver que una lágrima brillaba en los ojos de Hamed. El rifeño tenía que interrumpirse fruto de la emoción—. Udad ha matado a mujer y niño de Hamed. Cuando yo he sabido, no he podido aguantar y me he lanzado contra él. He golpeado fuerte en la

cabeza, una, dos veces…

—¿Y luego? —preguntó Carles ante la interrupción de su compañero.

—Luego… Hombres han cogido a Hamed. Yo no he podido moverme. Entonces Udad pega, pega en la cara, espalda, pega golpes, con el puño, patadas…

—Debió de ser terrible.

—Muy terrible. Yo he estado cerca de morir. Me han dejado tirado en una cabaña.

—Pero… ¿Cómo pudiste escaparte si estabas tan mal?

—Eso ha sido gracias a médico español.

—¿Médico español? ¿De qué médico hablas?

—Udad ha querido que Hamed morir. Pero Udad tenía un hombre que confiar mucho. Ese hombre se llamaba Bani. Él ha dicho que hay médico español bueno en aduar de Beni Ulisex. Si médico puede curar Hamed, yo quedo prisionero de Udad mucho tiempo. Esto ha gustado a Udad y ha mandado buscar médico. Médico ha venido y curado a Hamed. Al principio yo no quiero, pero médico, buen médico y buena persona, ha curado a Hamed y ayuda a escapar.

—¿Un español te ayudó a escapar?

—Sí. Ha dado a Hamed un cuchillo de médico para operar…

—Un bisturí.

—Sí, eso. Hamed ha podido escapar. Mata a vigilante y huye. Después, he encontrado sargento Villalba y sargento ayuda a escapar.

—¿Volviste a ver a aquel médico español?

—No. No he visto más. Hombres del aduar han dicho que ha escapado con otros españoles.

—¿No sabes si realmente llegaron a escapar del todo?

—No sé. Cuando yo he capturado a Tanan, hombre con

mucho miedo. Ha dicho que ver terrible monstruo. Él ha huido porque hombre blanco no ser hombre sino diablo que ha matado Udad. Tanan también estaba herido por español.

—¿Podría ser el mismo médico que te curó?

—No he sabido. Yo entonces no he preguntado eso.

—¿Supiste alguna vez como se llamaba aquel médico español?

—Llamarse Martí. Él ha dicho a Hamed.

Aquel nombre encendió una alarma en el cerebro de Carles. Recordó que tenía un paquete donde había escrito aquel nombre que había mencionado el rifeño. Ignoraba si se refería a la misma persona. Tendría que subir a comprobarlo.

Comenzó a refrescar. Carles se puso la chaqueta sin darse cuenta de que la foto de su padre caía al suelo. Hamed se apercibió y la cogió para devolvérsela. Sin embargo, se quedó mirándola. El republicano no se había dado cuenta porque estaba girado y comenzaba a subir los peldaños del porche.

—Creo que tendrás que ponerte la camisa pues comienza a hacer fresco.

Extrañado al no oír ningún ruido, se giró y lo vio mirando la foto de su padre.

—¿Qué estás mirando? —preguntó extrañado.

—Hamed mira foto de soldado que ha caído a Carles.

—Ese hombre era mi padre —dijo el policía—. Murió en Annual.

—No. Ese soldado no ha muerto en Annual.

—¿Qué quieres decir?

—Hamed ha visto a soldado. Padre de Carles no ha muerto en Annual.

En aquel momento el aire parecía haberse paralizado. Notó que mucho más frío ya que, repentinamente, se le había erizado el vello de la piel. Acertó a preguntar.

—¿Dónde? ¿Dónde viste a mi padre?

—Padre de Carles estaba prisionero de Udad, junto a los dos hermanos.

UN PACIENTE DIFÍCIL

Agosto, 1921

Mirad comprobó que la fiebre había bajado. Parecía que la salud de aquel hombre tendría a estabilizarse. Ya llevaba allí tres días y no había salido en ningún momento de la cabaña. Diariamente le llevaban la comida. Él procuraba que hubiera suficiente para los dos. Le había costado, pero, finalmente, el rifeño había acabado por probarla, a pesar de hallarse en un estado de semiinconsciencia.

Después de haber limpiado las heridas, había sido necesario proceder a su curación. Poco podía hacer aparte de controlarlas y realizar las curas necesarias. Exigió disponer de agua suficiente. Se le adjudicó un ayudante que contribuía a proporcionarle aquello que necesitaba. En aquel momento parecía que el peligro más grave para su vida ya había terminado, dando paso a cierta estabilidad. Pensó que, si consiguiera dominar la fiebre, tendría mucho ganado. Se abrió la puerta y entró Idir, su ayudante.

—Parece que nuestro paciente está un poco mejor.

—Tú descansar un poco. Idir vigilar ahora.

—Ve cambiándole los trapos cuando veas que le sube la fiebre. Los mojas en agua primero —le dijo, haciéndole una demostración.

Se tumbó en el suelo, sobre una estera. Pensó que el hecho de disponer de una persona que le ayudara, con la buena voluntad que tenía aquel muchacho, le permitía realizar descansos cortos. Rápidamente se durmió. Cuando despertó, al cabo de varias horas, Idir se había levantado y estaba atento a unas voces y gritos que habían alertado a Martí. Se dio cuenta de que estaba amaneciendo.

—¿Qué es ese ruido? —le preguntó a su compañero, por lo inusual del caso.

—Idir salir a ver.

Al cabo de un rato volvió y le informó de que un prisionero español se había escapado. Aquello representó una sorpresa para Martí, pues desconocía que allí hubiera otros prisioneros españoles. Le preguntó al respecto al rifeño.

—Sí, haber otros prisioneros. En casa de piedra.

Martí había visto varias casas levantadas en piedra en ese aduar. Normalmente este tipo de casas se reservaban para los jefes y personas de mayor prestigio, pero seguramente también resultaban más seguras para mantener a los prisioneros. Un punto de interés se añadió a su sórdida situación en el aduar. Esperaba poder ponerse en contacto con los otros hombres.

Por el momento, lo mantenían vivo para ayudar a sobrevivir a un hombre que había sido torturado y golpeado. Ignoraba qué sería lo que pasaría cuando se curara y sus servicios dejaran de ser imprescindibles.

Un gemido del enfermo le hizo volver a la realidad. Se acercó y pudo ver que apenas tenía síntomas de fiebre. Le miró las heridas y vio que estas estaban mucho mejor. Fue cambiando los apósitos. Le había entablillado el brazo izquierdo para intentar que lo tuviera inmovilizado. Había notado que tenía un hueso roto. El descanso forzoso al que se había visto obligado su paciente le había favorecido en su

mejora. El primer día, antes de entablillarlo, le había alineado el hueso y esperaba obtener un resultado aceptable, dadas las condiciones en que se encontraba. Ahora era cuestión de que los tejidos empezaran a reconstruir los extremos del mismo.

Observó al herido, que permanecía inconsciente. Recordó lo que le había comentado Idir al respecto, cuando le preguntó por la identidad del prisionero.

—¿De quién se trata?

—De Hamed, el hijo de Tamanegt.

—¿Tamanegt?

—Sí. Antiguo jefe.

—¿Qué le pasó?

—Udad pelear y golpear.

—¿Por qué?

—Hamed venir a reclamar *amgar* de la tribu. Ser hijo de Tamanegt. Pero Udad querer ser jefe. Udad matar mujer e hijo de Hamed. Hamed venir y enfadar.

Tras aquella información, la situación había quedado aclarada para Martí. A la muerte del jefe del aduar, el tal Udad se había proclamado jefe, seguramente sin corresponderle. No solo hizo eso, sino que, además, mandó asesinar a la mujer e hijo de Hamed. A su llegada, fue lógica la pelea entre los dos hombres. El resultado evidenciaba quien había resultado vencedor de la misma. Lo que le inquietaba un tanto era para qué quería aquel hombre que curara a una persona a la que había querido matar. La única idea que se le ocurría era que, seguramente, Udad querría ver sufrir hasta el límite a su rival de alguna manera que no imaginaba.

Unos movimientos del hombre le anunciaron un pronto despertar. El herido se revolvía inquieto. Seguramente, las pesadillas volvían a atormentarlo.

—¡Tranquilo, tranquilo! —le dijo el sanitario.

—Arume, Arume… —musitaba.

—Descansa. Ya te pondrás bien —le puso la mano en la frente.

De repente, como si le hubieran apretado un resorte, abrió bruscamente los ojos.

—¡Arume! —exclamó en un ahogado grito.

—Tranquilo —le volvió a decir Martí—, te pondrás bien.

—Arume está muerta —comentó en un tono apagado.

Volvió a desvanecerse. El sanitario supuso que Arume sería la mujer asesinada. Lamentó que las situaciones de la vida hubieran de resolverse de manera tan dramática y primaria. Claro que, si lo pensaba bien, él mismo se había servido de la violencia, aunque la justificaba como necesaria para su propia supervivencia.

Al cabo de unas horas le pareció que su paciente se encontraba mejor. Ya respiraba con normalidad. Más tarde abrió los ojos y le oyó balbucear algo en tarifit.

—Ya estás mejor, Hamed.

Entonces, Hamed le miró extrañado. Parecía como si fuera la primera vez que lo veía.

—¿Tú, médico español?

—Sí. Yo, médico español.

—Hamed no quiere curar.

—Te tienes que curar. Tienes que recuperarte —le decía Martí, aunque no se hacía ilusiones sobre el futuro de Hamed en aquel aduar. Solo tenía que pensar en Udad. Todo él destilaba violencia de una forma absolutamente primaria.

Martí, con la ayuda de Idir, que acababa de entrar en ese momento, recostó con cuidado a Hamed, acomodando unas mantas en su espalda para que pudiera estar sentado.

—Ahora comerás un poco. He hecho una deliciosa sopa con esta maravillosa comida que tenéis —mintió Martí.

—Yo no quiero.

—Hamed, ¡te tienes que curar!

—Uno curar si quiere. Hamed no quiere.

—¡No quiere!, ¡no quiere! ¿Es que no sabes decir otra cosa?

—Sí sabe, pero no quiere.

—¡Tienes que comer, Hamed! Es la única manera de mejorar —dijo, acercándole a la boca un cuenco con sopa.

Hamed cerró la boca y Martí intentaba abrírsela para darle de comer. Se estableció una singular lucha silenciosa entre las dos voluntades.

—¡Hamed! ¡Soy el médico y te digo que comas!

Al querer contestar, el rifeño abrió la boca y tragó algo de sopa.

—Ya verás qué bien te sienta…

El sanitario no pudo seguir hablando, pues Hamed escupió y la sopa fue a parar al rostro de Martí. Idir comenzó a reír.

—Creo que será mejor que salgas de aquí —le dijo Martí —. No estás siendo de mucha ayuda precisamente.

Idir salió de la cabaña y el sanitario pudo limpiarse la cara con un trapo.

—Escucha, Hamed —dijo, en un tono más suave—, si tú no comes, te morirás, y entonces Udad me matará. Ya hay un payaso que solo quiere cortarme el cuello.

—¿Quién es payaso? —preguntó Hamed, que ahora parecía interesado realmente por la situación.

—Bani. Se llama Bani.

—Sí, Bani es un payaso. Hamed matará Bani y Udad.

—No los podrás matar si te mueres de hambre. Primero te has de recuperar tú.

—¿Tú ayudas Hamed a escapar?

—Para ello tendrás que ponerte bien y, para ponerte bien, tendrás que comer.

—¿Tú prometes?

—Te lo prometo. Yo te ayudaré si te recuperas.

A Martí no le quedaba más remedio que prometer cualquier cosa con tal de que se recuperara. La prioridad, en aquel momento, estribaba en que se recuperara el rifeño. De esa manera aumentarían sus probabilidades de supervivencia. Hamed pareció conformarse con la respuesta, cogió el cuenco que antes había rechazado y comenzó a comer él solo. Martí admiró la fuerza que parecía tener el hombre. A pesar de que le debían doler todas las heridas, no emitió una sola queja.

A partir de aquel momento la relación entre médico y paciente se reafirmó, pues los intereses eran mutuos. Martí pudo oír, de boca del propio Hamed, las circunstancias por las que había acabado en ese estado. Era consciente de la crueldad del nuevo jefe del aduar. Poco a poco la salud del prisionero fue restableciéndose al tiempo que su relación fue más cordial. A pesar de todo, de cara a los rifeños, mantuvieron la ilusión de una larga recuperación para que Hamed no sufriera, de manera inmediata, el castigo de Udad.

Un día, cuando Martí estaba cambiando un vendaje a Hamed, entró Bani en la cabaña. El paciente apenas tuvo tiempo de simular estar inconsciente.

—¡Médico, salir de cabaña! —le ordenó.

—Ahora mismo —le dijo Martí, enseñándole los vendajes —. Acabo enseguida y salgo.

Bani miró, de manera despectiva, la cabaña. Fuera por el mal olor que imperaba en la misma o por evitar la presencia de los hombres que la ocupaban, el caso fue que salió al exterior. Una vez estuvo fuera el rifeño, Hamed se giró y le dijo a Martí:

—¡Tú dar cuchillo!

—No tengo cuchillo.

—¡Sí, cuchillo de médico!

Martí entendió que se refería al bisturí y se lo pasó. El rifeño se lo escondió entre el ropaje. El sanitario cogió su maletín al exterior. Ignoraba qué era lo que querían de él. Supuso que ya imaginaban que Hamed se encontraba lo suficientemente bien como para dejar de necesitar su ayuda a todas horas. Allí lo esperaban Bani y otro hombre armado. Le quitaron el maletín.

—Lo necesito para curar —protestó Martí.

—Tú no necesitar ahora —le dijo Bani—. ¡Ven!

Los acompañó, atravesando el poblado, hasta llegar a una casa de piedra. Junto a la entrada había un rifeño sentado en el suelo, probablemente haciendo guardia. Abrieron la puerta de la casa. De un empujón, lo lanzaron adentro. Cayó de rodillas y, mientras intentaba levantarse, oyó cómo se cerraba el portón tras él con un sonoro portazo. Cuando se incorporó, pudo ver que aquella casa constaba de una única estancia que estaba en penumbra, apenas entraba luz salvo por algunas troneras.

Oyó unos ruidos producidos por los pasos de seres que se acercaban. Una cierta aprensión se apoderó de él, ya que no podía distinguirlos. Esperó que fueran los españoles prisioneros ya que, en caso de serlo, podría comunicarse con ellos.

—¿Hola? ¿Quiénes sois? Soy un prisionero español.

En la oscuridad de la habitación esperaba con ansiedad y cierto temor el contacto con otros hombres en su misma situación, pero lo que no imaginaba, de ninguna manera, era la respuesta que obtuvo. Una voz conocida le erizó el vello de la piel.

—¿Martí? ¿Eres tú, Martí?
Era la voz de Julià.

EL DIARIO

Septiembre, 1939

Carles subió corriendo las escaleras para coger la maleta de su madre y buscar el paquete donde estaba escrito el nombre de Martí. No podía creérselo todavía. Su padre no había muerto en Annual. Aunque había tenido alguna sospecha, hasta el momento solo habían sido conjeturas y presentimientos. Si realmente su padre había sobrevivido al desastre, era muy posible que las cartas que hubiera enviado con dinero fueran suyas y también existía la amarga posibilidad de que estuviera implicado en aquella oscura trama.

Le había hecho repetir varias veces a Hamed la secuencia de los hechos. Explicó que había estado en una cabaña donde fue curado por el tal Martí. Después, los separaron y llevaron al español a otra casa donde había algunos prisioneros. Allí, al parecer, se hallaba el padre de Carles. Pudo verlo un día en que, habiendo capturado al prisionero español fugado, el jefe Udad les había hecho presenciar la ejecución del mismo. A su vuelta al aduar, años más tarde, junto al ejército español, ya no estaban Udad ni los prisioneros. La probabilidad de que su padre hubiera sobrevivido era real, ya no se basaba en una ficticia fantasía fruto de sus deseos o imaginación.

Una vez en su habitación, cogió la maleta de madera de su madre y la abrió. Después de apartar algunas hojas, quedó a la vista el paquete que todavía se hallaba sin abrir. Efectivamente, en la parte exterior ponía el nombre de Martí Salvat. No sabía si sería el mismo Martí que dijera Hamed, pero tampoco sería extraño que lo fuera, sobre todo teniendo en cuenta la conexión con su padre en aquella prisión rifeña.

Abrió el paquete. De hecho, arrancó el papel con las prisas, fruto de la impaciencia. En su interior pudo ver un libro. Lo abrió. Se trataba del diario de un soldado en África. Comenzó a leerlo y no pudo dejar de hacerlo. Vivió las aventuras de Martí, sus experiencias en la Barcelona anterior a los años veinte, sus estudios de Medicina, la muerte de su madre y su embarque hacia Marruecos, hacia otro continente y una nueva vida.

Fue interrumpido por los gritos de Benita llamándolo para que bajara a comer. Con cierta desgana, dejó la lectura y bajó al jardín. Aprovechando el día de sol y la temperatura agradable, habían preparado una mesa y unas sillas. Sobre unas trébedes se hallaba una gran sartén en la que se había realizado la paella. Unos filetes de pescado acompañaban el arroz, junto a otros trozos de conejo. No pudo menos que celebrar aquella puesta en escena.

—¡Benita, esto está buenísimo!

—¡Que conste que el pescao es fresco! Traído desde Cambrils.

Todos los comensales participaron con gran alegría de aquella comida. Parecía que se hubiera establecido una tregua en la que otras preocupaciones hubieran quedado al margen. Evidentemente, Benita había sido obligada a quedarse a comer. A menudo se marchaba después de preparar la comida. Acostumbraba a alegar algún tipo de faena.

—Es que tengo mucha ropa *pa* lavar —aducía a menudo.

—No se preocupe —dijo Ernesto—. Ya la llevará Hamed.

Aquel día había una sensación parecida a la de un día de fiesta. Carles miraba a Hamed y lo veía tan tranquilo, comiendo y riendo. Recordaba la historia que aquella misma mañana le había explicado, una historia de luchas y de odios viscerales. Aquellos relatos parecían sacados de una novela similar a las mil y una noches. No pudo abstenerse de preguntar.

—Hamed, ¿cuánto odio ha de tener una persona para asesinar a varios soldados que, probablemente, habían luchado junto a él?

—Solo haber dos razones para matar de esta manera.

—¿Ah, sí? —quiso saber Carles.

—La primera es que asesino volverse loco y no estar bien de la cabeza. —Se llevó un dedo a la sien, enfatizando sus palabras.

—¿Y la segunda?

—La segunda… —Entonces Carles observó cómo alzó la cabeza, la mirada le brillaba y parecía mirar algo en el horizonte—. La segunda es que hombres hacen daño a asesino, mucho daño, un daño que no marcha ni tan solo con la muerte de los hombres. Entonces asesino volver loco y mata soldados.

Aquello hizo reflexionar a Carles. Sospechaba, que estaba hablando por experiencia propia. Sin embargo, ello le dio pistas de algo que ya intuía: la venganza podía ser la causa de aquellos asesinatos, una venganza fría y metódica. Seguramente, el asesino había pasado ya la raya de la locura.

—Así que —dijo Ernesto—, o tenemos un asesino loco o un asesino que se ha vuelto loco. El caso sería el mismo al final y sería fácil de descubrir.

—No es lo mismo —dijo Hamed—. Un asesino que está loco es fácil de encontrar. No hacer cosas normales, como todo el mundo. Pero un asesino que se ha vuelto loco es diferente. Es capaz de parecer normal. Tú ves como los demás, pero no ves dentro de su cabeza. Dentro de su cabeza anda la locura, pero nadie la ve.

—No va desencaminado Hamed —alegó Carles—. Un asesino como el que nos ocupa ha mostrado una frialdad y una gran precisión y estudio de los asesinados. No creo que haya atacado al azar, y ahora estamos viendo que pudo actuar movido por un impulso de venganza.

—Pero, la venganza… —Anotó Ernesto—. ¿No le haría cometer algún error? De hecho, no deja de ser un factor emocional y pasional.

—Pero estamos hablando de una venganza de algo que pasó hace más de quince años. El asesino ha tenido tiempo de prepararla de forma metódica.

—Eso que dices no parece concordar con el perfil del legionario —continuó Ernesto—. De hecho, en las llamadas del mismo, parecía insinuar que otro individuo era el verdadero asesino.

—En efecto —dijo Carles—. No parece concordar con el perfil del legionario, a no ser que tenga algún trastorno de la personalidad.

—¿Un trastorno de la personalidad?

—Sí, un tipo de alteración, como puede ser la psicosis que mencionaba Kraepelin en sus trabajos o una personalidad alterada, como decía Schneider.

—¿Qué quieres decir con personalidad alterada?

—Schneider planteó una distinción entre personalidad anormal y personalidad desorganizada. La personalidad anormal implica una desviación con relación a la media. La

verdad es que la psicología está realizando muchos avances a este respecto.

—Pero ¿qué utilidad tiene clasificarlo? Si son delincuentes, basta con capturarlos y encarcelarlos.

—Sí, pero si son enfermos, una vez hayan cumplido su condena volverán a las andadas. Esas personas necesitan algún tipo de tratamiento para evitar volver a caer en aquellas conductas que los condenaron.

—Como sería el caso de la vampira del Raval de Barcelona —dijo Ernesto, aludiendo a un famoso caso que tuvo en vilo a la sociedad barcelonesa, en 1912.

—Aquí no estoy de acuerdo.

—Pero parece reunir los requisitos de la personalidad anormal de la que hablas. Una persona que secuestraba niños y utilizaba sus flujos corporales para elaborar ungüentos que vendía a los burgueses como elixires de la eterna juventud. ¿No te parece anormal en sí?

—Verás, Ernesto. Cuando estudias un caso, has de analizar todos los hechos. Se habló y especuló mucho sobre aquel suceso, sobre todo los aspectos escabrosos que, en realidad, estaban más en la mente de los lectores que en la realidad del caso. La verdad es que no se pudo demostrar realmente que hubiera realizado ningún asesinato. Enriqueta Martí era una pobre mujer que vivía en la miseria y a la que se le murió un niño de malnutrición con diez meses. Perturbada por este hecho, secuestró a una niña, probablemente para buscar una compañía a su otra hija. Pero, aunque tuviera una mente alterada por las circunstancias, no era una mente criminal. La verdadera responsable de su situación fue la miseria.

—Pero los periódicos…

—Los periódicos quieren vender historias y fantasearon

sobre todos aquellos aspectos que no podían explicar o que se habían tergiversado, pero la Barcelona de principios de siglo era un lugar idóneo para generar este tipo de relatos. Había mucha miseria, prostitución y analfabetismo. Todo ello generó una percepción equívoca sobre las situaciones producidas.

—Pareces saber mucho sobre el tema.

—He trabajado en un periódico. La diferencia es que se trataba de un pequeño diario donde la verdad era lo más importante.

—Así, según tú, ¿los asesinos a lo largo de la historia estarían más ligados a las circunstancias sociales que personales? —preguntó Ernesto, asimilando las palabras de Carles.

—No necesariamente. En la historia han surgido asesinos célebres, responsables de la muerte de muchas personas. Normalmente, presentan algún tipo de trastorno. A veces, este trastorno está relacionado con algún tipo de alteración sexual. Por ejemplo, en el siglo XV, Gilles de Rais, un francés muy rico, violó y asesinó al menos un centenar de muchachos. A principios del XVII, una aristócrata húngara, Elizabeth Báthory, fue acusada de torturar y matar hasta 600 jóvenes. Ambos eran sádicos.

—Y ricos —constató Ernesto.

—En efecto. Eso generó una impunidad que hizo que resultara más difícil acusarlos, ya que las sospechas siempre recaen sobre la clase social baja.

—Interesante deducción. ¿Crees que sería aplicable en nuestro caso?

—Lo ignoro, pero tenemos el foco puesto sobre un hombre que resulta ser un simple y miserable soldado. No sé si es él el asesino. Siguiendo con mi teoría, tenemos otros dos

casos famosos de asesinos múltiples. Uno tuvo lugar en México: un hombre, al que llamaban el Chalequero, mató a veinte mujeres, después de violarlas y luego decapitarlas y tirar sus restos en los alrededores de Ciudad de México.

—Le falta uno.

—Sí, el popular asesino anónimo, Jack el Destripador. Este despedazó a varias mujeres, pero nunca llegó a ser descubierto.

—Sin embargo, en el caso que investigamos, no parece haber un motivo o sadismo sexual.

—No, por eso creo que la valoración de Hamed es bastante correcta. Probablemente, estamos ante un asesino que está realizando una esperada venganza, Además, parece seguir un patrón de actuación que ya ha observado anteriormente, el patrón que realizaba Udad en el aduar de Hamed.

—¡Madre de Dios! —dijo la atónita Benita—. Y después dicen que no me *queo* a *comé*… No sé de qué se extrañan. Me voy a hacer el café.

Acabada la comida, Carles volvió a la soledad de su habitación para continuar leyendo el diario. En este se mencionaba a unos compañeros cuyos nombres de pila coincidían con el nombre de los asesinados. Ignoraba si aquello respondía a alguna casualidad, pero en aquellos momentos ya no creía en ella. Como le había dicho la abuela de Lucía, las casualidades no existían y las circunstancias parecían empeñadas en demostrárselo.

Continuó leyendo y el nombre de Miguel, aquel chico moro, hermano de Saidá, le llamó la atención. Cuando leyó que tenía la cara marcada por la viruela, recordó las palabras de Arturo Romero en el campo de concentración de San Pedro de Cardeña acusando a aquel soldado del mismo

nombre, cuyo padre era español y la madre mora. Todas las pistas se dirigían hacia aquel muchacho. Un chico que asesinó a un capitán «porque era un mal hombre y se lo merecía».

A medida que avanzaba en la lectura del diario, cierta inquietud se apoderaba de él. Pronto pudo leer la amistad que se estableció entre Martí y su padre, así como el hecho de que su padre le dijera que le llamaban Amazigh. De hecho, ese fue el nombre que dio al hijo de Reinaldo Arnate, el hombre que lo acompañó para realizar la esperada venganza, según las palabras de Rick. La inquietud de que el asesino fuera su padre lo mantenía en una angustiosa tensión.

Gracias al diario, pudo saber más aspectos de la historia de Martí. El texto tenía su final en el momento en que fueron llamados al frente. De hecho, a partir de allí comenzaba otra historia. Fueron más las preguntas que las respuestas, una vez acabada la lectura. ¿Qué pasó con aquellos hombres? ¿Sobrevivieron al desastre? ¿Era aquel Martí el médico que había curado a Hamed? ¿Se volvieron a encontrar su padre y él en el aduar de Hamed? ¿Se escaparon? ¿Sobrevivieron? ¿Mataron a Udad? ¿Alguno de ellos era el asesino de los capitanes? ¿Sería el Miguel del que hablaba el diario el asesino del capitán Alejandro Cortés en Teruel?

Demasiadas preguntas y ninguna respuesta. Sospechaba que todos aquellos personajes estaban ligados en alguna retorcida trama, como si el hilo rojo del destino los hubiera reunido en un momento determinado y hubiera establecido las bases de un sólido drama. Se sorprendió de que aquel paquete llevara dieciocho años en su casa y no hubiera sido abierto. Evidentemente, su madre debió de pensar que alguien podría venir a reclamarlo. Probablemente, si hubiera leído aquel diario hubiera sabido algo más de su marido. Sin embargo, allí no se explicaba cuál había sido el destino de

Julià.

Carles disponía de una información que podía dar toda la vuelta al caso, pero no podía ponerla en conocimiento de Ernesto. Ignoraba cuál había sido la causa por las que su padre, si es que era su padre, había decidido dar muerte a cuatro hombres, en solitario o con cómplices. Lo que le hacía pensar que podía ser el asesino no era otra cosa que el hecho de que alguien hubiera asesinado al dueño de la fábrica y a su pistolero, aunque el brazo ejecutor hubiera sido el hijo de Reinaldo. Por otro lado, aquellas cartas enviadas con dinero en su interior representaban una pista muy clara de quién podía ser su autor.

Demasiadas dudas, demasiadas sospechas. Se acostó. No había bajado siquiera a cenar. Ya había avisado antes. Intentó dormir, pero le costó, pues a su mente venía una y otra vez la imagen de su padre intentando huir del infierno de Annual, encerrado en alguna oscura prisión de un oculto aduar rifeño.

CONFUSIÓN

Septiembre, 1939

—Ya tenemos la dirección de Alejandro Cortés —dijo Ernesto.

—¿Dónde vivía? —preguntó Carles.

—Su viuda vive en la misma casa de hace doce años, un piso en el centro de Valencia.

—Así podremos ir a interrogarla.

—Sí, pero primero iremos a Caspe, a interrogar a la viuda de Paco Zarate. Ya se le ha comunicado que iremos a visitarla.

En efecto, Gonzalo había venido acompañado del Pulga y había traído nuevas informaciones. Entre estas se hallaba la toma de contacto con la viuda de Paco Zárate, el soldado que dejó el Ejército tras acabar su alistamiento en África. También habían informado que habían descubierto la dirección de Alejandro Cortés, el capitán republicano que muriera asesinado en Teruel aquellos fríos días de invierno.

—Por lo demás, no se sabe nada del legionario.

—De eso nos podrá informar Gonzalo.

Gonzalo, que todavía tenía alguna marca en la cara, resultado de la pelea con Carles, contestó:

—No, no se sabe nada. Muchos de los soldados que circulan por Reus poseen una imagen del rostro del legionario.

Se ha convertido en el hombre más buscado en estos momentos. Todos saben que, si lo descubren, nos han de informar rápidamente.

—Y aun así no sabemos nada —dijo Ernesto.

—Un hombre así es fácil de descubrir, pero este es muy astuto y sabe permanecer en las sombras —comentó Carles.

—O puede que esté siendo protegido —continuó Ernesto.

—¿Protegido?

—Sí, el legionario puede ser un hombre impulsivo, agresivo y silencioso, como demostró al asesinar a un hombre en Barcelona, pero no acabo de imaginarlo capaz de la planificación que requieren estos asesinatos.

Carles no dijo nada, pues él estaba convencido de que el legionario se había hallado ahí en medio más como fruto del azar que como probable asesino de los capitanes. Sus sospechas, en ese sentido, se dirigían a otro lado. Aguantó la mirada que le dirigió Ernesto. Tenía la sensación de que le estaba leyendo el pensamiento. Aquello era algo que debía evitar, su compañero no tenía un pelo de tonto. No podía permitir que intuyera siquiera el camino que tomaban sus cavilaciones.

—Aquel fue el trágico final del ejército de Silvestre.

—Fue una masacre.

—En efecto, y yo fui testigo. Yo puedo decir que estuve allí.

Quien así hablaba era Juan Puig, del club de los jueves, que estaba intentando rememorar algunas historias referidas a Monte Arruit, el último lugar al que llegó la columna de Navarro, antes de su aniquilación por parte de los rifeños. Carles observaba la pesadumbre que se apreciaba en las

manifestaciones de Juan. Después de comer, había recordado que era jueves, el último del mes de septiembre, un día en que se reuniría el club en el hotel Londres. Estaba ansioso por oír aquellas historias referidas al desastre de Annual. Ahora sabía que su padre no había muerto y que, en cambio, había caído prisionero en alguna parte de la desastrosa huida que había llevado a un ejército, cada vez más frágil y empequeñecido, desde Annual a monte Arruit, lugar donde había acabado el periplo de las derrotadas tropas.

Se había dirigido al hotel Londres para reunirse con aquellas personas que vivían del recuerdo de una guerra pasada y olvidada por todos. Por un lado, tenía curiosidad por saber cómo había vivido Juan aquellos momentos. Había recordado que estuvo en monte Arruit en el momento del desastre. Por otro lado, esperaba obtener alguna información de Eduardo sobre el encargo realizado, aquel en que tenía que buscar información sobre una familia noble de Monzón cuyo escudo consistía en un castillo y un caballo rampante. Su sorpresa fue constatar que Eduardo no había asistido aquella tarde a la reunión, probablemente debido al mismo cumplimiento del encargo. En aquel momento se hallaba ante una taza de café, escuchando el relato de Juan.

—Navarro había llegado a Batel tras atravesar el paso del Igan, gracias al sacrificio de los jinetes de Alcántara. Allí permanecieron varios días, prácticamente encerrados, tiroteados por todos lados. La bomba de agua había dejado de funcionar, por lo que decidieron marchar a Tistutín. Representaba una marcha bastante corta y se llegó gracias, una vez más, al sacrificio de Alcántara que realizaron los servicios de protección y flanqueo. Al parecer, estuvieron allí unos días, pero el puesto no tenía los elementos mínimos para una defensa efectiva, por lo que el día veintinueve, de noche,

partieron hacia monte Arruit.

—Intentaron pasar desapercibidos —dijo Carles, que recordaba las palabras de Lucía sobre la situación de su padre en Zoco El Telatza, intentando marchar de noche hacia la frontera francesa.

—En efecto, pero el enemigo descubrió la estrategia y atacó la retaguardia, que respondió al fuego. Yo recuerdo que estábamos alerta cuando oímos un gran tiroteo a un kilómetro aproximadamente de nuestra posición. ¡Aquello fue una ratonera! Les atacaron por los cuatro costados. Entonces cundió el pánico y la tropa comenzó a desbandarse. Corrieron como desesperados hasta monte Arruit. Muchos murieron en la huida.

—Pero ¿nadie les hizo frente? —preguntó Carles.

—Hazte cargo —decía Juan—. Eran hombres muy castigados. Algunos venían desde el mismo Annual. Ya habían luchado, en desigualdad de condiciones, varias veces. Estaban muy desmoralizados. A ello contribuía también el hecho de que los coches habían marchado a Melilla con bastantes oficiales. Si los mandos huían acobardados, ¿por qué tenían ellos que morir allí? De todas maneras, también hubo algún acto heroico o suicida, como fue el del capitán Arenas.

—¿Qué hizo?

—Fue herido en una pierna y se quedó a defender los cañones, que habían quedado abandonados, ya que las mulas que los arrastraban habían sido muertas.

—Pero ¿se quedó solo?

—Sí, fue abandonado por los hombres y él se plantó en mitad del camino, esperando a los moros.

—Era consciente de que iba a morir.

—Sí, pero a veces es bueno saber escoger la manera de hacerlo. Yo vi fallecer a muchos compañeros con una bala en

la espalda. Ese podía haber sido mi caso.

—Sin embargo, salvaste la vida.

—Así es, creo que fue debido a una medalla de la Virgen que me dio mi madre. La había bendecido en Sant Pere y me dijo que no me la quitara mientras estuviera en África. Así lo hice y la verdad es que puedo contarlo.

—¿Qué pasa, que los demás no llevaban medallas? —preguntó irónico Jordi—. ¡Vaya tontería!

—Tendrás que perdonarle —dijo Juan—. Creo que Jordi no es muy católico.

Carles sonrió, divertido, ante la pulla de los dos compañeros de la guerra. Miró la hora y vio que ya se hacía tarde, sobre todo si quería pasar por casa de Lucía antes de que anocheciera. Se despidió de los dos hombres pensando que tenía una conversación pendiente con Eduardo. Le interesaba bastante saber qué había sucedido con aquella familia que llevaba la imagen del castillo y del caballo en su escudo. Mantenía la sospecha de que un hilo invisible unía a su padre, prisionero del aduar, con el noble empresario aragonés.

—Mañana partimos para Caspe —le comentó a Lucía, conocedora de algunas de sus actividades.

—¿Está relacionado con el caso que estáis investigando?

—Sí, hablaremos con la viuda de un soldado que estuvo en África.

—¿Otro capitán?

—No, este no era capitán. Fue un simple soldado, lo cual no es poco. Además, simpatizaba con los republicanos.

—¿Y cómo puede estar relacionado con el asesinato de unos capitanes nacionales? Si simpatizaba con los

republicanos es fácil que haya sido eliminado. El asesinato sistemático de personas con algún cargo o simpatía republicana forma parte de la estrategia de los ganadores. De hecho, Franco llegó a afirmar en una entrevista al principio de la guerra que, si tenía que eliminar a media España, lo haría.

—Sí, pero este no es el caso. El soldado ha sido asesinado de la misma manera que los capitanes. Difiere en el rango, pero no en la forma de morir.

—Vaya imagen. La muerte los iguala. Da lo mismo en qué bando estés o la categoría en que te encuentres.

A veces sorprendía a Carles el grado de dureza con el que Lucía afrontaba las cosas. Ella, con apenas veinte años, ya había tenido tiempo de presenciar hechos inclementes que le habían generado una fortaleza interior con la que se veía capaz de sobrellevar su situación, un tanto desesperada, si se miraba desde fuera. En aquel momento entró su padre, Javier.

—¡Hola! ¡Buenas tardes!

—¡Buenas tardes! —le contestó Carles.

—¿Quiere quedarse a cenar? —le invitó el padre de Lucía. A veces presentaba episodios de aparente lucidez.

—¡No, gracias! Ya me marchaba.

Carles salió hacia el exterior de la casa. Se paró un momento en el porche y observó que ya estaba oscureciendo.

—¡Carles! —dijo Lucía, que había salido tras él.

—¡Dime!

—¿Vendrás a la vuelta de Caspe?

—Por supuesto. Creo que tu casa necesita un par de arreglos. Como llueva, vais a tener unas cuantas goteras.

—Carles —repitió Lucía, mucho más cerca.

—¿Sí? —respondió en voz baja.

—¡Gracias! —le dijo, mirándolo a los ojos—. Por todo. Han sido momentos muy difíciles para mí y tú has estado ahí.

Carles la miró a los ojos, aquellos ojos relucientes, como dos esmeraldas, que le habían encandilado desde el primer día. Y la besó. La besó en los labios, de forma suave al principio. Ella le correspondió y se besaron apasionadamente. Fue un beso de pasión y de desesperación. Ambos habían descubierto que la vida era breve e incierta y que había que aprovecharla y exprimirla. Sin embargo, al cabo de unos momentos, Carles se retuvo. La imagen de Dolors le vino al pensamiento y sintió una extraña sensación. Como la que se tiene cuando uno realiza un acto de traición. Se apartó.

—Lo siento… Yo…

—No, perdona. No tenía que…

—No te preocupes —le dijo, cogiéndole las manos—. Creo que primero tengo que organizar mis pensamientos. Cuando vuelva de Caspe hablaremos.

—De acuerdo.

Carles marchó de la casa con el corazón dividido y confuso. Cogió el sendero que lo llevaría por aquellos caminos próximos al Pere Mata y se dirigió hacia el paseo de la Boca de la Mina. Estaba distraído pensando en los acontecimientos del día. Si hubiera mirado hacia atrás, probablemente se hubiera dado cuenta de que un sujeto no muy alto y corpulento, con tendencia a la gordura y unos ojos desmesurados que parecían salírsele de las órbitas, lo observaba con una expresión retorcida. Desde su posición, el individuo encendió un cigarrillo mientras miraba la casa que acababa de abandonar el policía. Había visto a aquella hermosa joven acompañada de su tullido padre y una sonrisa sardónica le deformó el rostro, pues no podía ocultar la fría mirada que la acompañaba.

UN TRISTE REENCUENTRO

Agosto, 1921

—¡Dios mío, Julià! —dijo Martí, abrazándolo—. Pensé que habías muerto allá, en Izzjman.

—Pues ya ves. Pude sobrevivir, a pesar de todo. Te presento a Alfredo, otro compañero en apuros.

—Del Alcántara —dijo Alfredo—. Caí prisionero en el Igan.

—Un desastre. Yo también estuve en el Igan, luchando contra los moros, pero caí prisionero después.

—La verdad —comentó Julià—, es que la primera vez que lo vi lo confundí contigo. Tenéis bastante parecido.

—Bueno, ahora, de noche, todos nos parecemos —sentenció Martí.

En la oscuridad comentaron los hechos acaecidos antes de su encuentro. A Martí no le sorprendió la historia de Julià, una historia que podía ser subscrita por muchos militares. En ella estaba el drama de unos soldados que, desprovistos de todo, se habían aventurado en una marcha desesperada, donde el premio consistía en sobrevivir unas horas más.

—Lo peor fue pensar que estaba a punto de conseguirlo —dijo Julià—. Créeme, pienso que hubiera podido llegar a Melilla.

—Al menos pudiste escribir una carta. Tu mujer sabrá que estás vivo.

—Espero que Vicente haya podido llegar y enviarla. No quiero ni pensar lo que pasará cuando le llegue la noticia de esta catástrofe.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí? —preguntó Carles.

—El tiempo aquí se hace eterno. Además, con estos hombres enloquecidos… Son como los tiburones cuando huelen la sangre. Ya no hay quien les quite las ansias de matar. Yo llevo aquí unos quince días aproximadamente.

Apenas había luz en el interior de la casa donde permanecían prisioneros. Las conversaciones se tenían a media voz, más por una sensación de compartir unas experiencias que por un sentimiento de secretismo. A esas alturas, no creían que a los rifeños les importara mucho lo que hablaban.

—¿Qué pasó el otro día? Se oyó un griterío y un chico me dijo que se había escapado un español.

—Así es, en efecto. Un compañero nuestro, Daniel Montañés, de Ceriñola. Decidió escaparse. Habíamos hablado algo de salir de aquí, pero él estaba desesperado y decía que no aguantaba. Intentamos frenarlo, pero fue imposible.

—¿Y vosotros no quisisteis hacerlo? —preguntó Carles.

—En primer lugar, escapó de noche. No sé cómo lo hizo, pero salió por la tronera —dijo señalándola—. Ahora no es posible ya que han puesto una red. Por otro lado, una huida ahora es un tanto arriesgada. Tenemos que conocer bien el entorno antes de intentar escapar. Esperemos que se calme la cosa un poco.

—Por lo pronto, parece que no lo han pillado.

—Pero salieron tras él un par de hombres. Esta gente

conoce bien el terreno y sabe leer en él. Espero que tenga suerte, pero dudo mucho que lo volvamos a ver.

—¿Qué creéis que harán si lo capturan?

—No lo sé —dijo Julià—, pero ese tal Udad es un mal bicho, un individuo muy peligroso. Más vale no enemistarse con él. Le he visto matar por puro placer.

El sanitario les refirió la historia de Hamed. Todos fueron conscientes del alcance de la locura de Udad y el poco valor que daba a la vida ajena.

—¿Sabéis que ha caído monte Arruit? —les informó Martí.

Sus compañeros se quedaron impactados, ya que no tenían ninguna noticia.

—¡Dios mío! —exclamó Alejandro—. Ahora nada los detendrá hasta Melilla. ¿Sabes si se pudieron salvar muchos?

—Creo que no. Por lo visto, hicieron muchos prisioneros, incluso el general Navarro. Por lo que me dijo Ameqran, hubo unos tres mil muertos.

—¡Una verdadera masacre! Todos muchachos inocentes. Gracias a la incompetencia de los oficiales, no podrán volver a su casa. —Como siempre, lo primero que salía era la vena anarquista de Julià.

Un griterío en el poblado fue la primera noticia que tuvieron al día siguiente de que algo había sucedido. Antes de que les dijeran nada, supusieron que traían consigo al prisionero, cosa que quedó confirmada más tarde cuando se abrió la puerta de la casa donde se hallaban encerrados y, de un empujón, lo lanzaron hacia el interior. Un hombre agotado, golpeado y herido cayó al suelo. Rápidamente fueron a cogerlo.

—¡Daniel! —gritó Julià, acercándose—. Preparad una estera.

Lo colocaron sobre una estera, pero al soldado le costaba pronunciar cualquier sonido. El castigo que había recibido había sido fuerte.

—¡Malditos sean! —exclamó Alejandro—. ¿Te duele mucho?

—Mucho —dijo en un suspiro—. Esos cabrones me han dado bien.

—¿Has podido llegar muy lejos? —preguntó Julià.

—Llegué hasta Dar Drius, pero todo estaba destruido. Los caminos… —Respiraba con dificultad—. Estaban llenos de cadáveres. Los buitres se cebaban con ellos.

Le dieron agua en un cuenco y lo dejaron reposar.

—Descansa. Ahora todo pasó.

Martí maldijo el hecho de que le hubieran quitado el maletín, ya que apenas podía ayudar a Daniel. Le quitaron la camisa y, con un poco de agua y un trapo, le fue lavando las heridas, comprobando que los cortes no fueran profundos. Intentaron descansar todos ellos. Sin embargo, al cabo de unas horas, cuando anochecía, los hicieron salir de la casa. A Daniel lo cogieron entre dos hombres y lo arrastraron al exterior, pues él no podía ponerse en pie.

—Esto me huele mal —dijo Julià.

—Tú callar —le dijo un rifeño.

Los llevaron al centro del aduar, donde había un árbol con multitud de ramas. Martí pudo ver que también habían sacado a Hamed. Evidentemente, pretendían que la lección fuera ejemplar. Los hombres y mujeres del aduar permanecían como espectadores y jaleaban a los hombres que arrastraban a Daniel. Todo ello era presidido por Udad, con su enorme presencia. Era él quien impartía las órdenes pertinentes. El

miedo se apreciaba en los hombres, quienes no dudaban en cumplir sus exigencias.

Cuando llegaron a la altura del árbol, lo levantaron entre dos. A la luz de las hogueras se podían apreciar los morados de los golpes y las heridas de los cortes que había recibido su compañero de prisión. A continuación, lo ataron al árbol con los brazos abiertos. Allí permaneció mientras Udad dirigía un discurso, especialmente a ellos, traducido por el inefable Bani.

—Esto pasar a todos prisioneros que querer escapar. No poder engañar a Udad. Jefe castigar a aquellos que querer traicionar.

Le hizo una señal a uno de sus hombres que tenía un machete en la mano. El rifeño, que no era otro que Eheder, se acercó al prisionero que permanecía atado. Otro hombre se puso tras el español y le tiró del pelo, levantándole la cabeza, momento que aprovechó Eheder para levantar el brazo y asestar un machetazo, con toda la fuerza de la que fue capaz, en el cuello de la víctima. La sangre salpicó a su verdugo y la cabeza de la víctima quedó colgando como si de un muñeco de trapo se tratara. El rifeño se vio obligado a dar otro golpe, tras el cual la cabeza quedó separada del cuerpo y cayó rodando al suelo. Los prisioneros cerraron los ojos ante aquel cruel espectáculo, pero los moros les obligaron a abrirlos.

Eheder pasó la cabeza de Daniel a Udad quien, cogiéndolo por los pelos, y mirando a los prisioneros, les dijo unas palabras que fueron traducidas.

—¡Mirad! Este será destino de prisioneros si no hacer caso. Vosotros obedecer y vivir más tiempo. —Su risa fue rápidamente acompañada por el resto de hombres que allí había.

La cabeza de Daniel fue puesta en un canasto a los pies del árbol como muestra y recordatorio de un castigo

permanente para cualquiera que incumpliera las órdenes del jefe. A continuación, los hicieron volver a su prisión. Martí pudo intercambiar una mirada con Hamed durante un momento sin que se apercibieran los demás. El rifeño parecía agotado y lo tenían que llevar entre dos hombres. En aquella mirada pudo ver su determinación. Algo le decía que tardaría en ver al prisionero.

Una vez en el interior de la casa, los españoles discutieron la situación.

—Debemos escapar. Ese tipo está loco —dijo Alejandro.

—Si escapamos de cualquier manera, nos pasará como a Daniel —comentó Julià—. ¿Tú que piensas, Martí?

—Creo que ahora no tenemos las condiciones para huir.

—Si es verdad que hay prisioneros españoles, Abd El-Krim querrá tenerlos juntos en Axdir y, posiblemente, quieran intercambiarlos o pedir un rescate.

—Sí, pero yo veo un problema. —Los otros se quedaron atentos a lo que decía Martí—. Cuando vine para aquí con aquellos rifeños, observé una cosa curiosa.

—¿Cuál? —preguntó con cierta inquietud Julià.

—Me dio la impresión de que intentaban evitar otros aduares o cabilas. De hecho, hasta Annual fuimos por el camino más recto, pero, a partir de ahí, a medida que nos aproximábamos a territorio beniurraguel, la ruta ya no era tan recta. Yo tenía la impresión de que intentaban pasar desapercibidos.

—¿*Qué quieres decir exactamente*? —inquirió Alejandro.

—Quiero decir que, si hay un intercambio de prisioneros o un rescate, nosotros no entraremos en el paquete, pues las otras cabilas ignoran nuestra existencia.

Una sensación de depresión se apoderó de todos ellos al darse cuenta de la realidad de su situación. Habían constatado

que se hallaban abandonados de todos y por todos y su supervivencia dependía exclusivamente de ellos mismos. Un futuro incierto se abría ante ellos. A pesar de todo intentaron dormir, aunque aquella noche se les hizo muy difícil.

Al día siguiente, unos gritos los sorprendieron. Algo había ocurrido en el aduar que había transformado la tranquilidad habitual de las mañanas en una estridente algarabía. Gritos y carreras, seguidas de órdenes y gran movimiento. Unos hombres abrieron la puerta de la casa y los hicieron salir fuera.

—¿*Qué ocurre*? —preguntó Martí a Idir, que estaba entre los hombres que los habían sacado.

—Hamed escapar y matar vigilante. Cortar cuello con un cuchillo.

EN CASPE

Septiembre, 1939

—Queremos que nos diga todo lo que sabe de la muerte de su marido.

Quien así hablaba era Ernesto. Se dirigía a la señora que, completamente vestida de negro, les había recibido en su casa de Caspe. La mujer, que debía de rozar la cuarentena, presentaba un aspecto derrotado. Para Carles, aquel era el aspecto de aquellos que habían perdido no solo la guerra y a sus seres queridos, sino que, además, se veían obligados a mantener el silencio, un silencio que los mantenía prisioneros de aquel régimen.

El viaje, como era de esperar, había transcurrido sin grandes contratiempos. El único inconveniente había sido aquella carretera que se perdía en infinidad de curvas. Sobre todo, el tramo que llevaba de Reus a Gandesa pasando por Mora de Ebro. Después, habían continuado por carreteras secundarias hasta llegar a Caspe. A pesar de que Carles les dijera que el vino de aquella zona era inmejorable, el impecable Hamed no había parado en todo el viaje, a veces conduciendo a unas velocidades que hacían de la temeridad todo un arte. Carles se sorprendió pensando cómo era posible que el coche apenas tuviera un rasguño. Habían dejado dos

carros y un ciclista atemorizados, tirados en la cuneta, porque no habían podido aguantar el reto que suponía ver dirigirse hacia ellos el vehículo, sin intención de aminorar la marcha. Finalmente habían llegado a la casa, donde les esperaba la viuda, una vivienda que tenía un gran local adjunto que hacía las veces de almacén para los camiones.

—Resulta muy difícil hacerlo —dijo, con un tono apagado de voz que no ocultaba el temor a decir la verdad. A veces resulta delicado confesarse ante quienes pueden ser responsables de la muerte del marido.

—Inténtelo. Le escuchamos.

—Verá, mi marido era muy buena persona. No se metió en política. No era un anarquista como me dijeron aquellos hombres.

—¿Qué hombres? —le preguntó Carles.

—Los policías. Insinuaron que lo habían asesinado por anarquista. Él era un simple trabajador que se hizo cargo del negocio a la muerte de mi padre. Se le acusó de ir a reuniones del Consejo Regional. Lo que pasa es que tenía clientes de todos lados y él solamente quería realizar los transportes para ganarse la vida. Solo eso —dijo mientras se limpiaba las lágrimas con un pañuelo.

Carles estaba azorado. Entendía que, después de haber visto muerto a su marido, todavía había tenido que justificarse de un posible motivo político, dando por supuesto que sus ideas le habían conducido a la muerte.

—Señora —le dijo Carles, intentando salvar la situación —, creemos que su marido fue asesinado por algún compañero, un militar de la época en que estuvo en África. Estamos investigando otros asesinatos similares de compañeros que estuvieron con él.

—¿Quiere decir…? —preguntó la mujer abriendo

desmesuradamente los ojos—. ¿Quiere decir que su asesinato no fue una venganza política? —preguntó, desmintiéndose a sí misma.

—Eso pensamos —dijo Ernesto—, y por ello resultará muy importante que nos cuente lo que recuerda, con el máximo de detalles. Nuestra intención es atrapar al asesino.

Aquello pareció tranquilizar a la mujer. Al menos este par no venía con la superioridad moral con la que habían aparecido otros policías, de eso podía dar fe. Las explicaciones que dio se centraron en los requerimientos de aquellos hombres.

—Verán —dijo la viuda—, cuando conocí a Paco, ya había acabado el servicio militar en África. Nos conocimos en Zaragoza, donde fui con mi madre a comprar ropa. La verdad es que parecía un chico correcto, de esos de los que te podías fiar. Nos hablamos y me pidió mi dirección. Se la di y nos estuvimos carteando con bastante frecuencia. A mi madre parecía caerle bien el chico. Lo veía muy decidido. Yo creo que ya pensaba que podría llevar bien el negocio de la familia.

—¿Estuvieron separados durante todo el noviazgo? —preguntó Carles.

—Bueno, como es habitual en estos casos… Él vivía en Zaragoza y yo en Caspe. Algunas veces, cuando libraba en su trabajo, bajaba hasta Caspe. De alguna manera se iba haciendo cargo del negocio familiar. Mi padre quiso comprar otro camión, ya pensando en él. Lo cierto es que nos casamos en agosto del veintiséis. Todavía recuerdo el terrible calor que hacía.

—¿Hablaba alguna vez de cuando estuvo en África? —preguntó Ernesto.

—La verdad es que hablaba poco del tema. Recuerdo que a mi madre le gustaba ver los soldados tan arreglados y con ese

aspecto tan marcial. A veces yo le preguntaba por su estancia en el Ejército. Era en esos momentos cuando él mostraba un cierto malhumor.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Carles.

—Que no parecía querer hablar del ejército. Decía que allí iban los infelices para convertirse en carne de cañón de un país que necesitaba su sangre como el camión necesita la gasolina.

—¿Y nunca dijo nada de lo que vivió allí o de los compañeros del ejército?

—Apenas dijo nada de los compañeros. Era como si quisiera olvidar aquella etapa. Rara vez mencionó a alguno.

—¿Recuerda algún nombre?

—Uno al que creo que le llamaban Rubio.

—¿Rubio?

—Sí, era un apodo, pero su nombre me parece que era Javier. La verdad es que apenas decía nada. Era un tema del que no le gustaba hablar. De todas formas, ahora que lo recuerdo…

—¿Sí?

—No, no tiene importancia.

—Señora —dijo Carles—, estamos intentando capturar al asesino de su marido. Todo lo que diga puede tener la mayor importancia.

—Es que no fue una cosa que me dijera él. Cuando había muerto, poco después de acabar la guerra, pasó por aquí un hombre que se presentó como amigo suyo. No sabía que había muerto y yo se lo dije.

—¿Cómo era ese hombre?

—Era de una estatura normal, pero poseía un aspecto muy descuidado. Su mirada más bien parecía la de un loco. Al principio me dio un poco de miedo, sobre todo por la cicatriz que tenía en la cara, pero luego fue bastante correcto.

—Háblenos de ese hombre —le dijo Ernesto, que ya veía un posible enlace con los asesinatos.

—La verdad es que lo vi muy preocupado. Insistió mucho en preguntarme por los últimos días de Paco.

—¿Los últimos días?

—Sí, cosas como si tenía miedo, si alguien le había seguido, cosas así.

—¿Y usted qué le contestó? —preguntó Carles, ahora doblemente interesado.

—Pues la verdad es que Paco estaba muy alterado y nervioso los días previos a su muerte, pero… ¿Quién no lo estaba entonces? Habían entrado los nacionales y la guerra había acabado en Zaragoza en marzo. Así que resultaba lógico que estuviera preocupado. Alguna vez me dijo que tenía la sensación de que una sombra le seguía. Yo le decía que como él no había hecho nada malo, no le podían hacer nada, pero en eso me equivoqué. Y no sabe cuánto. Lo lamento.

—¿Hay alguna cosa más relacionada con ese hombre que le llamara la atención? Intente recordar.

—¡Uf! —Ahora parecía más relajada—. Me resulta un tanto difícil recordar. ¡Ah, la nota!

—¿Qué nota?

—Entre las cosas que llevaba, cuando murió, había una nota que decía «Recordarás Xauen». Como el hombre me dijo que habían estado juntos en Xauen, se la enseñé. Pensé que le haría recordar aquella época.

—¿Y qué hizo?

—La verdad es que me sorprendió. Se puso pálido y, a partir de aquel momento, solo quería marcharse. Supuse que los recuerdos eran demasiado fuertes y no quería manifestar la emoción delante de mí. Ya saben cómo son los hombres.

Carles pensó que, realmente, los recuerdos eran muy

fuertes, pero posiblemente no en el sentido que creía ella.

—¿Cuánto tiempo pasó entre la última vez que lo vio y el momento en que encontraron el cadáver?

—Debieron de pasar unos tres días. El caso es que apareció en… —No pudo acabar la frase—. Entenderán que no pueda seguir. Es un recuerdo demasiado doloroso para mí.

—Lo entendemos —dijo Carles, poniéndole una mano en el hombro, mientras recordaba que había sido encontrado a unos seis kilómetros de la ciudad, atado a un árbol y con la cabeza cortada, ofrendada en un canasto. ¡Toda una exhibición!

—Perdone que le tengamos que preguntar, pero necesitamos su colaboración —le dijo Ernesto.

—Lo entiendo. ¿Les puedo ayudar en algo más?

—Nos dijo que él no quería recordar África, pero ¿le dijo por qué? ¿Le explicó algún motivo?

—Nunca quería hablar y normalmente no te contestaba si le preguntabas. Siempre que podía se escabullía de las preguntas sobre el tema. Pero recuerdo una vez en que vino del trabajo, después de celebrar un buen negocio. Había bebido más de la cuenta. Llegó a casa y se sentó junto al balcón, con la ventana abierta. Era el mes de octubre y hacía frío. Por eso le dije que cerrara la ventana, que se podía resfriar. Recuerdo que me miró con una mirada como no le recordaba antes y bebió de una botella de cerveza que había traído. «Fue un puto cabrón», con perdón. Eso fue lo que dijo.

—¿A qué o quién se refería? —preguntó Ernesto.

—Yo solo sé que no lo había visto así nunca y me asusté. Le insistí para que viniera a la cama y dejase de beber, pero él volvió a decir lo mismo. Finalmente adiviné que se trataba de algún jefe que tuvieron en África, algún oficial.

—¿Aclaró algo más? —preguntó Ernesto.

—No, no pude aclarar nada más.

—Pero pudo intuirlo —continuó Carles.

—En aquel momento tuve la sensación de que aquel oficial les había obligado a hacer alguna cosa de la que se arrepintieron luego, pero nunca le pude sacar nada en claro. Si era así, lo que fuera, se lo llevó a la tumba. De hecho, en cierta ocasión me dijo que había dejado el Ejército por culpa de aquel oficial.

—¿Nunca supo su nombre?

—No, nunca lo supe.

—Bueno, señora. Para nosotros, cualquier cosa que recuerde puede tener una gran importancia —dijo Carles.

—Sí, hay una cosa.

—¡Diga! —En aquel instante, los dos aguzaron los oídos, pues la convicción de la mujer anunciaba alguna noticia interesante.

—Cuando se marchó aquel hombre, el de la cicatriz, recuerdo que pensaba que aquella cara la había visto en algún sitio. No paré de dar vueltas hasta que lo encontré.

Los dos hombres estaban sentados a la expectativa, pero la mujer se levantó y abrió un cajón del mueble, del que sacó un álbum de fotos.

—Era uno de los compañeros de Paco en esta foto, concretamente el que está a su derecha, pero entonces no tenía cicatriz.

Y entonces, ante el asombro de Carles, la mujer les mostró la misma fotografía que había visto en la casa de Javier Font, donde se podía apreciar a seis soldados en Melilla, seis hombres que, sonrientes, miraban a la cámara, ignorantes de su suerte, antes de que tuviera lugar el desastre de Annual.

UNA DESAPARICIÓN ANUNCIADA

Septiembre, 1939

—¿Puede señalar cuál de estos hombres es su marido? —preguntó Carles.

La mujer señaló al segundo hombre comenzando por la izquierda. Junto a él, el hombre más buscado por la policía en este momento. En el instante que Carles tuvo la fotografía entre sus manos, intuyó que allí se hallaba parte de la resolución del caso.

—¿Conoce a algún otro hombre de la imagen?

—No, a los demás no los conozco. Sin embargo, recuerdo que me comentó que este que se halla en la parte derecha de la imagen había muerto en Annual.

—Señora, necesitamos quedarnos esta fotografía. Se la devolveremos cuando acabemos la investigación.

Y allí quedó ella, en la puerta de su casa, observando cómo aquellos hombres se marchaban en un automóvil conducido por un moro y con la fotografía, recuerdo de África de su marido, como trofeo de caza. Con una polvareda producida por el vehículo como momentánea despedida, vio alejarse a aquellos individuos. Ignoraba si les había servido de algo su información, pero el más joven parecía algo emocionado.

—¡Ya lo tenemos! —dijo Carles.

—¿Tan seguro estás? —le preguntó Ernesto.

—Fíjate, es la misma imagen que tenía la mujer del capitán Javier Font. El problema es que han cambiado con el tiempo y cuesta un poco reconocerlos. Creo que el capitán Javier es el primero por la izquierda. Ahora se trataría de saber si el capitán Pedro García y Alejandro Cortés también están en la foto. Esto nos daría algo sobre lo que trabajar.

—Esto situaría a los asesinados y al sospechoso en el mismo sitio en un momento determinado.

—Sí, pero aquí hay algo que no concuerda —pensaba Carles.

—¿Y qué sería eso? —preguntó Ernesto.

—El incidente a partir del cual sabemos que hubo algún problema debió de ocurrir en Xauen y esta foto fue tomada en Melilla. Los capitanes Pedro García y Javier Font, al parecer, estuvieron en Xauen.

—No te olvides de Paco Zárate. Él también estuvo.

—Es cierto. Eso hace que tres amigos que se conocían pudieron haber estado en Xauen. Para entonces, Sergio, otro compañero de Melilla, se hallaba en la legión.

—Pero la legión actuaba, en aquella época, en la zona de Yebala y, por lo tanto, también era zona de influencia de Xauen —complementó Ernesto, quien también había dedicado tiempo a estudiar la situación.

—En efecto. Así que tenemos un grupo de amigos que están juntos en Xauen o se encuentran allí. Probablemente, la mayoría de ellos pertenecían a la misma compañía. Entonces debieron de tener un jefe, un oficial con el que tuvo lugar algún incidente y fruto de eso se enemistaron. Ya nadie parecía querer hablar de África.

—No tiene por qué ser así, como tú dices —puntualizaba

Ernesto.

—Pero, sin embargo, podría ser. Tenemos el caso de Pedro Zárate. Él no quiso saber nada de África a partir de aquel momento.

No quiso continuar en el Ejército. Por otro lado, el capitán Pedro García también se enfadó con el legionario cuando le mencionó el nombre de Xauen.

—Igual que el capitán Javier Font. También se enfadó en el Internacional cuando el legionario le comentó la nota: «Recordarás Xauen».

—«Recordarás Xauen». Esa nota pudo ser dejada por el asesino. Podía ser una manera de atraer la víctima, hacerle recordar algo que querían olvidar.

—También podría ser una nota de aviso del asesino, *a posteriori* —continuó Ernesto, que había entrado en el bucle de relaciones que estaba estableciendo Carles.

—¿Qué sentido tendría una nota *a posteriori*, después de haberlo asesinado?

—Podría ser un mensaje para los otros hombres. Sería una manera de decir: «podéis esconderos donde queráis, pero mi venganza os alcanzará».

—Ya lo has dicho —comentó Carles.

—¿El qué he dicho? —preguntó Ernesto.

—El motivo: la venganza. Si esto es lo que parece, todo tiene relación con la venganza. Si no fuera así, no acabo de ver la necesidad de establecer ese macabro ritual. Parece decir: «Yo ya he cumplido con una parte de mi venganza», y expone el motivo de la misma a la vista del público.

—Tendremos que comprobar la identidad de las otras personas de la foto, así saldremos de dudas.

—Creo que tendremos que realizar un viaje rápido a Valencia.

—En efecto —afirmó Ernesto mientras se acomodaba en el coche, que circulaba a una velocidad no permitida, dando saltos sobre la carretera.

—¿Seguro que no queréis vino? El de Gandesa tiene mucha fama.

Sus compañeros no respondieron a la invitación de Carles, quien aprovechó el resto del viaje para pensar. Se acordó de Lucía y de las sensaciones que había despertado en él, sensaciones que creía un tanto olvidadas. La verdad es que se hallaba desconcertado pues, a pesar de que le gustaba mucho la muchacha, sentía que tenía pendiente un capítulo de su vida que le quedaba por cerrar. No sentía finalizado el duelo de la muerte de Dolors. En cierta manera, pensaba que su mujer no había muerto. El hecho de no haber visto su cadáver contribuía a ello y le dificultaba la posibilidad de lanzarse a una nueva aventura.

Unas horas más tarde, el coche, con sus ocupantes sanos y salvos, llegaba a la casita que había en la zona del Reus Deportivo. A Carles le resultaba un poco complicado de comprender cómo una acción aparentemente normal, como era conducir un vehículo, se transformaba en toda una aventura donde no existían ni las reglas ni el control. La sorpresa se la encontraron cuando entraron en casa. Allí estaba Gonzalo con toda la *troupé*.

—El cabo Eusebio Buendía, del Pere Mata, lleva dos días desaparecido —les soltó Gonzalo, nada más llegar.

—¿Seguro que ha desaparecido? —preguntó Carles—. Ese hombre era muy dado a estar fuera del cuartel.

Gonzalo lo miró con escasos síntomas de amistad. Todavía tenía reciente los golpes recibidos, pero se abstuvo de decir nada. No quería provocar otro incidente.

—Un oficial del Pere Mata anunció la desaparición a la

policía. Como el hombre había estado relacionado con la muerte del capitán Pedro García y saben que estamos investigando el caso, nos han hecho llegar la información.

—Bien —dijo Ernesto—, ¿y qué disposiciones han tomado?

—Verá —le contestó Gonzalo—, como sabíamos que estaban al llegar, decidimos esperar antes de tomar la iniciativa.

—¡De acuerdo! Realmente puede estar relacionado con el caso, pero no me extrañaría que hubiese desaparecido por algún motivo relacionado con su vida tan particular.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Gonzalo, que era quien llevaba la voz cantante del grupo de policías que habían venido de Barcelona.

—Quiero decir que ese hombre parece estar relacionado con el mercado negro y el trapicheo de productos para ganarse un sobresueldo —le contestó Ernesto—. En esas condiciones, resulta fácil tener problemas.

—Entonces, ¿qué prefiere que hagamos?

—Vayan ustedes e interroguen a los compañeros, a ver si descubren en qué lío se ha metido.

El grupo de policías se marchó. Tenían un vehículo esperando en la puerta. Se dirigieron al Pere Mata.

—¿Realmente crees que su desaparición está relacionada con el caso? —preguntó Carles.

—Creo que no, pero nunca se sabe. A fin de cuentas, fue él quien iba con el capitán Pedro García cuando fue asesinado.

—Subiré a contrastar la foto con las que tenemos —comentó Carles.

—Te acompaño.

Subieron al despacho que hacía de oficina policial y comenzaron a comparar la imagen con las que disponían de

los asesinados. Al cabo de unos instantes, ya tenían algunos resultados.

—¡Fíjate! —dijo Carles—. Ya podemos asegurar que tenemos identificados a cuatro de los seis soldados de la fotografía. Si comenzamos por la izquierda, tenemos al capitán Javier Font, asesinado en Castelldefels en mayo del treinta y nueve. A continuación, tenemos a Paco Zárate, asesinado en Caspe en junio del treinta y ocho. Junto a él, tenemos a Sergio Martínez, el legionario, al cual todos buscamos. A su izquierda está Pedro García Cifuentes, capitán en el Pere Mata, asesinado en junio del treinta y nueve. Necesitamos averiguar quiénes son los otros dos hombres de la imagen.

—Por lo que sabemos —le dijo Ernesto—, el de la derecha murió en Annual.

—Pero, igualmente, tenemos que saber su nombre.

Ella se le acercaba y le despedía. Su hijo, de apenas cuatro años, correteaba entre sus piernas. El niño reía y aquella risa le alegraba el día. Se despidió de ellos, diciéndoles que volvería pronto. Ella había intentado por todos los medios que desistiera de partir, pero él le hizo entender que era un bien para todos y, como hijo del jefe y futuro *amrhar*, estaba obligado a ir. La *yemda* lo había considerado necesario y él debía seguir las normas marcadas, como siempre se había hecho.

Cuando se marchó, antes de perder de vista el poblado, se giró e intentó retener en su retina la imagen de su familia y de su hogar. Pudo ver, subida en una roca que había en las afueras del aduar, a Arume con Hilal, su hijo, en brazos. El sol se apreciaba en su espalda y la imagen recordaba a la de

una figura escogida, iluminada y acariciada de forma especial por los rayos solares. Hamed pensó en la suerte que tenía y que pronto volvería junto a ella. Poco imaginaba en aquel momento que esa sería la última vez que la vería con vida.

El rifeño se despejó. Se había adormilado después de venir de Caspe y la relajación había dado paso libre a pensamientos y evocaciones que se mantenían en la penumbra, esperando el momento de volver a ocupar el lugar que les pertenecía. A veces le asaltaban aquellos recuerdos que ocultaban una realidad muy dolorosa para él. Cada vez aparecían con mayor frecuencia. No sabía si eso se correspondía con algún sueño premonitorio. El caso era que, cuando pensaba en ello, sentía una fuerte punzada en el lado del corazón que, a su entender, correspondía con una herida no cerrada.

Aunque apenas decía nada, iba siguiendo el día a día de las investigaciones y, a medida que se iba estrechando el círculo, sentía que se iba aproximando a un objetivo que le era propicio: el de vengar la muerte de su mujer y de su hijo. Creía que el hecho de que se le aparecieran cada vez con mayor frecuencia respondía a la necesidad de recordar que el trabajo todavía no estaba acabado, que faltaba finalizarlo como se prometiera hacía dieciocho años.

A pesar del tiempo transcurrido, un nombre se introducía, como un susurro, en su mente: «Cabeza de serpiente, Cabeza de serpiente…».

PLANES DE HUIDA

Marzo, 1923

Los días pasaban de forma independiente a los deseos y necesidades de los prisioneros. Resultaba difícil y duro aceptar que, aquello que se considera excepcional en un momento determinado, se podía convertir en una forma de vida. La vida podía ser dura o muy dura según las circunstancias del día o el humor del jefe del poblado. Los tres españoles que se habían encontrado en el aduar sobrevivían, dando gracias si podían superar un día más.

Martí era el más afortunado de los tres. Su habilidad como médico le precedió. Fue requerido para realizar diversas intervenciones y tratamientos que iban desde un brazo roto hasta un dolor de muelas. Intentaba aplicar aquellos remedios que creía conveniente según las normas de la medicina moderna, pero, a menudo, sus remedios eran desechados una vez que había tratado a los rifeños. Ellos volvían a sus antiguas creencias y tradiciones a pesar de que estuvieran reñidas con los descubrimientos científicos. Aquello parecía una lucha desigual donde el saber de Martí se enfrentaba con una tradición milenaria.

No obstante, todo aquello lo daba por bueno el sanitario, ya que cada cura o intervención que realizaba alargaba su vida

y la de sus compañeros. Estos sobrevivían a duras penas, eran obligados a trabajar hasta la extenuación, si así lo creían necesario. Cualquier trabajo, por duro que fuera, requería de su intervención. Una negativa hubiese significado la muerte. Cualquier pequeño error en la realización del mismo podía conllevar severos castigos. Julià y Alfredo podían llegar a ser apaleados sin piedad. A ello había que añadir el escaso alimento. Apenas media torta de cebada o algunos garbanzos cocidos era la dieta habitual de los prisioneros. Todo ello había provocado que el estado físico de los mismos fuera deplorable, pero tenían que sacar fuerzas de flaqueza si no querían morir allí mismo.

Desde la huida de Hamed, Udad había desconfiado aún más de los presos. Los rifeños habían aumentado las medidas de seguridad y, cada vez que los prisioneros salían a realizar un trabajo, solían estar acompañados por un par de hombres armados. Estos disfrutaban de ver sufrir a aquellos que los habían explotado. Por eso, no era extraño que descargasen en ellos su furia y odio.

Por la noche, los españoles se encontraban en la casa-prisión. Era el momento en que podían hablar, relajarse y pensar en lo que harían cuando estuvieran en libertad. A Martí y Alfredo los llamaban hermanos debido al gran parecido que tenían. La verdad es que resultaban de una similitud sorprendente.

—Todo fue un empeño de mi padre —decía Alfredo una noche—. Él se empeñó en que entrara en la caballería.

—¿Por algún motivo especial? —preguntó Martí.

—Siempre le han gustado los caballos. Nosotros nos dedicamos a criar caballos desde hace más de cien años. Tenemos unas tierras en Barbastro. ¡Cuánto las echo de menos! Aquellos prados tan verdes, con ríos de agua fresca y

transparente… ¡Cómo me gustaría estar allí!

—Pero solo porque le guste los caballos… —apuntó Julià.

—¡No! ¡No es solo eso! —respondió Alfredo—. Mi padre ya estuvo en la caballería, en Melilla, en el año 93. En aquella época, se quiso realizar la construcción de un fuerte junto al cementerio islámico y la mezquita de Sidi Uariax, cosa que contrariaba a las cabilas. Los rifeños insistieron en que no se construyera junto al santuario, pero los españoles no hicieron caso. Este hecho produjo el ataque de los moros a posiciones españolas fronterizas. Entonces enviaron refuerzos de la península. Entre estos iban los cazadores de Cataluña, batallón donde servía mi padre. El objetivo era reforzar la guarnición de Melilla. El general García Margallo murió en la lucha y fue sustituido por el general Macías.

—Así que es una cosa de familia eso de pertenecer a la caballería.

—En cierta manera. Para mi padre, yo no era digno sucesor suyo si no había servido en la caballería.

—Creo que ya hiciste más que él —le dijo Julià.

—Sí, para lo que me ha servido… ¡Y para lo que le ha servido a él!

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Martí.

—Estando en África me enteré de que mi padre tuvo un ataque al corazón. Está muy delicado.

—¡Lo siento! —dijo Julià—. Ahora es cuando haces falta tú en casa. ¿Tienes más hermanos?

—No, pero esa no es toda la desgracia.

—¿Hay más? —le preguntó Martí.

—En efecto. Yo provengo de una familia que tiene relaciones con la nobleza. El señorío de Castellfosc ya existía en el siglo XV. Nosotros disponíamos de tierras y una casa señorial en Barbastro. Posteriormente, a medida que los

negocios se dirigían a la industria en general y a la textil en particular, se trasladó la residencia a Monzón.

—¿Así dispones de dos casas?

—Bueno, alguna más, un par de fábricas y varias empresas.

—¡Vaya! —dijo Julià—. ¿Y qué puñetas hacías en este lugar perdido?

—Ya ves, lo mismo que tú.

—Bueno —dijo Martí—. ¿Cuál era el problema que querías explicar?

—Fue mi madre quien me escribió acerca del mismo. Resulta que mi padre llevaba mucho tiempo tramitando y gestionando sus propiedades a través de un abogado de confianza.

—¡Esos son los de menos confianza! —afirmó Julià.

—En efecto —continuó Alfredo, ignorando la interrupción—. Mi padre está casado con su mujer en segundas nupcias, ya que mi madre murió hace unos años. A raíz de su enfermedad, Clara, la segunda mujer de mi padre, que desconfiaba del abogado, confió toda la documentación a otro abogado, amigo suyo desde la niñez. Entonces descubrió con sorpresa que ella no era beneficiaría en caso de que muriera mi padre. El abogado de mi padre, don Luciano, como le llamaban, había ido desviando partidas y títulos de propiedad, de manera que él obtenía beneficios considerables.

—Así que os estafó.

—No solo eso. Sino que, además, si mi padre muere sin descendencia, él quedará como beneficiario de la mayor parte de las propiedades y empresas.

—¡Pero estás tú! —le dijo Julià.

—Sí, ¡y aquí me ves! A punto de morir en un poblado de mala muerte del Rift, intentando complacer a un hombre que

está a punto de morir. Al parecer, el abogado realizó algunos cambios en los documentos una vez que yo ya estaba destinado en África.

—¿Qué será de la mujer de tu padre? —preguntó Julià.

—Dudo que herede apenas nada si muere mi padre. La verdad es que es una buena persona y siempre me ha cuidado bien. No me puedo quejar de ella.

Todos quedaron en silencio. Entonces fue Martí quien lo rompió para decir:

—Hemos de idear la manera de salir de aquí.

—Pero, no tenemos manera —le replicó Alfredo.

—Si seguimos aquí, el salvaje ese acabará matándonos.

—De hecho, ya falta poco. No aguantaremos mucho —dijo un apagado Julià.

A pesar de pensar en planes de fuga, en todos encontraban defectos, pues sabían que un error les podía costar la vida. En más de una ocasión habían podido ver la crueldad de los castigos de Udad. Sus mismos hombres los padecían, de manera que Martí había podido apreciar la enemistad y el odio en algunos de ellos. En una ocasión, el déspota había llegado a ejecutar personalmente a un hombre, de la misma manera que había hecho con el español, por algún pequeño enfrentamiento. Los prisioneros observaron que ese comportamiento era más propio de un lunático que de un dirigente.

Martí seguía atendiendo a los enfermos y heridos con el botiquín que trajera del aduar de Ameqran, pero aquello era a todas luces insuficiente. Fuese por los resultados obtenidos o por la creencia en la medicina europea, a veces venían rifeños de otros aduares a ver al «médico blanco», como lo llamaban. Idir ejercía, en ocasiones, de ayudante. Con la proximidad, llegó cierta confianza y, con ella, la información que

necesitaban para llevar a cabo un plan de fuga. Poco a poco y de manera indirecta, gracias a su compañero y a la habilidad de Martí para sonsacarle, se pudieron hacer una idea de los lugares y distancias más adecuados en caso de huida.

—Estamos al sur de Alhucemas —comentó Martí.

—La distancia hacia Annual representaría un par de días.

—Sin embargo, allí es donde primero pensarán que vamos. Nos alcanzarán rápidamente.

—¿Y qué propones? —dijo Julià—. Es el camino que conocemos.

—Precisamente, ellos saben que iremos hacia allí. Por otra parte, tengo entendido que el ejército está atacando y avanzando sobre el territorio.

—¿Eso te ha dicho Idir? —preguntó Alfredo.

—Creo que Dar Quebdani y parte de Midar cayó en sus manos.

—¡Dios mío! ¡La salvación a tres días! —exclamó Julià.

—O la muerte en uno —dijo Martí—. Ellos son mucho más rápidos y conocen el terreno. Además, estamos bastante débiles. Lo mejor sería ir hacia el oeste.

—¿Hacia el oeste? —preguntó un sorprendido Julià—. Aquello también está lleno de enemigos.

—Pero contamos con el factor sorpresa y lo inesperado del destino. Es, probablemente, más montañoso e inhóspito, pero también nos hallaremos con cabilas que no estarán tan aguerridas y alertas como las del Rift.

—¿Y a dónde pretendes llegar? —preguntó Julià.

—A Tetuán, allí encontraríamos a los nuestros.

Los planes se sucedían, pero los días también y, con ellos, la sensación de que aquella historia sería eterna, de que morirían allí. Una noche en que se hallaban durmiendo en la casa-prisión oyeron unos ruidos de voces y, después, el

movimiento de la puerta al abrirse.

—¡Médico! ¡Médico! —Era Idir quien llamaba.

—¿Qué pasa? —preguntó todavía un adormilado Martí.

—¡Médico venir! ¡Rápido!

El sanitario se desperezó rápidamente, pues hasta el momento no había sido llamado con aquella urgencia. Fue conducido a una casa donde le facilitaron su botiquín. Junto a la puerta se hallaba Udad. Cuando entró, vio en ella a dos mujeres junto a otra que se hallaba tirada sobre una manta, con grandes dolores. Cuando preguntó sobre la necesidad de su presencia, Idir le informó que aquella era la mujer de Udad y estaba a punto de tener un niño, pero el niño venía de nalgas, por lo que el riesgo de fallecimiento de la madre o del bebé era muy grande. Sabía lo que se jugaba en aquella operación si alguno de los dos fallecía. No hacía falta que se lo dijeran.

Hizo preparar agua caliente a las dos mujeres. Tenía que actuar rápido, pues el bebé podía tener problemas al nacer, fuese por la posición en sí o por la posibilidad de ahogarse con el cordón umbilical. Puso unas gotas de cloroformo en un pañuelo y se lo acercó a la nariz de la mujer. Pronto la adormeció. Idir le asistía a pesar de la reticencia inicial de Udad, pero necesitaba un traductor. A continuación, realizó una cesárea. Intentó aplicarse lo mejor posible. Cuando pudo sacar del vientre de la madre al bebé, este expreso sus ansias de vivir con un desesperado aullido. Las mujeres prepararon al niño, una vez cortado el cordón umbilical, para mostrarlo al padre orgulloso.

Finalmente, una vez fuera la placenta y comprobado que no hubiera otro inconveniente inesperado, Martí procedió a coser la herida lo mejor posible. Todavía permaneció varias horas vigilando que una hemorragia interna no echara a

perder el resultado de la intervención. Cuando salió, todavía le pareció ver una mirada de alegría por parte de Udad que, ufano, miraba a su hijo, quien permanecía en brazos de una mujer.

Aquel día Martí acabó agotado. Sin embargo, presintió que ganarse la confianza le facilitaría un poco la posibilidad de escapar. Pero las circunstancias en el aduar eran variables y cambiaban de un momento a otro. Cualquier alteración de la rutina podía significar un cambio en las condiciones de los prisioneros. Esta perturbación se produjo cuando, días más tarde, unos hombres llegaron al poblado. Cierto alboroto se produjo en el aduar.

—Son hombres liberados a cambio de los españoles que tenía prisioneros Abd El-Krim —les comentó Martí.

—Eso nos deja aquí olvidados en esta asquerosa tierra —comentó Alfredo.

—Dependemos solo de nosotros mismos —continuó Martí.

—¿Cuánto tardará Udad en darse cuenta de que con nosotros no hará negocio? —preguntó Julià.

Como si oyera las palabras de Julià, una tarde de primavera sacaron a los prisioneros de la casa. Los hombres parecían excitados. Debían celebrar cualquier cosa y eso podía ser una buena excusa para tener un poco de diversión. Cada uno de ellos fue sujetado entre dos hombres. Cogieron a Julià y lo llevaron al árbol donde habían ejecutado a Daniel. Al parecer, querían realizar la misma ceremonia, con la diferencia de que ahora no había habido provocación por parte de los españoles.

—Tú tener suerte —le dijo Idar—, Udad solo querer divertir con tus amigos.

Uno de los rifeños venidos del cautiverio español cogió un

machete y se dispuso a ejecutar a Julià, mientras unos hombres lo ataban a un árbol. El prisionero no hizo ningún ruido, pero el sanitario percibió que unas lágrimas le caían por el rostro. Seguramente, debía recordar a su familia, siendo consciente de que no los volvería a ver. Martí no pudo soportar aquella escena y, desasiéndose de aquellos que lo tenían sujeto, fue corriendo hasta donde estaba su amigo y se interpuso entre este y el verdugo.

—¡No! ¡Si lo matáis a él, también tendréis que matarme a mí!

Un gran silencio se produjo entre los guerreros, asombrados ante aquella actitud. Algunos de ellos miraron a Udad, quien observaba la escena con una mirada glacial. El rifeño que estaba dispuesto a ejecutar a Julià, alzó enérgicamente el machete sobre su cabeza.

SIGUIENDO EL RASTRO

Octubre, 1939

—A ver, sabemos que te han visto con Eusebio y que te dedicas al mercado negro. Así que tienes dos opciones: o nos dices donde está, o cargarás tú con la desaparición y las consecuencias que de ella se deriven —espetó Ernesto a aquel soldado que permanecía firme, maldiciendo el momento en que se le ocurriera ayudar al cabo.

—Yo no me dedico al estraperlo —balbuceó apenas.

—Te han visto y no una sola vez —le dijo Carles—. Si no colaboras, procuraremos que se te caiga el pelo. ¡Tú mismo! Puede ser que pases de vigilante a presidiario. Ya me entiendes. No sé si le hará mucha gracia a los que allí se encuentran.

Eusebio continuaba desaparecido. Gonzalo y sus muchachos habían interrogado a algunos soldados y, finalmente, habían podido localizar a Felipe, un soldado al que varios habían acusado de participar en las extrañas y permitidas correrías del cabo. Una vez recogida esta información, Ernesto y Carles se habían dirigido al Pere Mata a interrogar al sospechoso. Ya habían pasado tres días de la desaparición del cabo y, al parecer, eso no era nada habitual en él ya que, aunque disponía de un régimen especial, siempre

contaba con el permiso de los oficiales.

Felipe estaba sudando copiosamente, pues sabía que no tenía escapatoria. Se percató de que no podría escapar de aquel interrogatorio, por lo que decidió negociar las condiciones.

—Verá… Yo… Me gustaría ayudarles, pero…

—¿Pero? —inquirió secamente Ernesto.

—Si colaboro, quisiera que se tuviera en cuenta… —Iba introduciendo poco a poco su discurso.

—¡Acaba de hablar! —Ernesto no estaba para muchas contemplaciones, ya que presentía que la desaparición podría estar relacionada de alguna manera con los crímenes y encontrar a Eusebio se estaba convirtiendo en una prioridad.

—Que mi colaboración se tuviera en cuenta…

—Mira, muchacho —le dijo Carles, que ya veía que el muchacho estaba a punto de cantar—, si nos ayudas, nos olvidaremos de tu participación en el mercado negro, pero si no colaboras, tendrás que responder posiblemente de un asesinato. Tú mismo, puedes escoger.

Evidentemente, ante aquella tesitura, el muchacho no tardó mucho en colaborar. Les explicó que había acompañado un par de veces a Eusebio hasta una casa abandonada en las afueras, en dirección a Riudoms. Era una vieja masía, con un terreno vallado. Rápidamente se puso en marcha el pequeño grupo. Con Felipe como improvisado guía, partieron los dos policías en el vehículo conducido por Hamed. Al llegar a la carretera de Riudoms, giraron por estrechos y polvorientos caminos. No tardaron mucho en llegar a la zona apuntada, las distancias eran cortas en Reus. Pararon el vehículo en un sitio un tanto apartado del lugar de destino. Bajaron de él todos los ocupantes y, en voz baja, acordaron rodear el terreno para evitar que alguien pudiera escapar por la parte de atrás.

Carles, junto a Hamed, fue por la parte trasera, pero observó que resultaba muy difícil escapar por allí ya que el terreno estaba rodeado por un murete sobre el que había una alambrada. Además, un conjunto formado por cipreses poco cuidados rodeaba el lugar y formaba un muro bastante compacto. Acabaron de rodear el terreno y llegaron a la puerta principal, que la formaba una gran valla cerrada con un candado. Hamed fue al coche y volvió con unas tenazas, decisivas para romper la resistencia del mismo.

Una vez dentro del terreno, pudieron observar que distintos tipos de árboles, entre los cuales destacaban algunos pinos y árboles frutales, poblaban el espacio, dejando un amplio camino en el centro, por el que podían pasar los coches. Las huellas de unos neumáticos delataban el paso de diferentes vehículos en aquel terreno. El camino llevaba a un viejo caserón que había servido, seguramente, de residencia de verano en tiempos mejores. Los policías sacaron las armas, pues no podían fiarse de la aparente tranquilidad que reinaba en el lugar. Amagándose tras los árboles, fueron acercándose al edificio, realizando las indicaciones con gestos, sin hablar.

Carles y Ernesto se aproximaron a la puerta, pero observaron que esta estaba cerrada y sería difícil abrirla sin que les delatara el ruido. Carles fue rodeando la casa. Ernesto lo perdió de vista unos instantes, pero al poco apareció para hacerle un gesto con la mano. Había encontrado una ventana entreabierta. Dejaron a Felipe y Hamed en el exterior, preparados para cuando fuera necesario.

Carles saltó con cuidado por la ventana. No fue muy difícil, estaba a un metro y medio del suelo aproximadamente. Dentro reinaba el silencio. Esperó a que Ernesto pasara para poder apoyarse mutuamente, ya que ignoraban lo que podían encontrar allí dentro. La habitación en la que se encontraban

disponía de una cama y una pequeña mesita con una lámpara. Se pararon a escuchar cualquier posible ruido, pero nada interrumpía el sosiego de aquel lugar. La casona parecía desierta y todo se empeñaba en confirmarlo.

Abrieron con cuidado la puerta del dormitorio y pasaron a registrar las diversas salas de la planta baja, abriendo con cuidado cada una de las puertas de las habitaciones. Apenas había pertenencias. «Quien haya estado en esta casa, si es que ha estado alguien, ha recogido los bártulos», pensó Carles.

De repente, algo le llamó la atención. En el suelo de una de las habitaciones se hallaba un objeto de color marrón. Se acercó, se agachó y la cogió. Era una cartera que alguien había perdido. Aquella podía ser una pista interesante. Todavía en silencio, abrieron la ventana para que entrara luz a la estancia y la revisaron. Encontraron documentos a nombre de José Redondo, policía de Barcelona. Revisando la cartera, también encontraron un papel en el cual estaba escrito el nombre de Carles Gil Ferré y la dirección y teléfono de Reus. Al principio, una expresión de sorpresa cruzó el rostro de Carles, expresión que se transformó en otra de comprensión.

—¡Ahora lo entiendo! —susurró a Ernesto—. Fue aquel policía que me interrogó en Barcelona. Apuntó mi dirección. Debió de ser el hombre que mató el legionario.

—Por lo tanto —continuó Ernesto—, es posible que esté o haya estado aquí.

Sin mediar palabra, cargaron las pistolas y continuaron avanzando por la planta baja. Llegaron a un comedor, que ejercía también de distribuidor. Apenas había luz, por lo que Ernesto abrió una ventana de la sala. El sol se esparció por la habitación. Una mesa, unas sillas y una alacena representaban todos los muebles de la estancia. Pudieron ver que al fondo había unas escaleras que llevaban a la planta superior. Desde

fuera, Carles había advertido que la casa disponía de una segunda planta, aunque más pequeña.

Con señales, Ernesto le indicó que él subiría por las escaleras para que Carles le cubriera desde abajo. Antes de subir, el republicano le hizo observar unas gotas que había en el suelo. Las tocó con la mano. Estaban secas.

—Sangre —le susurró. Ernesto afirmó con la cabeza.

El nacional comenzó a subir las escaleras. Pudo observar que en bastantes peldaños había gotas de sangre. Ello generaba una inquietud si cabe mayor. La sospecha se estaba convirtiendo en certeza. Cuando llegó al piso superior le hizo una señal a Carles quien subió sin dejar de mirar hacia arriba. Sabía que, si allí se encontraba el legionario, podían tener problemas El peligro que conllevaba era evidente. Independientemente de que fuera el asesino que buscaban, lo cierto era que ya había matado. La cartera que habían encontrado era prueba de ello.

Una vez arriba, había un descansillo y un pasillo a lo largo del cual había tres puertas. Aquello parecía un juego de azar. El peligro podía encontrarse en cualquier sitio. Ernesto le señaló el suelo: el rastro de sangre llevaba a una habitación, concretamente la segunda. Siguieron la señal, Carles no dudaba ahora de que aquello había sido dejado a propósito por alguien para que entraran en aquella habitación. Lo que ignoraban era la sorpresa que podrían encontrar. Se colocaron cada uno a un lado del umbral con la pistola preparada. La puerta no estaba cerrada del todo. Una rendija de luz salía de la habitación. Ello indicaba que alguna ventana permanecía entreabierta. Ernesto dio una patada a la puerta entrando rápidamente. Carles entró tras él intentando cubrirle. Ambos estaban preparados para luchar contra cualquier adversario que pudieran encontrar. Para lo que no estaban preparados era

para lo que encontraron allí.

Colgando de las vigas de madera del techo, había unas cuerdas que sujetaban un cuerpo, desnudo de cintura para arriba, al cual le habían cortado la cabeza. El torso estaba marcado por numerosas heridas, las más profundas, de forma perpendicular, formaban una aparente cruz. Los brazos se hallaban abiertos. Unas cuerdas atadas a las manos y otras en la axila hacían que el cuerpo del cabo adquiriera una dimensión teatral, emulando un trágico espectáculo. El hecho de que la figura no tocara el suelo producía una distorsión en el cuerpo de aquella persona que recordaba más bien al de un pelele. A los pies del mismo, sobre una cesta, se hallaba la cabeza de Eusebio.

INVESTIGACIONES

Octubre, 1939

Otra vez se le apareció la ciudad destrozada. Se desplazaba por ella en un paseo silencioso. Vio estallar a lo lejos algunas bombas, pero no las oía. Diríase que era incapaz de oír. Vio edificios que se desmoronaban envueltos en una tupida niebla, fruto del polvo que se producía tras los estallidos. En una de las ocasiones cayó al suelo. Se levantó. Estaba cubierto de tierra. Aquel panorama parecía sacado de una novela de terror. Se hacía difícil reconocer el paisaje, por mucho que fuera aquel donde había pasado los años de su juventud.

Llegó hasta la que fuera su casa. Se extrañó de ver la puerta abierta, curiosa preocupación cuando la ciudad se estaba cayendo a trozos. Entró en lo que fue su hogar y no pudo evitar que viejos recuerdos le asaltaran. La emoción que sentía al entrar en aquella morada solo era comparable a la que podía sentir un creyente cuando entra a un templo. Junto a la emoción, la preocupación por saber de los suyos. Tras investigar por la planta baja, un ruido en la planta superior le alertó.

Aunque sabía lo que pasaría, no podía parar el sueño. Comenzó a subir las escaleras y llegó otra vez ante la puerta de sus padres. Al abrirla, los vio, tumbados en la cama,

amortajados, como si esperaran despertar de un momento a otro. Los miró y toda la pena acumulada hasta entonces le generó un nudo en la garganta. No pudo evitar que las lágrimas le resbalaran por la cara. Tomó la mano de su padre, estaba fría. Había vuelto a llegar tarde.

Sabía lo que venía ahora. Un ruido le alertó, como las otras veces. Todavía había más. Abrió la puerta, pero esta vez el escenario cambió. Tras la puerta había un paisaje desértico. No hacía falta que le dijeran donde estaba. Él sabía que era aquel duro y terregoso desierto de las proximidades de Xauen. El hecho de que el paisaje estuviera distorsionado era fruto de la cantidad de drogas que habían consumido. Ahora lo recordaba. No tenía ni idea de cómo había llegado hasta allí. Solo sabía que se habían desplazado en un vehículo desde Xauen y habían llegado a aquel lugar perdido del desierto. El cielo era de un azul increíble. Diríase que en él se hallaba el mismo océano. La tierra parecía brillar de manera especial. Siguieron aquel estrecho camino que se hallaba junto a la ladera del barranco. Javier había dicho que allí había un estanque de aguas cristalinas, pero entonces vieron aquella casa azul fabricada en adobe.

Se despertó de manera sobresaltada. Sudaba copiosamente. Otra vez. Otra vez aquel maldito sueño. Sentía que no podía desprenderse de él. Sin embargo, ahora lo asociaba con su estancia en África. Los recuerdos de aquel maldito día se atravesaban a veces en su nublada mente. En algunas ocasiones, imágenes fugaces le venían a su pensamiento, un paisaje, una muchacha, un cuchillo… Puede que el recuerdo de lo que pasó aquel día en Oviedo le abriera las puertas de otro, anterior, que sabía terrible pero necesario para poder redimirse. Lo sabía. Sabía que era muy duro, pero al mismo tiempo, necesario. Todo tenía su origen en Xauen.

—Otro. Otro maldito muerto —pronunció Ernesto, como una sentencia.

Carles permaneció en silencio, observando cómo el fotógrafo hacía su faena. Tenían que documentar el caso, pues era evidente que Eusebio ahora formaba parte del expediente de los capitanes. Si su ilusión en esta vida había sido ascender o vivir mejor había conseguido lo primero, pero no lo segundo.

Gonzalo y sus muchachos se habían personado más tarde en la vieja masía. Habían sido avisados por Hamed, quien les había indicado el camino. El policía de Barcelona estaba visiblemente enfadado. Consideraba que le correspondía el mérito del descubrimiento, ya que se habían pasado horas entrevistando a los soldados en el Pere Mata. El hecho de que Felipe no estuviera en el cuartel había evitado su interrogatorio por parte de los policías. Un hecho fortuito, como también lo era que Carles y Ernesto hubieran realizado la investigación con un resultado tan rápido.

Allí se hallaban. Todo un nutrido grupo de policías que esperaban pacientemente a que el fotógrafo acabara la sesión. Todos sabían que el destinatario final sería el capitán general, quien se preguntaría qué demonios hacían allí todos aquellos policías que eran incapaces de detener a un loco.

Parecía evidente que había sido el legionario quien había llevado a término el asesinato. Su presencia en Reus parecía segura. Por otro lado, se había encontrado la cartera de José Redondo, aquel policía que anotara sus datos en Barcelona.

Pero, de la misma manera que se aclaraban algunas cosas, nuevas dudas surgían en la mente del republicano. La dificultad de encontrar a un hombre tan buscado solo era explicable desde el hecho de que estaba siendo protegido. Difícilmente se podía esconder mucho tiempo una persona

con aquellos rasgos tan marcados. Llevaba la sentencia en la cara. Si era así, ¿quién tendría interés en esconder al soldado? ¿Lo haría de forma voluntaria u obligada?

Por otro lado, cuanto más observaba el cadáver, más extraño le resultaba. Ya había concebido la posibilidad de hallar muerto a Eusebio; las compañías con las que se relacionaba el cabo no eran esencialmente ejemplares. Pero el hecho de hallarlo asesinado de la misma manera que los capitanes le había desconcertado. Por lo que sabía, el cabo no había estado en África. Aquel castillo de naipes que habían elaborado basándose en una suposición, se desmoronaba por sí mismo. ¿Qué tenía que ver con aquellos hombres asesinados? ¿Por qué Eusebio había seguido el mismo destino que los capitanes? No parecía presentar elementos comunes con ellos.

Estas inquietudes tenían atrapado a Carles y se negaba a creer que todo el proceso de investigación podía quedar anulado o desvirtuado por aquel asesinato. Allí había algo que no acababa de ver con claridad. Salió al exterior dispuesto a despejarse un poco, caminando entre los árboles.

Llegó hasta el vehículo de Hamed. Este se hallaba sentado en el coche, perdido en sus propios pensamientos, con la puerta abierta del coche para que entrara un poco de aire. Lo observó y percibió una mirada perdida y lejana. El moro no lo había visto. Debía de andar desorientado en un sinfín de pensamientos. Pensó, con ironía, que una fatalidad similar unía los destinos de los tres hombres. Todos habían perdido, de una u otra forma, a sus respectivas mujeres. La desgracia los había unido, como aquellos lazos invisibles de los que hablara Josefa.

De repente, algo le hizo reflexionar. Había recordado la historia de Hamed. Pensó que era el único que había visto cómo aquel loco de Udad ejecutaba a aquellos que le

traicionaban.

—¡Hamed! —le llamó. El aludido dio un salto en el interior del coche, volviendo de un mundo en el que se hallaba perdido.

—¿Sí?

—Quisiera que vieras el cadáver.

Los dos hombres entraron de nuevo al edificio. Cuando subieron arriba, Carles no pudo evitar ver la mirada de desprecio que le dirigió Gonzalo.

—¿Qué hace ese aquí? —le preguntó.

—Más de lo que haces tú —le respondió Carles.

Gonzalo dio un paso hacia delante, dispuesto a estamparle un puñetazo en la cara del republicano. Sin embargo, la mirada represora de Ernesto le impidió seguir adelante.

—¿Qué quieres hacer? —le preguntó Ernesto.

—Quiero que vea el cadáver. Él es el único que ha visto un hombre asesinado por Udad. Quiero saber si la posición del cuerpo es similar al rito desarrollado en el aduar.

En aquel momento salía el fotógrafo. Ya había acabado su trabajo. Ernesto afirmó con la cabeza y pasaron a la habitación. Desde el umbral contemplaron la escena. No necesitaron preguntar nada a Hamed, pues su rostro se tornó pálido y ceniciento. Salió de la habitación y bajó las escaleras rápidamente, apartando a cuantos se encontraban a su paso.

—¿Qué le pasa al moro? —Evidentemente, Gonzalo tenía ganas de provocar—. ¿No es capaz de aguantar un asesinato?

—Y a ti, ¿qué te pasa? —le dijo Carles mientras salía tras Hamed—. ¿Te diste un golpe al nacer o has salido a tu padre?

—¡Maldito comunista!

Pero ya Carles no le escuchaba. Había bajado las escaleras tras el rifeño. Lo encontró tras un árbol, cerca del coche. Estaba vomitando. Si buscaba alguna confirmación de la

similitud entre los asesinatos de los capitanes y los del aduar, ya la tenía. Esperó a cierta distancia. Al poco rato, ya parecía más recuperado.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó.

Hamed afirmó con la cabeza. Observó que había llorado. Evidentemente, la impresión había sido muy fuerte.

—¿Qué me puedes decir? —le preguntó.

—¡Udad! —Fue toda su respuesta.

Carles se hallaba en el salón de la casa que habían convertido temporalmente en su hogar. Habían pasado dos días desde que encontraran el cadáver. Estaba recordando todo el proceso que habían seguido desde aquel momento. Habían pasado horas en la vieja masía revisando cualquier pista. Allí encontraron prendas de ropa aparentemente inservibles, pertenecientes tal vez al legionario. Todo resultaba muy frío y aséptico. Para el policía aquello resultaba extraño, pues no coincidía con el carácter del individuo con el que había hablado por teléfono: imprevisible y poco organizado.

Por otro lado, habían localizado al dueño del caserón, un maduro abogado de Barcelona quien les había comunicado que hacía meses que no se acercaba a su propiedad de Reus. Antaño la había disfrutado, en verano básicamente, pero tras la muerte de su mujer apenas iba. Los vecinos más próximos, visitantes temporales de terrenos colindantes, comentaron que apenas habían visto a nadie. Una vez les enseñaron las fotos, reconocieron haber visto un par de veces al cabo, pero ya se sabía que donde andaba el ejército metido, mandaba la discreción. Allí se acababa el hilo que había comenzado con la muerte de Eusebio. Otro camino y, de nuevo, otra frustración. Este asesino parecía muy inteligente y no dejaba cabos sueltos.

De repente, sonó el teléfono en aquella casa. Ernesto, que también se hallaba en la sala, saltó como un resorte a cogerlo.

Carles permaneció atento.

Algo en la mirada de Ernesto le dio a entender que no era lo que esperaban, pues el desconcierto suplió a la inquietud. Después de escuchar durante unos instantes, le dijo a Carles que se levantara.

—Es para ti. Se trata de un hombre que dice que tiene una carta de tu padre.

EL JURAMENTO

Julio, 1924

Estaba agotado. Había sido un día duro. Aquel día habían estado realizando la continuación de un camino en el cual llevaban meses trabajando. Resultaba un camino agreste y bastante rocoso, lo cual dificultaba el trabajo. Martí ignoraba si aquella construcción era necesaria o, simplemente, se trataba de idear un nuevo castigo. Los rifeños, acostumbrados a las asperezas del terreno, apenas hacían uso de él.

Martí se resentía de los golpes que había recibido, hacía más de un año, cuando se interpuso entre Julià y la muerte. Recordó aquellos momentos en que creyó que todo estaba perdido. Una vez que supo que él no iba a recibir el castigo, pensó que la única posibilidad de salvar la vida a su amigo pasaba por poner en peligro la suya propia. Se instauró un silencio sepulcral ante su inaudita actuación. La sorpresa fue generalizada. En el momento en que el rifeño se disponía a descargar el machete sobre su cabeza, un fuerte y grave grito le hizo desistir de su intención. Udad mandó parar la ejecución. Tras lo cual, hizo atar a Martí en el árbol, ofreciendo la espalda desnuda a los miembros del aduar. Fue golpeado de forma continua y sistemática con varas por dos hombres. Cuando el jefe decidió poner fin al castigo, ya había perdido el

conocimiento.

Dolorido, se mantuvo entre la vida y la muerte durante varios días. Debía de tener una fuerza superior a la que imaginaba porque sobrevivió a aquella dura prueba. Gracias a aquel acto, sus amigos pudieron salvar su vida. Tras la paliza, los encerraron y parecieron desistir de la idea de ejecutarlos.

Sin embargo, algo cambió en su relación con el jefe del poblado. Hasta entonces no había sido buena, pero parecía admitirle con cierta tolerancia. A partir de aquel momento, dejó de tener privilegios y lo pusieron a realizar las mismas duras faenas que sus compañeros. Aquello no le importaba mucho, aunque todavía le intrigaba el hecho de que le hubieran perdonado la vida.

—No engañarte —le dijo un día Idir, con el cual seguía manteniendo cierta relación, fruto de sus experiencias pasadas —. Udad perdonarte porque prometer a Ameqran.

—¿Cómo lo sabes?

—Idir oír hablar a Udad con otros hombres. Decir que realizar promesa a Ameqran de que tú vivir.

—¿Así que no tengo de qué preocuparme? —dijo Martí, mientras se sentía la espalda dolorida.

—Mejor tú preocuparte, porque ser promesa realizada a Ameqran y yo saber que jefe Ameqran estar malo.

—¿—Muy mal? —preguntó con cierta pena el sanitario.

—Sí. Muy mal. Su hijo enviar hombre para pedir médico blanco, pero Udad decir que médico estar mal, muy mal.

—Eso quiere decir…

—Que cuando Ameqran morir, tú… —Hizo un gesto llevándose el dedo a la garganta, simulando un cuchillo cortándola.

Martí transmitió aquellos comentarios a sus compañeros de presidio, lo cual no hizo sino fortalecer la idea de la fuga.

La intención de dirigirse al oeste cada vez era más aceptada por los demás ante el lento avance de los españoles en la reconquista del territorio. La dificultad estaba en que sus guardianes no les quitaban ojo de encima. Los momentos más agradecidos de la jornada eran aquellos en que, de noche, recordaban momentos pasados y cosas que realizarían una vez estuvieran en libertad.

—No sé —decía Alfredo—. La verdad es que no sé por dónde empezaría. Creo que, cuando volviera, lo primero que haría sería coger del cuello a aquel abogado sinvergüenza y lanzarlo de cabeza al río.

—Asegúrate de que no sepa nadar —le decía Julià—, un abogado tiene siete vidas.

—La verdad es que me gustaría que todo fuera como antes de mi marcha. Le diría a mi padre si ya estaba satisfecho con el hecho de que su hijo se haya pasado varios años en prisión, si creía que eso valía la pena.

—Dudo mucho que tu padre, ante las dificultades actuales, piense igual que entonces. La vida va colocando delante de nosotros las prioridades del momento a medida que avanza —le contestó Julià.

Un silencio se estableció en aquella habitación, roto por Martí.

—¿Y tú, Julià? —le preguntó—. ¿Qué harías tú si volvieras a casa?

—Yo… —comenzó el aludido—. Intentaría retomar mi vida. Sin embargo, a veces veo tantos inconvenientes… Ya han pasado seis años desde que vine a África. Ni en mis peores pesadillas creí que tardaría tanto en volver. No sé si podré reconstruir todo lo que dejé. Mi hijo cumplirá once años. No sabrá quién soy yo, seré un desconocido para él.

—Pero ¿qué te gustaría hacer cuando vuelvas?

—Creo que buscaría al dueño de la fábrica y me lo cargaría. Por su culpa estoy en esta prisión de mierda, por él y otros como él.

—¿Te lo cargarías? ¿Lo matarías? ¿Serías capaz? —preguntó un Martí sorprendido.

—¡Martí! ¡Date cuenta! —le contestó Julià—. Él y otros como él son responsables de esta guerra tan estúpida. ¡Han muerto miles de hombres para que ellos puedan llenar sus panzas de buena comida y bañarse en oro! ¡Él y los de su clase son directamente responsables de la muerte de esos hombres y de nuestra situación!

Julià permaneció unos instantes en silencio. Después continuó hablando.

—Por otro lado, me gustaría ver crecer a mi hijo. Darle los estudios que yo no tuve para que el día de mañana no sea una marioneta en manos de hombres poderosos e interesados.

Aquello hizo pensar a los prisioneros, quienes permanecieron en silencio un buen rato.

—¿Y tú? ¿Has pensado qué harías tú? —Incidió ahora Julià.

—Yo… No sé. La verdad es que antes de venir a Marruecos estaba un tanto perdido y creo que lo sigo estando. Nada me espera a mi regreso; por lo tanto, no sé realmente qué haría. Ni siquiera sé si regresaría. Creo que lo más interesante que me ha pasado ha tenido lugar aquí —dijo, recordando las veces que Saida se le aparecía en sus pensamientos—. Afortunadamente, no tengo ninguna ofensa que vengar.

—Propongo una cosa —dijo Alfredo, un tanto excitado —, propongo que aquellos que logren volver a España cumplan el deseo de aquel que no pueda volver.

—¿Cómo puedes decir eso? —le preguntó Martí—.

¡Claro que volveremos!

—¡Los tres! —Remató Julià.

—No sé, a veces pienso que no volveremos. Por eso lo digo. No quiero ser pesimista, pero, si alguno no consiguiera volver, sería como si siguiera viviendo, pues sus deseos no morirían con él.

—¡Estoy de acuerdo! —dijo Julià.

—Bien, si es así, hagamos una promesa.

Los tres hombres juntaron las manos en la oscuridad de la vivienda. Fue en aquella calurosa noche de julio cuando realizaron una promesa que unía los destinos de tres personas, de tres desesperados prisioneros que se sabían perdidos en medio de la nada. En cierta manera, aquel juramento representaba un intento desesperado de creer que podían tener un futuro.

No hizo falta esperar mucho para saber que su seguridad se veía amenazada. Al cabo de una semana, Idir se acercó a Martí y le dijo, casi en un susurro:

—Ayer venir un hombre de Beni Ulisex.

El sanitario puso toda la atención. Sabía que, a continuación, dejaría caer su sentencia.

—Ameqran morir semana pasada.

Su tiempo se había acabado.

CONEXIONES

Octubre, 1939

Una señal al borde de la carretera indicaba un camino que conducía a Peñíscola, pero el Fiat Hispania 514 siguió adelante sin desviarse. Carles recordó que el pueblo disponía de un castillo construido por los templarios, orden mítica donde las haya. Las causas de la desaparición de la orden del temple se encontraban tanto en su enorme poder y prestigio como en sus considerables riquezas, codiciadas por el rey de Francia. Tras su desaparición, parte de las posesiones de la orden templaría fueron adjudicadas a la orden de Montesa. Esta se hizo cargo del castillo de Peñíscola, fortaleza que fue usada por el papa Luna para vivir sus últimos años.

«Resultan curiosas las asociaciones que se establecían a partir de un nombre», pensó Carles. En aquel momento se dirigían a Valencia, donde pensaba entrevistarse con la mujer de Alejandro Cortés, el capitán republicano asesinado en la batalla de Teruel. En un principio, Ernesto no era partidario de que se realizara el viaje, pero Carles insistió en ello. Le hizo ver todas aquellas inquietudes que le habían asaltado desde el momento en que descubrieron el cadáver de Eusebio.

—Eusebio no estuvo en África, no estuvo en aquel periodo crítico —argumentaba Carles—. Difícilmente podía

conocer a los asesinados. Solamente tuvo relación, que sepamos, con el capitán Pedro García.

—¿Entonces por qué lo mataron? —preguntó Ernesto—. Y, más concretamente, ¿por qué lo mataron de esa manera?

—No lo sé. El asesino debe de saber que lo seguimos. Quizás quiera hacernos saber que sigue en Reus. Necesitamos buscar más información, descubrir si Alejandro Cortés conocía a los hombres que han muerto. Puede que allí encontremos alguna pista interesante.

Finalmente, Ernesto accedió. Aunque pendiente de la captura del legionario, tenía que quedarse por si se presentaban novedades relativas al caso o alguna pista que pudieran seguir. Carles le prometió hacer un viaje rápido, dado que podrían volver el mismo día. Como condición, Ernesto estableció que lo acompañase David Castaño, uno de los hombres de Gonzalo, probablemente el más joven y, a su vez, el menos fanfarrón de los cuatro. El republicano supuso que lo había nombrado para evitar un choque de caracteres como los que había tenido con Gonzalo. Lo que no tenía tan claro era si David ejercería de acompañante o de controlador.

Por otro lado, la urgencia del viaje estaba marcada por la carta de su padre, de la cual le habían informado vía telefónica. Todavía estaba un tanto conmocionado por la noticia. Se había puesto al teléfono y, en un primer momento, le había costado discernir de qué estaba hablando su interlocutor. Cuando pudo mantener normalizado su ritmo cardíaco y prestar atención a los estímulos sonoros que llegaban por el aparato, pudo entender que el hombre llamado Vicente se había encontrado con su padre, de manera accidental, en el tortuoso viaje hacia Melilla tras el desastre de Annual. El fantasma de su progenitor todavía se hacía presente, dieciocho años después.

El plan que habían elaborado consistía en encontrarse con la viuda del capitán a media mañana. Por la tarde podrían volver, haciendo una parada en Castellón, para recoger la carta y saber algo más de su padre. Las evidencias de que él no había caído en el puesto de Annual, como había creído a lo largo de su vida, se iban confirmando.

Habían salido temprano y, a las doce del mediodía, Carles y David ya se hallaban sentados en sendas sillas de la salita del piso de doña Marina Villa, la viuda de Alejandro Cortés. El piso, situado en la zona del Ensanche, tenía vistas a la plaza de toros, una estructura neoclásica construida por Sebastián Monleón.

—¿Desean tomar algo? —preguntó la mujer. Su cara, surcada por arrugas, mostraba el sufrimiento padecido.

—¡No, gracias! —le dijo Carles.

—Verá, esto para mí resulta muy…

—Violento —continuó Carles, quien había avisado a David de que le dejara llevar el peso del interrogatorio.

—En efecto. Tendrán que entender que mi marido partió para la guerra y volvió…

No pudo continuar. Unos sollozos interrumpieron su exposición. Sacó un pañuelo de la manga de la camisa negra que llevaba y se enjugó las lágrimas.

—Sabemos lo duro que resulta para usted, pero andamos tras el asesino y cualquier cosa que nos diga puede ser vital para atraparlo.

—Pero me dijeron que ya lo habían cogido. Es más, lo habían fusilado.

—En efecto. Se fusiló a un hombre por su asesinato y, según nos dijeron, es probable que fuera él, pero se han producido otros asesinatos similares y ello nos hace pensar que el hombre que seguimos puede ser el mismo asesino u otro

que lo está imitando. Por ello resulta importante saber todos los detalles.

—Lo entiendo —dijo, con evidente resignación—. Mi marido era militar y entiendo el sentido del deber y de la disciplina. Puede usted preguntar.

—Podemos comenzar por lo que le dijeron respecto a la muerte de su marido.

Ella se mantuvo un momento en silencio. Carles supuso que debía coger fuerzas ante un tema que le afectaba tanto.

—Murió un 31 de diciembre. No llegó a ver el año nuevo. Resulta curioso, ¡con lo que le gustaba la Navidad! Decía que eran unas fiestas para vivirlas en familia. ¡Qué ironía! Recuerdo que, a primeros de enero, me llegó lo que tanto temía: la notificación de su muerte. Lo que no me podía imaginar, de ninguna manera, es que hubiera sido asesinado. ¿Quién podría querer matarlo? Alejandro era una buena persona.

Carles la dejó que divagara. Sabía que acabaría centrándose en aquello que les interesaba. A pesar de los sufrimientos padecidos, Marina parecía una persona bastante inteligente. Su aspecto era elegante y atractivo. Las canas comenzaban a hacer mella en su cabello; sin embargo, ello le confería un aspecto solemne y firme. Sus ojos vivarachos mostraban un carácter sagaz.

—¿Qué le anunciaba aquel comunicado? —preguntó Carles.

—Supongo que lo que dicen a todas las mujeres, amantes o madres de los soldados. Aquello de «muerto en acto de servicio. De valentía demostrada, etc.». Me explicó cuales habían sido las causas de su muerte. Comprenderá que, a mi

pena, se añadiera la aflicción por las circunstancias en que esta se desarrolló.

—Lo entiendo.

—Fue horrible saber lo que habían hecho con Alejandro. ¿Se puede ser más cruel? ¿No basta con quitar la vida a una persona? Perdone.

—¡No! No se preocupe. Tómese su tiempo.

—Gracias —dijo con una mirada agradecida, mientras le brillaban los ojos—. Es curioso cómo el tiempo lo desvanece todo y de una persona solo te quedan los recuerdos, y a veces ni eso…

—¿Le desaparecieron cosas de su marido? —preguntó extrañado Carles.

—No, me enviaron todas sus cosas. Sin embargo, no recibí aquello que más quería.

—¿Y era?

—Una foto que teníamos de nuestra boda. Yo le decía que así recordaría aquellos momentos en que habíamos sido tan felices, pero aquella felicidad duró tan poco… —dijo, evocando con nostalgia aquellos tiempos—. Pronto empezó la guerra. Él se mostró partidario de la república. Decía que era el gobierno legítimo —les dijo, mirándolos a los ojos.

—No se preocupe, siga —dijo Carles, ignorando la mirada de reproche de David—. Así que, ¿no encontró esa foto?

—No y, sin embargo, si algo me hacía ilusión era tenerla. Al dorso estaban escritos nuestros nombres junto a la fecha de la boda.

El policía recordó que el cartero había comentado la insistencia del supuesto asesino en enviar una carta, probablemente una fotografía. Podría darse el caso de que esa fuera la fotografía enviada.

—¿Sabe si su marido conocía a un muchacho español de

madre marroquí que se llamaba Miguel?

—No, lo desconozco. No conocemos a ningún Miguel cuya madre sea de Marruecos.

—Y en su estancia en África, ¿tampoco le habló su marido de ningún Miguel?

—No, tampoco. ¿Quién es ese Miguel?

—El supuesto asesino de su marido.

Ella se quedó en silencio, intentando procesar la información, pero finalmente negó con la cabeza.

—No, no conozco a ningún Miguel.

—Bien, ¿conoció a su marido cuando estaba destinado en África?

—La verdad es que, cuando lo conocí, ya no estaba destinado en África. Él quería venir a Valencia y consiguió el traslado.

—¿Le habló de su estancia en África?

—A veces hablaba de su estancia en Marruecos, pero no le gustaba mucho hacerlo.

—¿Sabe usted por qué?

—Tenía amigos que murieron en Annual. Para él fue un disgusto.

—¿Le mencionó a algún amigo de esa época?

—No veo qué relación tiene con su asesinato. Ya le digo que apenas hablaba del tema. Pero, si mal no recuerdo, creo que un amigo suyo se llamaba Martí. A veces lo mencionaba. Me parece que era médico.

Un rubor recorrió el rostro de Carles quien, sospechando que habían tocado una tecla importante del caso, sacó la fotografía que había recogido de la casa de Paco Zárate en Caspe, aquella en que se veía a seis soldados sonriendo ante un futuro tan incierto como su propia vida.

—¿Sabe usted si su marido está en esta foto? —le

preguntó el policía.

—¡Caramba, yo tengo una foto igual! Mi marido es el segundo comenzando por la derecha.

—¿Conoce a alguien más de la foto?

—Sí, a uno. Este que está junto a él es el chico que murió en Annual. Se llamaba Martí.

—¿Recuerda su apellido? —preguntó con gran excitación, aunque ya comenzaba a intuir la respuesta.

—Creo que era Salvat, Martí Salvat.

Ahora ya se había producido la confirmación de aquello que Carles sospechaba. El Martí de la imagen correspondía al mismo que había escrito el diario y que, probablemente, había curado a Hamed en el aduar. Por lo tanto, hablaba de una persona que había estado prisionero junto a su padre. Las conexiones se estaban realizando. Se trataba de continuar estableciéndolas.

—¿Le habló alguna vez de Xauen?

—Me suena el nombre de Xauen. Es una ciudad en la que estuvieron. Sé que tomaron parte en la conquista de la ciudad. Cuando hablaba de ella, me explicaba que era maravillosa. La ciudad azul, decía, Allí podías ver los misterios que habían tenido ocultos los musulmanes a los occidentales. ¿Sabía usted que en Xauen había descendientes de los moros españoles expulsados por los Reyes Católicos?

—No, no lo sabía, pero… ¿Nunca manifestó contrariedad al hablar de Xauen?

—¿Cómo lo sabe? —le preguntó ella, sorprendida—. Supongo que forma parte de su trabajo averiguar esas cosas.

—Supongo que sí.

—Él solía ser una persona amable y tranquila. Sin embargo, a veces, sobre todo cuando hablaba de la caída de Xauen, dejaba de serlo. Se producía una transformación. Yo

veía que se le iba la cabeza, seguramente perdida en algunas atrocidades que había tenido que presenciar.

—¿Entonces le explicó alguna cosa?

—No, era muy reservado. No solía explicar nada. Solo me decía: «Fue tan terrible». A veces, las lágrimas se le saltaban de los ojos. Entonces yo le cogía la mano e intentaba animarlo, le decía que olvidara aquello.

—Pero ¿nunca le explicó qué fue aquello tan terrible?

—No, nunca me lo explicó. Solo sé que cuando pudo pedir el traslado, lo hizo. Estaba agobiado. Ahora recuerdo que un día que paseábamos por el centro vio, a lo lejos, a un oficial.

—¿Un oficial? ¿Qué tiene eso que ver con aquello terrible que mencionó?

—No lo sé, creo que había tenido problemas con él.

—¿Con un oficial? —preguntó Carles. Aquella información resultaba novedosa.

—Bueno, creo que era un sargento cuando estaba en Marruecos. Ahora había ascendido, pero a Alejandro no le hizo ninguna gracia verlo. Su cara cambió de repente. Parecía enfurecido. No sé… Me sorprendió bastante. De todas maneras, aquel hombre no nos vio. Luego me dijo que le traía muy malos recuerdos y ya no quiso hablar más de él.

—¿Sabe cómo se llamaba?

—No, nunca me lo dijo. Me parece que era un hombre bastante violento, pero usted ya sabe que en África la vida resultaba muy dura, sobre todo teniendo en cuenta con quién te tenías que batir. Un día me explicó una historia sobre ese hombre que él mismo les había contado. Al parecer, años antes, habían matado una serpiente y apostaron sobre si alguien sería capaz, de comérsela. El sargento dijo que se la comería entera. Le cortó la cabeza, le quitó la piel y se la

comió asada. Cuando acabó, los hombres dijeron que no había ganado la apuesta, pues no había comido la cabeza. Él insistió en que sí y se cobró la apuesta. Al día siguiente, había sopa para comer. Cuando el sargento fue a comer, se encontró la cabeza de la serpiente en medio del plato. Los hombres se rieron, imagínese usted.

—¿Cómo se llamaba ese sargento? —preguntó Carles, al ver que las conexiones se multiplicaban como en una red.

—Creo que utilizaban un apodo con él. Me parece que desde entonces lo llamaban Cabeza de serpiente.

Todavía resonaban en los oídos de Carles las palabras de Marina mientras se dirigían a Castellón, concretamente al barrio del Grau, junto al puerto: «Lo llamaban cabeza de serpiente». Allí había quedado con Vicente Ortiz, el hombre que aseguraba que tenía una carta de su padre. Al salir del piso de la viuda, le había dicho a David que no dijera nada del caso. No quería alertar a Hamed, pues todavía no tenía claro a quién inculpaba aquello y no quería que Gonzalo tuviera acceso a una información que podía comprometer a su padre. Ahora tenía la constatación de que aquellos soldados que Martí Salvat mencionaba en su diario eran los hombres que iban cayendo bajo la guadaña de la muerte. Por otra parte, a aquellos militares los mandaba un oficial que, casualmente, también estaba implicado en la compraventa de armas en el aduar de Hamed y era responsable indirecto de la muerte de su mujer y su hijo. Un hombre al cual Hamed había prometido matar. Aquella investigación se iba cerrando en un círculo, cada vez más pequeño, atrapando en él a un nutrido grupo de personas extrañamente relacionadas.

Llegaron al barrio del Grau y pronto encontraron el piso

de Vicente Ortiz, un hombre que entraba en la cuarentena. Se sentaron en una terraza que tenía en su piso, frente al mar. Su mujer, Mercedes, les había preparado un café. Los viajeros habían comido en una taberna del puerto.

—Desde que volví de África, me prometí que el piso que comprara tendría vistas al mar. ¡Cómo lo eché de menos en Marruecos!

—Parece que le ha ido bien —le comentó Carles.

—Me gano la vida en un taller mecánico. No me puedo quejar. ¿Así que eres el hijo de Julià?

—Así es. ¡El mismo!

—Cuánto me alegro de verte. Si no fuera por tu padre, yo no estaría aquí. Él me salvó la vida.

—¿Puede explicarme las circunstancias de su encuentro?

—La verdad es que yo iba bastante perdido. Quedé herido en el paso del Igan y deambulaba, como tantos otros, en mi camino hacia Melilla. En un barranco oí un susurro. Era tu padre, que me decía que me tirara al suelo. Yo no lo entendía. Entonces, un moro que permanecía oculto me disparó. Ni que decir tiene que me tiré y me hice el muerto. Cuando el moro se acercó a comprobar si lo estábamos, tu padre lo remató. Lo tiró al suelo y le clavó un cuchillo. La verdad es que yo ya me veía cadáver.

—¿Qué hicieron después?

—Yo le dije que me guardara una carta y la enviara a mi familia por si no volvía. Él, en cambio, me dijo que no había escrito ninguna. Yo tenía papel, pero no pluma. Él no dudó ni un momento y se hizo un corte en el brazo.

—¿Un corte?

—En efecto. Le pregunté por qué lo había hecho. Me dijo que no tenía tinta y quería que su hijo supiera que había escrito la carta con su propia sangre.

Carles se emocionó al oír aquello. Vicente sacó una hoja de una carpeta. En ella había escrito un texto de difícil lectura. El sudor y la humedad habían corrido el líquido, en este caso la sangre.

—Resulta difícil de leer —dijo Carles.

—Lo sé, pero aquí tengo otra hoja donde está escrito el texto con una pluma. Lo hice cuando pude llegar a Melilla. Vi que ya resultaba difícil de leer y me puse manos a la obra. El problema es que la dirección quedó totalmente borrosa. No se podía leer. Por eso no pude enviar la carta como prometí.

—¿Cómo me ha podido localizar ahora?

—De casualidad. A veces hago viajes por Tarragona y Reus. Cosas del negocio. En uno de esos viajes, compré el diario español. De hecho, no lo leí hasta hace un par de días y me sorprendí con una noticia en que hablaban de Carles Gil como de un policía que había sido atacado en Reus. Pregunté por ti a la policía de la ciudad y te localizaron.

Carles leyó la carta y unas lágrimas corrieron por su mejilla. Ahora sabía que su padre había salvado la vida de aquel hombre, un hombre que parecía feliz junto a su mujer. Aquel hombre había podido continuar su vida, cosa que no podía decir de su progenitor.

—¿Cómo fue que se separaron?

—Pasamos por un tramo peligroso. Nos tuvimos que separar. Decidimos que uno iría más adelantado que el otro. Lo echamos a suertes y fue tu padre a quien le tocó ir delante. Poco después fue capturado por unos rifeños. Nunca más lo volví a ver. Por eso me alegré al saber que había vuelto.

—¿Qué quiere decir? —dijo Carles, alarmado ante lo que acababa de oír—. ¿Le ha visto?

—¿No? ¿No ha vuelto?

—No lo vi desde que marchó a África.

—Lo siento. Yo pensé que había vuelto, porque hace un par de años recibí la carta que yo escribí en África.

—¿La recibió?

—Sí, lo más extraño es que habíamos cambiado de dirección. Yo no vivía en la dirección que puse hace dieciocho años. Era la dirección de mi padre.

—Entonces, ¿cómo le llegó la carta?

—Espera, la tengo aquí —dijo, sacándola de la carpeta—. Se encontraba metida en un sobre. Este sobre que tiene unos dibujos.

Y, ante el asombro de Carles, pudo ver la carta dentro de un sobre, en el cual había un dibujo que consistía en un castillo y un caballo rampante.

FANTASMAS

Octubre, 1939

Querida Anna

Sé que ahora te preguntarás por qué tuve que marchar, por qué os abandoné. Quiero que sepas que no os abandoné, que no había otra cosa que quisiera más que estar contigo y ver crecer a Carles y hacerse todo un hombre. Ese fue todo mi sueño, pero el destino se ha empeñado en torcer el camino. Ahora me encuentro en Marruecos, intentando escapar de este infierno. Haré todo lo posible por volver junto a vosotros, lo primero y lo último en mi vida. Si no he vuelto, pensad que mi último pensamiento ha sido para vosotros. Os quiero.

Julià Gil

Más que una carta aquello era una breve biografía. No era extraño, en las circunstancias en que se escribió. Carles se

limpió la cara con el dorso de la mano. Había llorado, no había podido evitarlo. Las emociones le dominaban desde que se había hecho cargo del caso, pues los cabos sueltos que había ido encontrando a lo largo de su vida se habían ido conectando formando un mapa bastante preciso de la situación de su padre en el frente de Annual.

Miraba una y otra vez la carta original y la comparaba con la copia que había realizado Vicente. Algunas palabras resultaban de difícil identificación. Supuso que el contenido se había salvado gracias a la rápida intervención que había hecho, escribiéndola de nuevo en otra hoja, cosa que era de agradecer. Lo que no se había podido salvar era la dirección. Ello explicaba que no hubiera podido ser entregada en su destino original. Volvió a pensar en su madre. ¡Cuánto daría ella por leer esas líneas! Compensaría de alguna manera su larga ausencia. Pensó que, cuando acabara el caso, investigaría qué fue lo que pasó con ella. Ahora se hallaba inmerso en la resolución de los crímenes. Por el resultado de la misiva estaba claro que, finalmente, no había podido volver.

Recordando las palabras de Vicente y, a medida que se iba adentrando en la investigación, había descubierto cómo, por dos veces, su padre se había jugado el destino al azar y las dos veces le había salido cruz. Realmente, no había sido muy afortunado con las cartas que le habían tocado.

Cuando volvieron de Valencia, Carles habló a solas con Ernesto para informarle de los resultados del viaje. Ya disponían del nombre de todas las personas de la fotografía. Al parecer, todos estaban muertos excepto Sergio, el legionario. Ello manifestaba un patrón de conducta o de actuación. Todas aquellas personas habían coincidido en África, en abril de 1919, como había podido comprobar Carles en otra fotografía idéntica que le mostró Marina Villa.

En el dorso de la misma, ponía: «Melilla, abril de 1919». Por lo menos, habían podido situar en el tiempo y en el espacio al grupo de amigos.

Otra cosa que le llamó mucho la atención a Ernesto, como era de esperar, fue que el oficial que los dirigiera, cuando algunos de ellos estuvieron en la Yebala, fuera un sargento al que llamaban Cabeza de serpiente. Sabían que Alejandro y, probablemente Paco, habían estado allí bajo las órdenes de aquel hombre. Recordó las palabras de la mujer de Paco: «Tuvo problemas con un oficial». Supusieron que se trataba del mismo hombre que buscaba Hamed. Ernesto decidió hablar con él una vez hubo marchado David, el policía que le había acompañado a Valencia y que, como era de esperar, había corroborado la versión de Carles.

—Hamed —comenzó Ernesto—, tú hablaste de un hombre del cual dices que quieres vengarte, un hombre conocido con el sobrenombre de Cabeza de serpiente. —Hamed se puso rígido al oír aquel nombre—. ¿Qué sabes de aquel hombre?

—¿Por qué quieres saber de Cabeza de serpiente? ¿Haber oído algo de él?

—Creemos que ese hombre podría estar relacionado con los capitanes asesinados —comentó Carles—. Por eso queremos que nos digas lo que sabes de él.

Aquella noticia pareció hacer estragos en Hamed quien, probablemente en ese momento, comenzaba a vislumbrar la posibilidad de cumplir su promesa.

—Yo no sabe mucho. Hamed sabe que ese hombre estar en Al Hoceima en misma época que Udad ha estado en cárcel. Ellos han sido amigos. Cabeza de serpiente ha sido soldado español y convence Udad de tomar el poder y de comprar armas. Él vender muchas armas al aduar. Él es

responsable de que Udad ser jefe de aduar. También dice que, para ser jefe, no puede quedar vivo niño de Hamed. Eso cuentan amigos de Hamed. Por eso yo tengo que matar ese hombre.

—Pero tú, ¿nunca le has visto? —preguntó Carles—. ¿No sabes qué aspecto tiene?

—No, Hamed no sabe. Yo saber que estar en poblado cuando yo estar prisionero. Pero yo no he visto.

En aquel momento, Carles sacó la fotografía de los soldados y se la enseñó a Hamed.

—Hamed, ¿conoces a alguno de estos hombres? —le preguntó.

Hamed miró con atención la imagen. Al final, una luz se le iluminó y sus ojos emitieron un ligero brillo.

—Hamed conocer a Martí, el médico del aduar —dijo señalando a Martí Salvat.

—¿El médico del aduar? —preguntó Ernesto extrañado.

—Sí, luego te lo explico —le dijo Carlos, extrañando todavía más a Ernesto—. ¿Has vuelto a ver alguna vez más a Martí?

—No, Hamed no ver. Solo saber que prisioneros escapar y luchar con Udad. Pero no saber si vivir o morir.

Cuando Hamed se marchó, pues no podía aportar más información a la ya dada, Carles se dedicó a explicar a Ernesto lo que le había comentado el rifeño sobre los prisioneros, sin decir que uno de ellos era su padre. Pensó que aquello no tenía por qué saberlo su compañero. Ernesto se disgustó.

—¿Hay algo más que no sepa y que me tengas que decir? —preguntó, visiblemente enfadado—. Somos un equipo y la información la debemos conocer los dos.

—La verdad es que ya te lo he dicho todo —mintió Carles, pensando que no podía hacer otra cosa.

Finalmente, Ernesto se avino a preguntarle por la carta. Carles le explicó brevemente la conversación que había tenido con Vicente.

—¿Así que tu padre fue hecho prisionero?

—Sí, pero no supimos nunca nada más de él. Me temo que no sobreviviera.

Carles se marchó un tanto precipitadamente de la sala. Ernesto estaba desconcertado, pues no sabía si ello era debido a la emoción del hecho en sí o a que no quería hablar de ello. Respetó su decisión. Lo cierto es que Carles temía que su compañero comenzara a establecer relaciones entre su padre y los prisioneros del aduar de Hamed.

Una vez en la habitación, miró fijamente la imagen que representaba a los seis soldados, intentando ponerse en su lugar. La mayoría presentaban una mirada alegre y confiada. Probablemente era Sergio quien parecía más serio. Su aspecto parecía ocultar, probablemente, un pasado tormentoso. El policía pensó que, ahora que conocía la historia del legionario, resultaba fácil dilucidarlo. Finalmente, se fijó en el hombre que había estado prisionero en el aduar de Hamed, Martí Salvat, un hombre del cual guardaba el diario. Lo observó atentamente. Pensaba que aquel hombre había sido prisionero de los moros, junto a su padre. Al parecer, trataron de escapar, intentando recuperar su mundo, como había leído en la misiva. No sabía si lo consiguieron. Aquel rostro parecía querer decirle algo, como si intentara lanzar un mensaje a través del tiempo. Una cierta luz parecía abrirse paso en su mente, pero las brumas del pensamiento le impedían el acceso.

Carles quemaba el mensaje que había recibido, de manera

imprevista, como todos los demás. Se hallaba en la vivienda donde se habían encontrado el primer día. Había acudido a la cita que le diera Rick en aquella noche sin luna. La había recibido por parte de un camarero en un céntrico bar de Reus, al que había acudido para poder estar a solas con sus pensamientos. En ella le convocaba, de manera inmediata, a la casa del güisqui. Carles dedujo que era la vivienda donde se habían encontrado el primer día. Allí, bajo la suave luz de unas velas, había podido ponerse en contacto con el escocés. Pudo apreciar que su aspecto era más pálido si cabe. Probablemente, ayudaba a ello el hecho de ir prácticamente de negro. Vestía unos pantalones y una chaqueta del mismo color. Solo una camisa blanca con unos arreglos antiguos le daba un cierto aire atemporal. Tras los saludos y un afectuoso abrazo se sentaron ante la mesa, dela misma manera que el primer día. En medio, la botella de güisqui y los dos vasos.

—No entiendo —dijo Carles—. Esta casa está en ruinas. Apenas tiene muebles, pero, sin embargo… ¿Tiene güisqui?

—Mi querido Carles —le respondió—, ¿qué sería de una casa del güisqui sin el güisqui? Tienes que entenderlo. Además, ¿qué sería de un escocés sin ese licor?

—Pero ¿tú vives aquí cuando estás en Reus?

—Aquí, allá, ¿qué importa eso? —dijo el escocés riendo —. El caso es que ahora estamos aquí.

—¿Pudiste averiguar algo?

—La verdad es que cuesta ir descubriendo cosas. Las personas se mantienen ocultas y otras se quieren esconder. Los tiempos no resultan muy adecuados para sacar las cosas a la luz. Lo cierto es que pude encontrar al hijo de Reinaldo.

—¿A Pedro?

—En efecto. No tenía muchas ganas de colaborar. Cuando le dije que quien le buscaba era el hijo de Julià, la cosa

cambió. Ya se avino a decir algo.

—¿Qué te dijo? ¿Te habló del hombre misterioso?

—Me dijo que aquel hombre, que se hacía llamar Amazigh, había hecho un juramento y que tenía que cumplirlo.

—¿Te dijo si aquel hombre podía ser Julià?

—Se lo pregunté, pero no me quiso decir nada al respecto. Me dijo que cualquier cosa se la explicaría al hijo de Julià.

—¿Cuándo puedo verlo?

—He de quedar con él. Ya hemos asignado un lugar y una manera de contactar. Pero esperaba que fueras tú quien me dijera cuándo podrías escapar de este lugar.

—Ahora no puedo alejarme mucho. Estamos intentando capturar al sospechoso, aunque a veces parece que persigamos un fantasma, de tan escurridizo que se muestra.

—A veces son los fantasmas quienes pueden guiar a los demás.

Aquel comentario llamó la atención de Carles, quien recordó las palabras que le dirigiera Josefa, la abuela de Lucía, anunciándole que un fantasma le guiaría hasta su padre.

—¿Cómo has dicho?

—Que he quedado con Pedro Arnate en que ya le avisaré…

—¡No! ¡Lo otro! Lo del fantasma.

—¡Ah, bueno! Es que nosotros, los escoceses, somos mucho de fantasmas. Rara es la familia que no tenga un fantasma en casa. Hacen buena compañía, incluso hay gente que establece buenas relaciones con ellos.

—¿Eso es normal en Escocia?

—Bueno, en Escocia exactamente no, pero en mi familia es habitual. Vengo de una familia aristocrática y entenderás que, para tener un pedigrí acorde con la categoría, nada viste

tanto como un buen fantasma en el castillo. Yo tenía a tío Charles, con quien a menudo hablábamos y jugábamos a las cartas, pero yo no quería jugar con él.

—¿Porque era un fantasma?

—No, porque hacía trampas y siempre quería ganar.

—Realmente sabía que estabas un poco loco, pero ahora veo que lo estás más de lo que pensaba.

—Hace falta un gramo de locura para sobrevivir en estos tiempos. Sin embargo, observo que tienes un aspecto grave. ¿Has sabido algo nuevo?

Fue entonces cuando Carles le comentó las visitas que había realizado a Valencia y a Castellón explicando los últimos descubrimientos.

—Es normal que estés preocupado. A pesar de que la muerte de un familiar resulta algo muy duro, el hecho de saber que puede estar vivo, habiendo sufrido mucho, lo es más.

—Sobrevivió a Annual. Intentó llegar a Melilla. Fue cerca de Monte Arruit donde lo hicieron prisionero.

—¡Monte Arruit! ¡Lo recuerdo!

—¿Qué quieres decir? —preguntó un sorprendido Carles, que cada día descubría una nueva faceta de la vida y carácter de su amigo.

—Yo estaba en la zona en aquella época. Yo pilotaba una Jenny…

—¿Una Jenny?

—Entenderás que decir un biplano biplaza Curtiss JN-4 resulta mucho más monótono y largo de decir. Nosotros lo llamábamos Jenny. Yo me encontraba en Tánger. El caso es que tuve un cliente francés que quería ver cuál era la situación del ejército español. Las noticias del desastre comenzaban a circular por todos lados. Recorrimos los lugares en cuestión. En algunos todavía se podía percibir los restos del humo que

anunciaba su destrucción. Un reguero de cadáveres se observaba desde Annual prácticamente hasta Ben Tieb. Luego sobrevolamos Monte Arruit, donde se hallaba el ejército de Navarro.

—¿Los pudiste ver?

—Pudimos ver un lugar pequeño, lleno de soldados. Muchos cadáveres rodeaban el puesto. Al principio pensamos que estaban muertos, porque apenas se movían. Sin embargo, creo que era todo un ejército dominado por el desánimo, incapaz de luchar por su propia vida.

—Así era, en efecto.

—Pero lo que resultaba curioso era que no recibieron apoyo aéreo. Por lo que supe, apenas algunos aviones les enviaron bloques de hielo y algo de comida para suavizar el desespero de los hombres. También lanzaron municiones, que se deformaban en la caída y no servían para nada. Además, parte de lo que lanzaban caía en manos rifeñas. Nunca entendí por qué no se les dio cobertura aérea y se atacaba al enemigo.

—Aquellos hombres no tuvieron la ayuda necesaria. El gobierno estaba más preocupado en tapar sus vergüenzas que en salvarlos.

—En eso no ha cambiado mucho. Ahora ni se molestan en disimular. Por cierto, cambiando de tema. Pude averiguar el nombre de aquel aristócrata comprador de la fábrica La laboral, del Pueblo Nuevo.

—¿Lo conocemos?

—¿Te suena el nombre de Castellfosc?

—Ella está dentro —comentó en voz baja el Lori.

—Y con ella debe de estar el chalado de su padre. Esto será coser y cantar —dijo Sostres, mientras aparecía una

sonrisa en su rostro, una sonrisa que le deformaba toda la cara.

Hacía tiempo que había descubierto que algún tipo de relación sentimental unía al policía con aquella chica. Pensó que había llegado el momento de devolver los golpes, de acabar con aquel molesto sabueso y hacerle daño donde más le doliera. Aquella vivienda estaba aislada y representaba un buen lugar para atacar sin ser molestados. Sostres sacó un cuchillo que guardaba bajo la ropa. El Lori hizo otro tanto.

—Bien, vamos allá.

LA HUIDA

Julio, 1924

Aquel día tenían por delante una dura jornada de trabajo. De hecho, de los peores. Su tarea consistía en trasladar grandes piedras de un paraje que hacía las veces de cantera. Allí las habían de sacar con los picos y las palas. Después, con sus manos desgarradas y heridas, las apilaban en el borde de la cantera para ser llevadas a peso hasta el mismo camino, a unos dos kilómetros de distancia. El trabajo era agotador. Sin embargo, era el día pensado para escapar.

Lo habían decidido finalmente. Su vida tenía una corta fecha de caducidad si continuaban en el aduar. Se la habían de jugar. Si hasta aquel momento no habían escapado, era probable que la vigilancia sobre ellos se hubiera relajado, pero no podían confiarse. Los rifeños del poblado sabían que Udad castigaba brutalmente cualquier error o insubordinación.

Normalmente los acompañaban un par de vigilantes. Su intención consistía en atacarlos cuando más lejos estuvieran del poblado y hacerlo antes de que ninguno de los hombres pudiera disparar, cosa que alertaría a los cabileños. De hecho, ellos llevaban un pico y dos palas. No dejaban de ser armas si eran bien usadas.

Habían establecido una estrategia: Julià haría ver que se

había hecho daño en el pie, de manera que al menos uno de los vigilantes se acercaría a él. Intentaría atacarlo por sorpresa mientras sus compañeros se encargaban del otro. No era fácil. Lo sabían, pero no dispondrían de otra ocasión. De hecho, en los pantalones habían puesto todo aquello que necesitaban, incluso algo de comida que habían conseguido esconder previamente. Martí había guardado uno de los bisturís que tenía en el maletín. Hacía bastante tiempo que lo había escondido en la prisión.

Por la mañana bien temprano, de la misma manera que en los últimos meses, habían salido acompañados de dos hombres. Uno de ellos, su antiguo compañero de viaje, Eheder. El otro, Magek, era el hombre que alzó el machete sobre Martí. Aquel sujeto era de cuidado y bastante desconfiado. A todo ello había que añadir que no tenía ninguna simpatía por los prisioneros. A menudo los golpeaba y parecía disfrutar de ello de manera un tanto sádica.

Se dirigieron a la pedrera, lugar de donde extraían las rocas necesarias para realizar aquel absurdo camino que todos sabían que no tenían posibilidad de acabar. Martí miraba a los rifeños, cosa que le generó alguna reprimenda por su parte. Observó que, efectivamente, mantenían una actitud relajada. Sabían que era difícil que intentaran escapar, y menos en las condiciones físicas en que se encontraban.

Los españoles comenzaron a picar en la dura roca caliza, desprendiendo aquellas que podían ser utilizadas. Estas eran apartadas formando una montonera. Al cabo de un par de horas, se miraron entre sí y acordaron comenzar la función. En un momento de distracción de los vigilantes, Julià dio un golpe junto al pie y se tiró al suelo dando aullidos lastimeros. Sus compañeros se le acercaron, pues no haberlo hecho habría resultado extraño.

Los dos vigilantes se irguieron rápidamente y cogieron los rifles con los que apuntaron a los españoles.

—¿Qué hacer? —preguntó Eheder con cierta inquietud.

—¡Se ha golpeado el pie con el pico! —dijo un excitado Martín.

El compañero de Eheder se aproximó gritando en rifeño y dio una patada a Alfredo, que se encontraba de rodillas junto a Julià. Martí se apartó ante aquella actitud tan agresiva. Sin que los demás se apercibieran, sacó el bisturí del bolsillo y lo guardó en la mano. Hacía ver que miraba a Julià, pero no perdía de vista a Eheder. Magek se acercó a Julià, quien representaba bien su papel, aullando y cogiéndose el pie mientras se revolcaba en el suelo. El rifeño golpeó al español con la punta del rifle, incitándole, mediante gritos, a deponer su actitud. Julià se quejaba amargamente.

—¡Me he hecho daño, mucho daño!

Magek dijo algo en su idioma que no entendieron los españoles. Se giró un momento hacia su compañero, momento que aprovechó Julià para coger el pico que tenía a su lado y levantarlo con toda su fuerza. El pico se clavó en la cabeza de su enemigo antes de que el cabileño tuviera tiempo de darse cuenta. Cuando Eheder, sorprendido, se dio cuenta del alcance de la situación, intentó levantar el arma para disparar al español. Por una fracción de segundo su mente olvidó a los otros dos hombres y ese fue un error. Martí se lanzó sobre él, apoyando una mano sobre el rifle, haciéndole bajar el cañón. Al mismo tiempo, le clavó el bisturí en la mano derecha a fin de evitar que disparara. Eheder le dio una patada mientras se le caía el arma. Fue a cogerla con rapidez, pero cayó pesadamente al recibir un golpe de Alfredo con la pala.

Los tres hombres, agotados, se miraron sonrientes. Al fin

podrían ser libres si sabían manejar la situación. Cogieron las armas de los rifeños: dos rifles Lebel, un machete y una navaja.

—Hay que esconder los cadáveres —dijo Julià.

—¡Este no está muerto! —afirmó Martí, que le había tomado el pulso en el cuello a Eheder.

Alfredo se acercó con la pala, la puso de perfil, la levantó y la bajó, separando de un solo golpe la cabeza del tronco de su enemigo.

—¡Eso por Daniel! —dijo recordando a su compañero asesinado.

Arrastraron los cuerpos y los escondieron entre las rocas para impedir que un viajero accidental los descubriera antes de tiempo. Se pusieron las chilabas para intentar pasar desapercibidos. Después se marcharon, dando un rodeo para engañar a los rifeños. Se les hacía extraña la sensación de libertad que los acompañaba. Se movían con rapidez, ya que su salvación dependía en gran medida de sus fuerzas y agilidad, así como de la capacidad para engañar al enemigo.

Comenzó una carrera hacia la libertad. Se dirigieron hacia el oeste, intentando esquivar a los perseguidores. Su objetivo era la zona más montañosa, evitando territorios más poblados. Ante cualquier sospecha de posibles habitantes, se escondían y confundían con la vegetación. La cuestión era no destacar ni hacerse notar. Si alguien los veía a lo lejos, pensaría que eran unos viajeros.

Llegó la noche y, a pesar de estar agotados, Julià los animaba de manera incansable.

—¡Hay que seguir! ¡Debemos poner tierra de por medio!

Hacia las dos de la mañana pararon, estaban exhaustos. Hicieron turnos de vigilancia. Antes de que amaneciera, reemprendieron la marcha. El terreno montañoso los encubría

y facilitaba el refugio. Continuaron marchando. El sol, implacable, recordaba a Martí aquel otro de hacía tres años. Toda una eternidad había pasado desde aquel fatídico julio de 1921.

No supieron cuántos días habían pasado, pero, realmente, habían conseguido poner tierra de por medio evitando a los habitantes de la zona. Cuando vislumbraban alguna vivienda aislada, se escondían y se aseguraban de no ser vistos por sus habitantes. En alguna ocasión pudieron ver grupos de rifeños armados a lo lejos. No podían olvidar que estaban en una zona de guerra. A ratos caminando, a ratos escondidos, se fueron sucediendo los días.

Lo más grave en aquellos momentos fue la ausencia de comida. Las reservas que se habían llevado del aduar ya se habían agotado. Estaban hambrientos y, en ocasiones, llegaron a comer raíces. Otro grave problema había sido el agua. Habían encontrado alguna pequeña fuente, pero hacía dos días que no disponían de ella. A veces, cogían hojas de plantas y las pasaban por la lengua para intentar capturar el rocío de la mañana. Estaban desesperados.

Siguiendo la cadena montañosa, pues en las alturas era donde se sentían más seguros, llegaron a una zona boscosa con gran variedad vegetal. Una zona donde predominaba el cedro, que compartía terreno con los alcornoques, encinas y pino carrasco. Otras plantas como el labiérnago o el madroño pugnaban por hacerse un espacio en aquel rico paisaje. Allí pudieron relajarse un poco y buscar un lugar para descansar.

—¡Esperad! —dijo Alfredo de repente—. ¿No oís eso?

Todos prestaron atención y pudieron oír un sordo rumor. Comprendieron que aquel sonido correspondía a un río que debía de estar en las proximidades. Dejando de lado las precauciones mantenidas hasta el momento, bajaron corriendo

hasta encontrar el origen del mismo. Una corriente de agua pasaba ante ellos formando un hermoso recodo, rodeado de rocas. Comprobaron que no había nadie en las proximidades y se lanzaron de cabeza a la corriente. Bebieron hasta saciarse y se bañaron en aquellas heladas aguas.

—¡Hacía tres años que no me bañaba! —dijo un alborozado Julià.

—¡Esto es el paraíso! —le contestó Martí.

Buscaron un refugio cerca de la orilla para pasar la noche.

—¡Parece increíble haber llegado hasta aquí! —comentó Alfredo.

—Pero hemos de proseguir —dijo Julià—. Cerca de aquí debe de haber tropas españolas.

—¿Dónde crees que estamos, aproximadamente? —preguntó Martí.

—No lo sé —respondió Julià—. Debemos de estar en las proximidades de Xauen. Probablemente, al norte. A partir de ahora tendremos que ir con más cuidado, pues no será extraño encontrar grupos armados.

Aquella noche pudieron comer unos sapos que pudo coger Martí cerca del río, recordando los tiempos en que, de niño, los capturaba. No pudieron hacer fuego, pero no le hicieron ascos a comerlos crudos tras haberlos destripado. De esa manera, pudieron engañar un poco el hambre que los dominaba.

Al día siguiente decidieron proseguir la escapada. Continuaron caminando, sacando fuerzas de flaqueza. El sol calentaba con fuerza. Comenzaron a descender la ladera. El agotamiento, fruto de los días caminando, de las pocas fuerzas que les quedaba y de la escasez de comida, les hacía muy vulnerables a los obstáculos del paisaje. Caminaban junto a una torrentera cuando Julià perdió el pie y resbaló, cayendo

por la misma. Sus compañeros rápidamente fueron a auxiliarlo. Se asomaron al borde de la vertiente y vieron que había rodado por la pendiente unos veinte metros. Con cuidado se aproximaron a él.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Martí.

—Creo que me he hecho daño en una pierna —se quejó Julià—. Me duele bastante.

Martí presionó la pierna y Julià gritó manifestando un gran dolor.

—Me parece que te la has partido —sentenció el sanitario.

Julià se puso la cabeza entre las manos, sabía lo que aquello significaba. ¡Ahora que se encontraban tan cerca de conseguir la verdadera libertad! Después de todo lo que habían pasado, otro obstáculo se cernía ante ellos.

—Si es así, tendréis que dejarme —les dijo—. Al menos vosotros os podréis salvar.

—Ni hablar del peluquín —le dijo Martí—. Aquí todos vamos juntos. Somos como los tres mosqueteros. Donde va uno, van todos. ¡Ayúdame a levantarlo!

El mensaje estaba dirigido a Alfredo. Entre los dos consiguieron levantarlo y sacarlo, a duras penas, de la torrentera. Julià se mordía los labios para no gritar. Lo cierto es que sentía bastante dolor.

—¡No podréis llevarme! No tiene sentido seguir.

—¡Cállate, pesado! A ver si te vamos a dejar de verdad, si no callas —dijo Martí, que había tomado las riendas de la situación.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Alfredo.

—Hemos de bajar y buscar refugio. Intentar encontrar algo que nos pueda ayudar a sujetar la pierna.

—¡Pero nos descubrirán! —dijo Julià, quien solo veía los inconvenientes.

—¡No seas aguafiestas! Ya veremos qué es lo que encontramos.

Aunque Martí no había dicho nada, todos eran conscientes de que ello implicaba encontrar algún lugar para reposar durante unos días. Parecía imposible que el herido pudiera caminar en un tiempo. Apoyado en sus compañeros, Julià pudo andar sin apoyar la pierna rota, pero el esfuerzo que hacía por mantenerla tiesa le hacía ver las estrellas de dolor. Poco a poco y de una manera poco ortodoxa, fueron bajando la montaña. Cada paso era un dolor para el lesionado. El ritmo se ralentizó muchísimo, pero se negaban a abandonar a aquel con el que habían compartido tanto sufrimiento.

La noche se fue acercando y, con ella, la niebla. Fue entonces, Alfredo, el primero que la vio: una casita baja pintada de azul sobre un suelo polvoriento, que parecía salir de la bruma. Junto a ella, otra pequeña choza realizada con maderas de forma muy rústica. Aquella vivienda no pasaba por estar en su mejor época, por lo que supusieron que quizás estuviera abandonada. No sería demasiado extraño en aquellos tiempos tan levantiscos.

Se acercaron con cuidado formando un trío patético, ya que no podían dejar a Julià. Supusieron que, si había alguien, debía de ser algún campesino. No creían que hubiera un gran peligro. Fueron acercándose de manera cautelosa a la vivienda. En aquel momento, Alfredo tropezó con la raíz de un árbol, arrastrando en la caída a sus compañeros.

—¡Maldita sea! —susurró el maño.

—¿Os habéis hecho daño? —preguntó Martí, preocupado sobre todo por Julià, quien mantenía una extraña y fija mirada hacia el frente—. ¿'Qué te pasa?

Entonces, Martí miró hacia delante y lo comprendió. Ante ellos, en el camino, apareciendo entre la niebla como

una visión espectral, se hallaba la figura embozada de un rifeño que les apuntaba con un rifle.

RASTROS DE SANGRE

Octubre, 1939

—¿Cómo dice? ¿Quién es usted? —preguntó Ernesto, aunque ya lo sospechaba desde que cogió el teléfono.

—Ella dijo quién.

—Ella se mató. No pude evitarlo.

—¿Quién es ella? —Intentó centrar la conversación el policía—. Usted ya sabe quién es —dijo, con una risa ausente —. Yo lo quise impedir, pero no pude. Por eso lo tuve que matar.

—¿A quién tuvo que matar? ¿A los militares?

Una risa se oyó al otro lado del hilo, más bien una mueca que pronto se transformó en ira.

—¡Usted no sabe nada! ¡Por ella mataron a los soldados! ¡Aquella sombra nos sigue desde África y acabará con todos!

—¿Quiénes son todos?

Volvió a adoptar aquel hablar errático que presagiaba un estado mental confuso y alterado.

—Todos están cayendo. Uno detrás de otro. La sombra tenía razón. «Recordarás Xauen». ¡Dios mío! ¡No lo olvidaremos!

Y colgó.

Cuando una información parecía aportar una pista fiable, cerrando una puerta y convirtiendo las dudas en probabilidades, otra puerta parecía abrirse creando nuevas dudas. Esto iba pensando Carles, intentando digerir la información que le había dado Rick, mientras volvía al cuartel general de la investigación, la casa de las proximidades del Reus Deportivo.

—¿Has dicho Castellfosc? —El nombre prendió rápidamente en su mente. Carles no creía en las casualidades y menos en este caso.

—En efecto. Alfredo Castellfosc, el heredero de la saga —le respondió Rick.

—Dime todo lo que sepas sobre él, sin olvidar nada —le apremió el policía.

—Parece que hemos dado en hueso —le dijo un sonriente Rick, que mostraba gran habilidad para dominar las expresiones en castellano, pero no siempre las usaba en el momento más apropiado.

—Más bien en el tocino, diría yo.

—Interesante comentario, lo tendré en cuenta.

—¿Quieres comenzar de una vez? —le dijo Carles, que comenzaba a ponerse nervioso pues, aunque Rick era escocés, la flema la tenía inglesa.

—Verás, la familia Castellfosc es de una parte de…

—Barbastro —le interrumpió Carles.

—Sí, pero residen en…

—Monzón.

Rick calló y lo miró de forma irónica.

—Si todo lo sabes, puedes acabar tú la historia.

—No, perdona. ¡Continua!

—Bien, verás. Tradicionalmente son de Barbastro, pero lo que queda de la familia reside en Monzón. ¡No me

interrumpas! —le dijo haciendo un gesto con la mano, viendo que Carles se disponía a preguntar—. La familia se dedicaba a la cría de caballos. De ahí que tuvieran la antigua residencia familiar en Barbastro. Al parecer, a mediados del siglo pasado, se dedicaron al negocio textil gracias a la naciente industrialización. Disponen de fábricas y almacenes en diversos lugares de Cataluña. Por ello se trasladaron a Monzón. Para controlar los nuevos negocios requerían nuevos sistemas. El padre del actual dueño se casó en segundas nupcias debido al fallecimiento de su primera mujer, de la que había tenido un niño.

—Alfredo.

—En efecto. Al parecer, todo iba bien, dentro de lo que cabe, pero el hombre tuvo un ataque al corazón. Estaba bastante delicado. Posteriormente, tuvo un derrame y falleció.

—Así, todo pasó a manos del hijo.

—Sí y no.

—¿Qué quieres decir?

—El hijo estaba en África y estuvo bastante tiempo desaparecido.

El corazón de Carles comenzó a funcionar rápidamente. Sintió que detrás de aquel comentario se escondía una valiosa información.

—¿Qué le había pasado?

—Verás, esto te interesará. Estuvo en la caballería, durante el desastre de Annual. Fue hecho prisionero y dado por muerto.

Las luces de alarma en el interior de la mente de Carles se intensificaron.

—¿Cuánto tiempo estuvo prisionero?

—Unos tres años. Cayó prisionero en julio de 1921 y apareció en Tetuán tras la caída de Xauen, en 1924. Al

parecer, volvió un tanto desequilibrado. Estuvo un tiempo en el Pere Mata, intentando reponerse.

—¡Dios! —dijo Carles, intentando hacerse cargo de la situación.

—Pero al parecer mejoró bastante. En 1926 volvió a sus tierras y tuvo que recuperarlas.

—¿Recuperarlas?

—Sí. Al parecer, el abogado de la familia había intentado engañarlos, de manera que, a la muerte del patriarca, él recibía la mayor parte de las posesiones si…

—¿Si…?

—Si no había descendientes. Como se había dado por muerto al hijo, ejecutó la sentencia, relegando a la madrastra prácticamente a la miseria.

—Pero a la vuelta del hijo…

—A la vuelta tuvieron un litigio que ganó el hijo. El antiguo abogado hizo uso de todo tipo de trucos y argucias para quedarse con las propiedades. Se habla de que llegó a contratar asesinos a sueldo para matar al hijo.

—No debía de ser verdad si el hijo está vivo.

—De hecho, se le relacionó con un hombre que apareció muerto en Monzón, en febrero de 1927. Un delincuente, al parecer venido de Barcelona, apareció degollado y su cuerpo flotando en el río. Pero nunca se pudo demostrar ningún tipo de relación. El abogado lo negó.

—Evidente que lo negó, si lo había contratado él. Parece un hombre peligroso.

—Parecía.

—¿Qué quieres decir?

—Que un año más tarde, cuando ya el hijo había recuperado sus posesiones, el abogado apareció muerto.

—¿Muerto?

—Asesinado. Con los brazos y los pies atados en la cama, amordazado y con el cuello cortado.

—¡Otra pista que acaba con fiambres! ¡Parece que alguien ha estado muy atareado! Me resulta curioso pensar que un individuo como él pudiera enviarme sobres con dinero. No veo la relación. ¿Cómo pudiste saber todo eso?

—Sabes que tengo mis contactos. Se trata de preguntar en los sitios adecuados.

—Y, respecto a la fábrica de Pueblo Nuevo, ¿qué sabes?

—Al parecer, el nuevo abogado de Alfredo fue quien gestionó la compra en 1931. Luego se vendió en octubre de 1933, sin hacer apenas ninguna reforma.

—Algo curioso. ¿Para qué quiere uno una fábrica si no es para ponerla en marcha?

—No lo sé. El caso es que no perdió dinero. Todavía ganó con la venta.

—Cuando capturemos al legionario, me pondré en contacto con ese individuo.

—Será difícil.

—¿Por qué?

—Desapareció hace más de un año.

—¿Y eso? —preguntó un extrañado Carles.

—No se sabe. No se le ve desde enero de 1938.

—Probablemente, desde que recibiera una carta de Teruel… —dijo en voz alta Carles, relacionando de forma inmediata dos hechos.

De camino a casa, el republicano pensó que la situación era complicada. Al parecer, el origen de los asesinatos se hallaba en Monzón. Presentía que tenía prácticamente todas las piezas del puzle, pero hacía falta encajarlas. Cuando entró en la vivienda se encontró con Ernesto hablando con Gonzalo y sus muchachos. Un estado de agitación parecía recorrer el

ambiente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Si hubieras estado aquí, lo sabrías —comenzó Gonzalo.

—Si quisiera hablar con un gnomo del bosque te hubiera preguntado a ti —le dijo Carles sin mirarle.

—¿Queréis parar? —Alzó la voz Ernesto, enfadado, quien, en pocas palabras, le explicó al republicano la conversación telefónica.

—Todo parece muy confuso —comentó Carles—. Da la impresión, por lo que me dices, de que está hablando de dos cosas diferentes o de que tiene una personalidad alterada, como si fuera dos personas a la vez.

—Nos ha salido loquero —dijo Gonzalo.

—¡Cállate! —le gritó Carles—. ¡Estoy intentando pensar!

—Ahora intentas pensar, ¡después de pasarte el rato con la comunista!

Carles se quedó como una piedra ante aquel comentario. Seguramente, hacía referencia a Lucía, y Gonzalo no sabía nada de Lucía, o no debería saber.

—¿Qué has dicho? —le preguntó, con una voz glacial como el hielo.

—Yo… Nada —le respondió Gonzalo, dándose cuenta del error cometido.

—¿Cómo sabes lo de la chica? —le preguntó. Ahora Ernesto también estaba interesado en la respuesta.

—Me lo han dicho —le respondió el policía, arrinconado en la pared.

—¿Quién te lo ha dicho? ¡Dímelo rápido!

—¿Qué más da quien me lo ha dicho? —Intentó justificarse Gonzalo.

—¡Contéstale! —le exigió Ernesto.

—Fue un antiguo amigo mío. Se llama Miguel Rivera.

Aquel nombre no significaba nada para Ernesto. En cambio, para Carles lo era todo. En aquel momento supo que Lucía estaba en peligro.

—¡Dios mío! ¡Sostres!

Carles le dio un empujón a Gonzalo, lanzándolo contra la pared. Subió corriendo las escaleras para bajar con la pistola en la mano. Dando un grito, llamó a Hamed, que se hallaba en su habitación.

—¡Hamed! ¡Vamos! ¡Necesito el coche!

Ernesto cogió su arma y se sumó a la excursión. Salieron a la calle y montaron en el coche, que partió rápidamente hacia la casa de Lucía. Carles le iba indicando el camino, aunque Hamed ya lo conocía porque en alguna ocasión lo había seguido. A la habitual rapidez de conducción de Hamed se sumó la urgencia del momento, por lo que el vehículo iba dando botes por los caminos de las proximidades del Pere Mata. En un giro del camino estuvieron a punto de atropellar a un hombre que bajaba rápidamente por el mismo. A los pocos minutos llegaron junto al murete exterior que rodeaba el terreno y la casa. Bajaron rápidamente del coche. Corrieron hacia el edificio, en el cual se apreciaban algunas luces, fruto de varias velas encendidas y del reflejo del fuego en el hogar.

En la parte exterior apenas había iluminación. Fue por eso que Ernesto tropezó con algo y cayó al suelo.

—¡Mierda! —se quejó—. ¡Aquí hay algo!

Carles observó el lugar donde le señalaba y, en la oscuridad, pudo apreciar el cuerpo de un hombre que yacía sin vida.

PERSECUCIÓN

Octubre, 1939

Carles se acercó y giró el cuerpo con la linterna que había tenido la precaución de coger. El foco de luz iluminó el cuerpo inerme del Lori, el compañero de Sostres. Yacía tirado en el suelo, de costado; parecía dormido. Ernesto lo giró y pudieron observar un tajo que le atravesaba el cuello de oreja a oreja, conformando una elaborada y permanente sonrisa macabra.

Los dos policías se miraron sin decir palabra y prepararon sus armas. Tras ellos, Hamed sacó una gran navaja. Se colocaron a ambos lados de la puerta. Todo ello se hacía de manera rápida, casi instintiva. El corazón de Carles latía con celeridad, pues ignoraba qué era lo que encontrarían en el interior de la vivienda. Había temido por la vida de Lucía y ahora sabía que su temor no era en vano.

La puerta estaba entornada, pero no cerrada. Apoyándose en ella con el hombro, Carles la abrió de golpe apuntando hacia el interior con la pistola. El silencio fue la respuesta ante aquella intempestiva entrada. El fuego del hogar les permitió ver el interior de la sala. Pudieron observar algunas sillas caídas, reflejo de la lucha que allí había tenido lugar. Algunos restos de platos y vasos hechos añicos permanecían esparcidos

por el suelo. Todo aquello era, en sí, preocupante. Sin embargo, lo que llamó la atención de los policías fueron los cuerpos de las dos personas que yacían en el suelo.

—¡Lucía! —gritó Carles, corriendo junto al cuerpo de la muchacha, que yacía sobre un pequeño charco de sangre.

Ernesto se dirigió hacia el otro cuerpo. Era el del padre de Lucía. Unas manchas de sangre, como gruesas mariposas, se marcaban en su camisa a la altura del abdomen y del corazón. Solamente le quedó al policía constatar la defunción del mismo.

—¡Todavía está viva! —gritó Carles, que había comprobado que todavía tenía pulso.

Los otros hombres fueron junto a él. Carles cogió un paño y se lo puso en la cabeza a la muchacha. Intentó hacer presión sobre la herida.

—Hay que llevarla al hospital —dijo Ernesto.

—¡Ayúdame! —pidió el republicano—. Coge la toalla y presiona para que no pierda sangre.

Carles la cogió en brazos. Junto a él, Ernesto le ayudaba. Hamed les abrió la puerta e iba dirigiendo el pequeño grupo hacia el coche. El republicano iba pensando en la situación y daba gracias de poder encontrar a Lucía con vida, a pesar de la desgracia sufrida. Sin embargo, sus pensamientos se dirigían hacia el asesino, el maldito Sostres, siempre tan escurridizo. De todas formas, incluso en aquel momento, una alarma permanecía activa en su mente y él sabía que debía hacerle caso. Había algo en aquel asunto que había obviado y sabía que se trataba de algo importante. Gonzalo y sus muchachos llegaron en un vehículo. No pudo evitar un sentimiento de repugnancia cuando lo vio, un tanto bajito y regordete. En cierta manera, le recordaba a Sostres. En ese momento, supo qué era aquello que intentaba recordar.

—¡Llevad a Lucía al hospital! —les dijo a sus compañeros.

—¿Tú no vienes con nosotros? —le preguntó intrigado Ernesto.

—Tengo un asunto que acabar —le contestó, ante la mirada preocupada de su compañero.

Una vez acomodaron a Lucía en el coche, Ernesto acabó de dar instrucciones a los hombres de Gonzalo para que permanecieran vigilantes en aquella vivienda y Carles se fue, caminando, en dirección al paseo de la Boca de la Mina. Más que caminar, se trataba de correr. Momentos antes, cuando había recordado a Sostres, le había venido a la mente el individuo que habían estado a punto de atropellar mientras se dirigían al *mas*. Había sido una visión fugaz, pero, cuanto más lo pensaba, más le recordaba aquel sujeto a su enemigo. Ahora que lo evocaba, el hombre tenía una similitud con el falangista. Además, en su recuerdo, era consciente de que había intentado esquivar la luz del coche. Se había desplazado con bastante rapidez, lo cual no era normal si solamente dabas un paseo. Por otro lado, había que tener en cuenta que no era una hora muy común para deambular por aquellos lugares. Ya pasaban de las doce de la noche, hora de descanso para los ciudadanos que habían pasado un duro día de trabajo.

Alumbró con la linterna el camino por donde había visto pasar al sujeto. Llegó a una desviación. Enfocó en el suelo y alrededores para ver qué camino podía haber cogido. Algo en el terreno le hizo prestar atención. Se acercó y alumbró un pañuelo manchado de sangre. Comprobó que era reciente. Aquello le aseguraba dos cosas: que se trataba del hombre que buscaba y que, además, estaba herido.

Continuó bajando y pudo enlazar con el paseo de la Boca de la Mina. Siguió caminando con rapidez. De tanto en tanto, encendía la linterna para ver alguna posible gota de sangre.

Cuando descubrió lo que buscaba, apagó la linterna para no dejarse ver.

Mientras bajaba, no pudo evitar pensar en los golpes y torturas sufridos por aquellos individuos. De los tres torturadores, dos habían fallecido de manera similar. ¿Sería el mismo individuo quien los mató? Lo desconocía, pero el caso era que había llegado el momento de cerrar la cuenta pendiente que tenía con Sostres. Si lo dejaba vivo, no podría ir seguro a ningún lado. Ya había visto de lo que era capaz. El cadáver del padre de Lucía era mudo testigo de ello.

Pensó en ella. ¿Cuál sería su destino ahora? En poco tiempo había perdido a su abuela y, ahora, a su padre. A partir de ahora, quedaba sola en aquel mundo hostil. Por otra parte, sabía que la fortaleza que emanaba de la chica le haría rehacerse y superar los acontecimientos. Pero el golpe había sido duro, muy duro. Sintió que, para ella, conocer a Carles se había convertido en una desgracia. Él se consideraba responsable del ataque sufrido por Lucía. La causa se hallaba en el odio que el falangista profesaba sobre el republicano, un odio incontrolable y desmedido.

Ya había llegado al final del paseo. Miró a ambos lados y decidió ir hacia el centro de Reus. No sabía dónde vivía Sostres, pero imaginaba que sería en la ciudad. Intentaría llegar a su refugio. Carles debía acelerar. Aquel hombre, herido, no podría desplazarse demasiado rápido. Cuando llegó a la calle del doctor Robert, le pareció ver a lo lejos la silueta del perseguido. Corrió, pero, cuando se acercaban a la avenida de los Mártires, le pareció que cambiaba de dirección. Era posible que se hubiera sabido perseguido o tal vez ello respondía a un simple cambio de itinerario.

Una vez llegó a la plaza, pudo ver que se dirigía a la calle de Julià Nogués, antiguo *carrer dels Recs*. Pensó que, por

aquellas calles más estrechas, sería más difícil de localizar. Ahora ya no tenía ninguna duda de que era el hombre que buscaba. Esperaba poder recortar la distancia. Facilitaba la persecución el hecho de que apenas había nadie por el entorno.

Habían pasado la calle de Antoni Gaudí. A partir de allí, se hacía más difícil el seguimiento debido a la estrechez de las calles que la rodeaban. Pronto llegó a una travesía más amplia. La visión de una figura familiar que caminaba con cierta incomodidad le permitió observar que lo tenía más cerca de lo que pensaba. Carles se hallaba agotado, pero estaba seguro de que Sostres lo estaba más. Tenía que resentirse de la herida. Por la forma de actuar, supo que el perseguido era consciente de la presencia del policía. En aquel momento, pensó sino le estaría conduciendo a una trampa.

El sonido de los pasos del falangista ejercía de improvisada guía para el republicano por aquellas estrechas callejuelas. Atravesó el *raval* de Jesús. Allí lo perdió de vista de manera temporal. Intentó hacer el menor ruido posible, desplazándose silenciosamente. Aguzó el oído, sabía que no estaba muy lejos. De repente, unas voces lo alertaron.

—¡Si quieres mirar, vete a otro sitio!

Ante aquella voz, el aludido debió de echar a correr. Carles volvió a oír:

—¡Corre! ¡Corre! Menudo idiota.

El policía tomó la dirección de aquellas voces. Bajó rápidamente. En la calle se cruzó con una pareja que se abrazaban en el porche de una vivienda. Seguramente, ellos eran los causantes de las palabras que había oído.

—Menudo tráfico hay esta noche —dijo el hombre.

Carles caminaba con rapidez y cautela. Continuó bajando la calle de Barreres. La oscuridad de aquellos callejones

facilitaba su labor. Siguiendo el ruido de las pisadas y el caminar jadeante de Sostres, giró por la calle de la Abadía. Allí pudo ver la figura del falangista avanzando ante la imponente silueta de la prioral de Sant Pere.

Ya lo tenía bastante cerca. Por fin podría acabar con su enemigo. Ni por un momento pensaba en dejarlo con vida. Aquel enfrentamiento, que ya duraba más de cinco años, se acabaría aquella misma noche.

Aceleró el paso. Vio que Sostres no podía correr mucho más. Lo perdió de vista cuando llegó cerca de la prioral de Sant Pere. Una vez que Carles pudo llegar junto a la iglesia, vio que allí no había rastro del perseguido. Fue rodeando el edificio. Sabía que no podía estar lejos. No podía tener mucha más fuerza, en el estado en que se encontraba. Se paró un momento manteniéndose a resguardo del muro de la prioral. No sabía si su enemigo disponía de armas de fuego y no era cuestión de facilitar el blanco. Sacó la pistola y prestó atención. No oía nada. Miró al frente, donde se encontraban las pescaderías. Tampoco apreció allí movimiento alguno.

De repente, un suave gemido le llamó la atención. No se trataba de ningún ruido humano. Correspondía al chirriar de una puerta. El silencio que reinaba en aquella zona, sumado a la atención que prestaba a cualquier sonido, le había permitido oírlo. Se giró y vio que la puerta que conducía al campanario de la prioral se hallaba ligeramente entreabierta. Enfocó con la linterna el suelo y pudo apreciar unas gotas de sangre. Supuso que su enemigo había entrado allí.

—Bien, la suerte está echada —dijo en su interior mientras atravesaba la puerta.

EN LOS ALREDEDORES DE XAUEN

Julio a septiembre, 1924

El rifeño iba vestido con una chilaba oscura, unos pantalones bombachos que le llegaban hasta los tobillos, y unas sandalias. Se cubría la cabeza con un turbante, pero lo que le daba un aspecto más amenazador era un pañuelo oscuro que le cubría el rostro, mostrando solamente los ojos. No era muy alto, pero se hallaba en una posición de dominio y tenía ventaja sobre los fugitivos. Aquella imagen resultaba sobrecogedora para los tres hombres. «Esto no puede acabar así», pensó Martí. Todas las vicisitudes pasadas no les servirían para superar aquel momento.

El hombre había aparecido como si se tratara de un fantasma, de forma repentina, entre la niebla. Los españoles estaban en el suelo intentando ayudar a Julià, que había caído. La mente de Martí funcionaba rápidamente, pensando de qué manera podían superar aquel obstáculo. El hecho de que les apuntara con un rifle dificultaba un posible acuerdo pacífico.

El tiempo parecía haberse detenido en aquel lugar, pues el moro no había pronunciado ni una sola palabra. Fue por ello que Martí, erigiéndose como interlocutor válido, intentó realizar algún tipo de negociación que les permitiera siquiera

seguir con vida.

—Nosotros seguir camino. —Intentó utilizar un lenguaje poco recargado, con ideas simples y directas. El hombre los miraba sin soltar una palabra—. Nosotros coger cosas y marchar. —Volvió a hablar Martí, mientras dirigía la mano hacia las armas.

El rifeño cargó el arma. El chasquido que produjo resonó en la soledad de la montaña. Martí dejó de intentar recoger las cosas y levantó las manos. Intentó desviar el tema por otro lado. De momento, pensó que, ante la extraña situación, ya se podía considerar una suerte que no les hubiera disparado.

—Tenemos un compañero herido —dijo, señalando a Julià—. Tiene rota la pierna y necesita que le curemos. Yo puedo hacerlo, pero necesitamos ayuda.

Entonces oyeron la voz del rifeño. Una voz que resonó en sus oídos con un timbre conocido. Probablemente, la última voz que hubiera esperado encontrar allí.

—¿Martí? ¿Eres tú? —dijo el sujeto, con una voz de mujer.

—Si, ¿quién…? —Apenas pudo continuar pues, cuando el individuo se hubo quitado el pañuelo de la cara, la reconoció de inmediato—. ¡Saida! ¡Eres tú!

Ella dejó el rifle a un lado y fue corriendo junto a Martí, quien se levantó rápidamente. Ambos se abrazaron. Ella le miró a los ojos.

—¡Martí!

—¡Saida! ¡Dios mío!

Y se besaron. Sus compañeros pasaron del estupor a la alegría. «Por fin el destino ha realizado una jugada en que el resultado no ha sido cruz», pensó Julià. De repente, un ruido les alertó. La inquietud volvió a manifestarse otra vez, pero ahora se trataba de otra figura de estatura más baja. Un niño

de unos once años hizo su aparición en aquel oscuro paisaje. Se acercó a Martí. Este, viéndolo a su lado, lo saludó:

—¡Miguel!

—¡Martí! ¡Buendoctor!

Y se abrazaron.

Martí observaba el paisaje. Cada día le sorprendía la exuberancia de vegetación que había en aquel entorno. Por encima de la espesura, se observaban las colinas circundantes. A pesar de que el sol se hallaba sobre el horizonte, aquel lugar le parecía lo más cercano al paraíso. Junto a él se hallaba Saida, con la hermosura de un ángel. Ella contribuía a aportar aquel sentimiento mágico que le colmaba. El sanitario no recordaba otra etapa de su vida en que fuera más feliz. De no ser por los sufrimientos pasados y por la situación bélica de la zona, no dudaría en quedarse allá. La vida desprendía una sencillez difícil de encontrar en los otros lugares por los que había transitado.

Aquel día de septiembre se hallaban recostados en el suelo, observando la forma de las nubes.

—¡Mira! ¡Aquella parece un elefante!

—¿Dónde ves la trompa? ¡Parece más bien una barca!

Se cogieron la mano. Martí la atrajo para sí y la besó. Sintió el joven cuerpo de Saida junto a él. La acarició. Ella respondió a sus evidentes intenciones. Las manos de los amantes recorrían con inquietud los cuerpos, estableciendo una febril e íntima danza. La pareja se despojó mutuamente de la ropa con impaciencia, en una búsqueda inmediata de placer. Pronto, los gemidos dominaron aquel rincón del paisaje, apartado de la cabaña.

Poco después, el sanitario acariciaba el cuerpo desnudo de Saida, cuya cabeza reposaba sobre su pecho. Una sensación de inmensa satisfacción le recorría su cuerpo. Con la mano le

acariciaba el cabello, mientras ella le miraba con ojos seductores. Un brillo ámbar se desprendía de su mirada. Martí se estremeció ante su hermosura.

—¡Qué cabello más precioso! —le decía mientras formaba bucles con sus mechones.

Y ella sonreía. En ese instante, se diría que formaban la pareja más feliz sobre la Tierra.

El pensamiento del sanitario vagó hacia aquel momento en que se volvieron a ver, cuando se dirigieron a la casa, una pequeña vivienda de tres piezas. En una habitación, acomodaron a Julià sobre una cama. Allí había podido ser atendido por Martí, quien pudo inmovilizarle la pierna. Tras las curas correspondientes, con los escasos medios de que disponían, pudieron acomodarse.

Saida sacó unas tortas que devoraron con fruición. Tras lo cual, pasaron a hablar de los acontecimientos sucedidos. Martí ya había advertido una ausencia notable y le producía una cierta inquietud realizar la pregunta:

—¿Tu padre?

—Mi padre murió —respondió ella—. Una mañana salió. Su intención era la de buscar algunas plantas para poder hacer infusiones. Cuando observamos que tardaba mucho, salimos a buscarlo. Lo encontramos al cabo de dos días. Debió de caer y golpearse la cabeza. Seguramente murió en el acto. Lo enterramos aquí, detrás de la casa. En un rincón de la explanada, junto a mi madre, a la que tanto quiso.

—Lo siento, era un buen hombre.

—Sí, lo era —dijo ella, bajando la voz en un tono de discreta resignación.

Martí no pudo menos que admirar la humildad de la chica, que contrastaba con su firmeza para no arrugarse ante los problemas que surgían, aceptando con cierta naturalidad

los golpes del destino.

—Pero, entonces… ¿Cómo os organizáis? ¿De qué vivís?

—En principio, tenemos provisiones de la última vez que mi padre fue a comprar. Además, tenemos una pequeña huerta, unas gallinas y un par de cabras.

—¡Pero eso es insuficiente para sobrevivir mucho tiempo!

—La verdad es que mi padre murió hace un par de meses. Nadie lo sabe. No sabíamos qué hacer. La situación aquí no es muy segura. Por eso me veo obligada a salir vestida de hombre. No puedo dejar que nos descubran.

—Pero ¿siempre habéis vivido aquí?

—No siempre. Sin embargo, ahora hace algunos años que mi padre compró esta propiedad.

—¿Y nadie de vuestros vecinos lo sabe?

—Apenas hay vecinos. Esta es una zona muy poco habitada. Creo que por eso mi padre la escogió. Era una especie de renuncia al mundo que había vivido. A pesar de que siempre explicaba sus batallas, creo que acabó harto de guerras, de la condición humana en general y de la necesidad que tienen los hombres de sacarse los ojos. Hay algún vecino que nos conoce, pero son gente pacífica. Nada que ver con los guerreros que luchan contra los españoles.

—Me parece una buena elección —afirmó Martí, que se sentía próximo a las teorías de Alfonso, el padre de Saida—. Sin embargo, no deja de ser peligroso tener sangre española en esta zona.

—Es por eso que Alá te ha traído hasta nosotros.

—No te preocupes. Intentaremos superar esta situación. Necesitamos que Julià recupere la movilidad de la pierna. Mientras tanto, nos indicarás las rutas para llegar a Tetuán, de manera que, cuando esté recuperado, podamos partir hacia nuestro objetivo.

—Y… ¿Marcharéis? —le preguntó ella, manifestando gran inquietud.

—Tú vendrás con nosotros, también Miguel. ¡Ya veréis! Comenzaremos una nueva vida lejos de la guerra.

—¡Martí! —dijo ella, alborozada mientras lo abrazaba.

El sanitario pensó que Saida era poco más que una chiquilla. Su capacidad de ilusionarse iba pareja con su juvenil inocencia.

—¡Ya verás! Iremos a España y allí cambiará la situación. —Veía cómo se formaba un brillo en su mirada, pensando en aquel mundo por llegar.

Ya habían pasado tres meses. Se había recuperado un poco de los desastrosos tres años que había pasado prisionero de los rifeños. Su cuerpo moreno había comenzado a recuperar fuerza y volumen. Como le dijera Saida posteriormente, había sabido que era Martí por la voz. Apenas lo había reconocido en su aspecto físico, de tan delgado y sombrío que estaba.

Los españoles no se habían afeitado para pasar más desapercibidos entre los rifeños. Habían realizado, junto con Miguel, algunas incursiones por el territorio para poder situarse. Pronto realizarían el viaje proyectado. La verdad es que la situación de la vivienda les había permitido mantenerse invisibles para los habitantes de aquella zona de la Yebala. Aquella intimidad era algo que les convenía a todos.

La relación con Saida producía en Martí un gran entusiasmo. Sin duda, disfrutaba de la misma como un adolescente enamorado. Sentía que aquellas ilusiones que había mantenido respecto de ella se habían cumplido de una manera muy superior a lo esperado. Recordaba haber soñado alguna vez con su imagen y como, desde los sueños, parecía haberle manifestado la certeza de un próximo encuentro.

Ahora que se hallaban juntos, ya todo era posible. El

mundo se presentaba maravilloso y nada parecía torcer el destino que pretendía unirlos. Solo era cuestión de tiempo que estuvieran a salvo.

—¿Y dice que no ha venido nadie extraño por aquí en los últimos meses?

—No, nadie. Absolutamente. Aquí pasa muy poca gente. Normalmente gente conocida —le respondió el anciano, para el que no pasó desapercibida la mirada desapacible del invitado, una mirada que le recordaba la de una serpiente a la que nunca podrías dar la espalda.

Tanan maldijo entre dientes haber seguido la pista que le indicaran hacía unos días. Alguien le había sugerido que había visto a tres rifeños, a finales de julio, caminando en dirección a Xauen. Pero, al parecer, las pistas acababan en aquella vivienda de los alrededores de la ciudad. Si la habían pasado, ya sería imposible dar con ellos. Era probable que estuvieran en España. Si era así, Udad se enfadaría.

Ya hacía bastantes días que había salido en su persecución. El jefe del aduar se había enfadado como nunca tras el descubrimiento de los cuerpos. Había jurado venganza y mandó a algunos hombres que los persiguieran. En un acceso de furia, mostró su brutalidad matando a uno de los mismos cuando fue incapaz de aportar noticias sobre la huida de los prisioneros. Posteriormente había enviado a otros hombres, entre ellos Tanan, quien había podido obtener información sobre tres sujetos que, al parecer, habían llamado la atención de un pastor, por su torpeza al caminar por aquellas montañas. Por otro lado, la sospecha había aumentado a ojos del cabrero ya que habían manifestado una evidente intención de evitar el contacto con otras personas. El perseguidor pensó que

aquellas podían ser las personas que andaba buscando. Ahora, tras mantener ilusiones al respecto, el mundo se desmoronaba ante él. Pensó que acabaría su taza de té y marcharía.

—¿Así que no ha pasado nada extraño en estos meses? —dijo, clavando unos ojos interrogativos de un marcado color verde.

—Extraño, extraño… Más bien no. Ya le digo que aquí no pasá nadie. Es más, hay algún vecino al que no veo desde hace meses.

—¿Y eso es normal?

—Bueno, antes los veía más. Sobre todo cuando se instalaron hace unos años y vivía la mujer. Ella era de Melilla, creo.

—¿Y él?

—Me parece que era un militar retirado, español, pero muy buena persona. Nunca se mete con nadie.

La escasa visión del anfitrión, un anciano solitario, le impidió ver un brillo de interés en los ojos de Tanan.

—¿Y dónde cae esa vivienda?

—Tiene que subir el camino que lleva a la montaña. Allí tomas el desvío en dirección a Oued Laou. Al cabo de dos horas, aproximadamente, la verá. Una casita azul con una barraca a su lado. Cerca de allí hay un remanso del río.

—Creo que tengo que dejarle. Muchas gracias por todo.

Tras una despedida que tenía mucho de ritual, Tanan tomó el camino indicado. Nadie pensaba que hubieran tomado el camino hacia Tetuán. Si aquello era cierto, habían sido muy inteligentes al optar por aquella vía de escape cuando todo hacía prever que marcharían en dirección a Annual. Era probable que su persecución hasta aquel sitio no hubiera sido en vano después de todo.

Dejó el caballo a bastante distancia del lugar indicado y se

acercó silenciosamente. Se escondió tras unos arbustos. Desde allí dominaba el terreno. Vio la pequeña casita encalada en azul. De repente, un ruido lo alertó. Cerca de él, un hombre y una mujer salían, abrazados, del bosque. Se apretó contra el terreno para no ser visto. Cuando pudo levantar la vista, vio la imagen de uno de los prisioneros del aduar, concretamente el médico. Se vanaglorió de su fortuna. Ahora ya sabía dónde se hallaban los fugitivos y aquella era una información que sabría valorar Udad en su justa medida.

EN EL CAMPANARIO

Octubre, 1939

Cuando su vida acabó en la oscuridad y el silencio. Entró y se apartó rápidamente buscando la protección de las tinieblas. Observó que había unas escaleras que subían hacia la torre. No le quedaba más remedio que arriesgarse y subir.

El campanario se había construido junto a la nueva iglesia, a principios del siglo XVI, cuando el viejo templo románico había resultado insuficiente para la numerosa población de la ciudad. Era de estilo gótico y tenía una planta hexagonal de doce metros de anchura. Su altura era de sesenta metros distribuidos en siete plantas cubiertas con bóveda de crucería.

Carles recordó, de haberlo leído en una revista del Centre de Lectura, que aquel acceso correspondía a la casa del campanero, de finales del siglo XVIII. Ello era debido a que, además de la función religiosa, también tenía cometido civil. Durante las guerras carlistas del siglo XIX, se convirtió en una torre de vigilancia militar. Desde arriba se podía ver todo el Campo de Tarragona. En sus momentos llegó a albergar un grupo de soldados que, con banderas, hacían señales a la ciudad para avisar de posibles peligros.

Nada de esto resultaba significativo en ese momento para

el policía, más preocupado en encontrar al responsable de tantos males. Continuó subiendo escaleras y, con ellas, el número de plantas. Cada vez que llegaba a un piso mantenía la tensión, pues sabía con quien se jugaba el tipo. En un momento determinado, oyó un ruido metálico más arriba. Aquello le hizo pensar que, probablemente, Sostres no disponía de ninguna arma de fuego en este momento. En caso contrario, sin duda la hubiera hecho servir. Ello no indicaba que fuera menos peligroso.

Llegó hasta la quinta planta, donde estaba la habitación del campanero. Allí tampoco vio ningún rastro del perseguido. Sabía que le quedaban dos plantas por recorrer. El camino se iba estrechando. Aquel era el espacio que, hasta el treinta y seis, ocupaban cuatro campanas que habían sido fundidas para producir armamento. Sonrió en la oscuridad. Aquellas eran las cosas que le explicaba Lucía en algunos de los ratos que habían pasado juntos. De la misma manera que le había explicado cómo Gaudí había copiado la escalera de caracol del campanario para trasladarlo a su famosa Sagrada Familia. Se obligó a concentrarse. De nada le valdrían aquellos recuerdos si no estaba alerta. No en vano estaba allí por ella y para acabar de una vez por todas con aquel individuo.

Siguió subiendo escalones. La sangre le bombeaba con celeridad. Era consciente de que las probabilidades de encontrarse con Sostres aumentaban a medida que disminuían los pisos por explorar. Como imágenes de una obra de teatro, le venían a la mente algunas de las escenas vividas con Lucía. Intentó recordar qué le había explicado ella de aquella planta para poder estar prevenido.

—El campanario resulta mágico. Agradece la entrada del invierno —le dijo un día.

—¿Y eso? —le preguntaba Carles, a quien siempre conseguía interesar con sus historias.

—Si miras el campanario alrededor de las diez de la mañana, en el solsticio de invierno, puedes ver cómo la luz del sol atraviesa las ventanas del sexto piso. ¡Resulta emocionante!

—Me lo imagino. ¿Qué hay en la sexta planta?

—En la sexta planta hay dos campanas. Una de ellas, asentada sobre dos caballetes de madera. Es la Petra Clàudia o «campana horaria». Es la más grande que ha tenido Reus. A su lado, se halla la «campana de Sant Bernat», la de los cuartos. Pero lo más sorprendente eran las matracas, un artefacto de madera y hierro que producía un ruido bien especial —le explicaba ella, siempre al tanto de los acontecimientos de su ciudad.

—¿Y esas para qué sirven?

—Servían, ya no se encuentran allá. Se tocaban para Semana Santa, porque, durante aquellos días, no sonaban las campanas.

—Debe de haber buena vista allá arriba —le comentó Carles.

—La hay. En la sexta planta hay una galería que permite dar toda la vuelta al campanario.

Así pues, ahora ya sabía lo que le esperaba allí. Cogió con energía la pistola que ya tenía amartillada desde que empezara a subir las escaleras. Llegó a la entrada de la sexta planta y se paró en la oscuridad. De alguna manera, podía notar que allí se encontraba Sostres. No sabría decir por qué, pero incluso el aire parecía enrarecido. Una tenue claridad procedente de una luna en cuarto menguante, iluminaba la planta estableciendo juegos de luces y sombras. Las campanas, orgullosas, ocupaban el centro del piso. Algunos muros y pilares dificultaban la visión global de la planta. Desde allí se podían

apreciar algunos destellos provenientes de las viviendas de la ciudad.

Haciendo caso omiso de cualquier distracción, Carles avanzaba por el piso con el arma apuntando hacia delante. De repente, un objeto que se hallaba en el suelo acaparó su atención. Allí parecía haber algo. No sabía qué era, pero le resultaba familiar.

Se acercó. Era un pañuelo que había visto en otras ocasiones, un pañuelo para el cuello que presentaba unos dibujos de pájaros al vuelo, un lienzo que había visto en algunas ocasiones adornando el cuello de Lucía. Lo cogió. Pudo ver que estaba manchado de sangre. La ira le dominó solo de pensar que aquel criminal había hecho daño a la muchacha.

No sabría decir a qué fue debido. El caso fue que, en aquel momento, entendió que la tela no estaba allí por casualidad, que había sido colocada a propósito para tenderle una emboscada. Tuvo aquella intuición y se apartó rápidamente del lugar en que estaba, echándose hacia atrás. No fue lo suficientemente rápido. Una barra de acero le golpeó en el brazo. La pistola cayó con estrépito al suelo. Como había imaginado, a Sostres, de la misma manera que a las serpientes, no le podías quitar nunca el ojo de encima.

Una apagada exclamación surgió de su interior. Como en un chispazo, el dolor le llegó al cerebro de forma repentina. Antes de darle tiempo a aprovechar la ventaja obtenida, Carles se lanzó sobre él para evitar que pudiera darle otro golpe. Cogió con las dos manos la barra, ignorando el daño recibido. Se estableció una lucha sorda de dominio. Mientras ambos contendientes disputaban la posesión del hierro, el policía pudo ver que una gran mancha de sangre cubría el brazo derecho del falangista. Por eso, seguramente, no había

sido tan efectivo en la descarga del golpe.

Aprovechando una ligera distracción del policía, Sostres le dio un puntapié en la espinilla que le hizo perder el equilibrio. Carles cayó al suelo, pero no dejó de asir la barra. Sabía que, si la recuperaba el falangista, su suerte estaría echada. Con la caída arrastró a su enemigo, que fue a caer encima de él. Ninguno de los dos hablaba. Dedicaban toda su energía a intentar dominar la situación. El falangista hacía fuerza para aplastar el cuello del republicano con el barrote. Tras un arduo forcejeo, Carles pudo ganar la partida y apartar la barra y al atacante.

Rápidamente, el policía se puso en pie. La situación había cambiado. Ambos contendientes podían mirarse a la cara apenas a dos metros de distancia. La diferencia era que en las manos de Sostres se hallaba aquel peligroso atizador. La ventaja era suya. Una sonrisa sardónica asomó al rostro del criminal mientras levantaba la barra, dispuesto a descargarla contra Carles. Este apenas tuvo tiempo de dar un salto. Junto a él saltaban esquirlas de la pared que recibía, inclemente, el golpe del agresor. Los instantes siguientes se convirtieron en un intercambio y amago de golpes. El republicano observó que, si bien, el falangista parecía tener el dominio de la situación, cada vez lo notaba más agotado debido al esfuerzo físico que estaba realizando.

—¿Estás cansado, Sostres? Te veo un poco mal —le decía Carles, intentando enfurecerlo más todavía.

—¡Desgraciado! ¡Mira bien porque será lo último que veas!

Y descargó otro golpe que solo halló el vacío en su camino.

—¡Vaya triste espectáculo si tú eres todo lo que hay que ver!

Con ello no conseguía otra cosa que enfurecerlo. Con mayor rabia, el falangista se lanzaba contra el policía, quien debía esforzarse al máximo para no recibir un golpe. En un momento de la pelea, un brillo producido por el reflejo de la luz de la luna, le hizo ver a Carles dónde estaba su pistola. Se lanzó rápidamente hacia ella. Sostres, que lo había visto al mismo tiempo, fue corriendo y le dio una patada justo cuando el republicano casi la tocaba con los dedos. El asesino descargó un golpe con el hierro que le alcanzó el hombro derecho. El republicano sintió el dolor como una descarga eléctrica. Intentó mantenerse alerta, evitando y esquivando la barra que, de manera incesante, lo acosaba.

Finalmente, se puso en pie evitando, por escasos centímetros, otro golpe. Se apartó unos metros de su enemigo. Se tocó el hombro y notó la ropa humedecida. Seguramente era sangre, consecuencia del golpe recibido.

—¿Qué, poli? ¿Ya has rezado antes de irte al otro barrio? ¡Ah! No recordaba que los comunistas no creéis en Dios.

—Todavía estas a tiempo de ir con tus amigos. Creo que allí te esperan.

A pesar de estar agotado, observó que Sostres respiraba con dificultad. Su físico y la herida no eran lo más adecuado para la lucha. Carles sabía que su victoria dependía de la distracción del contrario. Pudo advertir que su enemigo se hallaba alineado con una ventana del campanario.

—¡Cabrón! Cuando acabe contigo, buscaré a tu amiguita y la remataré —dijo, levantando la barra con menos agilidad que anteriormente.

Ese fue el momento que aprovechó el policía. Sabía que se lo jugaba todo a una y que en ello le iba la vida si fracasaba, la suya y la de Lucía. Sacando fuerzas de flaqueza, se lanzó rápidamente contra Sostres, lanzando un grito que le venía del

fondo de sus entrañas. En ese grito canalizaba toda la rabia contenida durante tanto tiempo en la prisión. Chocó contra el falangista, con toda la fuerza de la que fue capaz. Este no tuvo tiempo de acabar la acción y se vio arrastrado hasta el ventanal. Del impulso, el criminal cayó al vacío, en un rápido viaje de seis pisos. Carles hubo de agarrarse al borde de la ventana para no seguir su camino. Tenía medio cuerpo sobresaliendo del edificio. La imagen de Sostres en caída libre y estrellándose contra el pavimento se retuvo en su retina. El hierro que le había acompañado en la caída dio varios saltos, organizando un escándalo a aquellas horas.

—Adiós para siempre —susurró.

LA PERSISTENCIA DE LA MEMORIA

Octubre, 1939

Con dificultad se recompuso. Oyó el ruido de una persiana que se subía para determinar el origen del escándalo nocturno. Con la misma rapidez que se había subido, se bajó. Los vecinos habían percibido que aquel era un asunto en el cual era mejor no entrometerse. Buscó su pistola y la guardó. Haciendo un esfuerzo, bajó las escaleras de la torre y salió discretamente vigilando de no ser visto. Ningún sonido perturbó la tranquilidad de la noche. Seguramente más de uno debía de haber oído ruido, sobre todo de la caída del cuerpo y de la barra metálica. Sin embargo, pocos se atrevían a salir ante aquella situación. No era cuestión de buscarse problemas. Las sombras ampararon su escapada por el lado opuesto de la iglesia. Sabía dónde tenía que ir. El hospital de Reus no estaba lejos de allí.

Había matado a un hombre. Era consciente de ello y no le era indiferente, pero sentía que no podía haber hecho otra cosa, dejarlo vivo implicaba un gran peligro. El fallecido había manifestado una obsesión con el policía que solo podía acabar con la muerte de uno de ellos. Fue caminando entre las sombras hasta el edificio hospitalario. Una vez dentro, pudo

ver a Ernesto, quien se alarmó por el aspecto que presentaba su compañero.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó.

—Un pequeño tropiezo. Sostres ya no molestará a nadie.

—¿Qué has hecho?

—¿Yo? ¡Nada! Al parecer ha decidido suicidarse. Se arrojó desde el campanario.

—¡Dios mío! —exclamó Ernesto, quien adivinaba lo sucedido.

—Me parece que será mejor que te acerques. Así podrás explicar el accidente —le dijo Carles—. Por cierto, ¿cómo está ella?

—No te preocupes. Al parecer está fuera de peligro.

Ernesto dejó a Carles al cuidado de un médico, que veía cómo se le complicaba la noche. A este le ayudaba una hermana de la caridad. El golpe del hombro tenía un aspecto feo, pero no era una cosa grave. Tras curarle y vendarle la herida con apósitos, el policía permaneció allí en espera de noticias de Lucía. Finalmente, consiguió que lo acomodaran en una silla, al lado de la cama que ocupaba ella, en una habitación independiente.

No supo cuánto tiempo había transcurrido, pero unos ruidos procedentes de la cama lo despertaron. Se dio cuenta de que había estado durmiendo y que el sol ya había salido. Sus rayos se colaban entre las cortinas.

—¡Oh! —Un gemido fue lo primero que exclamó ella.

—Tranquila, ya estás a salvo.

Una mirada de incomprensión apareció en su rostro, mirada que fue cambiando a medida que iba recordando lo que había pasado la noche anterior.

—¡Dios mío! ¡Mi padre! —Ese fue su primer pensamiento consciente.

Carles le cogió la mano y se la apretó, dando a entender mucho más de lo que le podía decir. Ella lo miró, intentando comprender el destino que había seguido su progenitor y lo adivinó por la mirada del republicano. No pudo evitar que las lágrimas afloraran a su rostro. El policía se sentía un tanto violento. Era consciente de la gravedad de la situación y de la dificultad para explicarla con las simples palabras.

—Yo… Lucía… Lo siento.

—Él… Intentó defenderme…

—¿Recuerdas qué pasó?

Ella afirmó con la cabeza y, entre lágrimas, le comentó que aquella noche habían acabado de cenar. Se encontraban solos y su padre parecía mantener uno de aquellos episodios de lucidez que a veces le sobrevenían. De repente, oyeron un gran golpe y la puerta se abrió bruscamente apareciendo aquellos dos tipos, armados con navajas. No entendieron qué era lo que decían, pero sí que supieron rápidamente de sus intenciones. El más grueso se encaró con su padre, quien los amenazó gritando algo sobre «los moros del demonio». Seguramente estaba viviendo otro episodio de aquella batalla africana sin fin que mantenía en su cabeza. El caso es que el padre se enzarzó en una lucha en la que pudo herir en el brazo al sujeto, pero Lucía pudo ver cómo recibía dos navajazos. El primero en el estómago y el segundo en el corazón.

—Así que fue él quien hirió a Sostres.

Ella afirmó con la cabeza, en silencio, recordando la última batalla de su padre.

—¿Qué pasó luego? ¿Cómo pudiste deshacerte de ellos?

Ella lo miró con extrañeza. No recordaba bien lo que había pasado. Intentó oponer resistencia ante el otro criminal. Recordó que, en la lucha, cayeron todas las cosas que había sobre la mesa. Finalmente recibió algún golpe o cayó.

—El caso es que no recuerdo nada más.

—¿Así que tú no agrediste con un cuchillo a ninguno de los dos?

—No, no pude acceder a cuchillo ni instrumento alguno para defenderme. ¿Por qué?

Carles le explicó la situación. Ellos debieron de llegar instantes después de la agresión, ya que se encontraron con Sostres por el camino. Sin embargo, el acompañante, aquel que llamaban Lori, había sido hallado muerto.

—Le habían cortado la garganta.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco, pero el caso es que está muerto.

—Pero el otro parecía muy peligroso. Oí que te nombraba, aunque no sé por qué.

—No te tienes que preocupar ya por el otro. Sin embargo, el daño está hecho ya.

—Pero ¿quiénes eran esos sujetos? ¿Qué buscaban?

Y Carles se lo explicó. Aunque anteriormente había comentado su situación y trayectoria a Lucía, no había llegado a entrar en detalles porque, de solo recordar, se convertía en un hecho doloroso de por sí. Entendía que le debía una explicación, aunque ello pudiera significar un distanciamiento en su relación de amistad. Sin embargo, mientras hablaban, su mente no dejaba de dar vueltas a un tema más prosaico: ¿Quién demonios había matado al Lori?

Se asomó a la habitación ya que la puerta estaba entreabierta. Lo que vio le dejó helado. Vio dos cuerpos sobre la cama. Parecían dos muñecos que alguien hubiera preparado para ser expuestos. Eran los cadáveres de sus padres. Estaban vestidos con sus mejores galas. Debían de haber muerto hacía

un par de días. No pudo evitar que el dolor acudiera a dar señales de su presencia. Ya era tarde. No habría reconciliación posible. No en esta vida.

Un grito y unos golpes le recordaron que allí había alguien más. El sonido producido por aquel grito lo habría reconocido en cualquier lugar y momento. Fue hasta el lugar donde se había originado, la habitación de Paula. Cuando llegó a la puerta, esta se abrió y un hombre robusto y barbado, un legionario, salía de ella. En un primer momento, aquel hombre se asustó, pero cuando vio a Sergio esbozó una sonrisa.

—Ahí dentro hay una putilla comunista. Le he enseñado lo que es ser un hombre.

Horrorizado, Sergio miró hacia el interior y pudo ver a una chica semidesnuda. Paula. «Es solo una niña», pensó. La rabia le dominó. Recordó que tenía una pistola y, apuntando al legionario, le dijo:

—Es mi hermana.

El otro, dándose cuenta de la tesitura en que se hallaba, golpeó rápidamente la mano con la que Sergio empuñaba el arma, saliendo disparada hacia el interior de la habitación. Con la otra mano, le dio un puñetazo que le golpeó el rostro y lo tiró hacia atrás. Aprovechó la confusión para salir corriendo.

Sergio sangraba por la nariz, pero, haciendo caso omiso, salió disparado tras el violador. No veía nada. El odio lo tenía consumido. Solo sabía que sus padres estaban muertos en la otra habitación y que su hermana había padecido el peor ataque que podía sufrir una mujer. Saltó sobre el legionario, que se hallaba bajando las escaleras, y ambos cayeron rodando hasta el final. El intruso se golpeó la cabeza quedando un tanto atontado. Con toda la rabia que había acumulado en su

interior, Sergio cogió una gran piedra y comenzó a golpearle en la cabeza una y otra vez, hasta el momento en que el cráneo quedó convertido en una papilla sanguinolenta. La sangre le salpicaba dándole un aspecto terrorífico.

Al cabo de un rato, cuando ya no se distinguía nada en aquel odioso rostro, Sergio dejó de golpear. Como un hombre que regresa de la muerte, se levantó y comenzó a subir pesadamente las escaleras. No tenía nada que ver con el hombre que había sido hacía apenas unas horas. Llegó a la habitación y vio a su hermana sentada en el suelo. Apenas llevaba un camisón, sangraba en la cabeza y varios morados aparecían en su cuerpo y en su rostro fruto de los golpes. Su mirada estaba ausente, pero en la mano empuñaba su pistola.

—¡Paula! —La llamó.

Ella lo miró y le apuntó con la pistola, aterrorizada.

—¡Paula! ¡Soy yo! ¡Tu hermano! ¡Sergio!

Ella no parecía comprenderle. El legionario intuyó que estaba en estado de *shock*.

—Soy tu hermano. Yo cuidaré de ti.

—¿Tú eres Sergio? —dijo con la mirada perdida.

—Sí, soy yo —se le acercó.

Ella levantó la pistola y le apuntó.

—¿No me conoces? ¡Soy tu hermano!

De pronto le cambio la cara. Parecía darse cuenta de la situación en que se encontraban. Lo miró, sin dejar de apuntarle, y le dijo:

—Tú eres igual que él. Tú formas parte de todo esto. Nuestros padres… Tú los has matado.

—¡Paula! Yo…

No tuvo tiempo de seguir. Su hermana se llevó la pistola a la boca y se pegó un tiro.

—¡Nooo!

Fue un grito de impotencia y desesperación.

Vio explotar el rostro de su hermana, aquel que tantas veces había acariciado cuando eran pequeños. El recuerdo de la sentencia de Aida se hizo presente en ese momento. La muerte lo acompañaba allá donde fuera. Él estaba pagando con creces su culpa por los actos realizados.

—Así que esa era la causa de tu bloqueo mental —le dijo su compañero, quien, sentado en una silla, atendía de manera atenta las explicaciones del legionario.

—No exactamente —dijo en voz muy baja un desangelado Sergio. El dolor y la pena le volvieron a dominar como en aquel momento recordado.

—¿Qué quieres decir?

—Una muerte te lleva a otra y tras esta se halla otra más lejana, origen del mal.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero al principio de todo. La causa se halla en el desierto africano, en los hechos que sucedieron diez años antes en los alrededores de Xauen.

SEÑALES DE HUMO

Octubre, 1924

—¿Y qué te parece? —preguntó Martí.

—Puede que el cabo tenga razón —contestó Alfredo—. Todo este movimiento solo puede indicar que se prepara una buena en esta zona.

—¡Vaya una! ¡Salir de la sartén para caer en las brasas!

Los dos hombres permanecían escondidos, oteando a distancia los movimientos de los rifeños. En los últimos días, habían observado el aumento de hogueras en la zona, imagen que producía nefastos recuerdos para aquellos soldados. Al parecer, se había dado un aumento significativo de desplazamientos de cabileños y aquello solo podía indicar que la zona de guerra se aproximaba.

Miguel les había comentado que había oído una conversación entre varios hombres que hablaban de una retirada de tropas españolas a lo largo del río Lau. Ello había alertado a los españoles, que ya se veían en territorio amigo. Para colmo de la mala suerte, Julià había caído enfermo, cuando su recuperación hasta aquel momento había sido de lo más satisfactorio. Todo había comenzado con unos escalofríos y dolor de cabeza, acompañados de vómitos. También se quejaba de dolores musculares.

—Te habrás resfriado —le comentó Alfredo, intentando animarlo.

—Tendrás que resguardarte un poco y procurar no salir mucho al exterior —le dijo Martí, que no disponía de medicamentos.

—¿Qué crees que tiene? —preguntó Alfredo, una vez estuvieron lejos de su presencia.

—Tiene los síntomas de la malaria.

—¿Malaria? —Fue una pregunta retórica, pues él sabía las consecuencias por haberlas vivido junto a sus compañeros.

—Una mala jugada. La malaria es muy peligrosa. Puede producir dificultades en la coagulación sanguínea, insuficiencia renal o trastornos del sistema nervioso, llegando al coma o a la muerte.

—¿Y no le puedes curar?

—Necesitaríamos quinina. Aquí no tengo nada.

—Así que tampoco podemos marchar todavía. Ya me está poniendo nervioso el hecho de permanecer tanto tiempo aquí. Aumenta las posibilidades de que nos descubran.

—Estando él así, no podemos marchar —dijo Martí, quien no deseaba realmente alejarse de aquella zona.

—¿Y no podríamos ir a Xauen y traer quinina?

Fue entonces, cuando se comenzaron a plantear seriamente la posibilidad de marchar a Xauen, que Miguel les informó de una conversación en que había oído a varios rifeños referirse a una probable retirada de los españoles de la Yebala. Aquella noticia preocupó a los soldados, que confiaban en llegar a las líneas españolas situadas cerca del lugar donde permanecían escondidos.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó Saida cuando estuvieron a solas.

—Tenemos que ir a Xauen. Es la única posibilidad de

salvar a Julià. Tenemos que traer la medicación que le salvará la vida.

—Pero ahora es muy peligroso. Grupos de hombres armados recorren los caminos.

—Tendremos que arriesgarnos. No podemos dejar que muera. No después de todo lo que hemos pasado.

Ella lo miró con una mirada angustiada. Martí la observó y admiró su belleza. Aquellos ojos almendrados lo encandilaban, parecían ser la ventana de un mundo de promesas por cumplir. Por otro lado, su inocencia, su alegría y su gran capacidad de maravillarse ante cualquier pequeño acontecimiento le robaban el corazón. Si Saida estaba preocupada, una gran comezón inundaba el pecho del sanitario. En cambio, si ella estaba contenta o alegre, el paisaje parecía adquirir una viveza y alegría propia del edén.

—No quiero que te pongas triste. Alfredo y yo nos acercaremos a Xauen. Veremos si es posible entrar para traer quinina.

—Pero no podréis entrar si está rodeada la ciudad.

—No te preocupes, no nos arriesgaremos. Volveremos si vemos que resulta muy peligroso.

Saida comenzó a llorar.

—No llores —le animó Martí—. No tengo ninguna intención de quedarme allá.

—Cuando llegaste, mi mundo se iluminó. Posiblemente no te des cuenta, pero estábamos desesperados. Sabíamos que disponíamos de poco tiempo, porque no se puede vivir apartados y ocultos de los demás. Ahora veo que estos momentos son solo una pausa de felicidad en un mundo de desdicha.

—No digas eso. Volveremos e iremos a vivir a España. Se acabó la guerra y este mundo tan violento.

Se abrazaron y se besaron de manera impulsiva. El deseo los colmaba y reclamaba su premio. La ansiedad guiaba sus movimientos en unos rápidos y sincronizados gestos. Se desnudaron y se amaron mientras el sol se ponía sobre el horizonte. Si algo habían aprendido era que los momentos de felicidad eran efímeros y no podían dejarlos escapar.

A la mañana siguiente, bien temprano, decidieron partir. Habían decidido que Miguel se quedara con Saida y con Julià, quien presentaba delirios en su convalecencia. En las caminatas que habían realizado por la zona aquellos meses habían llegado a conocer los caminos y vericuetos necesarios para pasar desapercibidos ante posibles y extraños sujetos. Antes de perder de vista la vivienda que había sido su hogar aquellos días, Martí se giró para colmar su vista de aquel paisaje que tantas veces le había recordado al edén. Había sido un paraíso que había buscado de manera incansable e inconsciente, ahora se daba cuenta, a lo largo de su vida. Ante la puerta se hallaba Saida quien, con un gesto de la mano, se despedía de ellos. Sabía que, en aquellos momentos, ella estaría llorando. «Volveré, volveré y te llevaré conmigo», se dijo.

—¿Seguimos? —le dijo Alfredo, que se había girado ante la parada de su compañero.

—Sí, seguimos —le respondió Martí, captando con la mirada hasta el último detalle del paisaje. Quería retener toda aquella visión para mantenerla en el recuerdo: la imagen de la mujer que quería, fusionada en un paisaje tan maravilloso a la salida del sol. Pensó que aquella estampa era lo más parecido a la felicidad.

Más tarde se hallaban indecisos ante cualquier intervención. Habían logrado llegar cerca de la ciudad deseada, pero los continuos grupos de moros que la rodeaban

les impedían un avance seguro. Por otra parte, ellos no dominaban el idioma por lo que corrían el riesgo de ser descubiertos. Esperaron a la llegada de la noche y observaron que los grupos se dispersaban de manera aleatoria, pero otros hombres aparecían en el horizonte.

—Esto está difícil —susurró Alfredo.

—Efectivamente, resulta muy arriesgado —dijo Martí—. Si nos atrapan será malo para nosotros, pero también para ellos.

Decidieron dar media vuelta y volver a la casita azul. Martí rezó porque el estado de Julià no empeorara. De hecho, hasta aquel momento, no había manifestado los predictores de mayor riesgo que conllevaba la malaria. Quiso pensar que una vez restablecido, sería posible que todos juntos pudieran pasar a la zona española. Si no por Xauen, ya buscarían otro lugar para atravesar las zonas de dominio enemigo. Con esta renovada ilusión se acercaron a aquel lugar que ahora conocían bien.

—Aquí pasa algo raro —comentó Alfredo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Martí.

—¡Mira! —dijo, señalándole una columna de humo sobre el horizonte.

Sin esperar más indicación, Martí comenzó a correr, seguido de Alfredo. No necesitaba saber más. Aquella columna de humo parecía tener la base en la casita azul, aunque esta no se podía visualizar desde el lugar en que se encontraban, debido a la vegetación. La alarma no era infundada. Desde que habían advertido un mayor movimiento de hombres por las proximidades, habían decidido no hacer fuego que pudiera alertar de su presencia a los moros.

Pronto llegaron al saliente rocoso desde donde el día anterior Martí se despidiera de Saida. Desde allí pudieron ver

que la barraca de madera estaba destrozada por el fuego.

—¡Espera, Martí! —le dijo Alfredo.

—¿Qué quieres? —le respondió con una pregunta, incapaz de aguantarse las ganas de bajar corriendo.

—Puede ser que estén todavía ahí.

Haciendo caso omiso, Martí bajó corriendo hacia la casa, sintiendo cómo la rabia crecía en su interior. Apenas habían faltado un día y ya presentía el desastre antes de llegar al claro que había delante de la vivienda. Cuando llegó junto a él, un espectáculo dantesco se presentó ante sus ojos.

EL CUERPO

Octubre, 1939

Otra vez aquellas palabras. Era lo consabido. Otra vez la tierra arrojada sobre la tumba. Era la segunda vez en poco tiempo que Lucía venía al cementerio. Todo aquel ritual le parecía vivirlo desde una nube. Si alguien le hubiese dicho en aquel momento que las escenas correspondían a una película, probablemente le hubiera dado la razón.

En pocos días, su vida había dado un giro vertiginoso e inesperado. De repente, reflexionó: se hallaba sola. Únicamente tenía a su hermano, allá en Méjico. Junto a ella estaba Carles. Había sido la única luz que había tenido en los últimos meses, pero sabía que su relación tenía fecha de caducidad. Lo había observado y había visto que él buscaba algo que todavía no había encontrado. Su estado era inquieto. Veía difícil que se adaptara a vivir en la sencillez de una humilde vivienda, pasando la tarde contemplando la puesta de sol. Recordaba la tarde anterior cuando se lo había comentado.

—¿Qué quieres decir con eso? —le había preguntado el policía cuando le expuso sus dudas.

—Carles, tú me miras, pero no me ves. Yo veo que, aunque tus ojos me miren, tu mente se encuentra en un lugar

difícil de determinar. Siempre estás buscando alguna cosa más. No sé qué es, pero sé que es algo que yo no puedo ofrecerte.

—Probablemente sea todo este caso —reconoció él—. El hecho de que mi padre pueda formar parte del mismo, de descubrir que no murió en Annual, la ausencia de mi madre… Todo ello me mantiene en un estado de incertidumbre.

—Probablemente. O la necesidad de buscar algo, de seguir una pista, de ser tú mismo… Un policía. No lo sé. Solo sé que yo ahora estoy muy confundida. Debo poner orden en mi vida.

Carles calló. Pensó que él no estaba todavía preparado para mantener otra relación. Sobre todo, en aquel momento de la investigación. Además, era consciente de que su proximidad podía poner en peligro la vida de Lucía, como había pasado con Sostres. Afortunadamente, ella había tenido la determinación de no acusarle de la muerte de su padre. Sin embargo, algo en su interior se lo recriminaba.

—¿Qué harás ahora? —le había preguntado el policía.

—No lo sé. Solo sé que no quiero quedarme aquí. Esto no es lo que hubiera querido mi madre. Creo que me marcharé con mi hermano. Intentaré comenzar una nueva vida.

—Yo… Lucía… Lo siento. —No sabía todavía como disculparse.

—Aunque tú hayas sido el medio por el que han llegado hasta nosotros, no tienes la culpa de que existan personas de ese tipo. La guerra produce esos monstruos.

—Este existía antes de la guerra. —A veces le sorprendía la dureza con la que Lucía era capaz de afrontar cualquier tema, incluso aquel tan cruel y personal.

—Sin embargo, es en ella donde se recrean y se permiten realizar unas acciones criminales que pueden quedar impunes.

No te culpes tú por lo que era imprevisible que pasara. —A pesar de las duras palabras, las lágrimas seguían un invisible reguero en su rostro.

Más tarde se hallaban ante la tumba. A Lucía se le hacía difícil pensar. Había vuelto a Reus a cuidar de dos personas incapacitadas tras la muerte de su madre, pero ellas habían dejado de existir. Ahora solo permanecían en su memoria. De la misma manera que los enterradores arrojaban tierra sobre la tumba, el tiempo iría tapando aquellos recuerdos hasta convertirlos en una imagen brumosa e indefinida. Eso le creaba un desasosiego difícil de asimilar.

Por otro lado, Ernesto y Eduardo habían asistido al sepelio. Carles los había presentado y observó que entre ellos se había creado cierta corriente de aceptación mutua. Tras el funeral continuaron hablando y Eduardo no dejó de invitarle a asistir a alguna de las reuniones del club de los jueves. Ernesto aceptó ya que, a pesar de las emociones de la investigación, no dejaba de llevar una vida un tanto recluida.

Decidieron que, mientras que intentaban capturar a aquel esquivo legionario, Lucía permanecería en la vivienda junto con ellos. Ella aceptó. En su interior, ya había desistido de continuar viviendo en aquel lugar que le producía tan tristes recuerdos. El republicano le ofreció su habitación, mientras que él se acomodó de manera temporal en el despacho. Benita fue un consuelo para la muchacha, ya que sabía ser mejor psicóloga que los hombres de la casa, un tanto adustos y ausentes.

Aquella misma noche salió Carles a la oscuridad de la ciudad, desatendiendo los consejos de sus compañeros, especialmente de Ernesto, que no acababa de tener clara aquella necesidad de pasear de noche. El nacional se mantuvo despierto un tiempo, dando vueltas al caso. Había podido

resolver la situación comprometida creada por los falangistas. El Ejército se había encargado de sus cadáveres. No creían que nadie los reclamara.

De Sostres se diría que se había suicidado arrojándose desde el campanario, después de forzar la puerta. Un loco diría la gente. El asesinato del padre de Lucía se consideraría muerte de parada cardíaca. De hecho, todas las muertes lo eran. Por otro lado, los dos policías continuaban recibiendo presiones para coger, vivo o muerto, al legionario. A pesar de que los sucesos se habían podido mantener en los límites de la discreción, siempre podía haber gente o periodistas que descubrieran la noticia, y eso era algo que le preocupaba.

Carles había atravesado la ciudad llegando hasta la casa del güisqui, vivienda en la cual se citaba con el escocés. Tras una revisión de la misma en la que no encontró ni personas ni bebida, dejó una nota en la que le rogaba que se pusiera en contacto con él. En ella le exponía la situación de la muchacha. Le había dado vueltas al asunto y había considerado que el futuro de Lucía pasaba por reunirse con su hermano. Para ello, la mejor manera de sacarla del país era por medio de aquel hombre que sabía pasar la frontera sin que nadie pudiera controlarlo.

Hamed permanecía en su habitación estirado sobre la cama. Ya había realizado sus oraciones. Su mente vagaba libre, aunque en los últimos días volvía al aduar, en recuerdo de una época mejor. No era extraño que se le apareciera su mujer e hijo. Ella le miraba con dulzura, de una manera que ahora veía idealizada. En sueños, últimamente se le había aparecido de forma más frecuente. Suponía que el hecho de saber que Cabeza de serpiente estaba relacionado con los asesinatos hacía que su mente viajara hasta aquellos dolorosos días. Lo curioso era que las sensaciones de sus sueños habían

cambiado. Siempre había soñado con la venganza. A menudo se despertaba cubierto de sudor, agitado, tras haber mantenido una dura y continua lucha con el asesino de su familia. Otras veces notaba la tensión de un invisible y vigilante homicida, que esperaba un ligero descuido para descargar el golpe de gracia sobre los suyos. Sin embargo, en estos momentos, en sus visiones aparecía el rostro de Arume, allí, sobre aquella roca, agitando la mano en un liviano intento de despedida. Ahora no había inquietud, ni peligro. Tan solo la certeza de que ella estaba presente allí, siempre que él la mantuviera en su recuerdo.

Recordaba los hechos acaecidos hacía un par de días. De alguna manera sintió que el hecho de haber salvado a aquella mujer de morir a manos de unos criminales lo había reconfortado. Había podido hacer aquello que no pudo en su ausencia del aduar. Comprendía que Carles había hecho lo único que podía hacer y, por ello, lo respetaba. En su cabeza resonaba todavía la orden del coronel Villalba: «El comunista es prescindible». No sabía qué sería lo que haría cuando se acabara el caso, pero si algo había aprendido era que, en el Ejército, una orden debía de cumplirse, ante todo.

—Cuando lo pienso, todavía me cuesta creer que yo pueda estar vivo.

Quien así hablaba era Juan Puig, superviviente de Monte Arruit. Se hallaban en una de sus habituales tertulias del hotel Londres. Aquel día, Ernesto había acompañado a Carles. Los días de vigilancia junto al teléfono habían llegado a agotar a los hombres y habían dejado al Pulga junto al aparato. Jordi y Eduardo completaban el grupo de tertulianos.

—¿Cómo sucedió? —preguntó Carles—. ¿Cómo pudo

suceder aquella barbarie?

—Verás, la columna Navarro había llegado muy apurada. Muchos hombres apenas tenían capacidad para defenderse. ¡Tal era su estado físico y anímico! Quien aguantaba mejor era probablemente la unidad más castigada, lo que quedaba del regimiento Alcántara. Estos defendían la puerta del Arco, que era la entrada principal.

El silencio era absoluto en aquella sala apenas ocupada. Toda la atención se hallaba en la narración que, poco a poco, iba desgranando Juan.

—Los rifeños poseían los cañones abandonados y no paraban de enviar andanadas, sobre todo contra la puerta principal. Intentaron algunos asaltos, pero todos fueron rechazados por Alcántara. ¡Dios! ¡Era increíble! Aquellos hombres apenas se podían tener en pie, pero no cedieron en ningún momento.

—Debió de ser terrible —comentó Ernesto.

—¡Y tan terrible! Apenas había comida. El agua estaba a 500 metros y cada aguada se convertía en una batalla donde perecían una veintena de los nuestros. El sol. ¡Aquel terrible sol africano nos hacía sufrir! Algunos permanecían heridos en sus puestos. La tropa estaba alerta, de tal manera que incluso todos dormíamos en formación si no estábamos de servicio. Cuando recuerdo aquellas escenas hay veces que me cuesta no ponerme a llorar. Recuerdo que, si traían agua, todos íbamos desesperados a beber algo. Todos sucios, desarrapados, algunos arrastrándose, otros con los miembros amputados. Era una imagen dramática y patética. Los heridos morían con facilidad porque era imposible curarlos sin medicamentos. Cuando faltó la comida, los soldados se lanzaron sobre los caballos muertos, descuartizándolos para poder comer. Parecíamos muertos en vida. De hecho, lo éramos.

—Allí estaba Primo de Rivera —anotó Carles.

—En efecto, y allí murió. Fue un gran soldado, eso se le ha de reconocer. Si alguien mantuvo con vida hasta el final lo que quedaba del ejército fueron él y sus hombres, pero la suerte no le acompañó. Un día, un cañonazo le arrancó el brazo derecho. El cirujano lo tuvo que amputar sin anestesia y, ante la preocupación del médico, le dijo: «Aguantaré, que me den un trapo para morder». ¡No soltó ni un grito durante la operación! Pero murió días más tarde, por la fiebre y la gangrena.

Carles y Ernesto se miraron con horror, intentando ponerse en la situación de aquellos desesperados hombres. Juan tenía la mirada perdida en el vacío y seguía relatando los sucesos con la habilidad adquirida en sucesivas repeticiones.

—Finalmente, Navarro pactó con los moros. ¡No podía hacer otra cosa! Apenas teníamos municiones, no quedaba comida ni agua. Tampoco podíamos esperar refuerzos. Tras muchas negociaciones, llegaron a un acuerdo. Los soldados entregarían las armas y se les respetaría la vida. Llevarían consigo a los heridos y los que no pudieran moverse esperarían la llegada de médicos españoles.

—Pero no respetaron las condiciones —apuntó Carles.

—No, no las respetaron. ¡Malditos cabrones! —Juan cerró el puño con la rabia contenida solo de recordar aquellos momentos—. Las primeras tropas entregaron los fusiles y fueron saliendo. Los moros apartaron al general y a los oficiales y los llevaron a la estación. Al cabo de un rato, los rifeños dispararon contra los españoles, que estaban desarmados, y los remataron.

—¿Cómo pudiste escapar? —preguntó Ernesto.

—Yo todavía estaba dentro. Cuando oímos los disparos, luchamos contra ellos hasta que se restableció un alto el fuego.

Se volvió a los términos del acuerdo anterior, aunque nadie las tenía todas consigo. Salimos de Monte Arruit. La pendiente estaba llena de cadáveres de compañeros. Nos íbamos alejando pensando si aquel sería nuestro último paso. El corazón nos latía aceleradamente. De repente, apareció una doble fila de rifeños que nos disparaban. Salimos corriendo, intentando salvar la vida. ¡Aquello fue una masacre! A mí me hirieron y me dieron por muerto. Recuerdo que chorreaba sangre por todos lados. Más tarde, de noche, me levanté y, como pude, recorrí los kilómetros que me separaban de Melilla. Llevaba la medalla que me dio mi madre y no paraba de rezar una oración a la virgen que me había hecho aprender antes de ir a África. Sea como sea, el caso es que no me encontré con ningún enemigo hasta la ciudad.

—Tuviste suerte, Juan —le dijo Jordi.

—Bueno. Suerte o… ¡Quién sabe! Fue un milagro. Allí pereció lo que quedaba de la columna de Navarro y del ejército español del Rift.

Los hombres escuchaban sobrecogidos aquella terrible historia.

—¿No cogieron prisioneros? —preguntó Ernesto.

—Hubo prisioneros. Básicamente los oficiales, por los cuales se pediría un rescate de cuatro millones de pesetas. De los casi quinientos hombres presos, poco más de trescientos recuperarían la libertad un año y medio más tarde.

—Pero ¿fueron devueltos todos los prisioneros? —preguntó Carles.

—Nunca se sabrá —contestó Juan, que ese día dominaba la narración—. Oí contar que bastantes quedaron en poblados aislados. Puede que hoy en día todavía haya soldados españoles en algún aduar rifeño.

—Aquella es —dijo el chico, señalando la apartada vivienda.

—¿Y dices que ayer también estaba iluminada? —le preguntó su amigo.

—Como te lo digo, Enric. ¡En esa casa hay fantasmas! Allí no vive nadie.

Los dos muchachos miraron la vivienda abandonada. En efecto, sabían que allí no vivía nadie. No pocas veces se habían aventurado por sus destartaladas habitaciones, descubriendo ecos y recuerdos de una vida anterior. Una luz iluminaba una de sus habitaciones, lo cual era raro, pues no se detectaba movimiento alguno.

—Bien, ¿a que no te atreves a entrar? —le retó el mayor.

—¿Estás loco? ¡Te digo que hay fantasmas!

—Pues yo voy a entrar. No creo en los fantasmas. Alguien se habrá dejado una luz encendida.

—¡No seas loco! ¡Te atraparán!

—Ya veo que estás cagado. Le diré a todos que tienes miedo, si no vienes conmigo.

Finalmente, fruto de la presión ejercida por su compañero, los dos muchachos se acercaron a la vivienda poco a poco. El miedo que sentía David se veía atenuado por la aparente seguridad que mostraba Enric. Con cautela, llegaron hasta la puerta de entrada, una puerta inexistente. Solo el vano permanecía como mudo testimonio de su pretérita existencia.

A pesar de que no era todavía de noche, la incipiente oscuridad daba al entorno un aspecto tétrico. Entraron y sintieron cómo resonaban sus pasos por el suelo de madera. La luz se hallaba en la habitación contigua y seguía sin oírse ruido alguno. Efectivamente, la vivienda parecía deshabitada. David seguía detrás de Enric, pero tenía miedo, mucho miedo. Le tenía cogido el brazo. De repente, observó que este

se ponía tenso y adquiría una gran rigidez en todo su cuerpo. Temblando, se atrevió a mirar a la habitación iluminada. En ese instante, oyó un grito que salía de la boca de Enric. Los muchachos salieron corriendo de la vieja vivienda y no pararon hasta hallarse a unos doscientos metros de distancia, momento en que se detuvieron para poder respirar un poco más pausadamente.

—¿Lo has visto? —le preguntó Enric.

—Sí, lo he visto.

—Tenemos que decírselo a alguien.

David estuvo de acuerdo. Aquello era algo que sabría resolver alguien mayor. Mientras iban a casa a explicárselo a sus padres, tenía muy presente la secuencia de lo que había visto. En primer lugar, había visto unos zapatos en el aire, cosa que le había extrañado mucho. Unido a estos zapatos se hallaba el cuerpo de un hombre que colgaba de una viga. La imagen de la cuerda rodeando el cuello, de la lengua morada que parecía burlarse de él y de los ojos saliéndosele de las órbitas le había impresionado muchísimo. Parecía que el muerto se hubiera querido reír de ellos, presentando aquella extraña mueca. Una mofa grotesca completada con una cicatriz que le cruzaba la mejilla.

CASO CERRADO

Octubre, 1939

«Una alma atormentada y una vida tormentosa. Toda una existencia de lucha y de penuria para acabar así», pensó Carles. El cuerpo del legionario yacía en el suelo sobre unas mantas. Lo habían descolgado después de hacer las fotos de rigor y de informar a sus superiores. No se observaban señales de violencia. Aquello parecía, lisa y llanamente, un suicidio.

—Bien, parece que tenemos el caso cerrado —dijo Ernesto.

—Eso parece —le contestó su compañero, quien notaba que una invisible señal de alarma sonaba en su cabeza y él sabía qué quería decir aquello.

Todas las circunstancias apuntaban a que el supuesto responsable de los asesinatos se hallaba ante ellos, inerte, pero, para Carles, había una serie de cabos sueltos que no acababa de ligar y eso no dejaba de preocuparle. Probablemente, Lucía tenía razón y él tenía la necesidad de buscar nuevos retos y misterios para resolver. En su interior, pensaba que el descubrimiento relativo al asesinato del dueño de La Laboral y el de los muertos de Monzón implicaban la existencia de una mente asesina que, dudaba mucho, fuera la del legionario. Además de esos hechos tan significativos, debía hallar alguna

pista relativa a su padre ahora que sabía que no había fallecido en Annual. Por otro lado, figuraba la existencia de aquel médico misterioso que había estado prisionero junto a su padre y que podía observar en las fotos junto a los hombres asesinados. Para acabar la relación, se hallaban las cartas que había recibido Carles durante varios años y que le habían ayudado a pagar sus estudios universitarios, unas cartas que estaban vinculadas de alguna manera con el señorío de Castellfosc. Demasiadas dudas, demasiados cabos sueltos para cerrar el caso.

«Como en los asesinatos anteriores, el caso se llevó con la mayor discreción. De todas maneras, cada día se asesinan prisioneros y ello es tratado con cierta normalidad desde las altas esferas del régimen», pensó el republicano. Pero entendía que el descubrimiento de un asesino en serie hubiera suscitado temores entre la población y dado alas a una posible, aunque difícil, oposición al régimen.

Su relación con Gonzalo y sus hombres no había mejorado. No podía olvidar que Lucía había estado a punto de morir por la torpeza de aquellos hombres. Pensó que, si se había acabado el caso, los perdería rápidamente de vista, cosa de la cual se alegraba. Por otra parte, su contrato expiraba si se daba por finiquitada la investigación. Esperaba que ello le diera cierta libertad para poder investigar por su cuenta.

—¡Sabía que podía confiar en usted!

El coronel Villalba había venido a Reus y había felicitado especialmente a Ernesto, que era quien se había llevado los méritos del resultado. Tras ellos, Carles y Hamed permanecían en silencio.

—He requerido su presencia en Barcelona, dada su

eficacia para resolver estos casos.

Ernesto permanecía en silencio. Sabía que nada de lo que dijera tendría efecto alguno cuando las decisiones estaban tomadas de antemano.

—Naturalmente —dijo dirigiéndose a Carles—, usted podrá acompañarle, si lo desea.

Carles forzó una sonrisa de agradecimiento. Todavía no había decidido qué sería lo que haría, pero no estaba dispuesto a enfrentarse a aquel hombre. En cambio, podría aprovechar aquella coyuntura para sacar beneficio personal.

—Verá —dijo Carles con respeto.

—¿Sí?

—Se me dijo que si ayudaba a solucionar el caso podría decidir mi futuro.

—Así es, en efecto.

—Es que quisiera ir a Barcelona para intentar saber algo de mi madre.

—¡Por supuesto! Faltaría más —dijo con cordialidad el coronel—. Tómese unos días de descanso. Es más, haré que Hamed le acompañe.

Por mucho que insistiera Carles, el coronel no cejó en su oferta. Comentó que, aunque Hamed era su chofer particular, podía prescindir de él unos días, porque pensaba quedarse en Reus para asistir al traslado de los prisioneros del campo de concentración del Pere Mata. El centro volvería a convertirse en un hospital psiquiátrico, como lo había sido desde su fundación.

«Ya está. Parecía que estaba destinado a quedarme aquí mucho más tiempo y ahora, de repente, todo ha acabado. Como suele suceder, de la manera más inesperada», pensó.

Preparó su equipaje. No olvidó llevar el diario y la maleta de su madre. Supuso que ya no volvería a aquella casa, por lo

que decidió llevarse todo lo necesario. No olvidó guardar entre sus pertenencias el arma.

Lucía permanecía en el umbral, observando cómo recogía sus cosas. Le comunicó que pronto se pondría en contacto con ella un escocés un tanto lunático.

—Podrás confiar en él. Te lo aseguro.

—¿No nos volveremos a ver? —le preguntó, mirándolo con aquellos maravillosos ojos.

—Creo que no —le dijo, mientras se le hacía un nudo en la garganta solo de pensarlo.

Ella lo besó en los labios. Fue un beso de despedida, pero, sobre todo, un beso de amor, de un amor que no había podido manifestarse plenamente. Con dulzura, se separaron.

—Adiós —le susurró ella.

—Recuerda ser feliz —dijo él, cogiéndole la mejilla. La notó húmeda, debido a un silencioso llanto.

—Y tú acuérdate de vivir. —Esa fue su enigmática despedida.

Carles intentó ser breve en su despedida de Benita. Ella, con mucho cariño, le dio una bolsa y le dijo, siempre tan pragmática:

—Os he *preparao* un poco de *comía pal* camino, por si tenéis hambre, que te veo un poco *delgaillo*.

Con Ernesto acordaron que ya se verían en Barcelona. Todavía él permanecería unos días más en Reus, acompañando al coronel y realizando los informes correspondientes. Cuando el coche giró por la calle, Carles no pudo evitar una sentida emoción. Aquella vivienda se había convertido durante un tiempo en algo semejante a un hogar.

—Hamed, ¡vamos a Barcelona!

Hamed sonreía. Si Carles hubiera podido leer el pensamiento de su compañero, no hubiese estado tan

contento. El rifeño recordaba un momento del día en que el coronel Villalba lo había apartado a un lado y, muy suavemente, había deslizado unas palabras en su oído.

—Recuerda, Hamed, que el republicano no debe volver.

DOS TUMBAS

Octubre, 1924

Martí había llegado corriendo junto a la casa. Todavía le costaba creer lo que veía. Efectivamente, la barraca de madera había sido quemada. Pero eso no había sido lo peor. En medio del claro se hallaba el cuerpo de Julià, sin vida. Una bala había acabado con él. Su muerte tuvo que ser rápida e inesperada. Todavía iba descalzo. El sanitario pensó que, en su estado febril, debió de levantarse cuando llegaron los asesinos. Sin embargo, su enfermedad le habría dificultado mucho la defensa de los demás y la suya propia.

Echó una rápida mirada al claro y vio la figura de Miguel, inerte y atada a un árbol. Su cabeza caía sobre un cuerpo horriblemente golpeado y ensangrentado. Martí se dirigió a él con el machete en la mano y le cortó las ligaduras. El muchacho permanecía inconsciente, pero, al parecer, todavía estaba vivo.

Algo estalló dentro de Martí. Sus labios murmuraban un nombre, el de Saida. Temiéndose lo peor, preparó el machete que llevaba, dispuesto a atacar a quien se hubiera atrevido a hacer daño a aquellos a quien quería. Alfredo, junto a él, preparó el rifle y lo cargó.

—¡Espera aquí! —le dijo a su compañero.

Presentía que ya no había nadie, pero quería ser él quien entrara al edificio. Sus pies temblaban mientras se acercaba a la vivienda, aquella casita en la que habían sido tan felices. Durante unos meses habían llegado a olvidar la guerra, los países y el mundo. Ahora, el conflicto había llegado hasta ellos. No habían podido esquivarlo como pensaba.

Pasó el umbral de la puerta. La casa era pequeña y no tardó en verla. Saida se hallaba en la habitación, desnuda sobre la cama. Unos cortes producidos por un cuchillo le atravesaban el pecho formando una cruel cruz. Unas heridas, mortales, le atravesaban el abdomen y el pecho. Sus ojos, aquellos ojos capaces de enamorar a Martí, todavía permanecían abiertos, aunque ya no tenían vida alguna. Una enorme desesperación se apoderó de él. No se daba cuenta, pero estaba llorando, llorando por aquella muerte inútil, por aquella crueldad innecesaria y por el tiempo futuro robado.

—¡Martí! ¡Martí!

Notó que alguien lo zarandeaba. Era Alfredo. No sabía cuánto tiempo llevaba allí. Probablemente, más del que él se imaginaba. Lo miró sin comprender, con una mirada vacía de esperanza, pero cargada de dolor.

—Miguel está vivo —oyó que le decía—. Hay que ayudarle.

Algo en su interior le hizo recordar que había estudiado Medicina. Cerró los ojos de Saida, suavemente, con una mano y la tapó con una sábana, intentando preservar su dignidad. Fue al exterior y, entre los dos, llevaron dentro a Miguel y lo colocaron en una cama. Martí se obligó a centrarse en el vivo, pero le resultaba muy difícil concentrarse. Saida había muerto. Todos aquellos planes que habían realizado quedarían abandonados. Ya nada tenía importancia: su objetivo de pasar a la zona española, el de formar una familia con ella… Todo

perdía significado.

Aquella noche la pasó velando el cuerpo de Saida y de Julià mientras que, por otro lado, seguía vigilando la salud de Miguel. Le había lavado las heridas. Algunas habían necesitado ser cosidas. Los escasos recursos de los que disponían no aseguraban la mejor de las atenciones, pero no dudaba de que el muchacho sobreviviría. Era fuerte, cosa que había demostrado en todo aquel tiempo. Necesitarían permanecer allí todavía unos días para que se recuperara.

A pesar de que lo de Saida ya no tenía remedio, algo en su interior se resistía a creerlo. Por otro lado, sentía que un ciego rencor alimentaba su corazón. Un rencor que se dirigía, sobre todo, a sí mismo. No debía haberla abandonado de ninguna manera. Recordaba los momentos pasados con ella y creyó ver en cada gesto de Id muchacha una advertencia del destino. Ella le había dicho que la vida era una continua desdicha que se hallaba entre pequeños momentos de felicidad. Ahora parecía cumplirse aquel triste presagio, pero los momentos de dicha habían sido tan breves…

—¡Martí! —Oyó a Alfredo como si estuviera en otra dimensión. Su voz parecía llegarle desvirtuada.

—Dime.

—Se trata de Julià.

—¿Qué quieres decir?

—¿Recuerdas la promesa que nos hicimos cuando estábamos en el aduar?

Martí recordaba la promesa, un juramento que los obligaba a los tres: quien sobreviviera, había de realizar aquello que se habían prometido.

—Sí, la recuerdo.

—Tendremos que realizar el deseo de Julià. Lo prometimos.

Hasta aquel momento apenas había pensado en Julià. El golpe había sido demasiado duro para darse cuenta de todas sus consecuencias. Todavía no lo había asimilado, ni interiorizado. ¡Pobre Julià! Él deseaba ver crecer a su hijo. Eso era algo que le había sido negado. Aquellos asesinos habían robado el futuro de unas personas inocentes. Ellos tomarían el relevo para intentar cumplir los deseos de su compañero. Los dos supervivientes cerraron la mano, una sobre otra, en un claro acuerdo para realizar la promesa cumplida.

Amaneció. La niebla dejó paso a un día soleado. Para Martí, el peor día de su vida. ¡Y ya llevaba unos cuantos! Cogieron las herramientas de Alfonso, el padre de Saida, y cavaron. Cavaron dos tumbas tras la casa, en el terreno que tenían junto a un huerto, allí donde se hallaban enterrados Alfonso y su mujer.

Solo cuando Martí comenzó a echar tierra sobre su cuerpo, comenzó a ser consciente de que nunca más volvería a verla. Una sensación de profundo dolor lo dominó. Un dolor insondable e infinito que le impedía pensar en cualquier otra cosa que no fuera ella. Saida era una muchacha. Apenas tendría veinte años y había visto su vida cercenada de la manera más cruel. Le parecía increíble que aquel día saliera el sol, que la rutina se impusiera independientemente de lo que había sucedido en aquel lugar. Hubiera entendido que el cielo se viniera abajo, que una catástrofe hubiera acabado con todo, pero no estaba preparado para perderla. Aquello no se le había pasado por la cabeza.

Cuando acabaron aquella desagradable pero necesaria tarea, rezaron una oración por sus compañeros y mantuvieron un respetuoso silencio. De repente, unas palabras resonaron tras ellos y les hicieron recordar que todavía la tragedia no había acabado.

—¡Vaya! Parece que volver a encontrar otra vez.

Aquella voz conocida correspondía a alguien a quien había creído perder de vista para siempre. Solo de sentirla se le erizaron los pelos del cogote. Los dos soldados se giraron y pudieron ver a Bani, que era quien les había hablado. Tras él se hallaban tres hombres. Todos iban armados, pero uno de ellos destacaba por su estatura y fortaleza. Era Udad quien, con una sonrisa de oreja a oreja, disfrutaba de aquel momento por tanto tiempo esperado.

DESENREDANDO LA MADEJA

Octubre, 1939

Habían llegado a Barcelona. El viaje había transcurrido sin incidentes. Los dos hombres apenas habían hablado, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Hamed no paraba de darle vueltas a lo que le había dicho el coronel Villalba. Sabía que la ejecución no podía posponerse más. Así se lo había anunciado el oficial.

Carles, en cambio, tenía su mente ocupada en varias cosas y todas las consideraba importantes. Le preocupaba el futuro de Lucía que, ahora entendía, pasaba por marcharse del país. En aquellos momentos, resultaba muy difícil la supervivencia de alguien que representaba los valores del gobierno caído. Lucía no podría trabajar de maestra. Su titulación republicana había perdido validez con estos nuevos amos deseosos de controlar la vida y pensamientos de un pueblo que querían ignorante y obediente.

Otra imagen que venía a su pensamiento era la del legionario ahorcado. Él no había querido decir nada, deseoso de verse libre de la obligación de estar a las órdenes de Ernesto. Si ellos creían tener al asesino de los capitanes, no sería él quien les hiciera ver lo contrario. Para Carles, quedaban algunos hilos sueltos, más bien toda una madeja.

No le cuadraba el carácter del legionario, bastante inestable, con el de un asesino frío y calculador Por eso no creía que con su muerte hubiera caído el criminal. Tampoco tenía clara la muerte de Eusebio, quien realmente había caído por la misma mano que había asesinado a los capitanes. Sin embargo, su homicidio rompía la lógica de los asesinatos: ni había estado en África, ni tenía relación con aquel grupo de hombres de la foto. Solamente, y de manera un tanto accidental, con el capitán Pedro García. Posiblemente se había entrometido en el camino del criminal. Pero, aunque fuera de esa manera, no tenía sentido que hubiera seguido el ritual de los capitanes asesinados.

Otro aspecto que lo mantenía en ascuas consistía en intentar saber qué fue lo que pasó con su padre. No había podido ponerse en contacto con Rick. La nota que le había dejado en su casa de Reus no había tenido respuesta. Así que no sabría si aquella pista quedaría en nada, en caso de no poder comunicarse con él. La verdad era que le hubiera gustado hablar con el escocés para poder saber, de la propia boca del hijo de Reinaldo Arnate, cual había sido la relación de hechos que habían llevado a la muerte al dueño de la fábrica y su pistolero.

Siempre le quedaba la posibilidad de investigar el origen de las cartas. Ello implicaba un viaje a Monzón para indagar, de primera mano, la posible relación de aquella familia con su padre. De hecho, el heredero había estado prisionero en África tras el desastre de Annual y eso no dejaba de ser otro elemento a tener en cuenta.

Una vez llegaron a Barcelona, Carles se despidió de Hamed, quien se encaminó con el coche a Capitanía General. El policía fue caminando a su casa. Le parecía extraña aquella situación. Considerar que tenía un hogar, aunque fuera

temporal, constituía un raro privilegio. No pudo dejar de pensar en su madre. Cuanto más tiempo pasara sin tener noticias suyas, más difícil se le haría volver a verla. Un nudo se le formó en la garganta mientras pensaba aquello.

Subió las escaleras del edificio y llegó a la puerta de su casa. La abrió y un sobre, que se hallaba en el suelo, fue su primera señal de bienvenida. No tuvo tiempo para ver nada más. Lo cogió con ansiedad. Vio que no llevaba ninguna indicación, lo rasgó y sacó una hoja de papel. En ella había la consabida canción y un lugar y hora de encuentro: un pequeño y cutre local en la calle Cid, en pleno barrio chino barcelonés. No sabía cómo lo hacía, pero lo cierto era que el escocés siempre se le adelantaba.

Esto lo puso de mejor humor, era la señal que esperaba. Rick debía de estar al tanto de su llegada. Aquel hombre tenía un sexto sentido que le permitía controlar los lugares y los tiempos a su antojo, siempre dentro de la máxima discreción. Como disponía de tiempo para la reunión, optó por echar un vistazo a su piso, un pequeño apartamento de dos habitaciones. El comedor presentaba vistas sobre el callejón que desembocaba en la calle Monteada. Lo observó y le pareció que no había cambiado nada desde que se fuera. La basura que había junto a algunas puertas daba a entender que no era el lugar más limpio de la zona. Una pátina de humedad cubría la calle, resultado de las últimas lluvias. Algunos charcos reflejaban el sucio gris de los edificios. Sobre ellos chapoteaban algunas ratas buscando algo con lo que alimentarse.

«Las ratas, como las personas, se desesperan en estos días para buscar la supervivencia», pensó Carles.

El apartamento apenas tenía muebles. Los antiguos propietarios se habían llevado casi todo. No le importó, se

había dado cuenta de lo poco que se necesitaba en aquellos días para sobrevivir. Sin embargo, agradeció la presencia de un colchón en el suelo de la habitación, así como una mesa y tres sillas en el comedor. Algunos enseres y utensilios en la cocina conformaban un fiel reflejo de los restos del naufragio en que se había convertido su vida. Pensó que tendría que volver a amueblarla, pero eso era algo que, en ese momento, carecía de importancia.

Salió a la calle y deambuló por el barrio de la Ribera. Decidió comer en un pequeño bar familiar. Pudo leer el periódico, aunque apenas hacía caso de las noticias. Para Carles todo era una novedad. No se había forjado todavía la idea de que podía pasear libremente sin que tuviera que estar tutelado por nadie. Esta idea, poco a poco, iba abriéndose paso en su mente y quería disfrutar de ella.

Tras pasar varias horas disfrutando de una nueva sensación de libertad adquirida, decidió que ya era hora de dirigirse al lugar de reunión. Ignoraba qué sorpresa le tenía preparada Rick, pero no dudaba de que, fuera la que fuera, no quedaría indiferente ante ella. Se dirigió a las sucias calles del barrio chino donde el triunfo de la moralidad franquista había conseguido disimular, que no eliminar, las imágenes de prostitutas ofreciéndose a los clientes. Observó lo que quedaba de la antigua fábrica textil donde estaba situada La Criolla, uno de los locales más trasgresores de los años treinta. Allí el ambiente había sido alocado. El alcohol, las drogas y la prostitución se habían dado la mano junto a burgueses curiosos o depravados. Una bomba lanzada por la aviación italiana, cuando bombardeaban el puerto de Barcelona, había acabado con su historia, dejando solamente algunos restos para su leyenda posterior.

Frente a aquel local se hallaba Cal Sagristá, del mismo

dueño que La Criolla. Recordó que, hacía algunos años, su nombre había estado involucrado en la investigación por los asesinatos de los hermanos Badía en el treinta y seis, encargados de reorganizar las Juventudes d'Estat Catalá. «Un turbio asunto», pensó Carles, como lo habían sido ellos. Miquel Badía había llegado a ser jefe de Servicios de la Comisaría General de Orden Público. Fue forzado a dimitir por Lluís Companys en 1934, a causa de torturas policiales que aplicaban a los sindicalistas detenidos en los conflictos laborales. Su muerte benefició a muchas personas implicadas políticamente y ya se sabe que, cuando los políticos entran por la puerta, la verdad salta por la ventana.

Entró en un oscuro local sin nombre. Un travesaño sobre la puerta indicaba que aquello era algo parecido a una taberna. En realidad, era un triste y lóbrego local. Debía de ser nuevo, pero ello no era sinónimo de limpio. Pidió una copa y se sentó en una mesa hacia el fondo. Un par de chicas se hallaban en la barra aburridas, intentando captar algún cliente ocasional. Las ignoró, sus intereses se encaminaban hacia otro lado.

Al poco rato, una figura conocida hizo su entrada. Reconoció a Rick por la forma de caminar, ya que su aspecto físico en nada difería de un marino en busca de diversión cuyo barco hubiera atracado en el puerto. Se sentó, junto a él. La música del local encubría la conversación.

—Realmente me dejas sorprendido —le dijo Carles—. No te hubiera reconocido.

—Uno ha de pasar de forma discreta según el ambiente en que se encuentra.

—Ya lo veo, pero… ¿Cómo sabías que vendría a Barcelona y cuál era mi casa?

—Elemental. Un espía ha de estar informado de todo. Por lo que respecta a la finalización del caso, me enteré de que

encontrasteis el cuerpo del legionario. Lo de tu casa ya lo había investigado antes de ir a buscarte a Reus.

—¿Tú crees que el caso está resuelto? —le espetó Carles.

—Ellos lo creen —fue la respuesta—. ¿Y tú?

—Yo… No sé. No creo que hayamos atrapado al asesino.

—Pero ellos necesitan un cabeza de turco y ya lo tienen.

—Eso mismo pienso. Aunque la noticia no ha salido en los diarios, supongo que los mandos militares tenían orden de cerrar la investigación cuanto antes, con algún éxito que se pudieran adjudicar.

La conversación se interrumpió ya que una muchacha trajo la bebida de Rick. En aquel momento, Carles aprovechó para observar más detenidamente el local. La escasa clientela consistía en la fauna característica de estos lugares: marinos borrachos, estibadores del puerto, burgueses en busca de una perversa aventura y otras peculiares especies.

—Por cierto —continuó Carles, una vez se hubo marchado la camarera—, ¿por qué me has traído aquí?

—Es aquí donde he quedado con Pedro Arnate.

—¿El hijo de Reinaldo?

—En efecto.

Justo en aquel momento, un hombre robusto vestido con unos pantalones oscuros, una camisa gris y una chaqueta azul oscuro hizo su entrada en el local. Una gorra con visera le daba un aire de proletario. Su aspecto estaba un tanto descuidado. Una barba de una semana lo confirmaba. Rick los presentó y se saludaron. Su sonrisa dejó entrever algún diente roto fruto, probablemente, de alguna reyerta. Hablaron de otra época, de una en la cual los obreros tenían la palabra y podían unirse frente a los patronos. Carles no quiso hacer referencia al papel que jugó su padre, precisamente.

—¿Así que tú eres el hijo de Julià?

—Sí, ¿lo conociste?

—Muy vagamente. Cuando lo vi, debía de tener seis o siete años. Quería darte las gracias. Mi padre me explicó qué fue lo que pasó. Tu padre pudo matar al mío, pero no lo hizo.

—Eso le costó marchar a África y huir de la venganza de aquel empresario.

—Mi padre no pudo huir de ella, pero aquella historia ya está acabada. —La mirada de Pedro permanecía perdida en algún lugar ignoto.

—El empresario murió… —dejó caer Carles.

—Y su guardaespaldas —afirmó el hombre, bebiendo una cerveza que le habían traído.

—Me interesaría saber la identidad del hombre que lo hizo. Pienso que podría ser mi padre —le dijo Carles, intentando no violentar a aquel sujeto, que le pareció un tanto inestable.

—No lo sé. Era un hombre de estatura mediana, más bien alto. Tenía el pelo castaño y ojos grises. Recuerdo que se hacía llamar Amazigh. Me dijo que eso quería decir «hombre libre» en bereber.

—¿Podría ser este hombre? —le preguntó Carles, enseñándole la foto de su padre.

Pedro la miró atentamente mientras el policía contenía la respiración. Después de un rato, en el cual la mantuvo en el aire para que le diera la luz, se giró hacia Carles.

—No, no se le parece.

—¿Recuerdas alguna cosa en especial?

—La verdad es que no hablamos mucho. Él me buscó. Me dijo que debía eliminar al dueño de la fábrica…

—¿Debía?

—Eso dijo. Al parecer, había hecho un juramento junto con otros dos hombres.

—¿Te dijo quiénes eran los otros hombres?

—No, no lo dijo.

Otra vez una pista que se escapaba. Maldijo su suerte.

—Lo único que recuerdo es que realizaron la promesa en África. Creo que habían estado prisioneros.

Unos minutos más tarde, el policía regresaba a su pisa. No había podido sacar nada más en claro de su reunión con Pedro. Tan solo, la aparente seguridad de que su padre no estuvo detrás del asesinato del empresario que le había arruinado su vida. Por un lado, se alegraba de que hubiera sido así, pero, por otra parte, ignoraba si algún día llegaría a saber algo más de él. Tras la marcha de Pedro todavía había hablado un rato con Rick. Había puesto las condiciones para que Lucía pudiera marchar a un nuevo país que le pudiera ofrecer nuevas oportunidades. A continuación, había seguido preguntando cosas relativas a los Castellfosc de Monzón. En aquel momento, era la única pista de la que disponía.

Mientras volvía a su casa, pensaba que todos los hombres asesinados estaban relacionados. Habían sido soldados en Marruecos, en la época del desastre, y sobre ellos se sostenía la figura de un inquietante oficial conocido con el sobrenombre de Cabeza de serpiente, implicado en la muerte de la mujer e hijo de Hamed.

Recordó que su padre no había muerto en el desastre, que estuvo prisionero junto a otros dos españoles. Junto a él había permanecido Martí Salvat, el hombre de la fotografía, el médico del aduar. ¿Serían ellos quienes hicieran aquel juramento que había condenado al empresario?

Otro aspecto que no podía obviar era el origen de los sobres. Correspondían a un aristócrata aragonés. Lo que le

confería cierta curiosidad era que aquel hombre también había estado prisionero de Abd El-Krim. ¿Podría ser que aquel hombre fuera el tercer hombre del aduar? Aquello solo lo podía confirmar Hamed, que era quien lo había visto en una ocasión, pero ahora no podría disponer de la ayuda del rifeño.

Manteniendo aquellas cavilaciones había llegado, sin darse cuenta, a su casa. Abrió la puerta del piso y cogió el quinqué que había junto a la misma. Mientras lo encendía, pensó que debía arreglar la instalación eléctrica. De hecho, había muchas cosas que hacer en aquella casa. Ya tendría tiempo de ello.

Cuando se giró, se dio un gran sobresalto. Allí en el comedor, sentado en una silla, se hallaba Hamed afilando con una piedra su navaja.

MONZÓN

Octubre, 1939

—¡Hamed! ¡Vaya susto me has dado!

La sorpresa había sido mayúscula, pero la situación era muy extraña. En primer lugar, el moro había forzado la puerta para entrar. En segundo lugar, tenía un arma. «¡Qué iluso he sido creyendo que estaba en libertad!» pensó Carles, mientras recordaba que tenía la pistola en el bolsillo interior de la chaqueta. El rifeño continuaba impasible afilando la navaja, como si no fuera consciente de la presencia del policía.

—¡Hamed! —Alzó la voz—. ¿Me quieres decir qué haces en mi casa a esta hora? ¿Sin avisar?

—Coronel Villalba ha dicho a Hamed que ha de matar a Carles.

—¿Qué? ¿Eso es lo que piensas hacer? —dijo, sacando la pistola—. ¿Después de todo lo que llevamos?

—Está tranquilo, Carles. Hamed no matar.

—¡Oh, me quedo descansado! ¿Es por eso que tienes la navaja a mano?

—No —sonrió el rifeño—. Yo solo afilar. Yo he venido a decirte que tú has de marchar y no volver porque coronel Villalba te quiere muerto. Por eso yo he venido y dice que tú marchas lejos. Carles ser buena persona. Padre de Carles ha

sufrido con Udad. Yo no quiero matar. Hamed agradece a coronel Villalba que ha salvado la vida, pero yo no ser criminal.

—Gracias, Hamed. Eres un buen hombre. A propósito, ¿te gustaría descubrir quién es Cabeza de serpiente?

El coche circulaba a gran velocidad por la carretera en dirección a Monzón. Carles pensó que Hamed no tenía arreglo. Estaba claro que, a estas alturas, no aprendería a conducir. Ya hacía rato que habían dejado Lérida. Una espesa niebla había sido poco obstáculo para un conductor temerario que, en ningún momento, redujo la velocidad. Mientras atravesaban Binéfar, no podía dejar de pensar en la manera que había congeniado con Hamed. El rifeño era una persona bastante cerrada e introvertida, pero las experiencias pasadas le habían hecho ver las cosas de diferente forma. De alguna manera, el sufrimiento padecido los había acercado emocionalmente.

Fue inmediata la reacción del rifeño ante la propuesta de Carles. Pareció salir de su ensimismamiento e, inmediatamente, se dispuso a partir. El policía tuvo que frenarlo para poder salir a primera hora de la mañana.

Todavía una fina niebla permanecía en el ambiente cuando Carles pudo apreciar, como salido de la nada, el admirable castillo. El coche hizo su entrada en Monzón, una ciudad conquistada y recuperada a lo largo de la historia. Ya fue tomada por el Cid a los Banu Hud en el siglo XI. Sancho Ramírez lo convirtió en reino para el infante Pedro I, antes de ser rey de Aragón. En el siglo XII, pasó a pertenecer a la orden del Temple, quien cedió a cambio sus derechos sobre la Corona de Aragón. El castillo de Monzón se convirtió en la

principal encomienda de la Corona de Aragón. Tras la caída de la orden del temple, declarada herética por el papa Clemente V, pasó a manos hospitalarias. La ciudad fue sede, en numerosas ocasiones, de las Cortes de la Corona de Aragón. La consideración de enclave estratégico jugaría en contra de la ciudad, que fue ocupada en diversas ocasiones: por tropas francocatalanas en la guerra de los Segadores, en 1642, por tropas castellanas al año siguiente, así como por tropas francesas durante la guerra de Independencia.

«Demasiados intereses que provocan demasiados conflictos y, en medio de ellos, la población, víctima involuntaria de intereses particulares» pensó Carles, mientras recordaba fragmentos de la historia de Monzón. Si algo le gustaba, resultado de su experiencia como historiador, era informarse de aspectos históricos de aquellos lugares que formaban parte de la investigación.

El coche circuló por las céntricas calles de la ciudad. Finalmente, pudieron estacionarlo cerca del Ayuntamiento. Fueron caminando por las estrechas calles que conformaban la antigua aljama de la ciudad. Sobre ella, imponente, el castillo templario dominaba las alturas. Pasaron frente a la iglesia de san Juan, de estilo gótico. Había sido construida en este emplazamiento tras el traslado de la misma desde la ladera de la fortaleza, un siglo después de la caída de los templarios.

Tras un corto recorrido a pie, llegaron ante una antigua casa señorial. Una reja de hierro barraba el paso a la vivienda. A través de la reja se podía ver un pequeño jardín bien cuidado. Un camino empedrado guiaba hasta la puerta de entrada. El policía observó el escudo de armas que había en la fachada. Sintió una punzada de emoción: era la misma imagen que aparecía en aquellos sobres que recibiera con dinero y que le habían ayudado a costear su educación.

—Parece que hemos llegado al origen de una historia.

Carles se estaba preguntado cómo diantres avisar a los de la casa. En ese momento, una señora se asomó a la puerta. Los debía de haber visto a través de la ventana.

—¿Qué desean? —les preguntó.

—¡Policía! Necesitaríamos hablar con la dueña de la casa.

Aquellas palabras surtieron su efecto, pues al poco rato se hallaban en una salita sentados ante doña Clara Enríquez, la viuda de don Rodrigo Castellfosc, padre del heredero de la saga. Unas tazas de té, acompañadas de unas pastas, fueron toda una agradable sorpresa para los dos hombres.

—Ustedes dirán —les dijo aquella mujer de mirada clara, pero de ojos tristes. Su cuerpo delgado y empequeñecido hablaba de una mujer sencilla, de mediana edad, que poco tenía que ver con los títulos adquiridos.

—Tiene una casa preciosa —la halagó Carles.

—Era de mi difunto marido. Ya la tenía cuando nos casamos.

—Pero la casa originaria de los Castellfosc se halla en Barbastro, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca. Se halla a las afueras de Barbastro. En dirección a Cregezan.

—¿Todavía la tienen? —preguntó el policía.

—Sí, vamos allí en verano habitualmente, pero la mayor parte del tiempo residimos aquí.

—¿Y su hijo vive con usted?

El republicano observó que aquella aparente solicitud con la que los había atendido se había transformado. La desconfianza asomaba al rostro de la mujer.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Verá, quisiera hablar con su hijo, si es posible.

Le pareció distinguir una mirada de alarma en aquel

rostro. Fue una impresión fugaz, pero suficiente para alertar a Carles.

—¿Por qué desean hablar con él?

—Estamos investigando unos asesinatos y creo que él nos podría ayudar con algunos datos.

—Le diré que… hace bastante tiempo que no lo veo. Él tiene otra vivienda en la ciudad. Aquí solo viene a verme de vez en cuando. —El azoramiento iba en aumento.

—¿Desde cuándo no lo ve?

—No lo sé. Verá, hace tiempo que no viene. Seguramente estará de viaje. Tiene que atender muchos negocios.

De repente, una idea se abrió paso en la mente de Carles.

—¿Podría darnos una relación de todos los negocios que poseen?

—Yo… No le sabría decir. Esto lo llevaba mi difunto marido y ahora se ocupa mi hijo y mi abogado. Yo no podría aclararle todas las propiedades de la familia.

—Cuando vivía su marido tenía usted otro abogado, si no me equivoco —dejó caer Carles—. Tengo entendido que tuvieron problemas.

—Aquel hombre intentó engañarnos. —La dureza había ocupado el rostro de la mujer—. Tuvimos un pleito porque quiso quedarse las propiedades a la muerte de mi marido.

—¿Cómo pudo intentar engañarlos si los derechos debían pasar al hijo? ¿Me equivoco?

Ahora, Clara presentaba un aspecto tan pálido como un pergamino. Se atrabancó en la respuesta. Manifestaba una preocupación evidente.

—Mi hijo… Estaba en África, en el ejército.

—¿Estuvo en Marruecos?

—Sí, cuando el desastre de Annual. Sirvió en la caballería. Después fue hecho prisionero. En aquellos momentos

pensamos que había muerto. —Unas lágrimas caían por su rostro—. Era un chico estupendo y cariñoso.

—¿Era? ¡Pensaba que estaba vivo!

—Bueno… Es que, en aquellos instantes, creíamos que había fallecido. Cada vez que lo recuerdo me parece vivir aquellos momentos. Afortunadamente volvió y pudimos arreglar la cuestión legal —dijo, reponiéndose del momento emotivo, aunque a Carles aquello le sonó a discurso preparado.

El republicano recordó que el abogado fue quien gestionó la compra de la fábrica del Pueblo Nuevo y por lo tanto estaba relacionado, de alguna manera, con el asesinato del dueño de la fábrica. Pidió la dirección del hijo y del abogado. Finalmente, se despidieron de la mujer.

—No ha ayudado mucho la señora —comentó Hamed.

—Me temo que no. Miraremos si conseguimos hablar con el abogado. Puede que él nos aclare algo más.

Tras la ventana, una mirada insegura y preocupada observaba cómo desaparecían los hombres tras la verja. La mujer cogió el teléfono y marcó un número.

—¿Germán? Soy Clara. Creo que unos policías van hacia tu despacho. Será mejor que te tomes el día libre y desaparezcas.

Salieron con el coche hacia Barbastro. No habían encontrado al abogado de los Castellfosc ni al hijo. El premio obtenido en su viaje a Monzón había sido escaso. Carles propuso a Hamed partir hacia la capital de la comarca del Somontano. Disponía de la dirección de la casa señorial y antigua granja de la familia. Tras un corto viaje en el que pudieron admirar unos paisajes de una belleza espectacular,

llegaron ante la vivienda originaria de la casa Castellfosc, al menos de la rama aragonesa.

La antigua granja se hallaba al final de un camino embarrado. Tras ella se apreciaba la belleza de los Pirineos. Un aire fresco, muy agradable, les obligaba a abrigarse. La vivienda, una antigua casa de piedra, mostraba con austera dignidad su orgullosa posición. Pero, cuando se aproximaron, en ella apreciaron las señales inclementes que denotaban el paso del tiempo. Las puertas y ventanas de recia madera permanecían, en su mayor parte, cerradas.

Junto a la casa, las antiguas caballerizas presentaban todavía un estado de mayor abandono.

—¿Qué desean? —dijo la señora delgada que salió al exterior, una vez hubo oído llegar el vehículo.

—Venimos a hablar con los dueños de la casa. Somos policías —dijo Carles presentándose. Quería evitar cualquier intento de evadir respuestas—. ¿Se halla aquí Alfredo Castellfosc?

—La dueña no está y el hijo hace mucho tiempo que no viene por aquí —comentó la mujer—. Pero ¡pasen, pasen! Que aquí se quedaran helados.

Desde la proximidad, Carles observó las arrugas que tenía. El clima frío, típico de la zona en aquella temporada, causaba estragos en el aspecto curtido de la mujer. Su pelo negro, con muchos mechones grises recogidos en un moño, hablaban de su edad.

Entraron en la casa e, inmediatamente, el calor producido por el fuego del hogar los acogió. La austeridad parecía ser la tónica que seguía aquella vivienda. Unas patatas y pimientos se estaban asando junto al fuego y esparcían un agradable olor a comida por la sala. Se acomodaron cerca de la lumbre. Allí pudieron hablar con cierta comodidad. Las ganas de conversar

de la mujer facilitaron el interrogatorio.

—Veo que se está preparando la comida —comenzó Carles, intentando ser amable.

—La comida al fuego tiene un sabor mucho más bueno. Si quieren, pueden quedarse a comer.

—No, gracias. Tenemos un trabajo que cumplir.

—Lo entiendo, ustedes dirán.

—¿Cuánto tiempo hace que no viene Alfredo por aquí?

—¡Uyyy! Mucho tiempo diría yo. Unos dos años.

—¿Hace mucho que trabaja para los Castellfosc?

—Hace demasiado. A veces, más que una alegría, resulta un castigo.

—¿Y eso? —Carles estaba extrañado ante aquella afirmación.

—Verá. Tendrían que haber conocido esto en otros tiempos. Ahora hace unos treinta años que trabajo aquí. Vivía con mi marido, Ricardo. Él cuidaba de los caballos. Entonces era otro mundo. A Rodrigo, el padre de Alfredo, le gustaba mucho venir por aquí y, aunque la casa ya no era lo que había sido el siglo pasado, todavía el nombre de los Castellfosc tenía su resonancia en la comarca. Aquí se llegaron a realizar grandes fiestas donde venía la flor y nata de los alrededores. Si don Rodrigo levantara la cabeza, seguro que la volvía a agachar.

—¿No viene nadie por aquí?

—Los veranos suele venir algunos días doña Clara, pero ella es diferente. A ella le gusta más la ciudad. Se pasa todo el año en Monzón.

—¿Ya no tienen caballos?

—No, ahora solo tenemos la Romu, una vieja mula coja. Está en las últimas, como todo en esta casa.

—¿Qué quiere decir?

—El muchacho, Alfredo, no tiene mucha ilusión por esta vivienda. Esta casa era sagrada para don Rodrigo. Para él, representaba el origen de la saga, pero el resto de la familia no piensa igual. Yo creo que esta casa seguirá el camino de los descendientes.

—¿El de los Castellfosc?

—Sí. Esta familia se viene abajo. Ya lo decía Ricardo.

—¿Su marido?

—Que en paz descanse. Cuando el hijo vino de África, él me dijo: «Aurora, esto ya no es lo mismo».

—¿Por qué le decía eso?

—Porque el chico ya no era el mismo de antes. Cuando era pequeño, le gustaba mucho venir a esta granja. Siempre quería montar los caballos. El viejo don Rodrigo pensó que el muchacho contribuiría a seguir la tradición familiar. Aunque habían hecho muchos negocios, no podían olvidar que el origen de la familia se hallaba en la cría de caballos.

—¿Qué fue lo que cambió?

—Vino transformado de África. Dejó de interesarle todo. Parecía que tenía la cabeza en otro sitio. No volví a verlo montar a caballo. Algo malo le debió de pasar allí, aunque Rodrigo no lo creía así.

—¿Qué era lo que creía él?

—Lo fuimos a ver cuando estuvo ingresado en el Pere Mata, un fin de semana que pudimos ir a Salou. Nos dejaron verlo, pero él no nos dijo nada, no parecía conocemos. Tenía un aspecto horrible. Todavía se le notaban las marcas de algunos golpes y heridas. Estaba delgadísimo. Los médicos nos dijeron que, muy a menudo, estaba ausente. Dios sabe por qué oscuros mundos viajaba su mente. A menudo tenía pesadillas y se despertaba gritando. Debía de recordar escenas vividas en aquella horrible guerra. Nos comentaron que un

nombre se repetía en sus sueños. Entonces, cuando se despertaba, a menudo lo oían llorar.

—¿Qué era lo que decía en sueños? ¿Llegaron a saberlo?

—Al parecer era un nombre árabe. Ignoro qué quería decir. Si era una persona o un lugar, creo que era algo así como Saida.

—¿Nunca llegaron a preguntarle qué significaba? —Aquel nombre le llevó a recordar el diario de Martí.

—Se lo comentamos alguna vez, pero entonces su cabeza parecía perderse en extraños pensamientos. A veces se perdía con la mirada y no nos contestaba. No le volvimos a preguntar.

—¿Le dijeron alguna cosa más los médicos?

—Básicamente, lo que les he dicho. Cuando salimos de allí, yo lloraba de pena. Entiéndalo, lo había conocido desde pequeño y ahora no me reconocía y, ¡mira que los médicos nos dijeron que había mejorado mucho! Ricardo, recuerdo que me dijo: «No llores tanto por ese chico». Yo no lo entendía. Quise hacerle entender que era debido a que lo conocía desde pequeño. Entonces lo que me afirmó me dejó helada.

—¿Qué fue lo que le dijo?

—«Yo conozco a Alfredo desde que nació y puedo asegurarte que ese chico no es Alfredo Castellfosc».

SANGRE BAJO EL SOL

Octubre, 1924

Vaya, médico. ¿Tú pensar que escapar? —Ahora era Udad quien hablaba.

Martí no hablaba. Miró a los rifeños. Pensó que lo peor era que las armas las tenían en el interior de la casa. No tenían opciones de sobrevivir. Sabía que eso era algo que no le preocupaba ahora especialmente. Tendría que buscar alguna estrategia que le permitiera acercarse siquiera a las herramientas del huerto. Un pico, una pala, una azada y otras herramientas descansaban junto a las tumbas.

—¡Eres un cobarde, Udad! No eres capaz de venir tú solo. Siempre te has de esconder tras los otros hombres.

Aquello era una provocación. La intención era intentar una lucha individual contra Udad y buscar alguna ventaja en ello. La pasividad, lo sabía, los condenaba a la muerte. Aquella reacción, inesperada para los rifeños, surtió su efecto, pues Udad se sintió provocado en su liderazgo ante sus hombres. No por ello dejaba de sonreír ya que, para el cabileño, aquellos hombres no representaban un verdadero peligro. Habían permanecido varios años en el poblado y su actitud había sido sumisa, una actitud que los moros habían confundido con la cobardía. Lo que ignoraban era que, en

aquel momento, ni la actitud ni las fuerzas eran las mismas. Para Martí ya no había nada que lo atara a este mundo; por lo tanto, no tenía nada que perder.

Udad se adelantó sin dejar de sonreír. Le dio el rifle a uno de sus acompañantes y se aproximó a Martí sin armas. Tan solo llevaba un machete que le colgaba del pantalón con una cuerda. El sanitario se echó hacia atrás, cosa que le hizo parecer un cobarde ante Udad. Este se quitó la chilaba de lana que le llegaba hasta las rodillas para poder moverse mejor. Una camisa marrón y unos pantalones bombachos de color *beige*, junto a unas botas seguramente robadas a un militar español, formaban su vestimenta. El español iba vestido con ropa que pertenecía a Alfonso y que le dejara Saida. Una camisa azul y unos pantalones de un color marrón claro, junto con unas alpargatas, conformaban su atuendo.

Martí se lanzó a la desesperada contra Udad, intentando cogerlo por sorpresa, pero el rifeño paró el golpe con facilidad y le empujó, cosa que hizo que el español cayera hacia atrás al suelo. Ello provocó las risas de los demás hombres. Volvió a levantarse, pero el jefe cabileño le dio una patada que le alcanzó el pecho y volvió a caer, sintiendo que se quedaba sin respiración por un momento.

—*Español*, muy flojo —dijo entre risas el rifeño.

Martí volvió a levantarse. Sabía que no aguantaría mucho más. Si él caía, sin duda Alfredo y Miguel morirían. Ello le hizo recordar a Saida y una gran oleada de rabia le colmó. Con renovada energía, se lanzó nuevamente contra Udad, quien se sorprendió de la contundencia que mantenía todavía el español en la lucha. Al abalanzarse contra el jefe, consiguió que una de sus rodillas impactara contra sus testículos. Ello provocó un grito de dolor en el cabileño. Antes de que se recuperara y dado que había bajado la cabeza, el sanitario

impactó con todas sus fuerzas su cabeza contra la cara del rifeño. El golpe, inesperado, aturdió al gigante que se tambaleó. Un puñetazo en la cara y una fuerte patada en el abdomen hicieron que el hombre cayera hacia atrás.

La caída sorprendió a los rifeños, quienes comenzaban a ver que aquello adquiría otro cariz diferente. En esos instantes, nadie estaba pendiente de Alfredo, que esperaba vigilante alguna ocasión que les diera ventaja. Observó que Bani comenzaba a levantar el fusil. Evidentemente, no esperarían a que acabara la pelea para darle la solución que a ellos les interesaba. Viendo que estaba apuntando y se disponía a disparar, decidió jugársela y se lanzó contra él, desviando con la mano el rifle. Un estampido resonó en aquel claro, pero el resultado no fue el esperado. El rifeño que había cogido el arma de Udad cayó al suelo con la cabeza abierta del disparo recibido. Sus sesos salpicaron a los allí presentes.

Tanan se giró sorprendido. Observó cómo uno de sus compañeros caía sin vida al suelo. Al mismo tiempo, Alfredo y Bani disputaban el fusil. Su compañero tenía las de perder, pues no era especialmente ni hábil ni fuerte. Apuntó y disparó, hiriendo al español en el pecho. Este cayó hacia atrás. Advirtió a su compañero de que no se dejara sorprender, pero observó la cara aterrorizada del mismo. Cuando volvió el rostro hacia los contrincantes, el espectáculo que observó lo dejó impresionado.

Martí, en la caída con Udad, había conseguido hacerse con su machete. Con gran decisión y convicción, potenciada por la rabia que sentía, clavó varias veces el arma en el grueso y robusto cuerpo del cabileño. Rápidamente, dejando agonizante al jefe en el suelo, se había levantado hacia los otros dos hombres. Su aspecto no podía ser más aterrador: llevaba la cara y parte del cuerpo cubierto de sangre, a la vez

que una mirada de feroz odio dominaba su expresión. Ante los ojos de los cabileños, el español podría ser el mismo demonio. Su mirada febril y enloquecida y sus movimientos rápidos y ágiles, que acompañaba de una gran fuerza, resultaban sorprendentes en aquel delgado cuerpo. Todo ello no parecía natural.

Tanan quiso hacerle frente, pero no disponía de más balas. La Remington de calibre 11 milímetros que llevaba era un arma de un solo tiro. El rifeño cogió el rifle por el cañón e intentó golpear al español. Martí pudo esquivar el impacto y le lanzó un golpe con el machete. Se lo hundió entre las costillas. De un empujón, lo echó a un lado y se dirigió hacia Bani, que lo contemplaba con cara de espanto.

—Yo… No… —decía titubeante—. Bani amigo *español*.

Bani tiró el rifle y salió corriendo, pero, al entrar en el bosque próximo, tropezó y cayó. Martí se agachó tras él y, de un tajo, le cortó el cuello de oreja a oreja. Un chorro de sangre regó las plantas más próximas. Cuando volvió al claro, pudo ver que Tanan había conseguido marcharse. La herida no debía de haber sido muy profunda. Sin jefe y sin nada que ganar, había decidido tomar el mejor camino para él, que consistía en la huida.

Se acercó hasta Alfredo, que yacía en el suelo. Todavía vivía, aunque el tiro era mortal. Martí se sentó en el suelo y le cogió la cabeza entre los brazos. Su compañero abrió los ojos. Notó que apenas le quedaba vida. Respiraba con dificultad.

—¡Martí! —le dijo.

—Dime.

—Recuerda la promesa. Quien pueda volver… —Respiraba muy forzadamente—. Tú puedes conseguirlo.

—Lo conseguiremos los dos, ya verás.

—Recuerda la promesa —le volvió a decir en un susurro.

Sus ojos quedaron en blanco y la vida abandonó su cuerpo. Un grito desesperado salió de la garganta de Martí. Fue un grito que no encontró respuesta. Ni tan siquiera el eco se dignó responder.

Mecía la cabeza de Alfredo, como si de un niño pequeño se tratara. Las lágrimas caían por su rostro, unas lágrimas de rabia y desesperación. Un gemido de Udad le hizo girar el rostro. Todavía estaba vivo. Se levantó y lo miró. Vio que apenas podía moverse, pero indudablemente sí que podía sentirlo. Fue hacia la cabaña y cogió unas cuerdas que había visto en su interior. Cogió por las axilas al rifeño y lo arrastró hacia el árbol en que encontrara atado a Miguel. Con gran dificultad, pudo levantar al hombre y atarlo en el mismo. Utilizó dos ramas como punto de palanca para poder levantar su grueso cuerpo.

—¿Te encuentras cómodo Udad? —le preguntó—. Ahora podrás disfrutar en tu propia persona de aquello que hiciste a mis compañeros.

Cogió el machete y le cortó la cabeza después de varios intentos y golpes. La colocó a los pies del cuerpo, como le viera hacer en el poblado. Después, arrastró los cuerpos de los rifeños muertos y los colocó a los pies de su difunto jefe, como si de un macabro trofeo se tratara. Sabía que los moros entierran a sus muertos. Por eso consideró que esta sería su última venganza sobre los asesinos.

IDENTIDADES

Octubre, 39

Salieron de la vivienda. El tiempo había pasado con bastante rapidez, pero, a medida que avanzaban en la investigación, nuevos datos aparecían ante sus ojos como si de una excavación arqueológica se tratase. Hamed había permanecido en silencio, cosa que le había agradecido el policía. Mientras se alejaban de la casa, Carles recordaba algunos momentos de la conversación.

—¿Y no manifestaron a nadie las sospechas sobre la identidad de Alfredo?

—¿Cómo lo íbamos a decir si su madre lo había reconocido? Bueno, la segunda mujer de don Rodrigo. ¡Claro! Ella debía de tener la cabeza en otro sitio.

—¿Qué quiere decir?

—Que al poco de recuperar la herencia de su marido, se casó con su abogado. Fue él quien le arregló todos los papeles. Se ve que el roce trae el cariño.

Aquel recuerdo pareció despertar en ella un sentimiento de pena.

—Pobre señor. Murió sin ver a su hijo en libertad. Él pensó que había muerto en Annual. Creo que fue la pena lo que le mató en realidad.

Ahora Carles intentaba asimilar los nuevos datos. Procuraba encajar todas las piezas con las nuevas averiguaciones. Era consciente de que algo se le escapaba e intentaba relacionar los hechos e informaciones. En aquel momento, el estómago le avisó de que ya llevaban muchas horas en ayunas.

—Hamed, creo que necesitamos comer. ¡No podemos vivir del aire!

Pararon en una pensión de Barbastro. Allí comieron y encargaron un par de habitaciones para pasar la noche. Tras descansar un poco en las respectivas habitaciones, salieron a pasear. Se dirigieron hacia las afueras de la población. Resultaba muy goloso disfrutar del paisaje.

—No hemos encontrado información sobre Cabeza de serpiente. —Hamed solía darle vueltas al asunto.

—Pero, sin embargo, hemos recabado una información interesante. —Ante la mirada interrogativa de su compañero, continuó—. Necesitamos establecer una relación ordenada de los hechos para situarnos. En primer lugar, tenemos los asesinatos de unos militares, ejecutados por algún tipo de venganza. Junto a ellos, el asesinato de Eusebio, el único que no encaja en el grupo. Por otro lado, tenemos al dueño de una fábrica y su guardaespaldas, ambos asesinados por un hombre, un tal Amazigh. Finalmente, tenemos un abogado y su matón asesinados en Monzón. Aparentemente, son tres casos diferentes.

Hamed callaba, pero escuchaba con atención. Carles no hacía otra cosa que abocar lo que pensaba, en voz alta.

—Pero, si ordenamos los hechos en el tiempo, tenemos a un muchacho que vino de África, un hombre diferente al que marchó. Probablemente no era la misma persona. Al llegar, se encontró con que no tenía todos los derechos de la herencia,

por lo que se vio enfrentado a un pleito. Paralelamente, un supuesto matón encargado de asesinarlo aparece muerto en el río. Posteriormente, ganó el pleito. El caso es que el abogado aparece muerto de manera cruel. ¿Por qué? Si ya había ganado…

—Si no es Alfredo, el abogado puede conocer la identidad. Es un peligro.

—¡Efectivamente! Esta podría ser la causa. Necesitaba desprenderse del abogado porque conocía la identidad del verdadero Alfredo.

—Pero la madre reconoce al hijo.

—Eso no es problema, pues era la única manera que tenía de cobrar la herencia del señorío. A la madre no le quedaba otro remedio que callar. No olvidemos que era la madrastra. Por otro lado, era posible que se entendiera bien con el nuevo Alfredo. Ella quedaba libre para rehacer su vida como quisiera.

—Ya lo hizo.

—Así es. ¡Y no nos dijo nada! Mañana tendremos que volver a hacerle una visita sorpresa, bien temprano.

Continuaban caminando mientras en el horizonte bajaba el sol. En esta época se acortaban los días. Carles continuó la narración.

—¡Prosigamos! El chico ya se ha convertido en el heredero de la familia. Estamos en el año veintiocho, pero, en el mismo año, muere el dueño de la fábrica y su guardaespaldas. La fábrica pierde su valor y la compra, para venderla dos años más tarde, sin hacer ningún cambio ni inversión. ¿Cómo podríamos llamar a eso?

—Venganza —dejó caer Hamed.

—En efecto, venganza. O una promesa realizada que había que cumplir. Siguiendo con el orden cronológico,

pasamos a 1938. Por lo que sabemos, un muchacho llamado Miguel asesina al primer militar, Alejandro, un capitán republicano. Después, envía una carta a Monzón, suponemos que a Alfredo. Es entonces cuando desaparece de la escena el heredero. ¿Qué había en esa carta para provocar la desaparición del sospechoso?

—Hamed no sabe.

—Yo te lo diré. Había una foto y, probablemente, también una carta. Era la imagen del capitán. Seguramente, también los nombres de unos compañeros, unos compañeros que estuvieron juntos en Annual. A partir de aquí tienen lugar los asesinatos de aquellas personas: Paco Zárate en Caspe, Javier Font en Castelldefels, Pedro García en Reus y Sergio Martínez en Reus.

—Falta Eusebio.

—No creo que Eusebio forme parte de este grupo. Él debió de encontrarse de manera accidental en medio del lío. Tuvo que descubrir al asesino o algo parecido. ¿Qué tenían en común este grupo?

—Todos estar en Annual.

—En efecto, todos estuvieron en África en la época del desastre. Allí pasó algo. Debió de ser en Xauen. De ahí la nota que dejó el asesino cuando mató a Paco Zárate. Es cierto que todos ellos pudieron encontrarse en Xauen bajo el mando de un oficial que no era de su agrado, aquel que conocemos con el apodo de Cabeza de serpiente.

—Muy mal bicho.

—Efectivamente, un mal bicho. Por otro lado, tenemos a Alfredo, que también estuvo en Annual, en la caballería, y fue hecho prisionero. Los asesinatos siguen el macabro ritual de Udad, el jefe del aduar. Tú me dijiste que viste allí tres prisioneros.

—Uno ser padre de Carles.

—Exactamente, Julià, mi padre. —Su rostro se ensombreció, pues resultaba fácil realizar deducciones cuando no afectaba en lo personal—. Otro era Martí Salvat. Falta el tercer hombre… ¡Un momento! —El recuerdo de aquello que bailaba en su cabeza y no conseguía retener le vino en aquel momento—. ¿Quién me dijiste que estaba prisionero?

—No recordar. Yo decir que padre de Carles, Martí…

—¡No! No me dijiste eso. Me dijiste que estaba mi padre y los dos hermanos.

—Ser posible.

—¿Por qué me dijiste que eran hermanos?

—Parecerse mucho los dos hombres. Uno ser Martí y el otro prisionero.

—¡Ya está! —dijo con la alegría de saber solucionado otro eslabón de la cadena—. El otro hombre, el hermano, era Alfredo. Solamente si ellos se parecían podían hacerse pasar uno por el otro. Por eso engañaron a la gente. Su aspecto físico, unido a las penalidades pasadas, hacían que las diferencias pasaran como vicisitudes de la guerra. Ello significa…

De repente, enmudeció. Fue entonces Hamed quien, extrañado, preguntó:

—¿Qué significa?

—Significa que mi padre está muerto —respondió, casi en un susurro.

—Creo que ya les dije lo que les interesaba. —Clara Enríquez parecía en cierta manera disgustada.

—No, señora —respondió Carles—. Nos dijo lo que le interesaba a usted. Ahora seré yo quien le diga lo que nos

interesa a nosotros. Pero antes será mejor que haga venir a su marido. Ayer no nos lo presentó y también tenemos que hablar con él.

Viéndose atrapada en una mentira, a Clara no le quedó otra que hacer llamar a Germán Entralgo, su abogado y marido, que casualmente se hallaba en la planta superior. Cuando todos se acomodaron en el salón, Carles fue desgranando una historia, una historia que abarcaba el señorío de los Castellfosc, que tenía su continuación en la guerra de África y en el desastre de Annual, para acabar con el retorno del hijo, un hijo que no era aquel que marchó a la guerra.

—¿Qué está insinuando? —afirmó vehemente Germán, mientras doña Clara empalidecía cada vez más.

—No insinúo, afirmo que quien vino de África no fue Alfredo Castellfosc sino Martí Salvat, un compañero suyo de cautiverio que se le parecía bastante. De hecho, mi compañero Hamed pudo verlos cuando estaban prisioneros de los bocaya. Él también estuvo prisionero en el mismo aduar.

Doña Clara comenzó a llorar. Lágrimas silenciosas en una clara demostración del sufrimiento pasado.

—No toleraré que diga… —comenzó el abogado.

—¡Germán! —dijo ella—. Lo saben. No tiene sentido seguir escondiéndolo.

—Verá —continuó Carles—. No tienen por qué preocuparse por las irregularidades al respecto sobre la identidad de su hijo. No es por eso por lo que lo busco. Si me ayudan, no tendrán de qué preocuparse. No informaremos a nadie de ello.

—Entonces, ¿qué es lo que les interesa? —Clara parecía conectar ahora mejor con los policías.

—¿Conoce estos sobres? —preguntó, sacando uno de aquellos que recibiera durante años con el dinero necesario

para pagarse los estudios.

—En efecto, es uno de los nuestros.

Entonces fue Carles quien informó de unos sobres que recibiera cada mes, de un padre que tuvo que marchar al ejército huyendo de una posible ejecución y de unos prisioneros en un aduar perdido en la inmensidad del paisaje.

—Pero usted habló ayer de unos asesinatos —anotó Clara.

—Así es. Se han producido varios asesinatos relacionados con unos soldados que estuvieron en África en aquella época. Es probable que Martí sea el causante, pero creemos que forma parte de algún tipo de venganza. Probablemente sea una represalia por la muerte de algún compañero.

—La verdad es que Martí se comportó siempre con corrección. Cuando me dijeron que había vuelto de África y estaba ingresado en el Pere Mata, corrí a verlo. Siempre habíamos tenido buena relación. Descubrí que, a pesar del parecido, no era el Alfredo que *yo* conocía. En una entrevista posterior, me comentó su verdadera identidad y que había hecho la promesa a Alfredo de recuperar el patrimonio familiar. La verdad es que ha sido así. Ha realizado diferentes negocios y él maneja una parte de la fortuna familiar.

—Cómo la de comprar una fábrica en Pueblo Nuevo, en Barcelona.

—Ya le avisé que aquello era un negocio ruinoso, pero se empeñó. El caso es que al cabo de un par de años la vendió.

—Aquello formaba parte del contrato que firmó Martí en África. Aquella compra formaba parte de otra venganza.

—¡Dios mío! Ello explica la necesidad de salir de forma continua. Resulta difícil saber dónde para. Él siempre dice que tiene su propia manera de hacer negocios.

—Una manera curiosa si implica asesinar al abogado.

—No creímos que tuviera nada que ver con la muerte del

abogado —dijo Germán, totalmente perplejo—. La verdad es que no conoces a una persona, aunque la tengas próxima.

—¿Tienen alguna foto de Martí? Me gustaría saber qué aspecto tiene ahora. —Carles se había percatado de la ausencia de imágenes del hijo en los retratos que había sobre una cómoda.

—Creo que aquí tengo alguna —dijo Clara, levantándose y yendo hacia la cómoda. En su interior tenía fotos y documentos. Tras unos momentos de búsqueda, sacó una fotografía—. Esta es de hace un par de años.

Carles miró aquella imagen. En ella vio una cara conocida, una persona con la que hablaba, de manera habitual, todos los jueves. Se sorprendió de no haber pensado en él como uno de los sospechosos. Ante él tenía un retrato de Eduardo Mercader.

—¿Puedo usar el teléfono?

—Faltaría más —dijo Clara, acompañándolo hasta el comedor donde estaba el aparato.

El policía marcó el número de la casa de Reus donde había pasado varios meses y a la que creía que no volvería. Intentaba tantear el terreno para saber si todavía permanecían allí el coronel Villalba y aquel grupo de policías entrometidos. Tras varias llamadas, alguien cogió el aparato. Comenzó a presentarse, pero la voz de Lucía lo desarmó. No había pensado que todavía se hallaba en la vivienda.

—¡Carles! ¿Eres tú?

—¿Qué pasa? —preguntó ante la urgencia que apercibió en el tono de voz.

—Se trata de Ernesto.

—¿Qué le ha pasado a Ernesto?

—Ha desaparecido. Junto al coronel Villalba. Esos policías andan como locos buscándolos y acusando a todo el

mundo.

—Estamos en Monzón. Ahora saldremos para allá, pero no se lo digas a nadie.

Cuando volvió al salón, vio una reservada conversación entre Clara Enríquez y Hamed. Ella le había estado preguntando por Alfredo y las condiciones en que lo viera. Se la veía muy afectada. Tenía los ojos enrojecidos.

—Germán, ¿lleva usted toda la cuenta de los negocios de la familia? —dijo Carles.

—En principio, sí, si no me ha ocultado nada Martí.

—¿—Tienen algún tipo de negocio o propiedad en los alrededores de Reus?

Ahora fue Germán quien lo miró de manera extraña.

—Ahora que lo dice… Este año, en el mes de marzo, fuimos al notario para realizar una compraventa un tanto extraña.

—¿Qué quiere decir?

—Se trataba de un contrato de venta de unas naves que teníamos a la salida de Reus, unas naves a las cuales habíamos llevado material de una fábrica de Manresa que había cerrado. Martí quería abrir allí una fábrica similar. Al parecer sufrieron por los bombardeos habidos en Reus.

—¿A quién se lo quería vender?

—Eso es lo curioso. La venta era de Alfredo Castellfosc a Martí, pero creo que había puesto otro nombre. Creo que Eduardo.

—¿Puede ser Eduardo Mercader?

—¡Ese era el nombre! ¡En efecto!

—Necesito que me diga ahora mismo la localización exacta de esas naves.

TORMENTA

Octubre, 1939

La vuelta hacia Reus la hicieron con toda la rapidez posible. La sorpresa había sido mayúscula. Carles podía pensar que Sergio no erá el asesino de los capitanes, pero de ahí a imaginar que Ernesto corriera peligro había un mundo. Se hallaba desconcertado, pues no tenía detalles de la situación en la cual se habían producido aquellas desapariciones. Lo que sí tenía claro era que no necesitaban a aquellos mequetrefes que ejercían de policías. Todos ellos eran más bien un estorbo que una ayuda.

Todos los indicios habían apuntado a Martí desde hacía tiempo, pero había sido necesario que las pistas fueran aflorando a la superficie. Ya había sospechado de él tras la lectura de su diario, en el que hablaba de un muchacho de madre mora llamado Miguel, con las marcas de la viruela en la cara. Lo había relacionado con el asesinato del capitán Alejandro en Teruel. Demasiadas casualidades, pero aquella pista no se aguantaba por sí sola. Hacían falta otros indicios para ser tenida en cuenta. Cuando el ama de la casa de los Castellfosc en Benasque les había comentado que, en sueños, Alfredo nombraba a Saida, la sospecha adquirió carácter de

confirmación. Solo faltó descubrir que, al engaño, contribuyó el hecho de la similitud entre Alfredo y Martí. Seguramente, los asesinatos formaban parte de aquel juramento que había mencionado Pedro Arnate.

—Hamed —le dijo Carles, mientras veía desfilar a gran velocidad los árboles que había junto a la carretera—, ¿por qué Martí realizó unos asesinatos con una ejecución tan diferente? Es como si hubiera unos crímenes de primera y otros de segunda. A unos los hace sufrir mucho, incluso tardan varios días en aparecer los cuerpos y, en cambio, a otros los liquida más rápidamente. ¿A qué crees que pudo ser debido?

—No ser lo mismo. —Hamed contestaba sin dejar de mirar fijamente la carretera—. Cuando tú estás afectado, tú odias enemigo y quieres hacer daño.

—Tienes razón. Los tres prisioneros debieron de hacer un juramento y Martí cumplió la parte que podría ayudar tanto a Alfredo como a mi padre. Después, se dedicó a vengar a aquellos que le ofendieron. Debió de ser grande la ofensa.

—La mayor ofensa es ver muerto a quien más quieres. —Fue contundente en su respuesta, posiblemente estableciendo algún tipo de paralelismo con su situación personal.

Carles calló. En algún momento lo había pensado, pero no quería adivinar hechos sin unas pruebas. Una gran pena lo invadió al oír aquellas palabras de boca de Hamed. Recordó el diario de Martí. En él se apreciaba un muchacho triste y apesadumbrado, bastante introvertido. Los únicos episodios que destilaban alegría eran aquellos referidos a Saida. Evidentemente, había estado enamorado de ella. Probablemente, tras la huida, habían logrado establecer contacto, pero al parecer aquel sueño había tenido un final trágico.

El día se había levantado nublado, pero a medida que

avanzaba, una fina llovizna caía y humedecía el paisaje. Cuando dejaron atrás las murallas de Montblanc, la lluvia se había tornado más persistente, convirtiéndose en un improvisado chaparrón.

A pesar de que no eran las seis de la tarde, las nubes habían tejido un oscuro manto dificultando la visibilidad. Finalmente llegaron a Reus, donde los recibió una acongojada Lucía, que se abrazó a Carles.

—¡Gracias a Dios que estáis aquí!

—Explícanos qué es lo que ha pasado.

La rapidez con la que ella hablaba denotaba su estado nervioso.

—Ernesto y el coronel Villalba asistieron al traslado de los prisioneros del Pere Mata hace un par de días. Ayer todo parecía normal, dentro de lo que puede considerarse normal hoy día. Por la tarde, Ernesto recibió una llamada. Salió a encontrarse con alguien y ya no volvió. Más tarde, vinieron aquellos policías buscándolo. Dijeron que el coronel Villalba había desaparecido. Lo último que se sabía era que había quedado con él.

—¿Cuándo fue eso?

—Eso ocurrió ayer al anochecer.

—Quiero que hagas una cosa. ¡Quédate aquí y no salgas! Nosotros iremos a preguntar y a investigar qué fue lo que pasó —le advirtió.

—¡Carles! —dijo un tanto exaltada.

—Dime.

—Ten cuidado —le dijo en un susurro.

—Lo tendré, descuida.

Salieron de la casa bajo un diluvio. La lluvia dificultaba bastante la visibilidad, pero, por otra parte, facilitaba el trabajo que debían hacer. La intención de Carles consistía en pasar

desapercibidos frente el resto de la población y, especialmente, del ejército y su policía. Llegaron ante la casa de Eduardo situada en el *raval* de Santa Anna. La cerradura fue fácil de abrir, para un especialista como Hamed. Entraron en aquella casa debidamente armados. Tras una inspección rápida, observaron que allí no había nadie. Sin embargo, todo parecía estar preparado para el retorno del dueño.

Carles subió con precaución las escaleras que conducían al piso superior. Tras la experiencia tenida con Eusebio, extremó la precaución. Observó que varias de aquellas habitaciones no eran otra cosa que estancias solitarias y abandonadas. Algunas de ellas no parecían haber sido pisadas en mucho tiempo. Aquella vivienda ponía de manifiesto la soledad y pesadumbre de un alma en pena. Cuando bajó las escaleras, encontró a Hamed mirando un papel.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Es para ti —le dijo entregándole el documento—. Una carta de Martí.

Querido Carles.

Cuando tengas esta carta entre tus manos, probablemente yo ya estaré muerto. La vida puede darnos la mayor de las alegrías y privarnos de nuestro mayor tesoro. Si has llegado hasta aquí, ya sabrás que tu padre murió en África. No pude ayudarle de la manera que hubiera querido. Sin embargo, a veces, de entre las cenizas resurge algo maravilloso. A menudo, la vida nos depara papeles inesperados. El mío fue velar por un muchacho por encargo de su padre. Y, créeme, que eso fue lo que hice. Una de mis mayores ilusiones fue ver cómo ibas creciendo y poder ayudarte

en tus estudios. Aquel muchacho es un hombre hoy. Un gran hombre. Espero que puedas disfrutar de un futuro feliz. No es bueno sucumbir al odio, créeme. Te lo digo yo, que lo he hecho. Recuerda que tu camino solo te lo marcarás tú.

PD: Tu padre estaría orgulloso de ti.

Así que allí lo tenía. Si quería una confirmación, aquella carta resultaba una prueba suficiente. En ella se manifestaba la constatación de sus sospechas. La emoción lo invadió y no pudo evitar que una lágrima descendiera por su mejilla. Dobló la carta con cuidado y se la guardó bajo la chaqueta, esperando que no se mojara.

—Es una carta de despedida —le dijo a Hamed.

—¿Martí está muerto?

—Vamos a averiguarlo ahora mismo.

Salieron del edificio. Seguía lloviendo a cántaros. Se dirigieron rápidamente al vehículo. Hamed volvió a ocupar el puesto del piloto. La lluvia no impidió que la velocidad a la que circulaba superara lo razonable. «Afortunadamente, apenas había nadie por la calle», pensó Carles. En aquellos momentos, la oscuridad se iba apoderando del día.

Cuando llegaron a las afueras de la ciudad, pararon el vehículo. Se dirigieron con cuidado a las naves industriales. Parecían abandonadas. En una de ellas observaron los destrozos producidos por los bombardeos que habían tenido lugar durante la guerra. Decidieron dirigirse hacia el local que parecía estar en mejor estado. Carles temía encontrar lo peor y eso consistía en descubrir el cuerpo sin vida de Ernesto. Cuando llegaron a la puerta principal, descubrió que estaba ligeramente abierta. Un pequeño empujón y un suave chirrido

anunciaron su apertura. Con precaución, entraron dentro del edificio.

—La oscuridad era dueña del espacio. Pensó que si encendía una luz se delataría, aunque creía que ya llegaban tarde. La carta recibida era una muestra. Tras unos momentos de indecisión, decidió sacar la linterna que, previsor, había llevado. Observó aquella sala. Formaba parte de la nave industrial, pero había sido reconvertida en vivienda. Supuso que allí pasaba parte de su jornada el supuesto Eduardo. Sobre una mesa, restos de comida formaban una muestra de su paso por aquella estancia. A medida que la linterna recorría las diferentes salas, la evidencia de que allí había estado habitando una persona era mucho más palpable.

Hamed tropezó y un objeto cayó al suelo, provocando un ruido que resonó en la oscuridad. Tras el susto inicial, ambos hombres permanecieron quietos. Al cabo de unos instantes reanudaron la exploración, pues allí, al parecer, no había nadie. Después de pasar a una sala posterior, amueblada con restos de maquinaria textil, llegaron al final de la nave.

—Aquí no hay nada —musitó Hamed.

Carles seguía iluminando en todas direcciones. De repente, vio una trampilla en el suelo.

—Allí —le señaló.

La trampilla tenía un asa. Tiraron con toda su fuerza, pero no consiguieron nada. No se movió ni un milímetro.

—Puede ser que esté obstaculizada por dentro —susurró Carles—. Necesitamos una herramienta para abrirla. Mira a ver si ves algún pico o algo con lo que podamos golpear.

Hamed marchó con la linterna para buscar un objeto que fuera útil a sus planes. Carles tiró con fuerza, pensando que Martí la debía de haber bloqueado. No imaginaba qué espectáculo podían encontrar allí. Al cabo de unos instantes,

desistió de seguir tirando y decidió esperar a su compañero. La oscuridad era casi absoluta. Apenas un pequeño rastro de luz traspasaba los ventanales. De tanto en tanto, unos centelleos mostraban la transformación del chaparrón en una tormenta eléctrica. Los truenos se aproximaban… Y Hamed tardaba demasiado.

Decidió ir a buscarlo. No descartaba la posibilidad de que Mara anduviera con vida. ¿Quién sabía? Decidió no llamarlo para no ofrecer pistas a un posible asesino. Había leído sobre el Martí joven en un diario de su época de África, pero… ¿qué sabía del Martí que había vuelto y había perdido a la mujer que amaba? De hecho, ya había dejado rastros en forma de múltiples asesinatos. Ignoraba cuál era su estado mental real, por lo que sería mejor tomar las precauciones necesarias. Preparó su pistola y, aprovechando la luz de los relámpagos, atravesó con rapidez la nave. Hamed seguía sin dar muestras de vida.

Llegó a la gran sala que hacía las funciones de vivienda. Permaneció escondido hasta que la luz de otro relámpago le permitió visualizar la misma. Ni rastro del rifeño. Ahora ya veía claro que algo le había pasado. No era cuestión de dejarse sorprender. Caminó con cuidado por aquella sala, intentando no hacer ruido. Abrió la puerta y echó un vistazo al exterior. Realmente, la noche estaba muy desapacible. Un relámpago iluminó el entorno. No había nadie allí. Aquello lo inquietaba cada vez más. ¿Qué le había pasado a Hamed?

Salió al exterior. La lluvia caía con abundancia. Verdaderos ríos de agua se formaban de manera improvisada. Metió el pie en un hoyo y estuvo a punto de caer. En aquel momento, un relámpago le permitió visualizar el espacio que tenía ante sí. Pudo ver un objeto conocido: era la linterna que había prestado al rifeño. La cogió. Muchas preguntas venían a

su mente, pero, básicamente, una categórica afirmación: «No estaba solo».

Miró a su alrededor y pudo observar que, en la otra nave, más castigada por los bombardeos, se abría una grieta en su fachada facilitando el paso a su interior. Entró dentro, pues sospechaba que allí encontraría a Hamed. Tenía el corazón en un puño. Sabía que se estaba jugando la vida. Permaneció inmóvil junto a la puerta y esperó a que otro relámpago iluminara el interior. No quería resultar un blanco fácil para un asesino. La sala no era muy grande, pero había sido utilizada, como indicaban los restos de maderas quemadas que allí se encontraban. Avanzó hacia la puerta de paso. Le parecía oír el sonido de su corazón desbocado. El ruido de los truenos le hacía compañía sobresaltándolo de tanto en tanto.

Con cuidado, se asomó por la puerta y pudo visualizar una sala más grande. Cuando estuvo seguro de que no se oía ningún ruido, encendió la linterna. Pudo ver viejos telares, trasladados desde la fábrica de Manresa seguramente. En ellos vio un dibujo conocido, aquella imagen que tanto lo había marcado en otra época: el caballo rampante junto al castillo.

Avanzó por la sala con la pistola preparada. La linterna enfocaba la estancia y alejaba las tinieblas. Aquel silencio se rompió con un ruido, algo parecido a un lejano gemido. Le vino a la mente la imagen de Hamed. Era probable que fuera él y que todavía estuviera vivo. La linterna iluminó una trampilla, otra, pero esta vez estaba abierta. Aquello parecía una invitación a bajar. O una trampa.

Sabía que no le quedaba más remedio que avanzar. Quería llegar hasta el final, aunque era consciente de lo que arriesgaba. Bajó los escalones intentando hacer el mínimo ruido posible. Una vez estuvo abajo, vio que se hallaba en otra sala, al final de la cual colgaban cuerdas y ganchos. El

retumbar del trueno lo sobresaltó. Tenía los nervios a flor de piel. Avanzó con sumo cuidado hasta una puerta. Ignoraba cuántas llevaba ya. Otro gemido, esta vez más cerca. Pensó que su compañero debía de estar en peligro. Pasó la puerta. Allí pudo ver las siluetas de unas máquinas textiles, junto a una mesa y unos armarios en la pared. La luz proveniente de una habitación, cuya puerta permanecía abierta, le había permitido situarse en aquella nave.

Ahora sabía que allí encontraría la respuesta a las preguntas que tuviera. Lo que no sabía era si tendría la fortaleza para soportar cualquier previsible encuentro. Avanzó con cuidado, pero, de repente, oyó una voz que dijo:

—Pasa, Carles. No debes preocuparte.

Era la voz de Eduardo.

Sin dejar de estar alerta, Carles pasó a aquella nueva sala. Ante él se presentó un espectáculo, aunque esperado, no por ello menos cruento. Hamed permanecía atado a una silla y amordazado.

Se veía que había recibido un golpe, porque la cabeza le sangraba. A él correspondían los gemidos que había oído. A su lado, sentado en otra silla y atado, se hallaba Ernesto, que permanecía inconsciente. El movimiento producido por su respiración le hizo pensar a Carles que todavía estaba vivo. Sobre una tarima, sentado en una silla de espaldas a él, a modo de director de teatro, se hallaba Martí, o Eduardo, como lo había conocido. Llevaba unos pantalones oscuros y una camisa blanca. Parecía preparado para un estreno.

—Te esperaba. Me alegro de que hayas venido —dijo girándose y quedando encarado frente a Carles.

—Martí, será mejor que acabemos con esto.

—No te esperaba tan pronto. Creí que no te volvería a ver. Veo que eres un buen policía. Has descubierto la verdad,

pero… No te preocupes, aquí no te hará falta la pistola.

—¡Quiero que sueltes a estos hombres!

—No corras tanto —parecía ausente a lo que dijera Carles —. Te voy a presentar a alguien.

Se levantó, corriendo una cortina que había tras él a modo de escenario. Un macabro espectáculo se ofreció a sus ojos. Colgado del techo, con unas cadenas, se hallaba el cuerpo torturado y sangriento del coronel Villalba, todavía con vida. Debajo de él, unos bidones formaban un siniestro círculo, en medio del cual había una pira formada por diferentes maderas. En la pared, dos antorchas iluminaban el escenario, que ofrecía un aspecto similar al de la mazmorra de un castillo medieval.

—Te presento al coronel Villalba, en otro tiempo conocido como Cabeza de serpiente, el asesino de tu padre.

VIOLENCIA CIEGA

Octubre, 1924

—¿Qué quieres decir? —La súbita revelación había golpeado como un mazo la mente de Carles, olvidando momentáneamente qué le había llevado hasta allí.

—Quiero decir que, finalmente, conseguí coger al principal responsable de la muerte de Saida.

—¿Cómo puedes estar seguro? —Ahora la sorpresa había vencido al temor—. ¿Cómo sabes que él fue el responsable?

—Miguel me lo explicó —replicó Martí, evocando aquellos momentos posteriores a la muerte de los rifeños.

—¡Aaaah! —Fue solo un gemido, pero suficiente para despertar a Martí.

—No te preocupes, Miguel. Ya estás a salvo.

Llevaba bastantes horas pendientes de su amigo y compañero. No era raro que se hubiera dormido, pues había acabado agotado. Tras enterrar a Alfredo y renovar la promesa realizada ante su tumba, se había dedicado a vigilar el estado de salud de Miguel, pendiente de algún posible cambio. Se sorprendió de la capacidad de recuperación del muchacho, pero finalmente el cansancio lo había vencido.

No sabía cuántas horas había descansado. Los gemidos del paciente le habían desvelado. Al parecer, estaba respondiendo bien ante los escasos cuidados que podía realizar. La naturaleza es fuerte y la vida se abre camino ante la menor oportunidad. Poco a poco, Miguel fue recuperando la consciencia y, con ella, llegaron los recuerdos de aquellos trágicos momentos. Sus ojos se abrieron por el terror.

—No te preocupes. No temas. Ya estás a salvo —repitió en un susurro.

—Ellos llegaron…

—Ya no están. No tienes por qué preocuparte. Udad y los suyos ya no volverán a molestarte más.

Una mirada de incomprensión cruzó el rostro de Miguel. Malinterpretando aquella expresión, Martí creyó necesario aclararle.

—Están muertos. Los moros que os atacaron están muertos. Ahora no debes preocuparte por ellos.

—¿Moros? No, no fueron moros. Fueron soldados españoles.

—¿Qué? —La sorpresa se reflejó en el rostro de Martí—. ¿Qué quieres decir?

Entonces Miguel recordó lo que había pasado y lo explicó. Explicó una historia que no olvidaría jamás y que cambiaría para siempre el destino de aquellas dos personas.

Miguel fue el primero en verlos. No sabía cómo habían ido a parar allí, pero probablemente eso no era lo más importante en aquel momento. Ellos ya estaban en aquel claro. Vio a un grupo de soldados españoles, tambaleantes y fuera de sí. Sospechó que habían bebido o habían consumido algún tipo de droga, por la manera de caminar y por la

mirada. Probablemente fueran las dos cosas, la combinación de ambas que los hacía un tanto ausentes y alejados de la realidad, pero no por ello menos peligrosos. Intentó responder con prudencia. Sabía que, en aquellos momentos, cualquier actitud sospechosa a ojos de aquellos hombres, podía convertirse en una sentencia de muerte.

—Hola —dijo, aparentando una tranquilidad que no sentía.

—Mira, el morito —dijo uno de ellos.

—Parece un monito amaestrado —respondió otro. Las risotadas acompañaron aquella ocurrencia.

Antes de que se diera cuenta, ya estaba rodeado por aquellos militares que comenzaron a zarandearlo entre risas e insultos. Sin que mediara ninguna provocación, comenzaron a golpearle. Miguel no entendía nada. Solo sabía que quería marcharse. Cayó al suelo y comenzaron a darle patadas. Entonces oyó un grito.

—¡Dejadle en paz!

Era Saida quien, viendo la situación en que se encontraba su hermano, había salido a defenderlo con la simple ayuda de un machete. Miguel temió por su hermana, pues había visto que aquellos hombres parecían salvajes y mostraban un estado alterado de consciencia. Uno de ellos, que vestía de legionario, se apartó del grupo y con torpeza se dirigió hacia la muchacha.

—Oye, guapa. Verás qué bien lo vamos a pasar.

Antes de que pudiera reaccionar, ella le rajó la mejilla con el cuchillo. Cuando el legionario notó la sangre, se volvió loco, literalmente, y la golpeó. Una, dos, tres veces. Miguel vio caer a su hermana al suelo.

—¡Nooo! —gritó. Era un grito desesperado ante la impotencia de la situación.

Fue entonces cuando, del interior de la casa, salió un Julià enfebrecido. Seguramente, los gritos le habían hecho pensar que no se trataba de otro delirio. El caso era que llevaba un rifle en las manos y con él apuntaba al legionario, que paró de golpear a la muchacha.

—¡Dejad a los chicos en paz! —les dijo a los soldados, sin dejar de apuntar con la escopeta.

—Tranquilo, muchacho —dijo uno de ellos.

En aquel momento, se oyó un tiro y una mancha rosada apareció en el pecho de Julià. Había sido alcanzado por el disparo que había realizado uno de los españoles, concretamente aquel que tenía el mayor rango y que, al parecer, era el jefe del grupo. El español cayó al suelo, sin vida. Miguel sabía que lo tenían todo perdido, porque aquello degeneró en un aumento de la violencia. Los hombres siguieron pegándole y lo arrastraron hasta un árbol, donde lo ataron con unas cuerdas. No podía llorar. Era incapaz ante aquella situación tan cruel e inesperada. Pudo ver cómo dos soldados se llevaban a su hermana, a golpes y empujones, al interior de la vivienda. Un golpe lo dejó inconsciente.

—¡Mi hermana! —gritó Miguel.

Martí hizo un gesto de negación con la cabeza. Entonces fue cuando Miguel lloró. Lloró hasta el agotamiento. Finalmente, perdió el conocimiento.

Días más tarde pudo recuperarse de las heridas. Martí pudo explicarle cómo habían ocurrido los sucesos en que él había participado. En aquellos momentos de soledad compartida le explicó su historia, le habló de Annual, de su estancia en el aduar y de la promesa realizada a sus compañeros. También le explicó cómo había ejecutado a

Udad, de la misma manera que él hacía con los prisioneros.

Rezaron ante la tumba de Saida y Miguel, que hasta entonces había mantenido cierto mutismo, le dijo:

—Martí.

—Dime.

—Prométeme que cumplirás la promesa que le hiciste a tus amigos.

—Sí, la cumpliré.

—Quiero que hagas otra cosa.

Martí observó que Miguel tenía la vista fijada en el horizonte. Esperó a que hablara su amigo pues observó en él una gran determinación.

—Quiero que hagas una cosa por Saida y por mí.

—Lo que sea, dímelo.

—Quiero que encuentres a los que la asesinaron y los mates. ¡De la misma forma que Udad ejecutaba a sus enemigos! ¡Cómo tú has hecho con él!

—Lo haré. No dudes que lo haré.

Aquella promesa realizada ante la tumba de su amada, bajo el cielo africano, se convirtió en la fuerza y guía que necesitaba Martí para poder vivir. A partir de aquel momento, había ligado su vida y sus propósitos a un difícil compromiso.

RESPUESTAS

Octubre, 1939

—He cumplido mi promesa y la he cumplido —dijo Martí mientras se desabrochaba el rosario y, cuando fueron conscientes de que el hombre que habían matado era un soldado del ejército, este canalla ordenó no dejar rastros. Ello implicaba acabar con la vida de los muchachos. A Miguel lo dieron por muerto.

—¿Qué pasó después de aquello? Marchasteis hacia Tetuán. —Así fue. Pudimos pasar las líneas rifeñas. Eran días de mucha confusión y se hablaba de una retirada española. Finalmente, llegamos a la zona controlada por el ejército español.

—Y te hiciste pasar por Alfredo.

—Al principio fue involuntario. Llegué en un estado horrible a Tetuán. No podía ni hablar. Un compañero de Alfredo me confundió con él. Pronto vi las ventajas de ocupar su lugar. No fue difícil hacerme pasar por él. Habíamos pasado varios años juntos. Conocía su forma de hablar, de relacionarse. Nadie sospechó nada. Yo no tenía dónde ir y, en cambio, Alfredo Castellfosc disponía de un nombre y dinero. Ambos eran necesarios para realizar mi venganza.

—¿Y Miguel?

—Nos habíamos separado. Miguel era muy valiente. Prometimos estar en contacto y buscar a los asesinos.

Los recuerdos se acumulaban en la mente de Martí. A medida que hablaba la presencia invisible de aquellas personas de las que Carles había oído hablar se imponía en aquella sala.

—Fue Miguel quien te avisó. Te mandó una carta diciéndote que había encontrado a uno de los soldados que habían matado a Saida.

—En efecto, en enero del año pasado recibí una carta de Miguel, desde Teruel. En ella no solo me informaba de que había encontrado a uno de los asesinos, sino que me envió su foto. —La voz era grave. Los recuerdos todavía dolían—. Mi sorpresa fue grande al saber que yo conocía a uno de los asesinos. Habíamos estado juntos en Melilla, antes del desastre de Annual. Junto a la fotografía, me envió una relación de los criminales. Alejandro lo había confesado. Fue horrible descubrir que, personas a las que habías conocido y, en cierta manera, apreciado te habían destrozado la vida. Recuerdo que al final de la misiva me recordó mi promesa. Dijo que él no podría cumplirla. Supongo que era consciente de que no podría escapar.

—Fue fusilado en Teruel.

—Era un buen muchacho. Se limitó a hacer lo que cualquiera de nosotros hubiéramos hecho.

Carles se acordó de Sostres y de la manera en que había acabado con su vida. Recordó la ciega furia que le había dominado y que le llevó a perseguirlo como cuando se persigue a un animal peligroso.

—Después, fue cuestión de seguir los pasos del resto del grupo. —Martí continuó con una voz monótona, desprovista de emoción—. Primero Paco, después Javier. A continuación, Pedro y, después, Sergio.

—Te olvidas de Eusebio —quiso provocarle Carles.

—Por favor, Carles. No pretendas tomarme por tonto. Tú sabes que Eusebio era prescindible. Era necesario para atraer al pez gordo. Y ahora… Aquí lo tenemos.

Carles miró la figura del coronel Villalba. Un movimiento de sus ojos le dio a entender que no solo no estaba muerto, sino que estaba escuchando. Su aspecto era terrible. Presentaba grandes cortes en diferentes partes del cuerpo. Gotas de sangre chorreaban bajo sus pies descalzos. Su rostro, amoratado, había recibido múltiples golpes. Tenía los ojos hinchados y ensangrentados. Intentó imaginarlo como la persona que había asesinado a su padre y, sin embargo, no sintió nada por él. Fue incapaz de sentir rabia, ni odio. Supuso que ello se debía al proceso de aceptación que le había llevado a entender que su padre había muerto, que al final de los actos quedan las consecuencias y vivir consiste en sobrellevarlas.

—Por eso hiciste creer que Sergio era el asesino y se había suicidado.

—Tenían tantas ganas de presentar a un asesino que se los ofrecí en bandeja. Sabía que, si Cabeza de serpiente sabía que habíais encontrado al legionario, no dudaría en acercarse para cobrarse su pieza. —Se negaba a llamarlo por su nombre.

—Desde aquel día, Sergio no paraba de torturarse.

—¡En efecto! —Sus ojos se iluminaron. Su rostro parecía haber perdido la frialdad, corrección y cordura habituales—. Todos ellos padecieron en su vida por lo que habían hecho. ¡Yo contribuí a liberarlos del dolor! —Carles no sabía si aquello respondía a algún tipo de ironía, pero el tono discordante de Martí le indicaba una seria alteración o trastorno en su personalidad—. A Sergio le afectaba de tal manera que apenas tuve que obligarle a ponerse la cuerda en el cuello. Pareció comprender que había llegado el momento de

pagar por lo que había hecho, de liberarse.

—Date cuenta de que los has matado. Has asesinado a esas personas.

—¡Ellos me mataron a mí antes! —vociferó con gran energía—. Me destrozaron la vida. Desde entonces no puedo vivir. La vida para mí perdió su sentido aquel día. ¡Yo no soy un asesino! —Aquella expresión ausente y distante de un discurso que él había llegado a creer se manifestó nuevamente —. Sencillamente, he contribuido a realizar justicia. ¿O acaso crees que alguien juzgará a este delincuente por los crímenes que ha realizado?

—No, no lo creo, pero tampoco creo que esto te haga feliz.

—¡Carles! Cumplí un juramento. Una promesa entre tres hombres desesperados que queríamos vivir una segunda oportunidad. ¡Y estuvimos a punto de conseguirlo! Tú deberías alegrarte pues, gracias a aquella promesa, pudiste estudiar y ahora eres la persona que tengo ante mí. Como te dije en mi carta de despedida, tu padre estaría orgulloso de ti.

—Tú mataste al falangista que me seguía en el refugio — le dijo, recordando los hechos.

—Juré protegerte y eso fue lo que hice. No solo te salvé de aquel asesino, sino que también pude evitar que aquellos delincuentes acabaran con la vida de Lucía. Yo los había seguido alguna vez y pude observar que la tenían en el punto de mira. Estas personas suelen ser cobardes y solo atacan si se ven superiores. Por eso pensé que intentarían atacarla. Solo era cuestión de tiempo.

Así que, al final de todo, volvía a ser Martí quien había salvado la vida de Lucía. No sentía animadversión hacia aquel hombre. Probablemente, le unían a él más cosas que al resto de personas de la sala.

—También asesinaste al abogado de la familia Castellfosc.

—Ese hombre estaba resentido porque había perdido un gran negocio. Llegó a contratar un pistolero. ¡Menudo idiota!

Acabé con él rápidamente. Entonces supe que comenzaba a tener ideas extrañas. Cómo la de que yo no era quien decía ser. Tuve que actuar con rapidez, antes de que alguien hiciera caso de aquellas historias.

—De esa manera, acabaste con los posibles rumores y cumpliste la promesa realizada a Alfredo. Una vez consolidada tu posición, quedaba el asunto de la fábrica de Pueblo Nuevo en Barcelona. Hablaste con el hijo de Reinaldo y asesinaste al dueño y al pistolero, con la ayuda de Pedro.

—Veo que eres bueno en tu oficio. Así es. Después me dediqué a ayudarte con aquellos sobres. Si algo le dolió a tu padre fue no poder reunirse con su familia. Mira estas manos, Carles —le dijo, mientras se las enseñaba—. Con ellas enterré a tu padre, mi amigo. De la misma manera que a Alfredo y a Saida —dijo, con un tono de voz más bajo.

—¿Y ahora qué se supone que debemos hacer? Estamos en un punto muerto.

Martí se dirigió a la pared y bajó un interruptor. Carles le apuntó con la pistola. Indiferente, el asesino, cogió una antorcha que había en la pared.

—Alguien me dijo en cierta ocasión que, llegado el momento, hemos de saber actuar en consecuencia. La muerte es algo que no escogemos, pero sí podemos escoger la manera de morir. Aunque me veas aquí, llevo muerto muchos años, demasiados. Esto no es otra cosa que una liberación.

Mientras hablaba, Martí no dejaba de moverse alrededor de su presa, como un depredador. Aquel andar desajustado le recordó a Carles la sombra de la que había hablado Eusebio. En aquel momento, el policía era consciente de que Martí

estaba poseído por una fuerza interior que lo dominaba. Había vivido en el recuerdo continuo de su estancia en África. El antiguo sanitario continuó su monólogo.

—Resultan fascinantes los inventos de hoy en día. La ciencia no ha parado de avanzar desde que Nobel sustituyera la pólvora por el fulminato de mercurio. Los explosivos no han hecho otra cosa que mejorar. Acabo de conectar un sistema que ya se ha iniciado y no se puede parar. He puesto en marcha un detonador de retardo. En cinco minutos esto será una fiesta de fuegos artificiales. Tras las sillas de tus compañeros hay un cuchillo. Te aconsejo que desates a Hamed y os llevéis a vuestro compañero si queréis salvar la vida. ¡Carles! Tienes una larga vida por delante. ¡Aprovéchala! Intenta ser feliz.

Martí hizo una pausa para luego continuar dando aquellas últimas instrucciones.

—¡Hamed! —dijo dirigiéndose al rifeño—. No vale la pena cegarse por el odio, porque, cuando has hecho aquello que creías que debías hacer y que has soñado una y mil veces, un gran vacío se apodera de ti. Es como un gran agujero sin fin que te devora y te arrastra. Lamento el golpe que te di, pero no podía permitir interrupciones en el último acto.

Aquella puesta en escena era muy efectista. Martí, inmutable, comenzó a prender la cortina. La pila de maderas, que debían de estar rociadas con gasolina, ardió rápidamente. Las llamas pronto alcanzaron al coronel Villalba. Comenzó a gritar desesperadamente.

—¡Sáquenme de aquí! ¡Ayúdenme! —Efectivamente, estaba vivo todavía.

Carles corrió rápidamente tras las sillas. Cogió el cuchillo y cortó las ligaduras de Hamed. Luego cortó las de Ernesto. En ese momento, el rifeño miraba al escenario viendo cómo

las llamas prendían en el cuerpo del coronel. Una muralla de fuego se había formado entre ellos y los hombres que ocupaban el escenario en aquella macabra actuación. Por un momento, Carles temió que la necesidad de venganza dominara a Hamed, por lo que tendría serios problemas para sacar de allí a Ernesto. Los dos hombres del escenario estaban condenados y nada podía hacerse por ellos. El cuerpo del coronel comenzaba a ser pasto de las llamas. Resultaba curioso, pero lo único que se le ocurrió a Carles en aquel momento fue pensar si también le habría rociado con gasolina. Era momento de pensar en los vivos.

Entre los dos cogieron a Ernesto y lo sacaron lo más rápidamente que pudieron. Tras ellos, unos gritos desgarradores daban a entender que el coronel todavía estaba con vida. Subieron las escaleras con rapidez, porque el tiempo apremiaba. Una vez arriba, se dirigieron a toda velocidad hacia el exterior de la nave. Fuera todavía llovía. Los rayos y truenos no habían cesado; al contrario, parecían multiplicarse ante ellos. Desconocían cuál sería la distancia prudencial para estar a salvo de las posibles explosiones. Martí había cumplido todas sus promesas y esta no sería una excepción.

Cuando habían avanzado unos cincuenta metros, aquello se convirtió en un infierno. Unas explosiones comenzaron a sacudir los edificios. Los hombres cayeron al suelo embarrado. Se giraron y pudieron ver las naves industriales convertidas en un gran horno. Las llamas se habían apoderado de los pabellones. Finalmente, Martí se había construido su propia tumba.

EPÍLOGO

Noviembre, 1939

Carles y Ernesto salían de Capitanía General. Habían sido interrogados varias veces: primero en Reus y luego en Barcelona. Finalmente, el capitán general también había querido saber los hechos de primera mano. Ernesto solo había podido confirmar que alguien le había llamado diciéndole que el coronel Villalba le esperaba. Cuando llegó al lugar indicado, se encontró con Eduardo, que le amenazaba con una pistola. Después recibió un golpe y no supo más. Así, el grueso de la información quedó en manos de Carles.

Afortunadamente, Carles y Hamed habían pactado una historia que fuera creíble y que no afectara a otras personas. No era momento de sacar a relucir el tema de la familia Castellfosc o del empresario de La laboral. Aquellas eran historias pasadas que no convenía remover. De esa manera, explicaron que, un hombre trastornado, como era Eduardo Mercader, había realizado negocios en África en los años veinte y se había enfrentado a un grupo de soldados. Probablemente, por alguna oscura razón. El caso era que allí se generó un odio y un recelo que le llevó a desear la muerte de aquellos hombres. De esa manera, uno por uno los fue matando hasta dar con el coronel Villalba, el jefe de los

militares.

No sabía si los había convencido con aquella historia, pero el hecho de haber salvado a Ernesto y de que Hamed confirmara algunas partes, los llevó a aceptarlas. Lo importante era que el asesino hubiera muerto. Naturalmente, pidieron la máxima discreción referente al caso. En aquellos tiempos no era importante la verdad sino la conveniencia. Y esta aconsejaba que no se diera mucha información al respecto. En el diario español saldría la noticia de que uno de los rayos de la tormenta eléctrica había alcanzado una de las naves, produciendo un incendio. Posteriormente, se había producido una explosión como consecuencia de que las llamas habían alcanzado una bomba que había permanecido sin explotar. De los militares asesinados no habría ni una referencia. El régimen los había borrado y habían dejado de existir. Aquel tipo de noticias no eran buenas para la continuidad del nuevo sistema.

Volvieron a Reus en el Fiat Hispania. Era el momento de ir cerrando aquellas puertas que habían quedado abiertas. El coche hizo su entrada en la ciudad por la carretera de Tarragona. A la luz del día, pudieron dirigir la mirada hacia lo que había quedado de las viejas naves. Apenas unos ennegrecidos escombros daban fe de su existencia.

Las rutinas ocuparon el tiempo de los policías. Diríase que volvían a vivir comunitariamente. Sin embargo, era una ilusión, apenas disponían de unos pocos días para resolver sus asuntos. En un momento en que Hamed y Carles se encontraron a solas, el policía le dijo:

—Por un momento, cuando te solté, temí que te lanzaras contra el coronel para vengarte por el asesinato de tu familia.

—Yo he mirado a aquel hombre. Me había engañado. Él ha sido responsable de la muerte de los míos. Pero entonces

creo que Martí ha encendido el fuego. Con la luz del fuego me pareció ver a mi mujer. Mi último recuerdo fue verla y, tras ella, el sol. El sol le hacía brillar sus cabellos. Me sonreía. Pensé que, si yo realizo mi venganza, ella dejaría de sonreír, dejaría de ver al hombre que yo había sido. —Por una vez, Hamed se expresó con gran claridad. Parecía más desenvuelto en su expresión.

—Eres un gran hombre, Hamed —dijo Carles, pasándole un brazo por la espalda.

Aquellos eran momentos en los que la tristeza venía acompañada de un cierto sosiego, tanto para Carles como para el rifeño. Ambos tenían, en la misma persona, al causante de sus desdichas. El hecho de ver morir al asesino cerraba un capítulo en la vida de ambos. En cierta manera se sentían participes de una mutua comprensión.

Aquella tarde, el policía pasó por casa de Lucía. Estaba empaquetando sus cosas en una pequeña maleta. Cuando se vieron, se abrazaron.

—Parece mentira lo poco que se necesita… El mundo cabe en una pequeña maleta. Nos empeñamos en tener cosas y resulta que, al final, apenas necesitas nada.

—Te ha llamado Rick —sentenció Carles.

—Me ha llamado. Marcharemos hoy. Me reuniré con mi hermano en Méjico.

De repente, no pudiendo contener la emoción se abrazó a él. Unas lágrimas corrieron libremente por su rostro. Él la abrazó. Tras unos instantes en silencio, se separaron.

—Lucía… Yo… —comenzó Martí.

—No digas nada —contestó ella, tapándole la boca mientras las lágrimas bajaban por su rostro—. Fingiremos que volveremos a vernos y a estar juntos.

Con un fuerte abrazo sellaron su despedida definitiva.

Se hallaba en la iglesia de Sant Pere. Al fondo, el capellán musitaba, inmutable, una letanía que era correspondida por un público entregado. Carles había rezado una oración en memoria de su padre. No recordaba los rituales exactos de la Iglesia católica, pero pensó que eso a Dios, no le importaba mucho. Meditó sobre todo lo que había pasado en los últimos cuatro meses. Le parecía haber resucitado de entre los muertos. Probablemente lo había hecho, como dijera Josefa. Aquella jornada era día de difuntos y una especial aflicción llevaba a la población a abarrotar la iglesia en recuerdo de familiares y allegados que habían realizado el tránsito a otra vida.

Respecto a las palabras de la abuela de Lucía, quiso pensar que el fantasma que le acompañara y le ayudara a saber noticias de su padre no era otro que Martí. Realmente, su aparición en Reus correspondía a la de un hombre de otro mundo. Su espíritu se había apagado el día en que encontrara muerta a Saida. Probablemente su alma ahora vagaría por aquellos parajes africanos en los que había sido tan feliz.

Ernesto, junto a Carles, seguía el curso del rito. El republicano se había visto obligado a dar muchas explicaciones, dejando asombrado y demudado a su compañero quien, finalmente, había acabado por comprender las razones que le habían llevado a actuar de aquella manera. En una larga y tendida charla explicativa, los aspectos que habían permanecido a oscuras del nacional habían surgido a la luz mostrando el encaje necesario de aquel puzle misterioso. Fue entonces cuando llegó a comprender la magnitud del caso en que habían estado trabajando. Aunque no estaba de acuerdo en el procedimiento, la complicidad que habían establecido a lo largo de aquellos meses y que les había acercado en lo personal, había sido imprescindible para que

Ernesto pudiera avenirse a mantener la historia defendida por su compañero. Al fin y al cabo, el asesino había fallecido y, con él, finalizaba el interminable reguero de cadáveres que habían ido apareciendo a medida que avanzaba la investigación.

Finalmente, el republicano se acercó a una recogida capilla iluminada por unos cirios encendidos. Cogió dos de ellos en memoria de Dolors y de su padre. Pensó que, allá donde estuvieran, sentirían la fuerza de sus sentimientos de alguna manera. Tiempo atrás no hubiera pensado de esta manera. «Los golpes de la vida te obligan a adaptarte a nuevas situaciones e intentar comprenderlas», caviló. Encendió otra vela para su madre con la intención de que, dondequiera que estuviera, recibiera un soplo de ayuda.

Junto a él, Ernesto acababa de encender las dos velas de rigor. Se miraron. Su compañero le dio una palmada en la espalda y comenzaron a salir al exterior. De repente, Carles se paró.

—¡Espera! —susurró, volviendo al interior de la iglesia.

Encendió otros dos cirios, ante la sorpresa de Ernesto.

—¿Y esos? —preguntó.

—En memoria de Martí y de Saida. Espero que su historia de amor pueda continuar allá donde estén.

Y se alejaron caminando por la calle Mayor, sorteando unos significativos grupos de personas que, tranquila y silenciosamente, se dirigían al interior de la iglesia.

LUIS BOLÍVAR TROYA (Barcelona, 1961), estudió Magisterio, Pedagogía y algunos cursos de Historia del Arte. Desde 1984 se ha dedicado a la docencia y ha trabajado en todos los niveles educativos preuniversitarios, centrándose en el campo de la educación especial y, en los últimos 24 años, la orientación educativa en un instituto de Reus. La literatura, la pintura y la historia son algunas de sus pasiones. Ha realizado múltiples exposiciones pictóricas. Siempre ha escrito, tanto prosa como poesía. Tras el fuego las cenizas es su segunda novela, continuación de Cicatrices del desastre (2021). Ambas forman parte de la saga Los lazos invisibles, combinación de novela histórica y novela negra.